

ANABEL GARCÍA

El día
que me calle
me salen
subtitulos



Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Prólogo	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

Epílogo

Referencias a las canciones

Agradecimientos

Biografía
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

Mi vida era perfecta hasta que ese mendrugo con cara de seductor forajido irrumpió en ella. Todo empezó aquella maldita noche en la que él se coló en mi playa privada de Los Ángeles. En ese momento comenzó mi fatal descenso hacia los abismos de la locura, pero haré cuanto esté en mi mano para recuperar la perfección. ¡Como que me llamo Zoe O'Connor!

Él se cree un filósofo de la universidad de la vida, pero en realidad no es más que un terrorista del arcoíris que practica el «aquí te pillo, aquí te mancillo» sin filtros. ¡Pobre diablo! Ni se imagina que se ha estrellado contra *La Temible Mujer de Hielo*. ¡Que se prepare para la guerra!

Si te gustan las historias pastelosas, olvídalo, esta no es para ti. Si, por el contrario, te van las emociones fuertes, con protagonistas guerreras, no lo dudes, porque esta novela hará tus delicias, con sus amoríos y desamoríos, su ironía, su humor a raudales y, sobre todo, con la historia de amor más bonita del mundo: la mía.

EL DÍA QUE ME CALLE ME SALEN SUBTÍTULOS

Anabel García

Esencia/Planeta

«Nunca dejaré de ser un niño.»

Ése ha sido siempre el mantra de Irion,

lo que lo condujo a ser el adulto maravilloso

en el que se ha convertido hoy.

Prólogo

Hola, me llamo Zoe —y ahora os imagino a todos diciéndome: «Hola, Zoe», como en las reuniones de alcohólicos anónimos—. Hasta hace un breve instante me encontraba disfrutando de mi último año de los dulces veintitantos, aunque mis amigos siempre insisten en que lo mío no se podría llamar *disfrutar*, sino PRINGAR; sí, sí, con mayúsculas, y además se les llena la boca al decirlo. He de reconocer que, en el fondo, tienen algo de razón, porque amo mi trabajo por encima de todo, entre otras cosas, porque es lo que me permite costear los lujos de los que disfruto, que no son pocos ni baratos.

Bueno, vale, está bien, lo admito: ¿a quién pretendo engañar? En realidad, soy lo que vulgarmente se conoce como una *niña de papá*, pues soy una de las jefazas en la gran multinacional de mi padre y nadie se atreve a soplarme ni un pelo. Pero, aun así, cumplo con la productividad exigida en mi puesto y con creces, por eso me siento realizada y orgullosa de mí misma. Y es justo por esto por lo que dedico casi la totalidad de mi vida a trabajar, lo que me convierte en una pringada a ojos de mis queridos amigos multimillonarios, que pasan la suya entre fiestas y viajes.

Puede que haya tirado por la borda mis mejores años, puede que me haya equivocado, blablablá, pero si de algo estoy segura es de que soy feliz.

Para mí la felicidad consiste en tener mi vida organizada y planificada a la perfección, con unos empleados que me respeten, una familia que me adore y, en definitiva, que todo cuanto haya a mi alrededor sea admirable o simplemente perfecto.

Todo marchaba viento en popa hasta que hace tan sólo un momento un

indeseable pordiosero, sí, uno de esos seres mugrientos que habitan en los peores suburbios de la ciudad, se ha atrevido a insultarme con descaro, gritando a los cuatro vientos en medio de la calle que soy una... ¿Cómo ha dicho? ¡Ah, sí!: una pija de mierda que no sirve nada más que para estar de adorno.

¿Yo? ¿Una pija de mierda? ¿Que sólo sirvo de adorno? ¡Será cretino, el muy...!

Si no se hubiese largado corriendo en cuanto he frenado en seco mi Lamborghini, lo habría matado con mis propias manos, incluso aunque tuviese que romperme una uña. Pero ¿quién se habrá creído que es semejante gañán? Si él ni siquiera tendrá dónde caerse muerto. ¡Qué mala es la envidia! Lo único que me hubiese gustado es no quedarme paralizada como una lerda, pues, sin duda, lo habría mandado al infierno. Sin embargo, me he quedado helada como una mema total, sin articular palabra, mientras él se burlaba de mí a sus anchas. ¡Hay que ser medio tonta! No, ¡hay que ser tonta entera!

Así que ahora mismo tengo unas ganas increíbles de aniquilar a alguien, y el primero que se cruce en mi camino obtendrá todas las papeletas para ganar el gran premio del sorteo: mi mala *milk*.

¡Qué rabia me da la gente que juzga a los demás por sus apariencias! Porque es obvio que yo no lo hago (acompañó esta frase de una risa irónica, a la par que malvada, tipo Maléfica en sus mejores tiempos). Siempre me han inculcado que las clases sociales no deben mezclarse, ni siquiera por casualidad, y es algo de lo que cada día estoy más convencida.

No, ahora hablando en serio: me parece cruel que me califiquen por mi apariencia. Cuando éramos pequeñas, mi hermana y yo pasábamos los veranos en Málaga y, a pesar de que mi madre no nos permitía mezclarnos con otros niños, mi abuela nos obligaba a hacerlo, y algunos niños se metían con nosotras por cómo hablábamos o cómo vestíamos; yo lo pasaba fatal, de hecho, todavía me siento mal por aquello. No creo que haga daño a nadie por el simple hecho de tener más o menos dinero, una casa más o menos grande,

o vestir ropa de más o menos firmas; además, alego en mi defensa que cada día trabajo duramente para costearlo cuando ni siquiera me haría falta.

Creo que es el momento perfecto para explicar el motivo de mi comportamiento bipolar, más que nada para que no penséis que estoy zumbada. O para que terminéis de confirmarlo, una de dos.

La mayor parte del tiempo, intento por todos los medios ser una mujer madura, razonable, sensata, responsable y consecuente con sus actos o, al menos, parecerlo. Pero si alguien consigue traspasar la barrera de esa gran Mujer de Hielo, existe una pequeña niña en mi interior que se queda desprotegida y corre el riesgo de sufrir, porque es demasiado vulnerable.

¡Odio esa sensación!

Por esta sencilla razón es por lo que me he pasado toda la vida construyendo murallas alrededor de esa maldita mocosa; tantas que hoy en día resulta imposible encontrarla.

Entonces ¿qué ocurriría si alguien, de manera inesperada, se plantase en el epicentro de mi ser y destruyese todas esas barreras de un solo plumazo?

No estoy segura de querer saber la respuesta a dicha pregunta, me debato entre sacar a ese hombre de mi vida de una fuerte patada en su perfecto culo prieto o permitir que entre en ella para comprobar qué tal se lleva con la pequeña Zoe. Porque lo cierto es que la hace reír a carcajadas, soñar con nubes de algodón y sentir mariposas revoloteando en el estómago.

Cada vez que estoy con él soy esa niña que nunca me permitieron ser, pero también aparece un foco luminoso de color rojo neón en mi mente que me advierte de que las mariposas son muy peligrosas.

¿Recuerdas cuándo dejaste de ser un niño?

¿Podría alguien que lo tiene todo necesitar de alguien que no tiene nada?

¿Qué hacer cuando la cabeza te dicta una cosa y el corazón la contraria?

1

Hombres del mundo: ¿En serio sois así, o sufrís averías cerebrales?

CAROLINE, *The man-hater*

Cada mañana, lo primero que hago es ver la *intro* de Caroline en su famoso canal de YouTube y mondarme de risa. Esta chica no tiene remedio, si por ella fuera, exterminaría de un plumazo a todos los hombres de la faz de la Tierra; sin embargo, sus seguidores aumentan por momentos, género masculino incluido. Yo bromeo con ella porque auguro que ese canal se convertirá en un arma de destrucción masiva, aunque ella no cabe en sí de gozo cada vez que se lo advierto.

Pero, volviendo a la cruda realidad:

—Hay veces que miro tu mesa y me entran ganas de salir corriendo de la oficina, con gritos de horror incluidos —le increpo a John al pasar por su lado, sin detenerme para esperar su respuesta y sin dedicar ni una sola mirada hacia su persona.

—Ahora mismo lo recojo, jefa —me contesta con un falso apuro muy mal disimulado.

No me vuelvo para rebatirlo; sé de sobra que esa mesa mañana estará igual de desordenada, aunque, por otra parte, con la cantidad de trabajo que tiene el pobre hombre, es lógico que no le dé la vida para más.

—Cuando te despida, no llores —protesto falsamente indignada, mientras cierro tras de mí la puerta de mi despacho con un fuerte portazo.

—Sabes que eso no va a ocurrir, me quieres demasiado —le oigo

responder desde fuera, pero hago como que no me entero.

John es mi secretario/ayudante/chico de los recados/salvavidas, aunque mis amigos bromean diciendo que es mi esclavo; no obstante, la realidad es que no podría respirar sin él. Es mi mano derecha, una especie de agenda con patas. ¡Por Dios, si hasta me recuerda que felicite a mi madre por su cumpleaños! Y es por eso, y por un millón de cosas más, por lo que permito que me tutee y que me trate con esa confianza.

—Ese hombre es una auténtica joya que no debes dejar escapar por nada del mundo, hija mía, al menos como amante —me aconseja mi adorada progenitora cada vez que viene por la oficina, aprovechando para ponerle ojitos al susodicho.

Y es que, aparte de inteligente, John es muy atractivo, dicho sea de paso. Con su metro noventa de altura, su pelo moreno y sus increíbles ojos verdes, tiene a todo el personal femenino babeando por él, incluida mi madre.

—Mamá, eres una vieja verde, deja de flirtear con mi empleado o me veré obligada a contárselo a papá —la amenacé un día que estaba sentada sobre la mesa de John, cantándole sus alabanzas, mientras el pobre chico no sabía dónde meterse.

—¡Oh! ¡Eres una aguafiestas, Zoe! —protestó ella, volviendo a mi despacho, aunque caminando con gran elegancia felina para que mi secretario intentase no mirar su trasero—. Ese hombre es un caramelito y, si no te lo quieres comer tú, me veré obligada a hacerlo yo; ¡prácticamente me estás lanzando a sus brazos! —se excusaba con cara de no haber roto nunca un plato.

—¡Eres una ninfómana incorregible! —la recriminé, aguantando la risa. Ya te digo yo que Mrs. Robinson al lado de mi madre es una mera principianta.

Ésa es mi madre, la señora O'Connor, también conocida como la señora *De O'Connor* entre los vecinos de la alta sociedad de Bel Air, ya que mi padre es el multimillonario famoso y ella «una simple aprovechada a la que

hizo un oportuno bombo cuando estaban ambos en la universidad, aprovechando así su única baza en la vida» o, al menos, ésa es la versión de mi abuela paterna, Isabel, con la que podréis deducir que mi madre nunca se ha llevado demasiado bien.

Por este motivo, y por muchísimos otros más, las cenas de Navidad en casa de mis abuelos paternos siempre fueron un auténtico infierno; una cruenta batalla campal entre ellas dos, aunque ahora eso no viene al caso.

Por cierto, el bombo soy yo.

Observo mi impoluto despacho, situado en pleno distrito financiero de Los Ángeles, en un barrio de lo más *cool* conocido como Century City y, más concretamente, en Century Park, justo al lado del paseo de las estrellas y de los Estudios Fox; o sea, que para mí no es extraño cruzarme de manera habitual con actores y actrices famosos de Hollywood.

Todavía recuerdo el día en que Caroline vino a recogerme a la *ofi* y se cruzó con Leonardo DiCaprio. ¡No fue capaz de cerrar la boca durante horas! Además de estar una semana entera contándolo en su canal de YouTube una media de cuatro veces diarias. Cada vez que lo explicaba resultaba que Leonardo la había mirado durante más tiempo; hasta que, en su último vídeo, el actor terminó guiñándole un ojo e invitándola a salir. Y no contó que le había pedido matrimonio por miedo a una demanda, que si no...

Claro está que mi amiga se vio obligada a declinar la amable invitación de DiCaprio, pues ella es una famosa *influencer* en las redes, que se caracteriza, precisamente, por no querer tener novio, de ahí su nombre artístico: Caroline, *the man-hater*, lo que viene a significar algo así como *la odiadora de hombres*. Por lo tanto, el señor Leonardo DiCaprio no encajaba en sus planes de futuro.

—Pobrecillo, le habrá destrozado el corazón al muchacho —me comentaba mi madre un buen día mientras estábamos en la peluquería, pues ella es la fan número uno del canal de Caroline; cosa lógica, ya que están las dos igual de taradas.

—¡Pero, mamá, si es mentira! Yo estaba a su lado y DiCaprio ni siquiera la miró de soslayo. —Me carcajeé ante su inverosímil inocencia.

—Eso es que tienes envidia porque la miró a ella y no a ti, no creo que Carol se inventase una cosa así, Zoe —me reprochó para provocarme.

—Lo que tú digas. —Bufé indignada, poniendo los ojos en blanco.

Entonces, se bajó un poco sus gafas de pasta rosa de Chanel para poder mirarme por encima de ellas con esos ojos de arpía que la caracterizan y añadir:

—Hija, asume de una maldita vez que no todos los hombres del mundo se enamoran de ti nada más verte. He de admitir que una gran mayoría sí, pero el resto de las mortales también tenemos derecho a ligar, ¿no crees?

—Paso de ti —le respondí, sin prestarle el menor de los casos. Hay veces que se piensa que está soltera y me enerva que no respete a mi padre.

Yo soy angelina de toda la vida, ya que nací aquí, pero mis padres son madrileños de pura cepa; es decir, que sus padres también son madrileños, lo que se conoce como *gatos*, y que cada vez es más raro encontrar por el mundo. Con lo cual, soy completamente bilingüe, pues en mi entorno se habla inglés y en mi familia siempre se ha hablado el castellano. Incluso tengo muchos amigos españoles aquí; una de ellas, Caroline, porque LA es una de las ciudades más cosmopolitas del mundo.

Mi padre decidió montar su empresa en esta ciudad porque el fundador era español, y este hecho le resultó tan curioso que supuso que se trataba de una señal divina. En la actualidad, todo apunta a que puede que ese milagro fuera cierto, dado el repentino éxito de la empresa, pues Los Ángeles es uno de los motores económicos de Estados Unidos, y yo diría que nuestra empresa, O'Connor & Co., es una de las que más fuerza aportan a dicho motor.

Como podréis suponer, mis padres en realidad no se apellidan O'Connor; su apellido era Rodríguez, pero decidieron cambiarlo legalmente cuando llegaron aquí para que los clientes no tuviesen prejuicios al respecto. Todo ello dio como resultado que Lidia Márquez y Julián Rodríguez se

convirtieran en Ashley y Brandon O'Connor. Mi hermana menor, Kimberly, y yo, ya nacimos con este apellido.

Y así fue como unos jóvenes de buena familia, emprendedores y recién casados, se embarcaron en la aventura empresarial, dejando todo su mundo atrás para comenzar una nueva vida en un país desconocido. Cosa que les fue muy bien, pues hoy en día tenemos un imperio; aunque no por ello fue menos arriesgado.

O'Connor & Co. comenzó siendo una pequeña empresa de suministros para vehículos sostenibles, situada en las afueras de la ciudad, y hoy en día ocupa tres cuartas partes de uno de los rascacielos más emblemáticos del centro urbano. Mi padre estudió ingeniería aeroespacial y se le ocurrió que, poniendo un pequeño filtro de fibra de carbono dentro del motor, los vehículos contaminarían mucho menos; lo patentó, y en la actualidad lo usan casi todos los medios de transporte, ya sean aéreos, marítimos, o terrestres.

—Zoe —y hablando del rey de Roma, mi padre por la puerta de mi despacho asoma, sacándome de mis divagaciones—, ¿has conseguido ya el contrato con los japoneses?

Desvío los ojos de la pantalla del ordenador para mirarlo mientras permanezco sentada en mi sillón de reina, tras la gran mesa de madera, imitación de nogal, ya que no quiero que se talen árboles por el mero placer de escribir sobre ellos. Enlazo los dedos y lo miro fijamente.

—¡Hola, papi! ¿Qué tal la mañana? ¡Oh, yo también me alegro mucho de verte! —bromeo.

Él tuerce el gesto para terminar sonriendo. Sé de sobra que soy su talón de Aquiles, pero en la empresa, de puertas para dentro, el gran Brandon O'Connor es un empresario infalible: no se detiene ni un minuto a descansar y pretende que todos los demás seamos iguales; y, muy a mi pesar, lo somos.

—Hola, cariño. —Su mirada financiera se torna familiar—. Perdóname, ya sabes que siempre ando demasiado liado.

Se acerca con paso ágil para darme un beso en la mejilla.

—Lo sé, papá, y creo que podré perdonarte —le concedo—; los *japos* vendrán mañana a primera hora, tranquilo que los tengo en el bolsillo.

Una sonrisa triunfal, a la par que orgullosa, invade su rostro. Tiene el pelo medio moreno, medio canoso, y unos ojos azules preciosos. Todo ello enmarcado en un rostro tan rudo y curtido que, a cualquiera que no lo conozca, le impondría más que respeto porque siempre parece enfadado, aunque en el fondo sea un oso de peluche. Está a punto de cumplir cincuenta y cinco años y todavía conserva su atractivo intacto. Se ha convertido en un hombre maduro muy interesante y por eso mi madre siempre anda como una gata en celo, para que él se dé cuenta de que ella tampoco ha perdido ni un ápice de su indulgente belleza. Aunque me consta que mi padre lo tiene presente; de hecho, ella es la única que lo pone en duda.

—¡Sabía que lo conseguirías, hija! —exclama entusiasmado, dándome una palmadita en la espalda para después dirigirse hacia la puerta y, una vez allí, observarme con orgullo antes de marcharse.

—Gracias, jefe. —Imito un gesto militar poniendo mi mano en la frente y le hago sonreír de nuevo.

Su padre, mi abuelo Isaac, era capitán de la Marina, por eso el ambiente militar siempre ha reinado en mi casa. Mi abuelo quería que mi padre se alistara en las Fuerzas Armadas, incluso le tenía reservada una plaza desde que nació; pero ese futuro brillante que le habían asegurado se truncó el día en que una rubia de ojos verdes llamada Lidia, hoy Ashley, se cruzó en su camino y se quedó embarazada.

Mis abuelos siempre pensarán que mi madre lo hizo a propósito para cazarlo, aunque ella haya sostenido siempre que también se quebró su vida, no sólo la de él, pues se vio obligada a dejar la carrera de medicina para criar a una niña. Pero, para mis abuelos, su versión siempre carecerá de veracidad, teniendo en cuenta la educación machista de la época, y no se lo perdonarán jamás.

—¡Ah, Zoe! Recuerda la reunión con Emily —me dice antes de cerrar la

puerta y marcharse; ya no se permite perder más tiempo.

Mi móvil vibra sobre la mesa, lo cojo para comprobar de qué se trata y descubro que es un wasap de mi hermana.

Hermanita, ¿qué te parece si me invitas a cenar y nos ponemos al día? Llego en un par de horas y te tengo que dar el coñazo para contarte todo. Besos.

Si no me pareciese bien, vendrías igual, no tengo alternativa... ¡Es broma! ¡Me muero por verte!

¡Y yo también! Espero que no tengas planes porque te voy a secuestrar esta noche.

Había quedado con Emily, la directora de marketing, para cenar en casa; vente y cenamos las tres. No creo que tarde mucho en irse.

Mi hermana no necesita invitación para venir a mi casa; de hecho, tiene su propia habitación en ella, aunque me avisa porque de esta manera no se ve obligada a pasar antes por casa de mis padres, a los que sospecho que, de momento, no tiene demasiadas ganas de ver.

¡Genial! Entonces *¡pyjama's party!*

Pongo los ojos en blanco y sonrío por su inagotable sarcasmo. Me pongo nostálgica ante la idea de hacer una fiesta de pijamas, aquéllas donde no podía faltar una guerra de almohadas o un festín de helado; entonces éramos pequeñas, pero ya las liábamos bien gordas.

Recuerdo una de aquellas fiestas, cuando todavía vivíamos en casa de mis padres. Mi hermana se descolgó desde la ventana de mi habitación, en la segunda planta, con unas cuantas sábanas atadas las unas a las otras; ni siquiera se nos ocurrió que se podría haber matado de no haber aguantado su peso. Tendríamos nueve años ella y once yo. Kim lo hizo por el mero placer

de llamar al timbre y ver cómo a mi madre le daba un infarto. ¡Lo que nos reímos todas las amigas al ver a la estirada de mi madre al borde del ataque de nervios!

Kimberly siempre ha sido la cabeza loca de la familia, es como una versión 2.0 de mi madre, pero más moderna y con posibilidades infinitas de amargarle la vida.

—El karma siempre te lo devuelve todo multiplicado por dos —le auguraba mi abuela Susana a mi madre, entre risas, al ver su desesperación. ¡Y qué razón tenía!

Cuando éramos niñas estábamos siempre peleando, y ahora que somos adultas, la echo muchísimo de menos.

Continúo mi día como otro cualquiera: a tope de trabajo. Yo me encargo de coordinar el área comercial y de fidelización de la empresa, además de dirigir las relaciones internacionales o, lo que es lo mismo pero dicho con otras palabras: mi cometido es captar nuevos clientes y pelotear a los que ya son nuestros.

Cuando termino mi jornada laboral, a eso de las cuatro de la tarde, cierro mi portátil y salgo del despacho. Compruebo que John continúa en su sitio, sin parar de teclear con una sola mano, mientras sostiene un montón de papeles con la otra, mirando absorto la pantalla del ordenador. El sonido de mis tacones consigue que levante la vista hacia mí cual conejillo asustado.

—John, no te vayas demasiado tarde; tienes un contrato indefinido, lo que significa que no te puedo despedir de momento, aunque podría hacerlo por no cumplir con el horario establecido. Además, si terminas todo el trabajo hoy, no tendrás nada que hacer mañana —le aconsejo conteniendo la risa, mientras paso por delante de su mesa sin detener mi paso.

—Usted tranquila, señorita O'Connor —contesta con retintín—, tengo trabajo de aquí a la eternidad —dice mientras continúa a lo suyo sin prestarme demasiada atención.

—Si en media hora no has salido, mandaré al encargado de seguridad para

que desaloje la planta; hay un horario que tienes que respetar.

—Dame diez minutos y cierro —me concede.

—Ni uno más.

—Oído —musita, de nuevo abstraído por su mundo de cuentas y balances.

Las puertas del ascensor se cierran y él sigue a lo suyo. Desconozco si tendrá novia, hijos o aficiones, pero si por él fuese, viviría detrás de ese maldito ordenador. No tiene límites; es adicto al trabajo, literalmente.

Salgo a la calle y me pongo mis maxigafas de sol de Armani para no quedarme ciega. Estamos a primeros de mayo y empieza a hacer mucho calor. Me dirijo con paso firme hacia nuestro parking privado, situado junto al edificio principal, y cuando llego a mi plaza, apunto hacia mi coche con el minúsculo mando a distancia que tengo en la mano.

En Los Ángeles se da un fenómeno conocido como el *smog*, que no es otra cosa que una burbuja sobre la ciudad provocada por la contaminación de los coches. Este fenómeno es debido a que casi nunca llueve, pues tenemos un clima costero muy templado. Si a eso le sumas los cuatro millones de habitantes que viven en la ciudad, más los otros siete millones de las ciudades colindantes que se desplazan hasta aquí cada día para trabajar, esto se convierte en una bomba atómica de humo. Por eso el ayuntamiento hace lo imposible por cumplir con las tasas medioambientales impuestas por el gobierno de California y, debido a todo esto, sólo están permitidos los coches con baja emisión de gas, nada de bólidos ultrapotentes como los que salen en las películas. A no ser, claro está, que los tunees, como es mi caso, y de esta forma te permitan conducir una máquina celestial por la ciudad.

Las luces intermitentes de mi flamante Lamborghini Aventador me indican su localización. Avanzo hacia él, admirando su impresionante carrocería roja, que brilla a la luz del sol como un diamante, mientras se alzan las puertas de alas de gaviota. Se trata de un vehículo ya de por sí ultraligero, al que añadí nuestros famosos filtros por doquier, obteniendo un resultado excelente: un coche de superlujo que no contamina.

Mi idea, al principio, les pareció a todos una completa locura, para variar. Pero mi padre no dudó en apoyarme y fabricaron dichos filtros especiales para mí; total, de no obtener el resultado esperado, lo peor que podría suceder es que tuviese que pagar una considerable multa al gobierno por contaminar en exceso y la retirada de mi vehículo de la circulación... Nada que no pudiéramos asumir.

Antes de que me concediesen el permiso para poder circular, me obligaron a insertar en el coche un aparatito que calculaba la emisión de gases tóxicos, que debería presentar en el plazo de un mes ante el gobernador. Pero el resultado no sólo fue positivo, sino óptimo. Mi coche contaminaba mucho menos que la media, ya de por sí libre de gases, y así fue como, poco a poco, se fue extendiendo la noticia de que no tenías por qué renunciar a poseer un gran coche para no contaminar, y los pedidos de nuestros filtros se triplicaron en tan sólo una semana. Lanzamos una agresiva campaña publicitaria y hoy en día prácticamente todas las compañías automovilísticas del mundo lo añaden de serie a sus vehículos de lujo.

Por todo esto y por mucho más mi padre bebe los vientos por mí. Él lo inventó, fue suya la idea, pero una servidora lo ha dado a conocer a nivel mundial.

Me quito los tacones de aguja de Manolo Blahnik para poder acelerar como es debido y me siento sobre la tapicería de cuero negra, subiendo mi falda de tubo hasta la mitad del muslo para estar más cómoda, mientras espero a que se bajen las puertas. Al salir, saludo a uno de los muchos guardias de seguridad que vigilan el parking de la empresa, pues aquí hay una verdadera fortuna en cuanto a coches se refiere y no puede faltar la vigilancia extrema.

No tardo demasiado en sumarme al tráfico de la autovía, con dirección a mi casa. Conducir es una de mis grandes pasiones y este cochecito va prácticamente solo.

2

Mujeres del mundo: Dejad de fingir orgasmos de una maldita vez, porque luego me encuentro con el típico energúmeno que con dos movimientos desastrosos pretende que llegue a la luna, y eso no puede ser.

¡Pensad en el bien común, por favor!

CAROLINE, *The man-hater*

Entro en el recinto ajardinado que delimita el terreno de mi casa. Mi modesta mansión tiene casi una yarda cuadrada y está situada en la calle W Oceanfront, en el número 16 de Balboa Boulevard, en la península del mismo nombre; un auténtico paraíso en la tierra, pues todas las paredes que dan a mi playa privada son de cristal, lo que me permite contemplar las espectaculares vistas desde cualquier lugar; esto me hace sentir realmente feliz cada día, pues soy una auténtica privilegiada por tener el océano Pacífico a menos de veinte metros de mi salón.

Mi padre se encaprichó de esta casa en cuanto la edificaron y me la regaló en mi vigésimo segundo cumpleaños, en señal de agradecimiento por todas las cosas que había conseguido por la empresa. Yo no necesitaba tantos lujos para vivir, pero él insistió en que podría mantenerla sin ningún problema con mi sueldo, aunque no era eso lo que a mí me preocupaba.

Se encuentra situada a tan sólo cincuenta minutos del trabajo y además en una de las zonas más exclusivas de Los Ángeles, por lo que estoy más segura que en ningún otro lugar. La seguridad de sus hijas es uno de los temas que más les preocupan a mis progenitores y uno de los que más aburridas nos

tienen a nosotras, pues tienden a sobreprotegernos y eso nos agobia bastante; o al menos a mí, porque Kimberly, por el contrario, le saca bastante partido al asunto.

Saludo a Kenneth al entrar en el garaje; él es mi guardaespaldas y está obligado a esperarme en casa, como un gatito manso. Al principio me seguía a todas partes, pero amenacé a mi padre seriamente con dejar mi trabajo si ese hombre gigantesco tenía que acompañarme a todos los sitios a los que iba, incluidas mis salidas nocturnas. Por lo tanto, el hombre-armario accedió a regañadientes a quedarse en casa durante mis horas de trabajo, con la única condición de poder seguirme a distancia cuando iba a otro sitio, a pesar de tener un dispositivo digital conectado a mi móvil que siempre le *chiva* dónde estoy.

—¡Nada de guardar mi espalda! ¡Que guarde la casa si quiere! —le grité a mi padre la última vez que Kenneth casi asesina a un chico en medio de una discoteca tan sólo porque intentaba ligar conmigo.

Entro en mi humilde morada y subo por la escalera de cristal hasta la segunda planta, donde se encuentra mi habitación. Todas las estancias de la casa están decoradas en tonos blancos. Un prestigioso decorador de interiores, amigo de mi madre, se ocupó de ello, y es cierto que da luminosidad y dota al ambiente de una gran sensación de pureza; además, en cada habitación se resalta el color que más te apetezca con un mueble de un tono distinto o algo decorativo.

Enseguida aparece tras de mí Marcia, riñéndome, para variar.

—Zoe —señala con su dulce acento brasileño que tanto me gusta—, esta mañana no te has llevado la cazadora, te lo he recordado tres veces y, aun así, no me has hecho ni caso. Hace mucho frío cuando sales y te vas a resfriar. — Es la única del servicio que me llama por mi nombre porque es una especie de segunda madre para mí, por no decir que es la primera.

—Marcia, tengo casi treinta años —le contesto sin mirarla, mientras me cambio de ropa para estar más cómoda—, creo que sé de sobra cuándo debo

llevarme la chaqueta y cuándo no. Además, ya hace mucho calor, no seas pesada.

Las dos nos miramos. Ella debe de tener unos cincuenta años, posee la tez morena, tiene los ojos castaños, es bajita y entrada en carnes, lo que no le impide moverse como un colibrí; mires donde mires allí está ella, solucionándolo todo. Hay veces que pienso «¡Lo que cunde esta mujer!».

Lleva siete años viviendo conmigo, por eso habla español a la perfección. Tiene su casa privada enfrente de la piscina, justo al lado de la casa de los demás trabajadores: cocineras, limpiadoras, jardineros y personal de mantenimiento y de seguridad. Ella es la que dirige, con mano de hierro, a todos los demás. Me conoce mejor que nadie y es la única persona en el mundo a la que confiaría un secreto de Estado, y la única por la que pondría la mano en el fuego.

—Pues como te constipes no pienso cuidarte —protesta mientras se marcha, haciéndome ver que está muy enojada.

—No te preocupes, llamaré a mi madre —la provoco.

Suelta un bufido involuntario, seguido de una carcajada.

—Tu madre no sabe ni lo que es un termómetro —me sermonea, y las dos nos reímos.

—Marcia, avisa a Katty de que Kimberly viene a cenar, que prepare cena para tres en vez de para dos —anuncio en voz alta para que me oiga, pues ya se ha marchado de mi cuarto.

—¿Kim? —exclama emocionada—. ¡Qué bien, con las ganas que tengo de ver a esa cabra loca! —añade mientras baja la escalera.

Contemplo mi reflejo en el gran espejo que hay en mi baño privado. Me observo por delante, por detrás y de perfil. Levanto mi camiseta de tirantes deportiva para comprobar, aliviada, que no parece que haya engordado demasiado, aunque la báscula indique lo contrario. Tanta cena de gala y tanta comida con clientes me están pasando factura. Debo ponerme a dieta de

inmediato, por mucho que me cueste, o de lo contrario comenzaré a parecerme a una butifarra.

Mi constitución no es precisamente delgada, como la de mi madre y mi hermana, yo soy de las que engordan tan sólo soñando con bocatas.

—Has tenido que sacar lo peor de la insufrible de tu abuela. —Mi delicada madre siempre me alienta cuando me quejo de mi trasero—; al menos también heredaste esos ojos, cielo —dice, y lo mejor de todo es que creerá que con eso me consuela.

En el mundo en el que yo me muevo, el físico lo es todo. Sí, por desgracia es un mundo frío y superfluo en el que reinan las apariencias. Yo soy bastante ancha de caderas, a lo que, para colmo de males, acompaña un culo demasiado respingón, tipo brasileña alocada, que yo odio en particular, pues siempre es el centro de todas las miradas masculinas. Lo que mis amigas consideran una bendición del cielo, para mí es un desgraciado contratiempo.

Me pongo los leggins y las deportivas para salir a correr por la playa antes de prepararme para la cena. Odio el deporte, pero esto es una emergencia máxima: debo perder las siete libras que he cogido a la voz de ya.

Salgo por el porche delantero, que va a parar directamente a la playa, mientras me coloco el móvil en el brazo, ajustando el programa para contar las calorías quemadas y la distancia recorrida. Bajo la escalera y enseguida piso la fina arena blanca. Esta vez he decidido no traerme los auriculares porque prefiero escuchar el sonido de las olas, a ver si me relajo un poco.

—Señorita O'Connor, ¿me permite acompañarla? —Observo a Kenneth, que está situado enfrente de mí, vestido con un impoluto traje de chaqueta negro.

—Kenneth, ¿pretendes morir asfixiado? Si quieres salir a correr cómprate ropa adecuada para ello —le contesto, pasando de largo de él.

—Zoe, ¡ven aquí de inmediato! —La estridente voz de Marcia consigue que me detenga en seco.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto hastiada, poniendo los ojos en blanco.

—¡No te has puesto la crema solar y te llenarás de pecas! —dice mientras viene corriendo hacia mí, alzando el bote en cuestión.

Yo niego con la cabeza, pero cedo a su requerimiento; de no ser así la tendré de morros dos meses, y cualquiera la aguanta. Además, es cierto que soy tan blanca que enseguida me lleno de pecas, y mi pelo, al ser tan oscuro, se torna de la temperatura del fuego y corro el riesgo de morir calcinada. Una vez que me ha embadurnado de crema, por fin deja que me marche, a la vez que protesto en inglés para que el guardaespaldas me entienda:

—¡Os voy a despedir a los dos, sois unos tocapelotas!

Comienzo mi carrera por el borde del océano. La playa a estas horas está casi desierta y consigo olvidarme de todo. ¡Qué paz!

* * *

Una hora y quinientas calorías más tarde regreso a casa. Son las seis y mis invitadas deben de estar a punto de llegar, por eso me apresuro a darme una ducha y a vestirme para la cena. Decido ponerme algo cómodo e informal, pero no nivel chándal, o sea, que unos vaqueros cortos con un jersey rosa amplio me irán bien.

Suena el timbre cuando todavía estoy terminando de secarme el pelo y enseguida oigo la inconfundible y escandalosa voz de mi hermanita, entremezclada con los gritos de emoción de Marcia. Niego con la cabeza, imaginándolas saltando mientras se abrazan y se besan. Vaya dos.

—¿Dónde está mi hermana favorita? —pregunto mientras bajo la escalera.

Kimberly se levanta del sofá en el que estaba sentada *marujeando* junto a Marcia para venir corriendo hacia mí, soltando grititos y palmaditas de alegría. Nos damos un fuerte abrazo, acompañado de chillidos histéricos.

—¡Mírate! —Me coge por las manos para separarme un poco de ella y así poder contemplarme mejor—. ¡Estás divina, Zoe!

—¿Divina? ¡He engordado tres kilos! —Entre nosotras hablamos en

español—. Estos pantalones me quedaban sueltos y mira ahora. —Levanto el jersey para que compruebe por sí misma cómo la cinturilla del pantalón se aprieta contra mi piel.

—Pues no sé dónde los habrás cogido porque no comes nada —me reprocha Marcia, mientras se dirige hacia la cocina.

—Estarías demasiado delgada, hermanita. Ahora estás perfecta, en serio, y ese corte de pelo te sienta fenomenal. ¡Qué ganas tenía de verte! ¡Te he echado tanto de menos! —exclama, y volvemos a abrazarnos.

—¡Tú sí que estás guapa! Los aires parisinos te han sentado de maravilla.

Sigue siendo la misma de siempre. Alta, delgada, con esa melena lisa, larga y dorada y con esos increíbles ojos de color miel que Dios le ha dado. Siempre me ha recordado a una sirena. Lo único que tenemos en común es nuestra naricilla pequeña y los hoyuelos que nos salen a ambos lados de los labios al sonreír; por todo lo demás, somos el lado opuesto la una de la otra.

Ella siempre ha sido una dormilona y yo padecía de insomnio. Ella nunca ha sentido la necesidad de comer y yo siempre tengo hambre, sobre todo de chocolate. Ella es una loca inconsciente y yo siempre he sido la más responsable del mundo. Ella habla sólo cuando es necesario y yo no me callo ni debajo del agua. En resumidas cuentas: somos el día y la noche.

La cojo de la mano para llevarla hasta el porche, donde tomamos asiento la una frente a la otra, pues hay varios sillones dispuestos formando un semicírculo alrededor de una mesa baja de bambú y así podemos apreciar el maravilloso atardecer angelino.

—Estoy enamorada de tu casa, Zoe, es una puñetera pasada —comenta, admirando las vistas con las que nos deleita el sol, poniéndose tras el horizonte entre las palmeras que hay frente a nosotras, en la playa.

—También es tu casa, ya lo sabes.

—Bueno, yo me fundí el dinero que me asignó papá para comprar mi casa en viajes y zapatos, supongo que merezco la envidia que me das —añade, absorta en la puesta de sol.

—Kim, no seas tonta, papá nunca te negará nada si lo necesitas, y mucho menos dinero, que de eso le sobra —puntualizo para animarla.

—Pero la bruja malvada con la que está casado me advirtió que, si decidía marcharme con el dinero en vez de comprar la casa, me olvidara de pedirle nada nunca más —añade, imitando a mi madre con voz de bruja.

—Mamá se enfadó al principio, ya sabes cómo es; quería que viviésemos cerca y así tenernos controladas a ambas las veinticuatro horas del día, como siempre, pero ya se le ha pasado. Asumió que no todas somos iguales y que tú eres más parecida a ella de lo que le gustaría. —Miento vilmente a mi hermana, pues mi madre no le perdonará nunca que huyese del país con el dinero que ellos habían destinado a comprar esa casa para que así pudiese emanciparse y comenzar una nueva vida.

—Yo necesitaba viajar y conocer mundo, Zoe, no soy como tú. Yo no puedo estar quieta en el mismo lugar haciendo las mismas cosas cada día, ¡me aburro! —se excusa.

La observo con más detenimiento; aunque tenga veintisiete años, no aparenta más de veinte. Sigue siendo la niña consentida que era cuando se marchó a conocer mundo, hace ya más de tres años.

—Conocer sitios nuevos está muy bien, Kim, pero dejar plantada a tu familia y, encima, utilizando su dinero para ello, no es del todo acertado. De todas formas, a mí no me corresponde tener esta conversación contigo, no me apetece que nada más llegar quieras marcharte de nuevo; así que, venga, ¡cuéntame cosas interesantes de París!

Entonces, me enseña un enorme anillo de diamantes que lleva en el dedo corazón de la mano derecha y mis ojos se abren como platos.

—*Oh, my God!* —grito entusiasmada.

—¡Puede que me case!

—Pero ¿con quién?! Hablamos cada día y ni siquiera me has contado que tenías novio, ¿tú lo ves normal?

—Deja de regañarme y escucha —me reprocha.

Me cuenta que, justamente ayer, antes de venirse, en el mismísimo aeropuerto, su novio, Jean Paul, se le declaró y que ella no le dio ninguna respuesta.

—O sea, que no sé si estoy comprometida o no —añade risueña.

—Bueno, supongo que el hecho de que tengas ese pedrusco puesto significa que un no rotundo no será, ¿no? —alego en defensa del pobre chico.

—Me lo he puesto porque es muy bonito —se defiende.

Yo suelto una risa por su sincera respuesta y ella continúa sin prestarme la menor atención:

—Además, él es muy mono, mira. —Me enseña unas cuantas fotos del móvil en las que salen los dos juntos. La verdad es que el muchacho de mono no tiene nada.

—¿Y no las has subido a Instagram ni a ningún otro sitio? —pregunto algo mosqueada, pues ella pone una media de mil fotos cada día en sus redes sociales.

—Es una larga historia, Zoe, ya te la contaré más despacio.

—Kimberly, ¿no será alguien peligroso? ¿O acaso tiene mujer e hijos? —recelo.

Se parte de risa ante mi excesiva reacción de hermana mayor.

—¡Calla, calla! No es nada de eso, digamos que no quiero que se entere otra persona.

Justo en el momento en el que me dispongo a invadirla a preguntas, nos interrumpe el timbre.

—Debe de ser Emily —le informo—, no creas que te vas a librar de contarme lo que te traes entre manos. —La amenazo con el dedo y ella me lanza un beso.

Me dirijo hasta el salón para recibir a la directora del departamento de marketing, que viene acompañada por mi mayordomo en funciones: Marcia. Podría haber quedado con ella en la empresa, pero paso allí demasiadas horas y, además, he creído que sería conveniente que me conozca en un ambiente

más distendido, pues a la hora de plantear a la prensa algunas cuestiones, este hecho le va a influir positivamente.

—¡Bienvenida a mi casa, Emily!

—Gracias, señorita O'Connor.

—¡Oh, no, por Dios! Llámame Zoe —le digo.

—¡Pues gracias, Zoe! —exclama mientras sonrío abiertamente.

Nos damos dos besos.

—¡Qué bien te sienta ese alocado corte de pelo! Me recuerdas a Meghan Ory —me adula.

—Sí, la peluquera me advirtió que ahora me iban a confundir con ella, y es que, si ya teníamos el mismo color, ahora con el mismo corte... ¡Algún autógrafo me pedirán!

—¡Ya quisiera ella! —me interrumpe mi invitada—. Perdona, pero es que no tendrá nunca tu glamour, querida.

Nos reímos y la invito a pasar, indicándole el camino hacia el porche, donde se encuentra mi hermana. Cuando llegamos, las presento a ambas, pues no se conocen, pero enseguida Kimberly se retira a sus aposentos con la excusa de deshacer las maletas y darse una ducha, aunque en realidad es para dejarnos a solas; es lógico suponer que si invito a cenar a alguien del trabajo es para tratar algún tema en concreto, y si ella está presente en todo momento no podremos hacerlo. Por lo menos mi hermana es avispada.

—¡Qué vistas más bonitas, Zoe! —indica Emily, señalando el cielo ahora adornado con tonos violáceos.

—Por eso precisamente compré esta casa.

—Pues acertaste, sin duda.

—Gracias, Emily.

Charlamos durante un buen rato sobre la familia, las relaciones, el tiempo, la ciudad y otras cosas sin importancia.

—Vamos a pasar dentro porque enseguida empezará a refrescar —propongo.

Le indico con la mano la entrada y nos dirigimos al salón de la chimenea, charlando sobre el buen barrio en el que vivo y lo acertado de la decoración. Una vez que tomamos asiento en el sofá de cuero blanco, Marcia nos trae una limonada y unos frutos secos.

—Emily, te voy a ser franca: te he invitado a mi casa para que me informes con más detenimiento sobre el proyecto que me comentaste hace un par de días, pero mi hermana se ha presentado de manera inesperada y no disponemos de mucho tiempo antes de que asome las narices por aquí.

—Está bien, Zoe, no quiero andarme por las ramas. Llevamos tres meses trabajando juntas y creo que a la empresa le vendría muy bien un lavado de cara, porque, aunque las instalaciones se están modernizando todo el tiempo, el personal y los métodos utilizados están un tanto..., ¿cómo decirlo?

—Obsoletos. —La ayuda.

—Bueno, sí. —Titubea para no dañar la sensibilidad de su jefa.

—Emily, ésta es una reunión informal y sin testigos, no te preocupes por las palabras que utilices.

—Gracias —contesta aliviada—. Pues había pensado en que tú fueses más visible; ya sabes, eres mujer, joven, atractiva, triunfadora, y debes empezar a tomar las riendas del imperio. Si te soy sincera, creo que tu imagen vendería mucho más que la de tu padre.

—No entiendo demasiado de marketing, pero no creo que sea muy positivo un cambio tan drástico; la imagen de mi padre se asocia a O'Connor & Co. A decir verdad, ¡él es O'Connor & Co.! —la contradigo.

—Entiendo tu postura; obviamente; se haría de manera paulatina, en unos cuantos años, pero hay que empezar a moverlo ya. Además, tu padre tampoco pretende estar mucho más tiempo en activo; por lo que tengo entendido, pretende jubilarse pronto.

—Así es, Emily, pero todavía no ha encontrado el momento. —Miento, porque creo que mi padre sueña con su jubilación desde que comenzó a estudiar.

Ella tuerce el gesto. Parece demasiado interesada en quitar a mi padre del medio, pero disimula.

—Creo que podemos comenzar con algunos actos benéficos y ayudas a la comunidad. Está muy bien visto entre los empresarios y la alta sociedad —expone.

—¿Tienes algún ejemplo?

—Hay varios comedores sociales que se ofrecerían a ello encantados. Nosotros obtenemos unas fotos muy productivas y ellos consiguen dinero, ambos salimos ganando. ¿Cómo lo ves?

—No me parece mal.

Obviamente, esta mujer no sabe nada acerca de mis pasatiempos; de ser así, el hecho de estar un día en un comedor social le parecería ridículo. Pero, de momento, no me interesa que se entere, pues nunca lo he querido utilizar para dárme las de alma caritativa.

—Perfecto, entonces avisaré a mi equipo para que contacte con varios comedores, a ver cuál de ellos nos interesa más, y te informaré del día y la hora a los que deberás asistir. Después, podrías acudir a varias galas benéficas en lugar de tu padre. Él está completamente de acuerdo con todo esto, no te preocupes. Así, poco a poco, irías relevándolo sin que nadie perciba el cambio de manera brusca.

—Está bien —acepto.

O sea, ¿que mi padre ya ha dado su consentimiento? En realidad, siento cierto vértigo; sé que soy muy buena en mi trabajo, por no decir la mejor, pero no se me da demasiado bien eso de cuadrar agendas y hacer el paripé entre la sociedad; en esas lindes, mis padres son los verdaderos profesionales. Yo todavía soy demasiado impulsiva, se me ve venir de lejos.

—Espero no interrumpir nada importante. —Kimberly aparece en el salón de invierno con un moño desmadejado en lo alto de la coronilla y un pijama de Hello Kitty.

—Kim, ¿no crees que te has puesto *demasiado* —enfático— cómoda? —

le increpo molesta.

—¡Oh! No os preocupéis por mí, estoy muy cansada del viaje, sólo venía a despedirme porque me voy a dormir —anuncia.

—¡No, no, no! De ninguna manera —exclama Emily mientras se levanta del sofá a toda prisa—. Ya hemos hablado todo cuanto teníamos que hablar; por favor, la que debe marcharse soy yo, así podréis ponerlos al día las hermanas.

—No se tiene que marchar nadie, hay cena para las tres —les explico a ambas.

Con lo fácil que sería si Kim hubiese bajado con unos vaqueros.

—No, gracias, de veras. Zoe, es mejor que me vaya, mañana ultimaremos los detalles. No te preocupes, en otra ocasión cenaremos juntas, comprendo la situación.

Emily me da un apretón de manos rápido, coge su bolso y se dirige hacia la salida.

—Marcia, por favor, acompaña a la señorita —le indico apurada.

Miro a mi hermana con cara de espanto, una vez que la invitada exprés ya no puede escucharnos.

—¿Te parece bonito?

—Yo no he hecho nada —se excusa, levantando las manos y poniendo cara de inocencia.

—¡Y una mierda, lo has hecho a propósito! —la acuso.

—¿Cómo voy a hacerlo a propósito? ¿Tan inteligente me crees?

—¡No me vengas con chorradas; soy tu hermana mayor, yo inventé esa clase de artimañas, tú sólo te has dedicado a plagiarme!

—¡Tocada y hundida! —reconoce.

Entonces se echa a reír y se va hacia la cocina, canturreando.

En realidad, no me molesta en absoluto que Emily se haya marchado, pues me muero de ganas por cotillear con mi hermana, pero no me hace gracia que

irrumpa en mi vida haciendo lo que le venga en gana. Aunque he de admitir que me hace gracia.

Nos sentamos las dos en uno de los taburetes situados tras la barra de granito que hay en medio de mi inmensa cocina de diseño.

Katty descorcha una botella de vino blanco que tenía enfriándose y nos lo sirve en dos copas que dispone con sumo cuidado frente a nosotras.

—Gracias, Katty —le concede mi hermana, brindando por ella—, he echado de menos tu comida —la alaba.

—Gracias, señorita Kimberly.

Katty se ruboriza y enseguida se apresura a esconderse tras las sartenes y los enseres que hay en su cocina, porque es más suya que mía. Ella es ecuatoriana, tiene treinta años y cocina como los ángeles. Vino cuando era muy pequeña a la ciudad porque sus padres querían para ella y sus hermanos una vida mejor que la que tenían en su país; por eso es bilingüe, como Marcia, y también lleva muchos años trabajando conmigo. Katty dice que nunca ha sido tan feliz como trabajando aquí, pero yo sé que, tarde o temprano, se marchará para formar una familia.

—¡Por las artimañas! —Propongo un brindis a Kim, guiñándole un ojo.

Ella me sonrío, chocando su copa contra la mía suavemente, y bebemos.

3

Hombres del mundo: Soy demasiada sartén para tan pocos huevos. Creedme, una retirada a tiempo es una victoria, luego no me vengáis llorando si os cogéis un trauma.

CAROLINE, *The man-hater*

Nos encontramos en la sala de estar, donde hay varios sillones frente a una pantalla enorme de televisión. Me encanta el cine y disfruto mucho tirada en el sofá viendo películas, sobre todo románticas. La mayoría de las veces obligo a Katty y a Marcia a que las vean conmigo, pues la primera alega que no está bien que tenga ese tipo de confianza con su jefa y la segunda se queda dormida en la mayoría de ellas, con ronquidos incluidos. Pero es muy aburrido ver películas sola y, además, me encanta poder compartir mis privilegios con los demás. Así que nos tiramos las tres en los sillones comiendo palomitas y lo pasamos en grande.

—Qué feliz es una con el estómago lleno, ¿a que sí? —comenta Kim, mientras da un pequeño sorbo de su copa de coñac.

—Pues sí, hermanita, pero la abuela Isabel siempre me inculcaba que una señorita nunca debe comer hasta saciarse, por eso yo siempre procuro comer únicamente lo que cabe en un puño. Según ella, es la clave del éxito.

—¡Bobadas! Es absurdo quedarse con hambre cuando tienes toda una mesa llena de exquisiteces, la abuela no debía de estar demasiado cuerda cuando te contó semejante estupidez, le habría dado al chupito de anís.

—Claro, para ti es fácil decirlo, nunca has tenido demasiado apetito y, además, no engordas ni hinchándote a pasteles. Pero, si yo hiciese lo mismo

que tú, no entraría por esa puerta.

—¡Qué exagerada eres! —Sonríe—. ¿Nunca vas a verte bien?

—No es eso, yo sé que estoy muy bien, pero también sé que debo cuidarme más que otras personas, por eso no me permito excesos. Además, de todos es sabido que a partir de los treinta el metabolismo cambia.

—De todos es sabido, blablabla —me imita, haciendo el ganso con cara de cansancio—. ¿Dónde está mi hermana y qué has hecho con ella? Te has convertido en una aburrida, Zoe. Mírate, ni siquiera te tomas una copa para celebrar mi vuelta y mi posible compromiso —me provoca.

—¡No me hagas chantaje, no piensas casarte! —me burlo.

—No me convences.

—Ya he bebido vino en la cena, no hay que pasarse —me defiendo.

—¡Oh, por favor, qué derroche de atrevimiento, una copa de vino!

—Hace dos tallas que no me entran mis pantalones, paso de comprarme más ropa. Y no es precisamente por el hecho de comprarla —continúo, con mi alegato a favor de la vida sana.

—Señorita O'Connor... —Kenneth carraspea para interrumpir nuestra charla.

Las dos nos volvemos para mirarlo; está detrás del sillón y mi hermana suelta un silbido al verlo.

—¡Joder! ¿Quién es este bombón? ¿Es tu novio? —pregunta boquiabierta, sin quitarle el ojo de encima a mi guardaespaldas, que ahora está más rojo que un tomate e intenta disimularlo como puede.

—¿Acaso crees que mi novio me llamaría «señorita O'Connor», majadera? —le respondo.

De un solo movimiento, mi hermana se quita el anillo y se lo mete en su bolsillo del pijama, a la vez que se suelta el moño y se desmelenan, en plan actriz porno total. Yo la observo atónita, aunque no me atrevería a asegurar si más o menos alucinada que mi empleado.

—Señorita, vengo a comunicarle que la playa está despejada, como cada

noche —me informa él.

—¡Uy! Se me había olvidado. Muchas gracias, Kenneth. Puedes retirarte —le contesto.

Entonces, Kim se levanta del sofá como un resorte para plantarse delante de él e interrumpir su camino.

—¡No, no, no! Que no se retire, ni de coña. ¿Quieres una copita, guapo? —lo invita mi hermana muy complaciente, mirándolo con ojos de borreguito melancólico.

No sé si será producto del coñac, pero de pronto lo está dando todo por seducirlo. Kenneth carraspea, intentando esquivarla.

—Se lo agradezco, señorita O'Connor, pero no me está permitido tomar bebidas alcohólicas durante mis horas de trabajo —contesta él con su voz grave.

—¡Qué voz tan bonita! Parece la del lobo feroz, pero en versión sexy — exclama ella obnubilada.

Yo no me aguanto y suelto una carcajada, pues la cara de sorpresa del estirado de mi guardaespaldas es todo un poema ante los infranqueables piropos de mi hermana.

—Si me disculpan... —Baja levemente la cabeza, a modo de reverencia, y se retira a toda prisa.

—¡Lo has espantado! ¡No ha salido corriendo de milagro! —afirmo entre risas, señalando la puerta por la que se ha marchado.

—Pero ¿adónde va? —me pregunta Kim muy preocupada, a la vez que vuelve a tomar asiento a mi lado.

—En realidad, no tengo ni idea, siempre está merodeando por ahí. Lo único que le he pedido es que se camufle con el entorno para no verlo.

—¡¿Para no verlo?! ¡Tú estás loca! Por Dios Santo, ¡yo le pagaría sólo para poder verlo! Mañana mismo lo contrato, tú búscate a otro. —Suspira, abanicándose con la mano.

—Pues yo estaría encantada —exclamo muerta de risa.

La verdad es que nunca me he detenido a pensar si Kenneth es atractivo o no, y ahora que veo a mi hermana tan interesada, me resulta más obvio que es guapo.

—Zoe, si yo tuviese un tío así tan cerca no le dejaría hacer otra cosa que no fuese guardar mi espalda, créeme —señala acalorada todavía.

Yo vuelvo a reírme por sus *pornocurrencias*.

Después, charlamos sobre todas las cosas que han ocurrido en estos tres años, aunque las sabemos de sobra porque hemos hablado casi todos los días. Hemos tratado casi todos los temas menos uno: mi madre. Kim y ella mantienen una especie de relación amor-odio muy tóxica para ambas y, aunque mi padre y yo hayamos intentado mediar entre ellas desde siempre, nunca ha dado resultado. Por eso hace tiempo que ambos decidimos no involucrarnos más y, desde entonces, prácticamente no se hablan.

Me cuenta su historia de amor con Jean Paul; el pobre chico francés parece estar muy enamorado de ella. Es de una familia adinerada y tiene su propia empresa de trajes a medida. Kim nunca se los busca pobres, pues defiende su particular teoría de que el dinero no da la felicidad, pero sí la compra.

—Mi felicidad, por supuesto, tiene un elevado precio, y para todo lo demás: MasterCard. —Se ríe.

Lo dicho, es la versión 2.0 de mi madre.

A lo que se refería antes con que no quería que nadie se enterase de su compromiso con ese pobre muchacho, es porque ella vive una relación abierta. El único problema es que sólo lo ha decidido ella; por lo visto, Jean Paul no tiene ni idea.

—Zoe, no seas antigua —me regaña al ver mi cara de espanto ante semejante información—. El ser humano no es monógamo por naturaleza, ésa es una historia que nos ha hecho creer algún amargado y nadie se ha atrevido a rebatirle. Pero hoy en día somos libres y nos gusta disfrutar de nuestro cuerpo como y con quien queremos, no hay que limitarse a estar toda

una vida con un único amante. ¡Qué aburrimiento, por favor! Con lo divertido que es descubrir el arte amatorio de cada persona; a mí es una de las cosas que más me fascinan, la gente se transforma cuando se trata de meterse en la cama. He visto cómo hombres que parecían de lo más soso se convertían en unos amantes salvajes y apasionados. Pero también hay tíos que parecen unos canallas y luego no saben ni moverse cuando follan.

—¡Kim! —la reprendo abochornada.

Yo no creo precisamente en el amor verdadero, el hecho de que continúe estando soltera con casi tres décadas demuestra que no me ha ido demasiado bien en mis relaciones; pero eso es muy distinto a asegurar que el amor debe ser libre, como si fuésemos conejos en el campo. Entre una cosa y la otra hay millones de posibilidades, y espero que alguna pueda encajar conmigo.

—¡Oh, venga ya, Zoe! —Se molesta—. No deberías ser tan cerrada de mente, hasta nuestros padres se montan sus fiestecitas privadas. Deberías salir de tu burbuja de castidad.

El mero hecho de imaginar a mis padres en una orgía me produce arcadas.

—¡¿Mi burbuja de castidad?! ¡Qué sabrás tú sobre mi vida sexual! No quiero escuchar nada más, estoy cansada y por tu culpa esta noche tendré pesadillas lujuriosas —presagio, mientras me levanto del sofá, exagerando el escándalo que siento.

—¡Eres una aguafiestas! ¿Te acuerdas de lo que hacíamos en la casa de Málaga de la abuela Susana cuando íbamos a pasar el verano con ella? —me provoca, levantando una ceja.

—¿Te refieres a hacer bombones? —pregunto intrigada.

—No. A ver si te refresco la memoria.

Se levanta del sofá, lanzando sus zapatillas de unicornios de peluche por los aires, y sale corriendo hacia la playa.

Lo que sí que recuerdo de mi abuela es algo que nos vino muy bien a Kim y a mí, y es que siempre nos decía que fuésemos personas normales, por mucho dinero que tuviésemos. En aquellos veranos no nos permitía abrir la

maleta de ropa cara que llevábamos, nos vestía con ropa sencilla y nos juntábamos con niños normales del barrio. Manteníamos conversaciones corrientes con todo el mundo, nada de altas aristocracias ni refinamientos. Y a mi madre la llevaban los demonios cuando se lo contábamos. Hasta que un año dejamos de ir; pero ya era tarde porque ya nos había inculcado su humildad.

«Esta mujer ha perdido el norte», me digo a mí misma, mientras la sigo con cautela, más por comprobar que no le sucede nada que porque me apetezca salir en plena noche a la calle.

Sospecho que Kenneth, al oír cómo se abre la cristalera abrirse, estará en guardia. Ese hombre es más fiable que un detector de movimiento.

Camino hasta la orilla, recogiendo del suelo a mi paso la parte superior del pijama de la desquiciada que tengo por hermana, y después sus pantalones. La veo chapotear a lo lejos entre las olas, como si fuese una sirena dopada. Niego con la cabeza, lamentando su actitud.

Un momento, ¿por qué lamento su actitud? Es joven y está viva, feliz por volver a casa; nos encontramos en el barrio más vigilado y seguro del mundo, en una maldita playa privada en la que nadie nos puede ver. ¿Por qué no hacerlo?

Así que decido liberarme del yugo, es decir, de mi ropa. Pero, para ser más chula todavía, me meto en pelota picada en el agua. Que, por cierto, está congelada.

Cuando llego a la altura de mi hermana se parte de risa al verme como Dios me trajo al mundo.

—¿Por fin lo has recordado? —pregunta entre risas, salpicándome.

—¡Pues claro! ¡Pero recuerdo a la perfección que nos bañábamos desnudas, nada de ropa interior! —le reprocho.

Y entonces Kim, ni corta ni perezosa, lanza su sujetador y sus braguitas contra las olas, sin dudarlo ni un segundo.

Nos zambullimos en la espuma del mar, tronchadas de risa, hasta que las

fuertes olas nos arrastran hacia la orilla.

Pasado un buen rato, las olas disminuyen y nosotras nos serenamos.

—Es alucinante contemplar el cielo estrellado desde el agua —comenta, mientras flotamos sobre el suave vaivén de las olas.

El océano está en calma y hace una noche muy apacible. Me siento completamente libre en estos momentos, sintiendo cómo se renueva mi aura, limpiando el karma negativo acumulado durante los últimos días.

—Parece que fue ayer cuando éramos niñas. ¿Verdad, Zoe? —suspira Kim nostálgica.

—La vida pasa volando, pequeña —le contesto, en plan hermana mayor filosófica.

—Ni que lo digas, ayer me salió mi primera cana y estoy traumatizada.

Yo sonrío, pues mi hermana es la única persona en el mundo capaz de pasar del tema más trascendental al más frívolo sin remordimientos.

De pronto, un ruido en la orilla nos sobresalta.

—¡No me jodas! —susurro, bajando la cabeza para que no nos descubran los cuatro hombres que, de repente, han aparecido en la playa.

Hay luna llena y se los ve muy bien, por lo que supongo que ellos también nos ven a nosotras.

—¿Qué pasa? —pregunta Kim.

Le señalo la orilla y se tapa la boca con ambas manos para evitar hacer ruido por la sorpresa, pero no le sirve de nada porque, acto seguido, explota en una sonora carcajada nerviosa que llama la atención de los cuatro visitantes.

«En cuanto salga la estrangulo», me prometo.

—Como sean mis vecinos me suicido —exclamo, a la vez que me tapo la cara con ambas manos, aturdida por el bochorno y rogando al cielo que se desquebraje la tierra bajo sus pies o que los parta un rayo a los cuatro.

Kim sigue tronchándose de risa al ver mi cara de pánico.

—Tranquila, que no nos han v... —Intenta calmarme.

—¡Hostia, tío! —exclama uno de ellos, señalando hacia nosotras con la mano—. Mirad, hay gente en el agua.

—...visto —termina mi hermana.

—¡Son dos tías! —asegura otro, señalándonos también.

Permanecen todos en silencio unos segundos, examinándonos.

—¡Y están en bolas!

Descubro que uno de ellos, el que lleva una cazadora de cuero negra, sostiene mis prendas íntimas colgando de uno de sus dedos, y yo siento cómo el fuego valyrio se apodera de mis entrañas.

—¡Deja eso donde estaba, maldito depravado! —le grito colérica. Me ha salido una potente voz de ultratumba sin quererlo.

—Ven a buscarlo —me contesta el muy desgraciado.

—¡Como vaya a buscarlo te arrepentirás de haber nacido el resto de tu vida! —lo amenazo bajo la atónita mirada de mi hermana.

—¿Ah sí? ¡Me muero por comprobarlo!

—¡Te voy a meter una demanda tan grande por estar en MI —enfático— playa que te vas a quedar más en bolas que yo! —grito colérica.

—¡Estoy seguro de que merecerá la pena!

Observo boquiabierta cómo se lleva mi tanga contra su cara y absorbe su aroma. Entonces mis piernas cobran vida propia, invadidas por la ira, para avanzar hacia ese energúmeno a toda prisa, dispuesta a asesinarlo con mis propias manos por tal obscenidad.

—Joder, ¡cómo está de buena! —balbucean sus acompañantes.

En cuanto piso la orilla, los tres amigos del susodicho salen corriendo para que no descubra su identidad, pero él permanece firme en su sitio, observando, con lascivia y sin mover ni un solo músculo de su enorme anatomía, cómo he salido del agua desnuda por completo. Bueno, miento: algo sí que se remueve en su entrepierna.

Cuando llego a su altura descubro que es altísimo, ya que me veo obligada a levantar la cabeza para mirarlo a los ojos y él a bajarla para mirarme a mí.

Es también muy corpulento, además de endemoniadamente guapo, por lo menos lo que me permite vislumbrar la oscuridad de la noche. Pero eso ahora mismo no me importa en absoluto; para mí este imbécil no tiene rostro, tan sólo es un desgraciado que va a pagar caro su agravio.

—¿Se te ha perdido esto, ojazos? —pregunta con una voz ronca, plantando las prendas delante de mi cara y sin dejar de devorar mi cuerpo con su desvergonzada mirada.

Le arranco de su dedo mi tanga y mi sujetador con la mano derecha y le suelto un considerable guantazo en toda su cara dura con la izquierda.

—¡Te arrepentirás de esto, maldito bastardo! —rujo, amenazándolo con el dedo índice, mientras él se frota con una mano, aturdido, el lugar donde le he atizado.

—Habrá merecido la pena por ver esas tetas —ronronea provocador.

Enseguida, una linterna nos deslumbra, consiguiendo que se tape los ojos con el antebrazo, momento que pretendo aprovechar para pegarle un rodillazo en sus partes nobles y poder huir; pero, de pronto, el muy sinvergüenza sale disparado con Kenneth pisándole los talones. Parecen dos panteras negras corriendo por la playa con toda su furia.

Sólo espero que lo coja y lo metan en prisión de por vida. ¡Será gilipollas!

4

Mujeres del mundo: La paz interior comienza por pronunciar cinco palabras sin clemencia cada vez que un hombre os piropee, y son: «¡Vete a la mierda, capullo!

CAROLINE, *The man-hater*

Mi día en la oficina no es del todo positivo, pues no dejo de pensar en el desgraciado de anoche y en que pagamos un auténtico dineral a Kenneth y a su equipo de seguridad para que, precisamente, no sucedan ese tipo de cosas. Estoy cabreadísima, pero conmigo misma, por ser tan tonta. Ahora, todos mis vecinos sabrán que me baño desnuda en el mar, joder. Tantos años siendo una vecina ejemplar para nada... Y todo por hacer caso a la insensata de Kim.

Después de la persecución, mi querido guardaespaldas apareció en casa, con el traje sucio y varias heridas en el rostro. Por lo visto, los tres secuaces del tipo que permaneció en la orilla para verme desnuda lo estaban esperando entre las sombras y se enfrentaron a Kenneth cuerpo a cuerpo, hasta que llegaron los refuerzos y, por fin, pudieron detenerlos.

Kenneth me presentó su renuncia en cuanto apareció por la puerta, pues para una vez que yo corría el más mínimo peligro, no estuvo a la altura. Pero no acepté su dimisión porque en el fondo la culpa fue nuestra por no avisarlo de que íbamos a estar fuera. A decir verdad, fue un cúmulo de circunstancias desafortunadas.

—Hija, ¿estáis bien las dos? —me pregunta mi madre por el manos libres de mi coche cuando estoy volviendo del trabajo.

—¡Cómo corren las voces! —comento.

Ni siquiera me extraña que sepa que mi hermana está conmigo en casa, tiene espías hasta debajo de las piedras.

—Sabes que tu padre es íntimo amigo del jefe de policía; lo supimos a los cinco minutos, pero tu querido *papaíto* —pronuncia con sorna— no me permitió llamaros para no poneros más nerviosas. Ya está decrepito; ¿desde cuándo una madre pone nerviosas a sus hijas? —protesta. Yo niego con la cabeza, pues resulta evidente que mi padre la conoce de sobra.

—Bueno, en realidad no ocurrió nada grave, mamá, sólo nos llevamos un pequeño susto. Luego llamaré al jefe de seguridad del Boulevard para que me explique qué diablos ocurrió; no entiendo cómo se les pudieron colar no uno, sino cuatro maleantes en la urbanización.

—Hay que depurar responsabilidades, Zoe, esto no puede quedar así. Nosotros nos encontramos tan tranquilos en casa, pensando que estáis seguras, y resulta que estáis al borde de la muerte. —Se le quiebra la voz y yo ahogo la risa.

—¡Oh, mamá, no dramatices! —Suelto un bufido y se me escapa una sonora carcajada al imaginármela en plan actriz total—. Tan sólo eran cuatro hombres jóvenes que seguramente fueron a bañarse a una playa de pijos para cometer alguna travesura; no hubo intento de asesinato en ningún momento, puedes estar segura.

«Y, si acaso, el intento de asesinato fue por mi parte», pienso.

Es cierto que también podrían haber sido asesinos en serie, pero ya no nos resulta útil pensar en eso.

Ella permanece en silencio para terminar preguntando:

—¿Cómo está tu hermana?

Le ha costado Dios y ayuda pronunciar estas palabras.

—Tiene ganas de verte y aclarar las cosas. Podríamos quedar las tres para tomar café algún día y así enterráis el hacha de guerra, ¿te parece? —Me quiero asegurar de que el encuentro sea en un lugar público para que no se maten.

—Estoy muy ocupada. Miraré mi agenda. *Ciao*, cariño, cuídate. Besos.
Y ahí está la Ashley fría y distante.

—Besos, mamá.

Cuelgo.

* * *

Llego a mi casa y aparco en el garaje. Repito el mismo procedimiento de cada día, sólo que hoy Kenneth deambula nervioso por los alrededores de la mansión, en vez de permanecer escondido en algún rincón de su interior, como acostumbra. En estos años se había acomodado porque nunca sucedía nada fuera de lo normal, y supongo que ahora se ha puesto las pilas en plan Tropic Thunder.

Entro en casa para descubrir que mi hermana está metida en el jacuzzi del porche, canturreando tan tranquila. Entonces comprendo el motivo por el que Kenneth parecía tan nervioso; seguro que lo ha estado provocando durante todo el día, me apuesto el cuello.

Voy a saludarla, pero suena mi móvil.

—¿Sí? —contesto.

—Zoe, me acaban de llamar del comedor social de Skid Row, por si puedes ir en tres días a eso de las diez. Es el único hueco que tienen libre este mes —me informa Emily.

—Creo que no tengo nada, pero en un rato te lo confirmo porque he de comprobar mi agenda. —Medito un segundo antes de añadir—: De todas formas, cuenta con ello. Le notificaré a John que, si tengo algo, lo cambie para otro momento.

—Está bien, mándame la confirmación por email y les confirmo que puedes ir.

—Perfecto, hasta luego.

No he acabado de finalizar la llamada cuando suena de nuevo el maldito

teléfono. Debería acostumbrarme a apagarlo nada más entrar en casa, porque esto no puede ser.

—¿Sí? —vuelvo a contestar.

—Cariño, esta tarde tienes que venir a una terapia de grupo. Tu querida Caroline me ha dejado tirado, ¡otra vez! —Es Jacob, uno de mis mejores amigos.

—Jacob, sabes que no puedes avisarme sin tiempo...

—¡Por favor, Zoe! —me interrumpe lloriqueando—. ¡Te compraré lo que quieras! Me tatuaré tu nombre en la frente. O en la punta del capullo. ¡Lo que me pidas! Pero no puedo enfrentarme yo solo a toda esa gente... —me suplica agobiado.

—De acuerdo —cedo—. ¿A qué hora empieza?

—En una hora, en la sala de usos múltiples.

—¡¿Una hora?!

—La zorra de tu amiga me acaba de avisar, no es mi culpa —se excusa.

—Intentaré llegar a tiempo.

—¡Gracias! —exclama emocionado.

—De «gracias» nada, esto te va a costar muy caro —le advierto, y se ríe.

Y es que, por un motivo o por otro, ningún día consigo quedarme en casa para disfrutar de una tarde ociosa de lectura. Siempre hay algo más importante que no puede esperar.

—Kim, me marchó —aviso a mi hermana, que ni me escucha.

Subo a toda prisa hasta mi habitación para cambiarme de ropa, pues no creo que mis trajes de sastre gris corporativo infundan demasiada confianza a los asistentes a la terapia de Jacob. Será mejor hacerse pasar por alguien más... ¿normal?

—¡Marcia, me marchó! ¡No me esperéis para la cena, saldré con un amigo! —grito para que me oiga desde la planta baja.

—¡Oído, jefa! —me responde a voz en grito desde abajo.

A veces esta casa parece más un manicomio que una mansión de gente

bien avenida.

Me he puesto un pantalón de pinzas beige, con unos tacones del mismo color que la blusa de Dior que llevo, azul. Debido a la constitución de mi trasero (a mi modo de ver, panadero; al modo de ver de los demás, respingón), el pantalón me queda ancho de cintura y demasiado pegado en la parte de atrás, pero eso ahora no me importa, debo marcharme ya.

Mientras bajo al garaje medio corriendo, voy llamando a Kenneth a su móvil, pues no dispongo del tiempo suficiente para buscarlo por la urbanización.

—¿Señorita O'Connor? —contesta en un tono muy serio, para variar.

—Kenneth, voy a salir, me dirijo a Sunset Strip, el local del señor Smith.

—Deme dos minutos y la acompaño.

Pongo los ojos en blanco. Es inútil negarme, ya que es la única condición que ha puesto para que permanecer en casa durante mi jornada laboral: que le permita acompañarme a los demás sitios. Además, estará deseando librarse de las tentaciones carnales que le ofrece mi angelical hermanita pequeña.

En menos de dos minutos, el Range Rover negro de Kenneth aparece junto a mi coche; entonces acelero y él me sigue sin problema por las tumultuosas calles de L.A. Tardamos justo una hora en llegar hasta Marmont Lane y bajar al parking de mi amigo, donde dejo el coche medio tirado y le lanzo las llaves a mi guardaespaldas para que lo aparque mejor. Salgo corriendo hacia la consulta, voy cinco minutos tarde.

Mientras subo en el lujoso ascensor, recuerdo cómo nos conocimos Jacob y yo. Fue hace diez años, en la UCLA (Universidad de California en Los Ángeles); los dos estudiábamos Trabajo Social, al igual que Caroline, aunque ella en la actualidad no se dedica a ello de forma profesional. Le va mejor poniendo verdes a los hombres en YouTube, pues gana una pasta.

Un buen día, estábamos los tres en clase de filosofía. Yo sacaba muy buenas notas y a Jacob no se le daba nada bien, por lo que terminó pidiéndome ayuda, cosa que después se fue convirtiendo en una costumbre,

por cierto. Yo siempre se la presté sin pedirle nada a cambio, y desde entonces comenzó a aprobar y me estuvo eternamente agradecido. Él y toda su familia, que me adora.

¿Que a qué se dedica un trabajador social?

Básicamente, tratamos de dar un giro a la realidad de las personas. Nos ocupamos de fomentar el bienestar del ser humano en sus relaciones sociales mediante la atención a sus dificultades o carencias sociales en el medio en el que viven. Ésa es la descripción técnica, pero, para que lo entendáis mejor: nosotros intentamos comprender las dificultades que le impiden a alguien vivir en sociedad y así poder ayudarle a que le resulte más fácil.

¿Que cómo puedo hacer esto con la cantidad de tiempo y energía que me demanda la empresa de mi padre? Eso mismo me pregunto yo cada día, pero soy así, masoquista por naturaleza. Me gusta vivir estresada, ¿qué le vamos a hacer?

Después de estudiar Empresariales, comencé a trabajar con mi padre. Pero me sentía vacía trabajando sólo en O'Connor & Co., necesitaba hacer algo con la ingente cantidad de dinero que ganaba todos los meses; me refiero a algo bueno por el mundo, no sólo a labores humanitarias para quedar bien en mi círculo de conocidos. Sí, así soy yo, pringada por naturaleza.

Mis padres se limitan a regalar dinero a varias ONG y a realizar galas benéficas a mansalva, pero eso no es suficiente. La gente necesita que entiendas sus problemas y que hagas algo por ellos de verdad, que les enseñes a ver el mundo desde otra perspectiva y no que les des cuatro billetes, porque no saben qué hacer con ellos.

Por eso me decidí a compaginar mi trabajo con los estudios y, finalmente, conseguí el título de trabajadora social. Por mucho que le pese a mi madre, que no entiende por qué tengo esta maldita necesidad «de mezclarme con la plebe». No tengo la plaza en propiedad como Jacob, que trabaja para el Estado, pero hago mis pinitos con él, pues siempre suele asignarme algún caso porque dice que soy la mejor.

Hablando de Jacob: es una especie de buscador profesional de problemas. Es evidente que, si se mueve en mi círculo de amigos, pobre no es, pero ni siquiera el dinero logra sacarlo de sus apuros, como es el caso que nos ocupa. Tiene pánico escénico y odia los grupos; increíble, pero cierto.

Echo una ojeada rápida al móvil y veo que me ha mandado vía WhatsApp el tema sobre el que trataremos en la terapia conjunta: la importancia del respeto por la propiedad ajena.

«¡Me viene al pelo!», pienso para mis adentros al recordar lo que sucedió anoche.

Salgo del ascensor para dirigirme a toda velocidad hasta la puerta de la consulta, donde una señorita muy amable me abre, sin ni siquiera llamar al timbre; supongo que me habrá visto por las cámaras de seguridad y su jefe, además, la habrá informado de que me está esperando.

La chica me acompaña hasta la sala en la que se encuentra mi querido amigo y abro la puerta sin llamar, por lo que ella casi sufre un infarto.

—Tranquila, somos como hermanos —susurro a modo de secreto para que se tranquilice.

Unas veinte personas sentadas en círculo levantan la vista para mirarme extrañadas. Entonces, Jacob se levanta de manera ceremoniosa para recibirme, dándome dos besos muy afectuosos, y diciéndome al oído:

—Creí que no vendrías.

—Y yo también —le contesto entre dientes, con una sonrisa falsa.

—Queridos amigos —ahora se dirige hacia los presentes—, ésta es la señorita O'Connor. Es trabajadora social, al igual que yo, y ha venido para ayudarme con el tema que nos ocupa esta tarde; por lo tanto, los dos dirigiremos el equipo interdisciplinario de hoy.

El que más y el que menos me saluda mientras tomo asiento junto a Jacob.

El trabajo interdisciplinario requiere crear vínculos, más que voluntades con los usuarios, por lo cual no es fácil, pues entran en juego no sólo identidades profesionales, sino también personales. Se trata el tema del día

desde diferentes perspectivas, intentando siempre que la nuestra se respete pero no se imponga, aunque la mayoría de las veces, los usuarios se unen entre ellos para darse la razón y quitárnosla a nosotros.

El propósito fundamental del trabajo social en el equipo interdisciplinario se orienta hacia el análisis y la comprensión de una realidad social: en nuestro caso, trataremos de que comprendan que debe respetarse la propiedad de otro. Después incidiremos, orientaremos y potenciaremos los procesos sociales, donde los individuos interactuarán con su entorno para mejorar sus vidas, pues muchas veces es más fácil ver el problema si le ocurre al vecino, aunque sea idéntico al que tenemos nosotros.

Mi especialidad son los pequeños delincuentes, a los que considero que debe dárseles una segunda oportunidad, y las familias desestructuradas, aunque también me muevo como pez en el agua en estas reuniones; digamos que no me cuesta nada empatizar con los pacientes sociales.

—Estábamos comentando entre todos el último caso que nos ha llegado hoy —me informa mi compañero en voz alta para que lo oigan todos—: se trata de una detención por allanamiento de morada. Le han dado a elegir entre realizar servicios a la comunidad, asistiendo a mis reuniones, o entrar un tiempcito en la cárcel. Tiene varios antecedentes por tráfico de armas y drogas aunque, aparentemente, no es demasiado grave.

Yo asiento mientras ojeo por encima, sin prestar demasiada atención a las hojas que me pasa Jacob, pues se trata del informe policial y en casi todos siempre pone lo mismo.

—Te presento a Irion Miller —me informa Jacob, señalando a un hombre sentado, por no decir tirado, de manera muy poco educada en la silla que tengo justo enfrente.

Lo miro y mi corazón da un vuelco.

JODER, ¡¡¡ES EL TÍO DE ANOCHE!!!

Cuando su mirada impacta con la mía no sé muy bien qué sucede, pero una mezcla entre ira y atracción fatal se revuelve en mi interior. Lleva unos

vaqueros oscuros gastados, unas deportivas viejas y una camiseta de Metallica negra. Aunque he de admitir que es muchísimo más guapo de lo que recordaba, tengo que contenerme sobremanera para no lanzarme a su cuello y estrangularlo.

Enseguida deduzco que la morada que allanó, por supuesto, ¡es la mía!

—Hola, guapa —me saluda con esa voz que reconozco al instante, aunque él no parece prestarme excesiva atención; está demasiado entretenido con una chica que tiene sentada a su derecha, ya que los dos no dejan de tontear.

Justo cuando voy a abrir la boca para llamarlo «maldito bastardo», mi amigo se adelanta.

—Perdona, Irion, pero éstos no son los modales adecuados para saludar a la profesional que va a decidir si entras en prisión o no —lo increpa Jacob, molesto pero comedido.

—Y qué pretendes, tío, ¿que le haga una reverencia? —suelta, pasando de ambos para seguir haciendo monerías a la rubia.

Doy gracias al cielo porque creo que él no me ha reconocido a mí.

Todos los presentes se ríen por su salida de tono con la autoridad. Percibo que a mi compañero se le han hinchado las narices, aunque lo conozco de sobra y sé que no hará nada al respecto. Este tipo de situaciones bochornosas las resuelve siempre bebiendo en algún bar.

—Está bien. —Me levanto de mi asiento y me planto en medio del círculo, con los brazos cruzados y mirándolo fijamente a los ojos. En estos casos la expresión corporal es igual de importante que la oral. Tienes que dominar a un grupo que se niega a que lo hagas, por lo tanto, no deben saber que titubeas, porque se te merendarían de un bocado. El susodicho ha clavado los ojos en mí, babeando mientras me da un lascivo repaso de arriba abajo—. Bonito de cara —lo provoco, rebajándome a su nivel—: Me he recorrido media ciudad para venir a estudiar tu caso, y créeme si te digo que era lo último que me apetecía hacer hoy, pero aquí estoy, así que te recomiendo que

dejes de tocarme las narices y colabores de una maldita vez, porque he tenido un día de perros y me apetecería un montón pagar los platos rotos contigo.

Él se levanta de su silla con movimientos chulescos y arrogantes, sin perder el contacto visual conmigo en ningún momento, metiendo las manos en los bolsillos del vaquero para plantarse a muy pocos centímetros de mí, también en medio del círculo. Trago saliva, pues se me acaba de secar la garganta y el corazón me palpita con fuerza. Estoy nerviosa.

Todos los presentes se ponen tensos. Se oyen murmullos asombrados, pues una de las normas básicas más importantes de estas reuniones es que nadie en absoluto puede levantarse de su sitio sin permiso del moderador.

Yo no muevo ni un solo músculo. No le tengo miedo, entre otras cosas porque sé que Kenneth y el guardia de seguridad del establecimiento, que están al otro lado de la puerta, lo inmovilizarían en un nanosegundo si osase hacerme algo.

Me limito a levantar la barbilla, altanera, para poder hacerle frente de manera directa y de paso retarlo con la mirada. Me doy cuenta de que debe de medir unos veinte centímetros más que yo y de que es muy fibroso; se nota que hace deporte. Tiene el cabello castaño, despeinado a lo loco, y unos ojos increíblemente azules. Posee una mandíbula bastante poderosa, adornada con una desaliñada barba de días. Hace un tiempo que todos los hombres llevan este tipo de barba porque está muy de moda el rollo *híster*, aunque este individuo no creo que lo lleve por moda, sino porque es un guarro que no se afeita.

Pero, para ser justos, he de admitir que a algunos les sienta mejor que a otros y, en este caso, le queda demasiado bien, muy a mi pesar. También huele endemoniadamente bien, a hombre salvaje, peligroso y...

—Desnuda estabas increíble, pero vestida tampoco tienes desperdicio, ojazos —me suelta, turbándome con una mirada tan desvergonzada que debería estar prohibida en todos los estados.

¡¡¡Vaya que si se acuerda de mí, el muy capullo!!!

Todos los hombres presentes se parten de risa.

—¡Me habrás visto desnuda en tus sueños, maldito bastardo! —grito colérica, perdiendo las formas por completo; pero ¿qué me ocurre?—. Ándate con ojo porque te voy a meter en prisión en menos que canta un gallo —lo amenazo.

Se inclina hacia mí de manera muy lenta, como si fuera a besarme, sin dejar de fijar la mirada en mis ojos y, en el último momento, justo cuando estoy a punto de cerrar los ojos como una lerda, se desvía para susurrarme algo al oído, rozándome a propósito con los labios y provocando, al instante, que un fuerte escalofrío se dispare por toda mi piel.

—Me importa una mierda.

«¡Joder!», exclamo para mis adentros, sorprendida por lo que he sentido al tenerlo tan cerca. ¡Maldita sea, estoy excitada!

Me sorprendo a mí misma en tensión. Es como si esa seguridad en sí mismo que desprende me atrajese hacia él. Por primera vez en mi vida, creo que existe eso que dicen sobre la química entre las personas, porque yo me siento muy rara cuando está cerca y eso no me había ocurrido antes.

Intento recomponerme al instante, pero mi guardaespaldas y el guardia de seguridad irrumpen de repente en la sala para llevárselo a rastras de aquí, mientras él forcejea con todas sus fuerzas. No me había dado ni cuenta de que Jacob había salido a buscarlos. Ellos lo sacan de la sala como buenamente pueden, para que nadie vea lo que van a hacerle.

Los restantes participantes del grupo se han levantado para ver mejor qué ocurre, pues están asustados; en especial la rubia que tonteaba con él. Pero Jacob y yo los tranquilizamos enseguida, animándolos a tomar asiento de nuevo e intentando retomar la calma.

El resto de la reunión transcurre sin mayor inconveniente, aunque yo no pueda concentrarme en nada más que no sea intentar sacarme esos ojos azules de la cabeza.

Hombres del Mundo: Me pregunto por qué no podéis ser guapos e inteligentes al mismo tiempo. ¡Ah, claro, porque seríais yo!

CAROLINE, *The man-hater*

—Y bien, cuéntame: ¿Qué mosca te ha picado para plantarle cara a un tipo como ése? —me increpa Jacob a modo de regañina mientras ojeamos la carta de vinos del Chateau Marmont Restaurant, uno de mis sitios preferidos para cenar.

—Jacob, con una madre me basta, gracias.

—¡Oh! —Se hace el ofendido, poniéndose una mano sobre el pecho con gesto teatral—. Si tu madre hubiese estado allí, te habría castigado de por vida. ¡Las normas están para cumplirlas!

Lo miro fijamente, con fuego en los ojos.

—¿Me hablas tú a mí de reglas, señor antisistema? —le recrimino. En nuestros tiempos universitarios él solía ser quien me incitaba a meterme en todos los jaleos posibles; cuanto más peligrosos fueran, mejor.

—Zoe, sabes de sobra que no debes provocar así a los usuarios. No tienes ni idea de si ese tío es un asesino en serie o un angelito —intenta explicarme para calmarme.

—Créeme, poco he hecho para lo que se merecía ese gilipollas.

Él me observa intrigado.

—¿Acaso os conocéis de algo?

Me debato en mi interior sobre si contárselo o no.

—¡Hombre, pero si están aquí mis superamiguis! —exclama Caroline, moviendo de manera muy poco natural su larga melena dorada a la vez que se acerca hasta nuestra mesa, contoneando en exceso su escultural cuerpo.

Jacob y yo estamos sentados en la zona ajardinada del Chateau, rodeados por estrellas de Hollywood. La zona está iluminada por miles de lucecillas minúsculas que simulan ser luciérnagas; dichas luces están insertadas entre las ramas de los olivos que descansan sobre nosotros y sobre sus troncos, algo que dota a nuestro entorno de una panorámica espectacular.

Yo me levanto para darle dos besos a mi amiga y vuelvo a tomar asiento. Hace al menos un mes que no la veo, aunque solemos hablar por WhatsApp de manera habitual. Jacob, por el contrario, no se levanta y ella se queda mirándolo desde su posición con cara de asesina.

—¿Qué te pasa, *babe*? —le pregunta ella con un tono de reproche intrínseco, guiñándome un ojo sin que él la vea.

—¿Que qué me pasa? —Se levanta de su asiento para gesticular con más libertad, pasando del resto de los comensales a los que es evidente que hemos comenzado a molestar—. Llevas prometiendo que vas a venir conmigo a esa maldita reunión desde hace dos meses y al final no te has presentado, dejándome colgado en el último momento y sin opciones de llamar a nadie más. ¡Encima, alegando que estabas enfermísima, para que ahora te presentes aquí estando como una rosa!

—¡Un momentito, bonito! —Caroline hace un gesto con la mano al más puro estilo Beyoncé, es decir, rapera malota del Bronx modo *on*, y clava en él esos ojos verdes por los que todos los hombres suspiran—. Da gracias a que no te haya dicho la verdad directamente, que en realidad es que paso de ti y de tus patéticas reuniones. —Jacob intenta protestar; es un prestigioso trabajador social y quiere hacérselo ver, pero ella lo detiene posando el dedo índice sobre sus labios, para continuar diciendo—: No soy tu empleada, no estoy obligada a darte un justificante médico, ni siquiera una excusa creíble para no asistir a esa maldita reunión y, aun así, lo he hecho porque siento algo

de aprecio por ti. No es mi culpa que no tengas los huevos suficientes para enfrentarte tú solito a un grupo de gente desconocida. Así que ahora que ya sabes la verdad, tienes dos opciones: alegrarte de verme y pasar un buen rato, o seguir lloriqueando como una uva pasa para dar más pena todavía. ¡Ah! Y te aviso que no soporto a los lloricas, así que, si eliges la segunda opción, me marcharé echando leches.

A todo esto, un hombre altísimo, elegantísimo y guapísimo, del cual venía acompañada mi amiga, la espera a una distancia prudencial de nosotros, para no entrometerse en sus asuntos. «Los tiene muy bien educaditos a todos», pienso mientras lo miro de reajo, evitando reírme abiertamente por respeto a mi pobre amigo Jacob, que está a punto de ponerse a llorar de la rabia.

Jacob se vuelve a sentar muy enojado. Sabe de sobra que no va a conseguir nada discutiendo con ella. Entonces, Caroline desvía la atención hacia mí.

—Y tú, ¿qué? ¿No podrías haberme llamado para cenar, *Doña Siempreestoydemasiadoocupada*? ¿O es que acaso queríais estar los dos solitos? —Se acerca para susurrarme al oído—: Te advierto que folla como el culo.

Intento no escupir el vino que acabo de meterme en la boca y ella sonrío victoriosa.

—Nena, perdona, pero no tengo que llamarte cada vez que salga —le respondo, imitando sus gestos de princesa del Bronx para provocarla de forma deliberada.

Ella abre los ojos de manera exagerada para intentar digerir mi respuesta.

—Sabía que tres siempre son multitud, pero nunca pensé que te quedarías con este capullo. —Mira a Jacob con desprecio—. Creía que éramos amigas.

—¡Oye, te estás pasando ya! —protesta un Jacob decidido a darse a la bebida por su rechazo. Ella ni lo mira.

—Caroline, no dramatices, estaba de broma —suelto la risa que estaba conteniendo y parece que se relaja ante mi afirmación—; Jacob me ha

llamado para que acudiese a la reunión en tu lugar, se nos ha hecho tarde y hemos salido a cenar, eso es todo.

Entonces respira aliviada, pero lo disimula.

—Peter —se vuelve para tener de frente a su guapísimo acompañante, que babea con sólo mirarla—, puedes irte si quieres —le suelta tan tranquila, haciendo un gesto de «adiós» con su mano.

—Pero... —balbucea confuso el pobre Peter.

—Pero nada —lo interrumpe ella de manera grosera—. Me voy a quedar con estos amigos y tú no pintas nada aquí, vete a donde te plazca.

—Pero íbamos a cenar juntos, yo...

—Peter —ella lo vuelve a interrumpir, aunque esta vez con un tono más seco y haciendo un gesto de stop con su mano. Al tipo le falta ponerse a llorar —, en serio, un poquito de dignidad —le sugiere.

Y, sin más dilación, coge una silla de la mesa de al lado para sentarse junto a Jacob y frente a mí, dándole la espalda al que hasta hacía un segundo era su cita.

—¡Camarero! —Levanta la mano para que pongan otro servicio en la mesa, que era para dos comensales—. ¡Ponedme al día, chicos!

Jacob está boquiabierto, observando cómo nuestra amiga ha mandado a freír monas a otro pobre desdichado, que permanece congelado a nuestra espalda porque todavía no sabe muy bien si marcharse o no.

—¿Crees que puedes tratar así a las personas? —le increpa nuestro compañero de mesa.

Ella lo fulmina como si fuese una insignificante mosca.

—¿Te refieres a los hombres? ¡Pues claro que sí! —contesta con rotundidad—. Sois seres inferiores que no entiendo cómo diablos os lo habéis montado durante tantos siglos para hacernos creer que erais los dueños del mundo. Pero eso se acabó: gracias a mi canal, miles de mujeres hoy en día son libres, ¡basta ya de sumisión! —Levanta la copa de vino que le acaba de

servir el camarero y yo aguanto la risa y las ganas de aplaudirla. Jacob está al borde del infarto.

—Tus *Carolintros* —así llamamos a los títulos que pone al tema del día en su canal— son cada vez más misándricos. Te van a terminar pegando una paliza; ¿no te da miedo?

—Ni miedo ni vergüenza. —Se encoge de hombros.

Jacob me mira suplicando que le eche en cara algo yo también, pero es que Caroline es mi ídolo. Es probable que tenga millones de carencias afectivas en su vida, y supongo que todas ellas se deban a que su padre las abandonó a su madre y a ella cuando era tan sólo un bebé, aborreciendo por ello la figura paterna y, por ende, la masculina. Por eso jamás permite que ningún hombre se acerque lo suficiente y los trata como si fuesen basura.

El problema es que cuanto peor trata a los hombres, más se arrastran éstos suplicando por su amor; cosa cuando menos increíble porque Caroline sólo los utiliza para reírse al día siguiente en su canal y ellos, aun sabiéndolo, siempre vuelven a por más. ¡Vivimos en un mundo de locos!

—Por cierto, ¿dónde está ese bombonazo que usas a modo de niñera? Dile que se ponga por aquí cerca, que por lo menos me alegre la vista con ese culito prieto que tiene —me pide risueña.

Yo sonrío. Últimamente parece que Kenneth tiene demasiado éxito entre las mujeres.

—No sé dónde se habrá metido, siempre anda por ahí jugando a los espías. —Busco despreocupada a mi alrededor, pero no lo localizo.

—Lástima, con lo bien que le sientan los pantalones. —Hace pucheritos—. Bueno, Zoe, cuéntame: ¿qué tal ha llevado este insensato el grupo? ¿Hay algo nuevo, o es el mismo coñazo de siempre?

El insensato en cuestión pone los ojos en blanco; a ella siempre le ha encantado provocarlo. Lo cierto es que hasta intuyo que ella hace todo esto, en realidad, por echarle un cable, para que él pierda el miedo escénico de una vez.

Cualquiera podría imaginarse que a Caroline le gusta Jacob y que por eso lo pincha todo el tiempo, pero nada más lejos de la realidad. Mi amigo es un tipo delgado, alto y desgarbado, lleva gafas y el pelo rizado; o sea que para ella es algo así como el antihombre; aunque si bien es cierto que se acostaron una noche, quedó claro a los cinco minutos que aquello no llegaría a ninguna parte. «¡Nunca!», protestó ella arrepentida.

—Nada fuera de lo normal, lo de siempre —miento.

—¿Cómo que lo de siempre? —me reprocha Jacob, con un tono un poco tocado por la media botella de vino que se ha bebido él solito. Se ha levantado en medio de la reunión, plantándose en el centro del círculo, y ha provocado a propósito al tío nuevo que acababa de llegar, todo para conseguir que lo sacasen a la fuerza de la sala. ¡Ah! Y, por si te interesa, ¡el tío al que me refiero está como un queso!

Caroline abre los ojos y sonrío como nunca.

—¿Me estás diciendo que doña Perfecta ha metido la pata en algo?!

Ya está: sí, soy de mecha corta, he de admitirlo. Exploto.

—¡No he metido la pata! Lo he hecho a propósito ¡porque ya lo conocía!
—confieso.

—¿De qué?! —preguntan ambos al unísono, no sé cuál de los dos más intrigado.

Me bebo la copa de vino de un trago para tomar fuerzas y, ya de paso, para pensar cómo lo explico sin que parezca algo demasiado raro.

—Anoche Kim y yo nos bañamos desnudas en la playa y él nos descubrió
—resumo.

¡Y eso que no quería que sonase raro!

—¿Kim? ¿Está aquí? ¿Desnudas? ¿Y cómo es que os descubrió? Nadie puede entrar en esa playa sin tu consentimiento... —El cerebro de Caroline está que echa chispas.

—O sea, que el allanamiento de morada era por eso —cavila Jacob.

—¡Exacto! —exclamo entusiasmada porque por fin alguien comienza a

entender las cosas.

—*Oh, My God!* —Caroline sonríe—.  Quiero saberlo todo con detalles!
 Os vio desnudas?

Yo asiento.

—El muy cretino cogió mi ropa interior y me hizo ir a por ella hasta la orilla —le cuento.

Ella suelta un gritito de emoción.

— Y fuiste?!  En bolas?! —Se tapa la boca con las manos.

— Qu  iba a hacer si no?  Morir congelada? —me excuso.

—Y yo que te tenía por sensata —me reprende Jacob, tapándose los ojos con una mano y negando con la cabeza.

— C llate, amargado! —lo regaña Caroline—.  Cu ntamelo todo!  Es un temazo para tratar mañana en el canal! —Aplaude emocionada.

No pienso contarle cómo ese desgraciado oli  mi tanga, ni cómo me devoraba con la mirada mientras avanzaba hasta él, ni cómo me susurr  al oído poniéndome el vello de punta, ni, por supuesto lo guapo que es ni lo nerviosa que me pone.

— Ni lo sueñes! —Finiquito la conversación.

6

Mujeres del Mundo: Con lo buenas que estamos y los hombres cazando Pokémon. Pues luego que se la chupe Pikachu.

CAROLINE, *The man-hater*

La alarma del despertador suena a las cinco de la madrugada en mi reloj de pulsera y nosotros tres todavía estamos de fiesta, bailando en la pista.

—¡Caroline, tengo que marcharme al trabajo! —le grito a mi amiga en su oreja para que me oiga por encima de la música.

Ella me mira con cara extraña, frunciendo el ceño.

—¡Oh, venga ya, para una vez que sales! —se queja—. ¿De qué te sirve que tu padre sea el jefe si sigues siendo una pringada? —me pregunta como si se estuviese cuestionando algo incomprensible.

—Tengo una reunión muy importante a la que no puedo faltar —le respondo.

Recuerdo la cara de higo pocho que ponía el japonés al asignarle el día de dicha reunión; a él le parecía demasiado tarde, y por eso yo tengo ganas de todo menos de volver a tenerlo delante, pero necesitamos ese maldito contrato con los japoneses tanto como respirar.

Ella continúa bailando al lado de Jacob y pasando de mí por completo, así que decido emprender el camino hacia la salida.

«Está bien, debo pasar antes por casa para asearme y cambiarme de ropa», me recito a mí misma mientras me dirijo hacia la puerta, intentando esquivar los cuerpos sudorosos que bailan en la pista del Avalon.

Anoche, después de la cena, Kenneth nos trajo hasta este club, que está a tan sólo diez minutos del Chateau. Yo decidí dejar mi coche en el parking de Jacob porque sabía de sobra que iba a beber alcohol; no mucho porque yo no soy muy de fiestas, aunque las fiestas junto a Caroline son divertidas porque siempre sabes cómo empiezan, pero nunca cómo ni dónde terminan. Además, en dicho trayecto me obligó a ponerme un vestido negro más que ajustado, que me marca hasta los lunares, así que no puedo ir de esta guisa al trabajo.

—No pretenderás ir al club más *cool* de L.A. con esa pinta de pija aburrída que llevas, ¿verdad? —me criticó mientras sacaba el vestido de su maxibolso.

—No pienso preguntar por qué llevas un vestido en tu bolso, y mucho menos ponérmelo.

—¡Póntelo! —me animó Jacob en un tono sarcástico—. Así parecerás igual de fácil que ella.

—Ya te gustaría a ti que fuese fácil, Míster Gatillazo —le contestó ella sin ni siquiera mirarlo.

—Caroline, en serio, con esto se me va a ver todo, tanto por arriba como por abajo. No me lo voy a poner ni loca —insistí, devolviéndole la prenda.

—¿Me podrías explicar para qué lo tienes si no se ve?! —me recriminó, tirando a la vez de mi blusa para quitármela—. Mira hacia otro lado, *voyeur* —le ordenó a Jacob, girándole el rostro con la mano sin ninguna delicadeza —, que la señorita O'Connor se va a desnudar. Aunque a lo mejor a ella le gusta que la mires —susurró maliciosa.

—¡No seas idiota! —me quejé, arrancando el vestido de su mano.

Y así fue como se salió con la suya, haciéndome llevar puesto un trozo de licra que ha sido el causante de que haya tenido que estar toda la noche quitándome babosos de encima.

Cuando llego a la puerta de salida, inspiro profundamente para intentar volver a llenar mis pulmones de oxígeno; en estos antros parece que no corre el aire. Enseguida aparece Kenneth a mi espalda. Nunca sé dónde se mete

este hombre, pero el caso es que nunca me quita el ojo de encima y emerge de la nada en los momentos que menos te lo esperas.

—¿Ya nos marchamos, señorita O'Connor? —me pregunta.

En ese momento, me tambaleo un poco y me apoyo sobre su pecho, comprobando por primera vez lo duro que está. Él se apresura a sujetarme por la cintura con sus brazos musculosos para que no me caiga.

—¡Vaya, vaya! Pero ¿a quién tenemos aquí? Si es la exhibicionista más sexy del mundo...

¡Esa maldita voz!

Toda mi piel se eriza en señal de alerta.

Me separo de inmediato de mi guardaespaldas para volverme de golpe y chocar de frente con el ser que ha logrado en un tiempo récord convertirse en el *top one* de mi ranking de los hombres más detestables del mundo. Cuando nuestras miradas se encuentran, siento cómo una chispa incendia sus ojos de una manera brutal y ruego para que en la mía no vea lo mismo. Me separo al instante de él.

Lleva la misma ropa de esta tarde, por eso dudo que le hayan permitido entrar en la discoteca; aquí sólo se entra con glamour, y él carece de eso.

No puedo evitar sentir cierta atracción por esa actitud de bárbaro desaliñado que se gasta, y por alguna extraña razón no le tengo miedo, sino todo lo contrario. Recorre mi cuerpo con una intensa mirada tan lasciva que logra estremecerme. Denota peligro y sexo salvaje a partes iguales. Clava esa mirada felina en la mía durante un instante eterno y consigue hacerme sentir mucho más desnuda que anoche en la playa sin ni siquiera mirar mi cuerpo.

Me obligo a salir de esta especie de hechizo en el que me he envuelto yo misma. Pero ¿qué diablos estoy haciendo?

—¡Vaya, vaya, pero si es el mirón de la playa! ¿Se puede saber qué diablos haces tú por aquí? —le reprocho.

—Lo mismo que tú, ojazos, divertirme.

Ahora sí, contempla mi cuerpo con descaro, a lo que yo reacciono

levantando la mano y chascando los dedos delante de sus ojos para que detenga cuanto antes este impúdico escrutinio de mi anatomía. Dudo mucho que un tipo como él ande por esta zona y, como es habitual en mí, no puedo mantenerme calladita.

—Pues deberías estar entre rejas y no aquí. Además, ¿no te atrevas a volver a llamarme «ojazos»? Pero ¿tú quién te has creído que eres? —Lo amenazo con un dedo; él reprime la risa y su gesto se termina convirtiendo en una sonrisa de medio lado.

—No creo que estén las cárceles en condiciones de albergar a nadie tan sólo por mirar tetas... *ojazos*. —Pronuncia esta última palabra con sorna, agudizando la mirada para provocarme de forma deliberada.

Él da un paso hacia adelante para acercarse más de la cuenta, como ya empieza a ser costumbre, pero Kenneth le propina un fuerte empujón para apartarlo de mí. Entonces, siento que se me va la cabeza y me tambaleo, pero el tal Irion se apresura a sostenerme entre sus brazos y compruebo que sus ojos brillan como dos zafiros. Parece algo afectado por nuestro inesperado contacto.

Una improvisada locura se apodera de mis sentidos y acaricio con la punta de los dedos la línea de su tosca mandíbula hasta llegar a su barbilla, contemplando su reacción, embelesada en sus perfectas facciones, para después continuar mi camino hasta llegar a sus labios carnosos. La intensidad de su mirada y el deseo que creo atisbar en ella provocan que dé un respingo y vuelva de golpe a la realidad.

—¡No te atrevas a tocarla! —ruge mi acompañante, apartándome con brusquedad de su abrazo.

Si hubiese tardado un solo segundo más, estoy segura de que me habría besado. Por eso estoy desconcertada: no lo conozco de nada, pero me siento terriblemente atraída hacia él y, con lo que yo soy, que no permito que nadie me roce, no me hubiese importado en absoluto que me diera ese beso; hasta creo que lo deseaba con todas mis fuerzas.

—¡Tranqui, colega! Sólo quería sujetarla para que no se cayese, esta tía no me interesa en absoluto. Ya me has dejado bien claro antes cómo debía comportarme delante de Su Majestad, no hace falta que me lo vuelvas a explicar, aunque, si tienes ganas de bronca, sólo debes pedirlo. —Su tono de voz denota una rabia contenida, yo diría que incluso está furioso y también algo confundido por mi reacción de hace un momento. Lo he desconcertado.

—La próxima vez no seré tan delicado —lo amenaza Kenneth entre dientes.

Jacob y yo le hemos informado mientras nos traía en el coche de que Irion Miller va a ser nuestro nuevo trabajo de campo, así que debe contener las ganas de matarlo.

—No te preocupes, tu chica no correrá peligro... de momento —ruge.

Puedo ver un atisbo de reproche reflejado en sus ojos; ¿estará celoso? No, eso es imposible. «Zoe, deja de flipar, has bebido demasiado», me aconsejo a mí misma.

Mi guardaespaldas hace el amago de lanzarse de nuevo a por él, pero yo lo sujeto de su chaqueta para evitarlo; no porque no quiera que le parta la cara, que es lo único que se merece ese insensato, sino porque ahora mismo lo necesito para que me lleve hasta el coche, ya que no consigo sostenerme en pie.

Me estoy volviendo loca, me contradigo a mí misma. Mis hormonas van por un lado y mi instinto por otro.

—¿Está bien, señorita O'Connor? —susurra Kenneth mientras me sujeta, y percibo que continúa hablando, pero no lo oigo.

Intento en vano visualizar a la persona que tengo delante para entender lo que dice, pero no soy capaz, veo todo borroso; percibo una figura oscura delante de mí, que imagino será Kenneth, y no oigo nada inteligible, sólo murmullos lejanos.

—Lo estaba —balbuceo sin oírme tampoco a mí misma—, pero me he puesto fatal, no consigo ver ni oír nada —y, a la vez que pronuncio estas

palabras, siento que me desvanezco levemente, pero él evita que caiga al suelo.

Mi guardaespaldas entonces no duda en cogerme en brazos y avanzar a pasos ligeros hasta su coche, donde me introduce tendida sobre el asiento trasero. Él se monta en su sitio y arranca para salir disparado a toda velocidad.

* * *

Me despierto en la cama de algún hospital, un tanto aturdida.

—¡Zoe! —Mi madre se levanta de la silla donde está sentada para tocarme la cara con palmaditas suaves, como si con este gesto intentase recuperarme.

Yo me asusto un poco al verla abalanzarse sobre mí, pues todavía no consigo distinguir con total nitidez las cosas y, además, no estoy demasiado acostumbrada a verla proporcionar ni recibir muestras de cariño a los seres humanos.

—¿Dónde estoy? —pregunto en un susurro.

—Alguien te echó droga en la bebida, Zoe. —La voz de mi hermana a mi izquierda hace que me vuelva para mirarla.

—¡Toma ya, sin vaselina! —la reprende mi madre.

—Es que tú eres capaz de contarle que la han abducido los extraterrestres para soltarla en un campo de flores —le contesta Kim.

—¡Déjate de idioteces! Eres una...

—¡Ya basta! —grito levantando los brazos—. Joder. —Me sostengo la cabeza con ambas manos, muriéndome del dolor. Al levantar la voz he sentido un fuerte pinchazo en el cerebro.

—¿Qué te pasa, hija? —Mi madre intenta ayudarme, pero sólo consigue empeorar las cosas.

—Mamá, no me toques que me duele más —le ordeno enfadada.

—Mírala, si no sabe ni consolar a una persona enferma —la critica mi

hermana.

Cuando mi madre la fulmina con la mirada y se dispone a contestarle, decido interrumpirla, aunque eso me suponga recibir otro fuerte pinchazo:

—Kim, por favor, basta —le pido con evidentes muestras de dolor en el rostro—. Dejad vuestras gilipolleces para otro día, ahora necesito silencio, por favor.

Como me retuerzo en mi almohada para intentar soportar semejante sufrimiento, ellas detienen su particular guerra y se limitan a observarme con cara de pena. Menos mal, se han apiadado de mí.

En este momento, entra el médico. Las saluda a ambas y a mí me habla muy bajito, tanto que no entiendo lo que dice. Tampoco me molesto en preguntarle, porque no quiero que vuelva a estallarme la cabeza. Después, me toma el pulso, me mira los ojos con una pequeña linterna y se retira al otro extremo de la sala para poder hablar a solas con mi madre y marcharse una vez finalizada su conversación.

—¿Qué pasa, mamá? —musito.

Ella duda por un instante si contarlo o no, pero dado que Kim y yo la miramos ávidas de información, al final decide confesar.

—Menos mal que Kenneth estaba contigo, Zoe. Por lo visto están buscando a una banda criminal que se mueve por los locales de moda. Se dedican a secuestrar a chicas para hacerles de todo y después piden un rescate millonario —me explica, sollozando.

Un escalofrío recorre mi cuerpo; sólo de pensar lo que me podría haber sucedido me da pánico. Pero no soy capaz de reaccionar, todavía estoy algo adormilada.

Mi madre saca un pañuelo de su bolso y se limpia con delicadeza un par de lágrimas que asoman a sus ojos.

—¡Vaya! Creí que con tanto bótox ya no tendrías lágrimas —suelta Kim volviendo a la carga.

Mi madre y yo la miramos con cara de asesinas y por fin se calla.

—Debes descansar, cariño. Yo me marchó, luego regresaré para verte. — Ashley se agacha para darme un frío beso en la frente y desaparece tras el sonido de sus taconazos.

—Por fin se ha ido la víbora. —Kim respira aliviada.

—Te has pasado —le reprocho.

—Sólo recoge lo que ha sembrado, Zoe, no se merece menos; de todas formas, paso de ella. Oye, ¿no recuerdas cuándo ni quién podría haberte echado algo en la bebida? La policía vendrá después para hacerte unas cuantas preguntas, intenta hacer memoria.

—No recuerdo nada, Kim —contesto muy bajito—; tengo sueño.

Los ojos se me cierran. Por mucho que intente mantenerme despierta me resulta imposible, los párpados me pesan demasiado y terminan vencíéndome.

Hombres del mundo: El clítoris es como un timbre: el que sabe tocarlo siempre tendrá todas las puertas abiertas, pero, por favor, las puertas no se aporrean.

CAROLINE, *The man-hater*

Me encuentro absorta en mi trabajo. Ya han pasado tres días desde que sufriera el accidente en Avalon y todavía no se sabe nada sobre quién pudo hacer tal cosa. Mi padre está en continuo contacto con la policía y en cuanto descubren algo nuevo lo avisan, aunque dudo mucho que luego él me lo cuente a mí, pues sólo me llega una versión demasiado edulcorada de los hechos.

Suena el móvil sobre mi mesa.

—¿Diga? —respondo.

—Zoe, ha llamado Emily, del departamento de marketing, hace una hora, pero no contestabas. Era para recordarte que a las diez debías estar en el comedor social. —Es la voz de mi asistente.

—¡Joder! Se me había olvidado por completo —protesto.

Miro el reloj enseguida y compruebo que son las diez y media. Ya no llego ni volando.

Marco el número de teléfono del responsable del centro para avisarlo de que se me ha complicado el día y que llegaré tarde, cosa que no le hace demasiada gracia, pero es lo que hay.

Salgo corriendo de mi despacho, derrapando al doblar las esquinas, bajo la atenta mirada de John.

—Te vas a matar con esos tacones —me advierte.

—¡John, apaga mi portátil y recoge mis cosas! —vocifero mientras entro a toda prisa en el ascensor.

No tengo tiempo de ir a buscar mi coche, que precisamente hoy está en el concesionario porque suena algo extraño en el motor al acelerar. Tampoco le da tiempo a Kenneth de venir a buscarme para llevarme. Así que salgo a la calle y levanto el brazo para detener un taxi.

En menos de cinco minutos se para delante de mí uno de los múltiples vehículos amarillos que colapsan la ciudad y que tan nerviosa me ponen cuando voy en mi coche, porque siempre tienden a cruzarse en mi camino sin ni siquiera mirar. Más de una vez me he enfrentado a ellos, parece que les regalan las licencias.

—Al número seiscientos uno de San Pedro Street, en Skid Row, por favor —le indico mientras me abrocho el cinturón de seguridad.

Él me observa intrigado por el espejo retrovisor. No sabe si decirme algo o callarse, pero al final dispara:

—¿Está segura de que quiere ir a esa dirección, señorita?

—Segurísima, gracias.

—Como quiera. —Se encoge de hombros.

Dispongo de media hora hasta que lleguemos, suponiendo que no haya demasiado tráfico. Llamo a Kenneth.

—¿Qué ocurre, señorita O'Connor? —contesta enseguida.

—Kenneth, perdona por avisarte tan tarde, pero se me había olvidado comentarte que hoy era el voluntariado en el albergue Midnight Mission.

—¿Me facilita la dirección? —resopla.

Se la recito, cerrando los ojos con fuerza para intentar así aliviar la bronca que me va a echar. Soy consciente de mis errores, el problema es que vuelvo a cometerlos una vez tras otra; es lo que tiene ser de mente ligera.

—Señorita O'Connor, esa zona es altamente peligrosa; ¿no hay otros comedores a los que pueda acudir?

—Es el que me han asignado.

—Entonces, espere a que vaya a recogerla al trabajo. La acompañaremos un par de hombres de mi equipo y yo, hay que peinar bien la zona y...

—Kenneth, ya voy de camino, he cogido un taxi —lo interrumpo—. Pero no te preocupes, porque ya estará allí esperándome todo el equipo de producción, tranquilo.

—¡Maldita sea! —ruge y me cuelga, pues supongo que ha salido hacia el albergue cagando leches y acordándose de la madre que me parió.

Cuando Emily me comentó que fuese a un comedor social, me informé sobre Midnight Mission y leí en Google que es uno de los albergues más antiguos del barrio de Skid Row, y que en la crisis de 1929 servían un millón de comidas al año. Allí se va a comer, pero también a pasar la noche y, si la persona consigue estabilizarse, el centro le facilita una habitación temporal que le permita reconstruir su vida, pues el precio de la vivienda en la ciudad, ya sea de alquiler o de compra, es completamente inaccesible.

—Si se pide ayuda, la hay —me aseguraba el señor Weinert, el coordinador del voluntariado del centro, el otro día charlando con él por teléfono—. Todos los habitantes de las aceras de Skid Row, gracias a ayudas como las de sus familias, pueden comer tres veces al día, conseguir ropa limpia y tener acceso a la higiene personal.

—Es como la Meca de los sin techo. Les facilitáis todos los servicios para que puedan ser dignos de conseguir una vida mejor —le comentaba yo.

—Es muy complicado, salen de debajo de las piedras, señorita O'Connor. El conflicto lleva dos años aumentando. Las tiendas de campaña aparecen de la noche a la mañana. La situación es tan evidente que este año los votantes han aprobado en referéndum subir los impuestos para recaudar más de cinco mil millones de dólares en diez años y así poder construir residencias permanentes para gente sin techo con los servicios que necesiten.

—Sí, estoy al tanto de todo eso. La semana pasada el alcalde inauguró la primera de esas obras, mi padre lo acompañó —le conté.

—Es una bonita idea, pero no creo que echar dinero sobre el problema sea la solución: si le damos un piso a un adicto al crack, sus amigos se van a meter allí, y lo que has hecho ha sido montar un piso franco de venta de crack. No se puede resolver la situación de una persona que está en la calle sin resolver antes las razones por las que está en la calle —me indicaba.

—Tiene toda la razón del mundo, señor Weinert; de hecho, es precisamente lo que intentamos en la asociación de trabajo social de la empresa. Nuestro país no se ocupa de los pobres ni de los débiles y creo que estamos en deuda con ellos.

—¿Sabe que los gobernantes de otros países están pagando a sus sin techo billetes de tren para que se vengán a Los Ángeles?

—¡No me lo puedo creer! —Me escandalicé ante semejante afirmación.

—Pues así es. Se piensan que aquí van a vivir del cuento, pero la realidad es que Skid Row se ha convertido en un auténtico barrio marginal. Ya no se pueden usar las aceras porque son una masa de tiendas de campaña, basura y chatarra en la que residen miles de personas. El olor es nauseabundo. Esta gente se ha convertido en víctima de las bandas de South Central, que vienen hasta aquí para cobrar por el sitio en las aceras: ya sea en dinero o en servicios, desde el tráfico de drogas hasta la prostitución. En algunas de estas tiendas de campaña se han encontrado armas. El trapicheo está casi a la vista. Las violaciones son habituales. Los coches de alta gama están aparcados junto a personas inconscientes en la acera a las que todo el mundo ignora. Mucho me temo que esto se va a convertir en el nuevo South Central si no hacemos nada. —Sonaba desesperado, y yo me indignaba más con cada palabra.

—Es increíble que en la misma ciudad haya gente que se gaste doscientos millones de dólares en una casa y, sin embargo, no haya dinero para dar de comer a otros.

—Una de las razones de toda esta problemática es la profunda brecha entre ricos y pobres, señorita. En California se convive con dos tasas

económicas opuestas por completo. Por un lado, alberga a los ultrarricos. Y por otro, el Estado tiene la peor tasa de pobreza del país. Los millonarios de Bel Air y Beverly Hills conviven codo a codo con personas de escasos recursos. Según el censo, casi una cuarta parte de los cuarenta millones de habitantes viven bajo la línea de la extrema pobreza. Y eso no es sano para ninguna sociedad, ¿no cree, señorita O'Connor? —me preguntó.

—¿Qué puedo decirle? Mi familia y las familias de la gente que me rodea somos personas que cuentan con muchos millones de dólares en sus cuentas bancarias, como bien sabe usted. Por mucho dinero que donemos al año, no se ven los resultados, creo que dentro del mismo gobierno también hay mucha corrupción que no permite llegar estos recursos a su destino. He leído hace poco que, además, el crimen en la zona está fuera de control. Las autoridades ordenan a los políticos que no se inmiscuyan y que miren hacia otro lado, pero, tarde o temprano, todo esto nos estallará a todos en la cara —decía yo, del todo exasperada por la situación.

Y mientras recuerdo nuestra conversación de hace tan sólo un par de días, el taxista me indica que hemos llegado al destino. Le pago cincuenta dólares y me bajo del vehículo.

—Tenga mucho cuidado, señorita —me advierte el taxista, a la vez que sube las ventanillas y baja los seguros del coche, antes de marcharse a toda velocidad.

Me encuentro sola, ni rastro de mis empleados por ninguna parte. No tardo en divisar el albergue, que está justo cruzando la calle. No quiero ni mirar hacia los lados. Realmente esto parece otro país, no tiene nada que ver con mi atardecer entre palmeras. Aquí todo es oscuro y gris, huele a excrementos mezclados con basura de todo tipo. La gente deambula medio desnuda, descalza y drogada por las aceras. Se asemejan a los zombis.

Aprieto mi bolso contra mi pecho y ruego a Dios que no me ocurra nada; ahora mismo, me arrepiento de haber sido tan inconsciente, ya que soy una

señorita de alta cuna, que viste con ropa de miles de dólares, rodeada por un millar de mendigos hambrientos.

Espero a que pase un coche antiguo que estaba aparcado y ha arrancado justo cuando el taxi se ha ido para acercarse poco a poco por el carril de la izquierda. Quiero cruzar cuanto antes, pero el coche se detiene delante de mí, pegando un sonoro frenazo.

Acto seguido, dos tíos latinos muy corpulentos se bajan a toda velocidad, asestándome uno de ellos un fuerte guantazo en toda la cara que consigue que pierda el equilibrio, mientras el otro me arranca el bolso de las manos para lanzarlo por la ventanilla abierta sobre el asiento trasero. Entonces, me agarran de forma violenta entre los dos para atarme con cuerdas: uno por los tobillos y otro por las muñecas, e intentan meterme en el maletero a toda prisa. Yo pataleo y me revuelvo con ímpetu, pero ellos tienen demasiada fuerza, no consigo nada.

¡Oh, Dios mío! Siento cómo la adrenalina recorre mi cuerpo y cómo los latidos del corazón palpitan desbocados, tanto que los noto en la garganta, igual que si se tratase de fuertes tambores. Miles de lágrimas recorren mis mejillas, una de ellas ardiendo debido al golpe asestado.

Y el maletero se cierra, volviéndolo todo oscuridad.

Durante un solo segundo se me pasan por la cabeza miles de cosas atroces que van a sucederme a partir de ahora, y no sé si preferiría que acabasen conmigo cuanto antes. Nunca imaginas que todas esas cosas horribles que escuchas en las noticias alguna vez te puedan suceder a ti.

Pero ocurren.

Es el fin.

8

Exijo que me asignen un nuevo Cupido; el mío se droga.

CAROLINE, *The man-hater*

No sabría decir si lo que transcurren son segundos u horas, lo único que sé a ciencia cierta es que el coche no se ha movido, cosa que, de alguna manera, me tranquiliza, porque al menos no me han llevado a un descampado, de momento.

Me duele la garganta de tanto gritar y las extremidades de tanto pegar golpes con todas mis fuerzas contra todo lo que hay a mi alrededor. Permanezco en silencio un momento para escuchar lo que parecen... ¿tiros?

«¡Ay, Dios mío! —pienso, sumida en el pánico que me invade desde hace un rato—. Ahora me alcanzará alguna bala perdida y, aunque no muera al instante, me desangraré en este maldito maletero, pues dudo mucho que nadie me encuentre antes.»

De pronto, se hace la luz en medio de mi oscuridad y descubro un rostro que se convierte en el de alguien a quien me alegro mucho de ver: ¡Irion! Sólo le faltan los arcángeles cantando con arpas a su alrededor. Me resulta curioso que ver al mismísimo diablo me parezca una visión celestial.

—¡Vamos, hay que salir de aquí cuanto antes! —Me atrapa entre sus brazos, cortando mis cuerdas sin el menor esfuerzo con una navaja, para sacarme del maletero—. ¿Te han pegado esos desgraciados? —pregunta al verme la cara, con una expresión de odio en su rostro.

No me da tiempo a contestar porque, de pronto, el sonido de un tiro hace

que me cubra la cabeza con ambas manos y que suelte un grito de terror. Irion me empuja con suavidad por los hombros para que me agache, haciendo que apoye mi espalda contra el coche, mientras él apunta con una pistola hacia alguna parte, apoyando su gran cuerpo sobre el capó.

—Intenta estarte quietecita, a ver si eres capaz —me ordena.

Cierro los ojos con fuerza, no entiendo cómo coño me he visto inmersa en semejante batalla campal de repente; si salgo de ésta, le pondré un altar a este tío.

—¡Vamos, corre, ahora! —vocifera.

«¿Que corra?! ¿¿¿En medio del tiroteo??!! Ha debido de perder el poco juicio que tenía si cree que voy a...»

Me coge de la mano y tira de mí con fuerza para que crucemos juntos la carretera, pero con los tacones no consigo seguir su paso, tropiezo y me caigo. No puedo dejar de gritar como una posesa.

Los tiros continúan sonando a nuestro alrededor, de un lado y de otro. Deduzco que, obviamente, hay alguien que nos está cubriendo, de lo contrario ya estaríamos como un colador.

Él se detiene en seco en medio de la carretera para arrancar de mis pies mis zapatos de Prada y lanzarlos por los aires, aunque al hacerlo se quiebra con un gesto muy raro para, acto seguido, agarrarse el estómago con ambas manos.

Yo no puedo moverme, me ha paralizado el miedo. Pero él no lo duda ni un segundo y me coge en brazos para correr hacia el otro extremo conmigo cargada, y yo me acurruco contra su pecho de manera instintiva. Es algo difícil de explicar, pero de pronto siento que en su regazo nada malo puede ocurrirme, como si estuviese sumergida en una burbuja protectora.

Ahora sí, logramos llegar al otro extremo de la calle y meternos enseguida en el albergue, donde alguien cierra la gran puerta de hierro con varios cerrojos gigantescos, una vez que estamos dentro.

Me encuentro apoyada contra dicha puerta, temblando de miedo y sin

poder respirar. A pesar de estar hiperventilando algo oprime mi pecho con fuerza y no consigo llenar mis pulmones de oxígeno. Siento que voy a desmayarme de un momento a otro.

—Supongo que usted es la señorita O'Connor —señala un hombre muy corpulento, de raza negra y de unos cincuenta años.

Retira el rifle con el que estaba disparando desde un minúsculo agujero hecho en la pared del mismo tamaño que el cañón del arma que porta. Enseguida, cubre con algo dicho agujero y compruebo que ya no se ve el estratégico hueco entre los ladrillos. Me ofrece la mano de manera amistosa y añade—: Yo soy Dyrell Weinert —se presenta, bajando el rifle—, hablamos por teléfono hace unos días, ¿lo recuerda?

No consigo salir del estado de shock en el que me encuentro sumida, por eso no sé si estoy entendiendo sus palabras o son meras imaginaciones. Me tiembla todo, no consigo serenarme.

Joder, ¡¿acabo de estar en medio de un puto tiroteo?!

Él retira la mano.

—Señorita O'Connor, ¿se encuentra bien? —insiste el señor Weinert, observándome de arriba abajo, algo más preocupado.

Elevo la mano de una manera muy lenta para posarla en mi cara, que todavía me duele, así trato de aliviar la quemazón que siento en esa parte de mi cuerpo.

—Han intentado secuestrarla, tío, ¿cómo coño quieres que se encuentre bien? —le reprocha Irion en un tono grosero.

Cierro los ojos y sacudo la cabeza, obligándome a volver a la realidad, aunque todavía me tiembla todo.

—Lo siento, señor Weinert —balbuceo—, perdone mis modales, estoy un tanto... asustada —consigo murmurar.

Los dos hombres me miran.

—La policía llegará enseguida, si quiere podemos pedirles que la lleven a casa. ¿La ha alcanzado alguna bala? —me pregunta el responsable de

Midnight Mission señalando mi traje, antes gris y ahora negro hollín.

Me observo a mí misma para comprobar que, de forma milagrosa, he salido ilesa del campo de batalla urbana. Mi ropa está sucia, por alguna extraña razón llena de sangre y rota; no queda casi rastro de mis medias y tengo varios cortes superficiales en las piernas y los brazos. Por todo lo demás, puedo asegurar que físicamente me encuentro intacta.

—No, no quiero marcharme. Creo que estoy bien —musito confusa.

No voy a irme ahora que ya estoy aquí, porque he venido a cumplir una misión y, si algo tengo claro, es que no pienso volver a pisar este barrio jamás; por lo tanto, debe ser ahora o nunca. Tengo un vídeo que grabar.

—Estupendo, pues ahora que todos sabemos que la *señorita* —pronuncia con retintín esta palabra— se encuentra sana y salva, ¿te importaría ocuparte de mí? —le sugiere Irion al señor Weinert.

Mis ojos se dirigen automáticamente hacia su camiseta blanca de los Guns N' Roses, ahora teñida de una gran mancha roja que él taponaba con fuerza con el antebrazo, y suelto un grito involuntario, pues nunca antes había visto tanta sangre en vivo y en directo. Creo que la sensación de que debo socorrer a alguien, que se encuentra peor que yo, me ayuda a salir de mis particulares tinieblas y retomar el control de mi cuerpo.

—¡Joder, Irion! —exclama Dyrell mientras va corriendo hacia el interior del albergue.

—¿Qué hago? —le pregunto asustada. No deja de salir sangre de su cuerpo.

Él se intenta quitar la camiseta, pero no puede levantar el brazo para no destapar la herida.

—He soñado con pedirte esto en otro tipo de situación, pero ¿me quitas la camiseta? —gruñe entre dientes.

Yo me ruborizo por el tono sugerente que utiliza, no puede ser que intente ligar conmigo estando al borde de la muerte, aunque se le ve que es un seductor nato, lo lleva en su ADN; lo que ocurre es que no puede evitarlo.

Me obligo a centrarme en la situación, cogiendo el bajo de su camiseta para tirar de ella hacia arriba. Cuando eleva el brazo comienza a salir sangre a borbotones de su costado derecho, que es donde está localizada la herida. Él pone una expresión de dolor, apretando con fuerza la mandíbula.

—¡Mierda! —ruge, soportando el dolor mientras se apresura a presionar la herida de nuevo.

Una vez que tengo la camiseta entre las manos, observo sus impresionantes abdominales; nunca antes había visto un cuerpo masculino de tal calibre, y he de confesar que he estado con varios hombres, pues a mis veintinueve años, virgen no soy.

Tiene el pecho tan fibroso que parece pulido sobre mármol y cubierto de suave terciopelo. Tres estrellas nacen de sus oblicuos, ascendiendo hacia su costado izquierdo: la más grande es la que está más próxima a su zona erógena, y la más pequeña la que está más arriba de las tres. Observo que, además, tiene en los brazos varios tatuajes. Los vaqueros le caen por la cadera, dejando entrever el elástico de un bóxer negro sin marca, pero que le sienta mejor que al modelo de ropa interior de la mejor firma.

Él me arranca de manera brusca la prenda de las manos, sacándome de golpe de mi actual embelesamiento, para formar una pelota con ella y hacerse presión sobre la herida.

—Siento estropearte las vistas, pero esto corre más prisa. Después te haré un striptease privado, si quieres —ronronea, evitando sonreír al ver mi expresión de mema.

Cierto es que jamás he estado en una situación parecida, pues la máxima emergencia a la que he asistido ha sido un pequeño raspón que Kim se hizo con su bici, y no sé muy bien cómo actuar.

—¿Eres tonto? —protesto.

Entonces sí que suelta una risa, pero se detiene en seco porque, al hacer el esfuerzo cuando ríe, el dolor se apodera de él. Pienso que, si yo tuviese ese

boquete en el cuerpo, no podría ni levantarme del suelo, pero él, sin embargo, está aquí tan tranquilo, como si nada.

De pronto, aparece el señor Weinert con un montón de cosas entre los brazos, seguido por una señora mayor que porta una palangana con agua.

—¡Rápido, tumbate! —le ordena a Irion, poniendo una manta en el suelo para que se tienda sobre ella.

Irion lo obedece para ser asistido por la improvisada pareja de enfermeros y, una vez en el suelo, proceden a curarlo: lo lavan, le sacan la bala, desinfectan la herida, lo cosen... El herido ni siquiera se queja cuando le dan los puntos, es algo impresionante, ya que yo incluso me veo obligada a tomar asiento en una silla que tengo a mi espalda, porque me estoy empezando a marear.

Una vez que han terminado de vendarlo, lo ayudan a incorporarse. Me mira de una manera tan oscura que consigue desconcertarme, sin ningún tipo de reparo; creo que incluso el señor Weinert se da cuenta.

Mis ojos se desvían, traidores, por sus músculos abdominales, pero me obligo a volver a sus ojos rápidamente. Él trata de mantenerse a raya, sin expresar ningún tipo de emoción en su mirada, no obstante, descubro un ligero atisbo de nerviosismo en sus ojos. Parece que se da cuenta de que lo he pillado y se apresura a hacer lo que mejor se le da: sacarme de quicio.

—A partir de hoy puedes llamarme «héroe» —me propone, acariciando a propósito su todavía desnudo torso.

—Y tú a mí «Majestad», ¡no te fastidia!

Él sonrío pero mira hacia abajo enseguida, como si no quisiera que descubriese que le ha hecho gracia mi respuesta.

—Chicos, aunque esto haya sido un desafortunado imprevisto, la gente debe comer, el hambre no entiende de circunstancias —apunta el señor Weinert.

En ese momento, suena el timbre de la puerta. Irion comprueba algo por la mirilla y anuncia:

—Es la pasma. —Weinert asiente, haciendo caso omiso a la información recibida, e Irion añade—: Ahora vamos, Dyrell, dame cinco minutos.

La asistenta y el señor Weinert recogen todos los instrumentos ensangrentados y se marchan, dejándonos a solas. Yo intento indagar en los ojos de Irion, pues parece que va a decirme algo, pero no lo hace; se arrepiente en el último momento. Traga saliva y se humedece los labios para darme la espalda mientras comenta:

—Vamos a ver qué quieren ahora, siempre llegan tarde.

Abre la puerta y permanece durante varios minutos contando a los agentes lo ocurrido; aunque ellos tampoco es que se tomen demasiadas molestias en indagar nada, por eso deduzco que esto debe de ser bastante habitual por aquí.

Sólo acierto a entender algo: «Imagino que ya estaba todo preparado porque llevaban cuerdas y drogas». Ellos ni siquiera me miran, así que ni hablamos de prestar declaración ni me piden que me identifique. Al estar sentada, la sangre ha vuelto a correr por mis venas a un ritmo normal y me siento mucho mejor.

Una vez que se despiden, Irion cierra la puerta y me ofrece la mano para incorporarme, pero la rechazo y me levanto sola.

—Venga, hay mucho trabajo por hacer —señala mientras camina hacia un pasillo como si nunca le hubiesen disparado. Yo lo sigo, algo reticente.

—¿Pretendes ponerte a trabajar cuando te acaban de sacar una maldita bala del abdomen? —le pregunto anonadada.

—Ellos dos solos no pueden hacerlo y hoy contaban con nuestra ayuda, no pienso dejarlos tirados. Además, esto no es nada, ya no me duele —dice mientras caminamos hacia el interior del albergue.

—¿«Nuestra ayuda»?

Asiente.

—Yo suelo acudir de manera habitual y, además de mí, suele venir alguien distinto cada día —me explica.

—A ver si lo entiendo: ¿pretendéis que, después de lo ocurrido, actuemos como si nada? —No doy crédito.

—Esto ocurre un día sí y otro también, no es nada nuevo. Igualmente, aquí nos encontramos en Tierra Santa; ni siquiera los malos más malos se atreverían a profanar este albergue. Puedes estar tranquila, aquí estarás segura —me consuela.

—Pero yo todavía tengo taquicardia, ¡no estoy para servir comidas a nadie!

Entonces se detiene para mirarme con un halo de decepción reflejado en sus ojos.

—Está bien, pues posa tu precioso culo en una silla mientras un convaleciente hace tu trabajo —me recrimina a la vez que se larga.

—¡Eh! —le increpo, pero pasa de mí—. ¡No tienes derecho a hablarme así!

—Pues gánate que lo haga de otra manera.

¡Será idiota!

Como no quiero perderme y mucho menos quedarme aquí sola, lo sigo, pero guardando las distancias.

* * *

Atravesamos varios pasillos sin mediar palabra. Todo es muy lúgubre y austero: las paredes son de ladrillo, los suelos de cemento, los muebles están medio rotos y, los pocos que hay, están desperdigados por ahí. Pasamos por la zona de las habitaciones y compruebo que se trata de varias literas apelotonadas en cuartos demasiado pequeños.

—¿La gente es capaz de vivir así? —pregunto, asqueada por el inmundito olor a humanidad mezclado con heces y humedad que invade el lugar.

Me muero del asco por tener que ir descalza por este suelo repugnante. En cuanto consiga llegar a casa, voy a meter los pies en desinfectante durante

horas.

Él me mira con desprecio.

—Para muchos, el poder vivir aquí es un sueño inalcanzable. Hay gente ahí fuera que jamás tendrá un colchón sobre el que dormir. Con el trabajo que tienes, ya deberías saberlo —me recrimina.

No pienso contarle que las personas que acuden al centro de Jacob en busca de ayuda, debido a su localización, en su mayoría son más bien adineradas. En resumen: lo que vemos son problemas de drogas de gente pija, solicitudes de ayudas en divorcios, custodias compartidas, etcétera; nada de problemas complicados, y mucho menos con tiros de por medio.

—He oído hablar de estos lugares, pero nunca había estado en uno —me excuso—. La práctica y la teoría son muy distintas.

—¿Y se puede saber qué haces por aquí...? —Titubea—. Perdona, pero te he salvado la vida y ni siquiera sé tu nombre.

—Te lo he dicho antes, qué mala memoria tiene, señor Miller —me burlo.

—Créeme, si lo hubieses hecho lo recordaría —me dice con una voz provocadora, mientras caminamos hacia los comedores.

Ya ha oído varias veces que me apellido O'Connor, así que supongo que se refiere a mi nombre.

Siento acelerarse mi pulso. No sé si lo hace a propósito, pero consigue ponerme en guardia, y es algo a lo que no estoy acostumbrada porque por lo general soy yo la que controla la situación.

—«Majestad», puedes llamarme «Majestad» —le recuerdo, evitando sonreír para hacerme la dura.

A él se le escapa una risa traicionera.

—Muy graciosa.

Llegamos al comedor y me quedo congelada ante lo que ven mis ojos: aquí debe de haber cerca de dos mil personas, si no más, haciendo cola para que les sirvan la comida en unos cuencos metalizados que sostienen entre las manos.

—Ponte esto, anda. —Irion me lanza una bata blanca, igual a la que él se está poniendo con un gesto de dolor al mover el brazo. Las acaba de sacar de un cajón y al menos están limpias—. No querrás servir a la gente con esa pinta de pordiosera que tienes.

—Me estás vacilando, ¿no?

Más que nada porque aquí la gente no es que vaya de etiqueta, precisamente.

—Vale que no seas como los *millonetis* que suelen venir por aquí a hacerse cuatro fotos con los pobres para sentirse más pro, pero si no te pones esto, te darán de comer a ti. —Sonríe.

«O sea, que no tiene ni idea de quién soy yo», conjeturo, sin saber muy bien por qué motivo me alegra tanto este hecho.

Su comentario me recuerda que el equipo de Publicidad que iba a cubrir este maravilloso evento tampoco ha venido. Los despediré a todos en cuanto llegue.

—Sigo estando descalza —le digo con cara de asco.

Él observa mis pies pensativo. No creo que por aquí le sobren a nadie zapatos para prestarme. Y, aunque así fuese, no me los pondría ni loca.

—Dame un segundo —me pide.

Se marcha y, al instante, aparece con dos bolsas de tela que tienen una cuerda cada una.

«¿Para qué diablos será eso?», me pregunto intrigada.

—Póntelas en los pies.

Paso de protestar. Enfundo mis pies con ellas y agradezco que el tiempo sea caluroso, pues de lo contrario cogería una buena pulmonía.

Nos unimos al señor Weinert y a su ayudante detrás de las inmensas vitrinas que contienen las distintas comidas. A nuestra espalda hay unos cinco cocineros sacando sin parar bandejas repletas hasta los topes de comida, que yo no probaría ni borracha, y frente a nosotros la gente hace cola

para que les sirvamos. Irion me pasa un cazo y me explica cómo debo hacerlo.

Yo soy la encargada de cuatro bandejas: las que contienen arroz, verduras, pasta y patatas. La persona que está en la fila central decide de qué bandeja quiere comer, se sitúa delante del que tiene dicha bandeja y se le sirven dos cazos. Después, debe marcharse.

—Es sencillo: un par de cazos de la bandeja que ellos elijan —me repito a mí misma.

—Creo que hasta una persona tan torpe como tú será capaz de hacerlo —me provoca, evitando sonreír.

Le doy un puñetazo en uno de sus gigantescos brazos, pero ni se inmuta.

Cuando han pasado cinco personas me recrimino a mí misma: «¿No decías que era muy sencillo?!». Ha venido una madre con dos niños y no he podido negarme a servirles un cacito más, por lo que, el ya de por sí insoportable señor Ogro —perdón, señor Miller— me ha regañado, ya que, gracias a este hecho, alguien se quedará sin comer hoy.

—¡Cómo te odio! Me las va a pagar todas juntas —refunfuño por hacerme sentir culpable.

—Saben de sobra que los voluntarios nunca os negáis a darles más, sois presas fáciles —se mofa.

«Se va a enterar de quién es la presa fácil.»

Así que he pasado el resto del tiempo negando comida a pobres indigentes hambrientos, y me odio por ello.

Cada vez que se acercaba alguna mujer joven se situaba directamente delante de él; ni siquiera se molestaba en mirar lo que había en sus bandejas, se limitaba a esperar que le brindara su atención y a sonreírle como una tonta por sus bromitas. «¡Será gañán!» Esto se ha repetido como quinientas veces y ha logrado despertar en mí cierto sentimiento de..., no sé de qué.

—Ya veo por lo que vienes aquí tantos días —le comento cuando se marcha una chica rubia, guapísima, con la que acaba de tontear sin censura.

Él me contempla sorprendido y muy divertido ante mi comentario.

—¿Está celosa, Su Majestad? —ronronea cerca de mí.

—¡Ja! —exclamo—. Perdona, pero yo soy una mujer del tipo «ni lo sueñes», así que no te molestes en intentar tus *capulladas* de seductor de segunda conmigo.

Se planta frente a mí y pega su frente a la mía para susurrarme:

—Pues permítame informarla, Majestad, que tengo matrícula de honor en esa asignatura.

—Ya te gustaría.

Le doy un ligero empujón para que se aparte de mí y continuó con mis quehaceres, tratando de pasar de él y de sus incesantes intentos de ponerme nerviosa.

* * *

Tres horas más tarde, todos los comensales están sentados alrededor de las mesas, dispuestas de diez en diez y comiendo en paz y armonía.

—No hay nada mejor para aplacar el odio que tener el estómago lleno, ¿no cree, señorita O'Connor? —me pregunta el señor Weinert, comiendo lo mismo que esa gente.

—Estoy de acuerdo con usted —le concedo.

—Irion, deberías irte a descansar, has perdido mucha sangre. ¿Por qué no te vas a tu...?

—¡Estoy bien, Dyrell! —lo interrumpe en un tono grosero.

Ellos dos se miran de una manera muy sospechosa y, al final, el señor Weinert se marcha, no sin antes despedirse de mí.

—Señorita O'Connor, siento de veras que haya tenido que vivir la peor realidad de este barrio, precisamente usted. Aunque no lo crea, esta parte del mundo también tiene sus cosas bellas, como ya le comenté, y espero que en un futuro pueda descubrirlas. Le agradezco muchísimo su ayuda de hoy y

espero que todo le vaya bien. Estaremos en contacto para dar vía libre a los proyectos de los que hablamos por teléfono y la espero aquí cuando usted lo desee. Está en su casa.

«Ni que decir tiene que no pienso volver por aquí ni loca. Ni por aquí, ni por diez kilómetros a la redonda, pero él no debe saberlo.»

—Gracias, señor Weinert, tanto usted como su equipo hacen una labor encomiable. No dude de que tendrá noticias mías muy pronto.

Nos estrechamos la mano de una manera formal y se marcha.

—Y tu novio, ése del cochazo enorme, ¿no piensa venir a buscarte o qué? —me pregunta Irion, metiéndose las manos en los bolsillos traseros del pantalón para que se le marquen más los músculos, que ahora se le ven de nuevo porque tiene la bata abierta. Mis ojos descienden directos hasta sus estrellas, pero al instante se apresura a cruzar los brazos sobre su pecho, pues supongo que le dolerá la herida.

Mi cerebro se enciende de manera automática. No voy a andar explicándole quién soy, me hace sentir más involucrada en su mundo, me trata como a una igual y eso me va a servir para conocerlo mejor y así poder ayudarlo en su reinserción. Y, con un poco de suerte, puede que esto me lo crea hasta yo.

—¡Kenneth! —exclamo apurada—. Hace tiempo que debería haber llegado. ¿Le habrá ocurrido algo? —le pregunto horrorizada.

No tengo móvil y tampoco me sé ningún número de memoria. ¡Maldita evolución!

Sólo de pensarlo me pongo nerviosa otra vez.

—Tranquila, seguro que no le ha ocurrido nada —me anima, pero con una voz algo distinta y una mirada de reproche; yo diría que incluso está enfadado.

—¿Y cómo lo sabes?

—No me han notificado que haya habido muertos ni heridos en el tiroteo —me informa.

—¿Y quién te iba a avisar a ti? —Alucino con él, se piensa que es el líder del FBI.

—Mis colegas.

—¿Te refieres a los mirones que iban contigo la otra noche? —le recrimino.

Entonces se planta delante de mí, sujeta mi barbilla con uno de sus dedos para que lo mire a los ojos, cosa que hago sin oponer resistencia, para descubrir que los suyos están devorándome hambrientos. Nos sostenemos la mirada y nos retamos el uno al otro.

—No te hagas la lista conmigo, Majestad —susurra, consiguiendo que se me erice todo el vello del cuerpo—; vosotras también os colasteis en aquella playa para bañaros en bolas. No sois menos delincuentes que nosotros, así que no pienso aguantar que me sermonees. Date por contenta porque no os denunciásemos en aquel momento.

Antes de soltar una carcajada por la realidad paralela que se ha montado en la cabeza, decido callarme y ocultarle la verdad, porque me resulta divertido seguirle el rollo. Creo recordar que le dije que esa playa era mía, pero celebro que él no lo recuerde. Y, aunque lo hiciera, dadas las circunstancias, creería que le estaba tomando el pelo.

—¡Pillada! —Levanto las manos en señal de rendición y él sonrío victorioso.

—Siempre me han puesto muy cachondo las niñas malas —murmura contra mis labios, pero sin llegar a rozarlos—; ya me contarás cómo se calientan exactamente dos mujeres desnudas en el agua en plena noche.

¡Madre mía, esto va de mal en peor! Ahora resulta que también me ha convertido en lesbiana.

—A mí sólo me pone cachonda mi novio, capullo —le contesto, sin retirarme ni un ápice de su cercanía, aunque esté a punto de sucumbir a sus encantos, pues consigue subir mi temperatura de una manera muy poco habitual en mí. Me sorprende a mí misma ávida de sus atenciones.

—Sí, y puedo imaginarme que su tarjeta de crédito también —me critica enojado.

Yo, sin poder contenerme, le suelto un fuerte bofetón.

—¡Joder! —reniega entre dientes furioso—. Deja de hacer eso de una puta vez —gruñe.

Intento dominar mi rabia como buenamente puedo para no soltarle todos los insultos que se me ocurren debidos a la gran cantidad de cosas que escupe sin censura en contra de mi persona.

Él se frota la cara, hastiado, y me mira con rabia.

—¡Mi novio tiene una cuenta corriente con la que tú jamás podrás soñar siquiera, y sí, eso también me pone muy cachonda! —vocifero sin dejar de mirarlo a los ojos, muy enojada.

—Y demasiada paciencia —murmura entre dientes.

Parece que mi comentario le molesta y se aparta de mí de manera brusca, pero antes de marcharse se obliga a detenerse.

—¿Decías algo? —pregunto altiva.

—Sí, que tengo cosas mejores que hacer que aguantar que me atices y me humilles. ¿Te llevo a algún sitio, o qué?

Eso consigue que me calme un poco. Ahora mismo daría lo que fuese por desaparecer y no volver a verme nunca más, estoy segura, y aun así me ofrece su ayuda porque sabe que dependo de él. Eso, en cierta manera, me enternece un poco, pues alguien que me acaba de asestar un guantazo, a mí no me volvería a ver en su vida.

—Si me acompañas a coger... —Me detengo al recordar que me han robado el bolso con mis tarjetas de crédito, documentos de identidad, móvil y dinero, con lo cual no puedo coger taxis ni transportes públicos, y paso de pedirle dinero a Sandokán. ¡Ni siquiera estando a su merced!

«Qué bien.» Doy saltitos mentales de alegría, aplaudiendo por la ilusión que me embarga al tener que pedirle un favor a semejante personaje.

—Espérame aquí y te llevaré a tu casa —me ordena.

No me da opción a réplica, pues antes de que abra mi boca para meter la pata, cabrearlo y que no me lleve, se marcha.

Permanezco un instante merodeando por los oscuros pasillos y observo el mal estado en el que se encuentra todo a mi alrededor.

—¿Haciendo una visita turística? —pregunta el señor Weinert a mi espalda, consiguiendo que dé un respingo por el susto.

—Perdone, no le he oído llegar. No quería ser maleducada, es sólo que Irion me ha dicho que lo espere aquí y se ha largado sin decirme adónde. No sabía muy bien qué hacer. —Me excuso porque no quiero parecer una fisgona.

—Tranquila, sé que no va a robar nada —bromea.

Yo suelto una risa involuntaria por lo absurdo del comentario, pero enseguida me apresuro a disimular.

—Perdón —admito avergonzada.

—Señorita O'Connor...

—Puede llamarme Zoe, señor Weinert —lo interrumpo.

—Pues entonces llámeme usted Dyrell. —Sonríe, reflejando en esos ojos cansados lo buena persona que es.

Ambos sonreímos.

—Está bien, dígame, Dyrell.

—Quería pedirle un favor personal. —Su expresión denota preocupación; supongo que va a solicitar alguna ayuda económica para el centro, que, por otro lado, yo ya estaba dispuesta a darle sin necesidad de que me lo pidiese.

—¡Claro, lo que sea!

—No le haga daño a Irion, ese muchacho ya ha sufrido bastante. He visto cómo la mira y...

Esta petición rompe todos mis esquemas, y creo que mi reacción rompe todos los suyos.

—Perdóneme —lo interrumpo de nuevo, pero esta vez de manera brusca.

Él se apresura a añadir ante mi expresión de sorpresa:

—No pretendía incomodarla, yo pensé que ustedes... —Lo veo apurado.

—No conozco de nada a ese hombre, señor Weinert —vuelvo a ponerlo en su sitio al tratarlo por su apellido—, tan sólo hemos coincidido un par de veces por casualidad —le informo un tanto molesta por sus prejuicios sobre mí.

—Lo siento, no pretendía...

Voy a aprovechar la ley de la ventaja que ahora mismo juega en su contra.

—Yo también quiero pedirle un favor a usted —lo interrumpo otra vez—: No le cuente quién soy.

Ahora el sorprendido es él.

—No se preocupe, sólo será circunstancial —le explico—. Es por el bien del señor Miller, ya comprobará con el tiempo a qué es debida mi petición. De momento, le ruego que no desvele mi verdadera identidad. ¿Puedo confiar en usted?

No pienso confesar que se trata únicamente de un capricho mío. Él me observa dubitativo.

—¿Acaso piensa que es tonto? Si no ha adivinado ya quién es usted, poco le faltará. Su rostro es uno de los más conocidos de California, y no creo que haya demasiadas señoritas O'Connor por el mundo —alega.

—Pues dejemos que lo descubra por sí mismo, ¿le parece?

—¿Os referís a mí? —Sus ojos azules emergen por una de las puertas que tengo a mi derecha; esto parece un laberinto. Suelto un pequeño gritito de sorpresa—. ¿Qué es lo que tengo que descubrir?

—No hablábamos de ti, no eres el centro del universo —miento.

—Una lástima —señala, guiñando un ojo a su amigo—. ¿Nos vamos? Tengo el coche aparcado en la calle.

Observo que se ha cambiado de ropa y ahora lleva una camiseta azul con una calavera que reza «*Son of Anarchy, California*». Muy puritana, sí señor.

«Ay, si lo viese mi madre», pienso, imaginando su cara de asco.

Con la sola idea de tener que salir a la misma calle donde hace unas horas

casi me secuestran para después casi asfixiarme y, por último, casi matarme a tiros, me tiemblan las piernas.

—¿No hay otra salida? —pregunto temblorosa.

El señor Weinert nos acompaña y se apiada de mí.

—Tranquila. Como ha venido la policía, la zona estará tranquila durante unas horas. Podréis salir sin problema —me alienta.

No me fío ni un pelo, pero no me queda más remedio que salir.

—De nuevo, gracias por todo, Dyrell, pronto tendrá noticias mías. —
Estrechamos la mano.

—Esperemos que sean buenas —bromea.

—Esperemos. —Sonrío y me marcho tras el hombre más insoportable del planeta cual corderito manso.

9

«Toc, toc», «¿quién es?», «soy el amor de tu vida», «imposible, porque los diamantes no hablan.»

CAROLINE, *The man-hater*

Salimos a la calle y busco con la mirada, de manera automática, algo que parezca peligroso, aunque toda la calle se ve tranquila. Hasta ha salido un sol radiante entre los edificios grises que nos rodean, como si de la luz divina se tratase.

Por esta zona cuesta hasta respirar; aquí se encuentran casi todas las fábricas de L.A. y hay más contaminación que en el resto de la ciudad. Todos los años mueren muchas personas por cáncer y afecciones pulmonares debido a ello.

Irion se dirige hacia un coche, creo que rojo, pues no se distingue demasiado bien su color por la cantidad de suciedad que tiene encima. Yo lo sigo, no muy convencida.

—¿Ese trasto funciona? —pregunto con guasa.

—Si vuelves a llamar «trasto» a esta obra de arte, no te llevaré a ninguna parte —me amenaza muy serio, apoyándose con los brazos cruzados sobre el techo del vehículo para mirarme fijamente. Semejante imagen bien podría servir para portada de *Vogue*, en el especial *Hombres insoportables y buenorros*.

Yo levanto las manos en señal de rendición.

—Está bien, es una obra de arte, lo que tú digas —le concedo.

—¿Ni siquiera has oído hablar del famoso Ford Thunderbird del 56?

—No, la verdad es que no tengo ni idea de coches. —Es una vil mentira.

«Al menos es cierto que no sé demasiado sobre estos dinosaurios con ruedas.»

Creo que estoy metiendo excesivas mentiras en la caja de Pandora y, como se abra, va a estallar de tal manera que salpicará a todo el mundo.

—Es el coche más bello de la historia, ojazos —continúa hablando—, según la revista *Classic & Sports Car*. Hicieron una encuesta mundial hace poco y este pequeñín salió ganador.

—Ah, ¿sí? ¿Con «hace poco» te refieres a hace cien años?

—Si te gustasen los coches sabrías que éste no es un vehículo cualquiera.

—No, desde luego; es uno muy sucio —lo interrumpo.

—¿Y lo dices tú? ¿Acaso te has visto? —me recrimina—. Creo que voy a pensarme muy seriamente si te permito montar, me vas a ensuciar la tapicería. Además, ya eres mayorcita, deberías haber aprendido que no todo en la vida son las apariencias.

—¡Si estoy así es por tu culpa! —grito exasperada.

—¿Por mi culpa? ¡Estarás de broma! ¿Te recuerdo quién te ha salvado la vida? ¡Debería haberte dejado metida en ese maldito maletero, así al menos no tendría que escuchar tus estupideces!

Vale, ahora es cuando debo morderme la lengua. Incluso pedirle disculpas. Pero no pienso hacerlo.

Se monta en el vehículo prehistórico y espera a que yo haga lo propio, pero dudo si subirme o no. Esto parece más bien una máquina mortal; seguro que al arrancarlo se le caen las ruedas o explota.

—Vamos, sube. Maldita sea, ¿quieres que vuelvan tus amigos los latinos? —me increpa.

Y, como si me hubiesen puesto un petardo en el culo, abro la puerta y me siento de un salto en el asiento del copiloto. Él suelta una risotada y niega con la cabeza.

—¿Adónde vamos, Majestad? —pregunta, mirándome con cara de seductor fatal, aunque lo ignoro y sigo mirando por la ventanilla.

«¿Y ahora adónde diablos le digo que me lleve? Piensa, Zoe, piensa.»

—¡A Century Park!

Él me observa con cara rara.

—¿Y qué vas a hacer tú en ese barrio de pijos?

Sofoco las ganas que me entran de decirle que a él qué narices le importa, pero si se mosquea me dejará aquí tirada.

Claudico.

—Te doy esa dirección, por un lado, porque no quiero que sepas dónde vivo y, por otro, porque una de mis amigas trabaja en Westfield. Ella me ayudará a volver a casa.

—Querida —se vuelve hacia mí y su mirada se desvía ligeramente hacia mis muslos, aunque enseguida se obliga a mirarme de nuevo a los ojos. Yo percibo su caricia visual y siento un molesto hormigueo en mi entrepierna—, me importa un bledo dónde vivas, no te lo tengas tan creído. ¿O acaso piensas que voy a ir a cantarte una serenata bajo tu balcón?

—Prefiero prevenir, por si acaso.

Suelta un bufido y se parte de risa.

—Nunca entenderé a las mujeres —comenta, negando con la cabeza a la vez que arranca.

—Por eso sigues soltero a tu edad —le recrimino, aunque en realidad sea un burdo intento de averiguar si está soltero o no.

—Qué ganas tengo de perderte de vista y que dejes de tocarme los huevos —espetea con una mueca de fastidio reflejada en el rostro.

El viejo motor no suena del todo mal. Intento ponerme el cinturón de seguridad, pero me doy cuenta de que ¡no hay! Da igual, no pienso comentar nada al respecto, quiero irme de aquí cuanto antes.

Acelera y enseguida salimos del infierno para volver a las calles llenas de color y palmeras de Los Ángeles.

«¡Por fin! ¡Sana y salva!», exclamo en mi mente en cuanto salimos de San Pedro Street.

Nos detenemos frente a un semáforo en rojo. Un silencio incómodo colma el ambiente. Yo muevo las piernas hacia un lado y él las observa pensativo. Por su mirada, apostaría a que sueña con ponérselas alrededor de la cintura.

—Eso no va a ocurrir jamás —le increpo.

Él suelta un bufido, se muerde los labios y niega con la cabeza, sonriendo con maldad.

—Ya te gustaría —me suelta.

Antes de que pueda responderle, el semáforo se pone en verde, acelera y pone la radio a un volumen muy alto. Se trata de un canal de rock en el que suena *Since I Don't Have You*, la versión de los Guns.

—¿Por qué lo pones tan alto? ¡Me vas a dejar sorda! —grito para que me oiga.

—Para no oír las tonterías que dices.

—¡Vaya, para ser una anticualla, este trasto suena bastante bien! —exclamo por encima de la música.

Él gira la cabeza lentamente para mirarme con ojos aguileños, como echándome un mal de ojo, y sube el volumen a tope, con un evidente gesto de mal humor. Ahora sí que no puedo hablar; mejor dicho: poder, puedo, pero no me voy a oír ni yo, así que me relajo en el asiento del copiloto y escucho la canción, que me trae recuerdos de mis días de locura en la universidad.

¿Qué habrá sido de aquella Zoe alocada? «Se ha convertido en una bruja estirada y amargada», me contesto a mí misma.

Observo cómo conduce con el rabillo del ojo. He de admitir que es un hombre muy atractivo. Lleva la ventanilla abierta y el viento juguetea con su pelo, mientras permanece de perfil, mirando hacia adelante, concentrado en el tráfico que nos adelanta por la derecha y la izquierda. Su fuerte brazo tatuado, apoyado sobre la palanca de marchas, me produce cierta sensación de peligro que me pone bastante caliente.

Cuando termina la canción, bajo el volumen.

—¿Es que no te cansas de tocarme los huevos? —ladra sin mirarme.

—La verdad es que no. Y que conste que no sabía que tenía esta faceta de tocapelotas hasta que te he conocido, tienes todo el mérito. —Sonrío.

—Lo dudo mucho —suelta.

—¿Sabías que esa canción no es de los Guns N' Roses? —pregunto en un fallido intento de hablar con él sin discutir y dándomelas de listilla, no sé por qué.

—¡Eso lo sabe cualquiera! —declara—. Es una de las mil versiones que han hecho a The Skyliners y, por si te interesa, es de 1958, más o menos como mi coche. Aunque es obvio que no entiendes de anticuallas —me reprocha.

Vaya, así que va de chulo. Empiezo a estar cansada de que me trate como a una mema que no sabe nada y que sólo se dedica a gastar el dinero de su novio.

—Claro, ¡cómo no ibas a saberlo tú, el experto en todo! —ironizo, cruzando los brazos y mirando por la ventanilla enfurruñada.

Él suelta una risotada que confirma su teoría sobre la mujer tonta que va sentada a su lado, pero ya ni me importa; paso de él y me da igual lo que opine sobre mí este muerto de hambre con ambiciones demasiado elevadas. Con un poco de suerte, no volveré a verlo en mi vida porque pienso rechazar su caso en cuanto vea a Jacob.

Pasamos un buen rato en silencio; aunque fueran un minuto o dos, yo me pongo nerviosa. No tengo ese tipo de confianza con él como para estar durante horas callados y no sentirme incómoda.

—¿Qué tienes que ver con el albergue? —pregunto para que no reine el mutismo en el ambiente.

—¿No eres capaz de estar calladita? —protesta.

«El día que me calle me salen subtítulos», pienso para mis adentros.

—Venga, sólo intento enterrar el hacha de guerra. —Le pongo morritos.

Él me mira extrañado, pero cede.

—Digamos que Dyrell y yo somos viejos amigos.

No creo que sea demasiada vieja su amistad, pues él no debe de tener más de ¿treinta y cinco?

—¿Y qué te parece la labor que hace? —Intento que así charlemos sobre cosas positivas, alabando a su amigo.

—John Wayne, cuando era estudiante, allá por los años veinte, afirmaba ser socialista, pero después dejó de serlo.

—¿Estábamos hablando sobre John Wayne? —Arrugo la nariz, alucinada por su repentina salida del tema.

Él se ríe y continúa hablando:

—Dijo que el universitario promedio de Estados Unidos desea tener helado gratis de postre cada día, pero a medida que madura y empieza a pensar en sus responsabilidades, se da cuenta de que el mundo no funciona así, porque muchas personas no colaboran, tan sólo esperan a que el helado les caiga del cielo, sin hacer nada. Entonces es cuando la sociedad se divide en dos: los que comienzan a trabajar para conseguir su propio helado y los que se quedan esperando a que el helado aparezca por arte de magia.

—¿Adónde quieres llegar a parar con eso?

—Yo, como él, creo en los beneficios sociales, pero no creo que una persona que se sienta sin hacer nada merezca dicho beneficio. Me aprendí una frase que dijo Wayne, mi ídolo de todos los tiempos, aquel día: era algo así como que le gustaría saber por qué los idiotas bien educados, es decir, los ricos, siguen perdonando a la gente holgazana y llena de quejas. Toda esa gente sólo piensa que el mundo les debe algo porque sí.

—Ni yo misma lo hubiese dicho mejor. Es cierto que hay mucha pobreza y que es imposible erradicarla, pero también es cierto que mucha de esa gente no quiere trabajar, ni aunque les ofrezcan mil oportunidades. —Me escucho a mí misma diciendo esto y soy consciente de que no se puede ser tan franca con alguien a quien no conoces de nada, pues corres el riesgo de que se crea

que sufres de aporofobia—. La pobreza no es una condición permanente de las personas, sino una situación indeseable e injusta, y yo quiero creer que es superable.

Él niega con la cabeza.

—Dyrell y yo estamos hartos de ayudar a muchos de ellos a buscar trabajo. Les compramos ropa, los aseamos, los ayudamos a realizar las entrevistas, apostamos por ellos con todas nuestras fuerzas, llenos de esperanzas... Pero, a la hora de la verdad, muchos se niegan a acudir al puesto de trabajo. La calle es la única realidad que conocen y la adicción a las drogas los ayuda a sobrellevarlo. Ni siquiera se imaginan que puedan ser dignos de tener otra vida, han asumido que su realidad es ésa y ni te imaginas la rabia que me da —pega un golpe sobre el volante y se le tensa la mandíbula—. Y ya ni te hablo de las mafias...

Las mafias existen porque hay gente que no puede defenderse, y a toda esa gente es precisamente a la que hay que ayudar, pero no sólo con dinero, como me contaba el señor Weinert.

—Hay mucha gente que piensa que esas personas «están en la calle porque quieren», que «tendrían que ponerse a trabajar» o que «son unos vagos» —repito las palabras de muchos de mis seres queridos—, pero vosotros no pensáis así; vosotros les ofrecéis una posibilidad real para que puedan salir de esa situación de pobreza y abandonar la exclusión social en la que están sumidos. Además, contáis con millones de dólares que la gente adinerada dona cada año. Irion, hacéis una gran labor y hay que trabajar en equipo para poder salvarlos, no podéis tirar la toalla. —Me sorprende a mí misma animándolo.

—Aunque yo no la tire, son ellos los que se han dado por vencidos hace mucho tiempo. Las personas pobres tienen un extraño sentimiento de culpa, no confían en nadie, creen que les prometes cosas para aprovecharte de ellos de alguna manera —me explica.

—Es una pena que no se aproveche como es debido ese dinero para

ayudarlos, porque sé a ciencia cierta que se trata de cantidades con las que se podría erradicar, si no del todo, al menos un alto porcentaje de esa situación de exclusión social. —Me fastidia comprobar que todos los millones que donamos a las asociaciones no se estén aprovechando.

—No estás teniendo en cuenta las condiciones sociales, políticas y económicas que influyen en esos procesos. Ese dinero del que tanto hablas no suele llegar a su destino; en la inmensa mayoría de los casos se queda por el camino. —Me sorprende que hable de una manera tan culta; parece como si estuviese leyendo un libro de sociología, en vez de charlando tranquilamente conmigo.

—¿Qué?! —exclamo.

—¡Oh, vamos, no seas ilusa! —se queja—. ¿De dónde crees que salen las mansiones de los políticos?

Intento no explotar, pero esto no va a quedar así. En cuanto llegue a la oficina pienso pedir los balances de cuentas a todas las ONG y asociaciones benéficas a las que entrego dinero. ¡Y como descubra que se ha desviado un solo dólar me van a oír!

Él continúa hablando.

—Otra cosa que tampoco entiendo y que me cabrea muchísimo es por qué esa gente a la que te refieres, los *millonetis*, cargan carteles para defender siempre la vida del criminal. ¿Acaso no piensan en las víctimas inocentes?

Es cierto que en las reuniones de la alta sociedad está muy mal visto que alguien defienda la pena de muerte, el uso de armas u otros temas escabrosos. Para ellos es mejor hablar de la paz en el mundo y no implicarse demasiado en nada.

—Les gustará hacer de abogados del diablo. —Me encojo de hombros, visualizando a mi círculo de amigos.

—Los periodistas venden al condenado como alguien frágil que merece una nueva oportunidad en la vida, que muchas veces ha sido presa de mafias que lo han obligado a delinquir o que la propia sociedad lo ha llevado a

cometer un asesinato. Pero el que asesina es porque quiere hacerlo, nadie obliga a nadie a apretar un puto gatillo.

—Yo lo suelo ver en mi trabajo —le cuento para que no sospeche.

—¿Acaso es más frágil el asesino condenado a cadena perpetua que el hijo asesinado? ¡Vaya mierda de país hipócrita en el que vivimos! —vocifera enojado.

Guardo silencio.

Me asombra que sea un hombre tan sensato, tan comprometido y con las ideas tan claras, porque a simple vista la impresión que da es la de ser un bala perdida que pasa de todo. Me tiene un tanto despistada.

Estamos hablando de temas demasiado delicados para dos personas que se acaban de conocer, pero es que con él todo es muy intenso. Además, me estoy dando cuenta de que la brecha entre nosotros es cada vez más grande. Mi mundo y el suyo son la noche y el día. Pero bueno, al fin y al cabo eso me tendría que dar igual. ¿O no?

Avanzamos por las calles de Century Park y la gente se queda mirando nuestro coche con cara extraña. Irion eleva una sola ceja, mosqueado, cuando una chica nos señala con el dedo riéndose.

—No les hagas caso, tan sólo admiran tu obra de arte —bromeo.

—¡No tienen ni idea! —gruñe.

Se detiene, de repente, en doble fila. Todos los coches que circulan por el mismo carril que nosotros, a los que les ha cortado el paso de forma brusca, comienzan a pitar con violencia, pero él hace caso omiso. Se limita a sacar el brazo por la ventanilla y a indicarles que circulen. Según nos van adelantando, nos van dedicando insultos varios, acompañados de gestos obscenos. ¡En serio, nos van a matar!

—Con un par de huevos, di que sí, justo delante del gran centro comercial —comento atónita.

—Hemos llegado a su destino, Majestad —anuncia risueño, pasando de los demás conductores y apoyando el brazo sobre el respaldo de mi asiento;

resulta que puede hacer esto porque en los coches antiguos dichos respaldos son muy bajos.

Entonces, me vuelvo hacia él para poder mirarlo de frente, pero él ya lo estaba haciendo y, de pronto, me ruborizo como una quinceañera.

No sé explicar lo que es, pero su mirada azul, brillante e inquieta se vincula de alguna manera con la mía y, sin necesidad de palabras, nos transmitimos cosas que he de admitir que me causan cierto bochorno, pues sus ojos me prometen tantas escenas eróticas que hasta me sofoco. ¿O serán imaginaciones mías?

—Gracias por todo, señor Miller, estoy en deuda con usted. —Me obligo a salir de este magnetismo misterioso que se crea entre nosotros.

—Me lo puedes agradecer con un polvo.

¡Y ahí está de nuevo esa faceta suya de cateto total! No sé si se esfuerza demasiado en parecer imbécil o es que lo es de verdad.

Creo que me provoca todo el tiempo para que piense que es un idiota redomado, y tengo mi propia teoría al respecto. Creo que pretende que no descubra lo que me ocultan sus labios, pero es tarde porque ya me lo han confesado sus ojos: le gusto.

—Está bien —le concedo alegremente.

Su mirada azul se torna negra de repente, henchida de lujuria, pues casi con seguridad estará visualizando la tórrida escena de nuestros cuerpos sudorosos.

—Te permito que te hagas una paja pensando en mí. Te la has ganado, chaval —añado, dándole un par de palmaditas en la espalda.

A comentarios idiotas, respuestas idiotas, ¿no?

—Lo siento, llegas tarde. Eso ya es un hecho —suelta tan pancho.

—¡¿Qué?!

Aparece una gran sonrisa blanca invadiendo su rostro, a la que acompañan tres hoyuelos embaucadores: uno a cada lado de sus labios y otro en su barbilla. Cómo odio que sea tan guapo, en serio.

—¡Oh, venga ya! No necesito el permiso de las mujeres con las que me pajeo. Además, estuviste muy bien en mi fantasía: desnuda, mojadita, rasurada... Mmm, qué bien me la chupabas, ojazos —ronronea.

—¡Eres un cerdo asqueroso! —lo interrumpo, saliendo del coche a toda prisa—. Hacía tiempo que no me cruzaba con alguien tan gilipollas —espeto, intentando disimular que me ha excitado imaginarlo en dicha situación.

Entonces suelta una sonora carcajada, echando la cabeza hacia atrás.

—Pues ya que estamos junto al paseo de las estrellas de Hollywood, donde los sueños se hacen realidad, te animo a que sigas soñando, ¡porque será lo único que hagas conmigo, Miller!

Yo cierro la puerta dando un fuerte golpe. Él se asoma para mirarme.

—De los creadores de *Vaya curvas gasta la morena*, *Me pone muy cachondo tu ingenio* y *Cuando te folle, vas a flipar*, llega la película *Me rogarás de rodillas y entonces me voy a negar* —suelta, asomado por mi ventanilla.

Me quedo mirándolo con cara de asesina porque no doy crédito a la suprema estupidez de la que hace gala y él vuelve a reírse, pero esta vez con más ganas.

—Te juro que hacía años que no me reía así —se excusa sin poder parar de reír.

—El próximo día, en el grupo no te reirás tanto —le advierto.

De pronto, siento la imperiosa y absurda necesidad de volver a verlo.

—Lo dudo, no pienso ir. —Ya no lo veo, se ha vuelto a meter en su sitio.

—Si no acudes a la cita, te meterán en prisión, tú mismo. —Ahora soy yo la que se asoma por la ventanilla.

—Apáñatelas, me debes una. —Se encoge de hombros.

Acelera y yo me retiro con rapidez del coche; éste es capaz de atropellarme.

—¡Yo no te deb...!

Se larga, dejándome con la palabra en la boca.

—¡Será capullo! —digo a voz en grito, mientras los viandantes me observan con cara de pánico.

Seguro que piensan que me he escapado de algún manicomio, por mis pintas y no por nada más, que quede esto bien clarito.

10

Mujeres del mundo: Hay tres grandes placeres en la vida: comer con hambre, dormir con sueño y decirle que no a un tío bueno. Esto último es mejor que un maldito orgasmo, creedme.

CAROLINE, *The man-hater*

Aparezco en O'Connor & Co. con mi traje de chaqueta de Dior ennegrecido y hecho jirones, las medias rotas por todas partes, los pies envueltos en bolsas de tela anudadas a mis tobillos, despeinada y llena de cortes. ¡Pero a salvo!

—¡Oh, Dios mío, señorita O'Connor! —La recepcionista sale corriendo de detrás del mostrador para socorrerme.

—Estoy bien, Dasy, tranquila. ¿Puedes llamar a mi padre, por favor?

Me acompaña hasta uno de los sillones e intenta sostenerme por la cintura, pero no se lo permito porque puedo caminar sola.

—Puedo andar, no me pasa nada, Dasy, en serio.

Parece que se calma.

—Su padre ha salido hace un par de horas. Todos la están buscando como locos —me comunica preocupada.

—¿Han traído mi coche ya?

—Sí, tiene las llaves en recepción —me informa.

—Marca el número de alguien y pásame la llamada, me han robado el bolso.

Ella sale corriendo y a los dos segundos vuelve para darme su pinganillo.

—Su padre no contestaba. Es su madre —me explica en voz baja.

Yo pongo los ojos en blanco.

«De todas las personas con las que podría haber contactado, va y llama a la única que no va a resolver nada», pienso.

Me coloco la diadema y el pinganillo a la altura de la oreja, así el micrófono queda pegado a mi boca; ahora mismo soy un clon de Britney Spears, pero en versión mugrienta.

—¿Sí? —Oigo su voz, parece apagada.

—Hola, mamá —la saludo con voz aburrida, aguardando el chaparrón.

—¡¡¡Hola, dice!!! —grita histérica—. Desapareces cuatro horas de la faz de la Tierra en un barrio de asesinos, ¿¿¿y lo único que se te ocurre decirme es «hola»???

—Mamá, me voy a quedar sorda, si me dejas que te lo explique...

—¡No vas a explicarme nada! Últimamente estás muy rara, y...

Cuelgo el pinganillo. Paso de escuchar sus sermones.

—Dasy, marca el número de mi guardaespaldas, por favor.

Enseguida oigo la voz de Kenneth, mi supuesto novio, y no puedo evitar sonreír al pensarlo.

—Dígame, señor O'Connor, ¿se sabe algo? —Suena muy preocupado y al instante me siento fatal.

—Kenneth, soy yo.

Se hace el silencio.

—¡Te odio, maldita seas una y mil veces! —me grita compungido. Yo diría que incluso parece que está llorando, pero seguro que son imaginaciones mías.

Su, para mi gusto, extraexagerada reacción, me deja muda por completo.

Gracias al cielo, no tarda en recomponerse y añade:

—Voy a buscarla.

—Tengo mi coche aquí —le rebato.

—He dicho que voy a buscarla —insiste.

—¡Y yo he dicho que tengo mi coche aquí!

Le cuelgo, demasiado sorprendida por su reacción. Pretendía que viniese a

buscarme, pero ya no quiero ni verlo. En cuanto llegue a casa se va a enterar, a mí no puede hablarme así, por muy mal que lo haya pasado buscándome. Es un simple empleado, ¿de qué va?

—Dasy, ¿me haces un favor? —le pregunto.

—Claro, lo que sea —se apresura a contestar la recepcionista.

—Llama a Succo y que me envíe un conjunto de pantalón, camisa y chaqueta al despacho, también ropa interior. Dile que lo quiero en menos de media hora, me da igual cómo lo consiga. No puedo ir de esta guisa por la calle.

—De acuerdo, señorita O'Connor; ¿algo más?

—¡Sí, zapatos!

Subo por el ascensor hasta la quinta planta, que es donde se encuentra mi despacho. John está sentado tras su mesa, para variar. Cuando me ve aparecer casi sufre un infarto.

Se debe de asustar bastante, porque el hecho de que se levante de su puesto de trabajo no es habitual. Se acerca hasta mí con cautela, observándome boquiabierto.

—¿De dónde vienes, Zoe? ¿Te has peleado con alguien? ¿Estás bien? —pregunta asustado.

—Vengo del inframundo y no estoy segura de estar bien —respondo—. De lo que sí que estoy segura es de que no quiero hablar del tema. Y por aquí, ¿alguna novedad, aparte de que no has salido a tu hora? —lo regaño, mirando mi reloj, que marca las siete.

—No iba a marcharme sin saber dónde estabas; he aprovechado para actualizar algunos balances atrasados.

—Pues por hacer eso, el lunes vas a librar y no hay peros que valgan.

—Zoe, sabes que no tengo nada mejor que hacer que estar aquí —me increpa molesto.

—No he visto a nadie que no quiera días libres, en serio, eres muy raro.

—Todos me dicen lo mismo, pero es que no sé qué hacer con mi tiempo

libre. Y, además, después de un fin de semana, no me obligues a coger el día, por favor —suplica.

Lo miro con cara de pena, no puedo creer que un chico tan guapo, educado, joven y con un gran sueldo no sepa qué hacer con su vida en un día libre.

—¿Y qué haces el fin de semana? —pregunto intrigada.

—Preparo el trabajo del lunes.

—¡Oh, Dios mío! —Me llevo una mano a la frente—. Esto es peor de lo que imaginaba, así que mañana vas a aprender lo que significa pasárselo bien.

—¿A qué te refieres?

—Ya lo verás.

Camino hasta mi despacho y, una vez allí, intento no tocar nada para no ensuciar. Al momento, llaman a la puerta; se trata de Dasy, que me sube la ropa que he encargado. Este Succo se ha superado a sí mismo: ha tardado cinco minutos y, aunque no es lo que le había pedido, me gusta; por eso confío en él a la hora de comprar ropa. Lo habrá encargado en Westfield, supongo.

—Gracias, Dasy.

—Si desea algo más, ya sabe dónde encontrarme —contesta pizpireta antes de marcharse.

Me desvisto con muchas ganas, metiendo en una bolsa de basura todo lo que llevaba puesto y cerrándola bien para que lo tiren las chicas de la limpieza después. Entro en mi baño y me doy una ducha rápida, aunque lo bastante reconfortante como para aliviar mi malestar y calmar mis nervios.

* * *

Salgo de mi despacho siendo otra persona. El mono de seda de color caramelo que ha seleccionado Succo es perfecto: lleva un cinturón ancho de pedrería verde y los zapatos peep toe a juego con el cinturón. Me miro

orgullosa en el espejo: mi larga melena morena reluce como el ébano y, afortunadamente, el golpe que me ha dado ese malnacido en la cara ya no se nota, gracias al maquillaje. Vuelvo a sentirme poderosa.

Estoy plantada delante del ascensor, esperando a que suba para poder marcharme a casa. Suena la campanilla que indica que ha llegado, se abren sus puertas y aparece Emily dentro, que se abalanza sobre mí, medio llorando.

—¡Ay, por Dios, Zoe! ¡Qué miedo he pasado! ¡Todo esto ha sido por mi culpa! ¡Creí que te habían secuestrado! —Habla de manera atropellada.

—Emily, no seas tonta, no me ha ocurrido nada, me han robado el bolso, eso es todo.

Nadie ha visto las pintas con las que he llegado, sólo John, que no habla con nadie, y Dasy, a la que pienso sobornar para que no abra la boca.

—¿Por qué has dicho que me habían secuestrado, Emily? —pregunto intrigada. Es imposible que lo sepa.

—Los chicos de marketing que han ido a grabar la sesión para hacer el reportaje han dicho que había tiros en el barrio. Se han marchado de allí nada más llegar y han llamado a la policía. No han podido acceder al albergue — me explica muy apurada, sin soltar mis manos.

Yo entro en el ascensor, soltándome de su sujeción. Ella me sigue en silencio. Necesito irme a casa cuanto antes.

Tomo aire. Miro las brillantes paredes plateadas del ascensor mientras pienso en alguna excusa que inventarme.

—Es cierto que he oído tiros lejanos, pero afortunadamente yo ya estaba dentro del albergue y no me ha sucedido nada. Una vez allí, he decidido ayudar a esa pobre gente, porque me ha dado mucha pena su situación, eso es todo. El único error que he cometido ha sido no ponerme en contacto con nadie para avisar de que estaba bien —le explico.

Me observa con los ojos entornados y sé que no me cree.

—Me parece una reacción muy extraña para que sólo haya sido un simple

robo de bolso. En el albergue hay teléfonos y hay gente con móvil, podrías haber llamado a la empresa, al menos para que no nos preocupásemos. No te imaginas cómo está tu padre de preocupado, Zoe —insiste.

Agacho la cabeza, asumiendo mi culpa.

—Tienes razón, Emily, pero se me ha pasado el tiempo tan rápido que ni me he dado cuenta. No te preocupes, que lo primero que haré será ir a pedirle disculpas.

—Creo que necesitarás mucho más que eso —me aconseja.

Salimos del ascensor en la planta baja y nos despedimos hasta el lunes, pues hoy es viernes y el fin de semana no trabajamos.

Antes de marcharme me acerco a la recepción para pedirle a Dasy que llame al banco y que cancelen todas mis tarjetas de crédito. También que llame a la compañía telefónica para cancelar la tarjeta de mi móvil. Además, le ofrezco una suculenta paga extra este mes si se mantiene calladita y no cuenta a nadie lo que ha visto. Ella abre los ojos de manera desorbitada y pregunta alegremente:

—¿Qué ha ocurrido? Yo no he visto nada, usted venía vestida tal cual va ahora. —Me guiña un ojo mientras me da las llaves de mi coche.

—Así me gusta. Hasta el lunes, guapa.

—Buen fin de semana —exclama entre risillas.

Me dirijo hasta el parking para comprobar que, en efecto, me han traído mi Lamborghini, supongo que ya estará arreglado. No he terminado de subirme en él cuando lo cierro a cal y canto. Aunque hay seguridad en el parking, ahora no puedo evitar sentir miedo. Acaricio la tapicería con placer y me acomodo en el asiento, degustando su confort. Después de haber viajado en una máquina del tiempo roñosa, esto me parece un auténtico prodigio de la ciencia.

Acelero y enseguida me sumo a la circulación de la ciudad.

* * *

Cuando llego a casa ya es de noche. Aparco y subo desde el garaje.

Lo primero que sucede en cuanto abro la puerta es que Marcia corre a mis brazos como si le fuera la vida en ello, llorando como una desquiciada, con hipos y gemidos incluidos.

—¡Ay, Virgencita Milagrosa, gracias por devolverme a mi niña sana y salva! —Agradece a los cielos de una manera demasiado exagerada, mientras se santigua y me da millones de besos en la cara.

—Marcia, por favor. —Intento separarla de mí, pero no lo consigo.

Enseguida descubro a su espalda a mi madre y a mi padre en pie, junto al sofá. Marcia por fin me deja respirar, pero me mira con el ceño fruncido; seguro que se ha dado cuenta de que no llevo la misma ropa con la que he salido esta mañana. No se le escapa una, me recuerda al sabueso de Sherlock Holmes, sólo espero que no comente nada al respecto delante de mis padres. Pero de pronto desaparece, lo que me viene de perlas.

Me acerco a ellos, que me observan con desdén. Veo que los ojos de mi padre están enrojecidos e hinchados; en ellos todavía quedan resquicios de lágrimas. Se me parte el corazón al ver al gran empresario destrozado, sólo me entran ganas de abrazarlo, pero tengo la impresión de que no va a aceptar mi abrazo. Mi madre, sin embargo, está más fresca que una rosa.

—Papá, siento mucho el susto que te has llevado —mi voz suena algo ronca, cargada de culpa—, pero me han robado el móvil y no he podido llamar, luego me he entretenido dando la comida a esa pobre gente y se me ha olvidado por completo. No pensaba que os fueseis a preocupar tanto, yo...

Trato de no llorar, pero tengo un nudo en la garganta.

—¿No pensabas que nos fuésemos a preocupar tanto?! —ruge, interrumpiéndome. Mi padre es un hombre apacible que muy pocas veces se enfada, pero cuando lo hace tiemblan los cimientos de la ciudad. Toma aire para continuar hablando—. En primer lugar, has llamado a tu guardaespaldas para avisarlo de que ya ibas hacia el lugar, sin esperar a que peinasen la zona

ni te escoltasen, que es justo para lo que pagamos a tu equipo de seguridad. Aceptamos que no te acompañase al trabajo cada día porque prometiste que, en cuanto te dirigieses a otro sitio, lo llamarías. Primera falta grave. En segundo lugar, has entrado en un sitio potencialmente peligroso sola, deduzco que ha sido allí donde te han robado el móvil, y gracias al cielo que sólo te han hecho eso. ¡Joder, Zoe, en ese barrio matan a gente por respirar! ¿En qué diablos estabas pensando? Segunda falta gravísima. Y, en tercer lugar, no has avisado a nadie de que estabas bien, cuando la misma policía ha sido alertada de que había un tiroteo en el albergue. ¿Puedes hacerte una ligera idea de cómo nos sentimos tu madre y yo? ¿Puedes pensar alguna vez en los demás? Kenneth te ha estado buscando por todo el barrio y ha recibido un tiro en la rodilla, no le han abierto las puertas del albergue por mucho que ha llamado y por eso hemos deducido que hoy no estaba abierto. Sólo de pensar en lo que te podría... —Se interrumpe para tomar asiento en el sofá porque rompe a llorar y no es capaz de continuar.

Mi madre se sienta a su lado para pasarle un brazo por la espalda y yo, que también llevo un rato llorando, aun a riesgo de que me rechace, corro a abrazarlo.

Me acurruco entre sus brazos y él me aprieta fuerte contra su pecho.

—Creí que habías muerto —afirma sollozando.

—Papá, por favor, perdóname, sé que no vas a creerme, pero te demostraré que puedes confiar en mí de nuevo, permitiré que Kenneth me acompañe a todos los sitios y...

—Lo he despedido —me dice.

—¿Qué? ¿Por qué? —Me separo de él, esperando una explicación.

—Hija, en estos últimos días ha fallado varias veces y no nos podemos permitir más errores, el siguiente podría ser fatídico —me aclara mi madre.

—¡De eso nada! —me quejo—. Él sólo cumple órdenes, soy yo la culpable, castigadme a mí, él no lo merece.

—Ya está decidido.

—Pues me niego —no me gusta que se metan siempre en mis cosas—, es mi empleado.

Los dos me observan, no creo que sea momento de ponerme en este plan, pero es terriblemente injusto lo que han hecho con él. Ahora comprendo su reacción de antes.

—Kenneth es un profesional insuperable, pongo la mano en el fuego por él. Me comprometo a no volver a obstaculizar su trabajo, se merece otra oportunidad, no es justo que pague él por mis errores. Os demostraré que no hay mejor guardaespaldas en todo Estados Unidos.

—¿Y qué nos ofreces a cambio? —pregunta mi madre cual zorra astuta que es.

—¿Qué es lo que queréis? —Miedo me da esta mujer, es infalible negociando.

—Que aceptes la propuesta de matrimonio de Richard. —Ni siquiera me sorprende que me lo pida—. Una vez que formes una familia estarás más asentada y serena, no tendrás tantas oportunidades de que te sucedan este tipo de cosas malas, como cuando sales de fiesta —expone mi madre.

—¿Te refieres a serena y asentada como tú? —La provocho, jugando la baza del desvío de tema, pues ella es todo menos serena y asentada.

Ella mira hacia otro sitio altanera; no le interesa ahora entrar en nada más que no sea el negocio que se trae entre manos.

Yo ni loca pienso casarme con ese estirado, pero ahora mismo mi mayor prioridad es que Kenneth permanezca en casa. Ya tendré tiempo de rebelarme contra el matrimonio, tengo muchos ases guardados en la manga para ello.

—Vale —acepto.

Ella abre los ojos de manera desorbitada y un amago de sonrisa asoma a sus labios.

—¿Cómo que «vale»? —pregunta mi madre todavía reticente. Ambos me observan con incredulidad—. Llevas negándote durante años, tantos que no

entiendo cómo el pobre muchacho sigue esperándote; ¿y ahora, de repente, cambias de idea? ¿Sin más?

—Zoe, piénsalo bien, porque una vez que anunciemos nuestro compromiso no podrás dejarnos en evidencia y cancelar la boda, somos muy amigos de su familia. —Mi padre me conoce mejor que ella.

Y ahora ¿qué?

—¿Puedo pensarlo? —pregunto.

—¡De eso nada! —salta mi madre como una astilla—. Has dicho que sí, de lo contrario ese guardaespaldas ya se puede ir buscando otro trabajo —amenaza.

—Ashley... —la reprende mi padre con tono severo.

—No, Brandon, no necesita pensar nada, lleva pensándolo diez años y el muchacho al final va a elegir a otra.

—¿Y qué pasa, que sólo existe él en el mundo? —protesto.

—Que sea de buena familia y te soporte sí —contesta ella—. Además, vas a cumplir los treinta, y de todos es sabido que a esa edad ya sólo queda lo que nadie ha querido.

Mi padre y yo soltamos un bufido de incredulidad. Da igual que viva en la ciudad más moderna del mundo o en una granja, da igual que sea millonaria o pobre, porque sus pensamientos arcaicos y machistas no van a cambiar nunca.

—Eso era en tu época, mamá, hoy en día ser mujer con estudios, soltera, empresaria e independiente implica poder, nada que ver con ser una fracasada. Casarse con alguien a quien no amas sí que es un fracaso —la contrarío.

—Querida, él te ama, cada vez que te mira le brillan los ojos. —Me intenta convencer.

—¡Pero yo a él no, mamá!

—Aprenderás a quererlo, Zoe. El roce hace el cariño y con los años vas aprendiendo a apreciar otras cosas en un hombre, no sólo la atracción física.

—Tú te casaste enamorada de papá —le recuerdo.

—¡Oh! Pues ahí tienes el claro ejemplo de que eso no siempre funciona, ahora pasan semanas enteras sin que nos veamos ni hablemos.

Mi padre pone los ojos en blanco.

—Porque no te soportas ni tú misma —le dice—. Antes aguantaba tus tonterías, pero ya no tengo ganas de hacerlo.

—¿Ves a lo que me refiero? —Lo señala indignada.

Y así es como los dos se sumergen en sus discusiones habituales, que consisten, básicamente, en comentarios como «ya no me quieres», «pues si eso piensas, vete y déjame en paz», cosa que me viene de perlas porque así me dejan a mí tranquila.

Mi estómago comienza a sonar cada vez más fuerte. Ya lleva haciéndolo desde hace un rato, pero ahora es de manera constante porque estoy hambrienta.

—¿Os vais a quedar a cenar? Porque yo me muero de hambre —les pregunto.

—¡Pues claro! Tenemos que hablar sobre los preparativos de la boda —festeja mi madre—. ¡Vamos, Zoe, abre una botella del mejor champán que tengas!

—De eso nada, mañana vamos a salir a navegar con el yate y no me quiero acostar tarde. Si te quedas, te vuelves en taxi —la contradice mi padre.

Ella duda por un instante. Mi padre sabe de sobra que odia los taxis y ella sabe que él lo sabe, así que decido asestarle la estocada final.

—Mamá, yo también estoy muy cansada. —Hago como que bostezo—. Ya hablaremos de la boda en otra ocasión, ¿de acuerdo?

Alucina si cree que me voy a casar con Richard, pero déjala que sueñe un poco, que no le vendrá mal.

—No pienses que vas a salirte con la tuya, quiero ser una abuela joven. Sólo de escuchar la palabra *abuela* me entra urticaria.

—No te pases —le advierto.

—En septiembre te casas, ve haciéndote a la idea. Hay un clima perfecto para llevar un buen vestido de novia.

—Lo que tú digas. —Paso de discutir más tiempo.

Los acompaño hasta la salida y por fin se marchan.

Continúo apoyada en la puerta para tratar de asimilar lo que ha sucedido, y no me refiero a lo sucedido ahora mismo, sino durante todo el maldito día.

—Parece que no ha sido para tanto, ¿no? —Kim baja por la escalera con el pijama puesto y sus zapatillas de peluche de unicornios, muy sonriente—. Al final siempre consigues embaucar a todos y evitar la regañina. Si hubiera sido yo, me habrían desheredado por enésima vez —me reprocha. Cuando llega a mi altura me abraza muy fuerte—. ¡Qué susto me has dado, hermanita!

—O sea, ¿que aceptar casarme con un hombre al que detesto es salirme con la mía? —le pregunto.

Nos dirigimos hacia la cocina. Ella todavía me sujeta por la cintura, se nota que ha estado preocupada.

—No dramatices, todos sabemos que no has aceptado nada, papá siempre te echa un cable.

—¿Y tú qué hacías escuchando conversaciones privadas de los demás? —pregunto, mientras nos sentamos en los taburetes.

—¿Bromeas? Aquí se ha liado un revuelo que ni te imaginas. El único que no se ha enterado de tu desaparición ha sido el presidente del gobierno y, aun así, lo dudo. Me moría por saber qué había ocurrido, pero ya veo que no has soltado prenda, así que ahora tengo más intriga.

Marcia aparece a nuestro lado.

—Cuéntanos por qué llevas otra ropa distinta, lo que les has dicho a tus padres no nos convence —me exige con ojos acusadores.

—¿Estabais escuchando las dos? —pregunto anonadada—. Pues ahora no os lo pienso contar, por cotillas.

—En realidad, hemos escuchado poco.

Ellas se parten de risa.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Es que estábamos escondidas en lo alto de la escalera, pero cuando mamá ha dicho que quería ser abuela, casi morimos de risa, hemos tenido que salir corriendo hacia la habitación para que no nos descubrieseis y Marcia, con tantas prisas, ha tropezado y se ha estampado contra el suelo —me cuentan entre carcajadas—. ¡Parecía un barril de vino rodando!

Las dos lloran a carcajada limpia y terminan por contagiarme.

—No tenéis remedio —digo entre risas. Ellas creen que la versión del robo es cierta, por eso están tan tranquilas, y es mejor que sigan así.

Katty nos sirve la cena y la devoro.

—Estás muerta de hambre, ahora sí que quiero que me cuentes por qué no has tenido tiempo ni de comer —alega mi hermana.

—Ya os lo contaré —le respondo, aunque no pienso hacerlo, por supuesto.

—¿Y después irás a buscar a mi Kenneth? ¡Por favor! —me pide Kim con ojos de cachorrillo penitente—. No veas lo mal que lo ha tratado papá. El pobre venía sangrando y nuestro padre lo único que ha hecho ha sido darle voces.

No tengo fuerzas ni de arrepentirme, ni de reflexionar cómo pensaba ir a buscarme a la oficina si estaba herido y no podía conducir. Necesito descansar.

—Iré mañana a buscarlo, ya he tenido demasiadas emociones por hoy. Ni siquiera voy a pensar por qué lo llamas «mi» Kenneth.

Esa noche sueño con dos ojos índigo que me salvan la vida.

Hombres del mundo: Si creéis que podéis ser mejores que yo, subíos a mis tacones y luego hablamos.

CAROLINE, *The man-hater*

Me encantan los fines de semana. Entre otras cosas, porque estos dos días me suelo levantar sobre las doce, aun padeciendo insomnio, y así recargo las pilas para el resto de la semana.

Lo primero en lo que pienso nada más abrir los ojos es en que necesito un móvil para llamar a John y a Kenneth.

Antes de cumplir con mis ritos diarios, es decir, salir a correr y asistir a mis clases privadas de yoga, bajo al salón para que Marcia me preste su móvil. Me lo lanza desde lo alto de la escalera donde está subida haciendo algo, no entiendo qué.

Busco el nombre de Succo en la agenda de direcciones y pulso la opción de llamada. Éste es un teléfono de trabajo, por eso Marcia tiene todos mis contactos sincronizados en su tarjeta, para situaciones como ésta. He de añadir que, aunque se trate de un teléfono únicamente destinado al trabajo, las eternas conversaciones que mantiene con su madre y hermanas desde Brasil también las pago yo. Es lo que tiene ser mi consentida.

—¡Hola, Marcia, reina! —La *happy flower* voz de mi personal shopper, Succo, saluda al otro lado de la línea.

—No soy Marcia, soy yo.

—¡Ay, mi diosa, qué alegría saber de ti! —exclama con esa exagerada

pluma suya que no le permite ser un hombre aburrido—. ¿Cómo te sentaba el mono de ayer? ¿A que era divino? ¡Me tendrías que haber mandado una foto, *cuqui*! ¡Tu cuerpo enfundado en esa prenda debía de ser todo un escándalo!

Yo pongo los ojos en blanco. Es un adulator nato.

—Acertaste de pleno, ya sabes que eres el mejor, no hace falta que te haga la pelota —le indico risueña—. Por eso trabajas para mí.

—No lo dudes.

—Necesito un móvil ya mismo, Succo, me han robado el mío. ¡Ah! y pide un duplicado de tarjeta a la compañía, por favor, Sé que no es tu cometido, pero es que no tengo tiempo de hacer nada hoy.

—¡Dios mío! ¿Y tenías muchas cosas importantes guardadas en tu móvil? Eso puede valer millones —afirma lloriqueando.

—Sólo un par de fotos desnuda —bromeo.

—¡Oh, *My God*, nena!

—¡Es broma! Todos los dispositivos de la familia disponen de sensores ópticos, por lo que no se encienden a no ser que te saquen los ojos para ello —le informo.

—Qué peso me quitas de encima. —Respira aliviado—. Acabo de encontrar el móvil ideal para ti, *cuqui*. Se trata de un caprichito de ciento veinte mil dólares, sólo lo tienen noventa personas en el mundo, por lo que no te vas a encontrar con otro repetido. De última generación, tienes de todo para manejar tu casa domótica desde la pantalla; además, es de oro blanco, lleva cuarenta y seis perlas naturales y mil seiscientos diamantes tallados a mano. ¡Te presento al maravilloso e increíble Dior Reveries Haute Couture! Qué me dices, ¿lo compro?

¡Me fascina!

—¿Lo tendrías para ayer?

—En una hora lo tendrás en casa, con todos tus contactos y los rollos esos de los sensores ópticos.

—¿Una hora? —pregunto intrigada. Si es algo tan exclusivo, imagino que

no lo tendrán dispuesto para el que lo quiera en cualquier momento, aunque también supongo que Succo mueve sus hilos de manera muy eficaz y que si me lo ha ofrecido es porque sabe de antemano que lo puede conseguir; para eso le pago tanto.

—Si no tuviese que mandarlo para hacerle la tontería esa del sensor óptico en la empresa de tu padre, tardaría sólo diez minutos, reina —se queja—. Mientras estaba hablando contigo he escrito al jefe de informática, que está de guardia hoy en O’Connor & Co. y me ha respondido que tardaría media hora en programártelo.

Entonces, en medio de mi emoción por tener tal joya entre las manos, se me enciende la bombilla. Una bombilla de color rojo.

«Con semejante móvil no va a colar que soy una mujer de clase media», me dice la maldita bombilla.

Otra voz también resuena en mi mente: «¿No me digas que te vas a quedar sin ese maravilloso móvil sólo por fingir algo que no eres delante de un mendrugo que te importa un pepino y al que puede que no vuelvas a ver en tu vida?».

Cierro los ojos. Medito. Me enojo conmigo misma y mi estupidez.

Inspiro.

Espiro.

Abro los ojos.

—Perdona, Succo, no puedo. Cómprame uno más normalito, un iPhone de esos que lleva la gente normal.

Él permanece en silencio, imagino su cara de confusión, y termina añadiendo al cabo de un rato:

—¿Y se puede saber desde cuándo tú eres gente normal? —Está bastante enojado. Apuesto a que ya lo había comprado.

—Es una historia muy larga de contar, pero haz lo que te he dicho y mándamelo cuanto antes. Un beso, *amore*. —Lo llamo así porque él es italiano.

—Como quieras. *Ciao, bella!* —se despide con un tono enojado.

Ahora sí, salgo a correr por la playa, y al regresar ya está esperándome Amul, mi profesor de yoga, en el gimnasio. Está situado en la planta baja para que admiremos el mar desde el gran ventanal que delimita la estancia con el garaje. Mi monitor es de origen indio, tiene unos treinta años e inspira paz por cada poro de su piel.

—*Namasté* —me saluda, juntando ambas manos y bajando la cabeza.

Yo lo imito y me sitúo en mi sitio de siempre, frente a él, para comenzar con el saludo al sol y alimentar mis chakras. Al principio me costó mucho concentrarme en todo lo que implica esta disciplina, pero hoy en día no podría vivir sin mis clases de yoga, porque regeneran mi karma y justo hoy necesito ración doble de dicha restauración.

* * *

Cuando Amul se marcha me dirijo hacia la primera planta, al baño de mi habitación, para darme una ducha, y salgo renovada. Me pongo un vestido cortito, de gasa, rojo, con unos zapatos de tacón del mismo color. Hoy me siento guerrera y dicen que éste es el color de la guerra, ¿no? Me maquillo un poco y estoy lista.

Bajo a comer y allí están mi hermana, Marcia y Katty, arremolinadas sobre la encimera de la cocina, mirando algo y charlando alegremente sobre el último de una telenovela venezolana a la que se acaban de enganchar. Por lo visto, el protagonista, cada vez que discute con la chica, saca una guitarra y se pone a cantar; entonces a ella se le pasa el enfado y lo perdona. Cutre no, lo siguiente.

—No me extraña que lo perdone siempre, es que, con ese pedazo de guitarra, ¡como para no perdonar al muchacho! —bromea mi hermana, todavía en pijama.

Descubro, según me acerco a ellas, que lo que están mirando es la pantalla

de un móvil.

—Ay, si me cantase a mí semejante chamaco... —comenta Katty soñadora, poniendo ojos de enamorada.

—No seáis egoístas, vosotras todavía sois jóvenes y hermosas. ¡Yo soy la que más se merece un buen guitarrazo! —replica Marcia, y las tres se mondan de risa.

—Creo que hace rato que no habláis de guitarras, ¿me equivoco? —Las asusto al aparecer de pronto entre ellas y dan un brinco las tres, cosa que me sorprende, ya que he hecho bastante ruido al andar con los tacones; pero estaban tan absortas mirando al hombre de la gran guitarra que ni siquiera hubiesen oído llegar a una banda de música.

Katty se pone roja como un tomate y sale disparada hacia los fogones para que no la vea. Mi hermana se troncha de risa y Marcia planta su móvil delante de mis ojos para enseñarme una de las fotos del hombre al que estaban venerando.

—Mira, Zoe, te presento a mi futuro marido —me informa. Veo la imagen de un hombre musculoso en ropa interior—. Y justo ahí puedes ver su guitarra. —Hace zoom en la entrepierna del hombre y, efectivamente, ahí está la gran guitarra, bien marcada—. En esta foto, como puedes comprobar, la carga hacia la izquierda.

Mi hermana y ella se miran y estallan a reír.

—¡Sois unas pervertidas! —Me termino riendo yo también, contagiada.

—¿A que está bueno? —pregunta Kim—. La serie no tiene ni pies ni cabeza, pero la vemos sólo por él. El argumento es bastante simple: trata de que ellos se enfadan continuamente, pero enseguida hacen las paces porque él le canta una canción. En todos los capítulos pasa lo mismo, pero nos da igual; ¡todas estamos deseando que cante!

—Pero ¿tan bien canta? —pregunto extrañada.

—¡No seas ingenua, Zoe! ¡Es que para cantar se quita la camiseta! —me explica Marcia.

Y de nuevo nos reímos todas por lo absurdo de la telenovela. En serio, están para que las encierren en un centro de desintoxicación sexual.

—Oye, ¿se puede saber adónde vas así de arrebatadora? Porque si tratas de convencer a mi Ken por medio de tus encantos físicos, llegas tarde. —Kim me guiña un ojo.

Marcia le echa una mirada asesina.

—¿¿¿¿¿Qué estás insinuando???! —le pregunto, temiéndome lo peor.

Mi hermana asiente tan pancha.

—¿Y tú lo has permitido?! —Miro a Marcia con reproche.

Ella levanta las manos en señal de inocencia.

—Yo cuando los vi ya estaba todo hecho —se excusa—. ¡Y bien hecho!

Mi cerebro echa humo. Esta nueva situación no me gusta nada.

—Pero ¿tú no estabas comprometida? —le reprocho a mi hermana.

—Sólo en Europa, si estoy en otro continente no se aplican las mismas leyes —suelta la desvergonzada.

—No tengo tiempo para esto, Kim. Vístete, no puedes andar todo el día en pijama. Te vienes conmigo. —Me acabo de dar cuenta de que, si se han liado, me resultará mucho más fácil convencer a Kenneth de que vuelva si la uso de señuelo.

—¿Adónde vamos? —pregunta.

—Da igual, no puedes estar todo el día en pijama sin salir de casa, que hueles a rata muerta; date prisa.

Sube a regañadientes hacia su cuarto y, mientras tanto, un mensajero me trae mi móvil nuevo. Lo programo con mi pupila, como me explicaron en la última ocasión, y en unos minutos está listo para usar, con mis contactos copiados y todo lo demás en orden. Bien, un problema menos.

Mando un wasap a mis padres para que sepan que ya estoy operativa de nuevo, con el mismo número de siempre.

Hago una llamada.

—¿Sí?

—¿Cómo que sí? ¿Es que no te sale mi número? —le contesto a John.

—¡¿Zoe?! —pregunta intrigado.

—Son las cuatro de la tarde, a las siete voy a buscarte a tu casa y quiero que estés preparado para ir a pasarlo bien.

—No me apet...

Le cuelgo.

* * *

Mi hermana baja ataviada con un vestido de color verde esmeralda tipo cóctel y unos taconazos dorados. Parece que vaya a asistir a una boda.

—Ese vestido es mío, no me has pedido permiso para ponértelo. —He de admitir que le sienta mejor que a mí, pero sigue siendo mío.

—¡Oh, vamos, Zoe! Las peleas por la ropa ya las superamos hace tiempo; yo sólo he traído vaqueros y ropa cómoda, no pienso ir a tu lado como tu hermana la pobre —alega.

—Da gracias a que mi cabeza está dando vueltas al asunto de convencer a Kenneth para que vuelva y no quiero distraerme con otras cosas, de lo contrario, irías arriba a cambiarte ahora mismo —protesto.

—¡Qué generosa! —se mofa—. Tienes un inmenso vestidor repleto de ropa y zapatos, no creo que te vayas a morir por prestarme uno.

—¡Cómprate tus cosas! Siempre me destrozas todo lo que te pones. —Le recuerdo un par de ocasiones en que mi ropa fue directa a la basura gracias a sus borracheras.

—Ésos eran otros tiempos —se defiende—. He madurado.

Suelto un bufido seguido de una risa sardónica.

—Venga, vamos. —No pienso continuar discutiendo, es una batalla perdida.

Bajamos al garaje y se me hace extraño no tener vigilancia. Espero que mi padre tarde varios días en contratar un nuevo servicio de guardaespaldas, así

disfrutaré de algo de libertad. Sé que debería tener miedo por lo que me sucedió ayer, pero no lo tengo, estoy segura de que eso fue por estar en un sitio peligroso, aquí nunca ocurre nada.

—¡Uau, Zoe, este coche es una auténtica pasada! —exclama Kim alucinada mientras recorremos las autopistas a toda velocidad.

Una hora más tarde, nos hallamos en Allied Barton. Se trata de una especie de academia para guardaespaldas profesionales, es la empresa más importante de Estados Unidos en cuanto a seguridad se refiere y una de sus sedes se encuentra aquí, en Los Ángeles.

La señorita que trabaja en la recepción nos informa de que el director sólo atiende con cita previa y nosotras no disponemos de una.

—Querida —le respondo con el mismo tono hipócrita con el que me ha tratado ella a mí—, soy Zoe O'Connor, la hija de Brandon O'Connor, el dueño de O'Connor & Co. —repito varias veces mi apellido a propósito para que se quede blanca—, y creo que a tu jefe no le va a hacer ninguna gracia que su mejor cliente le ponga una queja por tu culpa, así que haz el favor de avisarlo de que quiero hablar con él ¡ya!

Ella cambia la actitud al instante, ahora es sumisa y servicial. Mi hermana me observa orgullosa.

—Perdóneme, señorita O'Connor, ahora mismo lo localizo —se disculpa la temblorosa, a la par que solícita, chica del mostrador.

El director se presenta enseguida en el recibidor. Es un hombre de mediana edad, debe de haber cumplido los cincuenta años, tiene el pelo grisáceo y ojos castaños, y va vestido con un impoluto traje de chaqueta gris y corbata azul.

—¡Señorita O'Connor! —Saluda a mi hermana de manera efusiva, pero respetuosa.

Ella no se corta y lo saluda también, pues en realidad responde también a ese nombre. Cuando le doy la mano después, le explico:

—La señorita O'Connor que quiere hablar con usted soy yo, ella es mi

hermana pequeña.

—¡Oh! Disculpe, tenía un cincuenta por ciento de probabilidades de acertar y he arriesgado —bromea.

—No se preocupe, soy Zoe O’Connor —me presento.

—Gere Fitzgerald, para servirla. ¿En qué puedo ayudarla?

—Se trata de un tema un tanto delicado, me gustaría hablarlo con usted en privado —sugiero.

—Por supuesto, acompáñenme a mi despacho. —Señala una puerta marrón que tenemos enfrente.

—He dicho «en privado» —recalco mirando a Kim, que ya iba directa hacia dicha puerta.

Ella frunce el ceño bastante molesta, pero termina pasando a la sala de espera para sentarse en un chéster de cuero marrón a regañadientes.

El señor Fitzgerald me acompaña y, una vez dentro de su despacho, cierra la puerta. Negociamos el asunto durante un buen rato y, media hora después, nos despedimos. Me desea suerte y espera que no me vea obligada a volver a visitarlo de nuevo, al menos no con el mismo problema. También me facilita su número de teléfono personal para que no ocurran más incidentes con la recepcionista.

* * *

Kim y yo nos dirigimos en mi coche hacia el Ronald Reagan UCLA Medical Center, que es donde me ha informado el señor Fitzgerald que se encuentra ingresado Kenneth. Parece que mi hermana está molesta conmigo por haberla dejado fuera, pero en cuanto pongo la radio y suena la canción *Run the World (Girls)* de Beyoncé se le pasa. Y es que a las dos nos encantan sus canciones. No hace tanto que nos montábamos nuestras propias coreografías en casa y no tenían nada que envidiar a las de la gran diva, o al menos eso creíamos nosotras cuando lo dábamos todo.

—¡Qué recuerdos! ¿Eh, Zoe? —Kim me da golpecitos en el brazo con la mano en cuanto entramos en el campus de la universidad.

—¡Oh, sí! ¿Qué habrá sido de aquellos maravillosos años de locura y desenfreno? Cada rincón de este sitio me recuerda lo vieja que soy —me lamento mientras atravesamos los jardines.

Aparco.

—Pues no seas tan muermo y disfruta un poco más de la vida —me sugiere.

—Sí, eso es fácil decirlo cuando no tienes preocupaciones. Ahora mismo me dirijo a solucionar una de mis cagadas, mira cómo disfruto de la vida. — Señalo la carpeta llena de documentos que llevo entre los brazos y ella se ríe.

Entramos en el impresionante hospital en el que murió Michael Jackson para dirigirnos hacia la habitación número mil ciento dos, donde nos han informado que se encuentra ingresado mi, hasta ayer, guardaespaldas.

Llamamos a la puerta, pero nadie contesta. Nos miramos la una a la otra, me encojo de hombros y la abro sin más. Kim alucina. Que me detengan.

Entramos en una pequeña habitación privada. Hay una ventana con rejas, un sillón, una mesa, un baño, todo es de color blanco, y en el centro de la estancia, una camilla enorme donde se encuentra Kenneth dormido. Tiene toda la pierna escayolada, hasta el muslo, y su rostro refleja una paz que hasta ahora desconocía en él.

—Joder, qué guapo es —susurra mi hermana.

Él abre los ojos levemente y se encuentra de frente conmigo, lo que provoca que los abra de golpe y dé un brinco para, acto seguido, soltar una fuerte maldición por el dolor que siente en la pierna. Yo intento no reírme por su exagerada reacción.

—¿Qué hace usted aquí? —me increpa—. ¡¿Me he muerto y estoy en el infierno?!

Kim se parte de risa y él desvía los ojos hacia ella, de nuevo asombrado, pues no había reparado en que también estaba ella junto a mí.

—Tranquilo, Kenneth —lo intento calmar con las palmas de las manos hacia arriba, como si de un caballo desbocado se tratase—, hemos venido a comprobar cómo estabas.

—La conozco de sobra y sé que eso no es cierto —me reprocha, a la vez que examina a Kim buscando respuestas.

—Está bien, quiero que vuelvas a trabajar para mí —admito sin dilación.

Tiene razón, me conoce y es inútil que intente andarme por las ramas con él. Ha presenciado demasiadas negociaciones escabrosas y sabe que los rodeos no son mi fuerte.

—¡Jamás! —sentencia.

—Como ya sabía que ésa iba a ser tu respuesta, aquí te traigo un escrito y una copia del contrato que firmaste con mi padre, donde dice, de una manera muy clara, que, si abandonas al cliente, perderás tu título. —Dejo caer la carpeta sobre su pierna ilesa, pero él ni la mira, ya sabe lo que firmó.

—Me da igual, volveré a examinarme, prefiero eso a tener que soportar una humillación más —exclama enojado.

—También suponía que ibas a responder eso, por esa razón, el señor Fitzgerald, ¿te suena?, es el director de Allied Barton, la empresa para la que trabajas —susurro a modo de secreto sagrado—. Acaba de redactar un informe donde te aconseja que vuelvas a tu puesto de trabajo cuanto antes o, de lo contrario, no podrás ejercer de guardaespaldas nunca más. Él personalmente se encargará de ello.

—¡Eres una arpía! —escupe indignado, tratándome de tú por segunda vez en su vida.

Yo me encojo de hombros y pongo una sonrisa angelical y un tono paciente para añadir:

—Kenneth, he venido a firmar la paz. Mi padre está muy arrepentido por todas las cosas horribles que te dijo ayer, pero debes comprender que estaba demasiado preocupado por su hija y que no era consciente de lo que salía por su boca; lo pagó contigo sin motivo y por eso me ha pedido que te haga llegar

sus disculpas —le miento—. Y yo, por mi parte, te prometo que nunca más volveré a obstaculizar tu trabajo, haré todo lo que me pidas a partir de ahora. Por favor.

Junto las manos en forma de plegaria y saco el labio inferior por encima del superior para hacerle un pucherito, en plan gatito desvalido.

—Eso ya me lo ha prometido millones de veces y nunca lo ha cumplido, me obliga a saltarme el código profesional cada día y así no se puede trabajar —insiste.

—Vale, tienes razón, pero esta vez es de verdad —admito.

—No me lo creo.

—Hagamos una cosa, dame tres meses de prueba. Si me porto mal, te vas, te doy vía libre, y si me porto bien, te quedas —le propongo.

Él me observa indeciso.

—¿Qué me dices?

—No tengo otra salida —cede al final.

—¡No te arrepentirás! —exclamo.

Me alegra que sea él quien esté a mi cargo porque, de todos los guardaespaldas que he conocido a lo largo de mi vida, él es el más permisivo. ¿Y para qué vamos a engañarnos? Es con el que más segura me he sentido también.

Cuando me quiero dar cuenta, Kim se ha subido a la camilla y le está dando un beso de tornillo que él intenta evitar al principio, pero al que termina sucumbiendo después.

—Vaya, ya veo que no soy yo la única que te obliga a saltarte el código del que tanto hablas —le increpo—. ¿Qué hay sobre la norma que prohíbe tener cualquier tipo de relación sentimental con el protegido o con sus familiares directos? —me quejo.

Él está apurado, no sabe dónde meterse, pero Kim continúa encima de él haciéndole arrumacos para celebrar su vuelta.

—Zoe, no seas aguafiestas, casi matan a mi pobre Ken por tu culpa. Se

merece un besito de reconocimiento, ¡es mi héroe! —Lo vuelve a besar y él sonríe como un tonto.

Niego con la cabeza, esto es algo con lo que no contaba. Creía que entre ellos habría ocurrido un escarceo sin más, pero, a juzgar por la mirada de ambos, esto parece algo mucho más serio. Sólo espero que no interfiera en su trabajo.

—Señorita O'Connor, he estado investigando y he descubierto que el equipo de cámaras del departamento de marketing que iba a grabarla no estuvo en la zona; es más, ni quiera salieron aquel día de la empresa —me informa.

—Interesante noticia —comento.

Me alegra saber que ha estado indagando al respecto, porque eso implica que no tenía una intención real de abandonarme o que, al menos, le importo algo.

—¡Ay, si es que mi *cuchi cuchi* es tan inteligente! —Mi hermana lo besa.

No aguanto tanto pasteleo y decido marcharme. Me dirijo a la puerta de salida, pero no sin antes puntualizar:

—Kenneth, el doctor ha dicho que en diez días podrás volver. Hasta entonces, intenta descansar. Kim, me largo, cógete un taxi de vuelta.

Ella se levanta de la cama antes de que me dé tiempo siquiera a cerrar la puerta tras de mí y asoma la cabeza.

—¿Adónde vas? —me pregunta en susurros.

—He quedado con John, mi asistente personal; lo voy a sacar de su casa para enseñarle a disfrutar de la vida. —Cito sus propias palabras.

Se vuelve para mirar a Kenneth y le dice:

—Ciao, bombón, pronto te veré en casa; recupérate bien para el siguiente asalto, recuerda que me debes dos puntos.

Cierra la puerta y me sigue.

—No quiero saber nada —le pido, mientras ella sonríe orgullosa.

Nunca he llorado por un hombre; por idiotas sí, pero por un hombre jamás.

CAROLINE, *The man-hater*

A las siete y media estábamos en casa de John. Hemos tenido que arrastrarlo, de manera literal, hasta la calle. No había forma humana de sacarlo de allí. Incluso su madre, con la que vive todavía, nos ha ayudado a empujarlo por el pasillo, entusiasmada porque fuese a salir.

Una vez que estamos los tres en la calle, frente a mi coche, nos miramos unos a otros, pues hay un pequeño problema que no se me había pasado por la cabeza con tanto ajetreo: mi coche es biplaza, ¡ups!

—Puedo sentarme encima de sus piernas —me propone Kim.

—¡Perdona! —protesta John—. Ni siquiera sé cómo te llamas ¿y ya te quieres subir encima de mí? —dice indignadísimo.

Ella lo observa con cara de sapo.

—¿Acaso te importa eso? Tienes a dos tías buenas a tu lado, una de ellas es tu jefa y la otra su hermana. Deberías estar babeando, capullo, ésa es la maldita fantasía sexual de cualquier hombre, ¡por el amor de Dios! —Kim está completamente crispada.

—¿Ves a lo que me refería cuando digo que no sabe disfrutar de la vida? —contraataco.

—¡¿Acaso el no ser como los demás hombres significa que no sé disfrutar de la vida?! —Ahora el que está furioso es John.

—Lo único que se me ocurre es que dejemos aquí mi coche y vayamos en

un taxi los tres —propongo.

—Pues yo creo que deberíais ir vosotras solas y otro día venís a recogerme en otro coche. —John lo intenta.

—No vas a salirte con la tuya, hoy vas a ir de marcha, quieras o no —le recrimino.

De repente, un coche lleno de polvo y que no pega en absoluto con el resto de los vehículos que transitan por la calle, me saca de mis cavilaciones. Se aproxima hacia nuestra dirección. No entiendo por qué, pero me sorprende a mí misma asomándome al borde de la acera y levantando la mano para que me vea.

Un Ford Thunderbird rojo frena de manera brusca delante de mí y comienzo a arrepentirme al instante, pues las piernas me tiemblan sin poder evitarlo.

Me asomo por la ventanilla del copiloto e intento no dar un grito al ver la pinta de asesinos de los tres ocupantes del vehículo. Todos llevan camisetas oscuras de grupos de rock y chupas de cuero negras.

—¡Vaya, si es Su Majestad! —Los ojos azules de Irion enseguida captan mi atención y me pongo nerviosa.

—¿Conoces a este pibón, tío? —le pregunta uno de sus acompañantes, un rubio que va de copiloto, contemplándome absorto de arriba abajo.

—Yo también la conozco —añade el otro que va en el asiento trasero—, es la princesa de mis sueños.

Yo dejo escapar una sonrisa que pretende parecer inocente y tímida. Vamos a probar con el papel de princesa desvalida en apuros, a ver si cuela.

—¡Ya quisieras tú! ¡Ni en tus sueños has visto una tía así! —le recrimina el primero.

—¡Vale, chicos! —les reprende Irion a ambos—. No sigáis por ahí, que al final se lo va a creer.

Y ahí está de nuevo esa mirada. Esta vez le sonrío seductora, pues pretendo conseguir un propósito.

—¿Serías tan amable de llevarme a un sitio, mi héroe? —Le recuerdo el apodo por el que me recomendó llamarlo ayer, cuando me salvó en el tiroteo.

Su mirada chispea de entusiasmo.

—Lo siento, pero este trasto no es digno de reinas —me suelta.

Acelera y se marcha.

Mi cara de espanto es terrible, no consigo reaccionar ante su plantón.

Pero, justo cuando estoy al borde de la locura y a comenzar a tirarme de los pelos porque a él no puedo tirarle nada, veo que frena en seco y, acto seguido, da marcha atrás para volver a situarse frente a mí.

Su sonrisa ahora es radiante y abarca por completo su cara.

—¿Subes, ojazos?

—Dame un minuto para que reúna las fuerzas suficientes para no matarte —le pido, levantando el dedo índice e intentando no reírme por su ocurrencia.

Me aproximo hasta mi hermana y John, al que le doy las llaves de mi coche. Tiene un deportivo parecido al mío y supongo que sabrá conducirlo.

—Chicos, he encontrado taxi; quedamos en el mil dieciocho de Hermosa Avenue, vamos a echar unas risas —les explico.

—No pienso meterme en un antro de esos oscuros, llenos de luces de colores, donde todos van colgados y te invitan a tener sexo salvaje. Te lo digo en serio, Zoe —me amenaza John.

—¿Este tío bromea? —pregunta Kim, mirándolo con cara de antipatía—. La verdad, eres muy raro —le recrimina.

—Prometo que lo pasarás bien —le digo a John.

—Zoe, ¿vas a subirte a esa «cosa»? —Kim señala con repulsión el coche que está parado frente a nosotros.

Lo que me hace recordar algo.

—Chicos, intentad que mis amigos no vean mi coche, ¿de acuerdo? —les pido a mi hermana y a John.

Asienten algo asustados.

—No me gustan nada tus nuevos amigos —balbucea mi hermana.

—Kim, sé cuidarme solita. Nos vemos allí.

Vuelvo al coche del siglo pasado y abro la puerta trasera para montar en el único sitio que hay libre, pero Irion pega una colleja al amigo que va sentado junto a él en el asiento del copiloto, que lo mira sin entender muy bien qué está haciendo mal.

—Ponte atrás, capullo —le ladra.

Entonces, el amigo protesta, pero termina saliendo para cederme su sitio.

—No es necesario —apunto al ver su cara de enfado, una vez que está fuera.

—Pues cualquiera le lleva la contraria al jefe —comenta.

Me subo en el asiento del copiloto de la chatarra con ruedas y arranca para incorporarse al tráfico. Los dos colegas de atrás permanecen en silencio, mirándome atónitos.

De repente, me vuelvo para mirarlos de frente, comprobando que son bastante atractivos y que deben de tener mi edad.

—Hola, me llamo Zoe y soy una mujer —les informo, a la vez que muevo las manos imitando algo mágico—. ¿Sabíais que existíamos?

Los dos sonríen avergonzados.

Al final ambos me estrechan la mano.

—Hola, Zoe, perdona nuestra mala educación —me contesta el rubio, rascándose la cabeza con timidez—. Yo me llamo Will y éste es Rob.

—Hola —saluda Rob, mirando hacia abajo ruborizado.

—Y ahora que has dejado sin respiración a mis amigos, ¿se puede saber adónde quieres que te lleve? ¿Vas a una boda? —Su mirada recorre mi cuerpo sin olvidar ningún rincón.

—Al mil dieciocho de Hermosa Avenue, vamos a cenar al Club de la Comedia —le comunico sin mirarlo.

Él acelera para tomar la autopista que nos lleva a Santa Mónica Beach.

—Zoe, ¿de qué diablos conoces a Irion? —pregunta Will al cabo de un

rato.

—No aguantas la intriga, ¿eh, Will? —bromeo, y se ríe por mi inesperada camaradería.

—No, en realidad no podría aguantar hasta que te marches y, además, quiero saber la verdad. Él, seguramente, se inventará alguna historia en la que tú seas la que suplica por sus atenciones —se mofa.

Yo suelto una carcajada e Irion emite un gruñido.

—En cuanto lleguemos a casa, verás la historia que me invento —le amenaza malhumorado, mirando a su amigo por el retrovisor—; además, la única verdad que hay es que ella es la que suplica por mis atenciones. ¿O es que acaso no habéis visto cómo me acaba de suplicar que la lleve en mi flamante bólido?

—Chicos, teniendo en cuenta la imaginación tan extraordinaria de la que hace gala vuestro amigo Irion, mejor que os lo cuente él —alego, escurriendo así el bulto.

—Es la tía que vimos en bolas en aquella playa la otra noche —suelta el muy gilipollas.

Yo le pego un fuerte puñetazo en el brazo que a él no le hace ni cosquillas, pero sí consigue que suelte una sonora carcajada.

—¡No jodas! —profiere Rob anonadado.

—Me alegra comprobar que sigues siendo todo un caballero —le reprocho.

Él me mira con esos ojos azules que siempre están enojados con el mundo para guiñarme uno de ellos, reteniendo una sonrisa.

—¿Preferirías que les contase la versión romántica? —pregunta.

—No tenemos versión romántica, contigo sería imposible —me quejo indignada.

—Ah, ¿no?

—¡No! —vocifero.

—¿Y qué me dices de cuando te cogí en mis brazos, donde, por cierto, te

refugiaste como una flor delicada, y atravesé un infierno lleno de balas para salvarte de una muerte segura? ¡Ah! Y todo eso a pesar de haber recibido un balazo en el costado.

¡Toma ya! Evito por todos los medios emitir un suspiro.

La cara de los dos que van sentados atrás es digna de ver; espero que la mía no sea ni parecida, pues sólo les falta suspirar «¡oh, Irion, eres nuestro ídolo!».

—Prefiero la versión del macho prehistórico en la playa —le digo, omitiendo el pequeño detalle de que la versión romántica no me gusta un pelo porque me hace sentir mariposas en el estómago.

Pasa otro rato y seguimos en silencio.

—¿Y qué hacíais vosotras dos en aquella playa de noche? —quiere saber Will el preguntón.

—¿Y vosotros? —le replico.

—Digamos que...

—¡Nada! —lo interrumpe Irion de manera brusca.

Yo lo miro con cara de intriga.

—Ahora quiero saberlo —le pido a Will.

—Si el jefe dice que nada, es que nada. —Se encoge de hombros—. Es obvio que después de aquella noche os habéis vuelto a ver. ¿Cuándo y por qué? —insiste.

—Si tú no me das la información, yo a ti tampoco —respondo para provocarlo.

—¡Will, métete en tus asuntos y cállate de una puta vez! —le ordena Irion.

—No pienso callarme, tío. Nosotros nos lo contamos todo y tú, por alguna extraña razón, nos has ocultado que has conocido a este bombón, y me gustaría saber el motivo —contraataca enojado.

Irion inspira profundamente para armarse de paciencia.

—El motivo es que este bombón —enfatisa— no es nadie en especial y, además, tiene novio. —Deja caer este hecho como si no tuviese la menor

importancia—. No hay ninguna razón por la que os deba enumerar a todas las personas con las que me cruzo al cabo del día.

—Pero...

—¡Pero nada! —gruñe furioso, y sube la radio para que nadie más hable. Cosa que ya me había hecho a mí antes.

Yo reprimo con todas mis fuerzas las ganas de apagar la música. Es odioso, parece un niño pequeño: me enfado y no respiro. Pero no quiero que me deje tirada en medio de la autopista, así que decido mantener la boca cerrada.

El coche se detiene delante del club al que vamos y es entonces cuando baja el volumen de la música.

—Gracias por traerme, señor Miller. Encantada de conoceros, Will y Rob —me despido, mientras abro la puerta del vehículo para salir.

Los susodichos me dicen adiós con la mano. Están obnubilados contemplando mis piernas, aunque enseguida desvían la vista, amedrentados por la mirada inquisidora del conductor.

Salgo del coche a toda velocidad, pues no quiero permanecer al lado de este idiota ni un segundo más. Cierro dando un fuerte portazo para expresar mi enfado. Por un momento temo que se caiga la puerta al suelo por el golpe, pero parece que aguanta en su sitio.

Cuando me dirijo dando taconazos hacia la puerta iluminada con luces de neón azuladas del club, una mano me agarra por la muñeca y tira de mí hacia atrás con fuerza, consiguiendo que me vuelva de golpe y choque contra su pecho.

—¿Qué diablos haces? —protesto, tratando en vano de separarme de su cuerpo.

Sus ojos refulgen al mirarme. No entiendo muy bien qué significa ese fulgor, pero me hipnotizan durante un breve periodo de tiempo, como si me viese inmersa en alguna especie de embrujo.

—¿Qué intentas? —me pregunta en un tono rudo.

—Nada, no sé a qué te refieres. —Me deshago de su abrazo, haciendo un movimiento brusco, y él me deja libre.

—Les has dicho a mis amigos tu nombre antes que a mí.

Busco en sus ojos una explicación lógica a semejante tontería, pero descubro que habla en serio y que está terriblemente indignado. Entonces, rompo la tensión con una risa nerviosa por lo absurdo de la situación.

—No creía que te fuera a importar —le respondo para provocarlo.

Él parece nervioso.

—Y no me importa, en absoluto —suelta.

Mete las manos en los bolsillos traseros de su vaquero, que acompaña con una camiseta violeta de AC/DC, pues ha debido dejar su chupa de cuero en el coche, y unas raídas deportivas oscuras, como siempre.

—¡Zoe! ¡Date prisa, que va a comenzar el show! —me pide Kim desde la puerta.

—¡Voy!

Él observa a mi hermana y a John con un aire nostálgico. Entonces, mi cerebro se detiene y deja de funcionar para preguntarle:

—¿Te apetece venir?

La mirada que me dedica de pronto brilla como nunca, aunque no tarda en apagarse.

—No puedo permitírmelo —admite avergonzado.

Hasta ahora mismo no me había ni planteado su clase social.

—Yo tampoco —me apresuro a mentir—, pero es el cumpleaños de mi amigo, John, y él invita. Será tu premio por haberme salvado la vida ayer.

—Pero no lo conozco de nada —arguye.

Me acerco a su oído.

—Lo que pretendo, en el fondo, es que me hagas un favor —susurro a modo de secreto—. No quiero estar de sujetavelas para la parejita durante toda la noche.

¿En serio le estoy suplicando que venga?

—¿Crees que me van a dejar entrar con esta ropa?

—No te preocupes por tu atuendo, aquí la gente va informal.

—¿Informal? Tú vas muy... elegante. —Casi se atraganta al dedicarme una palabra positiva.

—Las mujeres siempre vamos elegantes —digo restándole importancia.

Se gira para hacer una señal con la mano a sus colegas, se vuelve de nuevo y se acerca hasta mí para ofrecirme el brazo de una manera demasiado caballerosa, pero con un halo de diversión en los ojos. Nos miramos un instante y dudo si hacerlo o no, pero finalmente poso la mano sobre ese fibroso brazo tatuado que me ha ofrecido, y caminamos juntos hacia la entrada.

En cuanto rozo su piel, siento un intenso escalofrío que va a morir en mi entrepierna, pero lo disimulo.

—¿Estás segura? —quiere saber por última vez.

—No.

—Yo tampoco.

Sonríe, negando con la cabeza.

Me hace sentir indefensa, como si fuese una colegiala tonta, y esa forma de desarmarme es lo que me atrae hacia él sin remedio, porque no lo comprendo y me intriga.

Cuando llegamos junto a mi hermana y John, ella mira a Irion con una cara que expresa, de una manera demasiado transparente, al aturdimiento en el que la envuelve mi improvisado acompañante.

—Irion, te presento a mi hermana, Kim, y a un amigo, John.

Se saludan los tres, mi hermana sonriéndole de una manera nada decorosa, por cierto.

Cuando pasamos al interior del local, visitamos el museo que hay antes de entrar a la sala de espectáculos, donde se exponen disfraces de Charles Chaplin, Robin Williams, Irion Romano y otros humoristas.

—Esta noche actúa Jay Leno, espero que te guste —le informo a John.

—¡Es uno de mis ídolos, Zoe! ¿Cómo lo has sabido? —Parece un niño pequeño de lo entusiasmado que está.

En realidad no lo sabía, pero al que no le guste Jay es porque no es de este mundo.

—Soy muy lista, ya deberías saberlo, nene. —Sonrío.

Irion no nos quita el ojo de encima.

Entramos en la sala donde se realizan las actuaciones. Es muy grande y está decorada de forma clásica, con madera por todas partes e iluminada de manera muy tenue, lo que dota al ambiente de cierto misterio romántico. Las mesas para cenar están dispuestas en varias alturas, así se puede degustar la comida y el espectáculo al mismo tiempo sin que te molesten las personas que estén sentadas delante.

El camarero nos asigna una mesa para cuatro, justamente en primera fila, pues hemos sido de los primeros en llegar.

Yo me quedo atrás junto a Kim a propósito, para comentarle algo, pero ella se adelanta:

—¡Madre mía, Zoe! ¡Ése es el tío más bueno que he visto en toda mi vida! —Está alucinada, soltando risitas tontas—. Ese rollo que lleva de tío malote le sienta de miedo.

«No es el rollo que lleva, es que él es así» pienso, pero no voy a confesárselo a mi hermana, porque me está poniendo celosa y eso es algo que jamás me había sucedido, por eso no sé muy bien cómo reaccionar.

—Escúchame bien, nada de tontear con él —la advierto, mucho más seria de lo que me hubiese gustado.

—¡Nunca se me ocurriría tontear con tu novio! ¿Estás loca? Como vuelvas a insinuar semejante bobada, me largo.

—¡No es mi novio! —exclamo.

—Ya, no te lo crees ni tú. Te devora con los ojos, bonita —asegura—. ¡Y tú a él!

Niego con la cabeza. Está loca, no tengo tiempo para darle explicaciones y

lo único que me interesa es que entienda una sola cosa.

—Kim, sígueme el rollo, ¿de acuerdo? Por nada del mundo debe conocer nuestra clase social, ni de qué familia procedemos. Dame la razón en todo lo que diga y la cosa irá bien —le pido.

Ella me mira extrañada, pero continúo:

—Cuando estemos solas te lo explicaré todo, ¿ok? Y mira a ver si encuentras el momento oportuno para pedirle a John que haga ver que es tu novio y, además, no puede decir que soy su jefa.

—Lo intentaré, pero no respondo por el mojigato. Es muy rarito, no me gusta un pelo. ¡Cuántos secretos te traes entre manos últimamente! No te puedo dejar sola —me comenta mientras caminamos.

Llegamos a la mesa. Nos sentamos, las chicas frente a los chicos; Irion se sienta frente a mí, por supuesto. Enseguida nos traen unos cócteles que ha pedido Kim y hago un brindis.

—¡Feliz cumpleaños, John! —celebro, levantando mi copa.

Irion brinda también levantando la suya y Kim hace lo propio.

John me mira con cara de no haber entendido el chiste. Entonces Kim le da una patada por debajo de la mesa; lo supongo porque él hace un gesto de dolor, incorporándose hacia adelante para tocarse el tobillo con la mano, cosa que ella aprovecha para darle un tórrido beso en los labios a traición por encima de la mesa, para después susurrarle algo al oído. Conociéndola, debe de ser algo en plan: «o nos sigues el rollo o cenarás tus propios testículos».

Así que después del repentino beso, John me observa con el terror reflejado en el rostro para levantar su copa también, respondiendo así a nuestro brindis y bebiéndose el cóctel de un solo trago.

Esta noche promete.

Pedimos el menú degustación para cuatro y nos van sirviendo apetitosos manjares minimalistas. Se nota que Irion no tiene ni idea de precios, porque si supiera lo que cuesta este local no se tragaría que somos gente de clase media.

—Cariñito, ¿esta noche vamos a hacer esa postura nueva que vimos en la peli porno del sábado pasado? —le pregunta Kim a John con una voz sensual, mientras se chupa los dedos de una manera demasiado explícita.

John casi se atraganta con el solomillo a la miel que tiene en la boca, mientras Irion los observa con una sonrisa de medio lado.

—Si no te pones a roncar como una cerda en celo, lo intentaré —le responde él—. Es que hace un ruidito muy molesto cuando se excita —nos explica a nosotros dos, señalándola con el cuchillo.

Ella pone cara de asesina y yo intento no escupir la comida que tengo en la boca por la risa. Irion me mira divertido.

—¿Y cómo es exactamente ese ruidito que hago, cariñito mío? —insiste Kim con una gran sonrisa, pero muy enojada.

—No podría imitarlo, mi terroncito de azúcar, es tan desagradable que nadie en el mundo podría hacerlo mejor que tú —continúa John.

—¡Pues esta noche vas a follar con tu madre! —ruge por encima de la mesa.

Yo no aguanto más y estallo con una carcajada que contagia a Irion al instante. Él comenta entre risas:

—Debéis de llevar muchos años juntos, porque sois peor que un matrimonio de viejos.

—Muchos años aguantándolo, sí —responde Kim—. ¿Y vosotros? ¿Cuánto lleváis juntos?

Irion pierde su sonrisa de repente y yo me apresuro a contestar:

—Kim, sabes de sobra quién es mi novio, Irion es sólo un amigo, no bromees con esas cosas. —Mi tono denota un claro «no sigas por ahí o mueres».

—¡Claro que lo sé, Zoe, sólo estaba bromeando! —se corrige ella, con toda la naturalidad del mundo.

La cena transcurre sin mayor inconveniente, aunque el vino comienza a hacer estragos en John, que no está acostumbrado a beber alcohol y cada vez

habla más, con el riesgo que esto conlleva: meter la pata en cualquier momento.

Las luces del gran salón se apagan para que un foco blanco ilumine únicamente el escenario. Entonces Jay Leno aparece tras el telón rojo de terciopelo y saluda al público, que está enfebrecido con efusivos aplausos. Su número da comienzo en el momento preciso, justo después de los postres.

Empieza saludando a todos los aquí presentes y, acto seguido, se fija en mí.

—Perdonad, amigos, pero ¿habéis puesto a la mujer de rojo delante de mí a propósito? —Se dirige hacia el camarero y la gente se ríe por la cara de tonto que pone el empleado—. ¿Acaso queréis que me despidan? Esa belleza no permite que me concentre, por primera vez en mi vida se me ha olvidado el maldito guion —comenta, a la vez que el foco central me ilumina a mí—. ¿Qué haces el resto de tu vida, reina? —Se deja caer de rodillas en el centro del escenario, exagerando su conmoción.

Mi hermana aplaude emocionada mientras silba.

—¡Qué suerte tienes, Zoe! —gorjea entre risas.

El público se parte de risa. Yo me sonrojo, aunque intento mantenerme todo lo serena que me resulta posible, mientras unos ojos furiosos se clavan en el cómico.

—¡Vaya! Tranquilo, amigo, era sólo una broma, no me mates —le suplica a Irion, a la vez que se incorpora de nuevo, exagerando el tono y arrancando una vez más las risas de la gente—. Aunque, en realidad, te compadezco, debes de ser el hombre más odiado del planeta; yo, si fuera tú, no podría dormir por las noches, esa sensación debe de ser como la de tener un brillante del tamaño de un puño incrustado en el culo. Todo el mundo desea arrancártelo, aunque nadie se atreva a confesarlo... No me das nada de envidia —dice en un tono irónico, y la multitud vuelve a reírse.

Todos nos partimos de risa, es obvio que está bromeando, pero el gigante de ojos azules permanece impassible; ni un amago de sonrisa. Y es por eso,

precisamente, por lo que creo que Jay Leno decide no continuar alargando su agonía y pasa a hacer el monólogo que traía preparado, que hoy trata sobre la manía de algunas madres de hacer pasar vergüenza a sus hijos en el colegio delante de sus amigos.

Nos hemos reído muchísimo, yo he tenido que sacar un pañuelo para secarme las lágrimas de tanto reír. Además, a cada rato soltaba alguna coletilla que tenía que ver conmigo y nuestros futuros hijos, así que me duele la tripa de soltar tantas carcajadas.

Cuando se termina el número, se despide del público, no sin antes añadir:

—Mujer de rojo, ¡cásate conmigo! Si la respuesta es sí, pide mi número en la oficina. Yo estaré ahí dentro, en mi camerino, sin despegar los ojos de la pantalla del móvil. Y si decides quedarte con ese tío, ya sabes, el inteligente... —lo mira, haciendo una mueca que imita sus músculos y que provoca que la gente estalle a reír otra vez—, yo seguiré pegado a la pantalla del móvil, rezando para que algún día se convierta en un tío más gordo y feo que yo. ¡Buenas noches, señores! —Se despide por última vez y desaparece tras las cortinas, acompañado de miles de aplausos y risas.

Cuando vuelven a encender las luces del salón, los ojos de Irion refulgen veneno y a mí se me corta la guasa de golpe.

Kim coge a John de la mano y se lo lleva a rastras de aquí para dejarnos a solas.

—¡Vamos, llévame a bailar, cariñito de mi vida! —le pide, tonteando con él.

—Pero, terroncito de amor, si tú no sabes bailar, eres peor que un pato borracho. Me pisas todo el tiempo, no sabes moverte —bromea él, que se ha metido demasiado en su papel.

—¡Ahora verás cómo me muevo, idiota!

Desaparecen de nuestra vista. Supongo que habrán ido a la sala contigua a matarse uno al otro.

—¿Te ha parecido muy gracioso?! —ruge enojado Irion, una vez que

estamos solos.

Hoy me he despertado con ganas de enamorarme..., pero ya me siento mejor, gracias.

CAROLINE, *The man-hater*

—A qué te refieres, ¿a esos dos? —Señalo en la dirección en la que se ha ido la falsa pareja.

—No te hagas la tonta, sabes a lo que me refiero.

—Hemos venido a una sala donde un cómico profesional se dedica a decir tonterías para sacar unas risas al público, ¡claro que me ha parecido gracioso! —me defiendo.

Me contempla durante un breve instante con los ojos entornados y envueltos en una gran tormenta. Parece querer grabarme en su mente y siento una gran turbación ante esta angustiada inspección, me pone nerviosa y no puedo evitarlo. Esa seguridad en sí mismo que destila por los cuatro costados me pone a la defensiva.

—Está bien, tú lo has querido —sentencia.

Se levanta de su silla y se dirige, sin ni siquiera mirarme, hacia la sala por la que han desaparecido nuestros acompañantes.

Yo decido ir antes al baño, más que nada por dejar pasar el tiempo suficiente para no parecer su perrita faldera. Me retoco un poco el pelo y el maquillaje, aunque he de admitir que estoy perfecta. El vino ha avivado una chispilla especial en mis ojos.

En realidad, no sé a qué se refiere cuando pregunta si me ha parecido gracioso. No creo que se haya molestado de verdad porque el cómico haya

hecho el idiota conmigo, eso está preparado y cada noche se lo dirá a una mujer distinta. El caso es ¿por qué le molesta a él? Sospecho que no le habrá hecho gracia que se meta con sus músculos, será eso.

Cuando entro en la sala contigua, compruebo que se trata de una pista de baile. La estancia no es tan grande como la anterior, es más recogida y oscura, tan sólo iluminada con tenues luces doradas que salen del suelo, se da un aire a un salón de cabaret. La pista en sí es un círculo delimitado con baldosas más claras que el resto, que son de color negro, y alrededor de dicho círculo se hallan unos sillones de cuero negro con mesas bajas, donde los clientes toman copas y charlan con tranquilidad.

Atravieso la pista con paso firme. Algunas parejas bailan sin ruborizarse con eróticos movimientos y todos los hombres se vuelven para mirarme, aunque no presto atención a ninguno. Me dirijo directa hacia la mesa donde he visto que mi hermana y John se están tomando una copa, aparentemente de manera apacible y, además, para mi sorpresa, se están partiendo de risa. ¡Los dos!

—No te preocupes, Zoe —me anima John, señalando hacia la barra—, yo también estoy cabreado con tu amigo, esa rubia era para mí.

Mis ojos se desvían de manera automática hacia el lugar al que señala su dedo para descubrir que al fondo de la sala se encuentra una elegante barra de madera donde...

¡Donde está apoyado un hombre muy alto, besándose con una rubia despampanante, como si se acabase el mundo!

¡Santo Dios! Sólo se distinguen manos y pelo revuelto por todas partes. De pronto siento cómo un ardor candente asciende desde mi estómago hasta mis mejillas. Trato con todas mis fuerzas de no mirar hacia esa dirección, pero la insoportable de mi hermana es demasiado rápida para mi gusto.

—¡Uy! Parece que alguien se ha puesto celoso —canturrea.

Clavo mis ojos acusadores en ella.

—¡Muy graciosa, Kim! Qué poco me conoces si crees que me puede

gustar esa bazofia humana. Y, en cuanto a ti —me dirijo a mi empleado traidor—, vuelve a decir algo semejante y te despido.

Él suelta un bufido seguido de una carcajada y mi hermana le sigue.

—¿Sabes que soy el empleado más despedido de la historia, mi terroncito de amor? —le susurra él a ella.

—¡Pues si no tienes *cash* para mantener a nuestros catorce hijos, te abandonaré, cariñito mío! Este cuerpo no vive del aire —responde ella contoneándose

Quiero pensar que se comportan de esta forma por lo que están bebiendo, así que me tomo de un trago el líquido que hay en la copa de Kim para intentar dejar de tener esta horrible sensación de angustia que se está apoderando de mí. Después, hago lo mismo con la copa de John.

—¡Oye! —me reprende Kim—. Al menos podrías preguntar si puedes bebértelo.

—La que paga todo aquí soy yo, bonita, ¡claro que puedo! No tengo que preguntar nada. Pídete otra, si quieres —le contesto a Kim, ejerciendo de hermana mayor insufrible y dejándola confundida por mi bipolaridad.

Atravieso de nuevo la pista a pasos agigantados y uno de los hombres que me estaban observando hasta hace un momento se interpone en mi camino muy sonriente. Intento esquivarlo, pero vuelve a interrumpir mi paso y levanto la vista para echarle una mirada asesina.

—¿Adónde va la famosa mujer de rojo? —pregunta un kamikaze dispuesto a morir, mientras sus amigotes nos observan a su espalda, vitoreándolo por su coraje.

—No es asunto tuyo —le contesto airada.

Va vestido con un impoluto traje oscuro de Armani, por lo que deduzco que es de alta cuna, él y todos los demás que lo acompañan. Sé cómo manejar la situación, pues son de mi gremio. Él suelta una sonora carcajada por mi impertinencia.

—Venga, cariño, deja que te invite a una copa —sugiere en un tono

mimoso—, parece que tu novio ha encontrado otra distracción. —Señala con la cabeza hacia los cuerpos que se manosean en la barra.

—Ese hombre no es nada mío y tú no tienes bastantes ceros en la cuenta para invitarme a nada —digo mientras lo miro fijamente a los ojos; lo he dejado más impresionado de lo que él mismo esperaba—. Y ahora, si me disculpas, olvídate de que existo —añado con una voz de niña del exorcista.

Se aparta de mi camino, levantando las manos como si se rindiese ante mi rechazo, a la vez que sus amigos me vitorean. Oigo a mi espalda el lamento irónico de los amigos del hombre descarado riéndose de él y continúo caminando sin titubeos hacia la salida.

Una salida me lleva a la otra y, cuando me doy cuenta, me encuentro quitándome los zapatos para caminar más cómoda sobre la fina arena de la playa, hasta que llego a la orilla del mar de Hermosa Beach, situada a unos metros del Club de la Comedia. Está iluminada a ambos lados del paseo por sus típicas antorchas de luz amarillenta, simulando una de las islas paradisiacas que acostumbramos a ver en las películas.

Permanezco unos instantes quieta, pensativa, observando cómo las olas rompen a mis pies con languidez, sumergiéndome en su reposada melodía. Intento entender qué me sucede. De hecho, lo sé de sobra: estoy muy celosa. Me cuesta pensarlo y me niego a admitirlo, pero no hay otra explicación, por mucho que intente buscarla. Me gusta ese hombre y no puedo evitar sentirme atraída por él. Parezco una niña caprichosa, no sé exactamente qué es lo que deseo, aunque sé de sobra lo que no quiero, y es que siga besando a esa rubia escultural.

—¿Molesto?

Su voz a mi espalda logra que se me escape un grito, a la vez que me vuelvo de manera rápida para mirarlo espantada.

¡Vaya susto!

Y ahí está.

Su olor.

Sus ojos.

Sus labios.

Su pose de *perdonavidas*.

En medio de la semipenumbra que nos envuelve, percibo su anatomía como la de un amante salvaje que promete noches en vela, pues la rubia lo ha dejado justo en ese punto, despeinado, con los labios un poco hinchados y enrojecidos.

—Sí, me molestas. Vete con esa... rubia —le reprocho, a la vez que me vuelvo para seguir contemplando el mar y darle la espalda.

—¿Estás celosa?! —No puede contener la risa, el muy engreído.

—¡Ya te gustaría a ti!

Se planta delante de mí para mirarme a los ojos, pero esquivo su mirada.

—¡Sí, estás celosa! —canturrea con una enorme sonrisa.

—Qué tienes, ¿quince años? —le recrimino enojada—. No estoy celosa, tan sólo me parece de muy mala educación que te inviten a un sitio y tú te largues a buscar otra compañía, eso es todo.

—¿Y por eso te has marchado? —Sigue intentando pillarme en un renuncio, pero no lo va a conseguir.

—¡Oh, no! No eres tan importante, Miller.

—¿Entonces...? —insiste risueño.

—La cosa se ponía tórrida entre mis dos acompañantes y como *alguien* —enfático— me ha dejado tirada, he preferido marcharme.

—No conseguirás engañarme —se cruza de brazos en plan prepotente para marcar su superioridad física, pues me saca una cabeza de alto y un cuerpo de ancho—, se ve a la legua que entre esos dos no hay nada.

Yo me quedo blanca y su emergente sonrisa triunfal se ensancha ante mi expresión de *pillada*; arquea la ceja de una forma seductora y me pregunta:

—La cuestión es: ¿por qué pretendes engañarme para que yo piense lo contrario? —Agudiza su mirada como la de un águila imperial, aguardando mi confesión.

¿Qué hago? ¿Le digo la verdad y le revelo que era un mero pretexto para pasar un rato con él? Eso implicaría confesarle que me gusta y es evidente que eso no va a ocurrir, prefiero morir devorada por una manada de lobos hambrientos. La otra opción es seguir mintiendo e inventarme algo todavía más absurdo, aunque no me apetezca nada ponerme a pensar en una excusa ahora mismo.

—Sentía curiosidad por saber cómo eras —suelto, producto de mi patética improvisación.

—¿Cómo era quién? ¿Yo? —Ahora parece algo confundido.

Yo asiento con timidez.

—Bueno, ya sabes, tienes esa coraza gigantesca de chico duro. —Lo señalo con la mano.

«Lo estoy empeorando, ¿no?», me planteo.

Doy gracias a los cielos porque no sepa quién soy, pues ahora es cuando vendría la típica escenita en la que él me echa en cara que soy cruel por sentir curiosidad por los pobres y reprocharme que sólo quiero reírme de él.

—Y a las chicas modositas os ponen los tipos duros —susurra con una mirada ennegrecida por el deseo, contemplándome con esa voracidad a la que me tiene acostumbrada.

Siento un impulso irremediable de besarlo, pero me contengo.

Él continúa hablando:

—Ni siquiera tienes que decirlo, Zoe. —Pronuncia mi nombre por primera vez y me hipnotiza el sonido de éste entre sus labios, emitido con su voz ronca—. Lo leo con tanta claridad en tus ojos como si me lo hubieses gritado.

Pero ¿¿qué dice este loco?!

—¡No!

Comienzo a retroceder; no quiero que descubra que me siento terriblemente atraída por él, no estoy preparada ni quiero estarlo. Tengo que decirle que todo esto es sólo un mero trabajo de campo y él es mi cobaya.

—Tus ojos me devoran con un hambre despiadada, saltan chispas entre

nosotros, incluso con un inocente roce. ¿Acaso crees que yo no lo he notado? —avanza despacio, como un tigre acechando a su presa.

—¿Y qué es lo que has notado exactamente? —pregunto para ganar tiempo, hasta que mi espalda choca contra el tronco de una palmera.

—Que me deseas, tanto o más que yo a ti.

—¡No te lo c...!

Se inclina hacia mí, aferrando mi nuca con una de sus gigantescas manos, mientras con la otra rodea mi mentón, inmovilizando de manera magistral mi cabeza entre sus manos, y mi cuerpo entre el suyo y la palmera. No sé por qué, pues no tenía intención de huir, aunque eso él no debe saberlo nunca. Sus ojos resplandecen llenos de promesas y ninguna de ellas es decente. En cuanto sus labios entran en contacto con los míos, cierro los ojos de forma involuntaria porque siento una hoguera arrasando mi bajo vientre, algo que nunca me había ocurrido con un simple beso, o quizá con nada.

La boca de Irion saquea la mía con unos besos incendiarios. Intento ahogar un gemido, pero al final sale de mi garganta para morir en la suya.

«¡Mierda! Adiós a mi máscara de indiferencia.»

Esto lo enciende aún más, consiguiendo que la mano que tenía sobre mi mentón descienda, acariciando mi piel sabiamente a través de la fina tela del vestido. Siento cómo el pezón del pecho que apenas roza con los dedos se endurece a su paso para clamar su atención, pero él no lo obedece, quiere hacerme sufrir para que lo desee con más ímpetu.

Sin darme cuenta de cuándo ni cómo, nuestras lenguas luchan por tener el control, ansiosas de cosas que me niego a admitir, mientras mis dedos se aferran con fuerza a su pelo para atraerlo más hacia mí. Me deleito en sus sensuales gruñidos, que me hacen pensar que se niega a saborear lo que está ocurriendo entre ambos, porque parece sufrir más que disfrutar.

De pronto, siento su cálido aliento contra mi cuello a la vez que me debato entre echar la cabeza hacia atrás para degustarlo o apartar a Satán de mí. Ahora mismo me importaría bien poco abrir las piernas para enroscarlas en

su cintura y dejar que me empotrarse contra la palmera. Sólo de imaginarlo mi vagina se contrae con fuerza.

Estoy al borde de la locura, soy consciente de que es mi última oportunidad de parar y entonces me obligo a detenerlo. Apoyo ambas manos sobre su pecho y lo aparto de mí, haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad. Él me observa todavía con fuego en los ojos y maldice entre dientes por no haber sido él quien haya frenado.

Trato de serenar la respiración para recuperar la calma. Ambos nos retamos y nos debatimos por lo mismo.

—Deberíamos... —Señalo hacia el club.

—Lo que deberías es aceptar de una puta vez que te vuelvo loca —me interrumpe.

—¿Qué? ¡Me has pillado desprevenida, yo... tengo novio! —replico un tanto confusa.

—Una mujer que ama a un hombre no besa así a ningún otro —sentencia, todavía con un brazo apoyado en la palmera y sobre mi hombro.

—¿Así, cómo? ¡Estás loco!

—Cuando te he tocado todo tu cuerpo ha reaccionado a mi tacto, suplicándome más, no te atrevas a negarlo. Mírate, estás excitada, tienes los labios hinchados y enrojecidos, clamando guerra; ¿y qué decir sobre tus pezones? Están como estacas suplicantes —revela—. Ahora mismo podría hacer contigo lo que quisiera.

—¿Estacas suplicantes? ¿Hacer conmigo lo que quisieras? ¿Clamando guerra? Pero ¡¿tú de dónde coño has salido?! ¡Eres un cerdo! —Lo empujo para que corra el aire entre nosotros y se aparta porque quiere, ya que mi empujón a él le resulta igual que el de una pulga.

—Seré un cerdo, pero te encanto, ojazos.

—Eso se lo dirás a todas esas mujeres con las que estás acostumbrado a tratar, ¡incluso a la rubia de ahí dentro! Es el típico discursito de machista

barato —le recrimino—, ¡pero conmigo no te va a funcionar semejante mierda!

—¡No seas necia! Esa rubia ha sido sólo un medio para llegar a mi fin.

—¿Qué fin?

—Tú.

¡Toma ya!

—¿Acaso crees que besándote con otra mujer en mis narices vas a llegar a mí? —Me burlo, haciéndome la tonta, ya que es evidente que su táctica de ponerme celosa ha funcionado la mar de bien.

—Así ha sido —espeta orgulloso, ahogando una sonrisa complaciente.

No soy capaz de articular palabra, ya bastante tengo con intentar no lanzarme de nuevo a su cuello, porque todo mi cuerpo así me lo exige. Continúa hablando con la mirada oscura:

—Tú me has dado celos con ese maldito comediante y merecías probar tu propia medicina.

Lo miro alucinada. ¿Celoso del comediante? Si me hubiese besado con él sería lógico, ¡aunque todo esto de lógico tiene poco! ¿En serio está celoso? Siento una repentina satisfacción por su inesperada confesión, pero decido dejarlo estar y serenarme.

—Esto no está bien, yo no puedo... —balbuceo, todavía hechizada por su sabor y por ese fuego abrasador que ha encendido en mí.

—Lo siento, Zoe —me interrumpe—. No entiendo el motivo, pero desde que te vi en aquella maldita playa no logro sacarte de mi puta cabeza, me has nublado la razón y has hecho que mi polla esté tiesa a todas horas —bufa entre dientes, colérico—. No puedo resistirme a ti, sólo rezo porque tú consigas hacerlo por los dos —sentencia antes de darme la espalda para marcharse.

Doy por sentado que sus palabras son fruto del alcohol y el calentón. Observo boquiabierta cómo se aleja de mí, parece abatido. No se dirige en la dirección del club, sino hacia el lado contrario.

—¡Descuida, que no volverá a ocurrir! —grito para que me oiga, pero ni siquiera se vuelve.

Desparece de mi vista y de nuevo me quedo sola en la playa.

Junto al mar nos conocimos y junto al mar nos hemos besado. ¿Qué será lo siguiente?

¡No habrá siguiente!

* * *

Cuando regreso hacia el local, con pasos lentos y pensativa, creo que ya no soy la misma. Algo se ha despertado en mi interior. Algo que no sabía que existía, pero que estaba ahí aletargado, o quién sabe si en realidad ha aparecido, de repente, gracias a sus besos. Lo que importa es que esta extraña sensación me hace sentir viva y tener ganas de reír como una tonta. Aunque, por otra parte, me niego a adjudicar tanta dicha al verdadero responsable; pero ¿por qué?

No tengo ningún trauma infantil; me refiero a un trauma relacionado con el amor, porque traumas tengo bastantes, gracias al engendro del mal convertido en mi madre. Por eso no comprendo qué es lo que me obliga a alejar continuamente de mi lado a los hombres, y más aún si me excitan tanto como éste. Creo que, sin ser consciente, he creado una barrera protectora para que no me hagan daño, o puede que ninguno me haya gustado lo suficiente como para permitirle traspasar dicha barrera.

Los hombres que ha habido en mi vida siempre me han tratado como un trofeo, como algo demasiado valioso, inalcanzable y frágil, como si fuese a romperme o a desvanecerme en cualquier momento, porque todos sabían quién era.

Pero Irion es diferente, él me trata como a una mujer normal y he de admitir que no puedo evitar que sus aires rudos despierten un desconocido instinto prehistórico en mi interior. Lo deseo, mucho, creo que nunca he

sentido una atracción tan fuerte por un hombre. Sólo con tenerlo cerca mis muslos se contraen y mi clítoris clama guerra. Mi mente divaga demasiado a menudo acerca de cómo será en la cama, y esa sensación de pérdida de control sobre la situación me aterra.

Es por eso por lo que creo que no le permito acercarse: tengo miedo de que pueda romper las murallas que tanto tiempo me ha costado construir alrededor de mi corazón.

Hombres del mundo: Sabemos de sobra que nueve de cada diez de vosotros mentís, y el décimo también, pero a éste lo perdonamos porque está como un queso.

CAROLINE, *The man-hater*

Los invitados de mis padres, junto con los de la familia Lewis, charlan amigablemente en pequeños grupos dispersos por el salón de festejos de la fragante mansión O'Connor, situada en pleno Beverly Hills.

—Zoe, no me creo que no os encontraseis anoche; él me preguntó dónde estabas, parecía bastante preocupado y salió a buscarte como alma que lleva el diablo —susurra Kim, que lleva una copa de champán en la mano y luce un precioso vestido dorado, por cierto, mío, de corte sirena y que marca sus escasas curvas a la perfección.

—Pues no te lo creas si no te viene bien, Kim, pero ya te he dicho mil veces que yo salí a tomar aire a la playa y que al volver él ya no estaba. Desapareció, sin más, ésa es la realidad, todo lo demás es producto de tu fructífera e indecorosa imaginación —le replico.

—Tu historia no me convence en absoluto, ese tío no parece ser el típico que se dé por vencido; si no te hubiese encontrado fuera habría vuelto, estoy del todo segura —insiste.

Yo me encojo de hombros.

—Pues no fue así, deberás buscarte otro héroe para protagonizar este culebrón. Por cierto, gracias por lo preocupados que estuvisteis John y tú por mí —le reprocho.

—No estaba preocupada porque estábamos en una zona megasegura. Qué te iba a ocurrir, ¿romperte una uña? Aparte, tu amiguito o lo que sea, tampoco nos permitió salir con él, dijo que se encargaría solito. Me puso esa cara de matón macizo y no pude negarle nada. —Sonríe de manera pícaro.

—¡Claro! Y tú aprovechaste para seguir a lo tuyo con John; ¿ya has conocido otro amor de tu vida?

—No seas tonta, yo creo que John es gay —susurra.

Un carraspeo a nuestra espalda nos interrumpe antes de que me dé tiempo a replicarla y ambas nos volvemos para comprobar, una más admirada que la otra, que se trata de Richard. Lleva un impoluto traje de chaqueta negro de Tom Ford y una camisa de color perla.

—Buenas noches, señoritas. —Hace una exagerada reverencia—. ¿Interrumpo?

Ahogo mis ganas de decirle que sí, pero muestro una sonrisa falsa mientras mi hermana busca con la mirada la mesa de los canapés.

—No, tranquilo, yo precisamente me disponía a ir a servirme un poco de sushi; si me disculpáis... —Se apresura a desaparecer para dejarnos a solas. Cría cuervos...

Entonces, Richard aprovecha para posar sus preciosos ojos verdes sobre mí y regalarme una radiante sonrisa, convirtiéndome con ello en la protagonista de todas sus ilusiones.

—Estás impresionante, Zoe, nunca me canso de admirarte, me podría pasar la vida entera inmerso en tus ojos. —Besa mi mano con suma delicadeza, aprovechando el gesto para recorrer con sus ávidos ojos, de manera no demasiado disimulada, cada parte de mi vestido azul, uno muy escotado que me he comprado esta mañana para la ocasión y que resalta mi figura de forma grandilocuente.

Yo desvío la mirada hacia el suelo, aparentando un rubor que no siento, pero que mi madre siempre nos ha inculcado a mi hermana y a mí: «Ese gesto

os vendrá muy bien para salvar momentos comprometidos ante un hombre de la alta sociedad», nos aconsejaba.

Richard es más alto que yo, es un hombre alto y gallardo. Tiene el cabello castaño, escrupulosamente peinado hacia atrás y una anatomía atlética que hace las delicias de cualquier fémina que se cruce en su camino. A sus treinta y nueve años recién cumplidos es todo un galán.

—Felicidades, Richard —recito de manera cortés.

—Gracias, querida —sonríe de nuevo—, creo que deberíamos tratar cierto asunto que tu madre me ha dado a entender hace tan sólo un momento, pero que no termino de creerme, pues, de ser verdad, no podré evitar gritarlo a los cuatro vientos.

¡La voy a matar!

No me da tiempo a responderle, porque coge mi mano y me lleva hacia una de las salas contiguas. Se conoce la casa de mis padres como la suya propia, pues hemos sido vecinos toda la vida y en la actualidad es uno de los socios de mi padre, por lo que suelo verle más a menudo de lo que me gustaría, tanto en la empresa como aquí.

Entramos en la sala de los billares y cierra la puerta tras de sí, donde se apoya durante un breve instante para pensar lo que va a decirme, imagino. Yo merodeo cerca de uno de los billares haciéndome la tonta, pero es más para mantenerme alejada de él que por otra cosa y así, ya de paso, pongo algo de por medio, no vaya a ser que con la emoción se le pase por la cabeza besarme.

—Zoe, no voy a andarme por las ramas porque estoy demasiado nervioso para protocolos. —Su voz suena turbada—: ¿Es cierto que por fin has reconsiderado aceptar mi propuesta de matrimonio?

¡Hala, venga, sin vaselina!

Sus ojos verdes se clavan en los míos, llenos de una esperanza que yo no le he dado, pero la bruja de mi madre sí.

—Yo... —Balbuceo buscando una escapatoria.

¿Y ahora cómo salgo de ésta?

Él avanza hasta mí y en tan sólo dos zancadas lo tengo delante, contemplándome obnubilado.

—¿Sabes cuánto tiempo he soñado con este momento?

—No. —Titubeo.

—Desde que te vi por primera vez, montada en el columpio que aún tenéis colgado en ese viejo olmo —señala la ventana con un gesto nostálgico—, recuerdo que llevabas dos trenzas y un vestido rojo de tul. Cantabas una canción mientras te columpiabas y a mí me sonaba a música celestial. Estabas muy contenta porque tus padres habían prometido comprarte un cachorro.

—¡Oh, sí! Lo recuerdo perfectamente: mis padres nunca estaban en casa y, cuando se lo eché en cara, prometieron regalarme un perrito para que me hiciese la compañía que ellos no me daban. También prometieron pasar más tiempo conmigo, pero nunca cumplieron ninguna de las dos cosas, ni el cachorro, ni su tiempo junto a mí, siempre tenían mejores cosas que hacer. Ahí fue cuando aprendí lo que valían sus promesas.

Sin darme cuenta, he perdido la compostura y me he dejado llevar por el resentimiento, aunque me viene de perlas haber cambiado de tema.

—Zoe, sabes que levantar un imperio conlleva cosas negativas, entre ellas desatender a tus hijos, aunque supongo que ahora te alegrarás —me explica con paciencia, como haría un padre con su hija.

—El tiempo perdido nunca vuelve, Richard, creo que podrían haber sacado algunos minutos para jugar con nosotras, pero mi madre siempre estaba demasiado ocupada arreglándose y pasando tiempo con sus amigas, aunque eso no es asunto tuyo, no tengo que contarte mis traumas infantiles. —Sonrío con aflicción, intentando volver a parecer una damisela.

Él acaricia mi barbilla con un dedo para elevar mi rostro, haciendo que mi mirada se encuentre con la suya.

—No, Zoe, en eso te equivocas —susurra—. Quiero que me cuentes cada segundo que has vivido, cada cosa que me he perdido, necesito conocerte

mejor que nadie y ganarme tu confianza. Sabes de sobra que toda mi vida he estado enamorado de ti y deseo que sepas que no me casaré con nadie que no seas tú, por mucho que lo intenten mis padres, porque sólo te quiero a ti.

«Ostras, ¿y ahora qué hago?»

Miro hacia otra parte justo cuando se acerca para besarme. Una cobra en toda regla, vamos.

—Perdona si te he importunado —indica algo confundido y con el ego dañado.

—No es eso, Richard, tan sólo necesito tiempo. Yo no siento lo mismo por ti, no estoy a tu nivel y lo sabes porque nunca te he mentado con respecto a mis sentimientos —alego en mi defensa.

—Zoe, llevo esperándote más de veinte años, si no te ha dado tiempo a estar preparada, no vas a estarlo nunca. No entiendo por qué tu madre me ha hecho pasar por este mal trago. He sido el hombre más feliz sobre la faz de la Tierra durante un breve instante, pero de pronto me siento estúpido —ahora está más enojado aún—, creía que era un hecho.

La pena reflejada en su rostro me hace soltar una idiotez soberana para que no se sienta tan desgraciado.

—Eres un buen hombre, respetable, atractivo, educado, de buena familia y posición social, cualquier mujer mataría por estar a tu lado, Richard, pero yo sólo te veo como un buen amigo; no sé si alguna vez podré sentir lo mismo que tú y no quiero hacerte daño si lo intento.

Entonces, algo vuelve a brillar en sus ojos gracias a mi última frase.

—Eso no me importa, Zoe, estoy dispuesto a esperar el tiempo que haga falta, incluso estoy dispuesto a sufrir, pero lo que no podría soportar sería verte con otro hombre. Sólo de pensarlo me pongo enfermo.

De repente, dos ojos del color del mar acuden a mi mente.

—No creo que eso sea justo —insisto.

—Podemos probar, no perdemos nada, ¿no crees? Te propongo que salgas conmigo y tan sólo permitas que intente conquistarte. Si no lo consigo,

seguiremos siendo amigos.

«Kenneth debe volver a casa y ésta es la única vía», me recuerdo.

«Di que no, di que no, di que no», me repito.

—Está bien, pero sin agobios —le advierto.

—Sin agobios. —Sonríe ampliamente.

Sin que me dé cuenta, me coge por los aires y se pone a girar sobre sí mismo conmigo entre sus brazos, sin parar de reír. Yo intento no reírme, pero su emoción termina contagiándome.

—Te prometo que viviré para hacerte feliz, mi amor —susurra mientras me baja al suelo y posa con suavidad sus labios sobre los míos, pillándome desprevenida y sin que me dé tiempo a retirarme. He de admitir que no me disgusta la sensación, pero tampoco es que me vuelva loca. Podría decirse que siento lo mismo que cuando poso una manzana sobre mis labios, o sea, nada.

Justo en ese momento aparecen nuestras madres y, al vernos juntos, se detienen en seco, ambas con una gran sonrisa.

—¡Vivan los novios! —exclama Rosalín, su madre, embriagada de dicha y de champán, elevando la copa que lleva en la mano y brindando con mi madre—. Nunca pensé que fuésemos a ser consuegras, Ashley, pero mis ojos acababan de presenciar lo que jamás creí posible.

—Te dije que era un hecho —murmura mi madre, encantada de la vida.

Rosalín corre a abrazar a su hijo entre lágrimas.

—Cariño, me alegro tanto por ti... —le dice besando su frente.

—Zoe, hija mía, mi hijo te ama más que a nada en esta vida, puedo garantizarte que vais a ser muy felices juntos. —Me abraza.

Yo aniquilo a mi madre con la mirada mientras ella me da el beso de Judas en la mejilla, pues otra vez se ha salido con la suya, sin importarle nada más.

—Habrà que dar la buena noticia a todos los invitados —propone mi madre, exuberante de dicha.

—¡No, Ashley! —Richard la detiene al ver que me estoy poniendo de un

color azul nada saludable—. Nosotros daremos la noticia cuando sea el momento.

Ella asiente no del todo conforme, pues se huele que no voy a permitir que gane esta batalla tan fácilmente.

—Está bien, cuando sea el momento, pero te recomiendo que no tardes demasiado, ya sabes que mi hija cambia de opinión con frecuencia y es más escurridiza que un pez.

—Lo habré heredado —le reprocho sonriente.

—No te preocupes, cuando ella esté preparada daremos la noticia; no me importa esperar lo que sea necesario, ya me ha dado el mejor regalo de cumpleaños de toda mi vida —apunta Richard, mirándome con unos ojos llenos de amor.

La mirada que me dedica su madre va cargada de celos, aunque intente disimularlo. La mirada que yo le devuelvo va cargada de desasosiego, aunque no creo que ella lo capte como tal.

—Creo que todos deberíamos relajarnos —comento para que se centren estas dos arpías milenarias cubiertas de bótox—, todos sabemos que el matrimonio me produce urticaria y que Richard se merece una mujer que lo ame y no un desastre como yo.

—Eso mismo le he dicho yo mil veces, querida —comenta su madre a modo de broma, aunque a mí no me hace ninguna gracia.

—Pues por eso mismo vamos a ir despacio, nos vamos a conocer, y en un futuro... —añade Richard esperanzado, también para apaciguar la fiera que está a punto de salir a arañar a la señora Lewis.

—Hija ¿de qué futuro hablas? Vas a cumplir treinta años, y si quieres tener hijos...

—¡Mamá, o paras o me largo! —La detengo con la señal de stop en mi mano delante de su cara—. No tenías derecho a entrometerte en mi vida, pero ya que lo has hecho —la aniquilo con la mirada para advertirla que esto no va

a quedar así—, tengo derecho a establecer las normas. Si os parece bien, perfecto, y si no, también.

Ya hemos perdido todos las formas hace rato, así que no me voy a esforzar por ser recatada y humilde.

—Zoe, no te enfades con ella —intercede Richard, ejerciendo de abogado del diablo—. Está muy emocionada por imaginar a su hija casada y con hijos, dale su tiempo a ella también.

Y así es como se gana a la suegra, sí señor. Mi madre no corre a refugiarse en sus brazos, sollozando, de milagro. ¡Cómo la odio!

Mis ojos oscilan entre las tres personas que tengo delante, algo oprime mi pecho sin dejarme respirar y, de pronto, quiero largarme de aquí, no me siento cómoda con ninguna de ellas, así que pongo pies en polvorosa y salgo de la sala a toda prisa, a pesar de mis tacones infinitos.

* * *

En cuanto llego al gran salón, descubro que mi padre me observa con ojos aguileños, me conoce de sobra y sabe que algo me preocupa. Entonces, abandona el grupo de magnates con el que supongo que mantenía una aburrida charla de negocios y se dirige hacia mí. Pero, justo en ese momento, una mano rodea mi cintura y hace que me vuelva y choque contra su pecho, y de nuevo sus dos ojos verdes se ciernen sobre los míos.

—Zoe, por favor, perdona a mi madre y discúlpame a mí también, la emoción del momento nos ha jugado una mala pasada. Ya hemos hablado y les he pedido a ambas que no vuelvan a tocar el tema —suplica afectado.

—Richard, ¿ocurre algo? —La voz de Emily a mi espalda parece realmente preocupada. No entiendo el motivo, ya que Richard tan sólo es su jefe, que yo sepa.

Él pasa de ella, ni siquiera la mira.

—Richard, déjame, por favor, estoy agobiada. —Intento separarme de él,

pero continúa abrazándome con fuerza.

En ese momento, mi padre me coge de la mano y me aparta de su cuerpo.

—Discúlpalos, Richard —establece en un tono seco.

Sólo entonces, el señor Lewis Júnior me suelta y Emily se acerca para interesarse por él.

Mi padre y yo nos dirigimos hacia uno de los enormes balcones que dan al inmenso jardín y nos sentamos en el gran balancín blanco.

—¿Recuerdas cuando eras pequeña y venías aquí cada vez que te enfadabas? —me pregunta con una gran sonrisa en sus labios y una mirada melancólica.

—Claro que lo recuerdo, estaba más tiempo aquí que en el resto de la casa. —Sonrío con añoranza—. Siempre estaba enfadada.

¡Qué tiempos aquellos en los que mi única preocupación era tener una muñeca más grande que la de mi hermana o un vestido más pomposo!

—Siempre has tenido mucho genio, hija. —Se ríe.

—Lo sigo teniendo. —Le doy en el hombro con el mío.

—Pues no lo parece.

Nos miramos los dos y, de pronto, lo comprendo todo. No quiere que me case con Richard o, al menos, no porque lo diga mi madre.

—Papá, no le he dicho que sí, ¿por quién me tomas?

Él respira aliviado.

—Si quieres que Kenneth trabaje para ti sólo tienes que volver a contratarlo, eres una mujer independiente, puedes contratar a quien quieras; lo del otro día fue un mal trago y hablamos todos en caliente. Sólo quiero que sepas que no tienes que casarte con alguien a quien no amas por mí, ni por tu madre, ni por nadie más que no seas tú, no eres una moneda de cambio y menos por algo tan insignificante como es un guardaespaldas.

—¡Menos mal, alguien cuerdo en mi familia! —exclamo.

—Tu madre últimamente se aburre demasiado —comenta sonriente.

Entre las personas de clase social más alta no está bien visto que hagas

nada sin el previo consentimiento de tus progenitores, pero yo tengo la suerte de que mi padre no ha nacido siendo aristócrata.

—Ya sé que todo es parte de su plan, papá, lleva tramándolo desde que nací, pero aun así te agradezco que te pongas de mi parte. Cuando estábamos ahí dentro me he sentido presa de una trama maquiavélica de la que no podía salir y no me ha gustado nada —le cuento.

—Tu madre está deseando casarte con Richard desde siempre, Zoe, eso ya lo sabemos, no es nada nuevo. Lo que me sorprende es que tú hayas accedido a su propuesta; ¿qué ha cambiado? —pregunta.

—Lo que sucede es que tu mujer me ha lavado el cerebro, inculcándome desde pequeña que si no te casas no eres nadie en la vida y, al final, mi subconsciente me ha jugado una mala pasada —bromeo.

Él suelta una carcajada.

—Eso no te lo crees ni tú; ¿desde cuándo has hecho caso a tu madre? Ni tu hermana ni tú la habéis obedecido nunca, más bien todo lo contrario. ¡Disfrutabais llevándole la contraria! —recuerda divertido.

—Es que es la antimadre, no lo niegues.

Vuelve a reírse, asintiendo.

—¡Y la antiesposa! —añade, a lo que yo también sonrío.

Permanecemos un momento en silencio, escuchando la algarabía de la fiesta a nuestra espalda, degustando el olor a jazmines y contemplando el precioso jardín lleno de flores e iluminado con las farolas londinenses que tenemos enfrente.

—Ese muchacho bebe los vientos por ti, hija mía, de eso no me cabe la menor duda. Incluso en las sombras siempre te ha respetado y protegido, soy testigo de ello. Pero no por eso has de renunciar a lo que realmente quieres —me dice.

—En realidad, no sé lo que quiero, papá. Soy consciente de que Richard no me atrae de la manera que debería, pero tampoco lo aborrezco; no sé si podría enamorarme de él, es un hombre muy atractivo y se nota que siente

algo por mí. Tan sólo me ha pedido una oportunidad y tampoco pierdo nada por dársela.

—En eso tienes razón: hay gente que se enamora con el tiempo, podría funcionar ese dicho de que el roce hace el cariño —expone—. Y, si no funciona, sé de sobra que lo mandarás a paseo, por esa parte estoy tranquilo.

Mi madre y él se enamoraron por un flechazo y en su vida ha sido todo pasión, tanto para lo bueno como para lo malo, por eso me aconseja que yo lo haga de una manera distinta, pues su experiencia, a toro pasado, no es del todo positiva.

—Me da miedo no ser capaz de sentir nada por nadie, papá —le confieso.

—No digas tonterías, Zoe, lo que ocurre es que no has encontrado a la persona adecuada.

Y suspiro, rezando para que esa frase sea cierta.

Al cabo de un rato volvemos a entrar en la fiesta, yo cogida de su brazo y riendo. Mi madre nos observa a ambos con cara de lechuza o, lo que es lo mismo, preguntándose si mi padre habrá arruinado sus planes de boda, pero ninguno de los dos le prestamos atención.

—Tu madre mataría por saber de qué hemos hablado —susurra mi padre, y yo suelto una sonora carcajada.

—Déjala que sufra, a ver si le salen arrugas y le da un soponcio. —Ahora el que se ríe es él.

Kim se acerca para decir lloriqueando en mi oído:

—Zoe, me aburro. ¿Nos vamos ya?

—Está bien, vámonos —le concedo.

Las dos le damos un beso en la mejilla a mi padre para despedirnos. Kim y él enseguida sellaron la paz, en cuanto se vieron, pues mi padre no es capaz de estar enfadado con sus hijas más de cinco minutos. Mi madre, sin embargo, es harina de otro costal, por eso ninguna de nosotras se despide de ella ni de nadie más, y con *nadie* me refiero a Richard. Simplemente

desaparecemos de la fiesta como dos adolescentes en apuros, o sea, por la puerta de atrás, escoltadas por un nuevo guardaespaldas que nos lleva a casa.

Cuando estamos en el salón, ya con el pijama puesto, desmaquilladas y a punto de acostarnos, recibo un wasap de Richard:

¿Es así como piensas comenzar una relación? ¿Largándote sin ni siquiera despedirte?

Dejo caer el móvil sobre el sofá con cara de hastío. Kim me observa y sonrío.

—Por tu expresión de inmensa alegría deduzco que el buenorro no es —se mofa, apuntando al teléfono.

—¿Y tú qué? ¿Has llamado ya a tu prometido para decirle cuánto lo echas de menos? —le reprocho.

—Vale, empate técnico —admite.

Nos reímos y nos vamos a la cama. Justo antes de sucumbir a un dulce sueño reparador, vuelve a sonar el móvil. Otro wasap: Número desconocido.

Aléjate de él o lo pagarás caro, zorra.

Y así es como mi dulce sueño reparador se convierte en unas pesadillas horribles, sudores fríos y ojeras al día siguiente.

Mujeres del mundo: Hay hombres que se merecen un «choca esos cinco» en toda la boca con una silla.

CAROLINE, *The man-hater*

Es lunes; anoche no pegué ojo gracias al mensaje de alguna psicópata desquiciada, lo que hace que hoy esté un pelín más irascible que de costumbre y, además, el guardaespaldas que me han asignado, hasta que Kenneth esté recuperado del todo y vuelva a ejercer, es un mentecato, un niñato recién salido de la academia que se las da de listo. Con decirnos que esta mañana lo he tenido que esperar tres veces con el coche porque no era capaz de seguir mi ritmo y, encima, me echaba a mí la culpa.

—Intente ir más despacio, señorita O'Connor, por favor; no me han contratado para hacer rallies interurbanos —me ha instado al llegar al parking del trabajo mientras hiperventilaba nervioso.

—¡Por Dios, pero si he ido a paso de tortuga! Cuando quiera hacer un rally ni siquiera verás el humo de mi tubo de escape, no es mi culpa que no sepas conducir —lo he reprendido, molesta por su ineptitud al volante y su falta de humildad.

—Pero si la pierdo por la ciudad no podré protegerla —me ha explicado preocupado.

—Pues, entonces, me veré obligada a despedirte.

Y me he largado con paso firme, bajo su atónita mirada. ¡Tonterías a mí las justas!

Ya lo que me hacía falta, tener que esperarlo en cada esquina como si fuese su madre; ¿no se supone que los adiestran para eso? ¿Y si tuviese que perseguir a un asesino en serie, en vez de a una joven indefensa como yo? Imagino, por un instante, que si lo despidiese no tendría que aguantar que me acompañase a todas partes, al menos durante unos días. Aunque, por otro lado, es el trato que hice con Kenneth a cambio de que volviera.

—Nada de ir sola al trabajo..., ni a ninguna otra parte —me ordenó, mientras yo pensaba con los dedos cruzados por detrás de la espalda: «No, hasta que se apacigüen las aguas, palabrita del Niño Jesús».

Así que mi gozo en un pozo.

Toda la mañana en la oficina ha sido de locos, llena de reclamaciones y problemas por doquier.

—Eso te pasa por salir tanto, si estuvieses fresca como una lechuga no tendrías esa cara de amargada, ni lo verías todo tan negativo —me sermonea John mientras me dirijo refunfuñando hacia mi despacho.

—¡Cállate, maldito aguafiestas! —exclamo antes de cerrar mi puerta con un fuerte golpe. Si nunca salgo, por el amor de Dios.

Y para rematar esta horrenda jornada laboral, a última hora de la tarde, entro en la sala de juntas donde el japonés con el que tenía la famosa reunión la semana pasada, esa que me vi obligada a aplazar porque me drogaron, está sentado junto a todo su equipo directivo. Con cara de no haber ido al baño desde hace meses, por cierto.

Ninguno de ellos, ni siquiera la intérprete que han traído, me saluda al entrar, con lo que deduzco que no están demasiado contentos. Como no hacen ni siquiera el gesto de levantarse, paso de largo hasta que me siento en mi sitio. Esto no me gusta.

Tras un par de horas exponiendo los beneficios que supondría trabajar juntos, estoy cansada de escuchar mi propia voz y tengo la boca seca. Tomo asiento para proceder a la fase de ruegos y preguntas, pero la intérprete, que

también acaba de sentarse, me observa con cara de pocos amigos ante una escueta frase que le dice su jefe.

—El señor Kobayashi no quiere tratar de negocios con una mujer —suelta. Mi dignidad herida de muerte provoca que alce una ceja y espete furiosa:

—¿Y tú qué eres?

—Yo tan sólo soy una intérprete, no tomo decisiones —responde altiva la muy...

¡¿Y no lo podría haber dicho antes?!

—Pues dile al señor Kobayashi —me armo de paciencia para no llamarlo «pequeño cabrón»— que si no es lo bastante hombre como para tratar de negocios con una mujer, tampoco lo será para...

—¡Buenos días! —me interrumpe un más que resplandeciente Richard, que aparece por la puerta de la sala de juntas como un oportuno rayo de luz en medio de la tormenta que se cernía sobre este maldito japonés machista.

Les falta tiempo a los japoneses para levantarse de su sitio y saludar a Richard, enormemente complacidos, incluida la odiosa intérprete, que ahora se deshace en elogios, babeando por él. Cuando llega a mi altura, me susurra entre dientes, mientras estrecha mi mano a modo de saludo cordial.

—Sígueme el rollo o estaremos metidos en un buen lío.

Se sienta en la silla que hasta ahora ocupaba yo, consiguiendo que me quede de pie tras él buscando algo punzante con la mirada para clavarle en la nuca.

—Como ya les habrá informado mi secretaria, la señorita O'Connor...

Después de esto no escucho nada más, porque mi mente se nubla para no ser consciente de que el resultado de todo mi esfuerzo y dedicación se ve reducido a tener órganos reproductivos femeninos o masculinos, y la indignación que me corroe es tal, que ahora mismo no sería capaz de discernir el bien del mal. Sólo quiero aniquilar a esos malditos japoneses, pero con algo que les produzca sufrimiento y dolor en cantidades industriales.

Cuando consigo volver en mí para escupir millones de insultos por la boca

y tirar a los repugnantes *japos* por la ventana, oigo a la intérprete decir:

—Muy bien, señor Lewis; el señor Kobayashi está muy satisfecho con la transacción, está seguro de que esta nueva relación empresarial será muy beneficiosa para ambas partes.

Y, sólo entonces, me detengo, pensando en mi padre y en el bien común. Recapacitando, por todos los trabajadores que tenemos a nuestro cargo, que no merecen morir carbonizados porque una loca prenda fuego a una sala de juntas llena de japoneses machistas. Y por esta única razón en el mundo, decido mantener mi piquito de oro cerrado hasta que la sala se queda vacía y en silencio.

Cuando Richard vuelve a reunirse conmigo, pues se ha marchado para acompañar a esos desgraciados hasta el ascensor, su mirada es de súplica, nada tiene que ver con la del empresario potente de hace un rato. Yo, sin embargo, me encuentro hiperventilando y a punto de estallar de furia, creo que incluso estoy morada.

—Zoe... —Se acerca hasta mí con el brazo extendido, como podría hacerlo si a lo que se aproximase fuera una pantera salvaje.

—¡No te atrevas a tocarme! —rujo, esquivando su mano.

—Cariño, yo...

—¡Vuelve a llamarme «cariño» y lo último que verás en tu vida será mi puño!

Paso olímpicamente de mantener las apariencias de niña buena de la alta sociedad y saco el huracán que llevo dentro, pero él parece no sorprenderse demasiado, ya que me conoce y me ha visto en diversas situaciones, aunque no recuerdo que en ninguna estuviese tan cabreada como en ésta.

Incluso parece que evita reírse ante mi absurda amenaza, pues, como es evidente, un puñetazo mío le haría más cosquillas que otra cosa, cuanto más para matarlo, pero trata de mantener la compostura, lo cual le salva la vida o, al menos, su puesto de trabajo.

—Mi intervención era necesaria, Zoe, tu padre me advirtió de los posibles

riesgos de la operación. He estado observando desde fuera porque creo en ti, hasta que he visto que todos tus esfuerzos eran inútiles. Ellos nunca negociarían con una mujer, es su cultura —me explica.

—¡A la mierda su cultura! ¡Y a la mierda los hombres! —exploto.

—El fin justifica los medios; no es para tanto, Zoe.

Lo fulmino con la mirada.

—Perdona, pero ¿te haces una ligera idea de lo difícil que resulta ser mujer en este mundo de mierda? ¿Acaso piensas que es de recibo sentirme menospreciada a cada paso que doy? ¿Crees que no soy consciente de lo que pensáis los hombres sobre mí? ¡Sólo soy un trozo de carne con tacones! —Imito la voz masculina—. ¿Crees que eso no te mina la moral, Richard? Todo lo que he conseguido en mi vida laboral acaba de venirse abajo de un plumazo ¡por tu culpa!

A mi mente acuden ahora mismo las palabras de mi padre: «Richard cuida de ti entre las sombras». Y no sé si ese hecho me agrada o me aterra.

—Cúlpame a mí si quieres, Zoe, pero los dos sabemos que no tienes razón.

Se marcha cabizbajo y yo ahogo un grito colérico. Me quito un zapato y lo lanzo con fuerza contra la puerta una vez que la cierra tras de sí.

He perdido los papeles y lo sé, pero es que me muero de rabia e impotencia. ¿Todo el esfuerzo y el sacrificio realizados durante tantos años, demostrando el doble que los demás, para conseguir ser considerada en el mundo empresarial como lo que merezco y no para que me llamen «la hija de», para esto?

Me he bajado los pantalones por un puñado de dólares y eso no me lo perdonaré nunca. Como tampoco le perdonaré a mi padre que me haya hecho creer que iba a conseguirlo, cuando sabía desde el principio que no iba a ser así, dejándome hacer el canelo de esta manera. ¡Vaya humillación!

Ahora comprendo que quien me vigilaba entre las sombras desde un principio era él y que me ha tenido entre algodones durante años para que estuviese ocupada y vigilada, ¡y juro que lo va a pagar caro!

Corro hasta mi despacho para coger mi bolso y poder largarme de aquí cuanto antes, pues mi mundo se está derrumbando ante mis ojos y no pienso permanecer dentro para que me aplasten los escombros. Al pasar por delante de John me sonrío.

—¿Qué tal ha ido? ¿Lo has conseguido, superjefa? —pregunta.

Lo fulmino con la mirada. Ahora me parece que lo comenta con sarcasmo y que, en realidad, nadie me toma en serio. Es como si, de pronto, se me hubiese caído la venda de los ojos y viese otro mundo paralelo que nada tiene que ver con el que he vivido siempre.

—No me hables —gruño furiosa—. ¡Odio a los hombres! ¡Os odio a todos!

Él me observa boquiabierto, aunque sabe de sobra que no debe añadir nada más porque me conoce bien. Cojo mis cosas y vuelvo a salir para dirigirme hacia el ascensor, pero mi ayudante me intercepta a mitad del pasillo.

—Zoe, ¿te encuentras bien?

—John, déjame, no atiendo a razones, ahora mismo sólo quiero destrozar cosas, así que por tu bien, te ruego que te apartes de mi camino. —Intento ser razonable y no soltarle un zarpazo.

—Me preocupas.

—No más que tú a mí.

Le esquivo y me marchó.

Ahora mismo, sólo hay una persona en el mundo capaz de entenderme y aplacar mi particular tsunami interior.

No hay nada más peligroso en el mundo que dos amigas solteras que salen de marcha para odiar a los hombres juntas.

CAROLINE, *The man-hater*

—Nena, no creo que todo eso que me estás contando sea así, tu padre te adora y te admira, no lo veo tramando toda esta conspiración contra ti —me rebate Caroline mientras sorbe de manera apacible de la pajita que sobresale de su Manhattan. Yo, sin embargo, voy por el tercer whisky.

Nos encontramos sentadas junto a la barra de un pequeño bar rockero llamado The Smell, situado en el Downtown. Todo a nuestro alrededor es muy oscuro y cutre, pero el cantante de la banda que está tocando sobre el escenario es el último capricho de mi amiga y por eso me ha traído hasta aquí.

—Caroline —me dirijo a ella, mientras intento en vano reducir la distancia que hay entre el bajo del vestido verde que me ha prestado y el suelo, pero no lo consigo, con lo que prácticamente se me ve todo el culo—. Te estoy diciendo que los dos sabían que ese puto *japo* —sí, cuando bebo suelto tacos — no iba a firmar el contrato y, aun así, ¡permitieron que hiciese el ridículo cuando lo podrían haber evitado!

—En eso tienes razón, podrían haberse inventado cualquier excusa y celebrar la reunión mientras no estabas. —Se encoge de hombros—. Pero eres la heredera de la empresa, tu padre va a darte el relevo; ¿crees que si lo que supones fuese cierto, lo haría?

—Si estuviese casada con alguien en quien él confiase, sí —musito pensativa. Todo me encaja de golpe.

—¿A qué te refieres? ¿Me he perdido algo? —pregunta intrigada.

—Da igual, ya nada importa, he tomado una decisión —le cuento con una enorme sonrisa.

—¡Miedo me das! ¡Ilumíname!

—Voy a dejar la empresa —anuncio orgullosa, levantando la copa.

Ella se atraganta con el último trago que ha dado de su cóctel.

—¿Estás loca?! ¡Adoras tu trabajo! —intenta argumentar entre su tos.

—Lo adoraba —rectifico.

En este momento, se acercan a nosotras dos tíos bastante atractivos, pero demasiado inoportunos. Uno de ellos, el que se ha situado a mi espalda para rodearla con el brazo apoyado en la barra, devora mis piernas con los ojos y me susurra al oído:

—¿Qué hace una belleza como tú en un antro como éste?

—Eso quisiera saber yo —le respondo.

Él se lo toma como una invitación a algo y se coloca frente a mí.

—Pues si quieres te lo explico: has venido para hacerme feliz.

Suelto una carcajada involuntaria.

—¡Por Dios, vaya tontería! —musito entre risas, creo que bastante animada por el alcohol que corre por mis venas—. ¿En serio, esa gilipollez te funciona con las mujeres?

Él me mira algo confundido.

—Zoe, despídete de estos tipos, que ya se marchan —dice Caroline para que se den por aludidos, está claro que a bordes no nos gana nadie.

—¡Adiós! —Los despido con la mano, partiéndome de risa.

Entonces, el que había estado tonteando conmigo se pone más serio.

—Oye —protesta— no tenéis derecho a tratarnos así, sólo sois un par de furcias borrachas, ¿qué os habéis creído?

—Furcia será tu madre —salta Caroline.

No sé cómo se suceden los acontecimientos exactamente, sólo recuerdo que el malnacido pega un guantazo a Caroline, que ella se lo devuelve y que acto seguido el cantante y toda su banda se están liando a puñetazos en el bar a diestro y siniestro, mientras las sillas y las mesas vuelan por los aires.

Caroline y yo permanecemos agachadas junto a la barra, gritando como locas y cubriendo nuestras cabezas con las manos, porque el culo ya lo he dado por perdido hace rato, hasta que un brazo gigantesco me rodea por la cintura para elevarme y sacarme del local a toda prisa.

No he dejado de gritar ni patalear en ningún momento, ni siquiera cuando el gigante me suelta en el suelo y descubro que ¡¡¡se trata de Irion!!!

—Joder, no pienso volver a salvarte la vida, mujer —gruñe enojado—. Eres una inagotable fuente de problemas.

Yo no soy capaz de añadir nada porque, al instante, aparece su amigo Will cargando a Caroline sobre su hombro como a un saco de patatas. Ella no ha dejado de gritar todavía.

—¡Corre, Zoe, que nos secuestran! —Me coge de la mano en cuanto sus pies rozan el suelo, tirando de mí para que la siga, pero como se da cuenta de que opongo resistencia, se detiene a mirarme con cara de loca—. ¿Qué coño haces?

—Los conozco, tranquila —la informo, señalando a los dos hombres que nos observan con caras raras.

Irion da un empujón a su amigo para que deje de mirarme, sin embargo, él no se corta un pelo. Entonces, persigo el camino de sus oscuros ojos lascivos para descubrir que termina justo en mi tanga, y es que ¡tengo el vestido enrollado hasta la cintura! Me apresuro a bajar la tela para volver a tapar mi trasero cuanto antes. No entiendo cómo Caroline puede tener una colección completa de estos minivestidos en su coche, si son superincómodos.

—¡Deja de mirarme, maldito perverso! —le exijo a mi salvador.

—Pues deja de ponerte esos retales de tela, que no tapan ni lo básico —me recrimina.

—¡Oye, guapo! —espeta Caroline en defensa de su vestido, pero Irion se vuelve para mirarla y ella se queda completamente paralizada al tenerlo de frente—. ¡Soy Caroline, encantada! —Le estrecha la mano más que complacida y él ahoga un mohín triunfal.

—¡Oh, eres una chaquetera! —le recrimino a mi amiga, indignada—. Qué pasa, ¿que sólo porque tenga los ojos azules, una preciosa sonrisa y un cuerpo de infarto te cambias de bando?

«¿He dicho yo eso?»

—Por supuesto que me cambio de bando, ¡y de lo que haga falta! —me contesta ella, obnubilada por completo, por lo que él esboza una ligera sonrisa—. Pero ¿tú has visto bien a este tío?

Yo pongo los ojos en blanco, negando con la cabeza.

Y sí, lo he visto bien, ahí plantado frente a mí, con unos vaqueros negros rotos y una de sus camisetas oscuras de grupos de rock; parece un lobo peligroso. De hecho, también lo he besado y ese maldito beso me hizo sentir como nunca, no logro sacármelo de la cabeza y no puedo evitar percibir cómo esa tensión que hay entre nosotros recorre mis venas. Es algo supermolesto.

Irion, entonces, se vuelve hacia mí, ensanchando más su sonrisa y entrecerrando los ojos para estudiarme por mi inesperado piropo.

—Ya veo que estás muy agradecida porque te haya salvado la vida una vez más, ojazos. Por cierto, ¿dónde está tu novio?, porque resulta obvio que precisas de la protección de un hombre las veinticuatro horas del día y él nunca está cuando más lo necesitas.

—¡No necesito un hombre para nada! —protesto, enojada por la maldita manía que tienen todos de decirme esa basura últimamente.

—Vaya, el hombre perfecto acaba de cagarla —se queja mi amiga—. Mucho ha tardado.

—Pues yo creo que sí lo necesitas. Es obvio que atraes los problemas y nunca se sabe cuántos peligros pueden estar aguardándote —insinúa

provocador.

Yo suelto un bufido, seguido por una risa.

—¿Y el mayor de los peligros pretende protegerme?! —le pregunto con guasa.

Abre los ojos de forma desmesurada, fingiendo un asombro que no siente. Es obvio que se está burlando de mí.

—¿Yo?! ¡No sería tu protector ni aunque me pagases millones! —gruñe.

—Pues yo lo sería, aunque no me pagases nada —nos interrumpe Will, llevándose un fuerte empujón de su amigo por ello.

—¿A qué novio se refiere, Zoe? —Caroline se mete en la conversación, con las manos sobre su cintura.

«Va a meter la pata hasta el fondo, lo sé.»

—¿Pues a mi novio! ¿A quién si no?

Yo la miro fijamente tratando de que capte algún mensaje oculto en esa mirada y en mi tono de voz, pero no lo consigo, pues Irion me está observando con atención y con ello no me permite hacerle ningún gesto extraño a mi amiga que consiga que me entienda sin delatarme.

—¿Caroline, *my Darling!* —aúlla una voz de hombre desde la puerta de The Smell.

—¿Bobby! —exclama ella, mientras corre a reunirse con el cantante del grupo que tocaba hasta hace un momento en el local y que tiene la cara llena de sangre, pero sonriente—. ¡Gracias por defendernos!

Ambos se funden en un gran abrazo, seguido de un tórrido morreo sólo apto para mayores de edad, bajo nuestra atenta mirada. Me extraña mucho verla en una actitud tan cariñosa con alguien del género masculino, doy por hecho que es producto de los nervios que hemos pasado, pues todavía tenemos la adrenalina a tope.

—Joder, ya podrías agradecer las cosas tú también así, Zoe —me critica Will.

Irion resopla enojado y lo aniquila con una mirada fulminante.

—Will, ¿te has propuesto tocarme los cojones esta noche o acaso tienes ganas de pelea?! —brama entre dientes.

—Joder, tío, si tú no quieres nada con ella, podrías dejarnos a los demás que al menos lo intentásemos —le responde.

—¡Oye! ¿Acaso piensas que soy un premio, idiota? —me quejo.

Entonces, Irion lo levanta por la pechera y lo empotra contra la pared que tiene a su espalda. Le está diciendo algo en bajo que no logro oír y termina soltándolo con violencia para añadir:

—¡Te doy tres segundos para que te largues!

Will se recoloca la ropa de mala gana, sin dejar de mirarlo a los ojos, mete las manos en los bolsillos de los pantalones y se marcha cabizbajo, sin ni siquiera despedirse.

Caroline y su ligue han desaparecido del mapa, supongo que habrán ido a sofocar su fuego a algún sitio y me ha dejado sola, cosa bastante habitual en ella.

Cuando Irion se vuelve para hacerme frente, sus ojos impactan contra los míos y con un gesto tan simple como mirarme consigue encenderme, pero me apresuro a ocultarlo.

—Para no ser mi protector, lo disimulas muy bien.

—¿Puedes explicarme qué diablos haces tú en medio de una maldita pelea de este barrio? —pregunta.

—Mi amiga está liada con ese cantante de pacotilla, hemos venido a ver su concierto, pero, de pronto, han empezado a volar las sillas por los aires —le explico.

—Ya. Y seguro que tú no has tenido nada que ver —añade.

Caroline acaba de darle las gracias a su follamigo por defendernos, me ha pillado. Trato de contener la risilla que me produce el alcohol mezclado con el hecho de verlo igual de enfadado que confuso.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Entonces, estallo y rompo en una carcajada. Él alucina.

—Pues que hoy ha sido uno de los peores días de mi vida: me voy a despedir del trabajo, voy a discutir con mi padre y me voy a casar con un hombre que detesto. —Sigo riéndome, presa de lo surrealista de la situación—. Y, para rematarlo todo, un tío guapísimo al que no conozco de nada vuelve a salvarme la vida por segunda vez; ¿no te resulta absurdo? —pronuncio entre risas.

—¿De mí no hablas en futuro? —apunta, devorándome con sus ojos azules cargados de lujuria.

—No me conviene hacerlo.

No puedo evitar que mi mirada se pasee inquieta por su ancho pecho, para que después recorra sus fuertes brazos llenos de tatuajes, esos que reflejan su rebeldía, y que, finalmente, vuelva a fijarse en sus preciosos ojos. Ahora mismo sus labios serían lo único que podría mejorar este maldito día.

—¿Y eso por qué? —quiere saber.

—Porque tú no debes estar en mi futuro, sin embargo, no dejas de cruzarte en él —la risa ha dejado paso a una voz que se antoja seductora— y eso me irrita bastante.

Él se aproxima hasta mí, quedándose a escasos centímetros de mi cuerpo, sin perder el contacto visual y consiguiendo ponerme muy nerviosa.

—No debo estar en tu futuro, en eso estoy de acuerdo contigo, ojazos, pero eres tú quien me lo pone cada vez más difícil. Cuando te tengo frente a mí, ardiendo por mí como ahora mismo, tengo que armarme del mayor autocontrol del que soy capaz para no tocarte y, créeme, no tengo demasiado —susurra, mientras admira sin reparos mis firmes y generosos pechos, que asoman por el escote de este maldito minivestido—. Me muero por acariciarte y por devorarte cada vez que te tengo delante, pero perteneces a otro hombre y eso sólo podría hacernos daño a los tres.

A mí sólo me falta jadear ante sus palabras, pues he visualizado de repente sus labios sobre mis pezones y he tenido que juntar las rodillas para no mojarme la ropa interior.

—Yo no pertenezco a nadie —le confieso, presa de la excitación descontrolada que me provoca—. La esclavitud se abolió hace siglos.

Él sonríe por mi comentario, aunque no es una risa explícita, más bien una provocación. Le gusta pincharme con esas sandeces machistas.

—¿Y qué hay de ese hombre al que has mencionado antes? ¿No ibas a casarte con él, incluso sin amarlo?

—No es nadie importante —me apresuro a contestarle, mordiéndome el labio inferior, ansiosa por su tacto.

—Entonces, nada me impide hacer lo que deseo.

Arrasa con la escasa distancia que nos separa, abarcando con ambas manos mi mentón y mi cuello para atrapar mi boca con la suya. Un gemido ahogado sale de mi garganta en cuanto siento sus labios sobre los míos, como si volver a acariciarlos me devolviese la vida. Enseguida, su beso se vuelve más exigente, nuestras lenguas se enlazan y él comienza a avanzar sin soltarme, mientras yo retrocedo, sin despegar sus labios de los míos, hasta que mi espalda choca contra algo duro.

Aprisiona mi cuerpo entre el suyo y el muro, bajando las manos hasta llegar a mis nalgas, que acaricia con sumo gozo. Desliza una de las manos hasta la parte trasera de mi muslo y lo levanta con fuerza para que mi pierna se pose sobre su cadera. Abro los ojos para descubrir que nos encontramos en un callejón oscuro y, justo entonces, choco con sus increíbles ojos frente a mí, contemplándome con tal deseo que hasta me duele.

Sin ningún tipo de reparo, conduce la mano que no sujeta mi muslo hasta mi entrepierna, donde acaricia delicadamente y sin ninguna prisa por encima de la tela de encaje del tanga. Todo mi ser despierta ante su tacto. Me siento extraña por estar tan receptiva ante alguien a quien casi no conozco, pero mi cuerpo me lo exige. Ambos nos miramos sin censura en medio de la oscuridad, sumidos en otra dimensión, creando una intimidad demasiado intensa para dos extraños.

Continúa con su tortura hasta que se encuentra con una inesperada

humedad, lo que provoca que su rostro se torne aún más excitado y, sin dejar de mirarme en ningún momento, retira la fina tela de mi prenda íntima para introducir poco a poco uno de sus dedos en mi interior. Yo cierro los ojos para degustar semejante sensación y es entonces cuando vuelve a apresar mis labios entre los suyos, acompañándolo de un gruñido seco y encendiendo así un fuego incandescente en mis entrañas que jamás creí que pudiese sentir.

—¿Te gusta que mi dedo te folle así, ojazos? —susurra contra mis labios, a la vez que lo mueve de manera candente, por lo que a mí se me escapa un gemido que hace las veces de respuesta.

Nunca me han hablado así. Nunca me han tratado así. Y me pesa admitir que me vuelve loca.

Nuestras lenguas se mueven al compás de su dedo, con suavidad, pero con una voracidad desmedida. Poco a poco, va aumentando el ritmo, lo que consigue que yo eleve la cadera hacia su cuerpo, suplicando más. Estoy a punto de perder la cordura en el momento en que por fin consigo relajarme, y es entonces cuando la pierdo por completo, dejándome llevar por el fuerte orgasmo que me regala su experta falange. Gimo contra sus labios y él parece volverse loco.

Abro los ojos lentamente, todavía envuelta en el placer que me acaba de embargar y, de pronto, él se aparta un poco de mí, sonriente. Estoy segura de que se siente orgulloso de su proeza, el muy gañán. Intrigada, a la par que molesta, lo descubro respirando con dificultad y con la mirada nublada por la pasión.

—¿Quieres más?

Asiento. Pues claro que lo quiero, ¡todo!

—¿Estás segura? —gruñe con la voz ronca de deseo.

Me inclino hacia él para agarrar su pelo entre mis dedos y lo atraigo hacia mí de nuevo, besándolo con furia, a lo que él responde de la misma manera. Ha sido la señal que necesitaba para saber si quiero delicadeza o rudeza y esta noche necesito sexo duro, sin ñoñerías.

Baja la tela que cubre mis pechos y los saca por encima del sujetador para que su boca hambrienta tome uno de mis pezones, mientras su otra mano acaricia el otro hábilmente. Me sorprende a mí misma soltando un sonoro jadeo que hace eco en el callejón, pero no puedo evitarlo, mi cuerpo ha entrado en combustión de nuevo.

Sube el rostro para observar cómo me restriego por el muro como una gata en celo, parece satisfecho.

—Zoe, me vuelves loco —susurra mientras besa mi cuello y vuelve a subir mi pierna hasta su cintura. Saca un preservativo del bolsillo trasero de su pantalón y lo rasga con los dientes.

Entonces, se desabrocha los vaqueros para liberar un miembro enorme, que provoca que abra los ojos de manera descomunal al ver semejante tamaño más que erecto. Entre la penumbra se adivina que es todo venas envueltas en terciopelo. Se pone la goma con suma habilidad y clava sus ojos en los míos, contemplándome extasiado, mientras yo le suplico en silencio que no tarde mucho más, porque, de lo contrario, moriré. Y voy en serio cuando digo que moriré, porque no puedo estar más caliente.

Se coloca entre mis piernas para penetrarme con toda la lentitud de la que es capaz, pues tiembla de fruición; se nota que sabe que cualquier mujer necesita acoplarse a su tamaño, por muy húmeda que esté. Su expresión es de absoluta devoción según va sintiendo cómo lo rodea mi carne, hasta que se hunde del todo en mi interior y yo lo atraigo más hacia mí, apretando sus marmóreas nalgas con mis uñas. Sólo entonces, cierra los ojos para soltar un gruñido de placer.

—¡Dios bendito! —ruge.

Al principio, permanece quieto hasta que mis músculos consiguen relajarse y humedecerse más. Después, comienza a moverse con suma lentitud hasta que sale de mí por completo, dejándome con una extraña sensación de vacío; por eso vuelvo a atraer su trasero con las manos, para que se introduzca en mi cuerpo cuanto antes. Sonríe victorioso.

«Sí, capullo, me estás follando, pero no pares.»

Repite la misma acción unas cuantas veces más, saboreando cada envite y consiguiendo volverme loca según va aumentando el ritmo y la potencia de sus arremetidas. No puede evitar buscar mi boca con desesperación para acallar mis jadeos. Al encontrarse nuestras lenguas, la suya se contagia por mi urgencia, que parece sorprenderlo, y nos fundimos en un beso implacable. Su ritmo ahora se torna devastador, consiguiendo que mis gemidos salgan disparados de forma involuntaria de mi garganta. Nos abrazamos como si no existiese un mañana, intentando ambos estar más juntos aún de lo que ya estamos.

Y así es como sus ojos, sus manos, su boca, su enorme mástil..., en definitiva, su cuerpo entero, consigue que vuele muy lejos de aquí, haciendo que suelte un último gemido al sentir el descomunal orgasmo que me invade, sofocado únicamente por su gruñido feroz.

No puedo creer que algo así haya sido real.

Un instante más tarde, mi cuerpo descansa desfallecido todavía entre sus brazos y la pared, intentando recobrar el aliento. Entonces se aparta, aún jadeante, para salir de mí y abrochar la bragueta de su pantalón a toda prisa, momento que aprovecho para recolocarme el vestido de igual manera.

De pronto, todo se ha vuelto demasiado frío entre nosotros.

Ahora mismo, no me importaría desaparecer porque no sé cómo reaccionar. Siempre he tenido sexo con hombres que me veneraban, sin embargo, él parece aborrecerme. Acabo de ser consciente de que he perdido el control de la situación, de mi vida y de todo en general.

Sus ojos me miran, aunque de una forma muy distinta a la de hace tan sólo un instante; no sé descifrar qué es lo que ocultan.

—Lo siento, yo... —musita—. ¡Joder, siempre la cago! —ruge, acariciándose la mandíbula con violencia, nervioso, mirando hacia el suelo.

Esta frase es para mí como una puñalada en pleno orgullo.

—Tranquilo, *playboy* de pacotilla, no quiero que me pidas matrimonio,

que ya soy mayorcita para esas gilipolleces. Esto sólo ha sido un polvo en un callejón oscuro, nada más, ninguno de nosotros necesita adornarlo; olvídale y punto —añado mientras él me observa sorprendido.

Parece atormentado por mis palabras, aunque termina asintiendo. Entonces, yo paso por delante de sus narices con paso firme y una mirada altiva.

—Será mejor así —añade de manera casi imperceptible.

En cuanto salgo de la oscuridad del callejón, con él siguiendo mis pasos a una distancia que considera prudencial, diviso a Caroline en su flamante Ferrari rojo, sujetando el móvil en su oreja. Acto seguido, suena mi teléfono en el bolso y lo cojo.

—¿Dónde diablos estás? ¿Acaso quieres que me salga una cana esperándote? —protesta.

—Estoy justo a tu lado, ahora voy —contesto en un tono apático, y cuelgo.

Irion me observa intrigado. Supongo que no comprende por qué una chica normal como yo tiene una amiga que conduce semejante Ferrari, pero me importa un bledo.

Me dirijo hacia el automóvil de mi amiga, contoneando a propósito las caderas y sin dirigirle la palabra. Me monto en el coche y Caroline acelera sin que le dedique a mi improvisado amante ni un mísero adiós.

Y una vez que ya no lo veo por el retrovisor, plantado en medio de la carretera, observándome, me permito derrumbarme.

Éste ha sido, con creces, el peor día de mi vida, y resulta cuando menos curioso reparar en que ha ido acompañado del mejor orgasmo de la misma.

No hagas llorar a una mujer o la ira de Dios caerá sobre ti con toda su furia. Sólo se admite una excepción: que estés de rodillas ante ella y con un diamante gigantesco entre las manos.

CAROLINE, *The man-hater*

El comentario de Caroline de esta mañana iba dedicado a mi persona, está claro. Aquella noche me dio la charla mientras me traía a casa, pero de nada sirvió, tengo remordimientos por lo que hice y no había manera de borrarlo de mi memoria. Cada dos segundos me asaltaban esos malditos recuerdos y conseguían ruborizarme. Por Dios, ¡cómo se me fue de aquella manera la cabeza!

Ella, sin embargo, defendía la teoría de que debo hacer lo que quiera y cuando quiera, que no vale arrepentirse después porque la vida es muy corta. Pero no creo que sea mi caso, yo pienso demasiado en todo, menos anoche, que no pensé y me odiaré por ello el resto de mi vida.

Escuché con atención cada palabra que pronunció en su canal, pues se explayó a base de bien contra los hombres que se acuestan con mujeres para luego arrepentirse y hacer como que no ha pasado nada. Suscribí cada palabra que pronunció, mientras devoraba helado de chocolate, tirada sobre mi cama, cosa que hice durante el resto del día. Aunque tampoco estaba demasiado segura de sentirme así como decía ella. Yo no quiero nada más con ese hombre, tan sólo es el hecho de que haya sido él quien me haya rechazado, y no yo a él, lo que me saca de quicio.

El martes a primera hora, presenté mi renuncia a los abogados de mi

padre. Por supuesto que él no la aceptó, y no contento con eso, se presentó en casa para hablarlo conmigo, alegando que yo me lo estaba imaginando todo; pero no quise recibirlo, sólo le dije que necesitaba tiempo para perdonarlo y que no se preocupase porque mi puesto estaría cubierto sin problema. Se ofendió muchísimo por hablarle a través de una puerta y se fue sin añadir nada más.

También me encargué personalmente de que colocasen a John en mi despacho y de que cobrase lo mismo que cobraba yo. Estoy segura de que es la persona idónea para ello. De hecho, unas horas después, me llamó para felicitarme por haberme salido con la mía sin preguntarle.

—No te quejes, John, tu nuevo despacho tiene las mejores vistas de Los Ángeles, y con el sueldo que vas a cobrar a partir de ahora, espero que salgas más a la calle o, de lo contrario, iré y te echaré a patadas de la empresa.

—¿Sabes que me estás despidiendo desde el mismo día que me contrataste? —preguntó risueño.

—Pues no te pases.

El jueves tenía cita con Jacob y su grupo. Se suponía que debía decidir si Irion era apto para seguir en libertad o si, por el contrario, era un peligro público, cosa que opino, pero sólo para las mujeres. Como el susodicho no se presentó a la cita, le di mi autorización a Jacob para que ordenase su ingreso en prisión y precisamente por eso me siento tan mal ahora mismo.

Lo hice poseída por la ira y ahora me arrepiento de ello. Lo imagino entre rejas y se me cae el mundo a los pies. O, mejor dicho, lo imagino odiándome y se me cae el mundo a los pies. Él me ha salvado varias veces la vida ¿y yo se lo pago metiéndolo entre rejas? Y todo porque pasó de mí después de echarme el mejor polvo de mi vida.

Todo mi mundo se ha venido abajo: el trabajo, la familia, los amigos, ¿el amor? ¡Pero qué tonterías estoy diciendo, por Dios!

Tan sólo por un momento, en aquel lúgubre callejón, creía ser la mujer más afortunada del mundo. Sentí cosas que jamás creí posibles; justo cuando

ya me había resignado a tener una vida sin pasión, él despertó la mía de una manera brutal. Me miró como nunca lo había hecho nadie y no sólo vi fuego en sus ojos, había mucho más que eso. Ascendimos juntos hasta las estrellas para que, un instante después, me hiciese sentir como una mujer sucia, alguien insignificante. Y por eso lo odio.

Tengo una rabieta en toda regla, lo admito.

Aunque, si lo pienso con detenimiento, todo eso me importa de manera relativa, sólo ha sido la gota que ha colmado el vaso. Me acabo de dar de bruces contra la cruda realidad, descubriendo que toda mi vida ha sido una gran mentira, y la verdad es que no tengo fuerzas para inventarme otra nueva. Necesito un tiempo para resurgir y pienso tomármelo. Me lo debo a mí misma.

Y punto.

Colorín, colorado, me perdiste por pringado.

CAROLINE, *The man-hater*

Son las doce de la noche y he bajado a la cocina a hurtadillas para coger un helado de nueces de Macadamia, cuando llaman a la puerta de la cristalera del salón, dándome un susto de muerte.

Me asomo ligeramente para comprobar de quién se trata, pues es imposible que alguien haya vuelto a sortear a mis guardaespaldas.

—¿Richard?

—Aquí me tienes —abre los brazos—, viniendo a tu casa en plena noche como si fuese un maldito adolescente enamorado.

Salgo de la cocina para verlo mejor, no puedo creer que se trate del hombre más estirado y serio del mundo.

—¡Es de noche, todos duermen! ¿Te has vuelto loco? —pregunto, todavía sin dar crédito a que el vecino de mis padres esté aquí.

—¿Por qué no coges el teléfono? No hay manera de contactar contigo —me reprocha.

Sí, es él. Es como una extensión de la protección de mis padres. Y descubro que está en chándal; no recuerdo haberlo visto nunca con algo que no fuese un traje hecho a medida.

—¿Qué diablos haces aquí? —lo increpo, mientras abro la puerta de cristal para oírlo mejor.

—No aguantaba más sin verte, querida. Estaba preocupado.

¡¿«Querida»?!

¿En qué momento de mi vida le he dado permiso para llamarme así?

—No hay de qué preocuparse, ya ves que estoy bien, puedes marcharte. — Intento ser borde, pues me ha pillado totalmente desprevenida y, en realidad, no sé cómo actuar en semejante situación, pues estoy en pijama, sin maquillaje, descalza y despeinada. ¡No tenemos tanta confianza para que me vea así!

—Zoe, te has despedido de la empresa a la que has dedicado toda tu vida, ¿acaso pretendes que crea que estás bien? Venga, nena, déjame pasar y charlamos un rato, además tengo una cosita para ti. — Señala una gran caja redonda con un enorme lazo rosa que descansa a sus pies.

Paso de la caja porque ¿me ha llamado «nena»?!

—¿Crees que puedes comprarme? —pregunto—. Y no vuelvas a llamarme «nena».

Él niega con la cabeza, armándose de paciencia.

—Sólo serán cinco minutos, venga, no me hagas llevármelo de nuevo, está deseando salir de ahí. —Sonríe.

Yo me tapo la boca con ambas manos al suponer de qué se trata y me aparto de la puerta para que pueda pasar. Él pone la caja dentro y sonrío.

—¿No vas a abrirlo? —pregunta algo nervioso.

Nunca lo había visto así, siempre es un hombre muy educado y seguro de sí mismo.

—¿Puedo? —Señalo la caja.

Estoy tan nerviosa imaginando lo que es que, como no lo sea, voy a llorar como una desquiciada por la decepción.

—¡Lo estoy deseando! —me anima.

Me arrodillo junto a la caja, tirando del lazo rosa que la envuelve, y la tapa se levanta sola. Una bola peluda blanca se lanza a mis brazos.

—¡Oh, por Dios, es lo más bonito que han hecho por mí! —exclamo, llena de lágrimas, bajo la atenta mirada de Richard.

Un cachorrito no deja de lamer mi cara excitado. Es suave, blanco y tiene

los ojos azules. Parece una bolita de algodón, ¡es precioso!

Lo dejo en el suelo para, acto seguido, abrazar a Richard, rompiendo a llorar sobre su pecho con muchas ganas, como hacía tiempo que necesitaba, dejándole mocos, lágrimas y babas en la sudadera, aunque parece que no le importe en absoluto, ya que me acoge entre sus brazos con fuerza y me besa en la coronilla con dulzura.

—Tranquila, cariño, estoy aquí para lo que necesites —susurra mientras me acuna.

La palabra *cariño* provoca una tensión en todo mi cuerpo que me obligo a disimular que repelo.

—Soy una egoísta. —Sollozo de manera exagerada para que se aparte de mí—. No mereces cómo te trato.

—No eres egoísta, Zoe, sólo demasiado impulsiva, pero todo se puede limar, no te preocupes ahora por eso.

«No quiero que limes nada», pienso.

Me separo más de él para contemplarlo, tan alto, tan guapo, con esos ojos verdes llenos de una sincera admiración por mí. Y yo con el cuadro que tengo, con un moño roñoso de hace días, sorbiendo los mocos y con los ojos hinchados. Soy toda una promesa.

—Gracias, Richard.

El cachorrito se levanta del suelo a saltitos, dando golpecitos con las patas delanteras en mi pierna para llamar mi atención, y lo cojo entre mis brazos. No pesa nada, es todo pelo. En cuanto lo abrazo, se acurruca en mi regazo y cierra los ojitos, expresando felicidad: se fía de mí, se siente protegido. ¡Qué sensación tan agradable!

—Le gustas. Hasta ahora no permitía que nadie lo tocara, ¡no veas el genio que tiene el amigo!

A mí me hace gracia que un peluche tan tierno pueda parecerle agresivo.

Richard recoge la caja del suelo y me deja pasar primero para ir hacia el sofá, donde nos sentamos, uno al lado del otro.

—¿Y este collar? —Me doy cuenta de que lleva puesto un hermoso collar de diamantes que debe de valer una fortuna, aunque eso a Richard no le suponga un problema.

—¡No se lo quites! —exclama para mi sorpresa—. Es que ahora los collares hacen funcionar al microchip de localización que lleva insertado, ya sabes, por si se pierde —me explica algo más calmado.

—Está bien, no se lo quitaré. ¿Cómo se llama? —le pregunto, con el cachorrito completamente dormido entre mis brazos.

—El nombre puedes ponérselo tú, yo sólo voy a contarte su historia —dice.

—¿Su historia?

Richard asiente sonriente.

—No es un cachorro cualquiera, es uno muy especial y por eso quiero que lo tengas tú.

Yo asiento intrigada, y él continúa:

—Hace meses que, como ya sabrás, la empresa pretende instalar nuestros filtros en las grandes quitanieves del Ártico Canadiense.

—Sí, algo he oído —bromeo, puesto que ese proyecto lo propuse yo.

—Pues el grupo de ingenieros que nos desplazamos hasta allí hace unos días, en una de las demostraciones que realizábamos con las máquinas, descubrimos una cueva de lobos árticos.

—¿Lobos?

De pronto, me pongo nerviosa. ¡No puede ser!

—La manada se asustó por el ruido y nos atacó. Los lugareños que nos acompañaban se vieron obligados a defendernos y...

—Los mataron. —Termino su frase mientras las lágrimas recorren mis mejillas—. ¡Pero ellos no tenían la culpa, erais vosotros los que no debíais estar allí! —le recrimino.

—Tienes razón, pero sucedió. Después, descubrimos que había tres cachorros en la madriguera y los llevamos al campamento para intentar

salvarlos. En unos días, dos de ellos murieron porque se negaban a comer, pero este glotoncillo salió adelante. La gente del lugar no quiere ver lobos ni en pintura, lo matarían, así que me lo traje a casa sin pensar demasiado qué iba a hacer con él, pero no me soporta, se pasa el día gruñéndome. Cuando hablé contigo la otra noche, supe que debía ser tuyo.

—¿Estás diciendo que es un lobo?! ¿De los de verdad?! ¡Estás loco! ¡Estos animales son salvajes!

—No tiene ni tres meses de vida, Zoe, aún puedes domesticarlo, no sería el primer perro lobo de Norteamérica; además, ahora están muy de moda —me convence.

—¡Pero es un lobo! —repito—. No está mezclado con un perro, es un lobo... lobo.

—Eso no importa, nadie lo sabe; el veterinario se limita a poner en la cartilla lo que tú le dices que ponga, no le va a hacer un estudio de ADN, ni se va a imaginar que es un lobo de verdad y, además, físicamente no se distinguen de los perros lobo.

—¿Acaso crees que puedo ir por la calle paseando tan tranquila con un lobo, Richard? ¿Y si muerde a alguien?

—Los lobos pueden domesticarse, está más que demostrado. De todas formas, si no lo quieres podemos llevarlo a la reserva. Yo te prometo que te compraré otro perrito, el que tú elijas, no pasa nada —me anima al ver mi cara.

Miro la pelotita blanca que dormita con placidez entre mis brazos, y siento que algo nos ha unido a ambos, un lazo invisible pero fuerte. De pronto, me siento incapaz de separarme de él, no podría.

—De eso nada. Nadie va a llevarlo a ningún sitio —susurro para que no me oiga mi nuevo amigo.

—Lo único que puede hacer sospechar a la gente son los aullidos, pues la mayoría de los perros lobo no aúllan —señala.

—Pues como aülle por las noches, mis vecinos me demandarán. —Me río

y él sonríe comprensivo.

—No te preocupes por eso ahora, ya iremos viéndolo, sólo disfruta de él mientras piensas en cómo agradecermelo.

—¿Qué quieres decir?

—Lo único que quiero a cambio es que prometas que volverás a la empresa o, al menos, que no lo descartes. Tu padre no puede hacerse cargo de todo, Zoe, ya está mayor.

—O sea, que esto es un chantaje en toda regla —exclamo.

—No, el cachorro es tuyo, haz lo que hazas —me concede, intentando no sonreír ante mi repentina acusación.

—¿Te lo ha pedido mi padre?

—No. Tu padre está de un humor de perros, nadie consigue hablar con él, ni siquiera yo; hace y deshace a su antojo sin dar explicaciones. Te lo pido a título personal; todo el departamento está al borde del colapso porque tu pobre secretario no abarca lo suficiente, el pobre hombre se pasa las noches en la oficina trabajando.

Me da pena John. Es tan descerebrado que es capaz de estar durmiendo allí.

—No quiero volver —le confieso.

—¿Por qué?

—Me he dado cuenta en estos días de que no es lo que quiero hacer el resto de mi vida.

—¿Y se puede saber qué es lo que vas a hacer el resto de tu vida? —Los dos nos miramos, sus ojos refulgen ansiosos—. Sabes que daría mi vida entera por escuchar una sola cosa —musita.

Miro hacia la ventana para que no descubra la verdad en mis ojos.

—No tiene nada que ver contigo, Richard —digo al final.

Él suspira apenado.

—Es hora de irme, mañana hay que madrugar.

Nos levantamos los dos del sofá y, sin pensarlo, le doy un beso en los

labios. Estoy tan contenta que ni siquiera me he detenido a sopesar las consecuencias. Es de estas veces que te gustaría borrar lo que acabas de hacer, pero ya es tarde, cosa que últimamente me ocurre demasiado.

Él se queda algo cortado, además de contrariado, pero con una gran sonrisa en el rostro.

—Ha merecido la pena haber venido. Ese beso me da fuerzas para esperarte otros veinte años más. Buenas noches, mi reina.

Se marcha, yo diría que flotando entre las nubes.

Vale, soy tonta, sí, lo reconozco, ya sé que debería pensar las cosas antes de hacerlas, pero ya está el daño hecho, no hay remedio ni vuelta atrás y no voy a flagelarme por ello.

Esta noche duermo acompañada por el latido de un pequeño corazón que me inunda de paz.

Aunque la paz se acaba cuando, en plena madrugada, un mensaje de un número desconocido me desvela.

Como vuelvas a besarlo, te mataré,
bastarda.

Los hombres ven un trasero y automáticamente involucionan tres millones de años... o lo que es lo mismo, siguen igual.

CAROLINE, *The man-hater*

Es temprano, pero he dormido mal debido al mensaje de alguna graciosa.

Kenneth me ha informado de que los mensajes amenazadores provienen de mi empresa, y el equipo de seguridad ya está trabajando en ello. Cuando descubra quién los está enviando se va a enterar. Lo primero que haré será ponerla de patitas en la calle, y después ya veré.

Hace un momento me he enterado de que Irion Miller nunca llegó a entrar en la cárcel, cosa que me hace sentir aliviada, lo reconozco. Pero eso no quita que quiera tocarle un poco las narices al único hombre del mundo que disfruta viéndome sufrir, y sólo hay una manera de conseguirlo.

No me ha costado demasiado convencer a Jacob para que me facilite la dirección de Irion, pues, básicamente, lo he amenazado con no volver a acompañarlo en sus reuniones. Y es que resulta que mi querido amigo no tuvo tiempo de poner la denuncia ante la policía para que Irion ingresase en prisión por no acudir a las sesiones, y eso me ha venido de perlas para hacerme la ofendida con frases del tipo:

—¿Eso es lo que vale nuestra amistad? Un tío peligroso invade mi propiedad ¿y tú ni siquiera te acuerdas de denunciarlo? ¡Podría estar buscándome para asesinarme y tú aquí tan tranquilo!

Resumiendo: que me ha pedido mil veces perdón por ser tan mal amigo y,

por supuesto, me ha dado la dirección.

Tomo aire antes de llamar al timbre de una vieja casa en pleno South Central. Sin duda, tengo cinco hombres armados hasta los dientes esperándome enfrente para que esta vez no me ocurra nada.

Mientras espero a que alguien venga a abrirme, observo que la casa está hecha de ladrillos, los cuales están bastante deteriorados, las ventanas son de madera vieja y el tejado es de un material parecido a la uralita. La pintura, que escasamente cubre alguno de los ladrillos y que hace años fue blanca, ahora se presume gris.

Coloco un mechón de mi cabello detrás de la oreja de manera convulsiva, debido a mis nervios. Estiro un poco mi camiseta de manga corta azul y los vaqueros gastados de mi hermana, contemplando absorta las deportivas blancas que completan mi atuendo. Desde luego, parezco de todo menos millonaria y, desde luego, tampoco tranquila.

El sonido de la vieja puerta al abrirse me saca de mis cavilaciones y, de pronto, unos intrigados ojos marrones se posan en los míos.

—Buenos días, señorita, ¿en qué puedo ayudarla? —pregunta con una voz tenue.

—Buenos días ¿es usted la señora Miller? —pregunto a mi vez, algo aliviada porque no haya sido él quien me haya recibido.

—Así es, ¿qué ocurre? —La menuda señora septuagenaria de pelo corto y gris que tengo delante parece algo nerviosa, no deja de mirar a todas partes.

—No se preocupe, no ha sucedido nada malo, sólo me gustaría hablar con usted sobre su hijo, Irion. —La tanteo para ver si es su hijo.

Ella cierra los ojos un momento. Reparo en que va vestida con una especie de camisón largo y floreado.

—¿Se ha metido en algún lío? —termina preguntando.

—Todavía no, por eso estoy aquí, para intentar evitarlo.

Ella abre más la puerta y me invita a pasar hacia el interior de la casa con un gesto de la mano.

—Pase.

Obedezco.

Nada más entrar nos hallamos en el salón, que es muy pequeño, decorado con muebles de hace mil años y muy desordenado. Da la sensación de que hace meses que nadie lo limpia.

Toma asiento en un viejo a la par que sucio sofá marrón y yo la imito, muriéndome del asco al hacerlo, por cierto.

—¿En qué lío se ha metido ahora ese hombre? —me consulta hastiada.

—Señora Miller, antes de nada, me gustaría presentarme: soy la señorita O'Connor, la trabajadora social encargada del caso de su hijo...

—Discúlpeme, señorita —me interrumpe de una manera un tanto grosera —, pero sólo me interesa saber qué es lo que ha hecho ese gañán, porque lo voy a moler a palos en cuanto cruce esa puerta. —Sus ojos están rojos de ira y no puedo evitar que su expresión me haga gracia al imaginar la escena, pues Irion mide más de un metro noventa y esta mujer medirá sólo un metro y medio. Aun así, ahogo una mueca de risa.

—Pues, básicamente, se le imputa allanamiento de morada con intimidación —la informo.

—¡Oh, mira, algo nuevo para agregar a su lista! —se le escapa, y enseguida se arrepiente.

Vale, estoy de acuerdo, la intimidación no fue tal, aunque es cierto que sí me intimidó tenerlo delante y, de hecho, me intimida cada vez que nos cruzamos. Pero, con el enfado del momento, le conté a la policía que me había amenazado de muerte.

—El problema —continúo— es que no ha acudido a la cita que tenía en el centro para la reinserción y a causa de eso deberá ingresar en la cárcel. —Es una pequeña mentira, pues en realidad la orden todavía no está dada, gracias a la cabeza de chorlito de mi amigo.

—¡Oh, Dios mío! —Se lleva las manos a la cabeza, espantada.

—No se preocupe, señora Miller —la tranquilizo—, lo que haya hecho

antes no cuenta. —Sonrío para que se sienta algo más cómoda.

—Este muchacho va a acabar conmigo, no me da más que disgustos y ya no sé qué hacer con él —me confiesa—. Desde que era niño le he consentido todo porque me sentía culpable de las palizas que le pegaba su padre, y ahora me condeno por ello, no he sabido decirle que no a nada y lo he echado a perder. Todo ha sido culpa mía.

Descubro que las lágrimas se derraman por sus mejillas y siento cómo mi corazón late aprisionado en un puño por semejante confesión. Ha sido, para mi gusto, demasiado directa, no me ha dorado la píldora para edulcorar la historia y eso me ha pillado desprevenida.

—Señora Miller...

—Llámame Anne, querida —me interrumpe de nuevo.

—Anne, no debe echarse la culpa de lo que haya sucedido en el pasado, créame; como profesional le digo que no sirve de nada, sino todo lo contrario. Lo único que podemos hacer es tomar cartas en el asunto e intentar solucionar los problemas actuales. Yo le prometo que haré todo cuanto esté en mi mano para ayudarlo, tenga fe.

Ella me observa con sus ojos anegados en lágrimas.

—Dios se olvidó de nosotros hace mucho tiempo, señorita O'Connor, he perdido la fe.

—Usted también puede llamarme Zoe, y quiero que sepa que estoy aquí para echarles una mano, de verdad, pero necesito su apoyo.

—Sólo dime qué debo hacer —asiente.

En este preciso momento, se abre la puerta y tras ella aparece Irion con esa mirada de matón que le caracteriza y sus aires de grandeza. Lleva unos vaqueros gastados y una camiseta blanca, igual de vieja. En cuanto me ve sentada junto a su madre, se queda congelado, literalmente.

—¿Se puede saber qué cojones haces tú aquí?! —ruge furioso.

Cuando nuestras miradas se encuentran, siento como si un rayo me atravesara el cuerpo; en la mía reluce una satisfacción irrefutable y en la suya

la determinación de asesinarme.

¿Será posible que el destino haya puesto a Irion en mi camino a sabiendas de que estamos sentenciados a odiarnos?

—He venido porque no acudiste a tu cita, estás en busca y captura —le informo, haciendo acopio del máximo autocontrol del que soy capaz.

Su madre le dedica una mirada intimidatoria.

—¡Y a ti qué te importa! ¡Lárgate ahora mismo de mi casa, maldita seas!

De dos zancadas se planta delante de mí y me coge por el codo para levantarme del sofá sin ningún esfuerzo.

—Esta casa será del Estado como no pagues la multa —lo amenazo furiosa.

Él me dirige, sin soltar mi brazo, hacia la salida.

—¡Suéltala ahora mismo, Irion! —exclama su madre, pegándole en la espalda.

Él se detiene en el acto para mirarla, pero no me suelta, lo hago yo, dando un fuerte tirón para recobrar mi brazo.

—No hagas caso a esta mentirosa, madre, es una psicópata que se ha obsesionado conmigo —la increpa.

¡¿Quéee?!

—¡Tú sí que eres un psicópata! He venido a advertirte que, si no te personas esta tarde a las seis en el centro, irás a prisión, eso es todo.

—¡Pues que así sea! —vocifera, a la vez que abre la puerta para que me marche.

—Irion, no lo hagas —le suplica su madre llorando.

—A mí me da igual, cuanto antes se cierre el caso mejor para mí —le digo antes de salir por la puerta, fingiendo indiferencia y conteniendo como puedo la rabia.

—¡Pues ciérralo ya y olvídate de mí de una puta vez! —grita como un energúmeno.

Pega un portazo y me deja con la palabra en la boca.

Me dirijo hacia el coche camuflado de mis guardaespaldas con paso ligero y, una vez dentro, me pongo a pegar golpes contra el asiento como si estuviese poseída por una fuerza descomunal.

¡Lo odio!

* * *

Cuando el reloj marca las seis y media de la tarde, miro de reojo a Jacob, que hace tiempo que se quiere marchar a su casa.

—No va a venir —augura—. No entiendo por qué te empeñas en lo contrario. Ese tío es un bala perdida que lo único que merece es estar una temporada entre rejas, así aprenderá.

—¿Así es como piensas reinsertar a la gente? Debería darte vergüenza decir esas cosas, Jacob —le reprocho.

Suspiro apenada, no tengo ganas ni de discutir. Por un lado, debería darme igual lo que le sucediese a ese impresentable, pero por el otro, quiero pensar que va a luchar por algo, no puede haberse rendido tan fácilmente. Aunque, al final, me doy por vencida y comienzo a recoger los papeles que he esparcido sobre la mesa tras la que permanezco sentada.

De repente, se abre la puerta de la sala y aparecen sus ojos azules, devorándome. No logro evitar que un impacto eléctrico se apodere de mi cuerpo y no le aplaudo de milagro.

—Lo primero que deberemos remodelar serán sus refinados modales —protesta Jacob—. ¿Nadie te ha enseñado a llamar a la puerta?

—Buenas tardes, aquí me tienes —gruñe molesto, sin dejar de mirarme y pasando de mi amigo por completo.

Yo evito hablar para que no se percate de mis nervios, creo que me ha sorprendido demasiado que se presente porque, si he de ser sincera, había perdido toda esperanza de que viniese.

—Señor Miller —carraspea mi amigo, acercándose a él poco a poco, con

pose profesional, mientras Irion lo observa como si fuese una simple mosca cojonera—, creo que no es consciente de la gravedad del asunto y he de ponerlo al tanto: como siga tratando con esa falta de respeto a mi compañera, me veré obligado a amonestarlo, y no le va a gustar nada.

Irion se vuelve para tenerlo de frente y así poder mirarlo a los ojos. Endurece la expresión, ahora mismo podría decirse que se asemeja más a la de un león enojado que a la de una persona.

—Creo que el que no ha entendido demasiado bien la situación eres tú —contraataca—. Me trae sin cuidado si tú o tu amiguita os enfadáis por mis modales. Me importa una real mierda que me encarcelen y mucho menos por el tiempo que sea.

—Entonces ¿por qué has venido? —consigo preguntarle, molesta por sus hirientes palabras.

Él se vuelve para mirarme a los ojos. Duda si contestarme o no.

—Quiero pagar la puta multa, no permitiré que le quiten la casa a mi madre. Nunca imaginé que éste fuese el pago por haberte salvado la vida... dos veces —sentencia.

Jacob y yo nos miramos un instante, está enojado porque no le he contado nada.

—Jacob, por favor, ¿nos dejas solos un momento? —le pido.

—¿Estás segura?

Asiento.

—Será sólo un minuto.

Cuando mi amigo sale por la puerta, dirijo una mirada inquisitiva hacia Irion.

—Toma asiento, por favor —le pido, señalando la silla que está situada frente a mi mesa.

Él permanece impasible, de pie, con los brazos cruzados, en medio de la sala, sin obedecer. Es más, se mete las manos en los bolsillos y me escruta con su mirada penetrante.

Suspiro para intentar armarme de paciencia por su desfachatez.

—Si fuese por mí, me hubiese encargado de que retirasen la denuncia y me hubiese olvidado de que existes, créeme —le digo, consciente de que no tiene la menor idea de que la denunciante soy yo.

—No te creo.

—El Estado actúa de oficio en estas situaciones para que la víctima no se sienta intimidada por sus agresores; por lo tanto, aunque la retirasen, no se pueden borrar los cargos —le explico.

—Me importa una mierda eso, ahora no vas a quitarte la culpa, estoy seguro de que podrías haber hecho algo y no lo hiciste, pero ahora no me importa, sólo quiero saber qué coño debo hacer para salir de toda esta mierda —exige.

—Perdona, pero no voy a permitir que me echas a mí una culpa que no tengo. Tú fuiste quien entró en aquella playa y no yo —protesto enojada.

—Perdóname tú a mí, pero te recuerdo que también estabas allí y que, gracias a mí, no te pillaron a ti. No te hagas la inocente conmigo —me reprocha.

Ambos nos miramos, yo intentando no recordar la escena del callejón y él con la oscuridad de aquel callejón invadiendo sus pupilas.

—Está bien, este camino no nos lleva a ningún sitio —concluyo—. Tú quieres pagar la multa para poder quedar libre y yo quiero que lo hagas cuanto antes para olvidar que existes.

—Exacto —añade furioso—. Odio vivir con la polla tiesa.

¡Ay, Dios! Cada vez que pronuncia la palabra *polla* mi vagina suspira por ella.

«Respira, Zoe, mantén la compostura», me obligo a pensar.

—Pues aquí tienes la dirección donde deberás personarte mañana a las ocho en punto. —Le paso una hoja que coge con recelo.

—¿Para qué es esto?

—Deberás prestar servicios a la comunidad para volver a estar en

comuni3n con la sociedad. Una vez cumplido el plazo, ser3s libre —le informo.

Su cara es de absoluto espanto.

—¿A qu3 tipo de servicios te refieres? —Agudiza la mirada.

—Panadero, albañil, repartidor, barrendero..., lo que surja en un mes. —
Me encojo de hombros.

—¡Te has vuelto loca si piensas que voy a hacer eso..., y encima gratis!
¡No puedo faltar a mi trabajo! —protesta, a la vez que rompe en mil pedazos
la hoja que le he pasado bajo mi atenta mirada.

«No grites, no lo insultes», pienso.

—Est3 bien, señor Miller, le puede ir sugiriendo a su madre que se despida
de su casa y de usted. —Golpe bajo, lo admito.

3l, poseído por la ira, avanza hasta m3 y de un solo movimiento me
levanta por la cintura para estamparme, de manera literal, contra la pared que
tengo a mi espalda, apoyando ambas manos sobre dicha pared, por encima de
mis hombros. Su mirada fr3a y amenazante a escasos mil3metros de m3
consigue intimidarme.

—M3s te vale no volver a amenazarme —susurra contra mis labios—, o tu
querido novio se enterar3 de c3mo gem3as mientras te follaba como un puto
salvaje en aquel maldito callej3n.

—¡Eres un cabr3n! —grito.

—¡No te quepa la menor duda! —ruge.

Y, sin mediar palabra, me deja contra la pared, suspirando, y se larga por
donde ha venido sin mirar atr3s.

¡Lo odio!

El lobo siempre es el malo si sólo escuchas a Caperucita.

CAROLINE, *The man-hater*

A las ocho de la mañana, todavía estoy remoloneando entre mis sábanas blancas mientras los rayos del sol inundan mi habitación. Hace una temperatura ideal, ni frío, ni calor, y me encanta porque puedo arroparme tan sólo con una delicada sábana, sin nada más.

Fenrir, que así es como he llamado a mi peludito amigo, porque soy fan de los vikingos, está despanzurrado boca arriba a mi lado, roncando.

Se me escapa una sonrisa de ternura al verlo tan feliz y despreocupado mientras yo recuerdo aquella leyenda que nos contaba mi abuela Susana cuando éramos pequeñas Kim y yo.

Fenrir era un lobo enorme y fiero, hijo del dios Loki, una especie de Satán en nuestra cultura. Fue desterrado por los dioses del Asgard cuando descubrieron su existencia, aunque apenas era un cachorro y por eso decidieron mantenerlo cerca. Sólo el dios de la guerra era capaz de acercarse a él y darle de comer, pues a los demás no se lo permitía.

Preocupados por su rápido crecimiento, los dioses trataron de encadenarlo, pero fallaron muchas veces, por eso pidieron a los mejores herreros que fabricasen la cadena más fuerte del mundo. Pero Fenrir era más inteligente que los propios dioses y no se dejaba engañar, así que utilizaron su bravura en su contra, apostando contra él a que no sería capaz de liberarse de la nueva cadena con la que lo iban a apresar. El lobo aceptó con desconfianza, pero

sólo si uno de los dioses colocaba la mano entre sus mandíbulas como garantía de no que existía ningún tipo de truco de por medio.

Las cadenas cumplieron su propósito y el dios que tuvo la mala suerte de sufrir las consecuencias no fue otro que el dios de la guerra, que perdió la mano en las mandíbulas del lobo.

Por si esto fuera poco, atravesaron con una espada sus mandíbulas y éstas quedaron unidas para que el fiero lobo tampoco pudiera aullar y no fuera un peligro para nadie.

Pero nada más lejos de lo que esperaban, pues estos hechos se cobraron un alto precio cuando Fenrir se vengó en el profetizado Ragnarok, donde, junto con sus hijos Hati, el lobo que perseguía la Luna, y Sköll, quien hacía lo propio con el Sol, fueron los grandes protagonistas del final de los días de los dioses en el mundo y del comienzo de la nueva era.

Como llevo casi una semana sin hacer nada productivo con mi vida, porque no pienso volver a la empresa y Jacob todavía no me ha asignado ningún caso nuevo, he descansado mucho y físicamente me encuentro como nueva. Aunque el coco va a su ritmo, como habréis podido comprobar, y todavía no me he repuesto de la decepción sufrida con mi padre.

El teléfono suena pasados cinco minutos y compruebo que se trata de un número desconocido. Fenrir da un salto, me mira asustado y corre a refugiarse en mi regazo. Vaya defensa.

—¿Sí? —contesto somnolienta.

—¿Es usted la señorita O'Connor? —pregunta una voz femenina al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo.

—Disculpe que la moleste, soy Sarah Farrell, propietaria de la panadería Farrell, y llamo para informarla de que el trabajador que nos ha enviado esta mañana no cumple con las expectativas; lo hemos mandado a su casa.

—¿Qué?! ¡Si sólo lleva cinco minutos en la panadería!

—Suficientes para haber quemado el horno y echado a perder la harina de

tres meses, ¡vaya sinvergüenza! —se queja indignada.

Durante más de media hora me cuenta con toda clase de detalles cómo Irion ha hecho caso omiso a las explicaciones del panadero para hacer lo que le ha venido en gana, poniendo la temperatura del horno a un nivel demasiado alto y esparciendo los sacos de harina por el local.

A la vez que ella me lo cuenta, mi válvula de escape se va llenando hasta que tengo tanta presión en el cerebro que necesito explotar por algún sitio.

Pido disculpas a la señora Farrell como buenamente puedo y cuelgo, colmada de ira.

¡Lo voy a matar!

Me doy una ducha para intentar serenarme, pero no hay manera. Decido volver a coger ropa de mi hermana, que es más cutre que la mía, y así pasar inadvertida. Me pongo una minifalda azul marino y una camiseta blanca con deportivas del mismo color.

Llamo a Succo para que me facilite un coche igual de cutre que mi ropa, si no más, y todo para que ese maldito roñoso no descubra que soy una mujer adinerada. El motivo todavía no lo sé, ya lo pensaré más tarde.

—Querida, cada día estás más rara, no te imagino conduciendo un Fiat 500 de segunda mano —protesta.

—Yo tampoco, pero hazlo —suspiro.

En unos minutos llaman a la puerta para hacerme entrega de las llaves de mi nuevo coche. Le he pedido a Succo encarecidamente que me lo mande con algún rasguño y/o abolladura para que no se vea que es nuevo, por lo que salgo a la calle y compruebo que así es, un buen bollo luce en pleno lateral derecho. Estupendo.

Firmo todos los papeles de transmisión del vehículo y el contrato de compra venta para que el transportista se pueda marchar.

Cuando me dispongo a entrar en esta máquina infernal, que además está sucia por dentro y huele a tabaco, oigo a Kim a mi espalda.

—¡Zoe! ¿Adónde vas?

—¡A asesinar a una cucaracha!

Corre hacia el coche y, sin pensárselo dos veces, se monta en el asiento del copiloto.

—¡Me apunto! ¿A quién vamos a matar? —pregunta mientras se abrocha el cinturón de seguridad, con una gran sonrisa en su rostro.

—Ahora lo verás.

—Por cierto, prefiero el Lamborghini —se mofa.

—Y yo.

Llegamos a South Central y aparco justo enfrente de la casa/chabola donde vive Irion con su madre. Mi equipo de guardaespaldas aparca a una distancia prudencial para que no los relacionen con nosotras y, sobre todo, para que no sean descubiertos. De hecho, mis palabras exactas han sido:

—Como alguien os vea un solo pelo, os vais todos a la calle.

He de admitir que el nuevo jefe de seguridad es insoportable, pero también muy efectivo; al final hasta me va a caer bien.

No me gusta nada el ambiente que se respira en este barrio. Aquí te asesinan en menos que canta un gallo, las bandas se odian entre sí y a nosotras se nos nota a la legua que no somos de ninguna de ellas. Por otra parte, me siento segura porque estamos vigiladas por cuatro armarios armados, o sea que, si han de luchar contra chavales con navajas, creo que jugamos con ventaja.

—Zoe, me quiero largar de aquí. —Mi hermana tiembla metida en el coche observando, muerta de miedo, las calles grises de esta zona.

—Yo también, pero antes tenemos un asunto que resolver.

—Espero que sea un asunto lo bastante importante como para venir al infierno.

¿Se imaginaría que íbamos de compras?

—Lo es, vamos —la animo.

—No me gusta nada la gente con la que te juntas últimamente —protesta.

Las dos salimos del coche y nos disponemos a atravesar la calle cuando

siento un fuerte golpe en el trasero y doy un bote, seguido de un grito por el susto. Me vuelvo de un salto para comprobar que hay una pelota de básquet a mis pies y que Kim se ha lanzado, de manera literal, contra las ruedas del coche, mientras grita despavorida, tapándose la cabeza con las manos.

Sigo con los ojos el camino que se supone que ha recorrido la pelota y descubro a cuatro hombres ataviados con chándales roñosos, camisetas anchas de tirantes y zapatillas deportivas viejas. Uno de ellos resulta ser mi víctima: la cucaracha indómita.

—Perdona, se me ha escapado el balón —se excusa con una sonrisa contenida en los labios y sus increíbles ojos azules chispeantes.

—¡Pues a mí se me va a escapar otra cosa como no me expliques ahora mismo por qué no estás en la panadería! —Le lanzo la pelota con todas mis fuerzas, rezando para que le dé en toda su jeta y le parta un par de dientes, pero lejos de eso, la atrapa entre sus manazas sin el menor esfuerzo.

—Hola, bombón —me saluda el tío negro que va con ellos; es el único que no conozco, pues el otro es Bob, creo recordar que se llamaba Bob.

Irion se acerca hasta mi posición y descubre a Kim agachada junto al coche.

—¡Hombre! Pero si te has traído también a la actriz galardonada con el Oscar a la peor actuación del siglo —se mofa sonriente.

Ella le reconoce y se levanta de un salto, mirándolo embelesada.

—No sé a qué refieres, pero yo también me alegro de verte —le contesta, ruborizada.

—No te andes por las ramas, señor Miller —los interrumpo—. Quiero saber el motivo por el que has destrozado a propósito una panadería y te has largado de tu puesto de trabajo, en vez de quedarte a subsanar los daños —le exijo, cruzando los brazos sobre el pecho e intentando mantener la calma para no estrangularlo.

Sus tres acompañantes nos observan a mi hermana y a mí como si nunca hubiesen visto dos tetas, aunque, a juzgar por sus miradas, es posible que no

lo hayan hecho.

—El viejo me ha dicho que pusiera el horno a doscientos grados, que ha sido lo que he hecho, y después me ha ordenado que cogiese los sacos de harina para llevarlos junto al horno, pero el que he cogido estaba roto y se ha terminado de romper al cogerlo. No me han dejado explicar nada, sólo se han puesto todos a gritar como locos y me han echado a patadas.

—¡No te creo! ¡Me han dicho que has quemado el horno y has derramado la harina de tres meses por el suelo! —protesto desquiciada.

Lo lleva claro si, encima de hacerme quedar mal con los panaderos, se piensa que me va a tomar por tonta.

—¡Me la trae floja si me crees o no! —ruge molesto—. Ese horno ya estaba quemado desde hacía tiempo, en cinco minutos no se quema un maldito horno, y sólo me ha dado tiempo a coger un saco de harina, que, por cierto, estaba tan viejo que dudo que no estuviese caducado hace siglos; no creo que con eso pudieran hacer pan ni para tres días.

—¡No mientas!

—¡He estado cinco putos minutos! ¡No hace falta ser demasiado lista para ver lo que ha pasado! —protesta en un tono agresivo, pegando su cara contra la mía y consiguiendo que un calor repentino me invada.

—¿Qué estás insinuando? —Me separo de él.

—Pues que han aprovechado la oportunidad para que les pagues un horno nuevo y harina para todo el año —concluye.

Permanezco observando su expresión.

—No te creo.

—Te repito que me da igual si me crees o no, es lo que hay. —Su tono denota que no es cierto lo que afirma, aunque intente fingir indiferencia.

—Zoe —nos interrumpe Will—, puede que a mí tampoco me creas, pero Irion ha llegado muy cabreado y nos ha contado lo ocurrido.

—¿Ahora te defiende tu niñera? —ataco.

Sus amigos sonrían porque le hable así.

—No me tengo que defender de nada, cualquiera en su sano juicio sabría que en cinco minutos no se quema un horno industrial —comenta muy sereno.

En realidad tiene razón, la señora Farrell ni siquiera se ha dignado a esperar más tiempo para que su versión resultase creíble, pues un horno industrial no coge una temperatura semejante en tan poco tiempo; pero me resisto a darle la razón.

No puedo explicar el motivo, pero cuando estoy con él me siento como una adolescente, parece que retrocedo diez años y vuelvo a la pubertad. Es la vida que lleva, lo que lo rodea, su forma de ser, etcétera. No aparenta tener la edad que tiene, no ha madurado y se ha quedado en los quince años, y yo me debato todo el tiempo entre ponerme a su altura o reprenderlo como si fuese su madre, bien para que no se equivoque o bien para que no le hagan daño.

—Esa panadería lleva años colaborando con nosotros, gracias a ellos se han reinsertado varias personas y nunca había sucedido nada parecido —los defiende.

—Pues cuéntame, según tú, qué motivo tendría yo para hacer eso a propósito —me pide.

—Fastidiarme —contesto.

—¡Oh! Estás muy buena, pero no te creas tan importante, ojazos —bufa sonriente.

Pongo los ojos en blanco.

—Pues ilumíneme, señor Miller: ¿por qué iban a hacer eso ellos y precisamente contigo? —Creo que esto no debería haberlo dicho en voz alta.

—Pues tengo varias teorías, a cuál más fascinante. —Me mira con recelo—. Puede que sea porque se les ha quemado el horno hace poco y piensan que vuestro seguro se hará cargo sin problemas, o puede que sea porque no quieren que un muerto de hambre de South Central pise su preciosa panadería.

—¡Vaya tontería! —exclamo.

Los cuatro clavan los ojos en mí.

—¿Vas a decir que no tienes miedo de estar aquí, Zoe? Tu hermanita no deja de mirar a todas partes, está acojonada —me recrimina.

—¡No tenemos miedo! —exclamo.

—Pues deberías. Nosotros nos hemos criado aquí y el miedo es nuestro seguro de vida; en cualquier esquina puedes encontrar la muerte, tan sólo por haberte cruzado con alguien con quien no debías, o por llevar ropa que a alguien no le guste, o por nacer mujer. La gente de este barrio no llega nunca a cumplir los cuarenta años; ¿no crees que es para tener miedo? —Sus ojos azules me examinan con detenimiento.

Claro que tengo miedo, si estuviese sola estaría cagada de miedo, pero sé que mis guardaespaldas nos observan desde algún rincón cercano, esperando la más mínima señal para disparar, y por eso me siento a salvo.

—Pues yo sí que tengo miedo, Zoe, vámonos ya. Habla con los dueños de la panadería para que el seguro les pague un horno nuevo y todo solucionado, da igual —me sugiere Kim en un susurro.

Antes de irme debo tener alguna manera de poder contactar con él, porque no puedo estar viniendo hasta aquí cada vez que quiera comunicarle algo. Además, aparte de lo que suceda con la panadería, para mañana he de buscarle otra ocupación y debo comunicarle dónde y cuándo.

—Dame tu número de teléfono —le ordeno a Irion.

Él sonríe abiertamente y levanta las manos en señal de rendición, mientras sus amigos lo vitorean.

—Oye, oye, preciosa —ronronea con una voz sensual—, eso es algo que debes ganarte, no voy dando mi número a cualquier gatita que lo quiera.

Sus amigos se parten de risa al ver mi cara de alucinación.

—¿Eres tonto o te lo haces? —respondo.

—Más tonto de lo que creía —me concede, guiñándome un ojo, pues sólo él y yo sabemos a lo que se refiere y esa complicidad me hace estremecer.

—Vamos, dame tu número y te dejaré tranquilo, lo necesito para decirte

adónde debes ir mañana. No te hagas ilusiones, no voy a mandarte mensajes guarros —lo provoco.

Sus amigos se parten de risa por mi comentario y él se termina contagiando, aunque intente evitarlo.

—Es una pena, pero aun así tendrás que ganártelo, ya te he dicho que no se lo doy a cualquiera —insiste con una voz ronca que consigue excitarme.

—¡Oh, venga ya! Si no quieres dármelo será peor para ti, no sabrás adónde tienes que ir mañana, tendrás otra falta en tu expediente y creo que ya conoces las consecuencias de eso.

—¿Acaso tienes miedo, Zoe? —me provoca como si fuese un crío.

—¿Miedo? ¿De qué?

—De ganarte mi número —susurra.

—No tengo miedo, lo que pasa es que no tengo motivos para querer ganarlo. Si no me lo das tú sales perdiendo, yo no pierdo nada me lo des o no, es algo absurdo —le explico.

Me siento como la señorita Cortarrollos.

—Un partido de baloncesto: si ganas tú te doy mi número y si gano yo, me das un beso —propone altivo, mostrándome la pelota.

Todos aplauden, incluida mi hermana, que hace rato que se ha pasado a su bando.

—¡Ni loca! —grito.

—¡Eres una cobarde! —se burla.

—¡Venga ya! Qué tienes, ¿ocho años? —protesto. sin poder evitar sonreír ante lo ridículo de la situación.

—Si no hay partido, no hay número, señorita O'Connor —sentencia.

—Venga, Zoe, ¡demostrémos a estos incompetentes lo buenas que somos! —me anima mi hermana. Lo que me hace recordar los partidos que echábamos cuando íbamos a casa de mi abuela en verano.

—Pero ¿tú no querías irte? —le pregunto a una nueva Kim.

—Sí, pero ahora prefiero pisotear el culo de estos engreídos. —Se ríe,

alentada por la venganza.

—Eres peor que él —la reprendo.

—¿Hay trato o no? —pregunta Irion, ofreciéndome la mano.

—Con una condición —le propongo.

—¿Cuál? —Sus ojos refulgen.

—Si gano yo me das tu número y, además, te comprometes a trabajar el resto del mes sin crearme problemas —expongo.

Él asiente mientras nos estrechamos la mano para sellar el trato.

—El beso será con lengua —añade.

Primero Dios hizo al hombre y después lo miró con cara de no estar demasiado convencido y tuvo una idea mejor.

CAROLINE, *The man-hater*

Las canchas de baloncesto están situadas a las afueras del barrio. Se podría decir que son las típicas que salen en las películas de miedo, o sea, rodeadas por vallas de alambre (espero que no estén electrificadas), con las canastas destrozadas, por supuesto los aros oxidados y sin redes, y el suelo de la pista sin restos de pintura que delimite los campos. Vamos, que tienes que imaginarte todo, si es que puedes.

Mi hermana y yo hemos ido todo el camino discutiendo sobre la conveniencia de ir con ellos o no. Por eso nosotras íbamos varios metros por detrás de ellos, que charlaban despreocupadamente mientras caminaban botando el balón.

—Muero por ver cómo os besáis —es una de las frases que me ha dicho mi querida hermana, alias *Traidora desagradecida*, por lo que he decidido que no la quiero en mi equipo. Todos estos años soportándola para esto.

Cuando nos encontramos en el centro del campo, Irion se acerca para sortear los equipos.

—Venga, para que veas que soy bueno contigo, te doy ventaja y te dejo que elijas a uno de mis hombres —propone—. Por cierto, éste es Jack. — Señala al chico negro que los acompaña.

—Encantada, Jack —lo saludo.

—Un placer, bombón. —Hace una reverencia e Irion lo aniquila con la mirada.

«Como vuelva a llamarme “bombón” lo rajo», pienso enojada.

—Elijo a Bob y a Will —le respondo, haciendo caso omiso al gilipollas de su amigo—. Kim va contigo.

—¡¿Qué?! —protestan ambos.

—Sé que piensas boicotearme, no te hagas la tonta —la regaño.

Ella sonrío maliciosa e Irion y ella intercambian una mirada cómplice que consigue ponerme celosa.

—No me llamo Bob, me llamo Rob —protesta el amigo de Irion—. ¿Ése es el caso que me haces?

—Perdona, Rob, es que soy muy mala para los nombres —me excuso, sin añadir «para los nombres de las personas que me son indiferentes».

—Pues parece que de Will no te has olvidado —protesta.

Ambos se sitúan tras de mí, asumiendo que están en mi equipo y que yo mando.

—Perdóname la vida, Rob —bromeo, apretando los dientes y fingiendo arrepentimiento, mientras Will sonrío victorioso y le da una palmadita de consolación en la espalda a su amigo.

—Está bien —nos interrumpe Irion molesto—. Incluso siendo dos contra tres, os ganaremos.

—¡¿Perdona, bonito?! —Mi hermana le pega un puñetazo en el abdomen que no le hace ni cosquillas—. Todo lo que tiene de guapo lo tiene de imbécil —añade, señalándolo y dirigiéndose hacia mí.

—Me alegra que por fin te hayas dado cuenta —le respondo.

Él me taladra con una mirada profunda.

—No me importa lo que digas, me vas a besar hasta que te quedes sin oxígeno —afirma con esa pose de rompebragas total que lo caracteriza.

—¡Déjate de charlas y empieza a bailar, bocazas! —Le robo la pelota de las manos y sonrío.

Nos repartimos el campo y repasamos las reglas para que quede claro que no valen trucos sucios, pues mucho me temo que así es como juegan.

Nos toca sacar a nosotros porque he ganado al mítico piedra, papel o tijera, juego al que hacía más de veinte años que no jugaba y que me ha sacado una sonrisa nostálgica. Antes de comenzar, reúno a mi equipo para establecer una última cosa.

—Como vea que os dejáis ganar, os arranco los huevos —han sido mis palabras, para que no haya lugar a confusiones.

Comienza el juego y parece que se les da bastante bien. Según mis cálculos, pueden llevar practicando este deporte una media de... toda la vida.

—¡Vamos, ojazos, disimula un poco, que no se note demasiado que te mueres por besarme! —me provoca Irion tras meter la primera canasta.

—¡Eres hombre muerto! —le contesta Rob, para mi sorpresa.

Seguimos con el partido y vamos bastante igualados. Me sorprende que mi hermana esté tan entregada a la causa y que Will y Rob hagan lo propio, pues pelean cada punto como si fuese el definitivo.

Irion es quien me defiende a mí, seguro que no ha dejado a Jack hacerlo y, desde luego, no se fía de que mi hermana se desmarque como debe, supongo que por esa falsa creencia de la influencia de las hermanas mayores sobre las pequeñas.

Me estoy riendo porque él va retransmitiendo las jugadas en voz alta, en plan:

—Kobe Bryant —que es él— roba la pelota a Magic ojazos Johnson — que soy yo— sin ningún problema para encestar de una manera magistral; ¡aplausos, por favor! —Se dirige a un público imaginario, saludando hacia las gradas con los brazos en alto.

—¿Después vas a quedar con las animadoras para firmarles las camisetas? Creo que quieren tema porque las veo muy entregadas —me burlo.

—¡Por supuesto que me iré con ellas! A no ser que me ofrezcas un plato más suculento... —Levanta las cejas un par de veces y se muerde el labio

inferior, haciéndome sufrir un fuerte impacto en la entrepierna.

Cuando llevamos media hora jugando, Will propone que hagamos un descanso y todos lo agradecemos.

—¿Cómo vamos, comentarista? —pregunto haciéndome la inocente, para ver si hace trampas, pues sé de sobra los puntos que llevamos.

—Los Lakers vamos ganando de ocho a los Celtics —me informa.

—¡Mentira, sólo ganáis de cuatro! —le replico.

Él suelta una carcajada.

—Sabía que lo estabas contando, ¿tan iluso me crees?

Yo niego con la cabeza y no puedo evitar que se me escape una sonrisa.

Will y Kim no dejan de tontear, a él le ha tocado defenderla y, por lo visto, se lo están pasando muy bien. Le agradezco a Irion que no me haga sentir excluida, pues me hace partícipe de la conversación con sus otros dos amigos en estos cinco minutos de descanso.

Por lo que he podido entender, juegan en una especie de liga entre varios barrios y se lo toman muy en serio. Irion, además, se dedica a entrenar a los chavales más pequeños. No sé de dónde saca el tiempo este hombre para hacer tantas cosas.

Volvemos a retomar el partido.

Una de las veces en las que voy a encestar, salto y se me levanta la falda más de lo debido, con lo que Irion y Jack se quedan paralizados al verme las bragas y así consigo el punto.

—¡Eso es trampa! No vale despistar al adversario enseñando tus encantos —protesta Irion, haciéndose el indignado.

—No es mi culpa que os quedéis pasmados al ver un culo, ¡pervertidos! —me defiendo.

—Eso no es un culo, es un prodigio de la naturaleza, bombón —añade Jack, e Irion le sonrío de manera cómplice.

—¡Vuelve a llamarme «bombón» y te haré morder el cemento! —lo amenazo, harta ya de que se tome esas libertades.

Él silba, sonriente, y guiña un ojo a Irion.

—¡Me gusta, tío! —le dice.

—A mí también —contesta él.

El partido continúa otra media hora más y finaliza con el primer equipo que llega a cincuenta puntos, que han sido los Lakers, o sea, que yo he perdido.

La mirada de Irion y la mía se cruzan justo después de encestar la última canasta, esa que los hace llegar al podio. Jack y Kim corren a abrazarse para celebrar la victoria, mientras nosotros tres chocamos las manos a modo de consuelo. Ante todo, deportividad, ¿no?

Irion se acerca hasta mí con paso firme y elegante, sin apartar su mirada de depredador de mis ojos. Está sudoroso y en sus brazos musculosos y tatuados se marcan las venas por el esfuerzo realizado. Es todo un portento masculino. No despega esa mirada azul de la mía y he de admitir que me intimida bastante.

Cuando llega a mi altura contengo la respiración, pues resulta obvio que viene a besarme. Se acerca y cierro los ojos, pero no siento sus labios sobre los míos, sólo unas palabras que me susurran al oído «cuando me lo pidas, te lo daré». Acto seguido, se aparta y se aleja, haciéndome quedar como una auténtica idiota con los labios expectantes y los ojos cerrados. ¡Qué pava!

Permanezco unos instantes respirando con dificultad, pues la adrenalina se ha disparado por todo mi cuerpo en cuanto lo he tenido tan cerca. Lo deseo y lo hago con tantas fuerzas que me atormenta. Es tan inevitable como insoportable. Enseguida, mi hermana posa la mano sobre mi hombro.

—Me gusta ese chico para ti, Zoe —dice.

—¡¿Estás de coña?! —protesto.

—Nunca he visto a un hombre mirar a una mujer con tantas ganas, ojalá fuese yo la destinataria de esa mirada salvaje.

—Kim, has visto demasiadas novelas.

Es hora de marcharse.

Los seguimos igual de lejos que cuando hemos venido, ellos caminan delante y nosotras unos metros por detrás, sólo que ahora Will viene a nuestro lado y va charlando con Kim como si se conociesen de toda la vida. Entonces, pienso que a lo mejor yo poseo el don de convertir las cosas simples en demasiado complicadas, porque, de no ser así, ¿por qué no logro mantener una conversación normal con Irion? Siempre acabamos discutiendo o... follando en un callejón.

Se me queda grabada una de las cosas que comenta Will:

—Irion tiene ese indescriptible factor X que convierte a ciertos jugadores en una especie de líder al que todos quieren imitar, es algo que va más allá de la habilidad o el talento, y eso lo consigue también fuera de la pista, en su vida, porque Irion es un líder nato. Tendríais que verlo con esos chicos, todos lo admiran.

Y, en cierto modo, tiene razón, por eso me siento así cuando está cerca.

Cuando estamos al lado de mi coche, Irion se acerca hasta mí para cogerme la mano con suavidad y pasarme un trozo de papel con un número de teléfono escrito a bolígrafo.

—Te lo has ganado, ojazos. —Me guiña un ojo y se aleja con sus amigos, dejándome atolondrada a nivel máximo.

Ahora mismo, me siento como una muchacha insegura, como cuando iba al instituto y me gustaba el malo malote de la clase, ese chico popular que nunca me prestaría ninguna atención porque salía con la capitana de las animadoras y con cien chicas más. La diferencia es que éste parece que sí me presta esa atención y que soy yo la que me empeño en fingir que no me interesa, no sé muy bien el porqué. Creo que un recóndito orgullo me ordena a gritos que huya de él, cuando en realidad me muero por volver a sentirlo en mi interior.

«¡¡¡Calla, calla, loca *perdía!!!*», reprendo a mis instintos básicos.

¡Qué complicado es esto!

Una vez que todos se han ido, llamo por teléfono a mi guardaespaldas para

informarle de que nos marchamos y, en cuanto salimos a la carretera, compruebo por el retrovisor que su coche oscuro me pisa los talones. Ya ha pasado el peligro.

* * *

El resto del día me lo paso haciendo gestiones para que el seguro de Jacob se haga cargo del horno y la harina, supuestamente estropeados, de la panadería Farrell, y buscando un nuevo lugar donde acoplar a Irion mañana. Todo esto, por supuesto, acompañado de los comentarios de Marcia y Kim sobre la conveniencia de dejarme llevar para que un empotrador salvaje me dé lo mío y no pensar tanto en todo.

—Deberías ver las chispas que saltan entre ellos, Marcia, me da una envidia... —le cuenta Kim con ojos soñadores.

—Esta hermana tuya nunca va a disfrutar de la vida —se queja mi supuesta empleada, que a veces se piensa que es mi madre—. Si yo tuviese su cuerpo... ¡No se me escapaba ni uno!

Nos reímos las tres.

—Y, según vosotras, qué debería hacer, ¿entregarme a una vida de fornicio y perversión? —me quejo, a lo que ellas se parten de risa, asintiendo y diciendo que sí.

Son dos inconscientes, la única cuerda aquí soy yo.

—No deberías meditar tanto las cosas, Zoe, la vida es para vivirla, no hay que calcular cada paso antes de darlo. Ya has trabajado durante años y tienes dinero para vivir veinte vidas de forma más holgada; ¿por qué no hacerlo? —me aconseja Kim, mientras cenamos las tres en la cocina.

—No es tan fácil, Kim.

—Zoe, ahora hablando en serio: si ese chico te gusta, deberías darle una oportunidad, si no, vas a acabar sola y vieja como yo —añade Marcia.

—Ah, ¿sí? Pues vosotras, que os dejáis llevar por la corriente vital del

mundo y la pasión desmedida, estáis igual de solteras que yo, así que no creo que debáis aconsejarme nada. ¡Sois unas Celestinas frustradas venidas a menos! —les recrimino, y nos reímos de nuevo.

—Yo, en todo caso, más que frustrada, sería una Celestina ninfómana, ¡porque cómo me pone Will! —Mi hermana se abanica con la mano.

—¡No tienes remedio! —Niego con la cabeza.

Enseguida, comienza una conversación entre ellas dos sobre los músculos y el culo prieto de Will que no me interesa lo más mínimo.

A la hora de acostarme, después de estar viendo una película en el salón con ellas, decido escribir un wasap a Irion para darle la dirección a la que tiene que acudir mañana, y me tiemblan las manos al hacerlo.

Por Dios.

Hola, Irion, soy Zoe. Te escribo para decirte que mañana tienes que estar a las nueve en el 428 de Beverly Dr. en Rodeo Drive. Dirígete al Starbucks y allí pregunta por Inka, ella es la encargada.

Pasa un rato, que se me hace eterno, hasta que contesta:

¿Eso es Beverly Hills? ¡Espero que estés bromeando!

Es el único sitio que ha querido colaborar con nosotros con tan poca antelación, así que encima no pongas pegos.

Ni siquiera tengo permiso de manipulación de alimentos, no me van a dejar trabajar ahí. Y, además, espero que me pagues el transporte, es una hora de trayecto.

Tranquilo, que no vas a manipular nada, al menos alimentos. Recogerás mesas y poco

más. Ya hablaremos del transporte, aunque creo recordar que tienes un coche muy peculiar que puedes conducir hasta allí. Además, vas a estar muy mono con ese uniforme verde. 😊😊😊😊😊

Espero que algún día el karma te devuelva todo esto, te lo estarás pasando en grande tocándome los cojones. 🤪

He de admitir que siento cierta satisfacción al hacerte rabiar, pero si te consuela, sólo lo hago porque es mi trabajo.



No vuelve a contestarme, aunque me quedo un buen rato mirando la pantalla del móvil, esperando que lo haga. Pero nada. Así que me quedo con la intriga de saber si va a acudir a la cita o no, espero que así sea y deje de amargarme la existencia de una maldita vez.

Apago el móvil con una estúpida sonrisa en los labios.

Hombres del mundo: Cuando os pregunto «¿qué habéis dicho?» no es porque no os haya escuchado, es para comprobar si tenéis huevos de repetirlo.

CAROLINE, *The man-hater*

Es viernes y el día transcurre sin incidencias. No me he separado del móvil, por si acaso mi querido Mr. Insufrible la liaba de nuevo, pero nada hace presagiar que vaya a ser así, por lo que, según van pasando las horas, me voy tranquilizando.

Tanto es así, que a las ocho de la tarde Kim me pregunta que si salimos a dar una vuelta.

—No me apetece mucho —le contesto, mientras *Fenrir* mordisquea mi zapatilla.

En ese momento aparece Marcia en el salón y el cachorro corre hacia ella, que le tiene pánico, y comienza a gritar como una loca.

—¡Dios santo, el demonio quiere comerme! —exclama aterrorizada, subiéndose en una silla, mientras Kim y yo lloramos de risa.

Me levanto y cojo a *Fenrir* en brazos.

—Marcia, ¿no ves que es un perrito inofensivo? —pregunto con él cogido y poniendo cara de pena.

—¡Ese bicho de perro no tiene nada! ¡A mí no me engañas! —protesta a la vez que se marcha a la cocina a toda prisa.

—¿Qué se supone que es? —me pregunta Kim, cogiéndolo en brazos.

—Es un lobo —le cuento.

Ella se parte de risa.

—Sí, está claro, y además por las noches se transforma en un elefante —se mofa, porque es evidente que no se lo cree.

—Me lo trajo Richard la otra noche —le comento.

—¡Entonces sí que no me trago que sea un lobo! El soso de Richard jamás haría semejante cosa —añade entre risas.

—Se presentó en la cristalera del porche en plena noche, dando golpes al cristal, para regalarme el cachorro y pedirme que volviese a la empresa.

—¿Richard?!

—Sí, era él. —A ver si es que lo he soñado, porque a mí también me extrañó un montón que actuase de aquella manera.

—¡Qué romántico! —me provoca.

—¡Mucho! —bromeo.

En ese momento suena el teléfono.

—Hablando del rey de Roma —comento al ver su nombre en la pantalla de mi móvil—. ¿Sí?

—Buenas noches, preciosa —es la voz de Richard—. Te llamo porque esta noche hay una gala benéfica en Sunset Boulevard y tus padres no pueden asistir, me han pedido que acudamos nosotros en su lugar. ¿Estás ocupada?

Pongo los ojos en blanco.

—Pues iba a salir con mi hermana...

«¡Mentirosa!», vocaliza Kim sin voz para que lea sus labios, y yo le hago una señal con el dedo como si le cortase el cuello para que se mantenga calladita.

—Esta gala es bastante importante, Zoe, no puedes faltar —insiste.

—Ya no tengo nada que ver con la empresa —me defiendo.

—Pero sí con tus padres. Venga, este gesto servirá para que os reconciliéis, no seas rencorosa. Te paso a buscar en media hora.

Y cuelga antes de que pueda negarme con más rotundidad.

—Joder —me quejo, mirando el móvil con mala leche.

—¿Qué pasa? —pregunta Kim.

—Richard viene a buscarme en media hora para que lo acompañe a una gala benéfica a la que tus padres y los míos no pueden asistir —le informo con una expresión que denota que no me creo ninguna de todas esas palabras.

—La tela de araña de mamá es muy fina —comenta riéndose.

—Pues ya verás lo que hago con esa tela —agrego, mientras subo la escalera hacia mi cuarto para arreglarme.

Me hago un recogido en el pelo. Me planto un vestido largo rojo de corte sirena de Prada, con unas sandalias rojas de taconazo de aguja de Jimmy Choo y un bolso de mano a juego. Me maquillo y bajo al salón.

—¡Madre mía, hermanita, estás impresionante! —me silba Kim.

—¿Y así es como piensas quitarte a ese moscardón de encima? ¿Poniéndolo cachondo? —me reprocha Marcia.

—Cállate, tú estás pasada de moda, ya verás cómo se hace. —Le guiño un ojo y me dirijo hacia la salida, porque acaban de llamar al timbre.

—¡Suerte! —me desean las dos desde el sofá.

Cuando salgo a la calle, Richard me está esperando junto a su Ferrari rojo con las manos metidas en los bolsillos de su impecable traje negro de tres piezas, y nada más verme me silba de manera muy efusiva. No entiendo cómo a los hombres les gusta tanto una mujer con curvas, porque nada tengo yo que ver con las modelos que salen en las revistas.

—No he visto en mi vida una mujer más bella que tú. Eres una diosa, mi Zoe. —Besa mi mano de forma muy dulce y demasiado lenta para mi gusto.

—Richard, te recuerdo que no soy nada tuyo —lo corrijo, retirando enseguida la mano de sus labios.

Le sonrío para destensar un poco el ambiente, aguardando a que me abra la puerta del coche para montar, cosa que hace, y se lo agradezco de manera gentil, evocando a la grácil, refinada y delicada mujer que se supone que debo ser.

No tardamos en llegar a la gran mansión donde se realiza la gala. Durante

el viaje hemos charlado sobre el tiempo y poco más. Salimos del vehículo y mi acompañante facilita las llaves al aparcacoches, y después me ofrece el brazo para dirigirnos hacia la entrada.

Pasamos al interior en cuanto Richard proporciona nuestros nombres al portero y éste comprueba que estamos en la lista. Entramos en el gran salón acompañados por uno de los mayordomos. La inmensa estancia me recuerda al palacio de Versalles, todo decorado en tonos dorados y lámparas estrambóticas de dudoso gusto.

—Voy a por una copa, querida, espérame aquí —señala Richard.

—Gracias. —Le sonrío de manera falsa, porque odio que me llame «querida» y porque ni siquiera me ha preguntado qué me apetece tomar. Y es que los hombres de los que suelo rodearme saben que las mujeres son simples adornos para ellos.

La música que suena de fondo es instrumental, son versiones de canciones pop modernas, pero sin letra, muy original.

Mientras espero a que vuelva mi acompañante, contemplo cómo van llegando los invitados y pierdo la mirada en la inmensa escalinata de mármol blanco que se alza curvándose hacia la primera planta de una manera majestuosa.

—Lo que daría por levantarte ese vestido hasta la cintura y follarte contra la pared. —Una voz ronca en mi oído provoca que un violento escalofrío recorra todo mi cuerpo.

Me vuelvo de manera rápida y... ¡No puede ser!

Mi boca se abre a la vez que mis ojos se salen de las órbitas.

¡Joder, qué guapo!

Un Irion vestido con un impoluto traje azul marino, camisa añil y corbata de un rojo muy parecido al de mi vestido, peinado con gomina hacia atrás y una mirada azul intensa que quita el sentido, me está mirando fijamente y muy serio. No hay ni rastro de sus hoyuelos, ni de su barba de tres días.

—¿Puedes hablar o se te ha comido la lengua el gato, ojazos? —pregunta.

¿Y ahora cómo diablos le explico qué hago yo en una fiesta de millonarios?

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto con una irreconocible voz de pito.

Dicen que la mejor defensa es un buen ataque, ¿no?

—Eso mismo me pregunto yo —susurra.

No puedo dejar de mirarlo, ni el resto de las mujeres que hay en un kilómetro a la redonda tampoco. ¡Por Dios Bendito!

—No te puedo dejar sola, enseguida se te acercan los moscardones. —La voz de Richard a mi lado provoca que Irion se tense.

Se miran uno al otro como dos osos a punto de luchar por su territorio.

—¿Y tú eres...? —le pregunta Irion de una manera muy poco amigable, saltándose todo tipo de protocolos.

—Querida, espero que no conozcas de nada a este... caballero —me dice Richard con retintín—, porque su educación es cuando menos inexistente.

—Richard, te presento a Irion Miller —le indico, como establece el protocolo y para tratar de destensar la situación entre ellos.

Irion le ofrece la mano a duras penas, pero mi acompañante se la niega.

—¿Ya le has contado a tu amigo que estamos prometidos, querida? — Mientras hace la pregunta que me deja no menos helada que a Irion, me rodea la cintura para marcar territorio y los ojos del hombre que tengo enfrente se clavan en su mano.

—No —murmuro noqueada.

Siento la tensión en el ambiente.

—Me gustaría saber quién es exactamente el tal señor Miller —añade un Richard altivo que se acaba de salir con la suya.

—Nadie —sentencia—. ¡No soy nadie! —ruge Irion.

Se da la vuelta y se marcha para perderse entre la multitud.

Parece que el hecho de no tener el influjo de Irion cerca me libera del aura de estupidez que me mantenía inmóvil. Me vuelvo despacio para mirar a Richard a los ojos, llena de ira, pero él se niega a soltarme; creo que, si no

estuviese obligada a guardar las apariencias delante de toda esta gente, le arrancaría los huevos y los pisotearía.

—Richard, no entiendo a qué viene todo ese despliegue de posesividad; ¡te ha faltado mearme encima! —le reprocho furiosa, mientras me aparto de su lado de manera brusca.

—¿Acaso no has visto cómo te miraba ese hombre? No iba a permitir que me dejase en ridículo —se excusa.

Tomo aire para armarme de paciencia.

—Te voy a decir un par de cositas para que te enteres bien de cómo va el asunto: en primer lugar, ¡no estamos prometidos!

—Pero...

—¡Pero nada! —lo interrumpo—. Que mi madre te haya dicho lo contrario no significa nada, ¡que se case ella contigo! Quedamos en no decir nada a nadie, ¡y os ha faltado tiempo a los dos para publicarlo a los cuatro vientos!

—Zoe...

Vuelvo a interrumpirlo con un gesto de la mano.

—En segundo lugar: ni tú ni nadie me tiene que permitir o prohibir hacer nada. Y en último lugar: yo estoy con quien quiero, no con quien tú me consientes que esté. ¡Y ahora mismo, con la última persona que quiero estar es contigo! —le grito enojada.

—Zoe, querida...

—¡Y no me vuelva a llamar «querida», coño! —Lo interrumpo por última vez, soltando la palabrota en español, como si fuese una desquiciada.

Me observa con el miedo reflejado en los ojos, sin saber muy bien cómo actuar. Estará acostumbrado a que las modositas de sus acompañantes siempre besen por donde él pisa y yo lo acabo de poner en su lugar, por eso se encuentra tan desubicado. La gente más cercana a nosotros se ha alejado, formando un círculo a nuestro alrededor, y no estamos dando demasiada buena imagen. Será mejor que me marche cuanto antes.

Cojo el bajo de mi vestido para poder dar los pasos más amplios y me dispongo a huir. Richard, en un primer momento, me sujeta de forma violenta por el codo para impedírmelo, pero le tiro el contenido de mi copa a la cara y me suelta para frotarse los ojos con las manos. Lo he dejado ciego para un buen rato. Rato que aprovecho para salir de la sala a toda prisa.

Una vez que estoy en la calle, me arrepiento de haberle dicho a mi guardaespaldas que se quedase en casa, porque ahora mismo me vendría de perlas. Obvio que no suponía que iba a liarla y volver sola a casa. Tendré que empezar a contar con este tipo de imprevistos, dada mi facilidad para meterme en líos.

Pero ¡¿cómo iba a imaginar yo que Irion estaría en una gala semejante?!

Cuando me dispongo a sacar el móvil del bolso para llamar a un taxi, descubro que Irion está a escasos metros de mí. Observo que está charlando tan tranquilo con una mujer espectacular. Él tiene las manos metidas en los bolsillos del pantalón y ella está coqueteando con él de una forma demasiado descarada. ¿Que cómo lo sé? Pues porque se ríe de manera exagerada ante cualquier comentario de él, se atusa el pelo con una mirada presumida y le acaricia el brazo de vez en cuando, sin venir a cuento. «¿Por qué tocas?»

De repente, como si presintiera que lo estoy observando, se vuelve para clavar la mirada en mí y algo en mi interior comienza a palpar de manera desbocada..., y no, no es precisamente el corazón, el órgano palpitante está mucho más abajo.

Antes de que pueda pensar que lo estoy espiando, comienzo a caminar para doblar la esquina de la casa y que así no pueda verme. Hago la llamada en cuestión, agotando la última rayita que me quedaba de batería en el móvil; siempre apuro tanto la carga que es algo bastante habitual en mí quedarme sin poder usarlo.

Permanezco aquí esperando al taxi, impaciente.

Pasados un par de minutos, un vehículo rojo se detiene frente a mí, pero lejos de ser un lujoso taxi angelino, se trata de un desastroso Ford

Thunderbird del 56.

—¿Te llevo a alguna parte, ojazos?

Irion asoma un brazo por la ventanilla y me mira como si fuese la única mujer que existiese en el mundo, consiguiendo que me crea la más especial. Mis ojos, de manera inconsciente, buscan en el resto del coche para comprobar que no lo acompaña la bella mujer con la que estaba hasta hace un momento. Me siento muy aliviada, yo diría que incluso feliz, al ver que el coche está vacío.

No lo dudo ni un segundo y abro la puerta del vehículo sin mediar palabra.

—¿Adónde vamos? —pregunta despreocupado y algo sorprendido por mi entusiasmo al subir.

—Lejos, llévame lejos de aquí —suspiro sin mirarlo y dejándome caer sobre el respaldo del asiento del copiloto.

No me importa adónde vayamos.

No me importa el tiempo.

No me importa nada.

Sólo me importa que a su lado me siento bien.

Me encuentro protegida.

En paz.

Y eso me aterra.

Naces. Creces. Lees libros. Te das cuenta de lo perfectos que son los protagonistas. Ignoras a los hombres reales que se tiran pedos. No te reproduces. Y mueres soltera.

CAROLINE, *The man-hater*

Abro los ojos despacio y descubro dos cosas: que voy en un coche y que es de noche.

Me sobresalto, pero en cuanto veo a Irion a mi lado, mirándome con una enorme sonrisa, me tranquilizo y lo recuerdo todo. Está demasiado guapo con ese traje de chaqueta, aunque ahora se la haya quitado y vaya sólo con la camisa azul, remangada hasta los codos.

—Has roncado como una osa —dice.

No doy crédito a que me diga algo así.

—¿Acaso has oído alguna vez a una osa roncar?

—No debe de ser muy distinto. —Se ríe y le doy un manotazo en el hombro.

Me acomodo en el asiento para comprobar que vamos por una estrecha carretera interestatal, iluminada únicamente por los faros del coche. El paisaje a nuestro alrededor parece desértico, no se ven demasiados árboles.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—Lejos —contesta—. ¿No era lo que querías?

Permanecemos un momento en silencio.

—¿Qué hacías en esa fiesta, Irion? —le pregunto, no puedo aguantar más la intriga.

—Cuando respondas tú a la misma pregunta, lo haré yo —indica.

—Estaba acompañando a mi prometido, el mismo al que vació las tarjetas de crédito, ¿recuerdas? —señalo, aún molesta por su comentario de hace días.

—¿Ese hombre es tu prometido? —Frunce el ceño—. No es el mismo con el que estabas en la discoteca, aquel que te llevó en brazos hacia el coche.

—Quién, ¿Kenneth? Es sólo un amigo. —No recordaba que Irion supuso que mi novio era él.

—De todas formas, pensaba que tenías mejor gusto —se queja.

—Bueno, en realidad, Richard nunca ha sido mi prometido.

Él me dedica una mirada llena de promesas y juraría que sólo le falta saltar de alegría, o a lo mejor me lo imagino yo.

—Entonces ¿por qué ha dicho que lo era y tú no lo has negado? No me tomes por tonto, odio las mentiras —establece.

—No te estoy mintiendo. Mi madre siempre ha querido que me case con él, ya sabes, es de buena familia...

—¿Pero...? —me interrumpe para que vaya al grano.

—Pero yo no siento nada por él —admito.

—¿Y qué hacías en una fiesta acompañándolo?

A ver cómo salgo de ésta sin que me pille en un renuncio.

—Hace unos días despidieron del trabajo a un amigo, Kenneth, por mi culpa. Mi madre prometió que haría lo posible porque lo volvieran a contratar si yo accedía a casarme con Richard —le explico.

—¿Y accediste? ¿En serio? ¿Es que estamos en la Edad Media para concertar matrimonios por conveniencia? ¡Te creía más inteligente! —Ahora está enfadado y, además, odia a mi madre.

—Yo no accedí en ningún momento, pero ella le dio a entender a Richard que lo había hecho. Él se lo creyó y yo estaba intentando desenamorarlo de alguna manera. —Revelo la trama.

—Bonita manera de desenamorar a un hombre, yendo con él a una fiesta de gala, ataviada con un vestido que quita el hipo —comenta con la mirada

fija en la carretera.

—Espero que con todo lo que le he dicho esta noche por fin se dé cuenta de que nunca estaré con él.

—Te he escuchado —dice.

—¿Has escuchado lo que le he dicho? —pregunto algo avergonzada.

—Así es, y me ha gustado —apunta con una leve sonrisa—. He salido a buscarte en cuanto he visto que te marchabas, pero Inka me ha seguido.

—¿Inka? ¿La encargada del Starbucks? —pregunto intrigada. ¿La mujer perfecta que lo estaba intentando seducir hace un rato era su jefa? Esto se pone feo.

De pronto, no me encaja nada de todo esto en la historia.

—No es la encargada del Starbucks, es la dueña. Me ha pedido que la acompañase a la gala en cuanto me ha visto entrar por la puerta de la cafetería esta mañana, es más, me ha propuesto varias veces que me fuese con ella a su casa. Al principio me he negado porque ya sabes lo que opino de los millonetas, pero a la hora de la salida del trabajo se ha presentado con este traje, la camisa y los zapatos. Me ha prometido que, si accedía a acompañarla a la fiesta, me firmaría todas las horas del mes y no haría falta que volviese a aparecer por allí.

—¿Pensabas engañarme? —Exagero mi reacción, porque la verdad es que eso ahora es lo que menos me importa, lo que me importa en realidad es que esa zorra quería mandanga con mi...

«¿Con tu qué? ¿Se te va la pinza, Zoe?», me reprendo.

—¡Por supuesto! —Suelta una risotada.

—Sabes de sobra que no sólo quería que la acompañases a la fiesta, ¿verdad?

Hay veces en las que parezco idiota, y haciendo esta pregunta es una de ellas.

—¿Está celosa, señorita O'Connor? —pregunta enarcando una ceja.

—¡Ya te gustaría!

—No sabes mentir —se mofa—, los celos te consumen, ojazos. Me pones muy cachondo cuando te pones celosa.

Al final voy a darle un guantazo en esa cara bonita que tiene.

—Lo que tú digas —finjo.

Él se carcajea, orgulloso de su proeza.

—¿Y se puede saber por qué una mujer joven, guapa y pudiente quiere que la acompañe a semejante fiesta un...? —Me detengo en seco porque yo misma soy esa mujer a la que me refiero.

Él me observa enojado y pega un volantazo que provoca que el coche se salga de la calzada para terminar derrapando en la cuneta que hay junto a la carretera, llevándonos unos cuantos cactus por delante y formando una tormenta de polvo a nuestro alrededor. Cuando el coche se detiene por fin, yo no puedo dejar de gritar como una loca y tengo las uñas clavadas en la guantera, pues os recuerdo que en esta máquina mortal no hay cinturones de seguridad.

—¡Vamos, termina esa frase si tienes agallas! —ruge colérico—. ¿Por qué una mujer así querría que un pordiosero como yo la acompañase a una fiesta de la alta sociedad? ¿Eso querías decir?

Yo me enfado conmigo misma porque no he querido dar a entender eso en ningún momento, tan sólo intentaba ocultar mi atracción por él y me ha salido el tiro por la culata.

—¡No quería decir eso! —me defiendo.

—¡Claro que querías! De hecho, ¡lo gritas a los cuatro vientos con cada mirada que me dedicas! ¿O acaso crees que no me doy cuenta?

—Jamás te he mirado así —confieso.

Él me observa con los ojos rojos de ira.

—¿Crees que no soy consciente de que no estoy a tu altura? Cada vez que te veo, tengo que contenerme para no acercarme, porque sé que nunca podré ofrecerte nada y me odio por ello. Me mata no ser digno de ti.

—Irion —musito.

Me levanto el vestido hasta la cintura para poder abalanzarme sobre él y besarlo con todas mis ganas. Él me recibe sorprendido pero con deseo, ayudándome para que me coloque a horcajadas sobre sus muslos. Me besa con ardor, rodeando mi mandíbula con sus manos y enredando así los mechones de mi cabello entre sus dedos. Sus manos inquietas pronto descienden para recorrer mis curvas y arrancan de mi garganta hondos gemidos que avivan nuestra lujuria. Lo deseo tanto que, contagiada por su exigencia, lo acaricio y lo beso como si fuera el último día de nuestras vidas, comprendiendo, enseguida, que estoy perdida en su fuego.

No tardo en desabotonar su camisa y me recreo un momento en su fornido torso desnudo, aunque está todo a oscuras y no se aprecia demasiado bien. Recorro los poderosos músculos de su pecho con la punta de los dedos, mientras gozo de su expresión contenida, que observa cómo descendo hacia su entrepierna.

—¿Te gusta jugar sucio, ojazos? —Su voz ahora es ronca por el deseo.

—Muy sucio. —Me relamo a propósito y sonrío.

Esta respuesta termina de volverlo loco. Me muerde el cuello y lo besa salvajemente mientras introduce un dedo en mi interior sin dudarlo. Yo arqueo la espalda y él aprovecha para bajar el escote de mi vestido y devorar uno de mis pechos. Parece arder y yo con él, pues nuestros gemidos y jadeos resuenan por el vehículo sin censura, a la vez que aumenta la intensidad de sus embestidas manuales. No tardo en correrme en sus dedos, agarrándome a su cabello con fuerza, mientras absorbe de mis labios mis involuntarios alaridos.

El placer que reflejan sus ojos me hace sentir poderosa y me anima a pedirle más. Desabrocho la bragueta de su pantalón con una sonrisa pícaro y me incorporo para facilitar que se los pueda bajar hasta las rodillas, dejando libre su descomunal miembro erecto.

—Había olvidado lo grande que era —balbuceo, sin dejar de mirarlo.

—Pues ella no te ha olvidado a ti —dice muy serio—. Hay condones en

ese cajón. —Señala un hueco que tengo a mi derecha. Lo abro y saco un paquetito plateado que no tardo en rasgar con los dientes para ponérselo con prisa.

Sin dudarlo ni un momento, tomo su falo entre mis manos y lo introduzco en mi interior sin la menor dificultad. Él suelta un bufido, dejando caer la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos para degustar la sensación al sentir cómo mi calor lo envuelve.

Sus manos aprisionan mis caderas para indicarme que me mueva sobre él y sus ojos devoran mi cuerpo, totalmente expuesto encima del suyo. Me arqueo hacia atrás sin dejar de moverme, pues con cada arremetida me siento morir un poco más. Él jadea consumido por el mismo placer que me invade a mí. Alza las caderas para aumentar la intensidad de los embistes y a mí se me escapa un profundo gemido que consigue que Irion me contemple extasiado.

—Me vuelves loco, mujer —gruñe, apoderándose de mi boca con fervor.

Vuelvo a inclinarme sobre él y mis senos se aplastan contra su rostro, él los estruja y los mordisquea sin compasión mientras botan. Yo no puedo dejar de moverme, necesito cada vez más fricción y así se lo hago saber. Nos movemos los dos al unísono, sudando y escuchando el sonido de la carne trémula.

Estoy a punto de irme de nuevo, no creo que pueda aguantar mucho más, pero, justo en este preciso momento me sobresalta un fuerte bramido que procede del fondo de su alma y, al ser consciente de ello, también yo me suelto y llego al clímax. Es algo increíble, un orgasmo tan fuerte como nunca antes lo había sentido se ha apoderado de cada parte de mi ser, dejándome caer laxa sobre su pecho.

Me abraza con fuerza mientras temblamos, intentando recobrar la calma.

—Jamás había sentido nada parecido —murmura en mi oído.

Me incorporo a medias y le sonrío, dándome de bruces con una mirada pensativa.

—¿Qué ocurre? —pregunto soñolienta.

—Ninguna mujer me había hecho sentir así. Supe que eras distinta a las demás desde el primer momento en que te vi desnuda en aquella playa.

—Eso se lo dirás a todas. —Vuelvo a apoyarme sobre su pecho para que no pueda ver la sonrisa de tonta que se me ha dibujado en los labios sin poder evitarlo.

—Te demostraré lo equivocada que estás —me susurra, mientras acaricia mi cabello con dulzura.

Terminamos dormidos sobre el asiento trasero del coche, haciendo la cucharita, postura que no sabía que me volvía loca. Él se encuentra detrás de mí, abrazándome, por lo que, desde mi posición, puedo observar el fuerte brazo musculoso que me envuelve. Me llama la atención lo segura que me hace sentir un gesto tan nimio como éste, pero me reconforta.

Hay días en los que te pones a no hacer nada y es un no parar.

CAROLINE, *The man-hater*

Cuando abro los ojos me encuentro yo sola en el asiento trasero, y el coche está en movimiento y, además, por la carretera.

Me incorporo como un resorte para comprobar que es Irion quien conduce y que no me están secuestrando; creo que éste será un trauma que permanecerá en mi subconsciente para el resto de mi vida.

—¡Buenos días, preciosa! —me saluda, mirándome de reojo con esos ojos azules preciosos.

—Buenos días. —Sonrío algo aturdida.

—Menos mal que te has despertado; tus ronquidos se oían por encima del motor y empezaba a tener ganas de suicidarme.

¡¿En serio me está diciendo semejante ordinariéz?! Mi cara de lechuga debe de ser todo un poema.

—¡Paso de ti! —Se troncha de risa—. ¿Cómo has conseguido sacar el coche de la cuneta?

—Empujando.

—¿Tú solo? ¡No inventes!

—Para algo me tendrían que servir tantos músculos, ¿no crees? —Se besa el bíceps con orgullo, el muy engreído.

—¿Aparte de para ligar?

—Si te soy sincero, nunca creí que sirviesen para más cosas, pero mira,

nunca se sabe, la vida es una caja de sorpresas.

Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza. ¡Los hombres y sus músculos!

Me incorporo, pasando una pierna por encima del respaldo del asiento del copiloto, y después hago lo mismo con la otra, para sentarme a su lado.

Él me observa, aguantando la risa.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Nada, estás un poco... despeinada. —Señala mi pelo.

—¡Tú cállate! No tienes mejor aspecto que yo. —Es evidente que es mentira porque tiene una cara tersa, suave, bronceada y acompañada de unos resplandecientes ojos azules, además del típico pelo alborotado de recién follado que le da un increíble aspecto desenfadado, demasiado sexy para mi cordura.

—Yo tengo excusa, llevo toda la noche conduciendo. —Me guiña un ojo.

—¡Te odio! —Le saco la lengua.

Bajo el parasol para mirarme en el espejo, pero no hay. Ahora sí suelta la carcajada que aguantaba y termina contagiándome. Me peino el pelo con los dedos como buenamente puedo, pues este dinosaurio automovilístico no tiene nada para mirarse.

—¿No vamos a parar a desayunar? —pregunto—. Me muero de hambre.

—Ya debemos de estar llegando —me informa.

—¿Adónde?

—No preguntes, te llevo lejos, ¿recuerdas? —Me dice esto a la vez que señala un cartel que hay entre dos montañas que reza CALICO.

—¿Calico? ¿El pueblo fantasma? ¡¿La Ruta 66?! ¡Me encanta! —Aplaudo entusiasmada.

—Nunca dejas de sorprenderme. —Sonríe, a la vez que niega con la cabeza.

Debido a mi entusiasmo no le hago ni caso, pues estoy absorta mirándolo todo con la cabeza por fuera de la ventanilla, en modo perro cotilla.

En cuanto llegamos al pueblo, me bajo corriendo del vehículo, parece que me hayan metido anfetaminas en la bebida.

—¡No me puedo creer que estemos aquí! —grito feliz.

—Vaya, ¡nunca pensé que te fuera a gustar tanto!

Hay un montón de turistas por el pueblo, ya que, al ser sábado y estar a tan sólo tres horas de Las Vegas, hay mucha gente que decide pasar el día por aquí. Y hablando de gente: todas las personas que se cruzan con nosotros nos observan con una expresión demasiado extraña para mi gusto, sobre todo a mí, me miran como si tuviese un culo pintado en medio de la cara. Supongo que será porque vamos vestidos de gala en pleno desierto, tacones de aguja y bolso de fiesta incluidos.

Todo a nuestro alrededor se asemeja a una película del lejano Oeste; yo no puedo cerrar la boca, porque es tan real que asusta. Ahora mismo nos encontramos doscientos años atrás, en medio de un pueblo que un día fue llamado El Rey de la Plata por sus más de quinientas minas y su gran producción. Siempre me ha encantado la historia de esta parte del país.

Pasamos por delante de varios edificios, como el salón Lil, la oficina del pueblo, la casa de Lucy Lane, el palacio de la Justicia, la galería de Smitty y el salón de Joe. No se distingue cuál es réplica y cuál es real, porque la escuela, por ejemplo, parece totalmente de la época y no lo es. Cada edificio tiene todos los enseres característicos, está muy conseguido.

—¡Es fascinante! —exclamo mientras admiro una de las salas repletas de utensilios mineros en la galería de Smitty.

Irion me observa animado, pero con cierto aire distante. No se acaba de soltar conmigo. No se fía.

Entramos en el restaurante Calico House. Está todo decorado en madera, con una ambientación del Oeste clásico. Me recuerda a los salones de las películas de John Wayne, donde siempre terminaban a tiros.

Nos sentamos a una mesa para dos y pronto se acerca un camarero vestido como un cowboy a tomarnos nota. Cuando lo miro, descubro que es bastante

atractivo, pero cuando él me mira a mí pone cara de espanto.

—¿Qué pasa? ¿Acaso tengo monos en la cara? —le pregunto enojada.

Él balbucea:

—No, señorita, es sólo que...

—Tráiganos una hamburguesa para cada uno —lo interrumpe Irion, y el muchacho se marcha.

Le dedico una mirada asesina.

—¿Cuándo piensas decirme qué diablos ocurre?

—¿Por qué tendría que ocurrir algo? —preguntan con indiferencia.

—¡Porque todo el mundo me mira como si fuese un engendro de la naturaleza y a ti no!

Se levanta de su sitio y se acerca hasta la barra para hablar con una de las camareras, que lo mira embelesada. Ella se agacha para coger algo que le entrega y él le sonrío para después volver a la mesa.

Cuando se sienta frente a mí sus ojos brillan de una forma poco habitual, escondiendo lo que sea que le haya dado la camarera tras su espalda. Yo diría que se lo está pasando en grande.

—Espejito, espejito —anuncia con una voz grave—, ¿quién es la más tétrica del reino?

De pronto saca un pequeño espejo de mano y lo planta delante de mi cara para que pueda verme reflejada en él, a la vez que suelta un exagerado grito de terror. Entonces compruebo horrorizada que tengo unos pelos de loca del coño que dan ganas de gritar, y todo el rímel negro y seco corrido por la cara.

—¡Joder! —exclamo, apartando de mí el espejo como si fuese Satán.

Hasta este momento, y de no haberme visto, me suponía maravillosa, tal cual salí anoche de mi casa. ¡Qué horror!

—Ni Marilyn Manson en su peor momento daba tanto miedo —se burla, aguantando todavía la risa como puede.

—¿Has permitido que me pasee de esta guisa por el pueblo? ¡Te odio! —grito mientras le pego un manotazo al espejo que sostiene, haciéndolo volar

por los aires.

Me mira muy serio. Sólo pestañea.

—Con razón toda la gente se apartaba de mí asustada, ¿eres un capullo!

Por fin estalla con un bufido seguido de una sonora carcajada y se retuerce en la silla, tanto que se tiene que agarrar la tripa por la risa.

—¡Vas a pagar esto con tu vida! —lo amenazo antes de correr al baño para lavarme la cara.

Cuando vuelvo, me encuentro a una camarera, embelesada, sentada en mi sitio, y no puedo evitar sentirme tremendamente celosa. Llego a su altura y compruebo que ellos están charlando tan tranquilos, entre risas, como si se conociesen de toda la vida. Entonces pienso que conmigo no se ríe tanto y me da rabia.

Carraspeo y ambos me observan. Que ella me dedique esa mirada reprobatoria me saca de mis casillas. Pero ¿quién se creerá que es esta pobre infeliz? ¡No tiene ni idea de quién soy yo!

—Perdona, bonita —le digo altanera, poniendo ambas manos a la altura de mi cintura—. No sé en qué tipo de burdeles estarás acostumbrada a trabajar ni me importa, pero de donde yo vengo, si un empleado osa sentarse en el sitio del cliente, ya ni hablamos de tontear con él, lo menos que le puede ocurrir es que pierda su trabajo.

Ella se levanta sin ninguna prisa y se marcha con paso insinuante, no sin antes guiñar un ojo a Irion con picardía. Tomo asiento, roja de ira, para clavar mis ojos en los suyos.

—Si las miradas matasen, caería fulminado —comenta animado, para después dar un sorbo a su gran jarra de cerveza.

—¡Oh, no! No creas que tu muerte sería tan dulce.

Él me sonrío con ese aire de asesino a polvos en serie que se gasta, haciendo aparecer sus torturadores hoyuelos para conseguir que mis braguitas salgan volando de amor, y que conste que lo llamo «amor» porque la palabra que en realidad debería usar me parece demasiado ordinaria.

—No te pongas celosa, nadie puede competir contra esos ojazos que te gastas. Ahora que ya no das miedo, vuelves a jugar con ventaja sobre todas las mujeres del mundo —susurra de manera sensual, con su voz grave.

—El día que me ponga celosa te aseguro que te darás cuenta, y también te aseguro que no será de una simple camarera —gruño herida en mi orgullo.

—¿Una simple camarera? —Me taladra con la mirada.

—Sí, eso es lo que he dicho —le repito en un tono seco.

—Pues esa *simple camarera* —enfatisa estas dos palabras— nos va a dar de comer hoy gratis, porque ni tú ni yo podemos pagar la comida; ¿o me equivoco?

—¿Qué? ¡Estarás de broma! ¡No pienso permitir que esa...

Y, gracias al cielo, mi cerebro se detiene antes de terminar la frase, porque había olvidado por completo que para él yo soy una chica normal, puede que incluso menos que eso, pues a saber qué idea se ha montado en su cabeza sobre mí y mis artimañas para pegar un buen braguetazo.

Podría pagar todo con mi tarjeta de crédito Visa Oro Plus y dejarlo con la palabra en la boca mientras hago un corte de mangas a esa zorra barata, pero creo que, por el momento, me voy a mantener donde estoy para comprobar qué ocurre.

—No deberías ir por la vida con esos aires de grandeza, Zoe —me aconseja—. No sé nada de ti, pero si algo puedo garantizarte es que de la persona que menos esperas es de la que más puedes necesitar. La vida no es tan bonita como la pintan y por eso no hay que despreciar a nadie. Nunca.

—Yo no desprecio a nadie —me defiendo.

—No recules, ojazos, acéptalo con honestidad y punto. Te pierde el orgullo.

—No es orgullo, es dignidad —recalco.

—¡Oh, sí, claro!

El camarero que nos trae la comida, que según indica el cartelito colgado de su bolsillo se llama William, interrumpe nuestra conversación mientras

pone los platos sobre la mesa, sin dejar de mirarme.

—Ahora sí que está guapa, señorita —comenta con una mueca seductora.

Yo le devuelvo una de mis sonrisas más encantadoras, una de esas que provocan que los hombres supongan que eres una flor delicada y que necesitas su protección, por lo que el pobre muchacho tropieza y se da de bruces contra el suelo.

—¡Por el amor de Cristo! —se queja Irion—. ¿Es que nunca has visto una mujer guapa, tío?

—No con esos ojos, señor —responde el empleado del restaurante, mientras se levanta y se retira avergonzado.

Yo evito reírme abiertamente por el incidente e Irion comienza a comer sin hacer ningún comentario al respecto, pero sé que se muere por agregar algo.

—A lo mejor soy yo la que consigue que nos inviten a comer —añado para provocarlo.

—Sí, por lo visto podrías conseguir hasta una habitación gratis si te lo propusieras; ¡malditas mujeres! —se queja, masticando la carne sin ninguna educación ni refinamiento. Tanto es así que ¡hasta se chupa los dedos y unta el pan en la salsa del plato! Ay, si lo viese mi madre.

Se me enciende la bombilla ante su comentario y le pido que me disculpe un momento, que tengo que ir al baño.

—¿Otra vez? —pregunta sorprendido, a la par que molesto.

—Cosas de mujeres —es lo único que se me ocurre alegar.

Me acerco hasta la puerta de entrada y una vez que ya no me ve, cojo el móvil, intento llamar a Kim para avisarla de que sigo viva y que no se preocupe, pero compruebo que me he quedado sin batería, para variar. Esto significa que el teléfono está apagado y no puedo mirar ningún número, ya que no me los sé de memoria.

«¡Oh, un problema más que añadir a mi larga lista! ¿Y ahora de dónde saco yo un maldito cargador de iPhone?»

Encuentro a una de las camareras (no es la de antes, no, porque de ser ella la arrastraría de los pelos por la arena del desierto) y le pregunto si podría hacer una llamada desde algún sitio tras explicarle la situación de mi móvil de una forma bastante resumida.

—No nos está permitido hacer llamadas durante el trabajo —me contesta.

—¡Por favor, se trata de un asunto de vida o muerte! —le suplico.

Ella duda un instante entre hacer caso omiso o prestarme su móvil, y al final se deja llevar por su empatía femenina y me ofrece su teléfono.

—Sólo una llamada, nacional y de menos de un minuto, me queda muy poco saldo hasta final de mes —me advierte.

—Serán unos segundos, lo prometo —y, mientras pronuncio estas palabras, mi conciencia me dice «las horas también son segundos, listilla».

Me lo pasa, mirando hacia todas partes al hacerlo para comprobar que el jefe no ande cerca y después disimula, alejándose de mí.

Busco en Google a toda prisa el hotel más cercano a nuestra ubicación y ni siquiera me paro a mirar cómo es, ni si tiene ratas o ventanas; total, con que tenga baño dentro me sobra. Doy a la tecla de llamada.

—Best Western Desert Villa Inn, dígame —contesta una voz femenina al otro lado de la línea.

—Hola, necesito que me reserve una habitación para dos personas esta misma noche.

—Lo siento. Sólo me queda disponible una habitación individual —me informa.

—Está bien, está bien, me la quedo, apunte mi número de tarjeta de crédito y póngala a nombre de William Hawkins.

Me confirma la dirección y me informa que ya la ha cobrado y que no me devuelven el dinero, porque se trata de una reserva para la misma noche, blablablá, y le cuelgo, una vez que me ha soltado todo el rollo sobre su política de cancelación.

—¡He tardado sólo cuarenta segundos, gracias! —le comunico a la amable

empleada que me ha prestado su móvil cuando se lo devuelvo, después de haber comprobado el tiempo transcurrido en la pantalla.

—Veo que cumples tu palabra. —Sonríe al cogerlo.

—No te imaginas el favor que me has hecho, de verdad, gracias.

—No hay de qué —me responde, desapareciendo por una de las puertas.

La idea es ir al hotel, asearme y, una vez descansada, llamar desde allí a mi hermana, pues supongo que tendrán algún modo de buscar números de teléfono. Vuelvo medio corriendo hasta la mesa donde Irion permanece sentado, ya con su plato vacío. Él clava sus ojos sospechosos en los míos.

—¿Ya has terminado? ¿Tanta hambre tenías? —le pregunto mientras tomo asiento, para romper este incómodo silencio.

—Es que el sexo me da hambre —suelta—. Tú deberías comer también porque pienso follarte hasta dejarte sin fuerzas.

Yo comienzo a comer, disimulando para que no se dé cuenta de que me ha dejado K.O. y calenturienta con su comentario, aunque mi clítoris quiere llamarlo a gritos para hacerle cumplir su promesa. Él se recuesta sobre el respaldo de la silla y me contempla mientras como, pero de una forma que no me agrada en absoluto.

—Qué ocurre, ¿sigo teniendo la cara negra? —le pregunto.

—Mucho peor que eso —asegura.

Me detengo una vez que he tragado la comida que tenía en la boca, y lo miro fijamente.

—Irion, ¿qué pasa?

—No sé, dímelo tú, señorita O'Connor —pronuncia con retintín.

Por un momento me quedo paralizada. ¿Y si alguien me ha reconocido y le ha contado quién soy? Aunque dudo mucho que eso haya ocurrido, y menos en un pueblo fantasma. ¿Habría visto algo en las noticias?

—No tengo la menor idea de lo que estás insinuando. —Disimulo.

—Pues por la mirada de *pillada* que acabas de poner, eso no suena demasiado creíble —añade.

—Irion, no me apetece que me acuses de algo y luego juegues a las adivinanzas, dime de qué se trata o cállate —le reprocho.

—¿Adónde se supone que has ido? Porque he ido al baño a echarme un polvo y no estabas allí.

Sus palabras consiguen que escupa el agua que acabo de introducirme en la boca sobre el mantel a modo de aspersor a propulsión y que a él se le escape una sonrisa triunfal.

—¡Qué romántico eres! —comento, mientras limpio con la servilleta el estropicio causado.

—Es que no pretendía ser romántico, no hay nada de romanticismo en follar en un baño —insiste.

No sé si son sus palabras sucias, su voz ronca por el deseo, su forma de mirarme, su cuerpo pecaminoso, o el hecho de imaginarme la tórrida escena lo que consigue que, de pronto, quiera ir corriendo a ese baño del que habla.

—Hazlo —susurra.

—¿Qué?! —Es imposible que me haya leído la mente.

—Ve al baño. Yo te seguiré —ordena.

Un repentino calor en la entrepierna se apodera de mi cordura y también de mi voluntad, porque mis piernas adquieren vida propia para levantarse y caminar en dirección al baño, consciente de lo que eso significa.

No miro hacia atrás ni una sola vez para comprobar si viene o no, pero como llegue al servicio y él no esté, moriré de vergüenza y lo odiaré para el resto de mi vida.

* * *

Abro la puerta del baño de señoras y me dirijo hacia una de las tres puertas que hay en su interior, la única que se encuentra abierta, ya que los otros dos cubículos están ocupados. No he terminado de entrar en el reducido espacio cuando una mole musculosa se abalanza sobre mí, devorando mis labios.

Echa el pestillo como buenamente puede mientras nos besamos contra las tres paredes de madera que nos rodean.

Mis manos se introducen en la parte trasera de su fino pantalón de tela para palpar esas nalgas duras y suaves que tan cachonda me ponen. Es como acariciar el mármol. Él resopla ante mi tacto. Su miembro erecto se aplasta contra mí, consiguiendo que yo también suspire al sentirlo, y esto lo enciende aún más.

—¿Adónde has ido antes? —pregunta contra mis labios, mientras me besa.

—A tomar el aire —miento.

No me ando con rodeos y desabrocho su pantalón, que cae junto a mis pies, seguido por su bóxer. Deja de besarme sólo para clavar su mirada en la mía y con ella su alma también. Me siento expuesta, demasiado. Entonces me doy la vuelta, colocándome de espaldas a él y provocándolo con mi generoso trasero contra su miembro, para no alargar demasiado este momento de profunda intimidad que se acaba de crear entre nosotros y que tanto me incomoda.

—Quiero mirarte mientras te corres, Zoe. —Intenta darme la vuelta de nuevo para situarme de frente a él.

—Pero yo no quiero que lo hagas —insisto mientras me levanto el vestido para que nuestra piel entre en contacto y se olvide de una vez por todas de nuestros ojos.

En efecto, en cuanto su miembro roza la suave piel de mi pompis, no lo duda ni un momento y se agacha para coger el preservativo de su pantalón. Oigo cómo se rasga el envoltorio y, acto seguido, de un certero estoque, consigue introducirse en mi interior, hasta el fondo, sin miramientos. Un gruñido satisfecho escapa de su garganta y un gemido ronco de la mía.

Al principio se mueve con lentitud, saboreando cada empellón y dejando que me humedezca más. Sólo se oye el sonido seco de nuestra carne al chocar. Yo me agarro con todas mis fuerzas a la pared que tengo enfrente, aunque creo que las piernas no van a conseguir sostenerme porque tiemblan

como flanes. Entonces, él me sujeta con los brazos por el pecho para que me enderece y no me caiga, aplastando mi espalda contra su torso.

Un placer demasiado intenso nos embarga a ambos en esta postura, pues la penetración es mucho más profunda, y por eso los gemidos que hemos estado reteniendo hasta ahora suben de intensidad. Se me ocurre tirar de la cisterna para que no se nos oiga demasiado y él aprovecha mi ingeniosa idea para acelerar el ritmo.

—Joder —se me escapa por su ardorosa percusión.

Estamos intentando no hacer demasiado ruido, pero es imposible, el sonido del sexo es inconfundible. Nuestras respiraciones jadeantes y sofocadas no se pueden reprimir de ninguna manera. Inclino la cabeza hacia atrás, posándola sobre su hombro, y cierro los ojos con fuerza, mordiéndome el labio inferior y gimiendo incontrolablemente, pero me oigo distante, supongo que es debido a que estoy a punto de irme muy lejos.

—Es tu última oportunidad para decirme la verdad, si no, te quedarás sin orgasmo —susurra mientras mordisquea mi cuello desde atrás.

Se detiene y siento cómo se aleja mi inminente orgasmo; entonces me apresuro a añadir:

—Quería llamar a mi hermana para decirle que estoy bien, pero no tenía batería —le confieso jadeante.

—Eso me gusta más —anuncia, volviendo a la carga.

Enseguida acompaña sus arremetidas con un dedo sobre mi clítoris, donde comienza a trazar círculos cada vez más desesperados, cosa que por fin consigue hacerme despegar. Él muerde mi hombro para soportar la tortura que le supone no correrse hasta que yo lo haga. Es un amante generoso y experto, y eso me gusta; bueno, vamos a ser francos, no me gusta, me vuelve loca, pues de no ser así, no estaría haciendo esto ahora mismo.

En cuanto siento que los primeros espasmos comienzan a apoderarse de mi cuerpo y empiezo a tener convulsiones de placer, él se relaja también y se deja ir junto a mí. La puerta del baño contiguo al nuestro se abre y se vuelve

a cerrar dando un sonoro portazo al hacerlo, y escuchamos los insultos de una señora que no parece demasiado contenta con nuestras muestras de afecto.

Mientras intentamos en vano recobrar el aliento, Irion se sube de manera muy rápida su bóxer y su pantalón. Mira hacia arriba para comprobar que la pared no llega hasta el techo, sino que hay un gran hueco, con lo cual, se agarra al borde del muro para saltar por encima de mi cabeza de una manera tan ágil que me quedo petrificada. Se ha colado en el cubículo de al lado. Me recuerda a un saltador de parkour, que, para el que no lo sepa, son esos descerebrados que cuando se aburren saltan de un tejado a otro de los edificios, con lo a gusto que estarían jugando a la consola en el sofá de su casa, o haciendo croché. Misterios sin resolver de la raza humana.

No me da tiempo ni a preguntarle qué diablos se supone que está haciendo, porque enseguida llaman a mi puerta, dándome un susto de muerte.

—¡Tras esta puerta están los degenerados! —Reconozco al instante la voz de la señora que hace un momento soltaba improperios por la boca, y entonces lo comprendo todo.

—Señores, salgan de ahí de inmediato —ordena una voz de hombre, aporreando mi puerta.

Me coloco el vestido a toda prisa y me retoco un poco el pelo. Abro la puerta, con la cabeza bien alta, y asesino con la mirada al guarda de seguridad que me encuentro de frente y después a la señora que está junto a él, con cara de rana amargada.

—¿Sucede algo? —pregunto altanera.

El guarda de seguridad comprueba que no hay nadie más en el baño del que acabo de salir y quiere morirse. Le dedica una mirada recriminatoria a la señora.

—¡Estaban ahí, lo juro, yo los he oído! —insiste indignadísima.

—¿Qué es lo que se supone que ha oído, señora? —pregunto con toda mi chulería.

—¡Sexo! ¡Alguien estaba fornicando en este baño!

Yo suelto una sonora carcajada.

—¡Por Dios! Hace años que no tengo esa suerte, señora —comento risueña; el guarda parece muy interesado. ¡Hombres! Nunca falla.

—Disculpe mi falta de educación al dirigirme hacia usted, señorita; esta señora ha venido tan asustada que la he creído sin dudarlo. Le pido que acepte mis disculpas, por favor —me suplica él.

La señora en cuestión busca desesperada con la mirada a alguien a nuestro alrededor.

—Este incidente me va a costar un gran disgusto. —Practico mis nulos dotes de actriz, poniéndome el antebrazo sobre la frente de manera exagerada a modo de pena súbita—, pues estoy muy delicada de salud; si fuese tan amable de acompañarme a la calle para que me diese el aire, se lo agradecería.

—¡Por supuesto!

El guarda me ofrece el brazo y lo cojo de una forma muy delicada para caminar despacio hacia una de las salidas de emergencia, que abre él con una llave maestra, sin necesidad de pasar por el comedor.

Una vez que estamos en la calle los dos, observo de reojo que el coche de Irion no se encuentra demasiado lejos, incluso juraría que él está ya dentro y haciéndome gestos con el brazo.

—Me estoy mareando —poso la mano sobre su pecho a propósito—; ¿sería tan amable de traerme un vaso de agua?

—Siéntese, no vaya a desmayarse, vuelvo enseguida.

Obedezco como si fuese una ovejita mansa. Una vez sentada en el borde de la acera, desabrocho mis sandalias disimuladamente por debajo del vestido mientras él todavía me observa, y yo le sonrío.

Entra de nuevo en el edificio.

Aprovecho para tirar mis sandalias por los aires y salir corriendo a toda prisa hacia el vehículo que me aguarda al otro lado. El corazón me palpita a mil por hora. Jamás he sentido cómo la adrenalina recorría mi cuerpo como

ahora, imaginando que me persiguen. En cuanto Irion me ve correr hacia el coche, acelera para acercarse a mí. Nos encontramos a medio camino y yo salto, de manera literal, al interior del coche en marcha.

El cascarro derrapa al girar de golpe sobre la arena del desierto, formando una nube de polvo a su alrededor para tomar la carretera a toda velocidad, mientras una algarabía de gente se arremolina en la puerta del restaurante señalándonos.

—¡Van a detenernos, Irion, seguro que han anotado la matrícula! — exclamo excitada, mientras respiro con dificultad por el esfuerzo realizado.

—No les servirá de nada, es falsa. —Se encoge de hombros tan tranquilo.

Lo miro atónita.

—¡Ay, Dios mío! —Me tapo los ojos con ambas manos y me dejo caer sobre el respaldo.

—Estoy bastante acostumbrado a este tipo de persecuciones —asegura orgulloso.

—¡Joder! ¡Voy con un forajido de la justicia directa a la cárcel por encubrimiento!

—¿Encubrimiento? —Suelta una risotada—. La idea del mareo no ha sido mía, que digamos. De hecho, parece que llevas toda la vida haciendo esto, ¡se te da demasiado bien mentir! Hacemos un buen equipo.

—¡Me estás empujando hacia la delincuencia! —protesto.

—No digas tonterías, ojazos. Es la tercera vez que te salvo y no va a haber una cuarta —me advierte.

—Lo mismo dijiste la segunda vez —le recuerdo.

—Pero ahora es de verdad —afirma rotundo.

—¿Por qué?

—Porque no pienso volver a dejarte.

Un fuerte impacto acelera los latidos de mi corazón e intento evitar por todos los medios que una sonrisilla de idiota aparezca en mis labios.

—No creo que eso sea decisión tuya —le rebato, fingiendo que no me ha

gustado su frase.

—No es una decisión mía, es de los dos. Ni tú ni yo podemos fingir lo que sentimos cuando estamos juntos. Empieza a asumirlo de una puta vez y todo será más fácil.

Me quedo mirándolo, llena de incredulidad.

—¿Se supone que eso es una declaración de amor?

—En toda regla.

Mujeres del mundo: No esperéis que aparezca el hombre perfecto, eso sólo pasa en los cuentos de Disney, y cada vez tengo más dudas también sobre esos príncipes raros.

CAROLINE, *The man-hater*

Llevamos alrededor de dos horas en el coche y parece que nadie nos persigue. Según van pasando los minutos mi pulso se va serenando, pues al principio parecía un martillo percutor. Por supuesto no le iba a decir que se desviase hacia Barstow, que era donde había reservado el hotel, porque sería el primer lugar en el que nos buscaría la policía por habernos largado del restaurante sin pagar.

Lo miro de reojo cuando no se da cuenta para cotillear un poco sus tatuajes. Hasta ahora ninguno me ha llamado demasiado la atención, ya que se trata de formas geométricas inconexas, o al menos lo son para mí.

Ninguno de los dos ha dicho una sola palabra durante todo el trayecto. Sobre nada. Ni siquiera cuando hemos visto el cartel que delimitaba California con Arizona. Además, se me está haciendo bastante aburrido, pues el paisaje no cambia y la carretera es una línea recta. Pero ¿sobre qué se supone que debo hablar después de su declaración?

Supongo que estaba bromeando.

—Seguro que estamos en busca y captura, ya imagino mi foto en uno de esos carteles en blanco y negro sobre un poste de luz. —De todas las cosas sobre las que podría hablar, rompo el silencio con esta joya de frase.

—Es probable. —Se encoge de hombros.

—¿Es que a ti no te preocupa nada? —Me saca de mis casillas que parezca estar siempre tan tranquilo, cuando yo estoy de los nervios.

—Te equivocas. Me preocupan muchas cosas.

—¿Como por ejemplo...? —le pregunto.

—Pues por ejemplo que me corra antes que tú y me odies por dejarte frustrada.

Abro los ojos de manera descomunal.

—¿Tú eres tonto o te lo haces?!

—No más que tú, ojazos. —Sonríe lascivo.

—¿Puedes pensar en sexo después de lo que ha ocurrido? —le respondo.
Alucino palomitas.

—No puedo pensar en otra cosa desde que te vi en aquella playa —declara.

—¡Eres incorregible! —Se me escapa una risilla nerviosa.

—Es una de las miles de cosas que suelen llamarme, aunque prefiero «salvaje», «libre» o «tenaz» —se mofa—. Y la que más me gusta de todas es «dios del sexo».

Paso de él e intento que no me descubra sonriendo por sus ocurrencias.

—Bueno, y ahora que somos novios, cuéntame algo sobre tu vida, dios del sexo —lo provoco.

—¿Ahora que somos novios?! —exclama asustado.

—Has dicho que estaremos juntos y que no me dejarás escapar nunca, ¿no? Eso sólo puede significar dos cosas: o que me has secuestrado, o que quieres casarte y tener hijos conmigo —alego muy seria.

—Estás de coña, ¿no? —gruñe mosqueado, sin dejar de mirar a la carretera.

—¡Ay, Irion, si me dices que no, moriré! Ya me había hecho ilusiones, incluso había pensado llamar a los niños Irion Junior y Zoe Toy. —Juro que me está costando horrores aguantar la risa que amenaza con salir disparada de mi garganta al verlo tragar con dificultad.

Me observa aterrado.

—¿Has dicho «Zoe Toy»?!

Creo que es la primera vez en su vida que tiene miedo, o al menos un miedo identificable. Yo pestañeo y le sonrío coqueta. Se le acaban de poner los huevos por corbata.

—Espero que pronto me des una nueva tarjeta de crédito, porque mi novio habrá cancelado la mía —añado.

No sabe qué hacer y cada vez sujeta el volante con más fuerza, tanta que hasta tiene los dedos blancos. Entonces, no me aguanto más y exploto a reír. Él me mira como si acabasen de salir alas de mi cuerpo.

—¿Te lo has tragado, patán! —Se me caen las lágrimas a causa de la risa—. ¡Deberías haber visto tu cara de pánico! —Lo señalo riendo.

Él no añade nada, se ha reído un poco, pero no en exceso, lo justo para expresar su alivio. No sé si se ha enfadado o le ha hecho gracia la broma, porque su cara es todo un poema.

—No te habrás enfadado, era una broma —le explico, todavía risueña—. Yo no quiero casarme, ¡y menos tener hijos!

«“¡Y menos contigo!”... ¿Había necesidad de decir esto?», me recrimino.

—No era por ti, es que no me gustan las familias —me explica en un tono seco.

—¿Las familias? ¿A qué te refieres? No entiendo.

Dice que no le gustan las familias como aquel que no le gustan las patatas.

—Nunca he tenido una familia, por eso no creo que pudiese formar una y mucho menos mantenerla.

Es como si, de pronto, sintiese la necesidad de contarme algo sobre su vida, y me encanta que quiera ser sincero conmigo. El misterio lo envuelve y a mí eso me atrae más que a Indiana Jones un templo. Necesito saber.

—¿Y qué hay de tu madre? —pregunto.

—Ella no es mi madre —contesta en un tono seco.

—¿Cómo que no? Me dijo que era la señora Miller —le cuento.

—Claro que es la señora Miller, los cuatro nos apellidamos Miller, ella nos adoptó.

—¿Qué cuatro?

—Will, Rob, Jack y yo.

—¿Sois hermanos?

—No me creo que estés haciendo esa pregunta en serio —se queja.

Claro, teniendo en cuenta que Jack es más negro que la oscuridad.

—Es obvio que no creo que seáis hermanos, pensaba que erais amigos. — Pongo los ojos en blanco—. ¡Cuéntamelo!

—Espera que lleguemos a Oatman y te lo contaré tomando una cerveza.

—Irron, no creo que podamos pagar una cerveza. Deberíamos volver a casa antes de que esto se nos complique —le sugiero.

—¿Tú no tienes ni un dólar en tu monedero? —pregunta sonriente.

Me llevo la mano al bolso y... ¡resulta que no hay bolso!

—¡Me lo he dejado en la mesa!

—¡No me jodas! Contaba con fundir la tarjeta de tu querido novio — protesta—. ¡Mierda!

—¡Cómo se nota que ser idiota es gratis! —le reprocho indignada, y también muy agobiada por no tener ni un dólar. Creo que es la primera vez en mi vida que me preocupo por el dinero.

Él suelta una carcajada.

—¡Era broma! —aclara—. No necesitamos su dinero para nada.

—Quiero volver a casa, y no es ninguna broma —le pido.

Ya me imagino muerta de hambre por las calles, mendigando.

—Todavía tienes que ver una última cosa, que es a lo que te había traído; después volveremos.

«Y una vez que volvamos ¿qué?», me pregunto.

—Espero que la gasolina llegue para la vuelta —alega.

—Irron, déjame tu móvil, tengo que llamar a alguien para avisar de que estoy viva, si no, se preocuparán.

Ya sé que a mi edad resulta patético, pero es que mis padres son así. No soy una mujer cualquiera, soy una cuyo rescate les costaría millones.

—No tengo móvil.

—¿Cómo que no? ¡Si tengo tu número! ¡Te escribí y me contestaste! — Ahora sí que me he agobiado o, peor aún, ¡estoy muerta de miedo!

—Era el móvil de Jack —me contradice sin inmutarse.

—¡¿Me estás diciendo que vamos viajando por una carretera por la que no transita nadie en horas o, incluso en días, sin un puto móvil para pedir auxilio si nos ocurriese algo?! —grito histérica.

Se encoge de hombros tan tranquilo y de repente quiero asesinarlo.

—Relájate, Miss Histeria; ¿todavía no te has dado cuenta de que vas con tu héroe y no permitiré que nada malo te ocurra?

Al cabo de algún tiempo, entramos en un pueblo, si es que a cuatro casas mal puestas y medio derruidas en medio de la nada se le puede llamar pueblo. Irion detiene el coche porque unos borricos no nos dejan seguir. Miro hacia adelante para comprobar que miles de burros campan a sus anchas en medio de la carretera. Sí, he dicho «burros». Burros de los que rebuznan y tienen orejas grandes, y sí, son de verdad, porque uno de ellos está metiendo la cabeza por mi ventanilla y por eso me veo obligada a alejarme de él para que no me haga nada, tanto, que he terminado subida encima de Irion, con cara de pánico mientras chilló como una loca.

—¡Oye, ojazos, si querías ponerte encima de mis rodillas sólo tenías que pedirlo! — Mete la mano por debajo de mi vestido para acariciar la cara interna de uno de mis muslos y yo doy un respingo, a la vez que le asesto a él un guantazo en la mano para que la retire de inmediato.

—¡Cállate, insensato! ¡Esa bestia quiere morderme!

—Pues esta otra bestia quiere hacerte mucho más que eso —ronronea, pasando olímpicamente del burro, que cada vez está más metido en el coche.

—¡Irion, estate quieto, joder! ¡Sácalo del coche! —Me remuevo en la dirección contraria a la del monstruoso animal.

Lo empujo para que haga algo y al final sale del vehículo, partiéndose de risa. Espero que espante a la manada de asnos que entorpecen nuestro camino, y cuál es mi sorpresa cuando veo que el muy inconsciente se intenta montar encima de uno de ellos y se cae al suelo, pegándose un buen golpe.

«¡Este tío es tonto! —me reprocho a mí misma—. De todos los tontos del mundo has tenido que elegir al que se lleva la palma.»

Descalza, salgo del coche tras él para comprobar si se ha hecho daño. Piso el asfalto, que a estas horas debe de estar a unos cuarenta grados como mínimo, por lo que levanto los pies a cada segundo, pareciendo una bailarina drogada. De pronto, veo que salta con todas sus fuerzas desde el suelo hasta el lomo de otro de los burros para intentar subirse encima de nuevo, pero el animal lo esquiva sin problema e Irion vuelve a darse de bruces contra el suelo.

—¿Te has vuelto loco?! —lo increpo, atónita al ver la nueva leche que se ha dado.

Él ni siquiera me mira, está absorto en su nuevo propósito en la vida, que por lo visto es la doma de burros salvajes.

«Pues como se rompa los dientes va a estar bonito» piensa mi mente privilegiada.

Vuelve a levantarse del suelo, todo despeinado y con los pantalones de pinzas oscuros llenos de polvo, respirando con dificultad y mirando a los animales con el odio reflejado en sus gélidos ojos. A mí me dedica una mirada fugaz y compruebo que en sus ojos brilla la determinación y, además, un atisbo de felicidad. Esta vez coge impulso y se lanza sobre el lomo de otro de los burros, pero ahora se agarra al cuello del animal con sus poderosos brazos y al flanco con sus fuertes piernas, como si no hubiese un mañana. Ahora sí, el burro suelta un fuerte rebuzno y comienza a saltar y a coclear para quitarse a Irion de encima.

—¡Ay, Dios! —exclamo al tiempo que me tapo el rostro con ambas manos para no ver cómo se parte la columna vertebral.

No doy crédito, creo que debo de estar en mi casa, teniendo algún tipo de pesadilla extraña, porque desde luego esto es imposible que sea real.

La tremenda escena me recuerda al toro mecánico que ponían en la feria del pueblo de mi abuela, allí en España, para que montasen los jóvenes, sólo que en la versión californiana se trata de un mulo poseído por el demonio, en el que está subido un majadero poseído por el espíritu de la gilipollez.

Niego con la cabeza, sin dar crédito, contemplando lo que parece ser el acontecimiento del siglo. La gente, poco a poco, se ha ido arremolinando a nuestro alrededor para vitorear y aplaudir al mentecato que me acompaña. La hostia que se va a dar va a ser fina y yo no pienso curarlo, lo lleva claro. Ya puede dar gracias al cielo porque no haya cogido el coche y me haya largado.

¡Por Dios, qué vergüenza estoy pasando!

Al final, no sé cuántos minutos habrán transcurrido, pero el burro termina cediendo y caminando tranquilamente entre los curiosos, con Irion sobre su lomo, que ahora se sienta erguido, saludando a la multitud como si fuese un auténtico héroe. Todos le aplauden y vitorean, hasta que una de las madres coge a su hijo pequeño para ponerlo sobre las piernas de Irion y hacerle una foto. Después, al recoger a su hijo le ofrece a Irion un billete de diez dólares y él sonrío satisfecho, dándole las gracias, sin cortarse un pelo.

Inmediatamente, dos chicas de unos veinte años se ponen a posar también a su lado, con una postura mucho menos inocente que la de la madre con el niño, para que una tercera les haga la foto. Otros diez dólares le dan como remuneración por la foto y, además, su número de teléfono de propina.

Yo no sé si reír o llorar, el mundo está loco, en serio. Se creen que es uno de esos animadores que andan por las calles disfrazados de vaqueros legendarios escenificando alguna sátira para que el público se divierta, salvo que éste va vestido de Armani y doma burros en vez de búfalos.

Porque ¡¿cómo va a pensar nadie en su sano juicio mental que se trata de un hombre al que se le ha ido la pinza, de repente, para montarse sobre un burro?!

Mientras todos se arremolinan alrededor de Irion y el burro para hacerse fotos con ellos, yo monto en el coche para llevarlo hasta un aparcamiento frente a uno de los escasos edificios de madera que forman el pueblo, donde reza OATMAN HOTEL & RESTAURANT. Al salir me cruzo con otros cuatro burros, pero éstos pasan de mí, menos mal. Parece que estamos en el viejo Oeste de verdad, es alucinante lo bien conservado que está todo. Me da tanta pena no tener un móvil para hacer fotos...

Entro en el edificio y agradezco enseguida el frescor que siento en el rostro y en los pies, pues en la calle hace un calor insoportable. Abro la boca, sorprendida al ver el interior del restaurante, porque sus paredes están forradas por completo con billetes de un dólar, firmados por los visitantes. Aquí debe de haber más de un millón de dólares.

Un señor mayor toca la guitarra en un rincón y los clientes comen de forma tranquila, sentados a las mesas en sillones. No miran mis pies descalzos porque el vestido largo los cubre, pero sí que me observan como si me hubiese escapado de un burdel de la época.

—¿Tienes hambre, ojazos? —oigo a mi espalda.

Cierro los ojos con fuerza para armarme de paciencia. Los abro y me vuelvo para mirarlo, y ahí están sus ojos, mirándome como siempre, como si no hubiese más mujeres en el mundo.

—¿Me invitas a una cerveza, *donkeyboy*? Me muero de sed —le propongo.

—Ahora sí puedo invitarte. —Sonríe como el seductor nato que es y me planta un beso en los labios, dejándome atontada.

Se sienta a una de las mesas y llama al camarero. Yo hago lo mismo. Pedimos una jarra de cerveza y una hamburguesa de búfalo cada uno.

—¿Sabes lo que me han contado? —pregunta, mientras mastica con la boca abierta la hamburguesa que, por cierto, está riquísima.

—Sorpréndeme —lo animo.

—Que la habitación donde Clark Gable y Carol Lombard pasaron su

noche de bodas está en la primera planta de este hotel. Él era un enamorado del pueblo y lo visitaba a menudo para jugar al póker con los mineros. Se dice que los espíritus de los dos descansan en esa suite y que hay noches en las que se oyen sus risas. Por lo visto, la estancia todavía está intacta desde que la dejaron.

—¿En serio? ¡Quiero verla!

—Luego preguntamos si se puede visitar.

Se hace el silencio entre nosotros, aunque una guitarra siga sonando de fondo.

—¿Cómo se te ha ocurrido lo del burro? No entendía lo que hacías hasta que he visto que te daban dinero por las fotos —pregunto.

Suelta una carcajada.

—Y qué creías, ¿que de pronto me apetecía montar en burro? —Sonríe de manera pícara.

—¡Claro, estaba alucinando! —exclamo—. Creía que te habías vuelto loco.

—Bueno, loco me has vuelto tú —añade, mirándome con esos ojos que me descolocan.

Y es que a cada momento que paso junto a él me doy cuenta de que no tiene un pelo de tonto.

—Nena, soy un superviviente nato. Desde pequeño me he buscado la vida yo solo, y sobrevivir a un viajecito por el desierto un par de días no iba a ser más complicado que hacerlo en el infierno una vida entera —dice como si nada.

—Has dicho que me contarías más cosas sobre ti tomando una cerveza y la estamos tomando.

—Sí, pero he cambiado de idea, esta noche te explicaré el motivo.

—¡Eres un tramposo!

—Eso ya deberías saberlo. —Me guiña un ojo y yo le lanzo una de mis patatas fritas a la cara; él la coge al vuelo y la mastica sonriente al ver mi

asombrada expresión.

—Eres peor que un niño.

Cuando terminamos de comer son las tres de la tarde y subimos a ver la famosa suite, pero sólo porque Irion le cae en gracia a la dueña del hotel, cosa a la que ya empiezo a acostumbrarme.

No es algo tan fascinante como esperaba, pues es muy pequeña, pero me encanta observarla y permanezco pensativa bajo la atenta mirada de Irion. Los imagino viviendo aquí ese amor tan grande del que todos hablaban en la época, en este mismo lugar. Ese amor que se truncó de una manera tan trágica, siendo ella tan joven y dejándolo a él roto, sin la capacidad de volver a amar a ninguna otra mujer nunca jamás.

Antes de marcharnos, Irion saca dos billetes de un dólar y escribe algo en uno de ellos.

Leo lo que escribe en el suyo sin que se dé cuenta:

«¿Quieres casarte conmigo, ojazos? Firmado: Irion Miller».

—Un dólar por tus pensamientos —dice mientras me pasa el que no ha escrito.

Siento un cosquilleo en el estómago y una sensación de vértigo difícil de explicar. Lo miro algo intranquila y sus ojos brillan como nunca, con una mueca en sus labios que refleja que él tampoco está demasiado sereno. Se me escapa una risa nerviosa, supongo que me está vacilando, pero aun así no puedo evitar que la simple idea me excite. Mucho. Aunque lo intento disimular, pues se supone que yo no sé lo que él ha escrito.

Me pasa el rotulador rojo para que escriba algo en mi dólar. Yo me vuelvo para darle la espalda y que no pueda leer lo que pongo. Al terminar, doblo enseguida el billete.

Él va a colgar su billete sobre una de las paredes y aprovecho la coyuntura para hacer lo mismo con el mío, pero yo lo cuelgo lo más lejos posible del suyo y camuflado entre la multitud de billetes colgados que hay, para que le resulte imposible encontrarlo.

—¿No vas a decirme qué has escrito? —pregunta, fingiendo pena.

—He puesto que la próxima vez que vengamos, espero que sea acompañados de Irion Junior y Zoe Toy.

Él se ríe, menos mal que ya se lo toma a broma.

—Creo que la cerveza te ha sentado mal.

—¿No quieres tener hijos conmigo, Irion? —insisto.

—Lo que me sorprende es que tú los quieras tener conmigo —exclama.

Ya que estamos de cachondeo y yo un poco animada por el alcohol, voy a vacilarle un poco más; me gusta tensar la cuerda entre nosotros, porque nunca se achanta y yo menos.

—¡Me voy a coger un trauma por tu culpa, todo el tiempo rechazándome!
—le reprocho.

—No te ofendas, pero no te veo yo a ti de madre, eres demasiado irresponsable.

¡¡¡¿¿¿En serio???!!!

Me está llamando «irresponsable»... ¡¿él?!

—¡Ah, claro, que la irresponsable soy yo!

—Así es —afirma.

—O sea, que ¿en realidad crees que un tío de los peores suburbios de L.A. que me secuestra de una fiesta, después me obliga a robar y a huir de la justicia, me folla en baños y callejones como a una ramera, y que, además, se monta en burros salvajes para ganar dinero de manera ilegal, puede ofrecerme algo que me incite a querer tener hijos con él? —me mofo.

Él pierde la sonrisa de repente y sigue andando sin esperarme. No era mi intención que se lo tomase a mal, ¿me habré pasado? ¡Si era broma!

Llegamos al aparcamiento, montamos en el coche, que está en modo incandescencia, por lo que Irion arranca el motor a toda prisa para poder bajar las ventanillas y que una vez en marcha nos dé el aire.

Ninguno de los dos añade nada en un buen rato.

Cuando llevamos una hora por la carretera, me pasa una pequeña caja de

cartón.

—¿Qué es esto? —pregunto intrigada.

—Tu regalo de compromiso —suelta tan campante, y me arranca una sonrisa.

«Menos mal, parece que ya me ha perdonado el agravio.»

—Los diamantes no suelen ir en cajas tan grandes —lo provoco.

—El día que te calles te saldrán subtítulos, ojazos —se queja—. Creo que esto te gustará más que un diamante.

Lo abro y descubro que son unas zapatillas blancas de lona ¡de mi número! Lo miro mientras saco una, con una enorme sonrisa que no he podido retener.

—No pensé que fueses a fijarte en que iba descalza —admito.

—Aunque no lo creas, hay veces en las que pienso en algo más aparte de en tus tetas.

—¡Oye! —me quejo.

Le doy en el hombro y se ríe.

—Irron, lo de antes era broma, no pretendía herirte, lo siento.

—No te preocupes, no pasa nada. Yo también bromeaba.

No pasa nada pero no cruzamos ni una sola palabra más hasta que llegamos a Kingman, es decir, que después de varios intentos fallidos de iniciar una de esas conversaciones absurdas sobre el tiempo que hace en Pekín, a las que él me contestaba con monosílabos ininteligibles, he terminado dándome por vencida y entonces ha reinado el silencio, por lo que me he limitado a mirar por la ventanilla, sintiéndome demasiado miserable por ser una bruja malvada con el hombre que estaba arriesgando todo por mí.

La gente me llama «feminista» cuando expreso opiniones distintas a las que tiene un felpudo.

CAROLINE, *The man-hater*

Antes de llegar a Kingman, hemos parado a tomar un refresco en el Mr. D'z Route 66 Diner, que sólo por su exterior decorado en tonos verdes y rosas ya me ha conquistado. Pero al entrar en el establecimiento es como si, de pronto, nos hubiésemos transportado a los años cincuenta y eso termina de enamorarme.

—¡Alucino! —exclamo, admirando cada rincón de este singular lugar bajo la atenta mirada de Irion—. Siento que estamos en otro mundo.

Un cuadro gigantesco de Marilyn Monroe preside una de las paredes, y justo enfrente otro de Elvis Presley. Los bancos son tipo skay de cuero rosa, el suelo es de damero blanco y negro, y hay un tocadiscos inmenso como el de la película de *Grease* que me deja con la boca abierta. Las paredes están repletas de cuadros de la época, en plan Andy Warhol, de Coca Cola, coches antiguos y Betty Boop.

—¿Te gusta?

—¿Bromeas? ¡Me chifla! ¡Quiero vivir aquí! —Aplaudo extasiada.

Suelta una risa.

—No recuerdo haberme reído nunca tan seguido como en estos dos días, ojazos —me confiesa.

«Ni yo tampoco», pienso.

—Vaya, gracias, desconocía mis dotes de payasa.

—¡Pues es de lo mejor que tienes! Sin contar con tu espectacular trasero, claro.

—¡Oh, siempre pensando en lo mismo!

—Es tu culpa por estar tan buena.

Nos sentamos a una de las mesas para tomar un Banana Split y se me ilumina la bombilla.

—¡Dame un segundo! —le pido mientras me levanto de la mesa y señalo la puerta del baño.

—¿Adónde vas? ¿No pretenderás usar la misma táctica? Por un batido no merece la pena que nos persiga la pasma. —Se detiene un instante y un fulgor invade sus ojos—. Aunque si quieres repetirlo *todo* —enfatisa esta palabra—, yo estaré encantado.

Sonrío con lascivia para provocarlo.

—Me has convertido en una adicta a la adrenalina y ahora necesito delinquir —pronuncio con voz sensual.

—Eso me pone muy cachondo, joder —susurra entre dientes para que sólo lo oiga yo.

—Ahora vuelvo, pervertido.

Me dirijo hacia la barra y le pido a una de las camareras unas tijeras, cosa que me sirve para prestar atención a su atuendo cincuentero. Me las presta sin reparos y ahora sí me voy más feliz que una perdiz hacia el baño.

Una vez en los servicios femeninos, aprovecho la ocasión para asearme un poco, pues hace un calor de mil demonios en esta época del año, además, no me apetece estar dos días sin ducharme y, encima, teniendo sexo. Me lavo con agua y jabón todo lo que puedo y después me seco con las toallitas de un solo uso que hay sobre el lavabo. ¡Qué bien me siento ahora, estoy como nueva!

Me planto frente al espejo y comienzo a recortar el bajo de mi vestido de cinco mil dólares, sin ningún tipo de remordimiento. Lo dejo por encima de las rodillas, bastante por encima, a decir verdad; ahora que lo miro en el

reflejo me doy cuenta de que se me ha ido un poco la mano, pero da igual. Con la tela sobrante hago unos recortes en línea recta, uno para atarlo alrededor de mi cintura a modo de cinturón, para que así la falda tome más consistencia, consiguiendo el efecto canacán, y el otro retal me sirve para recogerme el pelo a modo de cinta, anudándolo a un lado.

Me contemplo asombrada en el espejo antes de salir. Estoy de infarto, he de admitirlo; ni la más cotizada de las diseñadoras pin-up hubiese conseguido hacer semejante modelito en tan sólo dos minutos: ¡me encanta! Además, las deportivas me dan un aire desenfadado total.

Salgo del baño un poco nerviosa, he de admitirlo. En demasiado poco tiempo, Irion se ha convertido en alguien con quien me gusta estar y alguien a quien trato de gustar de manera constante. Me hace sentir viva y especial, cosa que nunca me había sucedido con ningún hombre, pues siempre me han aburrido con sus continuos intentos fallidos de halagarme. Irion, sin embargo, me hace sentir... normal.

Devuelvo las tijeras a la camarera, que se queda alucinada por mi cambio y me felicita por mis dotes de costurera. Cuando me vuelvo para dirigirme hacia nuestra mesa, dos ojos azules ya están clavados en mí, devorándome como nunca antes lo había hecho nadie. Siento un fuerte latigazo en la entrepierna al adivinar sus oscuros deseos. Si no hubiese gente en el local, se abalanzaría sobre mí para empotrarme contra lo primero que pillase, no lo dudo. Según avanzo hacia él, sus ojos van recorriendo cada parte de mí, sin tapujos.

Me detengo a su lado y, entonces, nuestras miradas se encuentran. Traga saliva y carraspea, imagino que, para recobrar el habla, mientras la circulación de la sangre vuelve a su cerebro, al de arriba.

—Me han dicho las camareras que un chico muy atractivo necesita mis servicios, pero no veo ninguno por aquí; ¿sabes si se ha marchado? —pregunto.

Él permanece serio.

—Acabo de reparar en que eres la mismísima reencarnación de Yvonne De Carlo y me he quedado mudo al verte —admite con la voz ronca.

Yo sonrío complacida.

—Espero que no sea en su papel de *Los Munsters* —bromeo.

—Sabes de sobra que no.

—¿Puedo sentarme con usted, caballero, o está ocupado? —pregunto a la vez que tomo asiento, sin esperar su respuesta.

Se acerca por encima de la mesa para susurrarme al oído:

—Mi acompañante ha ido al baño un momento, si quieres podemos escaparnos juntos; tú estás mucho más buena que ella, mi gran erección lo corrobora.

—¿Serías capaz de dejarla tirada? —inquiero, haciéndome la ofendida.

—No lo dudes, soy un hombre sin escrúpulos.

Se levanta de su sitio para situarse de pie junto a mí, dejando su mencionada erección a la altura de mis ojos.

—Tu gran erección va a saltarme un ojo.

Él se ríe y me ofrece la mano.

—¡Vamos, date prisa, si la bruja vuelve no podremos huir juntos!

—¡No te pases! —Lo amenazo con el dedo índice y sonrío.

Me coge la mano y salimos corriendo del local.

—¡Espera! ¿Has pagado los batidos? —pregunto.

—¡Nunca lo sabrás, pero, por si acaso, corre!

—¡Joder, te odio!

Me apresuro hasta el coche como si me persiguiese Satanás y, aun así, él corre más rápido. Montamos en el coche y arranca a la vez, derrapando al acelerar; ¡está claro que no ha pagado!

Salimos enseguida a la carretera y, una vez que compruebo que no suena ninguna sirena a nuestra espalda, comienzo a reírme sin poder parar; creo que se debe a los nervios que se han apoderado de mí durante la huida. Irion me

observa y termina riéndose también. La fuerza de la atracción que se respira en el ambiente nos envuelve.

—Sal de la carretera —le ordeno.

Él me observa con un halo de maldad en los ojos y, sin dejar de mirarme, gira el volante de manera brusca para adentrarse en el desierto. Yo comienzo a gritar por el susto, pues el coche parece que vaya surcando los mares, sólo que estas olas son de arena y hacen que casi salga por la ventanilla, debido a los botes que doy sobre mi asiento porque no hay cinturones. De pronto, pega un frenazo poniendo de golpe el freno de mano, y el vehículo se clava en el sitio, derrapando y consiguiendo con ello que yo termine por los suelos y que Irion se tronche de risa.

—¿Estás loco?! —protesto—. Si pretendes matarme, al menos me puedes ahorrar el sufrimiento.

Echa su asiento hacia atrás, colocando poco a poco las manos detrás de su nuca y levantando ligeramente las caderas para que mis ojos se fijen en el gran abultamiento de su pantalón.

—Lo que pretendía era tenerte en esa posición —ronronea.

Yo también lo pretendía cuando le he ordenado salir de la carretera, pues he descubierto que la adrenalina logra ponerme muy caliente; ¿o es Irion quien lo consigue?

Da igual.

Me incorporo para colocarme a cuatro patas y así poder levantar las manos del suelo y desabrochar su pantalón. Subo un poco su camisa, acariciándolo al hacerlo, y me deleito en los esculturales oblicuos, que están perfectamente definidos, tan duros que parecen esculpidos en piedra.

Desabotono la prenda que cubre su pecho, despacio, para contemplar un pecho más que perfecto. Parece de terciopelo, adornado tan sólo con esas tres estrellas que me vuelven loca. Sólo deseo lamer cada cuadradito que forma parte de sus perfectos abdominales, es prodigioso. Lo único que rompe esta bella armonía es la cicatriz que atraviesa su costado, todavía roja por ser

demasiado reciente, del disparo que recibió por salvarme, y al recordarlo de nuevo me siento estremecer.

Beso con suma delicadeza esa herida de guerra y él suspira. Parece algo inquieto, incluso incómodo. Después, mordisqueo uno de sus pequeños pezones oscuros y él da un respingo, seguido de un gemido ronco; esto me envalentona para seguir el camino hacia su ombligo con un reguero de besos que provoca que él respire con más dificultad.

—Me vuelves loco —gruñe—. Podría correrme con tu sola presencia, Zoe.

Lo miro. Sus ojos refulgen de impaciencia, devorándome desde arriba. Agarro la cinturilla de su pantalón junto con la de su bóxer para bajarlos a la vez y, al hacerlo, no debo de controlar demasiado bien las distancias, porque algo largo y grueso me asesta un fuerte bofetón en la mejilla, cosa que provoca que se parta de risa al ver mi cara de sorpresa.

—¡Eso es un pollazo en toda regla! —exclama.

—¡Creo que quiere guerra! —Intento no reírme.

—¡Pues la va a tener!

—No lo dudes.

Sin perder un segundo, me lanzo contra mi agresora y la introduzco en mi boca de un certero movimiento. No consigo llegar ni a la mitad debido a su envergadura, pero al menos lo intento. Él cierra los ojos con fuerza y maldice a todos los dioses entre dientes.

Degusto su sabor salino y masculino, aunque tiene cierto gusto a jabón, por lo que deduzco que él también ha ido a lavarse en el bar. Está extremadamente duro. Acaricia mi cabello con sus fuertes dedos de una manera muy sensual, mientras deja escapar algún gruñido. Sé que está haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad para no elevar la cadera y hacer más profunda la penetración, cosa que agradezco.

Poco a poco, voy aumentando el ritmo y él jadeando más, me gusta volverlo así de loco y tenerlo a mi merced. Ahora mismo podría pedirle la

luna y me la pondría a los pies sin dudarlo. Percibo que está bastante cómodo cuando es sólo sexo lo que nos une, pero cuando hay algo más, como por ejemplo besos, se pone rígido, incluso me atrevería a afirmar que se siente desubicado.

Acompaño mis movimientos rítmicos con ambas manos, una en el tronco y la otra acariciando sus testículos con firmeza. Mantengo la danza un poco más y enseguida noto en los labios las fuertes contracciones que preceden al orgasmo. Él retira mi cabeza de su miembro enseguida para expulsar a propulsión su simiente contra el techo del coche. Con lo que no contábamos es con que todo lo que sube vuelve a bajar, así que dicha simiente no es capaz de luchar contra la fuerza de gravedad y vuelve a caer..., ¡pero esta vez sobre su cara!

—¡Oh, joder, qué asco! —grita horrorizado.

Se levanta corriendo de su asiento para salir al exterior, limpiándose con ambas manos de manera convulsiva mientras yo, literalmente, lloro de risa.

Pasado un buen rato, ha terminado subiéndose los pantalones. No sabría decir cuánto tiempo ha estado Irion restregándose para que no quedase ni un ápice de restos amatorios en su cara. La pobre chaqueta del traje, ahora llena de manchas blanquecinas, ha quedado para tirar a la basura. Creo que no me he reído tanto en toda mi vida, por favor.

—Irion, no entiendo por qué te da tanto asco, ¡si es tuyo!

—Claro que es mío, ya lo sé, joder —bufa indignado—. Pero hay partes de mi cuerpo que nunca deben tocar ninguna otra, sobre todo las que están por debajo de la cintura. —Gesticula de manera exagerada para mostrarme esas partes de su anatomía y a mí me falta el aire para seguir riendo.

—¡No me lo puedo creer!

—¿A ti te gustaría que te cayese en la cara esta mierda? —cuestiona.

—¿Y a ti te gustaría que me lo tragase? —pregunto para provocarlo, cosa que hace que se detenga en seco.

Niega con la cabeza para quitarse la imagen de su mente pervertida y ni

siquiera me contesta, pues ambos sabemos la respuesta.

Volvemos a entrar en el coche, arranca y no tarda en incorporarse de nuevo a la carretera. Él va indignado y yo intentando no reírme de nuevo, pero me resulta imposible; cada cinco minutos estallo en una nueva carcajada y él termina dándome por imposible.

Son las cinco de la tarde e Irion ha parado frente a un restaurante, que además es también gasolinera: se llama Delgadillo's Snow Cap Drive-In y se encuentra en Seligman, otro pueblo típico del lejano Oeste. ¿Que qué tiene este pueblecillo de peculiar? Pues que hay varios Chevrolet con ojos aparcados frente a nosotros, y no, no es que me haya fumado un porro de marihuana y esté flipando, es que se trata de los famosos personajes de la película *Cars*.

—Sólo me queda dinero para llenar el depósito y para la sorpresa que te tengo preparada —me informa Irion un poco apurado antes de bajar del coche.

—Vale. —Me encojo de hombros.

Como ve que no pongo ningún inconveniente, añade:

—Eso significa que no tenemos dinero para cenar. —Su tono es muy sereno, pero sé que le da vergüenza decirme esto.

—Creo que no moriré de hambre en un día, tengo reservas suficientes. — Le sonrío, señalando mi trasero, y él también sonrío aliviado.

—Bien. Voy a echar gasolina —me informa, saliendo del coche.

—Irion —lo llamo por la ventanilla una vez que está fuera, y se vuelve para mirarme.

—Si te sobra algún dólar compra algo de beber, por favor —le pido. Él levanta el dedo pulgar en señal de O.K.

No creo que sea buena idea que vayamos por el desierto sin agua.

Ha desaparecido durante unos minutos y sé de sobra que se está lavando en los baños, incluso apostaría a que se está frotando la cara con lejía. Cuando vuelve con el pelo empapado, compruebo risueña que empiezo a

conocerlo un poco: es capaz de llevar ropa roñosa, pero él siempre va limpio, aseado y oliendo a gloria.

Emprendemos la marcha y volvemos a circular otro par de horas escasas, hasta que leemos en un cartel que estamos a las puertas de ¡El Gran Cañón!

—Ya hemos llegado, ojazos —indica.

—¿¿¿En serio??? ¿¿¿El Gran Cañón??? —exclamo como si fuese una niña pequeña—. ¡No puedo creerlo!

Mi boca alcanza unos límites de apertura que me hacen temer una posible luxación de mandíbula.

—Pues créetelo. Después de esto, tendrás que casarte conmigo.

—¡Acabas de conseguir muchos puntos!

Si quieres estar en mi vida, yo no pienso ponerte en ella, más vale que luches por ese puesto.

CAROLINE, *The man-hater*

Son las siete y media de la tarde y nos acabamos de sentar uno junto al otro en uno de los miradores más famosos del South Rim. Para ser más exactos, nos hemos desviado bastante de dicho mirador, porque estaba abarrotado de gente y hemos terminado sentándonos uno junto al otro al borde de un gran precipicio, lo suficientemente alejado como para que se pueda contemplar el paisaje, pero sin tener que aguantar la algarabía de los turistas.

Hemos bajado unos escalones naturales para llegar hasta una plataforma desde la que se observa todo el cañón. Aquí se descubre un horizonte detrás de otro. Abruma su tamaño, es inabarcable a la vista, con mil tonos de rojos y ocre. El río Colorado ha creado una auténtica obra de arte modelando el terreno como un alfarero a lo largo de milenios. Observo atónita cómo mis pies cuelgan por el abismo, mientras desde el coche suena *Issues*, de Julia Michaels.

—Por muchas fotos que haya visto, esto no tiene comparación con nada —musito obnubilada, con la mirada perdida en el atardecer que ha dado comienzo justo frente a nosotros.

Estamos tan alto que incluso las nubes pasan por dentro del cañón.

—El río Colorado ha horadado la piedra a lo largo de casi quinientos kilómetros de largo, sólo ha sido frenado en ambos extremos por la construcción de presas artificiales, una de ellas la famosa presa Hoover. El

cañón tiene mil seiscientos kilómetros de profundidad y cordilleras de hasta veintinueve kilómetros de anchura. —Leo en voz alta el folleto que nos han dado al entrar con el coche—. Algo impresionante.

—¿Sabías que en esos escalones que se han ido formando a lo largo de los siglos se encuentran las piedras más antiguas del mundo? —me pregunta.

—No, la verdad es que no tenía ni idea —y me sorprende que lo sepa él, pues había dado por sentado que era un inculto y, ahora que lo pienso, no sé nada sobre su vida.

Estoy viajando y follando con un completo desconocido.

—Pues así es, la parte más alta del cañón, de donde proceden esas rocas tan antiguas, tiene cerca de dos mil millones de años; por eso fue declarado Patrimonio de la Humanidad.

—Vaya —murmuro.

Esto es prodigioso, contemplar cómo desciende el disco flamígero tras la piedra escarlata, dotándola de miles de tonos distintos; sin duda es una de las experiencias vitales que uno busca experimentar antes de morir, para poder quedarse tranquilo porque su existencia ha merecido la pena. No puedo hablar, me he quedado muda ante semejante bestialidad de la naturaleza. Lo que tengo ante mí es tan grandioso que los ojos no alcanzan a mirarlo todo. Ni siquiera soy capaz de asimilar tanta belleza.

—Después de estar en un sitio así, ya puedes vivir con la paz de haber empleado tu tiempo en algo que te hace estremecer, tanto por dentro como por fuera —balbucea, absorto en el anaranjado astro rey, que ya ha comenzado a ocultarse tras el lejano horizonte.

Así continuamos durante unos minutos, o quizá horas, no lo sé. Sólo sé que permanecemos en silencio, contemplando cómo el esplendor del universo resplandece ante nuestros ojos, mientras nos sentimos más pequeños que una mota de polvo en medio del espacio.

El cielo ha pasado de sus increíbles tonos rosas y morados a sumirse en la más absoluta oscuridad y estar cubierto por un impresionante manto de

estrellas brillantes. Todos los tonos ocres y rojizos de las montañas se han tornado negros y azulados. Colosal.

En este instante me siento muy agradecida, porque Irion me ha regalado un momento único en la vida que me ha llenado de energía y espiritualidad, algo que nadie, ni con todo el oro del mundo, me había dado antes, y esto lo recordaré para siempre.

—El esplendor de la naturaleza te hace sentir insignificante ante su inmensidad —señalo.

—Lo mismo me ocurre a mí contigo —agrega.

Nos miramos el uno al otro. Sus ojos expresan un pesar demasiado fuerte para soportarlo. Y sin dudarlo ni un momento, me aproximo a él para darle un beso. Él me recibe dudoso al principio, parece que libra una lucha interna: por un lado se muere por besarme, pero por el otro quiere frenarse.

—Irion, no me gusta que te sientas menos válido que nadie.

—Es que no puedo evitarlo, tengo... miedo.

Parece nervioso y no conocía esta nueva faceta suya, siempre se muestra seguro de sí mismo y gamberro.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—Porque me estoy enamorando de ti, ojazos. —Sonríe tímidamente.

Le miro desconcertada, intentando que no perciba que ahora mismo me ha invadido la dicha y que me han entrado ganas de bailar.

Debe de haber puesto en modo de repetición la música del coche, porque no deja de sonar todo el tiempo *Issues*, de Julia Michaels.

—¿Y eso te da miedo?

—No te imaginas cuánto.

Entonces, busco su boca con frenesí y él se abalanza sobre la mía con tal ímpetu que temo caer por el precipicio. Para evitar la desgracia, nos arrastramos sobre la tierra hacia el centro del mirador, haciendo la famosa croqueta, al tiempo que continuamos besándonos con ansia. Algo cosquillea en mi estómago, me atrevería a decir que es felicidad. No sé el tiempo que

pasamos así, devorándonos, ajenos a todo, hasta que palpo algo extraño en su espalda y abro los ojos.

—¿Qué es eso? —pregunto mientras devora mi cuello, pasando por completo de mí.

Sus manos acarician cada parte de mi ser, encendiendo todos los rincones de mi anatomía a su paso, y por un momento vuelvo a cerrar los ojos, pensando en dejarme llevar, pero me obligo a detenerme enseguida.

—Irion, ¿qué tienes en la espalda?

Él se interrumpe molesto para mirarme con reproche.

—Una cicatriz.

—¿Tan grande? —Me sorprende no haberme dado cuenta antes.

Asiente.

—Déjame verla —le pido.

—¿Para qué? ¿No has visto nunca una cicatriz?

Ahora que no quiere enseñármela, tengo más ganas de verla.

Como su camiseta ha salido volando hace media hora, mientras nos revolcábamos por el suelo, sólo tengo que rodearlo para descubrir qué diablos tiene en plena espalda, y lo hago.

—¡Ay, Dios mío! —Me tapo la boca con ambas manos al verlo.

Una gran cicatriz circular, algo más grande que el tamaño de un puño, emerge ante mis ojos, justo en el centro de su espalda.

—Irion, ¿qué es eso? ¿Cómo te lo hiciste? —Intento tocarlo, como si una simple caricia pudiese borrar el dolor que debió de sentir en su momento, pero no me lo permite.

Él se incorpora de manera brusca, evitando así que lo roce, para dirigirse hacia el coche, que permanece estacionado en un vértice del mirador.

—Muy bien, Zoe, te has cargado lo que prometía ser un polvo épico; ¿estás contenta? —protesta.

Yo me levanto y lo persigo. Sé que se acaba de colocar la coraza y ahora mismo está a años luz de mí.

—Irion, puedes confiar en mí. —Intercepto su camino, plantándome delante de él.

—No quiero confiar en ti, Zoe. En cuanto volvamos seguirás con tu vida perfecta, con tu prometido perfecto, planeando tu boda perfecta, y todo esto no habrá sido más que una aventura que olvidar antes de centrarte. Sin embargo, para mí será el momento más feliz de mi puta vida. He sido un auténtico gilipollas.

—¿Por qué dices eso? ¡No me conoces! —me quejo.

—¿No pretenderás hacerme creer que vas a dejar tu maravilloso mundo por estar con un muerto de hambre que no tiene nada que ofrecerte?

—Pues si confiases en mí, quizá lo haría.

—¿Y para ti qué significa la confianza? ¿Acaso soltar la mierda que llevo dentro implica que confío en ti? ¡¿De qué valdría eso?! —brama.

—Valdría para que pueda conocerte un poco más, para saber quién es Irion Miller en realidad.

—Está bien, nunca lo he dicho en voz alta, pero si es lo que deseas, lo haré. —Su expresión ahora es tan oscura que da miedo—. ¿Qué prefieres que te cuente primero? ¿Quieres que te detalle las palizas que me daba mi padre con el cinturón, o prefieres la versión de la vara de hierro? ¿Quieres que te explique cómo violó y mató a mi hermana de ocho años delante de mí, o cómo descuartizó a mi madre con un hacha? ¿O a lo mejor prefieres que te hable de todas las vejaciones a las que fui sometido en el orfanato hasta que la señora Miller me adoptó? Soy un fracasado, Zoe, un paria social que no es capaz de amar y que no puede ofrecerte nada más que sufrimiento.

—Irion... —Miles de lágrimas recorren mis mejillas.

—Hace años que estoy muerto y por un momento soñé que tú me habías resucitado, pero no he entendido lo egoísta que he sido hasta ahora mismo, al mirarme a través de tus ojos.

—¿Y qué has visto en mis ojos? —Sollozo destrozada.

—Pena —confiesa dolido.

—¡No!

—¡Créeme, Zoe, pena es lo último que quiero darte! —ruge colérico.

Yo me he quedado paralizada. Deseo abrazarlo y besarlo, pero mucho me temo que no va a permitírmelo.

—Irion, lo último que me das es pena. Te respeto. Te has ganado mi confianza y eso no lo ha hecho ningún hombre nunca, no te atrevas a juzgarme.

Me abrazo a mí misma, sin dejar de mirarlo. Está frente a mí, con lo grande que es, mirándome desde arriba, con el pecho al descubierto y respirando con dificultad. Debo reaccionar ahora que se ha abierto en canal, o lo perderé para siempre.

—¿Con qué te hizo la cicatriz? —insisto.

Mi pregunta le sorprende. Debía de creer que iba a salir corriendo, o a cambiar de tema. Me observa pensativo.

—Con una sartén incandescente. Yo sólo tenía siete años. Le molestaba que jugase. Le molestaba que bromease. Le molestaba que riese. Le molestaba que fuese feliz. Cada vez que me descubría riendo, me pegaba una paliza. Decía que debía hacerme adulto cuanto antes, que no le servía para nada siendo un «jodido niño inútil» —imita sus palabras.

—Maldito hijo de puta —protesto con rabia, sin poder parar de llorar.

—Por eso las mató. Juro que intentaba cada día no reírme, pero...

—¡No! —lo interrumpo—. ¡No se te ocurra volver a decir eso! ¡Tú no tuviste la culpa de que ese malnacido hiciese nada! Sólo eras un niño... —No puedo continuar hablando porque un inmenso nudo en la garganta que me provocan las lágrimas me lo impide.

—¿Has visto lo que tengo tatuado alrededor de la cicatriz? —quiere saber, ahora algo más calmado y cambiando de tema.

—No. Está demasiado oscuro, no he podido leerlo.

—«Nunca dejaré de ser un niño» —reza.

—¡Oh, Irion!

Entonces, deshago la distancia que nos separa y me lanzo a sus brazos para poder llorar sobre su pecho, sin importarme lo más mínimo si va a rechazarme o no. Él no duda ni un segundo en acogerme con fuerza en su regazo y besar mi coronilla.

Elevo el rostro para buscar sus labios y nos besamos con pasión y entrega. Él necesita echar fuera toda esa rabia e impotencia contenidas que lleva cargando desde hace tanto tiempo y yo necesito sentirme implicada en esa furia que lo invade. Quiero liberar sus demonios y que nunca más vuelvan a inundar su corazón, porque sé que en el fondo es un buen hombre.

Doy un brinco para levantar las piernas y poder enroscarlas alrededor de su fuerte cintura, pero él no reacciona a tiempo y pierde el equilibrio, así que se cae de espaldas al suelo, conmigo encima. Ambos nos reímos, pero sin parar de besarnos.

Él se vuelve, consiguiendo quedar sobre mí. Nuestras lenguas se entrelazan voraces. Sus labios descienden por mi cuello con ardor, encendiendo mi piel a su paso. Baja con sutileza el escote del vestido para dejar mis pechos al descubierto y poder así devorar mis pezones ya erectos. Siento morir al contacto con sus labios, es increíble lo mucho que me excita.

—Joder, me vuelven loco tus tetas —gruñe, succionando uno de mis pezones con fuerza, consiguiendo que palpite mi sexo ante su exigencia.

Sé de sobra que esta noche seré suya, y mucho me temo que así será para el resto de mis noches; de nadie más, porque sólo puedo sentir esto por él, ya nada más me importa. En cuanto sus labios entran en contacto con los míos me olvido de mi vida, de la suya y de todo. Sólo soy consciente de sus besos y de sus caricias incendiando a su paso cada palmo de mi piel.

Abro las piernas para invitarlo a darme más. Él levanta mi vestido, sonriendo con maldad, para meter la cabeza por la falda. Acaricia mis muslos con sutileza y va subiendo con su ávida lengua hasta encontrar la humedad que busca; entonces, por fin acaricia ese estratégico punto, que se estremece en cuanto siente su tacto. Creo que voy a arder por combustión espontánea.

Su boca en mi boca logra que me retuerza extasiada, pero lo que consigue en mis partes íntimas no tiene explicación lógica. Se apodera de mi clítoris con los labios y lo succiona con fuerza para después acariciarlo con su hábil lengua, a la vez que desliza un dedo en mi interior y vuelve a sacarlo, lentamente. Continúa haciéndome el amor con la boca durante un buen rato.

—No puedo más —jadeo tirándole del pelo.

Elevo las caderas para que no se demore demasiado, consiguiendo que suba de nuevo hacia mis pechos, que muerde sin piedad. Yo arqueo la espalda entre gemidos y él los sofoca con un beso. Cierro los ojos, dejando escapar un suspiro, mientras sus dedos continúan penetrándome con destreza. Sabe de sobra qué tocar, cómo y cuánto. Es cierto que es un jodido dios del sexo y me lo está demostrando con creces.

Bajo su pantalón, seguido de su ropa interior, hasta sus rodillas, y termino de sacarlo por sus tobillos con los pies. Comprimo su erección dentro de mi puño y él gime con los dientes apretados. Se vuelve, abrazándome con fuerza para colocarme a horcajadas sobre él. Mueve mis caderas con las manos de arriba abajo, frotándose contra mi sexo, pero sin penetrarme. Tanta anticipación me está matando. Los dos empezamos a jactar.

Me agarra de pronto de las nalgas con fuerza, y su boca busca hambrienta mis pechos. Jamás en mi vida había estado más excitada que ahora. Su miembro, cada vez más duro, se roza contra mi sexo, y mi cuerpo sólo siente la necesidad de que me folle de la manera más salvaje que pueda. Da igual cómo sea, pero lo quiero ya.

—Irion, por favor —consigo gemir.

—¿Qué quieres? Pídemelo.

—Quiero que me folles, fuerte —jadeo extasiada.

Creo que voy a enloquecer de placer, me convulsiono con sus caricias, estoy más que preparada para recibirlo. Él no está mucho mejor que yo, su dureza extrema significa que no puede esperar más y mis palabras lo han encendido más, si cabe. Alarga un brazo para sacar el paquetito plateado del

bolsillo trasero de su pantalón, que está por ahí tirado. Se pone el preservativo y me mira desde abajo con los ojos oscuros por el deseo.

—Todo tuyo.

Agarro su poderoso miembro y me empalo en él sin miramientos para penetrarme con rabia. Jamás había sentido esto. Placer y descontrol, sexo salvaje en el aire. Tengo la sensación de que en este momento sería capaz de hacer cualquier cosa que me pidiera. Lo cabalgo durante unos minutos, volviéndolo loco; bufa como un toro.

Se incorpora, colocándose entre mis rodillas, agarra mis caderas y las levanta para penetrarme sin contemplaciones, acompañando cada embestida con estratégicos masajes de su dedo pulgar en mi clítoris. La doble fricción que se produce en esta postura convierte el sexo que yo conocía hasta la fecha en tonterías. Él empuja hasta que toca fondo, haciéndome gritar con cada estocada, de manera que el eco del Gran Cañón participa en nuestro combate. Su mirada es la perversión personificada: se muerde el labio inferior con fuerza, como si estuviese a punto de correrse; siento que lo excito y no intenta disimularlo, cosa que me pone más que caliente, si eso fuese posible.

Con la mano derecha mantiene mi cadera en alto y con la izquierda pellizca con fuerza mi pezón. Se mueve con frenesí. Entra y sale con suma facilidad de mi cuerpo y siento el golpeteo de sus testículos en mi sexo. Por Dios santo. Me está matando.

Se inclina hacia mí y redobla la fuerza de sus penetraciones a la vez que desliza la lengua por mi cuello y después por mi boca. Acelera ambos ritmos. Cierro los ojos, concentrándome en la increíble sensación que me provoca, pero protesta para que lo mire. Lo hago. Siento cómo su mirada entra en mi alma y va directo hasta mi sexo. El movimiento de sus caderas comienza a ralentizarse, volviéndose tortuoso y contundente, y entonces simplemente se corre.

—Ah, Dios Santo —gruñe.

Mi orgasmo de pronto aparece sin más.

Él se incorpora sobre sus brazos, todavía jadeante, pero sin salir de mí, con los ojos medio abiertos para contemplar absorto cómo me retuerzo de placer bajo su cuerpo.

Y ahora mismo, mientras las contracciones del fuerte orgasmo que me ha regalado todavía recorren mi cuerpo, bajo el cielo estrellado del Gran Cañón del Colorado, acabo de comprender que jamás había echado un polvo como es debido, hasta ahora.

Ha pasado un buen rato y yacemos tendidos sobre una gran manta que ha sacado del coche, en el suelo del mirador, contemplando en silencio el cielo estrellado. Él desnudo y yo con los refajos del vestido enrollados en la cintura. Él acariciando mi espalda con delicadeza, y yo apoyada sobre su pecho. Él pensativo y yo adormilada.

—¿Qué pasa con tu prometido?

—Olvídate de él, yo ya lo he hecho. —Es lo último que tengo en mente.

Él sonrío aliviado.

—Nunca antes me había sentido tan dichoso, todavía no doy crédito a lo que me dicen tus ojos, llevo toda la vida soñando con algo así y no me creo que sea real, ¡y mucho menos contigo!

—Irion, yo tampoco pensé que era posible sentir algo así por nadie. Es demasiado fuerte para mí, no me atrevo a ponerle nombre, me da miedo no poder controlarlo y que se me escape de las manos.

—¿Y crees que yo no tengo miedo? Estoy realmente acojonado, Zoe; te deseo tanto que pierdo la razón, te tengo todo el maldito día en mi cabeza y mi polla va a reventar, pienso en ti antes que en mí y nunca tengo suficiente, siempre necesito más. Es demasiado intenso y ha ocurrido de repente, yo tampoco sé muy bien cómo llevarlo.

—Creo que nunca me había dado miedo perder a alguien —le confieso.

Permanece pensativo.

—¿Qué te ocurre? —pregunto.

—Sé que soy un pesado, pero es que todavía no logro entender qué haces

conmigo. —Exterioriza algo que lo tortura todo el tiempo.

—Bueno, me has traído hasta aquí sin avisarme y no tengo dinero ni móvil para poder huir, no es que tenga de demasiadas opciones, ¿no? —bromeo.

Sonrío para quitar hierro al asunto, pero él me observa muy serio.

No puede evitar sentirse menos que yo, es superior a sus fuerzas y es algo que repite a menudo en voz alta para que yo le dé algo a lo que aferrarse y así poder creer que es cierto que yo también siento algo por él. Y eso sin saber quién soy en realidad. ¿Sería éste el momento de contárselo? Creo que debería esperar a ver qué tal marchan las cosas entre nosotros, de lo contrario saldrá corriendo, intimidado por todo lo que implicaría estar con alguien como yo.

—Sabes de sobra a lo que me refiero —insiste.

—Irion, tú no te ves con los ojos con los que te miro yo; si pudieses estar dentro de mí, aunque sólo fuese un instante, comprenderías el porqué de muchas cosas —le intento explicar.

—No lo comprenderé nunca, basta con mirarte para saber que eres demasiado para mí, Zoe. Soy un auténtico idiota. No debería haberme acercado a ti en aquella playa y ahora ya es tarde.

Se incorpora, obligándome a hacer lo propio. Permanecemos sentados uno frente al otro, mirándonos a los ojos. Entonces, paso las piernas por encima de las suyas y enlazo los dedos de mis manos entre los suyos. Quiero que entienda por qué me tiene suspirando por sus huesos, pero no sé por dónde empezar.

—Te deleitas mirándome, degustándome, acariciándome, oliéndome y escuchándome —susurro bajito—, y me embelesas al hacerlo.

—Eso lo haría cualquiera, eres una diosa —refunfuña.

—Te relacionas con el entorno de una manera muy exclusiva. Te fascina contemplar paisajes y ciudades, percibes la esencia de cada persona. Lo que te rodea día a día no se convierte en mera rutina, siempre encuentras la manera de hacerlo diferente y especial. Cuando comes, te regocijas en esos

alimentos, los degustas como si fuesen el plato más placentero. Cuando escuchas música, lo haces con suma atención, te fundes en ella.

—¿Todo eso hago?

Asiento para que me permita continuar:

—En los momentos íntimos sientes cada textura de mi piel, gozas de cada una de ellas, recreándote en mi placer, haciéndolo tuyo. Me haces sentir que soy la mujer más increíble del mundo.

—Porque lo eres.

Poso uno de mis dedos sobre sus labios para que me deje continuar, pues como me detenga no soltaré todo lo que llevo dentro y los dos necesitamos oírlo.

—Cuando me miras con detenimiento, no hace falta que me digas lo bien que me queda mi atuendo, ni lo mucho que te gusta la fragancia que llevo, porque tus ojos hablan por ti, me cuentan lo atraído que te sientes por mí y eso me cautiva. Me siento poderosa cuando te sorprendo gozando de cada palmo de mi cuerpo, de mis olores íntimos, de mi sabor..., me estremezco bajo tu tacto porque me acaricias como nadie lo ha hecho nunca, bajo el particular hechizo de quien no tiene prisa por llegar a culminar el sexo. Me haces disfrutar con suma intensidad de cada roce, de cada beso. Eres un amante entregado y generoso y por eso me vuelves loca cada vez que te acercas a mí. Y por eso yo también me estoy enamorando de ti, Irion Miller.

Sus ojos brillan de repente, y esa sonrisa que su padre le borró a palos acaba de aparecer de nuevo con más fuerza que nunca. La más bella de las sonrisas que haya visto jamás va dirigida a mí y sólo a mí. Me coge entre sus poderosos brazos para sentarme sobre su regazo, penetrándome al hacerlo, de manera lenta y suave. Yo lo rodeo con las piernas y me abrazo a su cuerpo.

Permanecemos así durante mucho tiempo, conectados, comunicándonos en silencio, acariciándonos, besándonos y saboreando cada pequeño movimiento que se produce entre nuestros cuerpos. Nunca he tenido esta intimidad con nadie. Siento que, de alguna manera, soy parte de él y

viceversa. Como si lo conociese de siempre, como si ya no concibiese una vida sin él, como si de repente lo necesitase, incluso estando unidos como lo estamos ahora.

De pronto, una pequeña contracción en mi interior desencadena una oleada de convulsiones que van de menos a más, terminando en un fulminante orgasmo que intento retener, pero que me resulta imposible. Muerdo su hombro para sofocar los jadeos y él se deja ir también. Ha surgido sin necesidad de roces, ni posturas, estando quietos y sólo porque sí.

Nos separamos unos centímetros, lo suficiente como para mirarnos a los ojos mientras recuperamos la respiración.

—Me moría por hacer el amor contigo —me susurra, apoyando su frente contra la mía.

—Ha sido mi primera vez —le confieso.

—Lo sé.

Hasta ahora sólo había practicado sexo con hombres, algunas veces ni siquiera se podría llamar sexo. Muchas de ellas no me corrí y muchas otras lo fingí. Pero todas y cada una de las veces con Irion ha sido distinta y esta última ha sido muy intensa, porque él consigue que sea así, porque él despierta algo en mí que creía que no tenía y que había perdido la esperanza de sentir.

—Zoe, eres un ángel profano —sujeta mi mandíbula y parte de mi cuello entre sus grandes manos—; quiero venerarte, rezarte y rendirte pleitesía para siempre, me muero por hundirme en ti todo el maldito día y deseo incrustarme en tu alma. Pero por otro lado soy consciente de que no puedo ofrecerte nada, que no soy bueno para ti y me odio por no poder alejarme. Sé que debo renunciar a ti por tu bien, pero me resulta imposible y no pienso hacerlo, voy a luchar por nosotros. Todo cuanto soy te lo entrego.

Cuando lo miro, descubro unas lágrimas contenidas en sus ojos, que brillan como nunca antes lo habían hecho, y los míos imagino que también lo hacen.

—¡Oh, Irion, eso era lo único que quería oír!

Y sin darme cuenta, la canción *Issues*, que acaba de sonar por última vez en la oscuridad, se acaba de convertir en mi preferida de por vida, porque será imposible olvidar esto jamás y porque su frase «el mayor problema que tengo es lo mucho que te necesito» acaba de adquirir un significado del todo trascendente para mí.

Pasamos la noche perdidos en la inmensidad del Gran Cañón. Amándonos sin condiciones. No ha tenido dinero para pagar uno de los numerosos hoteles de lujo que hay en el parque, ni siquiera para el camping; no obstante, me ha regalado la mejor noche de toda mi vida, con una simple manta tendida sobre el suelo.

Algunas mujeres deciden seguir a un hombre. Yo he decidido perseguir mis sueños.

CAROLINE, *The man-hater*

Cuando abro los ojos, lo primero que veo es el rostro de Irion contemplándome con cara de tonto. Sonríe levemente al ver que me despierto. Tengo la misma sensación que si me hubiese arrasado un huracán y ahora fuese el día después. Es como si todo estuviese en una calma inusual, aunque tengo ese extraño presentimiento de que ya nada volverá a ser igual, porque el huracán ha devastado mi vida a su paso y ahora hay que comenzar de cero.

—Buenos días —musito soñolienta.

—Hola, ojazos, bienvenida al mundo.

Miro a mi alrededor y por un momento siento vértigo, pues me había olvidado por completo de dónde estábamos.

—Son las cinco de la mañana, está a punto de amanecer —me informa.

—¿Las cinco de la mañana? ¿Estás loco? ¡Me faltan cinco horas de sueño!
—me quejo.

He dormido muy poco porque Irion es insaciable y yo no me he podido resistir a sus dotes amorias, por eso ahora no hay quien me levante, porque tengo agujetas hasta en el pelo. ¡Por Dios, vaya maratón de sexo! Deberían patentar los polvos del desierto porque son el no va más.

Él sonríe.

—Venga, dormilona, esto sólo pasa una vez en la vida.

—Puedes estar seguro de eso, ¿no me volveré a despertar a las cinco hasta mi siguiente reencarnación!

Me coge por debajo de los brazos para incorporarme y me hago la remolona, pero al final se sale con la suya y consigue levantarme. Nos vestimos para volver a situarnos en el mismo lugar donde vimos ayer el atardecer, sólo que esta vez él se sitúa a mi espalda, rodeando mi cuerpo con las piernas y mi abdomen con los brazos, así puedo apoyar mi espalda sobre su pecho, como si fuese un sillón.

Poco a poco, el paisaje va adquiriendo color. El sol, en su leve ascenso, va desvelando la grandeza que permanecía oculta a nuestros ojos, coloreando de naranja primero y rojo después las montañas del Cañón. Sin duda éste será uno de esos momentos mágicos y únicos que ocurrirán en mi vida.

—Esto es un milagro —murmuro obnubilada.

—Mi milagro eres tú —me susurra al oído, y sonrío.

Cuando el sol ya se encuentra en el cielo, Irion me da un beso en la mejilla.

—¿Preparada para volver al mundanal ruido? —propone.

—¡No!

—Mañana es lunes y al menos yo tengo que trabajar, si vamos por la autopista llegaremos en menos de nueve horas.

—No quiero volver, me quiero quedar aquí para siempre. —Me acurruco en su regazo.

—Daría mi vida porque eso fuese posible, ojazos, creo que me acabo de convertir en un coleccionista de amaneceres junto a ti.

Yo sonrío; si esto no es amor, no sé qué podrá serlo, aunque no queramos ponerle nombre.

—Irion, ¿y ahora qué haremos?

—¿Te refieres a nosotros?

—¿Tú qué crees?

—Pues seguir cada uno a lo nuestro, esto ha sido sólo un espejismo —

suelta.

Quiero suponer que está bromeando y paso de él porque, de no ser así, le pegaría tal rodillazo en sus partes blandas que lo dejaría eunuco para el resto de su vida.

—Dame un segundo, que me estoy haciendo pis —le pido.

—Date prisa o no llegaremos a tiempo. Y ten cuidado, que el terreno es muy pedregoso, puedes resbalar y caerte —me advierte.

—Lo que tú digas, mamá —le vacilo.

—Te voy a dar yo a ti «mamá».

Bajo una pendiente y resbalo cuando mis pies se posan sobre unas piedras movedizas que ejercen de alfombra rodante y provocan que termine cayéndome de culo contra unas rocas que se encuentran más abajo. Ahora maldigo a mi madre por todos los años que atormentó mi inocente mente indicándome que nunca hiciese mis necesidades delante de un hombre.

«Sólo hay una cosa que a un hombre le gusta de tus partes femeninas y dista mucho de ser nada que salga de ellas. Con esto, lo que te quiero decir, Zoe, es que jamás permitas que un hombre vea nada de eso, porque será el momento en que se desenamore de ti para siempre.»

La recuerdo como si fuese ayer, con sus ojos de víbora estudiando mi reacción. Ya me podría haber enseñado a escalar. Bruja malvada.

Una vez que considero que me he alejado lo suficiente como para que ni me vea ni me oiga mi acompañante, procedo a vaciar mi vejiga tranquilamente, sin prisas. Cuando termino, retomo mi camino de vuelta hacia el mirador, pero resulta que subir no es tan fácil como bajar y, además, creo que me he desviado de la ruta más de lo que imaginaba, porque no me suena haber visto este paisaje antes y no veo el mirador por ningún sitio.

Un lastimero «oh, oh» resuena en mi cabeza y comienzo a ponerme un pelín histérica. Pero yo misma me apresuro a calmarme, diciéndome «no te preocupes, Zoe, tampoco es que te hayas ido a la otra punta del Cañón; si

tardas demasiado, Irion vendrá a buscarte. Sólo tienes que sentarte a esperar. Eso será mejor que seguir dando vueltas, o alejarte más, digo yo».

Y eso es lo que hago, me siento a esperar.

En un principio, admiro el maravilloso espectáculo que tengo delante de mí y disfruto de un pequeño momento de soledad conmigo misma. La meditación es la medicina del alma.

Un poco más tarde comienzo a tener calor.

Luego tengo calor y sed.

Después me entran dolor de cabeza y ganas de llorar.

Creo que han pasado dos horas y sigo sentada y llorando como una magdalena.

Ya estoy harta de esperar; que sea lo que tenga que ser, si continúo aquí sentada me voy a achicharrar porque ya empieza a picar el sol y parece que nadie va a venir a salvarme, ya debería haberlo aprendido a estas alturas de mi vida.

Emprendo el camino de vuelta hacia donde creo que debo ir. ¿Que en qué me baso para ello? Muy sencillo: en mi nulo sentido de la orientación. Avanzo siempre subiendo, aunque no recuerdo haber descendido tanto hasta llegar aquí, la verdad.

¿Por qué no me habré fijado en el sentido del sol, o en alguna pista que me indicase el camino a seguir? Pues, básicamente, porque perderme no entraba en mis planes. Tendré que empezar a planteármelo más en serio a partir de ahora, pues esto de no ir acompañada de mi niñera no es habitual y nunca he tenido la necesidad de preocuparme por mí misma.

Cuando llego a la cima, me siento en el suelo para recuperar el aliento. Estoy agotada, me voy a desmayar. Lo que hasta esta mañana me parecía el paraíso, de pronto se ha convertido en una trampa mortal de la que no sé cómo salir. No tengo móvil, no tengo comida, no tengo agua, no tengo nada.

Tomo aire e intento no pensar en el suicidio al comprobar que no estoy en el mirador donde se supone que me esperaba Irion. Ahora que pienso en él, se

estará volviendo loco buscándome. ¿Y si no sé volver? Recuerdo haber leído en un reportaje la cantidad de personas que mueren al año en zonas como éstas porque se desorientan. De hecho, los guardias no permiten a la gente separarse del grupo ni desviarse del camino, pero nosotros nos aseguramos muy mucho de que nadie supiera que estábamos aquí.

«Tranquilízate, Zoe», me repito. Pero no puedo evitar visualizarme descalza, con un traje de troglodita, despeinada, sucia y cazando un conejo para asar en la fogata. «Si al menos supiese hacer fuego, verían el humo.»

El estrés oprime mi cabeza y siento que me va a estallar de un momento a otro. Me obligo a mí misma a respirar hondo. Cierro los ojos y me concentro en el oxígeno que entra por mis pulmones. Entonces, me parece oír voces lejanas. Me pongo en pie para gritar con todas mis fuerzas:

—¡Auxilio!

—Zoe —oigo a lo lejos.

—¡Aquí! —exclamo moviendo los brazos, aunque no vea nada.

Una alegría inmensa se hace hueco en medio de mi tempestad, es increíble que me haya encontrado, ya me veía muerta en medio del Gran Cañón.

Pasados unos minutos, que me parecen eternos, oigo unas pisadas cada vez más cercanas. Una voz masculina me llama, con ímpetu.

—¡Irion, aquí! —grito con la garganta desgarrada y nerviosa por el reencuentro.

Quiero contarle el miedo que he pasado y...

—¡Zoe!

¿Y esa voz?

Me vuelvo y mis ojos no encuentran a quien esperaban, sino a alguien que no es para nada quien quería tener delante en un momento como éste.

—¿Richard?

—¡Oh, Dios mío, Zoe! ¡Estás viva! —profiere emocionado.

Corre hacia mí y me abraza con fuerza. Yo permanezco inmóvil, sin devolverle el abrazo y sin entender nada.

—¡Gracias a Dios, estás sana y salva!

Como ve que lo miro con cara de besugo y que no expreso ningún tipo de emoción, se apresura a preguntar:

—¿Qué te pasa, querida? ¿Estás bien?

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto, intentando que no resuene la palabra *querida* en mis oídos.

—¡Buscarte! Toda la ciudad de los Ángeles está en ello, Zoe.

—¿Por qué? ¡Tengo casi treinta años, joder! ¿No puedo salir un maldito fin de semana sin que todo el mundo sepa dónde, por qué y con quién estoy? ¡Dejadme en paz de una vez! —Lo separo de mí de manera brusca y me observa dolido.

—No puedo creer que seas tan egoísta. Tu hermana le dijo a tu padre que andabas con gente muy rara últimamente, ¡de South Central nada menos! Y que no habías ido a dormir a casa el vienes después de la gala, ni tampoco el sábado. No contestabas a ninguna de nuestras llamadas. La policía dio la voz de alarma al encontrar tu bolso en un restaurante de Kingman, del que os fuisteis sin pagar. Una de las camareras les contó que le habías pedido el móvil para hacer una llamada de vida o muerte y que ibas muy desaliñada y parecías asustada, como si te hubiesen amenazado. El guardia de seguridad también afirmó que te habían drogado, porque estabas tan mareada que ni siquiera te tenías en pie. Más tarde, descubrimos que usaron tu tarjeta de crédito con un nombre falso para reservar un hotel, pero no sé cómo descubrieron que la policía estuvo allí esperando, pero nunca se utilizó dicha habitación. Desde entonces, van detrás de vuestra pista, hasta que llamó el personal del Gran Cañón para avisarnos de que estabais aquí. Tu padre ha salido incluso en las noticias, está al borde del infarto, ha difundido tu foto por todo Estados Unidos, Zoe. ¿Necesitas que te cuente más?

Dios mío, esto es una película de gánsteres y encima yo soy la prota. No doy crédito a esta versión tan distorsionada de la misma historia que he vivido. Es obvio que, visto desde esa perspectiva, desde luego yo diría que se

trata de un secuestro en toda regla, pero no tengo ganas de contarle a este personaje que no ha sido como lo está pintando. Ahora mismo sólo soy capaz de pensar en una cosa.

—¿Dónde está Irion?

Él me observa con una expresión de rabia contenida.

—Se ha escapado.

—¡¿Qué?!

—En cuanto ha visto a la policía se ha dado a la fuga.

—No te creo.

No puede ser. Me niego a aceptarlo.

—No te preocupes, con ese coche no llegará muy lejos, seguro que lo encuentran pronto, debe de ser el último que quede en el planeta. Ese bastardo va a pagar por el daño que te ha causado.

—Quiero irme a casa, Richard.

—Claro que sí, querida.

Pasa el brazo por encima de mis hombros y a mí ya me da igual lo que piense sobre los acontecimientos. Estoy rota por dentro.

Se ha ido.

Me ha dejado tirada.

Ha sido capaz de hacerlo.

Dijo que era un hombre sin escrúpulos y me lo ha demostrado.

¿Por qué a los hombres les gustan las mujeres inteligentes? Pues porque los polos opuestos se atraen.

CAROLINE, *The man-hater*

No quiero comer.

No quiero beber.

No quiero dormir.

No quiero ver a nadie.

Sólo quiero llorar.

¿Por qué he sido tan idiota?

No sé ni qué día de la semana es, pero creo que llevo más de quince días metida en mi madriguera, encerrada a cal y canto, sin querer ver ni hablar con nadie.

Marcia me pone agua y comida para que sobreviva en el pequeño montacargas que llega a mi cuarto desde la cocina, aunque he tenido que escuchar cómo maldecía por ello a todos los santos habidos y por haber. Por cierto, el primer día me puso junto a la comida un móvil nuevo, para poder amenazarme de muerte vía WhatsApp si no me terminaba lo que me preparaba. Así que como lo imprescindible para no morir de inanición y lo demás se lo doy a *Fenrir*, para mandar los platos vacíos de vuelta y así, al menos, me deja tranquila.

Mis padres vinieron los primeros días para recriminarme mi actitud y pedirme explicaciones, pero no quise escucharlos, ni mucho menos verlos.

Les grité a través de la puerta, cosa que comienza a ser bastante habitual en la comunicación con mis padres, diciéndoles que ya era mayorcita y que me dejaran en paz de una maldita vez, que no me podían tener controlada a todas horas del día. Por lo que mi madre se ha encargado desde entonces de avasallarme con llamadas y mensajes recordándome lo mala hija que soy y los disgustos que les doy a ambos desde que nació.

«Vas a acabar con nosotros y quedará en tu conciencia, si es que tienes de eso» fue una de sus célebres frases. Desde entonces dejé de leer sus wasaps y de contestar sus llamadas.

Poco tiempo después, dejé de encender el móvil.

Kim vuelve a llamar a la puerta, todos los días lo hace una media de quinientas veces, pero paso de darle explicaciones. Mucha culpa la tiene ella por haber malmetido a mis padres contra Irion, pero no me apetece ni siquiera discutir. Además, ahora sólo me interesa compadecerme de mí misma y regodearme en mi desgracia.

—Zoe, ¡o sales ya de una vez o derribaré la puerta! —grita al otro lado.

Como cada día, el primer intento es a lo bestia y amenazante, muy al estilo de la madre que nos parió.

—Adelante, no te cortes, nada me gustaría más que ver eso —gruño molesta, mientras me vuelvo hacia el otro lado de la cama para arrojarme con las sábanas.

—Sólo quiero comprobar que estás bien —insiste—. Te doy un beso y me voy, lo prometo.

Ahora lo intenta con la versión oso amoroso.

—Estoy muy bien, gracias por preocuparte, adiós.

Parece que por fin desiste y entonces vuelvo a dormirme.

Debo de tener un aspecto espantoso, además, aquí comienza a oler a tigre porque ni siquiera abro el balcón para que entre el aire, no vaya a ser que se me escape la pena por ahí.

Todo el mundo merece tener un tiempo para ellos mismos y estar tirados

sin hacer absolutamente nada, y yo estoy aprovechando ese tiempo para leer todas las novelas que tengo acumuladas en el Kindle, aunque no consigo que me enganche ninguna, porque lo último que me apetece es leer historias de amor preciosas donde todos son felices. Un día, hasta me sorprendí gritando a una de las protagonistas de un libro «¡No te creas todas esas mentiras, lo dice sólo para llevarte a la cama, ingenua!».

Desde que tengo uso de razón, he estado siempre haciendo cosas, cumpliendo con mis obligaciones y dando gusto a los demás, exceptuando las fiestas de la universidad, claro, pero esos años no cuentan. Así que en estos días me he curado de atender obligaciones, horarios, de prisas, responsabilidades y apariencias. Me he curado de todo menos de él.

Cada vez que recuerdo sus ojos me duele el corazón. No me explico cómo pudo mentirme así. Me niego a creer que fuesen verdad todas las cosas preciosas que me dijo, porque de haberlo sido, jamás me hubiese dejado tirada como a una colilla.

Por otra parte, yo percibí esa conexión, percibí su amor. Algo así no puede ser fingido. Esas cosas no se pueden falsificar. Se sienten en el fondo de tu alma. A no ser que sea un profesional y lo haya hecho más veces.

La pregunta que no deja de atormentarme es: ¿por qué?

Lo único que me consuela es el cariño de *Fenrir*, que no se ha movido de mi lado. Parece que intuye mi estado de ánimo y se limita a estar recostado junto a mí, sin hacer nada, me reconforta con su mera compañía. Cuando quiere salir, lloriquea junto a la puerta, le abro y vuelve enseguida, no sé adónde irá, imagino que a la calle a hacer sus necesidades.

Jacob, John y Caroline también han venido a verme, pero no he querido recibirlos. Mi amiga ha vuelto a cagarse en todos los hombres y me ha echado la bronca por no haberle hecho caso y enamorarme de uno. A todo esto, ¿ella qué sabe si estoy enamorada?

John me ha amenazado de muerte si no vuelvo a la empresa, pero eso ya me lo sé de memoria, y Jacob se ha limitado a añadir un «ya te lo advertí».

Sólo se me viene una frase de mi abuela a la mente: «El amor es saber que la otra persona tiene en su poder la posibilidad de destrozarte y, aun así, no lo hace». Por eso resulta obvio que lo nuestro no era amor, porque después de destrozarme el corazón, ni siquiera se ha interesado en saber si continúo con vida.

Resumiendo: estoy hecha una caca de vaca.

No me interrumpas mientras paso de ti, gracias.

CAROLINE, *The man-hater*

Deben de ser las doce de la noche. Lo supongo porque veo por la ventana que la luna está a medio camino entre el cielo y el mar. En realidad, no es que sea una experta en lunas, ni mucho menos, es que es la primera hora que se me ha venido a la cabeza, no os voy a engañar.

Me han despertado unas voces en la planta baja. Asustada, me levanto de la cama y me dirijo a toda prisa hacia la puerta de mi cuarto, donde pego la oreja para intentar oír mejor y comprobar así que no sean ladrones, porque, de serlo, sacaría del baúl mis ropajes ninja y me enfrentaría con ellos en un encarnizado duelo a muerte por salvar a la humanidad de su fatal destino. Vale, acabo de demostrar que no me sienta nada bien despertarme en plena noche. Volviendo a lo que nos concierne en estos momentos, descubro que se trata de voces masculinas, pero no entiendo lo que dicen.

Abro la puerta de mi cuarto y salgo hacia el descansillo para averiguar qué está ocurriendo, seguida muy de cerca por *Fenrir*, que ejerce de fiero guardián. Me asomo por el hueco de la escalera con sumo cuidado para no ser vista y por fin descubro el pastel.

Kenneth y Will, uno a cada lado de mi hermana, que intenta en vano separarlos alargando los brazos, están gritándose de manera bastante violenta.

—¡Sal de esta casa ahora mismo o te vuelo la cabeza, muerto de hambre!
—le increpa un Kenneth que no había visto así de nervioso nunca.

—¡Inténtalo si tienes cojones, marica! —le responde Will envalentonado.

Por lo que puedo deducir, era Will el que estaba disfrutando de las atenciones de mi hermana, ya que va ataviado sólo con un bóxer y descalzo, mientras que Kenneth va vestido con su típico, a la par que impoluto, traje de chaqueta. Supongo que los habrá pillado *in fraganti* cuando ha entrado en casa, pues él, como empleado mío que es, tiene llaves y no necesita llamar.

No me gustaría estar en el pellejo de Kim en este preciso instante, pero ella se lo ha buscado, el que juega con fuego se quema y ella ha jugado con dos o tres, ya he perdido la cuenta.

—¡Callaos los dos! —grita colérica—. Will, vete a casa, ya te llamaré. Y Ken, lo siento, pero ha surgido y...

—¡No pienso marcharme a casa y dejarte con este tío! —protesta Will.

—¡Yo tampoco pienso dejar que se largue sin darle su merecido! —ruge Kenneth.

Entonces, ambos esquivan los brazos de mi hermana, que sale volando por los aires, y se enzarzan en una pelea en la que sólo se distinguen cuerpos por el suelo de los que salen puños. A decir verdad, yo sólo me fijo en las cosas que se van cayendo y rompiendo a su paso. Mientras esto ocurre, mi cerebro va calculando la suma que le pediré a mi querida hermanita y la que le descontaré a mi guardaespaldas de su sueldo. *Fenrir* ha bajado gruñendo para defender a Kim, que permanece tirada en el suelo.

Bajo yo también la escalera corriendo para socorrerla, me importa un bledo si ellos se matan.

—Kim, ¿estás bien? —pregunto, mientras la ayudo a levantarse del suelo.

—Zoe, ¡estás aquí! —Sonríe. Observo que tiene sangre sobre la ceja y un ojo morado.

—¡Oh, Dios mío, Kim, estás herida! ¡¡¡Marcia!!! —grito con todas mis fuerzas.

Marcia no tarda en entrar en el salón con cara de pánico y portando una escopeta.

—¡Alto ahí, los dos! —brama, apuntando a los hombres.

Ellos se detienen al instante, en cuanto descubren que la mujer va armada, y se apresuran a ponerse en pie con las manos en alto, como si fuese el mismísimo Satán quien los amenazase, que lo es.

Fenrir está mostrando sus colmillitos afilados y gruñendo, estoy segura de que dentro de un par de años este hecho no les resultará tan conmovedor. Entonces, Kenneth nos mira y al ver el ojo ensangrentado de Kim, se abalanza sobre ella para llevarla cogida en brazos hasta la cocina y, una vez allí, poder curarla. Es experto en primeros auxilios y en otras muchas cosas más, por eso me tranquiliza que esté en sus manos.

—Con lo apacible que era esta casa antes —se queja Marcia, mirando a *Fenrir* de reojo—. Voy a ver si ese gorila sabe enhebrar una aguja para coser a tu hermana, porque con esas salchichas que tiene por dedos lo dudo mucho —se queja, y desaparece tras la puerta de la cocina.

Will y yo nos miramos. Él intenta no fijarse en mis curvas, pero le resulta imposible, y más llevando el pijama tan corto que llevo. Se ruboriza cuando descubre que estoy chascando los dedos para llamar su atención algo más arriba de donde tiene puesta la mirada.

—Tengo la cara aquí —le increpo, señalando mi rostro.

—Perdona —se excusa, a la vez que se limpia con una mano la sangre que brota de la comisura de sus labios.

—¿Qué diablos haces tú aquí, Will?

Que uno de los hermanos adoptados de Irion estuviese en mi salón no entraba para nada en mis planes, porque eso implica muchas cosas, una de ellas que ya saben quién soy.

—Estaba con tu hermana —dice el muy idiota.

—Sí, claro, hasta ahí he llegado —protesto.

—Desde el día del partido hemos seguido viéndonos. —Se encoge de hombros.

—¿Sabías quién era? —pregunto alucinada.

—Yo no tenía ni idea. Ella me lo contó hace un par de días —explica.

Nos miramos el uno al otro porque los dos sabemos por quién iba dirigida dicha pregunta. Pero él pretende que le pregunte expresamente por Irion y yo quiero que él me lo cuente sin preguntar.

—Irion no sabía quién eras, puedes estar segura de ello —señala al fin.

El simple hecho de oír su nombre consigue que me ponga nerviosa.

—No me interesa —miento.

—Zoe, Irion está destrozado —me lo suelta así, sin más, sin vaselina ninguna—, deberíais hablar.

—¿¿Hablar?! ¡No tengo nada de lo que hablar con alguien que me dejó tirada en medio de un desierto!

—¿Eso no es cierto!. Lo detuvieron cuando te estaba buscando porque lo acusaron de secuestro. No te imaginas el infierno que ha vivido en la cárcel hasta que me permitieron ir a verlo y contarle que estabas sana y salva —me reprocha enojado.

Yo me quedo sin palabras. Permanezco pensativa, pues no tenía conocimiento sobre nada de todo eso, sólo sabía que había huido para que no lo pillasen, sin más. ¿Y resulta que está en la cárcel? ¿Por secuestrarme?

«Claro, es lógico que, si te encierras en tu habitación a llorar y te incomunicas, no te enteres de las cosas que pasan en el mundo», me recrimino a mí misma.

—¿Qué estás diciendo, Will?

—No puedo contarte nada más, me lo ha prohibido y le juré no hacerlo, pero yo insisto en que deberías hablar con él, no es justo lo que le han hecho.

Y sin mediar palabra, recoge la ropa que tiene tirada por el suelo, porque resulta obvio que mi hermanita y él se lo estaban montando en el sofá. Se viste y se marcha cabizbajo, aunque no sin antes añadir:

—Dile a Kim que la quiero, ¿vale?

Un portazo me saca del aturdimiento en el que me ha sumido esa última frase.

¿Ha dicho que la quiere? Puede que el hecho de no haber tenido a nadie a

quien amar desde niños consiga que se encariñen demasiado pronto con la gente que les da un mínimo afecto, no lo sé.

—¡Yo no te he prometido nada! ¿De qué vas? ¡No follas tan bien como para quererme casar contigo! —Los gritos de mi hermana persiguen a Kenneth, que sale de la cocina disparado hacia el salón.

—¿Dónde está ese desgraciado?! —pregunta, rojo de ira y buscando por cada rincón del salón.

Yo lo observo, he de confesar que algo molesta porque se dirija a mí con esos modales, aunque también me hace gracia verle perder los papeles de esta manera, pues siempre he creído que ni sentía ni padecía.

Carraspeo y lo miro altanera. El minipijama que llevo puesto no me acompaña demasiado en mi pose de reina del universo, pero haré lo que pueda.

—Hola, Kenneth; quiero suponer que esa falta de respeto e insubordinación hacia tu jefa se debe a tu repentina y bochornosa pelea en *MI* —énfasis— salón, y quiero suponer también que estás muy arrepentido por ello y que nunca más se volverá a repetir.

Él clava sus ojos en los míos. Es una mole de músculos a la que acompaña un gran corazón, pero ahora mismo ese órgano está destrozado, como el mío, y no atiende a razones.

—Discúlpeme, señorita O'Connor. —Baja la cabeza, mirando al suelo—. Creo que volver aquí no ha sido la mejor idea, yo no puedo mezclar lo personal con lo profesional sin que me afecte, y acabo de dar clara muestra de ello.

Ahora una Kim desmelenada y con un ojo vendado al más puro estilo Piratas del Caribe, pero en versión cutre, aparece a mi derecha.

—¡Eso, lárgate! Aquí estábamos muy a gusto hasta que has aparecido con tus celos infundados —le reprocha, cruzándose de brazos.

—¡!!!¿¿¿Infundados???!!! ¡He visto con mis propios ojos cómo cabalgabas encima de su verga! —ruge él.

Marcia aparece a mi izquierda, la miro y descubro que intenta no reírse. Le doy un codazo para que no lo haga, pues ya sería lo que nos faltara. Kenneth va armado, y en un arrebató pasional no las tendría todas conmigo en apostar que no haría uso de ella si nos riésemos de él.

—Oh, por favor, ¡qué melodramático eres! —se queja Kim, elevando los brazos al cielo—. Yo no estoy negando que estuviésemos follando, y, por cierto, estaba a punto de tener un magnífico orgasmo y me lo has fastidiado. Lo que intento decirte es que yo no te he prometido nada como para que me vengas con reproches y celos.

¡Olé!

—No es eso lo que me dijiste la última vez que hablamos. —Él está a punto de explotar.

—¡Pues supéralo y ubícate!

Yo alucino y a Marcia le falta aplaudir.

—Tu hermana es mi ídolo —susurra en mi oído.

—Está bien, pues como no me has prometido nada, ¡me largo! —sentencia mi, no sé si aún, guardaespaldas.

—¡Pues adiós! No necesito un bebé a mi lado, tú te lo pierdes —responde ella, sin el menor remordimiento.

—¿Cómo que te largas? —pregunto yo.

—Vuelvo a renunciar a mi puesto, señorita O'Connor; con su hermana cerca no me puedo concentrar en mi trabajo y, además, ¡no quiero volver a ver a esa loca! —brama colérico.

—Creo que estamos todos un poco nerviosos. Kenneth, ¿por qué no vas a soltar tus cosas al apartamento y descansas? Mañana hablaremos sobre todo esto de una manera más tranquila —le propongo—. Prometo dejarle las cosas claras a mi hermana también.

Él asiente, aunque muy enfadado. Coge su maleta y se va hacia la casa de la piscina, que es donde viven todos los guardaespaldas y demás trabajadores internos.

Una vez que se ha ido, me dejo caer en el sofá y Kim se acomoda frente a mí.

—¿Estás bien, Zoe? Llevas tres semanas encerrada y me tenías superpreocupada. —Me coge de las manos y me observa inquieta.

¿Tres semanas? ¿Tanto?

«¡Oh, no! No vas a distraerme de lo que acaba de ocurrir, pequeña manipuladora.»

—¿Tú ves normal lo que haces, Kim? No puedes jugar así con los hombres, tarde o temprano se volverá en tu contra. Ellos también tienen sentimientos, aunque te cueste creerlo. —A mí me cuesta más todavía—. Te prohíbo que vuelvas a ver el canal de Caroline, te estás dejando influenciar demasiado por sus locuras.

—¿Estás tonta? ¡No puedes prohibirme nada! Quién crees que eres, ¿mamá? —me reprocha.

—Lo hago por tu bien.

—¡Oh, sí, esa cancioncita ya la he escuchado muchas veces! ¿Y sabes lo que respondo a eso? ¡Métete en tus asuntos! —Suelta mis manos con desdén.

—Kim. —Intento que me deje hablar, pues ahora, encima, la va a tomar conmigo.

—¡No, Zoe! Por ahí sí que no paso. Tú eres distinta a ellos, siempre me has dejado ser libre y ser lo que quiero, no me has dicho nunca lo que debo hacer y lo que no, por eso estoy contigo. Si tú no te has atrevido a plantar cara a tus padres con treinta años que vas a cumplir, no es mi problema. Yo ya volé hace mucho tiempo del nido y no necesito a nadie que me critique ni que me reproche la vida que llevo, porque, permíteme que te diga, la tuya no es mejor. No hagas lo mismo que mamá, intentando dirigirnos desde las sombras para que no cometamos los mismos errores que ella, yo quiero cometer mis propios errores y aprender de ellos. Así que ¡dejadme en paz, porque es mi maldita vida!

Nos miramos las dos, ambas con los ojos anegados en lágrimas.

Las broncas entre Kim y yo han sido legendarias, pero se pasaban igual de rápido que llegaban. El cariño y la complicidad que nos unen son mucho más fuertes que cualquier cosa que pueda separarnos.

—Kim, yo no quiero que cambies, ni mucho menos pretendo criticarte, es sólo que creo que no tienes en cuenta los sentimientos de los demás y eso está mal. No puedes ser tan egoísta.

—Zoe, toda mi vida he pensado en los demás, aparentando ser la niña modosita y calladita que no era, y no me ha ido mejor. Ahora pienso sólo en mí, porque nadie más va a hacerlo si no lo hago yo. A esos dos tíos no les he prometido nada, no es mi culpa que se hayan montado sus propios castillos en el aire. A ambos les advertí que era sólo sexo, nada más; todo lo que sueñen aparte de eso, no es asunto mío.

—¿Y qué hay de tu novio, el francés?

—Tampoco le dije que sí.

—Kim, a ver si me entiendes: no me importa que juegues con los hombres si ambas partes aceptáis las reglas del juego, lo que me preocupa es que sufras por ello después, porque te conozco y sé que ahora mismo te sientes fatal por lo ocurrido, a mí no me engañas. Vas de dura, pero tu corazoncito no permite que hagas sufrir a nadie; si fueses Caroline ni siquiera tendríamos esta conversación, pero no lo eres.

Se hace un largo silencio.

—Tienes razón —admite al final—. Kenneth llegó de repente a mi vida y me trató como a una princesa, me sentía protegida a su lado. Lo de Will era un simple juego, estaba muy bueno y empezó como una tontería, pero, poco a poco, hemos ido conectando. Y, para ser sincera, ha conseguido que me olvide por completo de Kenneth.

—Te entiendo, pero debes ser sincera con los dos, porque, aunque tú no tengas sentimientos por ninguno, ellos parece que sí los tienen por ti. Ponte en la situación del pobre Kenneth: con lo contento que venía esta noche para

verte y te encuentra con un tío, fornicando como conejos —le planteo, ahogando una sonrisa al imaginar la tremenda escenita.

—Sí, lo sé, pero ya está, ha sucedido así, no puedo hacer nada para evitarlo.

—¿Sabes qué? Will me ha pedido que te dijese que te quería antes de marcharse.

Ella sonrío de manera que se inunda su rostro de alegría.

—Zoe, quiero pedirte perdón —ahora se pone más seria—; llevo todo este tiempo intentando hablar contigo, pero no querías verme y me he torturado por ello.

Guardo silencio porque es cierto que estoy dolida con ella. Continúa:

—Cuando desapareciste me vi entre la espada y la pared, no dejaba de llamarte y tu teléfono estaba apagado todo el tiempo. Mamá y papá estaban histéricos porque creían que te habían secuestrado. Dos policías nos interrogaron a Marcia y a mí, nos explicaron que cualquier pista les vendría bien para encontrarte porque las primeras cuarenta y ocho horas eran cruciales. No sabía qué hacer, tenía mucho miedo y por eso les conté lo de Irion —señala.

—Ya no me importa, Kim; en realidad todos tenían razón, incluso él, lo único que podía ofrecerme era sufrimiento —musito apenada.

—¡De eso nada! Hacía tiempo que no te veía tan... viva. Cuando estás con él pareces la Zoe de hace diez años, eres incluso más divertida —señala.

—Sí, bueno, supongo que sería así, pero ya da igual.

—¿Qué ocurrió, Zoe? No hemos sabido nada de ti, no quieres hablar con nadie y yo también me preocupo por ti, aunque no lo creas. Todos lo pasamos muy mal por tu desaparición —me cuenta—. A Marcia casi la ingresan por una crisis de ansiedad.

—Kim, no desaparecí, simplemente me fui de fin de semana con un hombre; no entiendo cómo se montó todo ese lío.

—Nadie sabía dónde estabas, ni tus guardaespaldas, ni nosotros, ni tus

amigos, ni siquiera Richard, que fue con quien asististe a la gala. Nunca habías hecho tal cosa, ¿qué querías que pensásemos? —me explica.

—Supongo que tienes razón.

—¡Claro que tengo razón! ¡Nos diste un susto de muerte y encima no quisiste ver a nadie para explicar lo sucedido! Te has pasado tres pueblos, Zoe.

—Pero es que me siento enjaulada. Tú, como bien has dicho, volaste del nido hace años, ya pasaste por eso, te marchaste sin más. Pasan meses sin que des señales de vida y nadie te pide explicaciones.

—Yo ya sufrí las peleas y los llantos, ¿o acaso crees que a mí no me llamaban amenazándome con desheredarme y con mil cosas más? Pero me mantuve fuerte, porque necesitaba tener mi propia vida —expone.

—Supongo que sí. Pero yo, al quedarme aquí, he seguido manteniendo ese vínculo que me une a ellos y que no quieren romper. Mamá es asfixiante y papá le permite que lo sea por no discutir con ella. Ya no quiero seguir así, Kim, necesito mi espacio y, si para ello debo renunciar a todo lo demás, lo haré; debo encontrarme a mí misma.

Suspira y medita si contarme algo o no.

—Papá ha estado muy enfermo, ¿sabes? No creo que debas renunciar a nada por ahora.

—Vaya, yo no puedo criticarte, pero tú a mí sí. ¿Ésas son tus reglas? —le reprocho.

—No te critico, ni pretendo engañarte, es cierto que ha estado mal. Sólo quiero que sepas lo que ha sucedido en todo este tiempo en el que has estado metida en tu mundo.

—Ah, ¿sí? Y qué ha tenido, ¿un leve resfriado? —Me burlo, pues esto me suena a las retorcidas técnicas de mi madre.

—Le dio un infarto hace unos días.

—¡¿Qué?! —la interrumpo.

—Después de venir a hablar contigo, no lo quisiste recibir y se disgustó

mucho, ya sabes que siempre has sido su niña bonita —me explica.

No puedo evitar que miles de lágrimas resbalen por mis mejillas. Mi padre ha estado a punto de morir por mi culpa y yo pensando en tonterías de niña pequeña. Si le hubiese ocurrido algo, jamás me lo habría perdonado.

—Estuvo seis días en coma, pero ahora se encuentra mejor, aunque sigue estando ingresado en el hospital. No quiso que te contásemos nada, Zoe, por eso no lo hemos hecho, ni mamá, ni yo.

No añado nada más porque, cuando me quiero dar cuenta, estoy montada en el Fiat 500 roñoso, porque mi coche estaba aparcado tras éste y yo tenía demasiada prisa para andar con maniobras, y voy camino del hospital Monte Sinaí de Beverly Hills, donde me ha dicho Kim que está mi padre.

¡Ah! ¿Que me odias? Pues coge una silla, ponte cómodo y espera a que me importe.

CAROLINE, *The man-hater*

Me hallo delante de la habitación donde la señora de admisión me ha indicado que se encuentra el señor O'Connor. El centro médico permanece cerrado a estas horas, pero por ser quien soy me han permitido pasar, por eso y porque los he amenazado con dejarlos sin los generosos ingresos que realiza mi padre cada mes si no lo hacían.

Respiro hondo. Son las tres de la madrugada y no quiero despertarlo, por lo que abro la puerta con sumo cuidado.

La amplia estancia está casi a oscuras, pues la iluminan de manera tenue la luz de emergencia, pero mis ojos enseguida se acostumbran a la visión nocturna. Pronto descubro a mi padre sobre la cama, lleno de cables pinchados por su cuerpo. Está conectado a una maquinita que pita a cada segundo. Avanzo sin hacer ruido, pero una silueta aparece de repente en mi campo de visión, dándome un buen susto.

—Mamá, ¿eres tú? —susurro en un tono bajito al reconocerla.

—¡Vaya, pero si es la hija pródiga que se ha dignado a venir a visitar a su padre moribundo! —notifica en un tono también bajo, aunque no tanto como el mío.

Ya ha puesto su soberbia manipulación en marcha.

—No he venido para discutir.

—¿Y se puede saber para qué has venido? Dijiste que no querías vernos

nunca más.

Sé de sobra que esa apariencia suya de mujer fría y distante es tan sólo una coraza que se pone para que nadie le haga daño, aunque todavía no he conocido a la persona que sea capaz de traspasarla.

Paso de ella y avanzo hasta la camilla donde está acostado mi padre. El verlo dormido me causa mucha impresión, pues no puedo evitar imaginarlo sin vida, y esto me provoca un nudo en la garganta. Sin dudarle ni un segundo, me descalzo y me subo a la camilla para acurrucarme a su lado, pasando el brazo por encima de su pecho, con cuidado de no desconectar ningún cable.

—Pero ¿qué haces? ¿Estás loca? —Mi madre me observa alucinada.

—Mamá, vete a casa a descansar, ya me quedo yo cuidándolo.

Ella escupe sapos y culebras por la boca, pero ni siquiera la escucho, me concentro en el tenue latido del corazón de mi padre, ese que por poco no vuelvo a escuchar más y que me sabe a gloria. Y es que hay cosas que no se pueden comprar con dinero: ni la felicidad, ni la salud.

—Ya estoy contigo, papá —le digo al oído, una vez que mi madre se ha marchado, y me parece verlo sonreír, o quizá lo imagino.

Le doy un beso en la frente. Cierro los ojos y me quedo profundamente dormida, abrazada a él. Como cuando era niña y me cobijaba en su pecho, que era el único sitio del mundo donde me sentía a salvo, sin problemas.

* * *

Ha pasado un buen rato, porque una de las muchas veces que me he despertado, he comprobado que las luces del alba despuntaban en la ventana.

—¿Zoe? ¿Eres tú? —susurra alguien.

Abro los ojos, asustada al oír su voz. Al verlo despierto, sonrío como una niña pequeña y lo abrazo con mucha fuerza.

—¡Papá, perdóname, por favor, perdóname por todo! —Lloro

desconsolada contra su pecho.

—Ya está, pequeña, tranquila. —Acaricia mi pelo con la mano.

—Siento mucho haberte hablado mal. Siento haber dejado la empresa de esa manera y siento no abrirte la puerta cuando viniste a casa, he sido una idiota. Siento haber desaparecido durante tres días y no haberte avisado de que estaba bien y... —No logro seguir hablando porque los sollozos me lo impiden.

—Zoe, ya te he perdonado, no hay nada que puedas hacer o decir que yo no te perdone, hija mía. Yo sólo... —se le quiebra la voz— tuve miedo de perderte.

—Me arrepiento tanto, papá...

Ambos permanecemos así un buen rato. Llorando abrazados.

—Tu madre y yo tenemos miedo de que os puedan ocurrir cosas malas por ser quienes sois, y nos sentimos culpables por ello —confiesa apenado.

—No digas eso, papá, vosotros no sois responsables de las cosas malas que nos puedan suceder; no podéis estar siempre preocupados y protegiéndonos, porque si algo nos tiene que pasar, sucederá tarde o temprano, así es la vida.

Y al decirle todo esto a mi padre, siento que un gran nudo se deshace en mi corazón, haciéndome sentir mucho más ligera. Liberada de una carga muy pesada.

Él se incorpora un poco, apoyándose sobre los almohadones para poder sentarse. Yo me bajo de la camilla para sentarme en el sillón de piel que hay junto a ésta y le agarro la mano.

—Estás muy delgada, cariño.

—Lo sé, papá, pero estoy bien, tranquilo.

Es cierto, los pantalones se me caen y por eso me he puesto un vestido, pero es que no he comido casi nada en todo este tiempo, no tengo hambre, se me ha cerrado el estómago.

—Zoe, entiendo que eres una mujer adulta, emancipada desde hace años,

que, además, eres responsable y que tienes una vida propia, pero no puedo evitar preocuparme por ti. Kim me partió el corazón cuando se fue, tuve que aceptar a la fuerza que ya no nos quería y, de alguna manera, tú eres lo único que me queda. Si algo te ocurriese... —De nuevo comienza a llorar desconsolado y corro a abrazarlo.

Tener a uno de los hombres más poderosos del mundo llorando como un niño sobre mi hombro me hace sentir una gran responsabilidad. Una vez que se tranquiliza un poco, vuelvo a sentarme en el sillón e intento hacerle entender las cosas.

—Papá, yo puedo comprender el miedo que sientes porque, gracias a ser quien eres, tienes el doble de enemigos que pueda tener cualquier persona de a pie. Pero para eso pagamos a un equipo de seguridad especializado que nos vigila las veinticuatro horas del día, y ya no se pueden hacer más cosas al respecto.

—Pero si la mayor parte del tiempo vas sin tu equipo, y eso que me prometiste no volver a hacerlo —me reprocha.

—Los guardaespaldas son humanos también y por ese motivo pueden equivocarse, nunca estaremos a salvo del todo, papá. El hecho de tenerme metida en una burbuja de cristal no implica que no me puedan ocurrir desgracias, la misma burbuja puede asfixiarme y eso es algo que debes tener en cuenta. Cuando Kim se fue os quedasteis desolados, pero porque estabais equivocados en el enfoque de su marcha: el hecho de irse no implicaba que no os quisiera, ella tan sólo deseaba vivir su propia vida, esa vida que no podemos vivir porque nos cortasteis las alas hace años. Esa vida que tú y mamá decidisteis emprender cuando os fuisteis tan lejos de vuestros padres. En aquel tiempo, yo os veía muy tristes y por eso intenté suplir el vacío que dejó Kim, pero os aferrasteis demasiado a mí. Mamá no me deja tranquila ni un solo día, intenta controlar cada paso que doy, y así ni puedo ni quiero estar, papá. Necesito mi espacio y eso no significa que os quiera menos, ¿no lo entiendes?

Él me mira con unos ojos cansados, pero llenos de amor.

—Tienes razón, Zoe, debemos disfrutar más los momentos buenos con vosotras, en vez de estar siempre temiendo los malos. Te pido perdón, hija mía, por haber sido tan absorbente. Hemos querido lo mejor para ti y tu hermana, y os lo hemos terminado imponiendo, en vez de consultároslo antes. Te prometo que, a partir de hoy todo cambiará, al menos por mi parte; ya sabes que Ashley es harina de otro costal. —Me guiña el ojo.

—Yo también te lo prometo, papá, intentaré no ser tan impulsiva y contarte las cosas, por lo menos a ti; con respecto a mi madre, no te prometo nada.

Él se ríe.

—El médico me ha prohibido las emociones fuertes, así que me estoy planteando divorciarme de ella —bromea.

—Sería lo más prudente —ironizo.

Los dos soltamos una carcajada.

—Zoe, ¿qué hay de ese hombre con el que te escapaste?

Sus ojos me estudian y, de repente, me pongo tensa.

—No es nadie.

—Cariño, me acabas de prometer que vas a contarme las cosas —me recuerda—. Vamos, sabes que puedes confiar en mí. Si me lo dices, te confesaré yo otra cosa y sé que te gustará.

—¡Oh! ¡Eres un tramposo!

—No he llegado a donde estoy de gratis. —Me vuelve a guiñar un ojo.

Quiere hacerse el valiente, pero lo noto alicaído.

—Se llama Irion y vive en el Watt; no te hagas el sorprendido porque sé que te lo contó Kim —le advierto para que se ahorre los numeritos, aunque eso sería más propio de mi santa madre; ya sabemos que dos que duermen en el mismo colchón, se vuelven de la misma condición.

—En efecto, ya lo sabía, pero me gustaría saber cómo una mujer de Beverly Hills conoce a un hombre del Watt. No me malinterpretes, Zoe, es

sólo que siento curiosidad.

Sé que está intentando que no se le note demasiado su repulsa hacia ese barrio en concreto.

Es obvio que no voy a contarle que lo conocí porque se coló en mi playa para verme desnuda y que por eso está asistiendo a las sesiones de reinserción de Jacob y evitar con ello la cárcel. No quiero que se haga una idea preconcebida de él, y aunque ya no debería importarme tal cosa, me importa.

—Coincidimos una de las veces que he ido a ayudar en el comedor social de la zona. El día en que dispararon a Kenneth, él fue quien me salvó del secuestro.

—¿Qué secuestro?! —exclama.

«Joder, es cierto que él no sabía nada de aquel maletero, ¡mierda! ¿A que le da otro infarto?», me recrimino.

—No, no he querido decir eso, papá, no fue un secuestro como tal, fue una broma que me gastaron en el comedor —me apresuro a explicar.

Vuelve a respirar de nuevo.

—Zoe, ve al grano y déjate de tonterías —me reprende lleno de incredulidad.

—Nos conocimos en el comedor y después, por circunstancias de la vida, hemos seguido coincidiendo en varios sitios. No es que estemos saliendo ni nada de eso, sólo nos gustamos.

—Zoe, nunca has salido con ningún hombre, que yo sepa. Ni siquiera nos has contado que tengas amiguitos. —Le da vergüenza insinuar tal cosa, creo que aún sigue pensando que soy virgen—. Tu madre incluso ha llegado a sospechar que seas lesbiana. ¿No crees que me hará ilusión saber que por fin te has enamorado? ¡Venga, suéltalo de una vez! Yo estaré encantado.

Entonces, miles de lágrimas comienzan a brotar de mis ojos, para terminar cayendo a borbotones sobre mi vestido azul marino. Me siento tan orgullosa de ser su hija...

—Es que se marchó y me abandonó. —Rompo a llorar como una tonta y

me recuesto en su regazo para que me abrace—. He sido una idiota por creerme sus mentiras.

Cuando ha pasado un rato y me he desahogado a gusto, me incorporo, sonándome los mocos en un pañuelo de tela que él me pasa.

—¿Cómo que te abandonó?

—Estábamos en el Gran Cañón viendo amanecer, todo era precioso, pero se esfumó y, de pronto, apareció allí Richard. No entendía nada, pero Richard me contó que Irion había huido al oír las sirenas de la policía acercarse.

—¿Y por qué iba a hacer tal cosa? —quiere saber mi padre.

—Nos fuimos sin pagar de un restaurante —confieso—. Supongo que le dio miedo, yo qué sé.

—Zoe...

—Ya, ya, ya —lo interrumpo—. Sé que está mal, no hace falta que me lo digas. Pero cuando estoy con él me apetece hacer locuras, no sé, es como si de pronto sintiese que tengo veinte años de nuevo. Me río a todas horas y...

—No hace falta que sigas —me interrumpe él a su vez—. Sólo hay que ver cómo brillan tus ojos cuando hablas de él.

—Pero ya da igual, porque no quiero volver a verlo en mi vida.

—¿Y no crees que sería mejor llamarlo y preguntarle por qué hizo algo así? Aunque te parezca mentira, la realidad cambia mucho dependiendo de quién te la relate —me aconseja.

—No creo que sea la mejor idea. Richard ya me contó lo sucedido.

—Richard —musita.

—Por cierto, ¿tú sabes qué hacía él allí?

—Me llamaron de la comisaría para informarme de que os habían encontrado. Quise ir yo, pero Richard se ofreció a acudir en tu busca, alegando que podría ser peligroso para mí. Les presté mi helicóptero y fueron a por ti.

Permanezco pensativa. Hay algo que no encaja en todo esto.

La puerta se abre y aparece mi hermana con un ramo gigante de rosas

rojas, acompañado por una de sus radiantes sonrisas.

—¿Está por aquí la bruja o puedo pasar? —pregunta, buscando a mi madre por la habitación.

«Ay, la madre que la trajo», pienso para mis adentros, dándome una palmada en la frente con una mano, como el emoticono de WhatsApp.

—¿Quién es el padre más guapo del mundo? —canturrea al entrar—. Mira lo que te he comprado para alegrar esta habitación tan sosa.

El rojo no sería nunca el color que yo eligiese para un enfermo, pero, teniendo en cuenta el estado mental de mi hermana, tampoco lo descarto.

Mi padre sonríe como un chiquillo.

—No sé si soy el más guapo, pero soy el padre que tiene las dos mejores hijas del mundo —apunta orgulloso como un palomo.

Ella le da un beso en la cara para después colocar las flores en un jarrón de cristal que hay sobre la mesa; supongo que ya había tenido otras flores antes.

—Me las ha traído Kenneth esta mañana —cuchichea en mi oído para que él no la oiga—. No hay nada como tener mano dura con un hombre para que suplique a tus pies.

Yo niego con la cabeza y pongo los ojos en blanco.

—Me voy a marchar, papá, te dejo con la aprendiz de bruja. Si necesitas ayuda contra sus hechizos llámame y vendré corriendo a salvarte —bromeo mientras le doy un beso en la frente.

Mi querida hermana me mira levantando una ceja.

—Papá, ¿ya te ha contado Zoe que tiene un lobo en casa?

Abro los ojos para increparla sin que se entere mi padre.

—¡Kim, no inventes tonterías! —la regaña de manera exagerada cuando él me mira asustado, suplicando que no sea cierto.

Me despido de ellos entre risas, y me marcho mucho más feliz de lo que vine.

Parece que todo vuelve a funcionar.

El primer paso para perdonar es aceptar que el otro es idiota y que lo va a seguir siendo para toda la eternidad.

CAROLINE, *The man-hater*

Me dirijo de vuelta hacia mi humilde morada, mucho más animada de lo que he estado en estas últimas semanas. Parece que por fin comienzo a ver la luz al final del oscuro túnel en el que estoy sumida.

Acelero para sumergirme en el asfalto, saboreando la poca velocidad que me permite alcanzar esta mierda de coche, aunque la suficiente como para elevarme el ánimo hasta el infinito. Pongo la radio a todo volumen, a ver si la música consigue terminar de alegrarme el día, y justo en este momento está sonando (*I Can't Get No*) *Satisfaction*, de los Rolling Stones. No está mal.

Comienzo a bailar al ritmo de la guitarra y a cantar dando voces, no creo que nadie pueda oírme dentro de mi cubículo.

De repente, no sé de dónde sale, ni cuándo, ni por qué, pero un coche se incorpora a la autovía por mi derecha sin cederme el paso, como debería haber hecho, por lo que me veo obligada a dar un volantazo e invadir el carril contrario, dando un golpe a un coche que circulaba por ahí.

Freno con toda la fuerza que soy capaz de reunir y un violento impacto lateral contra la mediana consigue que mi pobre coche se quede clavado en el acto. Miro hacia todas partes por encima del airbag, comprobando sorprendida que aún estoy viva y que no tengo sangre por ninguna parte de mi cuerpo.

¡Qué susto, Dios mío! Tengo el corazón a mil y me tiemblan las piernas.

—¡¡Eh!!!

Un fuerte golpe en el cristal de mi ventanilla hace que dé un brinco por el sobresalto. Me vuelvo para comprobar, horrorizada, que la cara ensangrentada de Irion está plantada al otro lado de la ventanilla. ¿Pero no estaba en la cárcel?

—¡Tú! —grito cual Godzilla en sus mejores tiempos, mirándolo con cara de asesina.

Salgo del coche como un toro bravo, dispuesta a matar.

—¿Es que no miras por dónde vas, maldita chiflada?! —brama enfurecido.

No creo que me haya reconocido porque ni siquiera me mira, sólo está observando las innumerables abolladuras de su zarrío con ruedas, que se encuentra detrás de mi coche, hecho un acordeón contra la mediana.

—¿Chiflada yo?! ¡Ese tío se ha saltado el ceda y me ha empujado hacia tu carril! ¡No he podido hacer nada para evitarlo! —me excuso enervada—. Si lo hubiese hecho a propósito, no habrías salido ileso, créeme.

Justo en ese momento, se vuelve para poder mirarme a los ojos; me ha reconocido. Veo el pánico reflejado en su rostro. Y ahora sí que se acaba de dar cuenta de que soy yo. El impacto de los vehículos no ha sido nada comparado con lo que siento al volver a tenerlo delante. No me atrevería a decir que son mariposas lo que revolotea en mi estómago, porque más bien son búfalos salvajes. Mi corazón palpita desbocado y casi no logro respirar por los nervios que aprisionan mi pecho.

Dudo por un momento si estrangularlo o besarlo. Él me observa preocupado.

—¡Salgan de inmediato de la calzada! —La fuerte voz de un policía a nuestro lado consigue sacarnos de nuestra particular burbuja.

El agente que nos increpa me acompaña hasta el hueco que separa las dos direcciones de la autovía. Mientras que a él lo dirige otro agente hacia el

extremo contrario para prestar declaración y que así yo no pueda escuchar su relato.

A la vez que espero a que vuelvan ambos agentes para que exponga mi versión de los hechos, contemplo los dos coches, aturdida, pensando en que, si hubiese ido en mi Lamborghini, uno de los dos no lo habría contado, y ese pensamiento me tortura. Últimamente parece que tenga la muerte demasiado cerca.

—Señorita, por favor, déjeme su licencia de conducir y los papeles del coche —me pide uno de los policías.

La cara que debo de poner supongo que será todo un poema, porque acabo de reparar en que en este coche no llevo ningún tipo de documentación. ¡Sí, ya sé que soy una cabra loca! Pero en este caso tengo una buena excusa: pensaba enviarlo al desguace mañana mismo, así que no tenía motivos para llevar ningún papel en él, y salí corriendo para ver a mi padre en el hospital.

—¡Mierda! —exclamo.

—Perdone, ¿cómo dice? —La voz del agente ya no es tan amigable.

—Señor agente, soy Zoe O'Connor, la hija de Brandon O'Connor, y...

Su risotada me interrumpe de manera brusca y, de pronto, soy consciente de que no sólo se ríe él, sino también los otros dos hombres que están a su espalda, uno de ellos, Irion.

—¡Y yo soy Superman! ¿Cree que me voy a tragar que la hija del archimillonario Brandon O'Connor conduce semejante bólido? —Pronuncia la palabra con guasa, señalando mi vehículo hecho trizas con un dedo, para después apuntarme a mí, que debo de llevar unos pelos de gominola loca increíbles—. ¿Y pretende que me crea también que una dama de su calibre lleva esa pinta de prostituta barata?

¡¿Prostituta barata?! ¡Vamos de mal en peor! Ahora me detendrán por asesinar a un miembro de la seguridad nacional.

—¡Prostituta será su madre! —exclamo indignada, sacando mi móvil del bolsillo trasero del pantalón corto que me ha prestado Kim—. ¡Voy a llamar

a mi padre ahora mismo para que lo ponga en su sitio, no le permito que me insulte!

El agente, al haber insultado a su madre, deja de escucharme para poner cara de malas pulgas. Podría pedir auxilio al ser mezquino que permanece impassible observando la irónica escena, pero antes que pedir ayuda a esa rata asquerosa preferiría morir aplastada por un camión.

—No va a llamar a nadie, señorita, se va a venir con nosotros a comisaría y allí veremos qué podemos hacer para que pague el destrozo que le ha causado a este pobre hombre —anuncia, mientras me pone las manos en la espalda de forma violenta para colocarme las esposas—. Probablemente no tenga ni seguro.

—¡Ni se le ocurra tocarme o se arrepentirá de esto, maldito bastardo! —lo amenazo.

Yo me retuerzo, intentando escaparme de sus garras, pero entonces, él usa más fuerza aún y me deja inmóvil sobre el capó del coche patrulla para, ahora sí, ponerme las esposas de una manera nada dulce.

—Señor Miller, pronto tendrá noticias nuestras, ya hemos tomado nota de sus datos y hemos dado cuenta del atestado. Si esta joven no tiene un seguro en vigor que se haga cargo de los daños ocasionados a su vehículo y a su persona, le avisaremos del procedimiento legal a seguir. También hemos llamado a un taxi que le llevará a donde usted le indique. Lamento el incidente.

—De acuerdo, agente, gracias —responde él con voz grave.

—¡Serás desgraciado, maldigo el día en que te conocí! —rujo muerta de rabia, lanzando injurias contra esos ojos azules y fríos.

Él ni siquiera me mira, estrecha la mano del policía y se despide como si nada.

—¿La conoce? —le pregunta el policía a Irion antes de alejarse de él.

—En absoluto, agente —niega tajante.

—¡No voy a descansar hasta que te arrepientas de esto! ¡Lo pagarás caro!

—lo amenazo antes de que me metan en la parte trasera del coche patrulla.

Una vez en marcha, compruebo por la ventanilla que levanta el dedo corazón a modo de despedida, acompañado de una gran sonrisa triunfal.

—¡Te odio! —grito con todas mis fuerzas, revolviéndome en el asiento.

Creo que los policías piensan que, aparte de prostituta, soy una yonqui desquiciada que se ha escapado de algún sitio, probablemente del manicomio.

¡Maldito hijo de perra!

Si se pusiera de moda ser tonto, tú serías el más famoso.

CAROLINE, *The man-hater*

Creo que el hecho de haber estado media hora encerrada junto a tres prostitutas drogadictas con unas ganas enormes de meterme mano, me ha hecho ver la vida de diferente color; ahora no sé si la veo negra o azabache.

—En serio, Zoe, creo que deberías replantearte tu vida —me aconseja Caroline mientras conduce su Ferrari.

—¡Lo que voy a replantearme es la venganza más gloriosa de toda la historia de la humanidad!

Me ha chantajeado con no sacarme de prisión a menos que se lo cuente todo, y con «todo» me refiero a TODO.

—Es que todavía no doy crédito a que te hayas colado por un tío que se cuele en tu casa para verte en bolas, te secuestra para darte un lamentable paseo por la Ruta 66, te obliga a robar para comer, y encima monta en burros para después dejarte tirada en medio del Gran Cañón mientras meas. Es la historia más cutre que he escuchado en toda mi vida, joder, si ni siquiera te ha invitado a un mísero camping para echarte los polvos en limpio, ¡por el amor de Dios! ¿Podrías explicarme qué coño te gusta de él? Porque pollas enormes hay muchas repartidas por el mundo, nena, y seguro que sus propietarios no resultan ser tan patéticos como éste. —Despotrica a sus anchas, sin mirarme porque va pendiente de la carretera.

—Ya contaba con que no le diceses el visto bueno, no me sorprende —

respondo, pasando de ella.

—Pero es que, para colmo de males, cuando os reencontráis él permite que te lleven a la comisaría detenida, en vez de darte una explicación, o limitarse a suplicar clemencia... ¡Yo lo mataba! —bufa.

Estoy tan enfadada que ni siquiera me molesta todo lo que dice sobre él, mi mente sólo es capaz de pensar en distintas maneras de matarlo con sufrimiento, con mucho sufrimiento.

Ella sigue a lo suyo:

—Por cierto, creo que ese policía va a tener pesadillas con nosotras el resto de su vida. —Sonríe orgullosa.

Y es que cuando Caroline ha hecho acto de presencia en la comisaría donde me encontraba encerrada, los dos policías que me habían arrestado casi sufren un *colapso pollil*, pues mi recatada amiga se ha presentado con una minifalda de infarto, exigiendo mi inmediata puesta en libertad.

En cuanto ha certificado quién soy con mi propia documentación, ya que ha ido a buscarla a mi casa, les ha faltado tiempo para besarme los pies y pedirnos disculpas a ambas. Y, aunque ahora mismo estoy demasiado ocupada pensando en mi sangrienta venganza contra un puerco engreído, esto no va a quedar así. No tienen derecho a tratar a la gente de esa manera, ya sea prostituta o alcaldesa.

Caroline prosigue, no te creas tú que se ha desahogado todavía.

—Es que no me imaginaba que tuvieses tan mal gusto, Zoe. A ver, no me malinterpretes, que el muchacho está potente y te creo cuando dices que echa unos polvos prodigiosos, pero de ahí a que te hayas enamorado... Debes pensar en otras cosas, nena, no sólo en su habilidad con el manubrio, que ya somos mayorcitas.

—¿Y en qué debo pensar, según tú? —La provoco.

—En primer lugar, en ti misma, te he dicho como un millón de veces que no necesitamos a los hombres para nada. Cuando quieras follar, follas. Cuando quieras salir, sales. Cuando quieras estar en casa sola, lo estás.

Cuando quieras tener hijos, los tienes. Mientras tanto, no hay que estar aguantando pedos y ronquidos. Y, si por alguna extraña casualidad del destino, tus neuronas no funcionasen de forma correcta y, aun así, decidieses tener un hombre a tu lado, elige con la cabeza, que para eso la tienes, coño.

—¿A qué te refieres? —Intento aguantarme la risa y ella niega con la cabeza.

—Lo sabes de sobra, no te hagas la ingenua conmigo, reina. Al principio será todo muy bonito, porque estás cegada por sus dotes sexuales. No te niego que el misterioso chico de barrio y malote nos pueda poner cachondas, pero a la larga descubrirás que no tenéis nada en común, ni conversaciones, ni modales, ni amigos. Todo se irá a la mierda y tú terminarás con el corazón destrozado y llorando por los rincones. Sola.

—¿Y por qué he de ser yo la que llore? —me quejo.

—Porque él supongo que ya habrá llorado demasiado a lo largo de su lamentable vida, seguro que es el típico buscavidas que ha sufrido mucho y, además, porque si es él quien llora me importa un comino. —Se encoge de hombros.

¡No tiene remedio esta mujer!

Vamos a centrarnos.

—Caroline, olvídate del amor, ¿vale? Necesito que me ayudes a planear mi gran venganza, por eso te he llamado a ti para que vengas a buscarme.

Ella se vuelve hacia mí, a la vez que se baja sus maxigafas de sol para así poder mirarme directamente a los ojos por encima de éstas.

—Eso ya me gusta más. —Una sonrisa diabólica aparece en sus perfectos labios, y enseguida los míos la imitan.

—Pero es que no se me ocurre nada que sea lo bastante grandioso como para resarcir mi ira —gruño—. Lo único que se me viene a la mente son unas tijeras y sus huevos.

—No seas ordinaria. —Se ríe.

—Entonces ¿qué?

—¿Y por qué ha de ser una sola venganza? A mí me pone mucho más cachonda un conjunto de cosas que no una sola, por muy grande que ésta sea —sugiere con su risa maquiavélica.

—¡Eres mi ídolo, Caroline!

Nos miramos y me guiña un ojo.

—Lo sé.

Si la venganza es un plato que se sirve frío, tú te vas a congelar, chaval.

CAROLINE, *The man-hater*

Hoy es el gran día.

Los seguidores de ambos equipos han dispuesto un montón de pancartas en la pista de baloncesto del South Park Recreation Center para animar a uno u otro.

—Jamás en mi vida te había visto con deportivas —le dice Kim a Caroline, mientras avanzamos entre los asientos de las gradas.

—Es que para huir es lo más apropiado —contesta ella, mirando con asco su calzado.

—Seguro que después de esto tus pies no querrán llevar otra cosa —la provoco.

—Zoe, no tienes a la suerte —me amenaza.

Nos sentamos las tres en la segunda fila del campo de los L.A. Juniors, con la intención de que el entrenador de los Dynamics, alias mi objetivo, no nos descubra. Para ello, nos camuflamos entre las numerosas madres que todavía permanecen de pie, cacareando frente a nosotras; además, llevamos puestas unas gorras y gafas de sol. En otras palabras: que ni mi padre me reconocería.

Mi corazón da un vuelco en cuanto Irion entra en la cancha; me recoloco la visera de mi gorra para taparme al máximo posible la cara. Lleva un pantalón negro corto de algodón y una camiseta de tirantes del mismo color,

con el logo del equipo en medio. Odio a los hombres que llevan camisetas de tirantes, pero con él podría hacer una excepción, porque está impresionante.

—¡Mira, ahí viene el semental! —anuncia Kim.

—Hay que ver lo bueno que está, joder. —Caroline se relame, levantando demasiado el pescuezo.

—¡Callaos! A ver si nos va a pillar —las reprendo, pero sin poder evitar que me siente mal que lo admiren de esa forma, de alguna manera siento que me pertenece.

—Es imposible que nos descubra, Zoe, mira las pintas que llevamos — asegura Kim.

—Pues por eso mismo —puntualizo.

—Perdona, bonita, las pintas las llevarás tú, con ese ojo medio morado, yo voy divina —se queja Caroline, señalando sus deportivas de Louis Vuitton.

Y es que tenemos puestos unos pantalones deportivos muy cortos, y camisetas de tirantes de nuestro equipo, los Lakers. Parecemos Las Trillizas Friki-Deportivas. ¡Vaya cuadro!

Me debato entre babear por la ternura que me produce ver el cariño con el que entrena a los niños, cómo les indica lo que deben hacer, con tanta devoción e ilusión, o seguir odiándolo con todas mis fuerzas por dejarme tirada como a una colilla para salvar su trasero. Y elijo la segunda, por supuesto.

El partido empieza y él charla, despreocupado, desde el banquillo donde permanece sentado, con las madres que están sentadas en las gradas detrás de él. No puedo evitar ponerme celosa cuando todas ríen de manera exagerada en cuanto él comenta lo más mínimo, o cuando se levanta del banquillo para indicar algo a algún niño y todas se pegan codazos admirando su culo.

—¡Vaya, parece que el gallito del corral las vuelve a todas locas! — comenta Caroline, mirándome de reojo.

—Eso nos viene muy bien. —Sonrío, saboreando lo que se avecina.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —pregunta Kim—. ¿No sería más

sencillo que lo aclaraseis como hacen los seres humanos normales?

—¿Te refieres a como aclaras tú todo con tus novios? —protesto.

—¡Vale, haz lo que quieras! —Se rinde.

De repente, cuando las entregadas mamis se encuentran vitoreando al equipo y a su entrenador con gran afán, se oye un fuerte sonido seguido del comienzo de la canción *Get Ready for This*, y una de las puertas se abre de golpe para que nueve chicas vestidas de animadoras aparezcan bailando en medio de la pista con sus pompones.

Los niños de cada equipo corren asustados a reunirse con sus respectivos entrenadores y se detiene el partido. Todos se quedan boquiabiertos, ellos admirando las curvas de las intrépidas bailarinas y ellas odiándolas, pero todos siguiendo el ritmo de la música, aunque no quieran.

Los presentes se encuentran disfrutando del baile porque supondrán que es parte del espectáculo, hasta que la música termina y dejan de hacerlo. Entonces, las chicas se quitan la camiseta que llevan puesta para destapar otra que tienen debajo, y así, al colocarse todas en fila, se puede leer un mensaje:

«A MÍ TAMBIÉN ME CONTAGIÓ LA GONORREA IRION MILLER».

Yo intento aguantar la risa como puedo, aunque me resulta imposible, Caroline lo está grabando todo con el móvil entre carcajadas y Kim se está tapando la cara con las manos porque no quiere ni verlo, al igual que hacen las madres con sus hijos, que insultan a Irion indignadas, mientras los niños preguntan qué es la gonorrea.

—¡¿Qué cojones pasa aquí?! —ruge él, enfrentándose a las animadoras, que permanecen sonrientes en medio de la pista, mostrando orgullosas su mensaje.

Las intenta tapar con las camisetas que ellas mismas han tirado al suelo, o moverlas del sitio para que se marchen, pero ellas ni se inmutan, parecen maniqués clavados al suelo. El árbitro suspende el partido al ver cómo las madres se marchan del campo con sus hijos, despavoridas, entre gritos de

«¡degenerado!» y, aunque Irion intenta en vano darles las explicaciones oportunas, no lo consigue.

Está realmente cabreado y a mí me encanta, estoy disfrutando como una enana viéndolo, pero, antes de que las gradas se queden vacías y nos descubra, Caroline tira de mi brazo para que salgamos entre la multitud.

Una vez que nos encontramos en el coche, las tres rompemos a reír como locas, a mí se me caen hasta las lágrimas de tantas risas, por favor, ¡qué bueno ha sido!

—¿Habéis visto qué cara ha puesto cuando ha leído la frase? ¡No lo olvidaré en mi vida! —Caroline no deja de rebobinar el vídeo que ha grabado y pausarlo justo en ese momento; incluso lo aumenta con el zoom para que lo veamos mejor, y no podemos parar de reír.

—La cara de Irion era indescriptible, yo diría que una mezcla entre El Increíble Hulk y Poppy de los *Trolls*. —Kim se carcajea.

—¡Sólo por esto ha merecido la pena conocerlo! —intento añadir entre las carcajadas de las tres.

* * *

Pasado un buen rato de risotadas y chistes varios al respecto, arrancamos el coche y nos disponemos a ejecutar la segunda parte del plan. Sí, sí, hay más, ¡mucho más!

—No hay nada como una mujer con poder cabreada —comenta orgullosa Caroline durante el trayecto.

Como Kim le ha sacado información valiosa a Will entre polvo y polvo, ya que los hombres antes de correrse son capaces de bailar una jota mientras hacen el pino puente, nos ha dicho que Irion trabaja en un taller a las afueras del Watts, cerca de donde vive, así que ahora nos dirigimos hacia allí.

—114 Street esquina con Grape —nos informa Caroline a Kim y a mí, mirando atónita el GPS del móvil y la calle en la que nos encontramos, como

si no diese crédito a lo que ven sus ojos.

—Estaba cerca de Willowbrook Avenue —le indico, para que intente volver a respirar.

No es capaz de pronunciar ninguna palabra, tan sólo asiente.

—¿En estas... casas... vive gente? —pregunta descompuesta, señalando una de las chabolas que tenemos enfrente.

—Si lo quieres llamar «gente», sí —le responde Kim.

No me interesa que entre en pánico. Sé lo que se siente al descender desde los majestuosos mundos de Yupi hasta el infierno, porque una cosa es verlo en la televisión o en prensa y otra muy distinta es estar aquí de verdad.

—Venga, daos prisa, Kenneth os está esperando ahí atrás —las increpo algo nerviosa, para sacar a mi amiga del shock.

Ellas miran hacia la dirección que les indico con la mano y, efectivamente, comprueban que mi guardaespaldas se encuentra a un par de yardas de distancia de mi coche. No lo dudan y salen corriendo hacia su vehículo. No las culpo, es normal que se sientan más seguras estando con él que conmigo.

Voy paseándome con un maldito Lamborghini por uno de los peores suburbios de Los Ángeles. «Por el amor de Dios, ¿en qué diablos estabas pensando, Zoe?», me recrimino a mí misma, mientras me cambio de ropa y zapatos con rapidez. «No pensaba en nada, por eso lo estoy haciendo», me contesto.

Ya no hay vuelta atrás, así que allá voy.

Me observo una última vez en el espejo retrovisor del coche. Estoy bastante nerviosa.

¿Maquillaje? Arrebatador.

¿Pelo? Suelto. Excelente.

¿Vestido? Ajustado de infarto.

¿Taconazos? A tope.

Arranco el motor y me dirijo hacia Watercar Mechanical, que es el taller de coches donde se supone que trabaja mi amorcito.

Mi Lamborghini Aventador brilla tanto con la luz del sol que incluso podría dejar ciego a alguien. Hago mi aparición estelar en medio de la gran puerta del taller, acelerando en punto muerto para que el motor ruja como un león, haciendo eco contra sus paredes, lo que provoca que, de manera automática, todas las cabezas de los mecánicos se levanten para observar estupefactos lo que tienen delante de sus ojos.

Todos van vestidos con un mono azul marino, por lo que no he reconocido a Irion todavía, pues llevo mis gafas de sol puestas y no los distingo demasiado bien desde aquí. Lo único que sé es que todos han dejado de hacer sus labores para admirar con la boca abierta mi flamante coche.

Apago el motor. Subo el volumen del vehículo al máximo, quedándome casi sorda al hacerlo, ya que el equipo de música es muy potente, pero lo necesito así para fortalecer mi ego durante la puesta en escena.

Las puertas de tijera del vehículo comienzan a levantarse de forma vertical a la vez que la canción de AC/DC, *Back in Black*, empieza a retumbar por el taller, y mis infinitos tacones rojos hacen acto de presencia sobre el suelo.

Salgo del coche para observar cómo todos los aquí presentes, unos cinco hombres, casi sufren una parálisis cerebral al verme. Me quito las gafas de una manera muy sexy y sacudo mi larga melena de forma provocativa, para después colocar las gafas a modo de diadema sobre mi cabeza y fijar los ojos en él, mi víctima.

«Ahí estás, gusano.»

Lleva el mono puesto, como todos los demás, pero él sólo tiene la parte de los pantalones, pues la parte de arriba la tiene bajada con las mangas anudadas alrededor de la cintura, con lo cual se puede apreciar su perfecto torso al aire, con sus famosas estrellas llenas de aceite negro del motor de algún coche.

«Vaya, qué escena tan típica, ¿no?», me digo a mí misma, recordando un anuncio de Coca Cola Light en el que el chico salía de esta misma guisa y a

todas nos encantaba. ¿Por qué a las mujeres nos pondrá tan cachondas un tío bueno engrasado, con lo difícil que tiene que ser quitar esas manchas?

Su semidesnudez era una cosa con la que no contaba y que me saca un breve instante de mi papel de bruja ardiente que ha venido a joderle la vida. Pero enseguida me recompongo, obligándome a recordar cómo me dejó tirada mientras hacía pis en el desierto, para huir como un cobarde sin honor.

Me acerco con paso firme hasta él, que intenta por todos los medios que no se le note que está flipando, pero le resulta imposible porque ya lo conozco un poco y porque se recoloca incómodo la entrepierna, y eso sólo puede significar una cosa: su amiguita me reclama. Pretende no apartar sus ojos de los míos, pero es inevitable que termine mirando mi escote y las curvas que este vestido ajustadísimo negro me resaltan de una manera tan soberbia.

—¿He muerto y vienes a llevarme al cielo, morena? —exclama uno de los mecánicos.

—¡Muérete y después lo discutimos! —le contesto sin ni siquiera mirarlo, mientras los demás me vitorean.

Se escapan varios silbidos a mi paso, pero los ignoro. Me concentro en contonear las caderas al ritmo de la música para amedrentar a mi víctima. Y hasta ahora voy bien, muy bien.

Cuando llego a su altura me detengo para plantarle cara y recitar la última frase de la canción:

—No tientes a la suerte y apártate de mi camino.

Pero él hace caso omiso a mi orden y permanece cortándome el paso con los brazos en jarra sobre su cadera, con una postura chulesca. He de admitir que tenerlo tan cerca consigue alterarme bastante; me he obligado todo este tiempo a odiarlo y me acabo de dar cuenta de que no me ha servido para nada, pues todo su cuerpo me reclama y el mío le responde con la misma fuerza. Me duele mirarlo. Tenerlo tan cerca y no poder tocarlo es un

verdadero infierno, pues un aura de algo inexplicable nos rodea; no sé si él lo percibirá del mismo modo que yo, pero es inquebrantable.

—¿Qué diablos haces tú aquí? Este barrio no es para las *millonetas* de tu calaña; ¿no tienes miedo de que te roben tus zapatos de mil dólares? —
escupe enojado, mirándome a los ojos con rencor.

—Seis mil dólares —le contradigo, apuntando a mis zapatos rojos de Jimmy Choo.

Creo que aún no se le ha pasado la cólera que le han provocado las animadoras, ¡y eso que todavía no sabe que las he contratado yo!

—Debería darte vergüenza llevar eso cuando miles de personas no tienen para comer.

—Ah, ¿sí? ¡Pues a ti lo que debería darte vergüenza sería dejar a una mujer tirada en medio de la nada!

—¿Tirada? ¿Te refieres a cuando tu prometido apareció en un lujoso helicóptero para rescatarte del mugriento que te había secuestrado, acompañado, por cierto, por decenas de policías?

—¡Si no hubiese sido por él, habría muerto!

Él me observa con recelo, mis palabras le han hecho daño.

—Si eso es lo que piensas, estás en tu derecho, ya no me importa.

Se vuelve para darme la espalda, pero lo agarro del brazo para impedirselo.

—Sólo he venido a que me des una explicación —le exijo.

—Pues te vas a ir sin ella.

—Me la debes —le reprocho.

—¡Yo no te debo absolutamente nada!

—¡Permitiste que esos malditos policías me arrestasen! —le recuerdo.

—Deberían haberte dejado entre rejas, al menos allí no puedes joderme.

Se suelta de mi mano con un movimiento brusco y continúa su camino.

«¡Tú lo has querido!»

Vuelvo hacia mi coche a paso ligero, sin hacer el menor caso a los

comentarios de los compañeros del indeseable, que, entre otros, han soltado perlas como «nena, ven que te pula el cigüeñal». Sólo me dedico a hacerles una peineta sin mirarlos, cosa que parece avivar sus vítores. Los hombres son tontos, en serio.

Entro en mi coche y doy marcha atrás, aparcándolo fuera, para aparecer montada en su precioso Thunderbird; resulta obvio que lo de «precioso» lo digo en tono irónico.

Siendo millonaria tienes una lista infinita de contactos, tan variopinta como influyente, y he hecho un fructífero uso de ella, consiguiendo que el responsable de mi seguro aceptase arreglar el coche de mi amado y lo reparasen en el taller adonde llevo mi Aventador para dejarlo reluciente. Tanto que no brilló así ni el día que lo estrenaron. Me dieron las llaves y el coche el día que estuvo como nuevo.

Irion se da la vuelta al reconocer el sonido de su coche y se le ilumina la cara al verlo así de bonito. Lo dejo en medio de la puerta del taller a modo de reclamo y salgo del vehículo, aunque me mantengo apoyada sobre el techo con un codo.

—¡Eh, señor Miller! —vocifero, pero él ya lleva un buen rato observándome atónito.

Es obvio que cree que lo he arreglado para firmar la paz. «Lo llevas claro, besugo», pienso mientras le sonrío de forma seductora.

—¿Quiere recuperar su zarrío? —pregunto—. Pues venga a por él —lo provocho, enseñándole las llaves colgando de mi dedo.

Irion duda por un momento si venir o no, seguramente no entienda por qué tengo su coche, pero termina cediendo. Avanza hacia mí con paso firme, como un tigre enojado al que no le queda más remedio que obedecer al domador si quiere la comida. Sólo le falta rugir, porque el respeto que infunde a su alrededor ya lo tiene.

No puedo evitar que me impresione esa seguridad en sí mismo que le caracteriza. No se puede explicar, su poder se intuye. Cuando estamos a unos

pies de distancia uno del otro se detiene y me observa indeciso. Sus ojos no son los mismos con los que me miraba cuando nos escapamos en la Ruta 66; ahora no expresan nada, están vacíos y, en cierto modo, eso me mata un poco.

—¿A qué coño ha venido, señorita O'Connor? ¿Necesita humillar a la clase obrera para sentirse superior? —pregunta airado.

—La clase obrera no me ha hecho nada, tú sí, y he venido a vengarme.

—¿A vengarte?! —Se sorprende—. ¿Acaso te parece poco... —Se detiene en seco, apretando los puños.

Mis ojos se encuentran con los suyos y ambos nos miramos con rencor, pero con un ápice de algo que hasta ahora mismo no había descubierto y que me llena de ilusión, aunque me cueste reconocerlo.

—Dame las llaves y lárgate de aquí, pero para no volver nunca —gruñe, deshaciendo la distancia que nos separaba para arrebatarme las llaves del dedo de manera grosera.

Entonces, me retiro y me cruzo de brazos, permitiendo que tome asiento en el lugar del conductor para después aparcar el coche junto a la puerta del taller, admirando cómo conduce con esos increíbles músculos a la vista. Contemplo sus movimientos felinos mientras él no deja de observarme por la ventanilla; está mosqueado y no es para menos.

Cuando sale del vehículo da un brinco, agarrándose sus partes íntimas con temor y una sonrisa enorme se dibuja en mi rostro.

—¿Qué me has hecho, maldita arpía? —exclama, retorciéndose de dolor.

—¿Yo? Has visto que no me he movido de aquí —me excuso con inocencia.

Él no deja de agarrarse la entrepierna y se está poniendo rojo por momentos.

—¡Irion! ¡Sonríe! —le sugiere una alegre voz femenina desde el coche negro de Kenneth, situado a unas yardas.

Entonces descubre que Caroline y Kim lo están grabando, y su dolor se

convierte en un odio mortal que se refleja en la mirada gélida que me dedica.

—¡Eres el ser más despreciable que he conocido en mi puta vida, y he conocido muchos! —ruge colérico.

—¡Lo mismo te digo! —respondo altanera, aunque algo herida por sus palabras.

No nos da tiempo a seguir discutiendo porque enseguida su coche comienza a derretirse ante sus propios ojos y no da crédito a lo que está sucediendo. Intenta hacer algo, pero no le es posible.

La verdad es que parece un asombroso efecto especial de alguna película de ficción, mola un montón.

Caroline ha salido con todo tipo de hombres. Bueno, mejor dicho, se ha acostado con todo tipo de hombres, y uno de ellos resultó ser un prestigioso ingeniero químico, por lo que nos ha regalado, por cortesía del buen polvo que echaron algún día, un litro de un ácido tan corrosivo que ha sido capaz de derretir un coche entero ante nuestros ojos. Aunque mi querida amiga propuso que sería mejor quitar los frenos al coche en vez de derretirlo, pero eso ya me pareció pasarse un poco.

Según las instrucciones que nos dio su amigo, debíamos rociar tanto el interior como el exterior del coche con un pulverizador, que, por cierto, también se ha derretido.

Se trata de una mezcla de pentafluoruro de antimonio, de ácido fluorosulfónico y de óxido de azufre. A primera hora este ácido no es activo en la piel humana, por lo que a mí no me ha hecho nada. Pero después de un rato, causa una urticaria horrorosa al contacto con él, por eso Irion ahora mismo deduzco que estará sufriendo una mezcla entre picores y ardores de infarto en su entrepierna. Y, ya a partir de la hora y diez minutos, el ácido comienza a disolver todo lo que haya estado en contacto con él, ya sea metal, goma, caucho, etcétera. O sea, que lo único que queda ahora mismo del coche es un extraño a la par que amorfo linimento negro sobre la calzada.

Creo que yo estoy tan confundida como Irion, pues he de admitir que

jamás creí posible que fuese a suceder tal cosa. No soy capaz ni de parpadear.

Cuando por fin reacciono y me atrevo a mirarlo, descubro sus ojos anegados en lágrimas, que permanecen fijos en lo que hasta hace un momento era su coche. Además, tiene los puños apretados a ambos lados del costado y su mandíbula tan tensa que se la va a dislocar.

Entonces, clava sus ojos, rojos, en los míos.

—¿No tenías suficiente con destrozarme la vida? —ruge entre dientes en un hilo de voz.

—¿Yo?

¡Lo que me faltaba!

—¡Sí, tú! Me sedujiste para reírte de mí con tus amigos. —Señala a Caroline, que continúa grabando—. No era necesario humillarme de esta manera también.

—¿De qué estás hablando? ¡Yo no te seduje! Tú fuiste quien me hizo creer que me amabas para después dejarme abandonada como a una mierda en medio de la nada —le recrimino enojadísima.

—No me has demostrado no ser una mierda —sentencia colérico.

—¡Tú sí que eres una mierda! —rujo, haciendo gala de la barriobajera que hay en mí.

Toma aire y cierra los ojos con fuerza, y cuando los abre se refleja en ellos que ha tomado una determinación. Avanza hasta mí como un tanque de guerra dispuesto a aplastarme y me agarra muy fuerte por las muñecas para empotrarme con fuerza contra la pared que tengo a mi espalda, subiendo mis brazos por encima de mi cabeza. Estoy a su merced y echa humo por las orejas; no es que le tenga miedo, pero tampoco me siento demasiado feliz ahora mismo.

—¡La mayor prueba de amor que existe en el mundo es renunciar a lo que amas por su propio bien, y eso fue lo que yo hice! —brama contra mis labios.

—¿De qué estás hablando? —digo, intentando en vano zafarme de sus garras.

—Hablo de que tu querido prometido vino a visitarme a la cárcel para contarme quién eras en realidad.

—¿Y qué diablos hacías tú en la cárcel? ¿Acaso no te sirvió de nada huir como una rata rastrera? ¡Pues me alegro de que te pillasen!

—¿De verdad crees que te abandonaría para huir? Qué poco me has conocido en este tiempo. Tu querido prometido les contó a todos que te había secuestrado en contra de tu voluntad la noche de la gala; la policía me detuvo al instante, no me permitieron ni abrir la boca hasta que me metieron en prisión —me explica de mala gana.

—¿Richard? —balbuceo confusa.

Eso lo cambia todo.

—Cuando vino a verme, comenzó con las amenazas para que te dejase en paz, creía que iba detrás de ti por tu dinero, pero no consiguió su cometido hasta que me hizo comprender que yo nunca seré suficiente para ti, que nunca podré hacerte feliz. Y por eso decidí renunciar a ti.

Mi corazón comienza a palpar de nuevo, con más fuerza que nunca, y de pronto siento ganas de reír. Aunque su voz suena a derrota y eso me hace no cantar victoria.

—Pero acabas de demostrarme que no soy yo el que nunca te hará feliz a ti, sino tú a mí. No me mereces. Tendrás muchas cosas materiales, pero ninguna de ellas me interesa, porque tu alma está podrida. ¡Pobre del hombre que se enamora de ti, señorita O'Connor, porque le destrozará el corazón!

—Irion, yo...

—¡No quiero volver a verte en mi vida! —me interrumpe de manera brusca—. Has destrozado todo cuanto tenía; confié en ti, comencé a tener una nueva esperanza de volver a vivir y me destruiste. Espero que seas feliz con todo tu maldito dinero y espero que te haya resultado divertido reírte de un pobre desgraciado del sur.

Me suelta de golpe, con la decepción y la pena reflejadas en su rostro. Me mata ver la rabia que expresan sus ojos; ya no me quiere, lo único que veo en

esas increíbles esferas azules es el vacío más gélido del mundo, y eso consigue que me falte el aire para respirar y que me duela el pecho.

En un solo instante he pasado de sentir el odio más dañino a sentir el amor más grande por este hombre, y ahora es cuando me doy cuenta de verdad del sentido que cobra todo, incluso las palabras de mi padre al decirme que la verdad depende de quién te la cuente. ¡Qué idiota he sido por creer a Richard! ¡Qué fácil es creer las cosas malas y qué difícil las buenas!

Un fuerte estruendo sobre nuestras cabezas provoca que me cubra por inercia con los brazos, pero Irion se apresura a resguardarme con los suyos, por puro instinto. Por un momento recobro la ilusión: me ha protegido.

Cuando nos damos cuenta de que no sucede nada que a priori haga peligrar nuestras vidas, miramos hacia arriba, despacio, para comprobar de qué se trata, y descubrimos que no es otra cosa que un gran helicóptero a pocas yardas de nosotros, portando una pancarta gigantesca que reza:

IRION MILLER TIENE UN MICROPENE

Acompaña a esta frase una foto suya que Kim ha robado del móvil de Will, por si acaso hubiese más hombres llamados Irion Miller en el mundo, y que no quepa duda de quién es.

¡Me quiero morir!

Se separa de mí como si de pronto le quemase para mirarme sorprendido, pues, no sé cómo, pero enseguida ata cabos y se da cuenta de que el numerito de las animadoras también ha sido obra mía. Me siento tan pequeña que incluso me gustaría desaparecer del mundo en este preciso instante.

—Como vuelvas a aparecer delante de mí, juro que te estrangularé con mis propias manos —me amenaza en un tono aterrador, volviendo a partirme el corazón.

Se larga hacia el interior del taller a pasos agigantados, no sin antes dirigirse hacia Caroline; la apunta con el dedo índice y añade:

—Borra esa mierda ahora mismo o te destrozó el puto móvil.

Mi amiga guarda el teléfono a su espalda a toda prisa, pero conociéndola sé que no lo ha borrado ni de broma, pues es la materia prima necesaria para la siguiente venganza, aunque, después de lo ocurrido, ya no permitiré que se lleve a cabo.

Una vez que el helicóptero desaparece de nuestra vista para irse a dar una vuelta por toda la ciudad, todo se queda en silencio. Como mi alma.

He visto flanes con más huevos que tú.

CAROLINE, *The man-hater*

Ha pasado una semana desde que Irion me echase de su vida para siempre y juro que he intentado por todos los medios seguir con mi rutina; tanto es así, que hasta he vuelto a la empresa, pues mi padre, aunque está ya en casa, se encuentra muy delicado de salud y no quiero que se preocupe demasiado por cosas sin importancia. Como no había nadie mejor que yo para asumir esa responsabilidad, lo hice, pero por más que lo intento, no consigo sacarme a ese maldito individuo de la cabeza.

Por una parte, el volver a la empresa me ha venido muy bien para despejar la mente y pensar en otras cosas que no tengan que ver con él. Pero por otra, me tortura la idea de que piense que me he reído de él y que nunca sentí nada, porque lo sentí y demasiado fuerte. Desde que lo conozco, he pasado por tantos estados anímicos que me da vértigo pensarlo.

Ironías del destino: no valorar las cosas hasta que las has perdido.

Para no volver a tener nada más que ver con él, le pasé a Jacob un informe detallado recomendando su reinserción en la sociedad y dándolo de alta en las reuniones grupales, cosa que mi amigo acató con sumo gusto, pues Irion era el único que incitaba al resto del grupo hacia la rebeldía.

Gracias a él, he aprendido que hay veces en las que es mejor darse por vencido en vez de seguir intentando algo que resulta imposible. En la vida, como en la guerra, una retirada a tiempo es una victoria, y en este caso mi

victoria es no terminar más enganchada a él de lo que ya estoy, o al menos no sufrir por ello, aunque sea demasiado tarde.

Hay veces en las que intento convencerme a mí misma de que el único hombre al que he sido capaz de amar es un maleante sin escrúpulos, que me ha utilizado sólo para alimentar su ego y añadir una mujer de la alta sociedad a su larga lista de conquistas. Pero, por otra parte, el hecho de saber que se alejó de mí por mi bien, alentado por un ser tan despreciable como Richard, y que él no sabía quién era yo en realidad, consiguen reavivar mis ganas de luchar por él.

Por todo esto, he pensado ir a buscarlo para pedirle perdón; he supuesto millones de veces cómo sería ese reencuentro e incluso he soñado con volver a besarlo, pero al final, todos esos castillos en el aire se desvanecen para desvelarme la realidad: que lo único que siente por mí es desprecio y por eso no quiere volver a verme.

Volviendo al presente.

John sigue ocupando mi puesto, pues lo maneja mejor que yo y así una servidora puede estar en el despacho de mi padre, supervisando todo. A ver si ahora ese japonés machista se atreve a soplarme. De nuevo dedico mi vida a trabajar y así escapo de sufrir.

—También escapas de amar —me recriminaba una noche Marcia.

—Ya he amado una vez y no me ha gustado cómo termina —alegué en mi defensa.

Prefiero seguir con mi caparazón puesto, no creo que quitármelo compense el sufrimiento.

Es viernes noche y acabo de llegar a casa. Al entrar en el salón, paso de largo por delante del sofá donde Kim y Will ven una película abrazados.

—Buenas noches —me saludan ambos.

—¡Iros a un hotel! —contesto malhumorada al comprobar que Will tiene las manos metidas en las bragas de mi hermana.

—Zoe, tienes un humor de perros últimamente, vamos a tener que sacarte

a pasear, a ver si encontramos un par de maromos que te den mambo — bromea mi hermana, o bueno, no sé muy bien si lo dirá en serio, porque después de haber convencido a Will y a Kenneth para que la compartan, me espero cualquier cosa.

—¡Oye, nada de maromos! —se queja Will y ella se ríe.

—Si es que mi hermana necesita un buen polvo, ¿no lo ves? Yo sólo me sacrifico para ayudarla —lo provoca ella.

Yo pongo los ojos en blanco y continúo mi camino hasta la cocina, donde saludo a Marcia y a Katty, que están susurrando entre ellas y se callan al aparecer yo.

—¡Oh! No os cortéis, podéis seguir poniéndome verde si queréis —las animo, mientras muerdo un trozo del sándwich de queso que hay sobre la encimera, sin preguntar a quién pertenece, pues me muero de hambre.

—No estábamos hablando de ti, aunque solemos hacerlo —me cuenta Marcia—. Estábamos comentando que Kimberly se está pasando ya, ésta no es su casa. —Parece bastante molesta, cosa en la que no había reparado debido a mi ausencia, tanto física como espiritual.

—No es su casa, pero es la mía, por lo tanto es lo mismo —la reprendo de manera indirecta.

—Eso lo dices porque tú apenas estás aquí, Zoe. Nos incomoda verla con esos dos sinvergüenzas a todas horas, holgazaneando desnudos, revolcándose por todas partes. ¡¿Con qué ojos voy a mirar a Kenneth después de haberle visto el culo?! ¡Me niego a continuar así! —protesta, cruzándose de brazos sobre su abundante pecho y poniendo cara de uva pasa.

—No sabía que llegaba a tanto. —Intento calmarla porque Marcia enfadada es un ciclón.

—¡Pues sí! Y yo así no trabajo a gusto, ni yo ni nadie, aunque no se atrevan a decírtelo. —Señala a Katty, que nos da la espalda para hacer mi cena, y apuesto lo que sea a que está rezando para que no le pregunte nada.

—Está bien, luego hablaré con ella, no te preocupes —la tranquilizo.

Ceno yo sola, mientras charlamos las tres sobre nimiedades como el tiempo.

Como mañana no hay que madrugar, decidimos ver una película, pero al ir hacia la sala de cine nos encontramos con que la parejita feliz está ocupando uno de los sillones. Marcia bufa, cogiendo a Katty del brazo para marcharse y dejándome sola ante el peligro.

—Kim, tenemos que hablar —le pido.

Ella se incorpora y me mira intrigada.

—¿Qué ocurre?

—No puedes pasearte por la casa en bolas con tus amantes.

—¡¿Qué?! ¡Yo no me paseo en bolas! ¿Quién te ha dicho eso, la cotilla de Marcia? —protesta.

—A mis empleados les ofende veros así todo el día; si quieres practicar sexo cuando y con quien quieras, me parece estupendo, pero te cierras en tu cuarto o te largas a otro sitio, pero en mi casa no. Debes respetar las normas.

—¡Estupendo! ¡Pues como veo que crees a tu empleada antes que a tu hermana, no te preocupes, que me largo! ¡Quédate con tus normas! —grita.

Se levanta y tira del brazo de Will, que sonrío como si la cosa no fuese con él, sólo se dedica a seguirla como un perrito faldero.

—¿Adónde vamos, Kim? —pregunta él.

—¡A tu casa!

Entonces sí que se queda blanco, pero no es capaz de negar nada a la caprichosa de mi hermana y salen los dos a la calle, semidesnudos, tal cual estaban, pegando un fuerte portazo.

Al instante, aparece Kenneth por la puerta de la sala con cara de pocos amigos.

—Señorita O'Connor, Kim me acaba de mandar un mensaje diciendo que la ha echado de casa; ¿es eso cierto? —me pregunta.

—Yo no la he echado de ningún sitio, se ha ido ella.

Empiezo a cansarme de que mis empleados me exijan cosas, no recuerdo

el momento exacto en el que traspasaron la línea que separaba el reino de la obediencia del reino de la insurrección, pero como sigan así los voy a enviar al reino del desempleo y no tardando demasiado.

—¿Sabe adónde ha ido? No creo que sea seguro que ande por ahí sola con ese mentecato.

—Ese mentecato se folla a tu chica y a ti te parece estupendo, ¿qué tiene de malo que salgan de casa juntos? —Él me dedica una mirada recriminatoria por mi burdo lenguaje.

Me mata la curiosidad, pues tenía a mi guardaespaldas por un hombre sensato y he de admitir que, además, me encanta tocarle la moral, por eso me arriesgo a que me conteste de la misma manera.

—No me dio más opciones, era aceptar eso o quedarme sin ella —admite.

—¿Y crees que compartirla con otro tío es mejor que quedarte sin ella?

¡Yo alucino!

—Sí, lo creo, y espero que se dé cuenta del sacrificio que me supone tener que aceptar semejante situación y que se decida por mí. Me he enamorado de ella y no quiero renunciar a su amor, nunca había sentido algo así antes. — Sus ojos reflejan una profunda tristeza.

Me resulta demasiado extraño estar hablando de amor con mi guardaespaldas, un hombre del tamaño de un armario gigante, lleno de músculos y además muy inteligente, entrenado para ser capaz de proteger al mismísimo presidente de Estados Unidos. Y, aun así, siento lástima por él, no puedo evitar querer ayudarlo.

—¿Y si lo elige a él? —pregunto.

Ambos nos miramos, se ha puesto tenso sólo de imaginarlo.

—Voy a buscarlos, señorita O'Connor. —Esquiva mi pregunta—. Sólo venía a informarla de que dejo a Lion en mi lugar y que para cualquier cosa que necesite, se lo pida a él.

—Espera, Kenneth, voy contigo. No quiero perderme el culebrón del siglo.

Son las once y, aunque ya es de noche, estamos en pleno mes de agosto y hace un calor sofocante; por eso me he puesto un vestido azul muy corto, de gasa, y unas sandalias de cuña del mismo color. Llevamos el aire acondicionado del coche puesto en modo siberiano para poder estar cómodos sin sudar a mares.

—Kenneth, creo que deberías renunciar a Kim —expreso mientras atravesamos la ciudad, tras haber dado mil vueltas al asunto mentalmente.

—No voy a renunciar a ella nunca, ni aunque lo elija a él —sentencia.

—No me has entendido bien, lo que te quiero decir es que ella debe pensar que lo has hecho. Sólo así se decidirá por ti.

—¿Y cómo está tan segura de eso?

—Porque es mi hermana y la conozco como si la hubiese parido —confieso.

Y porque sospecho que, si la sangre que corre por sus venas es la misma que la mía, le sucederá lo mismo que a mí.

—¿Y qué ocurrirá si resulta estar equivocada?

—Bueno, en tal caso, no estarás peor que ahora, ¿me equivoco?

Me mira un segundo y asiente.

—No soporto verlos juntos —admite, apretando el volante con todas sus fuerzas.

—Pues pongamos en marcha el plan B: vamos a ver cómo reacciona esa maldita manipuladora cuando crea que te ha perdido —lo animo sonriente.

Ahora mismo he de admitir que me siento una bruja, ya que el destino de tres personas depende de lo que acabo de hacer, pero quiero a mi hermana por encima de todas las cosas y no me gustaría que se equivocase en su elección; por eso creo que sacando un factor de la ecuación será mucho más fácil para todos. Si finalmente se queda con Will, pues que sean felices, pero si echa de menos a Kenneth, que es lo que supongo que sucederá, pues que sean felices también. Al menos, no estarán de uñas con mis empleados por

andar retozando por la casa en bolas y así, de paso, yo mato tres pájaros de un tiro, pues evito ser familia de Irion.

Voy meditando sobre lo desesperado que tienes que estar para aceptar que el amor de tu vida esté a la vez con otro hombre. Espero que no se malinterprete mi postura. Lo que intento decir es que todo ese rollo de intercambio de parejas, voyeurismo, relaciones abiertas, etcétera, está muy bien siempre y cuando ambas partes acepten las normas del juego y no se lo impongan el uno al otro, como es el caso que nos ocupa. Para mí, el asunto de Kenneth implica perderse el respeto a sí mismo, aceptando algo con lo que no comulga por miedo a que esa persona lo deje. Por eso me resulta patético, y creo que debe hacerse respetar.

—Si me deja, moriré —confiesa al final.

No puedo evitar sentir ternura por el grandullón que tengo a mi lado.

—Tranquilo, todo saldrá bien, confía en mí.

Y eso espero por el bien de todos.

El coche de Kenneth aparca frente a una bonita casa blanca ajardinada. Nos encontramos en un barrio de clase media, ni lujoso, ni peligroso.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—En el ciento treinta y cinco de Vermont Avenue, la casa de Will.

—Pero si Will vive en Watt.

—Vivía —me corrige, a la vez que sale del vehículo.

Hasta ahora mismo no me había puesto nerviosa, porque sabía que en esta zona no había peligro, y no me refiero al peligro de muerte, sino al peligro de encontrarme con alguien indeseado.

—¿Y desde cuándo se ha mudado aquí? Pensaba que vivía junto a su madre y sus hermanastros —indago, a la vez que salgo del vehículo yo también.

—No se ande por las ramas, Irion también vive aquí, señorita O'Connor. —Kenneth me conoce de sobra, y al oír ese maldito nombre mi corazón comienza a palpar desbocado—. Kim me contó que alguien les compró la

casa en la que vivían por una ingente suma de dinero, así pudieron mudarse a esta zona.

«¿En serio? ¿Quién sería tan estúpido de comprar aquella chabola por tanto dinero? ¿Y para qué?», me pregunto. Comienzo a arrepentirme de haber venido, una clara señal de ello es que me tiemblan las piernas como flanes.

¡Maldita manía de no pensar antes de actuar!

—Voy a llamar a su hermana —me informa Kenneth, mostrándome su móvil, aunque yo ya no escucho nada, con respirar tengo bastante.

La puerta de la casa se abre y por ella emerge una pareja muy acaramelada. En cuanto descubro de quién se trata me lanzo contra los arbustos de mi izquierda para no ser descubierta, clavándome las malditas ramas por todo el cuerpo.

—¿Qué haces aquí, tío? —Oigo la inconfundible voz de Irion, que provoca en mí un insoportable sofoco y que se acelere mi corazón de una manera increíble, tanto que me veo obligada a ponerme la mano sobre el pecho y a respirar profundamente para intentar calmarme.

—Estoy buscando a Kim, ¿la has visto?

—Claro, está dentro con Will, pasa.

—Gracias, Irion.

Las risas de la pareja se alejan y es entonces cuando asomo ligeramente la cabeza tras los matorrales para comprobar que se han marchado y descubro la enorme sonrisa de Kenneth frente a mí.

—Desconocía su faceta de canguro —se mofa.

—Y yo la tuya de calzonazos —contraataco.

Me incorporo para poder salir de aquí, ayudada por la mano de mi empleado, a la vez que me limpio las hojas y las ramas pegadas en mi pelo y ropa.

—¿Quién era esa mujer? —Lo siento, pero no aguanto la intriga... ni los celos.

—Supongo que la novia de Irion —dice Kenneth mientras se encoge de

hombros.

Siento cómo un puñal se clava en mi corazón, pero intento evitar que se me note.

—Ése no tiene novias, sólo chicas de compañía.

—Pues será eso entonces.

Llamamos al timbre y abre la puerta la madre adoptiva de mi ahora enemigo. Al verme abre los ojos de manera desmesurada.

—¡Señorita O'Connor! —se apresura a exclamar—. ¿Qué hace usted aquí?

Mira hacia todas partes, como si estuviese buscando a alguien en la calle. Entonces, me coge por el brazo para meterme dentro y cerrar la puerta corriendo.

—Señora Miller, ¿qué ocurre? —pregunto algo asustada por su reacción.

—No debería estar aquí, ¿a qué ha venido? —pregunta nerviosa, mirando con mala cara a Kenneth, mientras nos corta el paso en medio del pasillo.

—Hemos venido a buscar a mi hermana —la informo, algo mosqueada por el evidente secretismo entre ellos.

—¡Will, bajad! —grita ella.

—¿No nos vas a ofrecer algo de beber, Anne? —sugiere Kenneth.

—¡Ya está bien! —profiero irritada—. Exijo saber qué diablos está sucediendo aquí.

Ambos se miran y ella suspira, volviendo sobre sus pasos para dirigirse con ánimo abatido hacia el interior de la casa, y nosotros la seguimos. Cuando entro en la estancia que se supone que es el salón, descubro que no hay nada en él, ni siquiera el viejo sofá que tenían en la otra vivienda, por lo que imagino que no les habrá dado tiempo de hacer la mudanza, o no les habrán permitido traer nada. Pero ¿por qué motivo?, ¿habrán huido?

—Esta caja nos sirve de mesa —me cuenta Anne, sacando de un rincón un cajón de madera que no había visto antes—, pero no tenemos sillas.

La mujer está tan avergonzada que no dudo ni por un segundo en sentarme

en el suelo, con las piernas cruzadas en plan indio, lo que provoca que ella sonría y haga lo mismo. Me sorprende ver a una mujer de su edad con tanta flexibilidad.

—Lo único que puedo ofrecerle es agua, señorita...

—Ya le dije la última vez que me llamase Zoe, por favor —la interrumpo—; y no me apetece tomar nada, gracias.

Ella sonrío aliviada.

—Anne, voy arriba a buscar a Kim —la informa Kenneth con demasiada familiaridad.

—Cuidado —le advierte ella.

—Tranquila, ya lo he visto todo —asume el gigante, abatido al suponer lo que estará ocurriendo sobre este techo.

Es curioso cómo la vida de los demás transcurre mientras tú estás sumida en la tuya propia, sin darte cuenta de que las otras relaciones avanzan ni por qué.

—¿Cuál es el motivo por el que se han mudado a esta casa? —quiero saber.

—Zoe, no creo que deba contártelo, Irion no me lo perdonaría.

El hecho de que me tutee logra tranquilizarme algo.

—Señora Miller, no sé qué cosas terribles le habrá contado su hijo sobre mí, pero sólo quiero decirle que yo..., bueno, que...

—Zoe —me interrumpe, cogiéndome ambas manos entre las suyas con suma ternura—, Irion ha sufrido mucho.

Ella saca de uno de los bolsillos de su viejo vestido una foto antigua; en ella se ve a un niño rubio de unos tres años, con unos increíbles ojos azules, sonriendo.

—Algo he oído —murmuro, a la vez que examino la foto con suma atención, acariciándola con los dedos, como si con este gesto le llegasen a él mis caricias, sin poder evitar que se me escape una sonrisa al comprobar lo guapo que ya era desde pequeño.

—No. Estoy segura de que no tienes idea. Él jamás se lo ha contado a nadie, incluso hay cosas que él ni siquiera sabe y, sin embargo, han quedado grabadas a fuego en su subconsciente, forjando su destino de una manera tan fuerte que sería imposible de imaginar.

—¿A qué se refiere? —indago.

—Irion ya nació sufriendo, pues su informe médico describe detalladamente que tuvo el cordón umbilical enrollado alrededor del cuello durante varias horas, porque a su madre no le apeteció acudir al hospital, precisamente con la esperanza de que el bebé naciese muerto; pero luchó, aferrándose con todas sus fuerzas a la vida. El bebé permaneció varios días en coma, ingresado, hasta que despertó. Su madre biológica nunca lo quiso, pero se encargó de hacer creer a las autoridades todo lo contrario: que iba a hacerse cargo de él como una buena madre. Poco más sé sobre ellos, salvo que tenía una hermana a la que sus padres prostituían, que murió en uno de esos encuentros con un adulto, y que a él su padre le regalaba palizas de muerte cada cumpleaños. Sus padres eran dos drogadictos malnacidos que nunca deberían haber tenido hijos.

—¡Oh, Dios mío! —Me tapo la boca con ambas manos y siento cómo las lágrimas brotan de mis ojos sin poder evitarlo—. No es eso lo que él me contó sobre su madre, él siempre habla de ella con cariño —balbuceo entre sollozos—. Me dijo que fue su padre quien mató a su madre y a su hermana.

—Él era muy pequeño, cuando vino a mi casa tenía tan sólo ocho años recién cumplidos. Recuerda a su madre como alguien que lo protegía porque nadie lo hizo nunca, por eso supongo que hasta el más mínimo gesto de cariño que recibiese de ella lo aceptaba como el tesoro más preciado. Yo nunca le conté la verdad, porque no serviría de nada, sólo para hacerlo sufrir. En cuanto a que él las mató, sí, tiene razón, las descuartizó, y todo aquello sucedió en su casa, delante de aquel pobre niño.

Yo no puedo más que llorar, llorar desconsolada por aquella criatura inocente y por todas las atrocidades de las que tuvo que ser testigo. Ni

siquiera soy capaz de aceptarlo yo, una mujer adulta, menos aún un niño de ocho años. Hay gente que no merecería nacer, y sólo espero que estén ardiendo en el infierno. Anne me consuela y llora junto a mí durante un buen rato.

—Creo que hiciste bien, Anne —afirmo tuteándola también, mientras seco mis lágrimas con un papel de cocina que me pasa—. Él ha culpado a su padre de todo y así, al menos, conserva la imagen de una madre que lo amó. Tuvo que ser muy difícil lidiar con él cuando llegó a tu casa.

—En efecto. Fue un principio muy duro para él y para mí; en realidad, lo fue para todos, porque sus tres hermanos ya estaban conmigo cuando él llegó. Irion fue el último en sumarse a la familia, aunque con sus hermanos no tardó demasiado en congeniar; era con los adultos con los que tenía problemas, les tenía pavor. Todavía recuerdo cuando llegó a casa: no hablaba con nadie, estaba metido debajo de la cama todo el día, siempre escondido en su oscuridad. Cada vez que me acercaba a llevarle agua o comida, tiritaba de miedo, era una criatura asustadiza y esquiva.

Las lágrimas no dejan de resbalar por mis mejillas, me imagino a aquel chiquillo asustado y quiero abrazarlo con todas mis fuerzas para no soltarlo nunca.

—Debió de ser muy duro para todos —comento, inmersa en la historia.

—Fueron seis meses durísimos —recuerda apenada—. Yo me levantaba cada día rezando a Dios porque ese niño respondiera a los estímulos y me acostaba llorando por no haber sido capaz de sacarlo del infierno en que estaba sumido.

—¿Y cómo sucedió?

Sus ojos brillan al recordarlo.

—Pues un buen día, simplemente, salió a jugar con Will al jardín, sin que nadie le dijese nada. Bien es cierto que mis otros tres hijos se sentaban a menudo alrededor de su cama para jugar cerca de él, para intentar que saliese de allí, y poco a poco fueron dejando juguetes debajo de la cama, contándole

cosas del cole... En definitiva: haciéndole partícipe, de alguna manera, de sus vidas. Es increíble la conexión que pueden llegar a ejercer los niños entre ellos; son inocentes, puros y no tienen maldad, por eso Irion confió en sus hermanos antes que en nadie.

Una sonrisa asoma a mis labios, es como si estuviese yo allí también.

—¿Y cómo te sentiste? Tuvo que ser maravilloso.

—Así fue. Verlo jugar con sus hermanos en aquel jardín para mí fue la mayor alegría que me ha concedido la vida. A partir de aquel día, Irion resucitó y yo junto a él. Todavía hoy, cuando lo pienso, estoy segura de que nos estudiaba debajo de aquella cama. Él tiene una inteligencia superior a la media y no salió de su escondite hasta que supo de qué pie cojeábamos cada uno, nuestros puntos débiles, por si fuese necesario, y eso lo supe con los años. Se construyó su propia fortaleza interior en todo ese tiempo, para saber cómo atacarnos si nosotros se lo hacíamos a él. Dicen que los lobos actúan así, no se fían de nadie hasta que comprueban sus puntos débiles.

—Qué curioso —balbuceo.

—Y también duro, muy duro —se enjuga con el bajo de la camiseta las lágrimas—, pero es de las pocas cosas en mi vida que han merecido la pena, devolver a ese niño su alegría.

—Pues debes de sentirte muy orgullosa. —Yo me seco las lágrimas con los dedos, pues el papel ya está empapado.

—Nunca lo sentí feliz de verdad, esas tinieblas que oscurecían su corazón jamás desaparecieron del todo. Hasta hace poco. Tú también juegas un papel muy importante en toda esta historia, Zoe.

—¡¿Yo?!

¿Lo dice en serio? ¡Debe de estar bromeando!

—Hasta hace un mes, yo estaba eufórica porque nunca antes había visto a mi hijo feliz. Siempre tuvo un lado que le impedía expresar sus sentimientos, algo que lo paralizaba emocionalmente, en sus treinta y cinco años nunca llegó a abrirse del todo con nadie. Pero tú apareciste en su vida y, de repente,

todo cambió; parecía otro hombre, no se le borraba la sonrisa de la cara en todo el día, ¡incluso gastaba bromas! Era algo que no había hecho nunca, y nos contagió a todos. Irion era un hombre deslumbrante y un torrente de alegría.

—¿Eso es cierto? —pregunto sin dar crédito, pero con una gran sonrisa en el rostro.

—Lo juro, jamás bromearía con algo así. Irion se ilusionó contigo. Por primera vez en su vida sentía algo fuerte por alguien; aunque no lo admitiese, se le veía, estaba enamorado.

Hace una pausa para estudiar mi reacción, que ni yo misma sé cuál es, pero a juzgar por su expresión, no es nada negativo.

Continúa:

—Pero ahora todo ha terminado y él ha vuelto a aislarse en su mundo interior, alejándonos de él a todos. Y esta vez me da mucho más miedo que cuando era niño, porque las heridas de los adultos no cicatrizan tan rápido, permanecen para siempre, y más aún si son del corazón. Además, tiene a su alcance muchas más cosas para infligirse daño que en el pasado. Quiero que sepas que te cuento todo esto, Zoe, para que me expliques qué es lo que os ha ocurrido y así poder ayudarlo. A lo mejor te parece que me estoy metiendo donde no me llaman, incluso a riesgo de que Irion se entere de lo que estoy haciendo y jamás me lo perdone, pero es la única salida que se me ocurre. Estoy desesperada.

Sus ojos llorosos, en efecto, muestran su consternación.

—Anne, yo no sé qué nos pasó, te lo digo de verdad.

—Will me ha revelado que Irion está dolido porque no le contaste quién eras en realidad, cuando él había confiado en ti, siempre te fue sincero. Dice que te reíste de él por ser pobre delante de tus amigas —me explica.

—¡De ninguna manera! ¡Yo nunca haría tal cosa, y menos a él! —Me duele tanto que pueda pensar que soy capaz de hacer algo así... pero... lo hice

—. Lo hice porque quería vengarme de su humillación y no antes, como él defiende.

Sus ojos brillan al verme reaccionar de esta manera.

—Zoe, yo te creo, pero hay algo que no encaja en toda esta historia, por eso quiero que me ayudes —insiste—. No podéis huir a un viaje enamorados y, de pronto, volver llenos de odio.

—Anne, yo sólo sabía una versión de los hechos, y era que hicimos un viaje en el que estuvimos muy bien juntos y el último día nos separamos un instante. Fue entonces cuando mi exprometido vino a buscarme, porque mi familia supuso que alguien me había secuestrado al no dar señales de vida durante tanto tiempo. Pero Irion, en vez de quedarse para explicar el malentendido, se dio a la fuga, dejándome perdida en medio del desierto. Siempre creí que, si no hubiese sido por la llegada de Richard, podría haber muerto.

—Zoe, sabes que Irion moriría antes de abandonarte, ¿verdad?

Asiento sin dudarle y eso hace que, de pronto, descubra que sigo confiando en él, incluso habiendo sucedido todo esto. También está la segunda versión de los hechos, es decir, lo que me dijo Irion en su taller cuando fui a destrozar su coche.

—La otra versión, según tu hijo, es que la policía apareció en el momento justo para arrestarlo y llevárselo del lugar, sin permitir que se explicase, directo a la cárcel, y todo para que Richard pareciese como un gran héroe que me rescataba.

Ambas nos miramos pensativas, y a las dos nos encaja más esa segunda versión.

—¿Quién es Richard? —pregunta.

—Mi exprometido.

Asiente y continúo:

—En el trayecto de vuelta, Richard me preguntó varias veces qué había ocurrido y yo le conté que en ningún momento me habían secuestrado, que

yo hice el viaje de manera voluntaria. Después, mi padre me dijo que Richard fue a liberar a Irion a la cárcel, pero yo no tenía ni idea de que él estaba preso hasta hace poco, lo imaginaba viviendo tan feliz. Imagino que, en aquel encuentro, Richard le contaría quién era yo y, desde entonces, Irion ya no quiso volver a saber nada más de mí. Da igual la versión de los hechos; en cualquier caso, es él quien me dejó a mí.

—Sigo sin entender nada. ¿Estás segura de que no te olvidas de algo? —
Se queda pensativa.

—Irion me...

—Zoe, ¿ese tal Richard se apellida Lewis? —me interrumpe.

—Sí.

—El caballero que ingresó el dinero a mi hijo para comprar esta casa se apellida Lewis; ¿puede ser él?

Nos miramos extrañadas.

—¿Insinúas que ha sido un soborno? —pregunto enojada.

—Mi hijo nunca te vendería, Zoe; si lo conoces lo más mínimo sabrás que es un hombre demasiado legal para hacer tal cosa —responde ofendida.

—Irion me confesó que había renunciado a mí por mi bien, porque no era digno de mí y porque nunca me podría hacer feliz, pero eso es algo que me cuesta creer —confieso.

—¡Claro! ¡Ahora lo entiendo! —vuelve a interrumpirme—. Ese tal Richard lo convenció para que creyese que no era digno de ti y seguro que le prometió que, si se alejaba de ti lo suficiente, le daría el dinero para la casa. Irion lo haría pensando en nosotros y en ti. Su sacrificio sería beneficioso para todos.

—Pues eso se llama «soborno», o sea, que me ha vendido —me quejo.

—No lo veas así, Zoe. Irion ha trabajado toda su vida para que no nos faltase la comida, el calor, ni la ropa a ninguno de nosotros, y para que sus hermanos estudiaran, pues yo no podía trabajar debido a mi minusvalía. — Señala su rodilla—. Por eso vería en ese dinero una oportunidad de oro para

sacarnos de aquel barrio infernal y, a la vez, para alejarse de ti. De esa manera, tú podrías continuar con tu vida junto a ese hombre y ser feliz.

—¡Yo no quiero estar con ese hombre, quiero estar con él!

—Pero eso él no lo sabe. Ten en cuenta que sólo sabe que le has ocultado tu identidad y todas las demás cosas que le haya querido contar el señor Lewis sobre ti.

«Además del espectáculo de las animadoras, el coche derretido y el helicóptero», me recrimino.

De pronto, se oye cómo la puerta de entrada a la casa se cierra con fuerza y las dos nos quedamos petrificadas con los ojos muy abiertos, mirándonos la una a la otra. Los ojos oscuros de Anne se desvían lentamente hacia un punto fijo tras mi espalda y, por su expresión de pánico, sospecho quién está detrás de mí.

Me gustaría saber por qué a los hombres se los castiga por sus debilidades y a nosotras por nuestras fortalezas.

CAROLINE, *The man-hater*

—¿Qué diablos hace ella aquí, madre?! —ruge.

¡¡Esa voz!!!

Esa maldita voz.

Esa bendita voz que tanto he anhelado.

Al escucharla tan cerca, cada vello de mi piel se eriza, provocando que, de repente, la sangre vuelva a correr desbocada por mis venas.

—¿No te habías ido a trabajar? —balbucea Anne sorprendida.

«¿A trabajar a estas horas?», me pregunto.

—¡Eso ahora no importa, responde a mi pregunta! —escupe.

—Zoe sólo ha venido a buscar a su hermana.

—¡Y una mierda! —vocifera furioso.

—Tu madre tiene razón —musito, encarándolo y sufriendo un gran impacto al tenerlo de frente de nuevo.

—¿Pretendes que crea que has venido a buscar a tu hermana? Y ya de paso, mi madre te cuenta toda mi vida. ¿Acaso creéis que soy idiota?!

Está fuera de sí.

«Yo sí que lo creo», me digo.

Observo cómo Anne se queda pálida, con cara de pánico.

—¿Has escuchado nuestra conversación? —pregunta desolada.

—¡Desde el principio! —brama él—. Y te agradezco enormemente que cuentes a una extraña esas cosas antes que a mí. Siempre supe que no eras de fiar, ¡ninguna de las dos lo sois!

Sus ojos están anegados en lágrimas e inyectados en sangre, reflejando el odio que hay en su interior. Me siento tan pequeña ante la inmensidad de su ira que hasta me incita a la sumisión.

—¡Irion, no! —suplica su madre, intentando detenerlo, a la vez que rompe a llorar cuando él rechaza su contacto como un gato esquivo.

Yo me levanto de un salto para tratar de calmarlo de alguna manera, pero tampoco lo consigo, pues clava sus iracundos ojos en mí y suelta:

—Ahora ya tienes más argumentos todavía para poder humillarme, a tus amiguitos les encantará saber que vivo en una casa sin muebles.

El odio que destilan sus hirientes palabras consigue aplastarme como una apisonadora. Me da la espalda y se marcha con pasos ágiles para cerrar la puerta tras de sí con llave y que así no podamos seguirle.

Kenneth, Kim y Will bajan a toda prisa al oír el escándalo. Mi hermana olvida su enfado al verme tan abatida y enseguida se apresura a abrazarme.

—¿Qué ha pasado, Zoe? —pregunta mientras intenta en vano consolarme.

—Irion ha escuchado cómo le contaba su historia a Zoe —le confiesa Anne entre sollozos a Will, que abraza a su madre.

—¡Mierda! —exclama él.

—Kenneth, encárgate de las chicas, yo voy a buscar a ese capullo que tengo por hermano —le ordena Will.

—¿Y desde cuándo eres tú quien decide por mí? —se queja Kenneth.

Ellos dos se dedican una mirada asesina.

—Yo también voy contigo, Will —le increpo, pasando del particular duelo de machos cabríos que han montado ambos.

—Irion no querrá ni verte, Zoe, y ahora menos todavía. Está herido y siempre se cura en soledad —me explica con dulzura—. Será mejor que no vengas.

—Esta vez no será así. Necesito hablar con él, Will, por favor —le pido.

—Lo siento, pero...

—Will —nos interrumpe Kim—. Hazlo por mí.

Él duda por un momento, pero al final me hace un gesto con la cabeza para que lo siga y yo no lo dudo.

Abre la puerta con sus llaves y salimos a la calle.

—No tenemos coche, gracias a que una pirada lo fundió hace unos días, así que tendremos que ir andando y tardaremos bastante —comenta.

—Claro que tenemos coche, ¿no lo ves? —le contradigo, señalando el coche de mi guardaespaldas.

—¿Y ellos?

—Ellos que llamen a un taxi, no soy su madre —añado al ver su expresión de preocupación.

Nos montamos en el imponente Range Rover de Kenneth. Por supuesto, conduzco yo, porque, aunque él haya intentado hacerlo, no sabe conducir un coche automático.

Me va indicando la dirección que debemos seguir hasta llegar a un viejo caserón, aparentemente abandonado.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—Aquí nació Irion —me informa.

Observo a través de la ventanilla que nos encontramos frente a la puerta de una señorial casa de dos plantas. A primera vista, juraría que se trata de una edificación victoriana; no parece ser nada pobre, más bien todo lo contrario, cosa que llama mi atención. Siempre había dado por sentado que la familia de Irion sería de clase baja, y me sorprende a mí misma descubriéndome otro prejuicio más.

—Will, quiero ir sola —le pido.

—Zoe, será mejor que te acompañe, cuando está así...

—Voy a ir sola —lo interrumpo—. Si necesito tu ayuda te lo haré saber, ¿de acuerdo?

Él duda por un momento si hacerme caso o no.

—Will, amo a ese hombre y voy a demostrárselo. Por favor, déjame ir sola.

Asiente, intentando ahogar una sonrisa.

—No te pases demasiado con él —me advierte—, tienes el don de cabrearlo.

Salgo del coche, tanteando el terreno, y compruebo que la puerta de la casa no está cerrada del todo, así que la empujo y entro sin hacer ruido.

Todo se encuentra a oscuras y vacío, pues no hay muebles, ni cuadros, ni nada. Me percató, al ir avanzando por las distintas estancias, de que incluso algunos de los cristales de las ventanas están rotos. El suelo se adivina de mármol blanco, aunque está sucio y sobre él hay varias hojas secas, por lo que supongo que hace años que nadie viene por aquí.

Oigo un ruido en la planta de arriba, así que, sin dudarlo, me dirijo hacia la gran escalera para subir. La madera de ésta cruje al pisarla, por lo que me detengo en seco; si descubre que me estoy acercando, huirá, así que me descalzo para hacer menos ruido. Ahora mismo es como un animal asustado: debo sorprenderlo y conseguir que no tenga miedo de mí, es decir, algo imposible.

Una vez que estoy en la primera planta, me detengo para poder oír tras qué puerta, de las seis que tengo delante de mí, se encuentra Irion. Pego la oreja a cada una de ellas, pero no oigo nada, hasta que llego a la última.

Resoplo.

Estoy demasiado nerviosa.

Inspiro.

Sigo estando frenética.

Cierro los ojos.

Me tiemblan las piernas.

Espiro.

Debo hacerlo, pero no puedo.

«¡Sí que puedo, venga, lucha por lo que quieres por una maldita vez en tu vida!», me ordeno furiosa.

Agarro el pomo con fuerza para abrir la puerta que me separa de Irion.

En cuanto oye el sonido de la puerta al abrirse, se pone en pie de un salto, con los puños en alto delante de su rostro para defenderse si fuese necesario; supongo que estaría sentado en el colchón que hay tendido sobre el suelo. Me resulta curioso ver cómo alguien puede ser capaz de reaccionar tan rápido, pues de haber sido yo, lo único que hubiese hecho sería gritar como una desquiciada; por eso imagino que ya está más que acostumbrado a este tipo de situaciones.

En cuanto ha descubierto que soy yo, no sé si se ha relajado o se ha enfadado aún más.

Ambos permanecemos quietos, en silencio, mirándonos el uno al otro en la penumbra, pues la única luz que ilumina la estancia es la de la luna, que entra temerosa por el gran ventanal que tengo a mi izquierda.

Se puede cortar la tensión que se ha creado en el ambiente.

—Ya veo que también mis hermanos me traicionan —se queja furioso, mientras vuelve a sentarse en el colchón, apoyando la espalda en la pared que tengo frente a mí.

Se rodea las rodillas con los brazos y fija la mirada en mí.

—Nadie te ha traicionado, Irion —susurro.

—Ah, ¿no? Entonces ¿por qué Anne te cuenta cosas de mi vida que ni yo mismo sabía? ¿Para que puedas hacerme más daño y terminar de destrozarme? ¿Por qué te ha traído hasta aquí la única persona del mundo que conoce este maldito lugar? ¿Por qué permitiste que me encerrasen en prisión, siendo inocente, y no viniste tú misma a sacarme de allí? ¿Y por qué te cargaste mi coche, el único puto recuerdo que tenía de mi madre? —sus palabras denotan tanta rabia que se clavan como puñales directamente en mi corazón.

Quiero contestar a lo que nos concierne a nosotros dos, pero creo que será

mejor allanar el terreno antes.

—Will no quería traerme, pero Kim lo ha chantajeado —le cuento.

—¿Y eso es menos traición? Ha preferido las faldas de una mujer a proteger a su propio hermano. Aunque ya me da igual, no me importa nada.

—¿Puedo sentarme? —Señalo su lado.

—¡Puedes largarte! —ruge colérico.

—¡Irion, necesito hablar contigo, deja de huir de una maldita vez, sólo pretendo ayudarte!

—¿Ayudarme? ¡No necesito tu puta ayuda! ¡Lo único que has hecho desde que me conoces es joderme la vida! —vocifera a la vez que se levanta de nuevo, aunque se contiene para no acercarse más a mí.

—Y lo asumo, pero tú también me has jodido la mía. Ninguno de los dos es inocente.

—¿Yo? ¡Debes de estar bromeando! —ironiza.

—Nunca viniste a buscarme para contarme la verdad sobre lo ocurrido. Creía que me habías abandonado en el desierto, ¿cómo iba a imaginar que te habían detenido? ¡Yo no sabía que estabas en la cárcel! —le explico.

—¡¿Abandonarte?! —Niega con la cabeza, sin dar crédito—. Desde que me conociste tuviste prejuicios contra mí y no tardé en saber por qué: eras una de esas niñas ricas y caprichosas, y te entretenías tonteando con un patético vagabundo; de no ser así, jamás hubieses creído semejante historia sobre mí —me recrimina.

Voy a obviar lo de *niña rica* porque no quiero enfadarme, he venido a arreglar las cosas.

—¿Y por qué no iba a creerla? Tú mismo me contaste que habías dejado tiradas a varias mujeres y propusiste que al volver del viaje debíamos seguir cada uno con su vida. No sabía qué pensar —me defiende.

—¡Eso era mentira! ¿Cómo pudiste creer que hablaba en serio, si estaba loco por ti? ¡Preferiría que me arrancasen la piel a tiras antes que abandonarte! ¡Y si no has sido capaz en todo este tiempo de ver que mataría

por estar contigo, es que estás ciega, maldita seas! —vocifera colérico, merodeando arriba y abajo por la habitación como un gran tigre.

No sé qué más decir, me duele que hable en pasado de mí. Continúa:

—Yo nunca te mentí, te ofrecí lo poco que tenía —me recrimina, bajando el tono de voz y clavando sus cerúleos ojos en mí—. Tú fuiste la que me mintió desde el principio, ocultando tu verdadera identidad porque te avergonzabas de lo que era, o para reírte de mí, ¡o vete tú a saber por qué! Todavía no encuentro el motivo —me reprocha dolido.

—Nunca me reiría de lo que eres, Irion, porque te admiro, te respeto y sigo estando enamorada de ti.

Ambos nos miramos durante un breve instante; yo recelosa, pues no me creo que haya sido capaz de soltar semejante.

—Bonita forma de enamorarse —espeto.

—Te oculté mi identidad porque tenía miedo de que me rechazaras: tú también tienes prejuicios contra mi mundo, incluso muchos más que yo por el tuyo, aunque lo niegues; y porque, por primera vez en mi maldita vida, alguien me trataba como si fuese una persona normal y no como a un estúpido trofeo —le confieso, con los ojos encharcados de lágrimas.

—¡Pues permite que te aclare que eso es todo cuanto eres, señorita O'Connor, un estúpido trofeo! Porque sólo reluce tu exterior. Me has demostrado que estás podrida por dentro y por eso nunca serás capaz de sentir nada por nadie, ¡eres demasiado egoísta para eso! —ruge a modo de estocada final.

Aprieto los labios para contener lo que quiero soltarle y mis ojos lanzan llamaradas de ira a los suyos, al tiempo que lo miro de frente. Si las miradas matasen, este ser mezquino y ruin estaría convertido en cenizas sobre el suelo.

—¡Eres un cabrón, maldito hijo de la gran... —No logro contenerlo, ni continuar, porque las lágrimas y el nudo que se ha formado en mi garganta me lo impiden.

Así pues, envalentonada por la rabia, salgo de la habitación de forma precipitada, sin pensar en las consecuencias, sin importarme cómo me sentiré mañana. Sólo quiero estar sola para poder llorar a gusto, pero, sobre todo, para alejarme de este gilipollas y no volver a verlo nunca más. Puede que le haya hecho daño, pero no fue a propósito, yo no sabía la verdad y él me ha atacado donde más me duele, a conciencia.

Bajo la escalera a toda prisa, con el dolor y la pena reflejados en mi alma. No me doy cuenta de que Irion me ha seguido como un tigre a su presa hasta que, cuando estoy descendiendo por el último peldaño, tira de mi muñeca con fuerza hacia atrás para girarme y conseguir que choque contra su pecho.

El fuerte impacto que sufro al mirar esos ojos de depredador me nubla la razón, pues algo se ha despertado de nuevo en él y parece que estén llenos de determinación por conseguirlo; ya no es el ser apático que estaba en esa habitación.

Descubro una sonrisa contenida en sus labios. Sostiene mi barbilla en alto con una de las manos para que lo mire. Intento zafarme de su abrazo con fuerza, pero él me retiene. Le gusta lo que ve, porque deja escapar una exhalación y se muerde el labio inferior antes de comenzar a hablar, esta vez con una voz mucho más áspera que antes.

—Y después de una bronca así, ¿cómo decirte que no me he enamorado nunca de nadie? Aunque eso es demasiado tiempo para un hombre como yo, ¿no crees?

—¡Suéltame! —Intento marcharme de nuevo. Lo último que me apetece ahora mismo es estar tan cerca del cuerpo que enciende cada rincón del mío, incluso tratando que no sea así.

—Te preguntarás por qué no me he enamorado si podría tener a quien deseara, incluso a alguien de tu clase social, como has podido comprobar. Pero no ha sido así, nadie ha conseguido llegar a mí, no he deseado nunca a ninguna mujer —confiesa.

—¿Me echas en cara que te humillo y ahora lo haces tú? ¡Eres un

bastardo! —le increpo con toda mi ira, sin poder dejar de llorar de rabia.

Me está haciendo tanto daño... Creía que se había enamorado de mí, ¡qué tonta he sido!

—Chiss, ojazos. —Sonríe con sutileza—. No era mi intención humillarte.

Me acaricia el rostro con uno de sus largos dedos de una manera muy sutil, casi sin rozarme, como si se tratase del ligero aleteo de una mariposa, aunque en vez de calmarme, consigue, muy a mi pesar, que todo mi cuerpo reaccione incendiándose por su roce. Mis pezones se endurecen y mi vello se eriza cuando un fuerte escalofrío recorre toda mi piel. Me estremezco ante su tacto y él es consciente de ello, por eso me dejo caer, abatida, de rodillas al suelo. No puedo más, me rindo.

Él se apresura a arrodillarse junto a mí para sujetarme entre sus brazos.

—Eh, mírame, ojazos —me ordena con ternura—. ¿Estás bien?

Irion tiene la vista fija en mis ojos, ahora está preocupado.

—¿Acaso te importa? —Lo golpeo en el pecho con fuerza para alejarlo de mí, pero ni se inmuta.

—¡Por supuesto que me importa! ¿Es que no has entendido nada de lo que te he dicho?

—Lo he entendido todo a la perfección, que nunca te has enamorado y todas te hemos importado una mierda, no hace falta que me lo repitas más veces. Y ahora te pediría, por favor, ¡que me dejases en paz de una puta vez! —Hago un intento de liberarme otra vez, pero no hay manera.

Irion enreda entonces los dedos en mi pelo y los cierra en torno a un mechón para tirar un poco de él hacia atrás y así inclinar mi cabeza para tenerme frente a él. De esta manera, puede mirarme fijamente con sus ojos hambrientos a escasos milímetros de mí.

—Cuando te ríes no puedes evitar cerrar los ojos, porque lo haces desde lo más profundo de tu ser, y a mí me da la vida ser testigo de un hecho tan maravilloso. Tus hoyuelos me fascinan y esa naricilla respingona me recuerda a la de Campanilla. No bebes alcohol, ni fumas, aunque hay veces

que haces alguna excepción y te suele sentar bastante mal. Eres bondadosa y desprendida porque te gusta ayudar a los demás en cuanto tienes la menor oportunidad. Eres una romántica empedernida y crees en los finales felices, aunque te empeñes en negarlo. Sé que cuando te pones nerviosa, o te estresas, necesitas salir al aire libre, porque de esa manera te sientes en armonía con la naturaleza y te tranquilizas. Pareces una jodida ninfa cuando caminas y una temible pantera cuando te enojas. Te gusta la música rock, como a mí, porque en el fondo eres una rebelde incomprendida. Aunque lo hayas tenido todo desde la niñez, hay una parte de ti que clama libertad y cariño. Tienes una pequeña obsesión con tu trasero, porque consideras que es demasiado grande, lo noto cuando estás sobre mí e intentas ocultarlo de mi vista; pero déjame confesarte, nena, que es una de las partes de tu cuerpo que me hacen perder la razón, aparte de tus ojos, que son de un azul tan intenso que ni siquiera me atrevería a apostar que son de este mundo. Te vuelve loca que te susurre cosas al oído y te excita que te acaricie el pelo, como ahora..., y a mí me vuelve loco tu sola existencia. No puedo ni respirar si no estás a mi lado. Me niego a renunciar a ti y quiero que sepas que no tengo nada material que ofrecerte, pero que te entrego todo cuanto soy. Y si eso no es estar enamorado, que venga Dios y lo vea.

—Irion. —Intento vocalizar algo, pero no puedo.

Con cada palabra que ha pronunciado ha ido despertando en mí un amor que jamás creí que pudiese llegar a sentir, pero que estaba ahí, escondido, aguardando a poder salir a la luz. Ese amor de cuento, ese amor incondicional que llaman «verdadero», ese amor que acabo de descubrir que yo siento por él, como él por mí. Y, de pronto, noto que floto.

Hace algún tiempo escuché que para pasar del amor al odio y del odio al amor sólo hacía falta un paso, aunque nunca lo creí, pero acabo de sentir en mis propias carnes que es posible.

—No he sabido lo que es el miedo hasta el otro día en el taller, cuando me miraste y comprendí que te había perdido para siempre; jamás me había

sentido tan angustiada. —Sollozo.

Cuando nos miramos a los ojos, no esperaba ver lágrimas en ellos y, sin embargo, las hay.

—Zoe, nunca podrás perderme porque soy tuyo. Cuando estoy a tu lado es como si nada más existiera en el mundo —asegura con firmeza, mientras todavía lo miro sin poder creérmelo—, solo nosotros dos. Me encantaría llevarte lejos de todo esto para protegerte, y a pesar de eso haré lo que tú me pidas, incluso faltándome las fuerzas para ello. Si piensas que es mejor para ti mantenerme alejado, lo haré, aunque muera en vida, porque yo sólo quiero tu felicidad.

De pronto, soy consciente de que este hombre me ama tanto que hasta me dejaría ir si yo se lo pidiese, cosa que hizo cuando Richard lo convenció de que sería lo mejor para mí, y es lo que ha estado intentando hacer desde que nos conocemos. Él no es capaz de separarse de mí y por eso ha tratado todo este tiempo que fuese yo la que se alejase de él, ahora lo veo claro como el agua cristalina. Y es ahora cuando descubro que no hay amor más grande que el sacrificio propio por el bien de la persona que amas.

—Irion, no quiero que me dejes.

Me abraza con tanta fuerza que casi me deja sin respiración, pero me reconforta, porque me moría por sentir su calor.

—Ardo cada vez que me miras, Zoe, nunca me había sentido así, como un puto adolescente que no es capaz de controlar sus impulsos.

—Irion, si no me besas de una maldita vez me va a dar algo.

Él sonríe complacido. Coge mi mentón con una de sus manos y me besa largamente, lleno de dicha. Ríe y llora al mismo tiempo, voy a perder el poco juicio que me queda. La conmoción nos envuelve entre besos y caricias saladas.

—Te amo, te amo, te amo, te a... —exclama exultante pegado a mi boca, haciéndome soltar una risa llena de satisfacción.

Creo que éste es el momento más feliz de toda mi vida.

De nuevo, apresa mis labios, nunca parece tener suficiente. Cuando me suelta, pega su frente a la mía.

—Joder, me moría por besarte —murmura sobre mis labios—. No pienso en otra cosa desde que te conozco y es una gran putada.

Suelto una carcajada. Es divertido verlo debatirse consigo mismo.

—Si te sirve de consuelo, a mí me ocurre lo mismo.

—¡Menos mal! Comenzaba a pensar que estaba mal de la cabeza. —
Sonríe aliviado.

—¡Pues ya somos dos!

—Bueno, lo tuyo era evidente —bromea, y le doy un golpe en el brazo.

—Irion, voy a dejar mi pasado atrás por ti, así que me debes un futuro. Es decir, nada de mentiras —le propongo.

—Dejaría toda mi vida atrás por ti, ojazos. Eres la única mujer que he deseado de verdad y la única que no se ha entregado a mí con sólo mirarla, me lo has puesto muy difícil y eso me ha vuelto loco. Pero el hecho de saber que había otro tío rondándote me frustraba y me ponzoñaba el corazón de celos. Tus mentiras no las soportaba, pero, en realidad, eran los celos de imaginarte con él los que me consumían a todas horas del jodido día.

Yo no puedo evitar soltar una risotada al ver una expresión de ira e inseguridad mezclada en su rostro. Lo cojo entre mis manos para mirarlo fijamente.

—Irion, Richard nunca podrá competir contigo —le aseguro.

—Él lo tiene todo.

—¡Él no tiene nada más que un montón de dinero! —lo interrumpo, cansada de sus miedos. Si supiera el influjo que ejerce sobre mí, no volvería a dudar nunca más—. Y, además, yo tengo mucho más que él.

Sonreímos.

—Zoe, me da miedo que ahora te parezca atractivo el hecho de estar con un hombre pobre, es algo diferente a lo que conoces, pero a la larga te podrías dar cuenta de que te equivocaste —confiesa.

—¿Y por qué yo no he de tener miedo porque otra mujer te seduzca? He visto cómo te miran, no soy ciega.

—Yo no podría mirar a ninguna otra, me tienes en tus manos, ojazos.

—Pues no tenemos más remedio que fiarnos uno del otro, ¿no crees? — sugiero.

—Trato hecho —afirma rotundo.

Mucho me temo que esta batalla la pierde la entereza y la gana el deseo.

Me agarra por la cintura para ponerse en pie conmigo cargada en sus brazos y sube la escalera de manera apresurada. No dejamos de besarnos, es como si fuese la única forma de apagar una sed que nos sofoca a los dos.

Abre la puerta de una fuerte patada y entramos en la habitación donde estábamos antes. Me tira, literalmente sobre el colchón, haciendo que rebote y se extienda mi melena por todos lados. Él se lanza junto a mí, divertido al rebotar también, es peor que un niño. Me desnuda, arrancándome todo sin ninguna delicadeza para lanzarlo por los aires. Tira de mis muñecas y así me obliga a ponerme de rodillas sobre él, a horcajadas encima de su gran erección, que siento a través de sus vaqueros. Contempla mi desnudez como si fuese una auténtica obra maestra.

—No te imaginas hasta qué punto me gustas —ronronea, humedeciéndose los labios poco a poco con la lengua.

—Pues demuéstramelo —le reto.

Hunde la mano bajo mi cabello y agarra mi nuca tirando de ella hacia sí. Nuestros labios se buscan con desesperación, sintiendo la gran voracidad de su lengua al entrar en contacto con la mía. Me besa de manera salvaje y desesperada, intentando recuperar los besos que no me ha dado en todo este tiempo, o incluso en toda su vida. Yo no puedo evitar sumirme en el más absoluto de los delirios. Despierta con su voracidad todo cuanto soy, arrastrándome junto a él a un mundo paralelo a éste, un mundo donde no existe la vergüenza ni el decoro, porque el fuego que nos invade los ha arrasado a su paso.

Abre la boca sobre mi garganta para sellarla con la lengua y los labios, succionando con fuerza. Devora mi cuello con impaciencia y a mí se me escapa un gemido al sentir su ímpetu descender hasta mis pechos.

No tiene ni pizca de piedad al mamar, absorber y morder uno de mis pezones, ansioso, mientras yo siento morir. Me agarra por las nalgas con fuerza para presionarme y apretarme contra su miembro sin dejar de succionar mis pechos.

—¡Oh, joder! —exclamo al sentir cómo los músculos detrás de mi ombligo comienzan a contraerse. Su experimentada lengua sobre mis pobres pezones me está volviendo loca.

Parece que él percibe que mi orgasmo se aproxima y entonces cambia la posición, tumbándose sobre mí para aprisionarme entre sus antebrazos, rozando a propósito su erección contra mi entrepierna con la cremallera que la cubre, y sólo así me doy cuenta de que él todavía permanece vestido.

—¿No vas a desnudarte? —pregunto jadeante.

—¿Quieres que lo haga? —gruñe excitado sin dejar de mirarme a los ojos.

—Creo que sería lo mejor en este caso, aunque a mí me falta muy poco para llegar, eres tú el que se va a quedar a medias —gimoteo, intentando retener lo inevitable.

—Podrías conseguir que me corriese con sólo mirarme.

Coge mi clítoris entre el índice y el pulgar para pellizcarlo ligeramente y entonces exploto de repente, sin ser consciente ni siquiera de que el clímax estaba tan próximo, y consigue que todo mi cuerpo convulsione bajo el suyo mientras me contempla obnubilado.

Cuando he recuperado el aliento y he dejado de gemir, me mira con esa vanidad que le caracteriza y con una leve sonrisa en los labios.

—Saber alargar el placer es una técnica que requiere trabajarse a conciencia. Cuanto más tiempo lo retengas, será mucho mejor y más intenso al dejarlo estallar —susurra con un tono embaucador.

—Acabas de despertar a la fiera —ronroneo juguetona, relamiéndome al

tiempo que me sitúo sobre él a cuatro patas—; a ver si eres capaz de retener esto.

Saco su camiseta con apremio por encima de su cabeza. Desabrocho sus pantalones y tiro de ellos hacia abajo. No lleva calzoncillos y me sorprende este hecho, pero paso de comentar nada.

Su miembro duro, hinchado y caliente emerge como una jabalina, apuntando hacia mí con violencia.

«¡Santísima Virgen de mi vida, cargar con semejante aparato debería estar prohibido por la OMS!» No me acabo de acostumbrar a su tamaño, es algo descomunal. Aunque intento aparentar que no me impresiona, tampoco hay que alimentar demasiado su ego, que ya es de por sí bastante ancho.

Paso la mano por su marmóreo pecho, bajando hasta sus esculturales abdominales, y contemplo sus estrellas mientras me observa impaciente. Pienso en lo diferentes que somos: yo tan blanca y él tan moreno, yo tan delicada y él tan vigoroso. Hablando de músculos, contemplo embobada sus bíceps, que incluso estando en reposo se antojan poderosos y definidos. Es un puto Adonis y lo tengo a mi merced, suspirando por mis atenciones.

Sin más dilación, decido besar la punta de su falo. El contacto con mi ávida lengua provoca que Irion apriete los ojos con fuerza y ponga todo su cuerpo en tensión.

Primero lo succiono despacio, dejando que suplique por más y después abro la boca y lo mamo con ganas, castigándolo con mi lengua al llegar al final. No puede evitar soltar mil maldiciones por la boca, lo que me alienta aún más a seguir la tortura.

Agarra mi cabello con todas sus fuerzas a la vez que mueve por instinto su estrecha cadera hacia adelante, para penetrarme la boca de una manera más profunda, aunque intenta por todos los medios no dejarse llevar demasiado para no hacerme daño; lo sé porque tiembla, poseído por la pasión.

—Mírame —ordena con una voz grave.

Levanto la vista y me encuentro con unos ojos azules oscuros que brillan

lujuriosos, lo que provoca que se incendie en mí hasta el último resquicio de sensatez que me quedaba. Me olvido hasta de respirar. Me arde el vientre por el deseo, porque lo necesito dentro de mí. Si él es capaz de retener las cosas, yo no.

Me incorporo con un movimiento rápido e intento insertarme en su pene, pero él me lo impide, sujetándome por las caderas con precisión.

—¿Qué pasa? —pregunto agónica.

Siento que si no lo tengo dentro de mí moriré, es algo que nunca antes me había pasado y que no me gusta nada, pues me hace ser dependiente.

Irion mueve mi cadera de tal forma que consigue colocarse con su erección suave y palpitante entre mis piernas, pero sin llegar a penetrarme. Se roza a la perfección contra mi vagina al moverme a su antojo con las manos, estimulando mis labios y mi clítoris con gran precisión. La cabeza de su enorme polla asoma por encima de mis muslos y me roza por todas partes, torturándome.

Toda la sangre se me está concentrando en el mismo punto, lo noto palpitar y presiento que voy a implosionar en cualquier momento, no aguanto más.

—¿Qué pasa, ojazos? ¿Te gusta esto? —Levanta las caderas y se frota con insistencia contra mi sexo ardiente, consiguiendo que suelte un alarido agónico—. Siento decirte que no creo que merezcas tenerme.

Si me hubiese tirado un cubo de agua fría, no me habría dolido tanto. ¿Me iba a dejar así? ¿En serio esta había sido su venganza? Sin duda era mil veces más cruel que la mía, que a su lado se quedaba en un patético grado infantil.

—¡Como me dejes así te arranco los huevos! —lo amenazo muy seriamente.

Él se tapa la cara con una mano a la vez que suelta una sonora carcajada. Entonces coge mi pelo e inclina su rostro hacia mí para pegar su frente a la mía.

—¡Zoe, maldita seas! Me vuelves tan loco que ni siquiera soy capaz de

luchar contra mí mismo —gruñe, al tiempo que yo siento nacer de nuevo la felicidad en mi interior.

Niega con la cabeza y atrae mis labios hacia los suyos, dándome un beso tan profundo que casi me deja sin respiración; y mientras lo hace, se coloca de nuevo entre mis piernas, ubicándose en mi entrada para por fin penetrarme, poco a poco, disfrutando de cada gemido y absorbiendo cada suspiro que se me escapa de manera involuntaria.

—Te juro que nunca había sentido nada igual —jadea sudoroso, sin apartar su mirada de la mía en ningún momento.

Yo gimo, deseosa de alcanzar el orgasmo que tanto me está costando conseguir. Me duelen los pechos de tanta excitación, necesito más. Tiro de sus brazos para situarme debajo y ponerlo a él encima. Él sonríe complacido.

—¿Te gusta duro?

—Sí, joder.

Y entonces me complace sin dudar, arremetiendo contra mí con fuerza y penetrándome hasta el fondo, sin dejar de abrazarme ni de besarme. No necesito mucho más porque enseguida siento la fuerza con la que el orgasmo arrasa con todos mis sentidos, tanto es así que arqueo la espalda gritando a la vez que arañeo la espalda de Irion, deseando que esto se prolongue eternamente.

Él tiene reflejada en el rostro una ruda expresión de éxtasis al ver cómo me corro bajo su cuerpo, y este gesto termina de volverme loca. Por fin se deja ir sin poder remediarlo. No ha podido contenerlo más, pero, a juzgar por su expresión, ha merecido la pena, pues parece estar poseído por la lujuria extrema. Me fascina verlo así.

—¿Qué cojones has hecho conmigo, ojazos? —musita, una vez que nos quedamos medio dormidos.

Todo es tan bonito que cago gominolas de color rosa.

CAROLINE, *The man-hater*

Queda poco tiempo para que amanezca. Yo estoy recostada sobre mi lado derecho y él está tendido a mi espalda, mimándome. Ambos desnudos y saciados después de horas de sexo descontrolado.

—Irion, me gustaría pedirte perdón por haberme cargado tu coche, te prometo que no tenía ni idea de que significaba tanto para ti —admito, mientras acaricia mi cabello con ternura bajo la luz de la luna.

—Y de haberlo sabido, ¿no lo hubieses hecho?

Mi cara de «ups» me delata, pues con el cabreo que tenía, me habría cargado todo lo que se me hubiese puesto por delante.

—Creo que sí lo habría hecho —admito, apretando los dientes, a lo que él suelta una carcajada—. Pero, aun así, me arrepiento.

—Eres una boquifloja, capaz de escupir serpientes venenosas sin importarte lo que sienta, pero, en el fondo, admiro tu capacidad para pedir perdón cuando te equivocas, y eso teniendo en cuenta que para alguien tan orgulloso como tú supone un trago demasiado amargo; te lo agradezco, ojazos —me alienta apenado.

—Y ya que estamos, me gustaría saber por qué era tan importante para ti —le pido.

Chasca la lengua molesto. Sé que no quiere hablar sobre ello y pretende evitar el asunto. Me coloco boca arriba sobre el colchón para encararlo y me

observa orgulloso.

—No estoy acostumbrado a estar con mujeres inteligentes, siempre han sido guapas y punto. Tú, sin embargo, eres elegante como un maniquí, con la sonrisa más sensual que he visto en mi vida, pero a la vez tu carácter tiene las revoluciones de un ciclón y tu cerebro no puede ser más ingenioso; me pones contra las cuerdas continuamente y eso me tiene entusiasmado.

—Y tú careces del sentido del pudor, sigues intentando cambiar de tema y, encima, estás llamando «tontas» a las mujeres en mi cara. No sigas provocándome o me veré obligada a matarte.

A cada momento que paso con él me doy más cuenta de que el ser pobre no está reñido con ser inteligente y culto, pues Irion es ambas cosas.

Pone los ojos en blanco por mi insistencia y yo me río con ganas.

—Moriría por verte sonreír, Zoe.

—Déjate de rollos y dispara de una vez, vaquero.

Suspira.

—¿Qué quieres que te cuente? Ese coche era de cuando mi madre era soltera, se lo compró con sus primeros sueldos y estaba olvidado en el garaje desde que murió. Un buen día, decidí restaurarlo y tardé casi dos años en conseguirlo. Me quedaba haciendo horas extras en el taller para poder pagar todas las piezas y que ese trasto volviese a arrancar. Era lo único material que me quedaba de ella, pues, como habrás podido comprobar, aquí no hay nada, se lo llevaron todo. Y a partir de esta noche, tampoco me quedarán sus recuerdos, pues he descubierto la cruda realidad sobre mi infancia y considero que no se merece ni eso —sentencia con crudeza.

—Irion, Anne me lo contó con la mejor intención: sólo pretendía ayudarte. No sabíamos que estabas allí, no deberías haberlo escuchado. Me duele que haya vuelto a abrirse esa herida.

—Pero lo escuché y ahora mismo no quiero hablar de ello —me pide enojado.

Nos mantenemos en silencio un rato.

—Desconocía la existencia de esta casa —comento.

—Nadie lo sabe. Es lo que me dejaron de herencia mis padres biológicos, la casa y todas las cicatrices de mi cuerpo.

No puedo evitar abrazarlo con todo mi amor para intentar borrar esos recuerdos horrorosos.

—¡Irion! —La agitada voz de Will al otro lado de la puerta hace que nos incorporemos por el susto.

Irion se apresura a cubrirme con su cuerpo para que Will no me vea desnuda.

No tarda en aparecer con el rostro desencajado.

—¡Irion, es mamá, ha intentado suicidarse! —exclama.

—¡Mierda! —profiere Irion—. ¡No mires, tío! —le ordena a su hermano, a la vez que salta de la cama improvisada para vestirse a toda prisa.

—Zoe, ¿podemos llevarnos tu coche? —me pregunta Will preocupado, mirando hacia otro sitio.

Ahora mismo caigo en la cuenta de que el pobre debe de llevar horas ahí abajo esperando.

—¡Claro! —respondo.

Will se marcha corriendo e Irion se detiene un instante para mirar cómo permanezco impasible, sentada sobre el colchón.

—Zoe, ¿qué haces? ¡Date prisa!

—No te preocupes por mí, llamaré a Kenneth y vendrá a buscarme enseguida, ve con tu madre, ¡te necesita! —lo animo.

—Te quiero, nena.

Se agacha para darme un intenso beso en la boca y después desaparece, dejándome con una estúpida sonrisa dibujada en los labios.

No niego que me preocupe por Anne, aunque, en lo más profundo de mi corazón siento que ha sido sólo una llamada de atención y que esto le servirá a Irion para darse cuenta de quién es su madre en realidad y así dejar de idolatrar un sueño o, mejor dicho, una pesadilla. Porque una madre es la que

te cuida y sufre a tu lado, la que se pasa las noches en vela con tus enfermedades y la que se alegra por tus éxitos como si fuesen propios. El mero hecho de traer una criatura al mundo no te da ningún derecho sobre ella si luego la torturas. La palabra *madre* es demasiado grande para alguien como ella.

Llamo a Kenneth para que venga a buscarme y, mientras tanto, permanezco remoloneando sobre el colchón hasta que amanece, madurando una idea. No me da miedo estar aquí sola, es más, en cierta manera me inunda de paz este lugar; no entiendo el motivo, aunque, el hecho de estar en una zona ajardinada donde se oye cantar a los pajarillos puede tener mucho que ver. He de admitir que la paz ha aumentado sobremanera al comprobar con la luz del día que el colchón es nuevo y está impoluto, pues me torturaba el hecho de pensar que podría estar lleno de... cosas.

No entiendo qué me ocurre con este hombre, que siempre que estoy con él se me olvida lo cómodo que es un hotel de cinco estrellas, y disfruto retozando en los lugares más cutres del mundo. ¿Quién me lo iba a decir a mí?

La voz de Kenneth desde la planta de abajo me saca de mis cavilaciones. Como ya me había vestido antes, me limito a bajar para encontrarme con él, que me mira sorprendido al ver mis pintas y observar que voy descalza.

—No pienso preguntar qué diablos hace aquí —protesta.

—Pues no lo hagas. —Paso de largo por delante de él, que me sigue enojado. Recojo las zapatillas que dejé al borde de la escalera y me las pongo.

—¿Y mi coche? —pregunta.

—Se lo han llevado Irion y Will, su madre se ha intentado suicidar y no tenían con qué ir.

Salimos a la calle y me pasa las llaves de mi Lamborghini.

Por supuesto, yo conduzco y él no dice nada hasta que estamos muy cerca de casa, pero sé de sobra que está enfadado.

—Su hermana se ha marchado —me informa—, me ha pedido que se lo

comunique yo.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Adónde? ¿Por qué? —No acierto con la pregunta.

—Se ha ido a casa de su abuela, en Málaga.

—¿Así, de repente?

—Hice lo que usted me recomendó, le dije que se quedase con Will porque yo no quería una relación a tres, que la quería sólo para mí.

—¿Y se marchó? ¡Esta niña es tonta! —me quejo.

—Me explicó que necesitaba estar sola y que deseaba recapacitar.

Ambos permanecemos en silencio.

—¿Y tú cómo estás? —No sé si me sorprende yo más que él al verbalizar dicha pregunta, últimamente parece que hasta me importa el bien del prójimo.

—A decir verdad, he tenido tiempos mejores. Pero, en cierta manera, me siento liberado. De ahora en adelante, lo que suceda ya no dependerá de mí, está en la mano de Kimberly, y yo, al menos, no me sentiré como un pusilánime sin opinión, aceptando algo que va en contra de mis principios.

—Creo que has hecho lo correcto, Kenneth, ya verás cómo todo sale bien —lo animo.

—¿Y si regresa a París? —se cuestiona preocupado.

—En tal caso, siempre puedes ir a buscarla —me encojo de hombros—, o aceptar que no es para ti y que hay muchas mujeres en el mundo.

—Pero yo sólo la quiero a ella.

Nos miramos un instante que se me antoja eterno y, entonces, descubro que este hombre está enamorado hasta los huesos de mi hermana, porque tiene los ojos rojos e hinchados de haber llorado durante toda la noche.

—Tranquilo, grandullón, todo saldrá bien.

* * *

Llegamos a casa y *Fenrir* se lanza sobre mí para recibirme, tirándome al suelo con el impacto. Ha crecido demasiado rápido y tiene una fuerza

descomunal.

Yo me río, mientras chupetea mi cara, aunque no puedo negar que me dé cierto repelús que lo haga.

—Ríete ahora que puedes, cuando esa bestia sea adulta nos devorará a todos —me regaña Marcia.

—Kim se ha ido a España, Marcia —la informo, mientras me pongo en pie.

Ella hace algunos pucheros y al final rompe a llorar con todas sus ganas.

—¡Ha sido por mi culpa! —exclama entre sollozos.

—¡Oh, por Dios, mira que eres buena actriz! Sólo ha ido unos días a ver a nuestra abuela, no te creas tan importante, enseguida volverá. —Le miento por piedad, porque la pobre no gana para disgustos, aunque no estoy segura de que me crea.

Me paso el resto del día haciendo llamadas telefónicas para ultimar los detalles de mi sorpresa a Irion.

—¿Esa risita de tonta que tienes todo el día en la cara se debe a algo en especial? —me pregunta Marcia, una de las veces que pasa por delante de mí en la terraza.

—¡Bah! —Le sacó la lengua.

—Saliste de aquí anoche que parecías la Virgen Dolorosa y regresas esta mañana cantando a la vida y sonriendo al mundo; ¡eso sólo puede significar una cosa y quiero conocerlo! —Se ha plantado delante de mí con los brazos cruzados.

—Marcia, creo que ves demasiadas telenovelas venezolanas —me mofó entre risas.

—No, niña, no. Más sabe el diablo por viejo que por diablo, y a mí esa cara no me engaña —insiste.

—¡Anda, déjame tranquila, que estoy haciendo negocios! —le digo, marcando otro número en mi móvil.

—¿En domingo?

—Siempre hay excepciones para un cliente Vip. —Le guiño un ojo.
Ella se va, refunfuñando, hacia el interior.

Por la tarde, voy a visitar a mi padre, que ya está mucho más recuperado, aunque no del todo. Les cuento con mucho tacto que Kim se ha ido. Mi madre no puede evitar enojarse porque se haya marchado de nuevo sin despedirse de ellos, y después de cenar, vuelvo a mi casa.

No tengo noticias ni de Irion ni de Kim, aunque haya escrito mil mensajes a cada uno y eso me pone nerviosa, pero al final no puedo evitar caer rendida en los brazos de Morfeo. Han sido demasiadas emociones en muy poco tiempo y necesito descansar.

Hombres del mundo, que os quede bien claro: Yo elijo cómo me visto y con quién me desvisto.

CAROLINE, *The man-hater*

Oigo un golpe en la cristalera que da a la terraza de mi habitación y me despierto sobresaltada. Compruebo que es de noche y que, aparentemente, está todo en calma.

Supongo que al no haberme movido demasiado en estos últimos días, pues ni tiempo he tenido de hacer yoga con tanto trabajo en la empresa, mi sueño será muy ligero y que, debido a esto, con cualquier leve sonido me puedo desvelar.

Bostezo y vuelvo a recostarme en mi adorada cama.

Acto seguido, vuelve a sonar otro golpe en el cristal.

«¡Qué raro! Eso ya no es un sueño, lo he sentido», me digo, arrugando la nariz mientras me incorporo de nuevo.

Me levanto, ataviada tan sólo con un camisón negro de encaje semitransparente, que lo único que me cubre es el trasero y dando gracias. Además, voy descalza y con pelos de loca de la pradera, es decir: enmarañados no, lo siguiente.

Abro el gran ventanal de mi terraza, que da a la playa, y la brisa marina impacta contra mi rostro, despertando en mí unas ganas locas de vivir. Inspiro de manera profunda y siento que, como por arte de magia, me encuentro mucho más despejada. Ahora sé lo que sienten las princesas de

Disney cuando cantan por la ventana mirando hacia el bosque y todos los pajarillos revolotean a su alrededor.

«¿En serio estoy pensando en esto? ¿Sigo dormida o estoy despierta?»

Me asomo con lentitud, mirando hacia abajo, pero no veo nada raro en la playa, todo está oscuro y en calma; así que supongo que lo habré soñado. Me apoyo sobre la balaustrada de piedra blanca para contemplar embelesada la imagen tan bella que se extiende ante mis ojos: el mar se balancea apacible a lo lejos, formando olas serenas, mientras la luna se refleja en ellas como si pretendiese fundirse en sus aguas oscuras con la intención de iluminarlas, al igual que me ocurre a mí con Irion, aunque, en este caso no sabría decir quién ilumina más a quien. Me doy cuenta, una vez más, de que soy una auténtica privilegiada y de lo maravillosa que puede llegar a ser la vida.

De repente, siento que algo me golpea la frente y suelto un grito a la vez que me agacho a toda prisa, cubriéndome la cabeza con ambas manos. Cuando se me ha pasado el susto, me llevo una mano a esa parte de mi cuerpo para comprobar que no ha sido producto de mi imaginación y que, efectivamente, me duele. Justo en este momento, me sobresalto al descubrir junto a mis pies un montón de avellanas.

«¿Qué coño es esto?», me pregunto asombrada, cogiendo un puñado de ellas.

Me asomo a toda prisa de nuevo y frente a mí, ahí abajo en la playa, mis ojos vislumbran en la penumbra una silueta masculina.

¡No puede ser!

—Señorita O'Connor, ¿tiene usted un momento para atender a un pobre enamorado?

¡¡Esa maldita voz!!!

Mi cuerpo reacciona a ese sonido erizándose, enervándose, excitándose y sintiendo millones de cosas que no soy capaz de comprender. Examino con más detenimiento esa silueta en la playa y ahora sí que lo veo: está ahí plantado, con sus aires chulescos, y no puedo evitar sonreír como una tonta.

—¿Así que es cierto que eres una *millionetis* y que la playa era tuya? ¡Me negaba a creerlo! —vocifera.

—Si no te gusta, estás a tiempo —lo aviso.

—Me gustarías hasta calva, ojazos.

Se me escapa una risa tonta.

—¿Cómo está Anne? —pregunto—. No has contestado mis mensajes.

—Está mejor, fuera de peligro. Ya te dije que no tengo móvil, ese número es de Jack y no me ha dicho nada, pero no he venido a hablar de eso.

—Entonces ¿a qué has venido, Romeo? —me burlo.

—A empotrarte contra la primera pared que encuentre.

Suelto una carcajada a la vez que siento cómo mi entrepierna entra en erupción, pero intento hacerme la dura y no sucumbir a sus encantos.

—Como te oigan mis guardaespaldas te detendrán por desvergonzado —le indico.

—Como no bajes me detendrán por allanamiento de morada y mancillamiento de doncella —espeto.

—¿No prefieres que te lance mis trenzas? —bromeo.

—Me estás tocando los cojones, Zoe, y en cuanto te tenga delante te voy a dar tu merecido por desobediente —me amenaza con una gran sonrisa.

—Eso suena bien.

Él ríe, negando con la cabeza, pues ya no me enfado cuando me provoca a propósito soltando tonterías machistas, y yo me apresuro al interior de la habitación para bajar, pues no aguanto más sin tocarlo.

Las luces de la casa se van encendiendo a mi paso hasta que salgo a la playa a toda velocidad. Me detengo justo cuando lo tengo delante y me mira con una cara de tonto que hasta yo soy consciente de ello. Si estuviese aquí mi hermana diría algo así como que «se le cae la baba». Este hecho provoca que me sonroje e intente bajarme el camisón para cubrir más mi trasero, pero es inútil, debería haberlo pensado antes de salir en bragas a la calle. Algo bastante habitual en mí: primero actúo y luego ya, si eso, pienso.

Él parece adivinar mi pensamiento y sonrío, pero ni siquiera intenta retirar sus ojos oscuros llenos de lujuria de mis muslos. Mi corazón se acelera de una manera desorbitada.

—¿Tiene vergüenza de mí, señorita O'Connor? —ronronea.

—Ya le gustaría, señor Miller, pero siento ser yo quien le informe de que no es usted para tanto. —Suelta un bufido de incredulidad, pues sabe de sobra que me vuelve loca en todos los sentidos, a mí y a todas las mujeres del planeta Tierra—. Lo que ocurre es que mi equipo de seguridad al completo está vigilando por las cámaras y no me hace demasiada gracia que le vean el culo a la jefa, podrían perderme el respeto.

Mira en la dirección en la que señalo con el dedo una de las cámaras de vigilancia y su gesto se torna oscuro, no sé si por el deseo o por los celos, pero avanza hasta mí para cogerme en brazos.

—Eso vamos a solucionarlo ahora mismo.

Camina conmigo en brazos hasta llegar al agua, donde se adentra sin dudarlo de dos grandes zancadas. El agua del mar nos cubre la cintura y, sólo entonces, me suelta para cogerme el rostro entre las manos y besarme con toda la devoción posible, arrasando con mi razón.

—No he podido dejar de pensar en ti en todo el puto día, se me ha hecho eterno —gruñe contra mis labios sin dejar de besarme.

—A mí también.

—He venido esta noche porque, al ver a mi madre moribunda, me he dado cuenta de que quiero pasar el resto de mi vida junto a alguien, y ese alguien ha resultado ser incluso mejor que en mis sueños.

Evito que se me escape un «oh, ¡qué bonito!» junto a mi suspiro de tonta enamorada para no ponérselo tan fácil.

—¿Debería ponerme celosa de esa mujer? —bromeo.

—No hay nadie ni siquiera parecido a ella —alega con mirada ensoñadora. Yo me parto de risa.

—Me encanta cuando me tienes ganas, eres todo un adulator.

Él se ríe también.

—Te tengo ganas a todas horas del día y de la noche; mira. —Dirige mi mano hasta su gran piedra filosofal, para que lo compruebe, aunque más bien se trata de una enorme roca dura.

Las ganas apremian y no acierto a desabrochar los botones de su bragueta con el vaivén de las olas, por lo que él me facilita el trabajo, quitándose toda la ropa sin dejar de besarme y lanzándola hacia la orilla con fuerza.

No tardo en sentir contra mi vientre su enorme falo y de un ágil salto enrosco las piernas alrededor de su cintura para que me penetre sin preámbulos, consiguiendo que él deje escapar un fuerte gruñido que aplaca el sonido del mar.

Me apoyo con los brazos alrededor de su cuello para poder subir y bajar sin dificultad, cosa que el agua facilita también, y él me ayuda apretando mis nalgas contra su cuerpo de forma enérgica. Tenerlo dentro, llenándome, es una sensación que no puedo explicar. En mi vida había creído disfrutar con el sexo, pero ahora he descubierto que aquello era una porquería comparado con sexo del bueno y, además, si es con el amor más grande que hayas sentido jamás, no tiene parangón, es simplemente mágico.

Pega su frente contra la mía para mirarme a los ojos.

—Te he echado de menos cada minuto —jadea en cada arremetida.

—No más que yo.

—Los dos sabemos que eso no es cierto.

El saber que puedes expresar tus sentimientos hacia la otra persona, sin miedo a ser rechazado, te libera de una forma inimaginable.

Echo la cabeza hacia atrás cuando una intensa convulsión invade mi sexo para estallar sin censura por todo mi cuerpo. Escondo el rostro contra el cuello de Irion para intentar sofocar los involuntarios gemidos que emito, y cuando me doy cuenta, le estoy mordiendo el hombro con fuerza, sin poder evitarlo.

Él se deja ir también y noto cómo se derrama en mi interior con la misma

furia que lo caracteriza en todos los ámbitos de su vida.

Permanecemos abrazados y conectados, intentando recuperar la calma, mientras nos balanceamos entre las templadas olas del océano, a la luz de la luna.

—Aquí fue donde nos conocimos —susurra.

—Parece que hace años de aquello —recuerdo con nostalgia.

—No dejaré de agradecer a Will que me convenciera aquella noche para venir a visitar la playa de los millonetis. —Sonríe, y yo también.

—Podríais haber acabado en prisión, estáis locos.

—Lo volvería a hacer una y mil veces por poder ver tu escultural cuerpo saliendo del mar como Afrodita emergiendo de las aguas, con esos increíbles ojos devastándome. —Cierra los ojos al recordarlo y siento que su miembro en mi interior se endurece de nuevo—. Sólo de pensarlo se me pone dura otra vez, ojazos.

—Pues no desaprovechemos la ocasión. —Lo beso y él me responde con más calma que antes, saboreando cada caricia.

* * *

Después de follar en el mar salvajemente primero y hacer el amor después, nos dirigimos hacia el interior de la casa, empapados. Yo voy con el camisón chorreando e Irion se tapa las partes íntimas con su camiseta hecha una pelota, por lo que lleva el culo al aire.

Entramos cogidos de la mano y entre risas, pero éstas no duran demasiado tiempo al descubrir a Marcia con los rulos puestos y el ceño fruncido, plantada en medio del salón. Lleva un camisón blanco que bien podría ser de la época de la guerra de Secesión; si no estuviese acostumbrada a ella, gritaría de espanto al pensar que se trata de un espíritu.

—Y ésta de dónde se ha escapado, ¿de una película de terror? —pregunta él en mi oído.

—Mucho peor que eso —le contesto, riendo.

—¿Se puede saber qué diablos hacéis a las tres de la madrugada llenando la casa de arena y de agua?! —ruge mi empleada con un tono chillón.

—Follar en la playa —le responde Irion.

Yo no puedo evitar soltar un bufido seguido de una risa involuntaria al ver la cara de Marcia desencajarse.

—Se está poniendo violeta —comenta Irion, apuntándola con un dedo para que ella le oiga—. ¿Crees que también le va a salir humo por las orejas?

Marcia explota y, en efecto, se pone a maldecir a mi acompañante, a la vez que se acerca amenazante con la mano en alto para atizarlo.

Cojo a Irion del brazo y tiro de él para subir por la escalera a toda prisa.

—¡Vaya pedazo de casa! —silba mientras subimos, flipando en colores.

Entramos en mi cuarto y, una vez dentro, cierro la puerta con pestillo por si nos persigue Marcia, que tiene muy mal despertar y lleva fatal las faltas de respeto. Pero me ha hecho tanta gracia la manera tan absurda que han tenido de conocerse que sólo soy capaz de reír.

Fenrir, que estaba echado a los pies de mi cama, como cada noche, no tarda en ponerse en guardia y gruñir a Irion, que de repente se ha quedado blanco al ver los dientes al lobo, nunca mejor dicho.

—¿Tienes un puto lobo en tu casa? —balbucea sin mover ni un dedo.

Fenrir se le acerca con paso lento para olisquearlo, sigue con el pelo del lomo erizado y mostrando sus afilados dientes mientras gruñe. Nunca lo había visto así, me da miedo hasta a mí.

—Tranquilo, es sólo un cachorro, no hace nada. —Intento calmarlo sin resultado.

—¡Un cachorro los cojones! —ruge entre dientes.

Ahora mismo, *Fenrir* le está oliendo la entrepierna y él cierra los ojos con fuerza, suplicando a Dios que al animal no se le crucen los cables y lo muerda justo ahí donde tiene el hocico, pues al no llevar pantalones, está mucho más expuesto.

—En realidad, he de confesarte que traigo aquí a todos mis amantes para ver si pasan la prueba de fuego: el escrutinio del lobo. Ya sabes, tonterías de niña rica —lo provocho—. Dicen que sólo ellos son capaces de ver el verdadero designio del alma de cada persona. Si le ordenase que te atacara, ahora mismo arrancaría de cuajo lo mejor que tienes y ya no me servirías para nada —le vacilo.

—Zoe, por favor —suplica inmóvil.

—¿Prometes no volver a dejarme por ser insuficiente para mí?

—¡Lo juro!

—Y si alguna vez me dejas..., que sea satisfecha —añado.

Él sonríe con picardía y yo también rompo a reír. Me dejo caer sobre la cama, llamando a *Fenrir* con un silbido, y viene corriendo hacia mí para despanzurrarse patas arriba y que le acaricie la tripa.

Irion se relaja al ver al animal en modo oso amoroso, pero no es capaz de moverse todavía. Nos observa con el desconcierto reflejado en su rostro.

—Ya era lo que me faltaba —se queja—, ¡un puñetero lobo! Esto qué es, ¿una de las excentricidades que tenéis los ricos? A partir de hoy te voy a llamar Caperucita.

Me levanto, sin apartar mi mirada de la suya, y me acerco hasta él, que continúa pegado a la puerta, con paso firme.

—¿Alguna vez has hecho el amor en un jacuzzi, Miller? —le pregunto con una voz melosa mientras beso con delicadeza su cuello. Él deja escapar un suspiro.

—No.

—Te voy a demostrar quién es Caperucita y quién el lobo —susurro en su oído.

Lo agarro de la mano y lo conduzco hasta el baño. Abro el grifo de la gran bañera de mármol blanco y vierto en el agua sales y aceites perfumados. Apago la luz del techo y enciendo la iluminación de la bañera, que evoca a la de las velas, pues son minúsculas lucecillas amarillentas dispersas que dotan

el ambiente de un intenso misticismo romántico. Él no deja de mirarme atónito.

—Me hipnotiza cada movimiento tuyo —susurra embelesado.

Una vez que está lleno el jacuzzi, subo la escalera poco a poco y me quito el camisón de una manera muy sensual para provocarlo, efecto que logro de inmediato, pues su gran miembro se alza sin dificultad, aun siendo tan pesado como es. Me introduzco en el agua caliente, poniendo cara de sumo placer y dejando escapar un gemido a propósito, que consigue su cometido: hechizarlo. Lo llamo con un movimiento de mi dedo índice y él no duda en seguirme.

Se acomoda a mi espalda y yo me sitúo entre sus piernas, contemplando la playa iluminada únicamente con la luz de las antorchas, desde el gran ventanal que tenemos junto a nosotros.

—Estoy en el puto paraíso —musita, mientras masajea mis hombros con sus fuertes manos y yo acomodo mi cabeza sobre su pecho para dejarme hacer.

Pulso el botón que hay a un lado de la bañera y, de repente, comienzan a salir las burbujas. Ni siquiera me da tiempo de reaccionar cuando veo que Irion ha salido corriendo; bueno, ¿qué digo corriendo?, ha salido volando del agua, como si fuese un gato erizado, tratando de evadir la muerte.

Ha huido a toda prisa, no me preguntes adónde ni por qué; pero chorreando agua con aceite como iba, se ha pegado una leche contra el suelo que ha retumbado por toda la estancia. Incluso ha derrapado de culo hasta chocar contra el mueble del lavabo, dándose de lleno en todas sus partes nobles.

—¡Ay, joder! —Se retuerce contra el suelo, hecho un ovillo, con las manos puestas sobre sus huevos machacados.

Yo no sé si preocuparme o soltar la carcajada más grande que alguien haya soltado nunca.

Me mira desde el suelo con la cara roja y una expresión lastimera.

—¿No piensas venir a ayudarme, mala mujer?

Entonces sí que me parto de risa.

—¿Se puede saber por qué diablos has salido corriendo como si te persiguiese Satán? —le pregunto entre lágrimas de tanto reírme.

—¡¡¡Porque el agua ha empezado a hervir!!!

Me dejo caer en el interior de la bañera porque mis piernas no son capaces ni de sostenerme de la risa que tengo.

Pero la escena no termina aquí, porque *Fenrir* no tarda en aparecer corriendo hacia él para comprobar qué es lo que está sucediendo y el porqué de tanto alboroto. Entonces Irion, al ver que el lobo se le acerca a toda prisa, no se le ocurre nada mejor que levantarse a toda velocidad para precipitarse contra la bañera, con el animal corriendo tras él. Y yo, mientras, descojonada de risa.

La escena resulta cuanto menos dantesca: *Fenrir* cree que Irion está jugando, aunque para Irion, viendo su cara de pánico, ese juego signifique una persecución mortal en la que él debe evitar ser devorado por la bestia.

El asunto no podría terminar de otra manera que con Irion estampándose contra la bañera, cayendo de culo al suelo otra vez, mientras el cachorro se lanza sobre su cuerpo, lamiéndolo, y él grita aterrado.

Yo me doblo a causa de la risa, no puedo ni hablar y hasta me cuesta respirar de tanto reírme.

Cuando recobro un poco el aliento, salgo del agua para ayudarlo a levantarse, pues está acurrucado tapándose las partes para que el animal no lo muerda. ¡Qué obsesión tienen los hombres con sus testículos!

Aparto al lobo de encima de su cuerpo, sujetándolo por el collar, aunque termino sacándolo al balcón para que Irion se relaje, pues está al borde del infarto y el animal demasiado excitado para calmarse. Vuelvo, riéndome como una loca, mientras él nos maldice a los dos.

—Estarás contenta, te has reído a gusto de mí.

—Eres un exagerado, *Fenrir* sólo quería jugar contigo. Tú eres el que

piensa que lo va a devorar un pobre lobito y el que no deja de pegarse golpes contra todos los muebles de la casa. —Otra vez suelto un bufido seguido de una carcajada.

Él pasa de mí y se acerca medio cojeando hasta la bañera para observar, intrigado, el agua burbujeante.

—¡Esto es el jacuzzi! ¡Son burbujas de aire, nada más! —Me parto de risa cada vez que lo recuerdo retorcido en el suelo, no puedo evitarlo.

—¿Y por qué narices quieres que haya aire en el agua? —refunfuña molesto porque todavía me esté riendo.

—Mira, ven. —Le cojo la mano y tiro de él para que entre de nuevo en el agua, pero se detiene y se niega—. ¿Confías en mí? —insisto.

—Hasta hace un momento sí, pero al ver que me quieres cocer para que me coma tu mascota..., no tanto.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a reírme.

—¡Venga, no seas tonto, ven!

Entra reticente, y lo ayudo a acomodarse en la bañera, de tal forma que las burbujas le masajeen la espalda.

—¿Te gusta?

—Mmm —ronronea, con cara de puro éxtasis.

—Es un masaje, nada más, no quiero cocinarte, aunque sí devorarte entero. —Me relamo de forma sensual, ya que el ver esa expresión de placer reflejada en su rostro, me ha encendido.

—¿Y a qué esperas, mi loba feroz?

No espero a nada, porque no sé qué provoca este hombre en mí, que no soy capaz de mantenerme alejada de su cuerpo. Acabamos de amarnos y, acto seguido, tengo ganas de nuevo, es agotador no saciarse nunca y, lo mejor de todo, es que a él parece sucederle lo mismo, porque ya tiene izada la bandera por todo lo alto.

—Como estoy convaleciente por tu culpa, tendrás que hacer tú el trabajo sucio. —Pone cara de pena, dándose palmaditas sobre los muslos para que

me suba.

No lo dudo ni un solo segundo a la hora de colocarme encima de su cadera a horcajadas y penetrarme yo misma con su vasto miembro. Comienzo a balancearme sin dejar de mirarlo a los ojos, unos ojos que sueñan despiertos conmigo, embelesados, haciéndome sentir poderosa e increíblemente hermosa.

Al sentirse oprimido por mis paredes vaginales, agarra con fuerza el borde de la bañera. Adoro el modo en que se tensan los músculos de sus brazos cuando hace esto, tanto que desearía hacerle una foto para enmarcarla a tamaño natural. Echa la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos con fuerza y soltando un gruñido seco.

Las burbujas rompen en el sitio oportuno, ejerciendo de estímulo y excitándonos más aún. Poco a poco, comienza a responder a mi baile. Ha intentado contener su ímpetu, pero, al final, ha sucumbido al hechizo que nos envuelve en llamas cuando estamos juntos.

El ritmo que impone es acompañado por mis caderas, que él dirige con las manos a su antojo. Cada vaivén lo impregno con gemidos leves al principio y salvajes al final, cuando sus arremetidas han pasado de ser una suave danza a una feroz percusión, consiguiendo que vibremos y jadeemos al unísono, sin cordura.

Abre los ojos de golpe y deduzco por su oscura mirada lasciva que está a punto de correrse. Yo tampoco estoy lejos, pues un cosquilleo en la entrepierna me indica que se aproxima el gran premio, e imagino que él también lo ve reflejado en mi rostro. Atrae mis labios hacia los suyos atrapando mi nuca con una sola mano, y me besa con tantas ganas que consigue que me deje ir para absorber mis gemidos en su boca.

Un solo instante después, él también se libera de la tensión y se derrama en mí. Lo muerdo en el hombro, poseída por los últimos coletazos del violento orgasmo que acabo de tener y, por último, me dejo caer sin fuerzas

sobre su pecho. Irion me abraza y besa mi cabeza. Permanecemos así, entre burbujas, un buen rato.

—Vas a destrozarme el hombro —musita risueño.

—¡Oh! Lo siento. —No puedo evitar sentirme avergonzada, pues lo hago de manera inconsciente, pero es que me gustaría comérmelo entero, es algo ancestral que invade mis más bajos instintos, como hacen los felinos cuando se aparean.

—Es broma, ojazos, me pone muy cachondo que te excites hasta ese punto, pero procura no pasarte porque voy a pensar que de verdad eres una caníbal que pretende cocerme y morderme.

Yo suelto una risa al recordar el porrazo que se ha pegado antes; no lo olvidaré aunque pasen mil años, de eso estoy segura.

—Irion, ¿sabes que estamos manteniendo relaciones sin protección? Se nos ha ido un poco de las manos y yo..., bueno, no tomo la píldora —le confieso.

Él pone cara de espanto, pero se apresura a disimularlo enseguida.

—Pretendía dejarte embarazada para quedarme con tu dinero, me acabas de dar una alegría.

Yo abro los ojos de manera exagerada y al ver que asoma una sonrisa en sus labios, me río también. Está bromeando.

—¿Y qué hay de las enfermedades de transmisión sexual?

Él se encoge de hombros.

—Hemos sido unos inconscientes, mierda —me quejo, pero es que no sé qué me ocurre con él; hacerlo con otros sería impensable.

—Tranquila, Zoe, sé que no vas a creerme, pero nunca lo he hecho a pelo con nadie, estoy limpio e inmaculado.

—Tienes razón, no te creo.

—Ése es tu problema, te recuerdo que hace un rato hemos prometido no mentirnos nunca más. Has sido la única, si quieres lo crees y si no, no.

Él sale de la bañera algo molesto por mi continua desconfianza. Ni

siquiera me ha preguntado a mí y pienso cómo me sentiría yo si él dudase tanto de mí como yo de él.

Salgo también de la bañera y lo sigo. Se ha tirado sobre la cama, mojado tal cual estaba, pero como estamos en verano, no me importa, y como tampoco sabe lo caras que son esas sábanas de seda y que no deben mojarse, intento que no me importe.

Me tiendo a su lado, apoyándome sobre su pecho.

—Estoy indignada conmigo misma y lo he pagado contigo, lo siento — admito.

—Zoe, no te preocupes, a partir de mañana puedes tomar la píldora y ya está, todo solucionado.

—¿Y si me he quedado embarazada ya?

—¡Tú siempre pensando en positivo!

—Bueno, mañana iré a mi ginecólogo y todo arreglado.

—Tenía pensado pasar el día de mañana contigo —me cuenta.

—¿Por algo en especial?

—¿Debe haber una razón especial para querer estar con mi chica? — pregunta.

«¡¡¡¿¿¿Mi chica???!» Vaya.

—No, no —tartamudeo.

—No es por nada, es sólo que nunca hemos estado juntos tanto tiempo y me gustaría conocerte mejor, ya sabes, en plan... saber tu color preferido, y esas cosas —alega.

—¡Vale! ¿Qué más quieres saber de mí? Por cierto, mi color preferido es el violeta. ¿Y el tuyo? Negro, ¿a que sí?

—Negro —asiente sonriente—. Estoy intrigado por algo que ha sucedido antes. ¿Quién era esa señora gritona?

Yo me río, negando con la cabeza.

—Es Marcia, mi ama de llaves, o... algo así. Ella se encarga de las cosas de la casa para las que yo estoy demasiado ocupada, es decir, de todo. —Ni

siquiera intento explicarle lo importante que es la labor de Marcia en mi vida, porque siempre me quedaría corta; ya lo comprobará él mismo.

—No pensé que los criados hablasen así a sus jefes.

—¿Criados? ¿De qué época estamos hablando? —Me espanto—. Y para que lo sepas, ¡tampoco tengo látigos! Marcia no es mi criada, ni mi esclava, ni mi sirvienta. Es una mujer libre que ha decidido trabajar aquí por un sueldo que ha creído justo, no hay más; puede irse cuando quiera, aunque, he de admitir que no se lo pondría tan fácil, ¡porque no sabría vivir sin ella!

—A mí nunca se me ocurriría hablar así a mi jefe, ni siquiera siendo íntimos amigos, es sólo que me ha resultado raro. No te imaginaba siendo tan... cercana, con tus empleados.

¿Así que es eso? Él suponía que la alta sociedad iba azotando a la gente que trabajaba en sus casas, por Dios.

—Me he criado con la bruja de mi madre, que durante años me enseñó que una mujer que no lleva un perfume caro no tiene futuro, y que los sirvientes son inferiores a nosotros. Todos a mi alrededor pretendían que fuese algo que yo nunca quise ser y deseaban que hiciese cosas que a mí no me gustaban. Todo son apariencias en mi mundo, Irion, pero yo siempre he sido diferente.

—Por eso mismo me he enamorado de ti, preciosa, de tus raíces y no de tus flores. Todas las mujeres esperan al príncipe azul y tú te enamoraste de su limpiabotas —recita obnubilado, provocando que sonría como una tonta enamorada.

—Mi madre siempre me ha reñido y castigado por ser diferente, incluso hoy en día lo intenta, cuando ve que ceno en la misma mesa que mis empleados.

Él me examina con admiración.

—Al principio, creía que ella era tu madre.

Suelto una carcajada.

—Irion, si conocieses a mi madre sabrías quién es.

—¿Por qué? ¿Os parecéis? —pregunta.

«Porque cuando se enterase de quién eres, te pegaría un tiro en los huevos», le respondo en mi cabeza.

—No, no es por eso. Es porque ella es el diablo reencarnado en mujer.

Él se ríe con ganas.

—¡Entonces, sí que os parecéis! —suelta.

Yo le pego en el pecho y me sujeta las muñecas. Nos besamos y finalmente nos quedamos dormidos.

* * *

En plena madrugada suena mi móvil, es un wasap de Kim.

Zoe, felicita a Irion de mi parte por ser un año más viejo. Cuando lo leas ya será su cumple, perdona si es tarde, pero todavía no controlo muy bien el cambio horario. Will me ha dicho que volvéis a estar juntos y me alegro mucho, cariño. Mañana te llamo y me cuentas todo con detalles. La abuela está muy bien y te manda un beso. Te quiero.

Me quedo atontada al saber que mañana es su cumpleaños y que no me lo ha querido contar, aunque, conociéndolo, sospecho el motivo por el que no desea celebrar ese día. Así que se me ocurre una manera para que vuelva a querer celebrarlo a partir de mañana y, por eso mismo, escribo un wasap a Succo pidiéndole algo muy especial.

Einstein decía que, si juzgas a un pez por su habilidad al trepar árboles, te pasarás la vida pensando que es un inepto.

CAROLINE, *The man-hater*

—Cuenta la leyenda que una noche la luna bajó a la Tierra y se quedó enredada entre las ramas de un árbol. En aquel momento, se acercó un lobo, cautivado por tanta belleza, y empezó a acariciarla con el hocico para calmarla. La luna, una vez liberada, decidió pasar el resto de la noche junto al lobo y terminaron enamorados. Al amanecer, ella volvió al firmamento, pero decidió llevarse consigo la sombra de aquel precioso animal que la había agasajado durante tantas inolvidables horas, para no olvidarlo jamás. Y él, desde entonces, le aúlla por las noches para pedirle que regrese a su lado — cuenta una voz mística.

Abro los ojos algo reticente, pues los incipientes rayos del sol contra mi rostro me molestan, y descubro que *Fenrir* está plácidamente dormido a los pies de la cama. Miro a Irion intrigada, que permanece de pie junto a la ventana, contemplando el amanecer, pensativo.

—Estaba aullando para que lo dejase entrar, ya hemos firmado la paz — me informa, volviéndose para mirarme.

Admiro la capacidad que tiene de enfrentarse a sus demonios. Es muy posible que estuviese muerto de miedo, pero ha conseguido ganarse el respeto del lobo al abrirle la puerta sin contar con mi defensa.

Yo sonrío al verlo despeinado, con su eterno gesto engréido, pues lleva

una toalla envuelta a la cadera y sabe de sobra que me muero por arrancársela.

—Es prodigioso contemplar a un animal tan fiero durmiendo como un osito de peluche, tan confiado —comenta.

—Lo mismo he pensado yo al contemplarte esta noche —susurro.

Él se sienta a mi lado y acaricia mi cabello con delicadeza, mirándome embelesado.

—Es algo muy raro en él, porque hasta ahora sólo se fiaba de mí, no permitía que nadie se le acercase —le explico.

—Eso me halaga —asegura.

—Os parecéis más de lo que crees.

—¿En serio? —Sonríe orgulloso.

—Los indios cherokee decían que en el corazón de cada persona se desata cada día una gran batalla entre dos lobos que simbolizan dos fuerzas opuestas. El blanco es el bien: la bondad, la alegría, el amor, la esperanza, la compasión, la humildad, etcétera. Y el negro es el mal: la ira, la avaricia, la arrogancia, la envidia...

—Pues está claro que yo soy el lobo bueno y tú la loba mala —bromea.

—No son buenos ni malos, tan sólo es su naturaleza, pero gracias a *Fenrir* he descubierto que estos animales pueden desafiar a su propio destino salvaje para enfrentarlo. ¿Quién crees que ganará la batalla?

—El lobo que mate al otro —asegura él.

—Pues estás equivocado. No se trata de un juego de fuerzas, sino de un juego de equilibrio. Hay que cuidar a ambos lobos porque los dos se necesitan mutuamente, debemos ser capaces de guiarlos a ambos por el buen camino para que se complementen. El ser humano es la esencia misma del yin y el yang, una perfecta dualidad donde, lejos de eliminar una parte, hay que aprender a controlarla para poder vivir en equilibrio contigo mismo.

—Qué interesante —comenta obnubilado.

—Si eliges cuidar sólo al lobo blanco, el negro se ocultará entre las

sombras para acecharte cuando te vea con la guardia baja. Porque, lo creas o no, el lobo negro también tiene muchas cualidades —prosigo.

—¿Por ejemplo...?

—Determinación, tenacidad, constancia, valentía, esfuerzo, arrojo... En él hay virtudes con las que el lobo blanco nunca podrá soñar.

Irion me mira y por fin entiende que él es el lobo negro al que me refiero.

—¿Así me ves de verdad?

—Justo así —aseguro.

—Creo que me sobrevaloras.

Yo sonrío condescendiente, porque nunca verá lo que vale en realidad.

—¿Sabes que los lobos se emparejan para toda la vida y, cuando uno de ellos muere, el otro nunca vuelve a tener una nueva pareja? Incluso hay algunos que dejan de comer para morir también —le cuento.

—¿Pretendes convencerme de que si te mueres debería suicidarme? —pregunta, evitando reírse.

—¡Oh, venga ya, no puedes ser tan imbécil! —exclamo soltando una carcajada.

—¿Cómo que no? Dame otra oportunidad para demostrarte que estás equivocada.

Y, entonces, nos reímos los dos.

—Es una preciosa historia, ojazos. Gracias.

—¡Señorita O'Connor, su desayuno está listo! —Me sobresaltan los fuertes golpes en la puerta, acompañados de la gritona voz de Marcia. Es más que obvio que está enojada, pues no me llamaba así desde el primer día que trabajó aquí.

—Ahora vamos, gracias señorita López —contesto para provocarla—. Nos aguarda un buen chaparrón —le anuncio a Irion en voz baja.

—La conquistaré, como he hecho contigo y con tu lobo. —*Fenrir* está tumbado sobre sus piernas, saboreando sus caricias, aunque sin dejar de mirarme con el rabillo del ojo; se fía de él sólo porque yo lo hago.

—No me cabe la menor duda. —Le guiño un ojo.

Unas horas más tarde, cuando bajamos por la escalera, mi novio lleva puesto un pantalón de algodón corto azul marino, con una camiseta de color turquesa y unas deportivas del mismo tono que el pantalón.

—Sigo diciendo que no hacía falta que me comprases semejante cantidad de ropa, nunca he visto tanta en toda mi vida —refunfuña.

—¡Oh, venga ya, no vamos a volver a discutir por lo mismo! —insisto—. Si vas a acompañarme a los sitios, no puedes ir vestido con la ropa que llevas siempre. Además, a mí me encanta comprar, me he vuelto loca eligiendo cada modelito e imaginándote con ellos puestos —miento piadosamente, pues lo ha seleccionado todo Succo, pero hay veces que es mejor mentir que decir la verdad, y ésta, sin duda, es una de ellos.

—Pues que sepas que no pienso ponerme el tanga de leopardo, a eso sí que me niego, ya bastante tengo con que te cobres toda esa ropa en carne y que me ates a la cama para azotarme —exclama con un tono demasiado alto, a propósito, para que lo oigan Marcia y Katty, que se encuentran abajo fingiendo que ponen la mesa.

Es el primer hombre que traigo a casa o, mejor dicho, el primero que desayuna conmigo, pues los pocos amantes que habían venido hasta ahora, habían sido obligados a marcharse a hurtadillas una vez finalizada la función. Para mí, el hecho de presentarle a Marcia es mucho peor que presentarle a mi madre. Bueno, yo diría que, en este caso en concreto, ambas están a la par.

—Buenos días, pueden ustedes sentarse —nos indica la susodicha con ademán serio.

—Gracias —contesto de igual manera. De vez en cuando tampoco le viene mal una cura de humildad—. Irion, ella es Marcia, mi sirvienta. —Se queda blanca al oír esta palabra, pero disimula—. Y ahora también te servirá a ti; cualquier cosa que necesites se la pides, que ella estará encantada de complacerte. ¿No es así, señorita López?

La conozco de sobra y sé que se muere por arrancarme los pelos. Le

hubiese encantado presentarse de otra forma a Irion y hacerle mil preguntas, pero está enfadada por lo de anoche y no se va a bajar de la burra.

—Por supuesto, lo complaceré en lo que desee el señorito —dice en un tono demasiado servicial, pero servicial en plan pornográfica, la muy...

Irion nos observa a ambas con cara de chiste. No sabe si esto va en serio o no.

Tomamos asiento a la mesa, uno junto al otro, y es cuando mira en derredor, soltando un silbido.

—¡Vaya choza, ojazos! Anoche no me dio tiempo a verlo bien.

—Ha pegado un buen braguetazo, señor Miller —bromeo.

—El braguetazo cada vez es más grande por su culpa, señorita O'Connor. —Se recoloca la entrepierna y me sale una sonrisilla tonta—. ¿Vives tú sola en una casa tan grande?

—No. Marcia, Kenneth y Katty me hacen compañía —susurro para que no me oigan desde la cocina.

—Me refiero a miembros de tu familia.

—Kim viene de vez en cuando a pasar alguna temporada, así que podría decir que sí, vivo sola.

Permanece pensativo.

—Sólo esta mesa vale más que mi casa entera —comenta abrumado.

—Irion, no empieces —le pido.

—En nuestra sociedad estamos acostumbrados a que sea el hombre quien deslumbré a la mujer con su poder y sus millones, pero en este caso el Ceniciento soy yo. Déjame que al menos me mentalice, porque, como habrás podido comprobar, soy un hombre de costumbres y lo llevo bastante mal.

—Tú me has deslumbrado con tu interior y, créeme, eso es mucho más difícil que hacerlo con los millones.

—¿Sólo con mi interior? —ronronea en mi oído, consiguiendo que se me erice el vello y que me encienda de nuevo.

De pronto, siento cómo un líquido caliente se derrama por mi cabeza de

manera abrupta, lo que provoca que me levante enseguida de la silla, como una astilla, gritando en plan desquiciada.

—¡Oh, por Dios! —se lamenta Marcia de una forma demasiado exagerada—. ¡Pero qué torpe soy, ruego me disculpe, Su Majestad!

Yo no doy crédito a que me haya llenado de chocolate todo el pelo recién lavado y la ropa recién estrenada.

—¡Te mato! ¡Lo has hecho a propósito, bruja! —grito, mientras la espesa bebida resbala por mi cuerpo.

La cara de Irion es todo un poema, pues intenta por todos los medios no descojonarse de risa, aunque fracasa estrepitosamente.

—¡¿Yo?! No, señorita, ha sido un accidente, espere, que ahora mismo la limpio. —Sale corriendo hacia la cocina para volver con un cubo de agua congelada que también me lanza sin miramientos—. ¡Pero qué torpeza la mía, cómo estoy hoy de tonta! —se mofa la muy desgraciada de una manera demasiado teatral.

Irion ahora sí que estalla en carcajadas. La miro con cara de odio y, entonces, derramo el contenido del cuenco de la leche sobre su cabeza, lo que provoca que suelte un alarido. No se lo esperaba para nada.

—¡Oh, ahora te vas a enterar, niña malcriada! —me amenaza.

—¡Mira cómo tiemblo, pigmea! —la provoco.

Se abalanza sobre mí, no sé con qué propósito, pero la esquivo y resbala con el líquido del suelo, empotrándose contra el aparador y dándose en toda la cabeza con la esquina del mueble. Cae al suelo desplomada.

—¡Ay, Dios mío! —exclamo asustada mientras me apresuro a socorrerla.

Irion también se levanta para ayudarme, la coge entre sus brazos para incorporarla un poco, pero ella no reacciona, ha perdido el conocimiento.

Permanecemos junto a ella de cuclillas en el suelo.

—¡Marcia, Marcia! —grito aterrada, al tiempo que le doy palmaditas en la cara. Siento que me mareo de la impresión, me va a dar algo.

Pero, de repente, se mueve, y no es para otra cosa que para soltar una gran

carcajada.

—¡Serás cabrona! —alucino—. ¡Te voy a matar, vaya susto me has dado!
Me dejo caer en el suelo y me quedo sentada.

—¡Te lo merecías, por maleducada! —me reprende—. Abrázame un poco más fuerte, jovencito, que no me encuentro del todo bien —le pide a Irion con voz afligida.

Él se queda algo cortado, pues lo pilla desprevenido, pero yo rompo a reír junto a ella.

—¡Eres una vieja verde! —consigo pronunciar.

—¡Cállate y déjame que disfrute! A ver cuándo me va a coger en brazos un espécimen semejante —me reprocha, a la vez que abraza a Irion con todas sus fuerzas.

Él se incomoda e intenta zafarse de ella como puede, tratando de disimular su rechazo.

—No se emocione, señora, que Zoe es muy celosa —bromea.

—No creo que hayas conocido a una mujer como yo nunca —insiste, sin dejarlo marchar.

Pero, entonces, *Fenrir* aparece y ella da un brinco enorme para subirse a una silla; no me preguntéis de dónde saca esa flexibilidad.

—¡Zoe, te pedí que no sacaras al diablo del cuarto! —grita despavorida.

—Y yo te dije que, si no le hacías caso, él pasaría de ti. Pero si te subes a los sitios como un conejo asustado cada vez que lo ves, se piensa que estás jugando y te persigue —la reprendo.

—¡Eso es lo que él cree, que soy una conejita indefensa! ¡Mira sus ojos de cazador acechando a su presa! —Lo señala con el dedo.

—¿Una conejita indefensa? —repite Irion sin dar crédito, negando con la cabeza, y nos partimos de risa los dos.

Agarro al lobo y le abro la puerta de la terraza que da a la playa para que se vaya un rato a hacer sus cosas. Le gusta el mar, para sorpresa de todos.

Sonríó al recordar la primera vez que vino a vacunarlo el veterinario. El pobre hombre no encontraba la manera de decirme:

—Señorita O'Connor, usted sabe que este perro lobo tiene más de lobo que de perro, ¿verdad?

—Yo no sé nada y usted tampoco.

Le di mil dólares y, desde entonces, tuvo amnesia.

Después de que *Fenrir* salga a la calle, nos sentamos Irion, Marcia y yo a la mesa para desayunar.

—Creo que no he tomado algo así de rico en toda mi vida. —Irion está alucinando al ver la mesa repleta de tal cantidad de alimentos deliciosos y no puede parar de comer, con tanto apetito que hasta da gusto verlo degustar cada cosa como si fuese un manjar.

Momento que aprovecha Marcia para acribillarlo a preguntas comprometidas, que él contesta como mejor le parece y a mí me vienen de lujo para conocerlo un poquito más. Eso se llama complicidad femenina y lo demás son tonterías.

—Entonces ¿dejaste a tu última novia plantada en el altar?! —exclama Marcia escandalizada.

—No fue así exactamente: ella me hizo una encerrona pidiéndome matrimonio en la iglesia, con el sacerdote y los invitados ya presentes. Yo le expliqué que no estaba preparado y me marché. —Se encoge de hombros tan tranquilo.

—¿Y no has vuelto a saber de ella? —pregunta.

—No.

—Pues cuando una mujer pasa de una faena que le has hecho, es porque te la ha devuelto y ni siquiera te has enterado —apunta Marcia.

—Puede ser. Pero cuando te dan tantos golpes, no te interesa saber de dónde proceden, sólo intentas que no te duelan tanto —suelta él en un tono seco a modo de punto y final a esta conversación.

Marcia me echa una mirada acusatoria; de repente, el espectacular físico

de mi ¿novio? ha pasado a un segundo plano y ya no le gusta para mí.

—Tenéis que caer bien, así que no me mires con esa cara. —Los señalo a ambos con la cucharilla del café, encogiéndome de hombros.

Llaman a la puerta y Marcia se levanta para abrir.

—Ha llegado un nuevo envío, Zoe —me informa, manteniendo la puerta abierta, pues ya está acostumbrada a este tipo de entregas.

Cojo a Irion de la muñeca y tiro de él.

—¡Vamos, tienes un regalo! —y me muerdo la lengua para no terminar la frase con un «... de cumpleaños».

—¿Qué regalo?

Salimos a la calle y la mandíbula le da contra el suelo al ver una impresionante Harley Davidson V-Rod, el modelo Night Rod Special, frente a nosotros. Todo un cliché en las novelas románticas: el chico malo montando en moto, y yo no podría ser menos. Me vuelvo loca sólo de imaginar a Irion conduciéndola.

—No he encontrado un coche tan cutre como el que tenías, así que deberás conformarte con esto —le informo, mientras firmo los papeles a la empresa que ha traído la moto.

Él no es capaz de articular palabra ni de cerrar la boca.

—¿Te gusta? —le pregunto como si nada.

—¿Lo dices en serio?

Me mira con los ojos anegados en lágrimas, unas lágrimas que lucha con todas sus fuerzas por no dejar escapar, pues son de felicidad y no está acostumbrado a este tipo de emociones. Tiene ambas manos sobre su nuca y no da crédito.

—No puedo aceptarlo, Zoe, es demasiado.

—¡Los regalos no se desprecian! ¡Venga, vamos a probarla, me muero de ganas! —le propongo, montando en el asiento del copiloto de una manera demasiado sensual para que pueda negarse al tiempo que le muestro la llave.

Él se abalanza sobre mí para besarme con tanta furia que hasta consigue

que pierda el equilibrio y me caiga del asiento, pero me sostiene entre sus brazos con fuerza, sin dejar de devorar mi boca con ímpetu. Cuando logra separarse de mí, balbucea:

—Encontraré la manera de pagártela.

—Esta noche me cobraré cada dólar.

Se recoloca la entrepierna sin disimulo.

—Como sigas así te lo pagaré ahora mismo —gruñe contra mi cuello, volviéndome loca.

—No. Eso será esta noche. Ahora vamos a ir a un sitio —jadeo.

—¿Adónde me vas a llevar? —pregunta intrigado, separándose de mí.

—A un lugar donde no he estado nunca y me gustaría ir contigo.

—No se me ocurre ningún sitio adonde una mujer multimillonaria no haya ido.

—Tu corazón —susurro.

Se pone el casco para que no pueda ver la expresión de tonto que se le acaba de quedar, pues está claro que todavía duda si abrirse a mí por completo o no. Tiene miedo y no lo culpo, porque yo también lo tengo; la diferencia es que a él no le quedan esperanzas de ser feliz en esta vida y siente pánico de que esta última oportunidad fracase y termine de destruirlo.

Yo también me pongo el casco, que lleva en su interior un pinganillo para que podamos comunicarnos el uno con el otro.

—Espero que sepas conducir una moto, porque acabo de caer en que ni siquiera te lo he preguntado —reflexiono.

Irion da un brinco para mirarme por su visor con unos ojos superabiertos. Está fascinado por oír mi voz de repente dentro de su casco, ni siquiera se imaginaba que algo así existiera. Me parto de risa con él, es como un niño pequeño descubriendo el mundo.

—Ahora lo comprobarás. —Sólo veo sus ojos, pero adivino por su expresión que sonrío malicioso.

Me abrazo a su fuerte cintura.

Arranca y el rugido de la moto despierta en mí ese espíritu salvaje que siempre creí inexistente, pero que él despliega con su sola presencia, provocando que suelte un aullido de libertad.

—¡Te llevaré a la luna, ojazos!

—¡Y yo voy a enseñarte el mundo, nene!

A los hombres les gustan las curvas, a los perros los huesos.

CAROLINE, *The man-hater*

Estoy sentada ahora mismo en una de las butacas rojas de las gradas situadas frente al gran castillo de la Bella Durmiente de Disneyland, esperando a que comiencen los fuegos artificiales. Irion ha ido un momento al baño antes de que empiece el espectáculo.

En primer lugar, cuando ha descubierto que lo había traído a Disney, se ha quedado helado, no sabía muy bien cómo reaccionar; pero enseguida le he comentado que nunca había estado y que siempre me había hecho mucha ilusión venir, así que se ha relajado. Nada de mencionar regalos de cumpleaños ni infancias rotas.

He de reconocer que pocas cosas en el mundo he disfrutado tanto como el día de hoy. El hecho de ver a un hombre adulto divertirse tanto o más que un niño ha sido algo trascendental para mí. Algo que llevaré conmigo el resto de mi vida, como uno de mis tesoros más preciados.

Hemos pasado el día partiéndonos de risa; bueno, creo que yo más que él, porque ha sido apoteósico.

Cuando hemos entrado en la Mansión Encantada ha habido niños que han sufrido un ataque de pánico por culpa de mi acompañante, y es que con cada susto que nos daban los personajes de la atracción, gritaba él más que los pequeños: ¡digno de ver! Casi nos matan los padres de las criaturas por aterrorizarlas. Gracias a Irion, van a tener pesadillas el resto de sus vidas.

Ver a un hombre tan grande gritando como una chiquilla ha sido una experiencia religiosa. Y es que yo no había reparado en el hecho de que él nunca antes había visto películas de Disney; es decir, que no conocía a la mayoría de los personajes, sólo de oídas.

—Eres una mala persona, sabías que iba a ocurrir eso y, aun así, no me has avisado —me recriminaba muy serio al salir de la Mansión, bajo las aterradas miradas de los niños y las recriminatorias de sus padres.

—¿Yo?! ¿Cómo iba a imaginar que te iba a dar miedo Maléfica? ¡Has gritado como un desquiciado! Dabas más miedo tú que los propios personajes. Esos actores van a estar riéndose el resto de su vida gracias a ti —me mofaba entre carcajadas.

—¡Ésa no era Maléfica! Era una mujer llena de sangre que ha aparecido de la nada, acompañada de una música atronadora para darnos un susto a traición, y el que se diese cierto aire a Maléfica no implica que fuese ella —se excusaba, intentando ocultarme el hecho de que no conocía a dicho personaje.

Yo he negado con la cabeza, poniendo los ojos en blanco, porque la sangre a la que se refería no era más que una simple cicatriz maquillada en su rostro. En serio, ¡juro que la atracción era para todos los públicos!

—¡Vaya defensa que tengo! —Me he carcajeado.

—Si estuvieses en peligro no habría Maléfica que se me resistiese —ha alegado.

—Ya no te creo, he visto cómo saltabas al ver a Úrsula y ella sí que no daba miedo —me he burlado—, estaba rodeada de pececillos de colores. Qué se suponía que iban a hacerte, ¿darte con un tentáculo en el culo?

—¿Que no daba miedo?! ¡Por Dios, una mujer de dos toneladas, de color violeta y con esos horribles tentáculos!

Entonces he estallado de la risa, teniéndome que sujetar la tripa. Y es que, cuando estoy a su lado, vuelvo a ser una niña despreocupada y feliz.

Otro de los momentos memorables ha sido cuando ha querido

conseguirme un peluche gigantesco de Mickey, tirando con una escopeta a un pato amarillo de goma que subía y bajaba por unas montañitas de colores. Las treinta primeras veces que lo ha intentado ha fallado estrepitosamente, soltando varios tacos y maldiciones, rugidos incluidos. Pero, a partir de ahí, en vez de apuntar al pato, ha apuntado a la cabeza del chico que vigilaba a los participantes y lo ha amenazado con apretar el gatillo si no arreglaba el «puto rifle amañado», palabras textuales, pues, según él, la mirilla estaba trucada.

Yo no sabía dónde meterme, pues ya me veía en la cárcel por culpa de Mickey Mouse. Pero, lejos de mi suposición, el chico le ha obedecido a regañadientes y, entonces, el patito ha sido derribado a la primera.

Cuando el chico nos ha dado el codiciado peluche, Irion le ha dicho algo al oído que lo ha hecho ponerse tan blanco como la nieve, pero enseguida ha intentado disimularlo. Irion me ha ofrecido el enorme muñeco con gran ceremonia, acompañado de un apasionado beso.

—Para Miss Ojazos —ha ronroneado.

—Te has gastado el sueldo de un mes en un peluche —le he recriminado cuando me miraba tan ilusionado—, lo podrías haber comprado directamente de la tienda y, aun así, te hubiese salido más barato.

—Una mujer nunca entenderá el orgullo de un hombre —me ha reprochado.

—Y un hombre nunca entenderá lo que significa ser inteligente y no dejarse llevar por sus impulsos.

—Si me dejase llevar por mis impulsos, ahora mismo te follaría contra esa pared, así que no me hables de controlar impulsos. Soy experto en esa materia.

Y así me ha puesto un punto en la boca y muy caliente para el resto del día.

Por cierto, el chico que nos ha dado el peluche ha venido a buscarnos a la hora de comer para devolverle a Irion los quinientos dólares que se había

gastado, además de pedirle mil disculpas. Por más que le he preguntado después, no ha querido contarme nada al respecto.

—Los Corleone nunca desvelaban sus secretos. —Me ha guiñado un ojo.

—Los Corleone al lado de Los Miller son simples corderitos.

—¡No lo dudes, pequeña!

Y es que ese aire de matón me pone siempre tan cachonda que no me resisto a besarlo cada vez que tengo la menor oportunidad, por eso mismo, me he subido encima de sus piernas a horcajadas para besarlo como nunca, delante de todos los presentes en el restaurante de Los Piratas del Caribe; pero, sobre todo, para marcar territorio ante las princesas Disney, que no han parado de ponerle ojitos a mi hombre y de contonearse alrededor de nuestra mesa durante toda la comida, las muy zorras.

«¡Muérete de envidia, Ariel!»

—¡Por Dios, Zoe, o te alejas o te la meto aquí mismo, y no es broma! —ha gruñido contra mi boca.

—Hay una espera de horas para ir al baño —he ronroneado sin apartarme.

Tan sólo la fina tela de su pantalón y la de mis braguitas nos separaban. Al pensarlo me ponía enferma y, por lo visto, no era la única.

Él se ha separado sólo un ápice de mí, pegando su frente a la mía y respirando con dificultad. Me ha mirado con unos ojos llenos de sufrimiento y dolor, mientras sujetaba mi rostro entre sus fuertes manos.

—Cada puto momento que paso contigo maldigo el día en que te conocí, Zoe, porque aquel día perdí mi voluntad para entregártela a ti. Haz conmigo lo que quieras, no me importan las consecuencias —ha jadeado.

—¿Lo harías?

—Lo estoy haciendo. —Ha suspirado con sus ojos cargados de lujuria.

He comprendido, entonces, que no hacía falta la unión carnal para tener un orgasmo, porque Irion me acababa de hacer el amor con la mirada, dejándome noqueada y fuera de juego por completo.

He sabido que, si yo se lo pidiese, sería capaz de lanzar la comida por los

aires y tomarme sobre aquella mesa, sin contemplaciones hacia ninguna de las personas presentes, aunque aquello conllevara pasar un tiempo en la cárcel por escándalo público y, más aún, teniendo antecedentes.

—Hay veces que esto me da miedo —ha asumido.

Por eso me he bajado de sus piernas, temblorosa y como buenamente he podido, para sentarme en mi sitio y volver a recobrar el aliento, además de una temperatura corporal normal.

—Hay veces que es mejor pensar con el cerebro —he admitido.

Él ha seguido comiendo, un tanto aturdido por lo sucedido y con el bulto del pantalón clamando venganza.

* * *

El resto del día ha transcurrido sin mayores percances, con muchas risas, arrumacos y fotos para el recuerdo. Hemos paseado cogidos de la mano por esos parajes de ensueño, nos hemos besado sin censura y me he reído como nunca. Hoy hemos sido una pareja normal disfrutando el uno del otro, sin problemas ni reproches. Desde luego, si es cierto lo que dicen que por cada minuto de risa vives un día más, yo he alargado mi existencia hasta el infinito.

Y es que últimamente me están sucediendo cosas maravillosas gracias a él. Me refiero a emociones, sentimientos y miles de sensaciones nuevas que jamás soñé experimentar. También hay otras muchas cosas que estoy aprendiendo a su lado, como a superar nuestros miedos. Otras, que en toda mi vida no había sabido valorar, como el calor de un hogar, que, aunque no tenga muebles ni bienes materiales, está repleto de amor. E incluso me ha hecho apreciar detalles que pasaban desapercibidos para mí. Ahora me atrevo a afirmar que el dinero no puede comprarlo todo y que Irion me está regalando una nueva vida, consiguiendo que sea mucho mejor persona. Y por ello, siento que cada minuto que paso junto a él me enamoro un poco más.

Y volviendo al presente:

—¡Ya estoy aquí! —grita de repente en mi oído, apareciendo a mi espalda, por lo que me asusto y doy un brinco. La gente a nuestro alrededor se ríe.

—¿Vas a estar todo el día así? —Le doy un golpe en su firme estómago a modo de advertencia, mientras toma asiento a mi lado.

—Tengo que vengarme por haberme obligado a ver un desfile de princesas de más de una hora y por el miedo que me has hecho pasar en esa maldita casa. —Me amenaza con el dedo y de nuevo vuelvo a reírme al recordarlo—. Calla, que ya empieza —sisea.

—El desfile te ha encantado, no lo niegues —cuchicheo al tiempo que observo que él retiene una sonrisa mientras sigue mirando al frente, intentando no prestarme atención.

Y es que ha flipado con todo en general, desde que hemos entrado esta mañana hasta ahora, sobre todo con los protas de Marvel, pero creo que trata de no mostrar demasiada euforia por si dejase de parecerme tan macho alfa.

Comienza a sonar una emotiva música, preciosa, y al instante se ilumina el cielo oscuro con el increíble espectáculo pirotécnico que da comienzo. A la vez que esto ocurre, el castillo se va iluminando de distintos colores, dependiendo del tono de los fuegos en el cielo. Resulta algo prodigioso para todos los sentidos, es mágico y, sin darme cuenta, Irion ha cogido mi mano para contemplarlo juntos.

—Dicen que aquí los sueños se hacen realidad —susurro en su oído.

Entonces me mira con unos ojos llenos de promesas e ilusiones, llenos de esperanzas, pero sobre todo llenos de amor.

El último de los resplandecientes proyectiles celestiales ilumina la oscuridad del firmamento, pero también la de mi alma, pues se trata de un mensaje que reza con letras de fuego:

CÁSATE CONMIGO, OJAZOS

Clavo los ojos en él, que se levanta de su asiento decidido, sin soltar mi mano, para postrar una de las rodillas en el suelo. A mí se me detiene el corazón y me falta el aliento.

—¿Qué haces? —pregunto atontada.

—Hacer realidad mi sueño —contesta.

Con una señal de la cabeza a la señora que está sentada detrás de nosotros, logra que ella le pase un globo enorme con forma de... ¡anillo!

—Zoe O'Connor, por mucho que me he resistido, he terminado cayendo en tus redes y me he enamorado de ti como un tonto, por eso quiero pasar el resto de mi vida contigo. No te prometo riquezas, porque ni siquiera tengo dinero para regalarte un anillo en condiciones, aunque este diamante seguro que es el más grande que te han dado en tu vida —bromea, pues el globo tiene un diamante del tamaño de mi cabeza—, pero te juro que dedicaré mi vida entera a hacerte feliz.

No soy capaz de articular ninguna palabra. Me he quedado helada, sujetando la cuerda de ese enorme globo como una idiota.

—¡Dile que sí! —La gente a nuestro alrededor nos vitorea, sacándome de mi ensimismamiento.

—Si no se lo dices tú, me lo quedo yo —exclama una señora, haciendo reír al resto.

—¿Quieres que te ayude a decidirlo? —pregunta él nervioso.

Entonces, saca un papelito doblado del bolsillo trasero de su pantalón. Compruebo que se trata de un billete de un dólar y me lo da. Lo desdoble y leo algo escrito con tinta roja:

«Sí quiero.

Firmado: Zoe O'Connor».

Lo miro con una sonrisa tonta.

—Eres un tramposo —le recrimino.

—Sabía que habías leído mi pregunta, lo hice a propósito.

¿Lo ha sabido desde entonces? No puedo creerlo.

—Supongo que no me queda más remedio que decir que sí —admito—, está escrito.

Entonces, se levanta con una enorme sonrisa dibujada en su rostro para rodear mi cintura entre sus manos y besarme con todo su ímpetu en medio de los sonoros aplausos y vítores de todos los presentes.

—¿Y si te hubiese dicho que no? —lo provooco pegada a sus dulces labios.

—Si te hubieses negado pensaba obligarte, tengo en mi poder un documento con tu firma y eso vale más que tu palabra.

—¿Estás de broma?!

Él se ríe.

—Era mi última opción, pero por supuesto que la hubiese utilizado.

—¿Sabes que eres un ser mezquino? —Me río.

—No menos que tú, has preparado una fiesta de cumpleaños encubierta.

¡Pillada!

—¿De qué cumpleaños me hablas? —Intento hacerme la tonta, pero no cuela.

Él suelta una carcajada.

—¡Qué mal se le da mentir, señora Miller!

¡Ay, Dios! ¡La señora Miller! La cara roja de mi madre, tipo emoticono cabreado con pelo rubio, asoma a mi mente, pero me apresuro a borrarla de un plumazo. ¿Dónde me he metido?

—Feliz cumpleaños —susurro con una sonrisa, dándole un beso en los labios.

—El más feliz de toda mi puta vida.

Mastica bien esa envidia, anda, no te vayas a atragantar.

CAROLINE, *The man-hater*

—No digo que te quiero por miedo a que te desvanezcas —susurra mientras atraviesa la puerta de la suite del Disney’s Grand Californian Hotel & Spa, conmigo cogida en brazos, como si fuese nuestra noche de bodas.

—Irion, creo que no lo has pensado demasiado bien, ni siquiera conoces a mi familia. —De pronto, mi abuela Isabel aparece en mi mente, riéndose de mi madre y de su obsesión porque me despose con un hombre de buena posición.

—Te conozco a ti y todo lo demás me da igual.

—Uy, no estés tan seguro de eso —auguro.

Me deja caer sobre la inmensa cama blanca que hay en medio de la gran suite.

—Zoe, me he enamorado de tus ojos, de tu pelo, de tus piernas, de tus labios, de tus hoyuelos, de tu sonrisa, de tus pechos, de tu culo, de la manera en la que gimes cuando te hago el amor..., pero sobre todo me he enamorado de tu interior, porque eres una mujer única que sabe quién es en la vida, tan segura de sí misma que me ha conquistado, y ésa es la manera más peligrosa que existe de enamorarse, porque nada ni nadie podrá cambiarlo nunca.

Irion pasa la mano por encima de mi garganta para deslizarla a través de mi clavícula hasta mis pechos, donde acaricia mis pezones con los pulgares, deteniendo las manos justo ahí.

Mi corazón se dispara, no creo que me acostumbre jamás a su tacto, pues un incendiario deseo nace en mi entrepierna, concentrándose detrás de mi ombligo. Me muerdo el labio inferior y, sin poder evitarlo, cierro los ojos para saborear mejor sus caricias.

Desliza los dedos por mi abdomen hasta mi cintura, de manera lenta y sensual. Abro los ojos y centro la mirada en él, que me sonríe ensimismado. Baja sus ojos lascivos hasta mi sexo, adonde lleva también los dedos para abrirme con sumo cuidado, admirando sin pudor mi sexo. No me acaricia, ni me hace nada, sólo me contempla; entonces, siento que me humedezco y que mi vagina comienza a palpitar sin poder evitarlo.

—Estás... —Se queda sin voz al darse cuenta de que mi sexo permanece palpitante y mojado ante su cara— roja, hinchada y muy húmeda—. Termina su frase en un tono ronco por el deseo.

—Tengo hambre de ti —jadeo, intentando no ruborizarme al estar tan expuesta a él.

—¿De mi lengua o de mi polla?

Coloca las manos en mis tobillos para mantener mis piernas abiertas y me obliga a que me estire hasta él.

—De las dos —gimoteo.

Él suelta un bufido.

—Todavía no sé hacer contorsionismo, pero podemos llamar a algún camarero para que nos eche una mano. —Su perversa sonrisa me envalentona.

—De acuerdo, hazlo —lo pico.

Sus ojos se tornan negros.

—No voy a dejar nada de ti para nadie más, ¿me oyes? —ruge enojado—. Me encargaré de que conmigo tengas suficiente.

Así que Irion se lanza sobre mi sexo para devorarlo sin clemencia. No necesito preliminares, porque ha sido suficiente con mirarme para tenerme a

su merced. Su lengua y sus labios me fustigan sin piedad, absorbiendo mi sexo, primero un lado y luego el otro, sin prisa pero sin pausa.

No tengo palabras para describir lo que me está haciendo; dejo caer el cuello hacia atrás para degustarlo y lo agarro del pelo con las manos para mantenerlo en el lugar que necesito. Nunca había sentido algo así, y eso que ya había tenido sexo oral otras veces, pero Irion es..., es... ¡Joder!

—¡OH-DIOS-MÍO! —grito a la vez que miles de espasmos se apoderan de mi cuerpo, volviéndome loca y provocando que me corra en su boca.

Entonces, se levanta y se desnuda a toda prisa de cintura para abajo para penetrarme mientras todavía siento convulsiones. Menea las caderas arriba y abajo, acompañando sus profundas inmersiones con precisas caricias de su dedo pulgar en mi clítoris.

—¡Vamos, nena, dámelo, sé que puedes! —gruñe sin dejar de mirarme.

No sé cómo, pero de pronto enlazo un fuerte orgasmo con el que ya casi se había extinguido, haciendo que gimiera como nunca y que pierda la conciencia en un mundo de éxtasis. ¡Esto no puede ser posible!

Se inclina sobre mí y me da un beso fugaz en los labios antes de correrse en mi interior y desplomarse a mi lado.

No recobro el aliento hasta que ha pasado un buen rato. Descanso sobre su pecho desnudo, exhausta, mientras regala mimos y caricias a todo mi cuerpo.

—Nunca me habían gustado los arrumacos poscoitales —le confieso, pues es cierto que siempre he huido de este tipo de intimidad, me hacen sentir incómoda. Pero con él es distinto, hasta me atrevería a afirmar que me reconfortan.

—Si he de serte sincero, los he descubierto contigo.

—Bueno, lo tuyo es normal, si siempre te follas a las mujeres en baños, callejones, desiertos y coches, no hay lugar para caricias —me burlo.

—¡Perdone por no llevarla a un hotel de cinco estrellas, Su Majestad! Pero si tanto le desagradaban esos lugares, haber presentado una hoja de reclamaciones —protesta.

—No me desagradaba en absoluto. —Le doy un beso en los labios y sonrío—. De hecho, creo que el polvo en aquel callejón fue lo que me enamoró de ti.

—¡Lo sabía! Miles de hombres deslumbrándote con joyas y cochazos, pero tú sólo necesitabas que te tratase como a una cualquiera en un callejón oscuro para caer rendida a mis pies; ¿quién coño entiende a las mujeres? — Se ríe sardónico, negando con la cabeza.

—Supongo. Estoy segura de que tu increíble físico y esos ojos enigmáticos no tuvieron nada que ver —añado.

De pronto, suenan unos fuertes golpes en la puerta de nuestra habitación y yo me asusto, pues deben de ser las tres de la madrugada y nadie nos conoce aquí, que yo sepa, claro.

Oigo al otro lado de la puerta muchos gritos y una inconfundible voz por encima del tumulto:

—¿Quién te crees que eres tú para impedirme entrar en esta maldita habitación?!

—¡La madre que la parió! —grito a la vez que me levanto de la cama para envolver a toda prisa mi cuerpo con la sábana que hasta ahora mismo nos cubría a ambos.

Irion me observa sorprendido, sin comprender de qué va todo esto.

De pronto, la puerta de la suite se abre de par en par y mi santa madre aparece como alma que lleva el diablo en medio del salón.

—¡Me negaba a creerlo, Zoe! —despotrica, mirando roja de ira a Irion, que está desnudo sobre la cama, tapando sus intimidades con ambas manos y flipando en colores—. ¡Pero ya veo que, una vez más, te empeñas en humillarme públicamente!

Nunca la había visto tan exasperada.

Su guardaespaldas la espera en la puerta de entrada, al tiempo que impide pasar a los trabajadores del hotel. Sin duda está hecho a su imagen y semejanza.

—¿Quién coño es esta loca, Zoe? —pregunta Irion irritado.

—Irion, te presento a mi madre, Ashley O’Connor —le informo.

Él se queda blanco.

—¡Dime ahora mismo que no es cierto que te vayas a casar con este muerto de hambre! —exige mi madre sin ni siquiera mirar a mi ya prometido.

Una rabia incandescente sube desde mi estómago para instalarse en mi garganta.

—¡Claro que me voy a casar con él!

—Eso no ocurrirá jamás, le diste tu palabra a Richard —alega.

—Yo no di mi palabra a nadie, fuiste tú. Cásate con él, si tantas ganas tienes.

—¿Es que acaso no piensas en la vergüenza que vas a hacer pasar a nuestra familia?! —chilla desesperada.

—¡La única vergüenza de nuestra familia eres tú!

—¡Oh! Te arrepentirás de esto, jovencita —me amenaza, apuntándome con un dedo.

Acaba de descubrir el gran globo en forma de anillo que permanece atado al respaldo de una silla junto a ella y lo fulmina con la mirada, como si se tratase de un arma de destrucción masiva.

—De lo único que me arrepiento es de tener algo que ver contigo —escupo—. Una madre en su sano juicio debería alegrarse porque su hija se haya enamorado y se vaya a casar con el hombre que ama, y no pensar en el qué dirán.

—Ese hombre al que tanto amas ahora te abandonará en cuanto se aburra de ti; ¿no ves que sólo le interesa tu dinero? ¡Eres tonta!

—¡Eso no se lo permito! —ruge Irion a mi lado.

Se ha levantado de la cama y permanece junto a mí, desnudo pero con la cabeza erguida, con mucha más dignidad que mi progenitora, tapándose las vergüenzas con ambas manos y desafiando a una de las mujeres más

poderosas de Los Ángeles, que además, ahora, también es una madre desquiciada.

—Voy a casarme con él, mamá —digo bajando el tono.

Las llamas fulguran en sus ojos.

—¡Por encima de mi cadáver! —exclama, mientras se vuelve con paso firme hacia la puerta de salida, no sin antes pinchar el gran globo con algo que llevaba en la mano.

—¡Pues que así sea! —grito enfurecida por lo que acaba de hacer, antes de que salga para siempre de la suite, pegando un fuerte portazo.

Irion me mira a los ojos, está muy preocupado.

—Zoe, siento haberte ocasionado este problema. He hecho las cosas sin pensarlas, ha sido un día tan bonito que quería recordarlo para siempre y no he considerado las consecuencias, ni quién eres —se lamenta, mirando apenado el globo pinchado en el suelo.

—Probablemente haya salido en todas las noticias —comento pensativa, con la mirada perdida.

—Lo siento de veras, nena.

Nos volvemos a mirar.

—No tienes que sentir nada, Irion. Tarde o temprano se iban a enterar. Mi madre sólo es capaz de preocuparse por sus propios intereses y en sus planes no entraba que la única hija que creía que le rendía pleitesía fuese a hacerle semejante boicot.

—Desde luego, ya no cuento con caerle bien a mi suegra —comenta muy serio, y yo dejo escapar un bufido.

—Nadie le cae bien a tu suegra. Al menos, nadie que no sea poseedor de un imperio.

—Eh, ojazos, ¿estás bien? —Me levanta la barbilla con un dedo para que lo mire de nuevo a los ojos.

No voy a confesar que me da miedo introducirlo en este universo de alimañas y falsas apariencias en el que vivo, porque él es mucho más puro e

inocente que todo eso. Se cree que sabe de qué va la vida y se hace el duro, pero en realidad no tiene ni idea de lo que implica el universo de las finanzas y la alta sociedad. Ni siquiera yo, que lo he mamado desde la cuna, lo comprendo. Sólo los seres sin escrúpulos, como Richard o mi madre, se mueven como peces en el agua en este mundo asqueroso.

—Sí, tranquilo, ya estoy acostumbrada a sus arrebatos, no te preocupes, se le pasará —le miento, para que se calme.

—Y yo que contaba con meterme a tu madre en el bolsillo con mis increíbles ojos azules para que intercediese por mí ante tu padre —bromea, y dejo escapar una sonrisa por su esfuerzo para que no me sienta tan mal.

—¡Bah! Será al revés, mi padre es como un oso de peluche. Le caerás bien. Ella llegará ahora a casa como alma que lleva el diablo, soltando sapos y culebras sobre nosotros, pero mi padre sabrá cómo aplacarla.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo se las ingenia para sosegar al diablo?

—Con la Visa Oro. —Le guiño un ojo y se ríe.

Sé que esa risa no llega a sus ojos, aunque trate con ella de disimular su preocupación. Piensa que no está a mi altura y que todo esto supondrá un problema para mí, y seguro que se arrepiente de haberlo hecho, pero voy a demostrarle que se equivoca y que yo no soy como ellos.

—Irion, olvídate de todo —le propongo, abrazándome a su cuello a la vez que dejo caer la sábana que me envuelve—. Esta noche es nuestra y no permitiré que nada ni nadie nos la estropee, ¿de acuerdo?

Mira mis pechos con sus pupilas ya dilatadas. Me excita muchísimo causarle tanta impresión y que pierda la cabeza de esa manera con tan sólo mirarme. Saber que ejerzo ese poder sobre él me enloquece, aunque he de confesar que provoca lo mismo en mí, pero él no debe saberlo nunca.

—Amén —dice, mientras me coge entre sus brazos para llevarme de vuelta a la cama.

* * *

Horas después, nos quedamos dormidos, por fin saciados, después de habernos amado como nunca antes pensé que se podía amar. Hemos disfrutado de nuestros cuerpos, de nuestros sabores, de nuestros olores, de nuestras texturas... Pero, sobre todo, de esa complicidad que se ha creado entre nosotros de una manera incomprensible. Lo necesito como no he necesitado a nadie. Parece que él es el único que me comprende y con el único con el que quiero compartir todo, hasta mis pensamientos.

—Sólo espero que lo que soy no te asuste y te vayas —susurro antes de dormirnos.

—Nada puede asustarme ya, ojazos. Aunque tú me veas como un ser delicado al que debes proteger, créeme, no lo soy. He cometido delitos de todos los colores, algunos que ni siquiera me atrevo a decir en voz alta y de los que me arrepiento cada día, pero no puedo cambiar el pasado, sólo aprender a convivir con él. Las situaciones que he vivido desde niño han forjado a fuego mi armadura y nada puede ahora derribarla, sólo tú. Por eso te juro que sólo me iré de tu lado si tú me lo pides.

Y con estas palabras me quedo dormida y feliz, aunque bastante asustada por lo que nos espera.

Y Dios dijo: háganse los idiotas, y naciste tú.

CAROLINE, *The man-hater*

Hace ya algunas semanas que Irion me pidió matrimonio y que lo obligué a instalarse en casa conmigo, pues, debido a mis extensas horas de trabajo, prácticamente no nos veíamos. Aun así, se niega a quedarse de manera definitiva, alegando que no es un mantenido y que quiere seguir trabajando en el taller; aunque mucho me temo que su madre y hermanos tienen bastante que ver en esa decisión, por lo que sólo nos vemos los fines de semana, tiempo que aprovechamos para viajar y follar como conejos.

Hoy es viernes y esta noche les he ordenado a todos mis empleados que ni se les ocurra aparecer por la casa. Ni siquiera a Marcia, que lo ha aceptado a regañadientes con la única condición de que le cuente todo mañana. Sé que no se termina de fiar de él, por mucho que trate de ocultarlo.

La puerta de la entrada se abre para que mi fornido prometido aparezca con su mono engrasado del taller. *Fenrir* corre a saludarlo con la efusividad que le caracteriza; tiene tanta fuerza ya que casi logra tirarlo al suelo. Los dos se abrazan como si fuesen novios, se han hecho inseparables.

—¿Debería ponerme celosa? —musito.

Él posa sus ojos sobre mí, que permanezco tumbada de costado encima de la gran mesa del salón, de una manera muy sensual. El lobo se marcha a la primera planta, parece que sabe que sobra. Está anocheciendo y las chicas han llenado toda la estancia de velas, por eso intuye en la penumbra que llevo

lencería negra de encaje de la que a él le gusta, es decir, de zorra total, acompañada de unos finos tacones de aguja del mismo color.

—Nadie podría luchar contra ti, ojazos —ronronea.

Se acerca con paso lento, sin apartar sus ojos lascivos de los míos, admirando mi anatomía y desvistiéndose sin prisa para que yo también pueda admirar su perfecto cuerpo mientras se acerca.

Cuando llega a mi altura sólo le queda el bóxer negro de Armani.

—Veo que me has echado de menos hoy —afirma meloso.

Pasa los dedos por uno de mis muslos, casi sin rozarme, provocando que toda mi piel se ponga candente al paso de su tacto. Después, detiene su camino y asciende hasta acariciar de forma muy sutil la piel que hay entre mis pechos, pero sin llegar a tocarlos.

Abro las piernas para mostrarle que el corsé no tiene nada de tela entre ellas y se muerde el labio inferior, intentando controlar las ganas que seguramente tendrá de tocarme justo ahí.

—¿No estará tu niñera por aquí? —pregunta de repente.

—Esta noche he ordenado apagar las cámaras y desalojar la casa —le informo.

—Mmm, eso me encanta, toda para mí —dice a la vez que me rodea con sus poderosos brazos, para sentarme sobre la mesa y mirarme con cara de seductor fatal intentando cautivar a su presa.

Yo le rodeo la cintura con las piernas para sentir su dureza con más intensidad. Lo único que nos separa es la fina tela de su ropa interior. Nos miramos a los ojos. Abro los labios, sedienta de sus besos, y él enseguida responde a mi deseo, incluso con más ganas que yo. Es impresionante cómo me besa, cómo enciende cada célula de mí al hacerlo y cómo echo de menos ese húmedo contacto cuando no lo tengo.

Pero de pronto me detengo para encararlo y él abre los ojos, impactado por mi determinación. No sé si ahora será el momento preciso para lo que voy a pedirle, pero si me espero a que el tema avance más, no podré detenerme y,

una vez que hayamos terminado, ya no tendrá el cerebro sin sangre para prometerme cualquier cosa que le pida.

—Irion, quiero que trabajes para mí.

¡Toma ya! ¡Sin vaselina!

Él parpadea un par de veces, estupefacto, para intentar asimilar lo que está sucediendo.

—¿Has preparado todo esto para convertirme en tu empleado?

—Podría ser una forma de verlo —resoplo, haciéndome la buena e intentando no romper el hechizo sensual en el que estábamos sumidos.

—Conque la mujer sin escrúpulos que todos aseguran que eres comienza a asomar la patita...

—No seas tonto, lo he estado pensando y creo que sería beneficioso para todos —murmuro contra su cuello.

—¿No tuviste bastante con amueblar la casa de mi madre y la mía, sino que ahora también quieres regalarme dinero todos los meses?

Se separa de mí, para intentar mantener la cabeza fría. Yo me incorporo.

—Irion, eres muy inteligente, nunca has podido estudiar y creo que en el taller estás desaprovechado. En la empresa puedes aprender muchas cosas y te pueden promocionar; no quiero regalarte nada porque sé que tienes demasiado amor propio para aceptarlo sin haberlo conseguido por ti mismo, sólo pretendo brindarte la oportunidad que la vida no te ha dado nunca.

Comienza a deambular por la sala, parece enojado.

—¿Pues sabes lo que creo yo, Zoe? Que te avergüenzas de que trabaje en un taller —me reprocha.

—¡¿Qué?! ¡¿Ya estamos de nuevo con tus complejos y tus paranoias?!

—¡No son paranoias! Quieres cortarme las alas para que me convierta en lo que no soy —contraataca.

—Irion, yo me he enamorado de tus alas, ¿cómo se te ocurre pensar que te las quiero cortar? —exclamo indignada.

—¡Bonita manera de enamorarse de alguien, queriéndolo cambiar!

—No quiero que cambies, maldita sea, sólo pretendo verte más —me defiando.

—¿Acaso quieres que crea que vas a presentar a tu marido en las reuniones de la alta alcurnia de Beverly Hills como a un simple mecánico? ¡No me hagas reír!

Ni siquiera había pensado en eso, pero tiene algo de razón; en cuanto la gente le pregunte en qué trabaja y él conteste, se van a partir de risa por la broma.

—Sabes que no me importa lo que digan, jamás me ha importado la opinión de la gente y me ofende que lo insinúes.

—Si eso fuese cierto, ¿por qué ni siquiera me has presentado a tus padres? —Resiste al frente.

Me quedo mirándolo, boqueando como un pez, sin saber qué decirle.

—¿Lo ves? Una cosa es lo que queremos nosotros y otra muy distinta es la realidad, y nuestra cruda realidad es que yo no encajo en tu mundo. —La tristeza que reflejan sus ojos me parte el corazón.

Me entran unas ganas enormes de vomitar, pero lo retengo. Él es consciente de mi arcada, aunque lo pasa por alto.

—Irion, renunciaría a todo cuanto tengo por estar a tu lado, no necesito las mansiones, ni los diamantes, ni los coches. Lo único que necesito eres tú. — Las lágrimas han acudido a mis ojos sin que nadie las haya llamado; últimamente estoy demasiado sensible, pues jamás lloraría en medio de una discusión, mi orgullo no me lo permite.

—No lo entiendes, Zoe, no quiero que renuncies a nada por mí, joder.

Se revuelve el pelo con una mano.

—¿Entonces...?

—Quizá nos hayamos precipitado con todo esto y...

—¡No puedes estar hablando en serio! —grito fuera de mí.

Todo cuanto tenía preparado para una noche romántica perfecta se ha truncado y se ha convertido en una auténtica pesadilla. Ya me imaginaba

yendo al trabajo en el coche con él, saliendo a tomar una cerveza al terminar el día, yendo a su despacho para mantener sexo descontrolado sobre su mesa y otras mil cosas más.

Me levanto demasiado rápido y me caigo al suelo sin darme cuenta de cómo ha sucedido.

De pronto, todo se torna negro.

Soy la heroína de mi vida, no necesito que ningún hombre me salve.

CAROLINE, *The man-hater*

—Eh, ojazos.

Esa bendita palabra, susurrada como un gran secreto en mi oído, consigue que mis ojos respondan y se abran para buscar su procedencia, encontrándola enseguida a mi lado.

—Irion, ¿qué ha... —Intento hablar, pero tengo la garganta seca y no me salen las palabras.

Él acaricia mi pelo con dulzura y me mira como si estuviese al borde de la muerte, parece que incluso tiene los ojos enrojecidos de haber llorado.

—¿Qué ocurre? Me estás preocupando.

—No sé cómo decirte esto, yo...

—Irion, como se te ocurra dejarme otra vez, te perseguiré hasta los confines de la Tierra para arrancarte los huevos.

—Vamos a ser padres.

—¡¡¡¿¿¿Vais???!!! ¡¡¡¿¿¿Quiénes???!!! —exclamo.

Él suelta un bufido y retiene la risa como puede.

—¡Tú y yo!, bueno, espero que sea mío.

—¡Estarás de broma! ¡O borracho!

—No bromearía con algo así. —Enarca una ceja, no logro desentrañar lo que oculta su expresión.

Me incorporo del sofá donde me encuentro tumbada para comprobar por

la puerta de la terraza que es noche cerrada.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Te lo han dicho los espíritus de la noche? —insisto.
Niega con la cabeza.

—Tu ginecólogo acaba de marcharse, el informe está sobre esa mesa, estás de seis semanas —me explica con una cara de tonto desconocida para mí hasta el momento.

¡No es posible que esté así de tranquilo!

—¿Pretendes que crea que mi ginecólogo ha venido en plena noche sin que ni siquiera tengas su número de teléfono? Una artimaña así debería usarla yo para retenerte a mi lado, ya que eres tú el que pretende dejarme por tener demasiado dinero.

Creo que me estoy autoconvenciendo para no aceptar que me va a dar un ataque de pánico, pues, efectivamente, puedo estar embarazada porque hace bastante que no tengo el periodo y, sobre todo, porque no hemos usado precauciones.

¡Mierda!

—Marcia está retenida en contra de su voluntad para dejarnos a solas hasta que te diese la noticia, ha sido ella la que ha llamado a tu médico.

—Entonces ¿estás hablando en serio?

Asiente y sonrío.

—Pero... tú no querías tener hijos..., yo...

—Tienes razón, no quería ser padre —me interrumpe—. No quería hasta hace unos minutos. Pero todo mi mundo ha cambiado de repente. En cuanto he visto ese maldito aparato confirmar mis sospechas, mis prioridades se han dado la vuelta y, ahora mismo, siento que nada podría hacerme más feliz que tener un hijo con la mujer de mis sueños.

Posa su gran mano sobre mi vientre con dulzura y yo mantengo la mirada fija en esa parte de mi cuerpo.

—Pero no estoy preparada, Irion —le confieso.

—¿Y yo lo estoy? —Suelta una carcajada—. Vamos a ser los mejores

padres del mundo y lo aprenderemos juntos, ojazos. Confía en mí, todo va a salir bien, ya lo verás. Ven aquí.

Me cobijo bajo su gran cuerpo y él me abraza con fuerza.

—Estoy cansado de huir —claudica, apoyando su cabeza sobre la mía.

—Pues no huyas, quédate conmigo —le pido.

—El peor de mis problemas es la necesidad que tengo de ti.

Él inspira y suelta un gruñido. Supongo que está llorando, pero no quiero coartarlo y por eso no hago nada, tan sólo permanezco a su lado.

—Necesito que me prometas que nunca te rendirás conmigo, Zoe —susurra—. Necesito que me des algo a lo que aferrarme, algo que no se esfume, me da vértigo todo esto —admite por fin.

—Te amo, no sé cuándo fue, ni dónde, ni por qué, pero por todos los dioses que te amo, maldito capullo; ¡aférrate a eso!

Y es que su amor es justo así, como el océano, me intenta empujar hacia fuera, tratando de alejarme, pero en realidad lo que hace es absorberme en su inmensidad.

Me remuevo para colocarme a horcajadas sobre sus caderas, abriendo las piernas, y él, aceptando mi invitación, me penetra.

Hacemos el amor como creo que nunca lo habíamos hecho antes, en silencio, concediéndonos cada secreto con cada roce de nuestra piel, afianzando nuestra intimidad con cada jadeo, disipando nuestros temores en cada beso, con toda la ternura del mundo en cada caricia y renovando nuestra absoluta confianza cuando rompemos en un fuerte orgasmo mutuo.

—Irion, eres importante para mí desde el momento en que te conocí, de una manera que ni yo misma entiendo, pero así es.

—A mí me pasa lo mismo. Te amo, ojazos, tanto que estoy cagado de miedo.

Me coge en brazos para subir a mi cuarto, sin dejar de besarnos por el camino y para culminar allí lo que queda de noche, celebrando nuestra inesperada pero honrada paternidad.

No importa con cuánta fuerza quieras darle al mundo a probar de su propia medicina, jamás valdrá la pena perderse a una misma.

CAROLINE, *The man-hater*

—Voy a ser madre —suelto.

Caroline escupe el batido de vainilla que acaba de sorber con su pajita sobre el mantel y sobre la cara desencajada de Jacob.

—¿Estás tonta?! —la reprende él, separándose de la mesa para limpiarse rápidamente con la servilleta—. Joder, esta camisa vale quinientos pavos —se queja.

—¡¡¡¿¿¿Quieres que muera joven o qué???! —Caroline pasa de él para taladrarme con sus ojos felinos—. ¡El mes pasado me entero por la tele de que te casas! ¿Y ahora sueltas que estás embarazada, como aquel que habla del tiempo? ¡Te odio! —Está fuera de sí.

—¿Se lo has contado a tus padres? ¡Van a matarte! Lo sabes, ¿no? —añade Jacob.

—Gracias por vuestras felicitaciones y por vuestro júbilo, chicos, no esperaba menos de vosotros —les reprocho en un tono muy seco.

—¡Ah, que pretendes que te dé la enhorabuena! ¡Eso significa que al menos sabes quién es el padre! —comenta Caroline.

—¡Oye, bonita! ¡No todas tenemos una vida sexual tan prolífera como la tuya! ¡Desde luego que sé quién es el padre, el hombre con el que voy a

casarme y del que estoy enamorada! ¡Ah, perdona, que tú no sabes lo que es eso! —exclamo indignada.

Cría cuervos.

Los dos me observan atónitos, parece que les he confesado que tengo el sida.

—¿Qué coño os pasa? —protesto.

Ellos se dedican una mirada sospechosa.

—Nena, nadie da un duro por vuestra relación —suelta la arpía de Caroline.

Mi cara denota la auténtica consternación de la que soy presa.

—Joder, mira que tienes tacto —la regaña Jacob, a la vez que coge mis manos por encima de la mesa para acariciarlas y de esta forma intentar tranquilizarme—. Lo que trata de explicarte la bruja del cuento es que no creemos que ese hombre sea digno de ti, Zoe —expone mi amigo—. Al principio, no le dimos la más mínima importancia a vuestra relación, pues supusimos que era un simple capricho y que se te pasaría con el tiempo, ya sabes, la niña pija y el chico malo, pero ahora nos hemos quedado helados al ser conscientes de que ese tío se ha pasado mucho dejándote embarazada... Aunque quizá todavía no sea demasiado tarde; ¿de cuántas semanas estás?

No logro pronunciar ni una palabra.

—Conozco una clínica en Santa Mónica donde te lo hacen todo sin firmar nada, ni dar tu identidad —añade Caroline.

Yo clavo mis ojos anegados en lágrimas en los de ella. Si me dejase llevar por mis impulsos, ahora mismo le hincaría el cuchillo que tengo frente a mí en su estilizado cuello de reptil.

Me levanto para amenazarlos con el dedo y para que todos los presentes en este lujoso restaurante sean testigos de lo que son capaces las alimañas.

—¡No puedo creer que venga a compartir con mis dos mejores amigos la noticia más feliz de mi vida y vuestra respuesta sea que renuncie al único

hombre al que he amado y que asesine al hijo que llevo en mi vientre! —grito colérica.

Ellos se mueren de la vergüenza, pues todos los miran con cara de reproche. Jacob se levanta para intentar calmar los ánimos.

—Nena, no es así...

—¡No me toques! —Lo esquivo—. Me acabáis de demostrar la clase de personas que sois. ¿Acaso creéis que por tener más dinero sois mejores que él? ¡Pues por mí os podéis pudrir en el infierno con vuestros malditos millones, porque habéis perdido una amiga para siempre, y eso sí que no se compra ni con todo el oro del mundo!

Me doy la vuelta y salgo del local a toda prisa para que no me vean llorar.

Una vez que estoy en el coche con Kenneth, me pregunta preocupado si me encuentro bien.

—Llévame al taller donde trabaja Irion, por favor, es el único sitio donde me encontraré mejor.

Una vez allí, salgo del coche a toda prisa y enseguida lo veo, agachado sobre el capó de un coche. Corro hacia él, que no tarda en levantar la vista, como si hubiese intuido mi presencia. Me abalanzo sobre sus brazos abiertos y lloro sobre su pecho con todas mis ganas.

—Chiss, nena, tranquila, ¿qué te ocurre? —pregunta preocupado, sin dejar de abrazarme.

—Mis amigos son unos desgraciados, no quiero volver a verlos nunca más. —Sollozo contra su pecho, descargando en él todo mi dolor, sin darme cuenta de que con ello el dolor no desaparece, tan sólo se cambia de bando.

—¿Qué te han dicho?

—¡Que mate a nuestro bebé!

Él suelta un rugido, pero consigue morderse la lengua. Por mí.

Me separa de su pecho, sujetándome por los hombros y mirándome a los ojos con el gesto consternado.

—¡Eh! No les hagas caso, ojazos, eso lo habrán dicho porque no saben

cómo reaccionar. Todos piensan que estoy contigo por tu dinero, pero me encargará de quitarles la razón con el tiempo. Ya lo hemos hablado muchas veces, cariño, lucharemos juntos contra todos, ¿recuerdas? —Lo conozco y deduzco por su tono, demasiado sosegado, que se está conteniendo... mucho.

—Ya lo sé, Irion, pero esperaba que al menos mis dos mejores amigos me comprendiesen y fuesen capaces de alegrarse por mí. Jamás imaginé que me dirían algo tan horrendo. ¡No se lo perdonaré nunca!

—Daría mi vida porque no tuvieses que pasar por esto, Zoe, es todo por mi culpa.

—¡No! La culpa es de ellos, ellos son los que juzgan a los demás por su posición social y no por la clase de personas que son. Si realmente fuesen mis amigos, deberían alegrarse por mí, porque por primera vez en mi vida soy feliz, y si no son capaces de hacerlo es porque no me quieren.

—¡Miller, vuelve al trabajo, basta ya de charlitas! —ruge una voz masculina a mi espalda.

—El jefe —me informa Irion, encogiéndose de hombros.

—¡Vaya modales! —me quejo.

—Sólo un momento, señor Hyton —le pide Irion.

—¡No hay momentos que valgan, vuelve al trabajo, maldito vago! —vocifera el jefe en un tono nada amigable.

—¡¿Maldito vago, dice?! —exclama Irion, encarándolo mientras se acerca hacia él amenazante. Intento retenerlo, pero se zafa de mi brazo.

Ahora que veo al jefe, se trata de un hombre de mediana edad, moreno, gordo y con bigote. Va vestido con un chándal azul muy cutre y sucio.

—¡Me he pasado la puta vida aquí metido haciendo horas extras que no me paga, sin vacaciones, ni descansos! —escupe Irion, pagando con él la mala leche que le han puesto mis amigos—. Y si mi mujer viene, tengo todo el derecho del mundo de atenderla, ¡y ni usted ni el mismísimo diablo va a impedírmelo!

El susodicho me contempla asombrado, pues es evidente que mi atuendo

no es como el de las demás mujeres de la zona.

—Te pago un sueldo todos los meses, ¿qué más necesita un muerto de hambre como tú?

Entonces Irion, de un solo movimiento, le asesta un puñetazo tan fuerte que lo hace caer al suelo. Yo grito y sus compañeros se apresuran a separarlo del jefe.

—Irion, tío, vete o te matará —le aconseja uno de ellos.

Mi prometido mira mi vientre aterrado, creo que se ha dejado llevar por los nervios y ha olvidado que en este barrio los problemas se saldan como en el viejo Oeste: a tiros.

Se acerca hasta mí, cogiéndome por el brazo para tirar de él y salir corriendo del taller. Yo le indico por dónde está el coche en el que Kenneth se encuentra esperando y nos montamos en el vehículo a toda prisa, mientras se oyen tiros a nuestra espalda. Mi guardaespaldas acelera y desaparecemos de allí en un solo segundo.

—¡Por Dios santo! —Poso la mano sobre mi acelerado corazón—. Esto no debe de ser nada sano para el bebé.

—Un poco de marcha no le vendrá mal —bromea Irion.

Y es que, no sé cómo se las apaña, pero siempre es la sal que le falta a mi aburrida vida.

—Y ahora, ¿qué harás? —le pregunto al cabo de un rato.

—Vamos a darle a mi madre la mejor noticia de su vida —me informa.

Kenneth aparca el coche frente a la casa de la madre de Irion. Bueno, en realidad no tengo muy claro de quién es la casa, pues si la compró con el dinero de Richard...

Entramos y no hay rastro de su madre. Observo lo bonitos y lujosos que son los muebles que hay por toda la casa, que, por cierto, les regaló una servidora. ¡Cualquiera diría que son pobres! El salón ahora no parece la misma estancia donde hace un tiempo nos sentamos en el suelo las dos.

—¿Madre?, ¿estás por aquí? —pregunta Irion, para que sepa que hemos

llegado.

Ella contesta:

—¡En la cocina!

Nos dirigimos hacia allí y la descubrimos cocinando con un vestido de esos enormes que suele llevar para que no se le marquen las curvas.

—¿Qué haces aquí tan temprano, hijo? ¿No deberías estar...? —Se detiene en cuanto se vuelve y me ve—. ¡Zoe, cariño, qué alegría! —exclama, limpiándose las manos en el vestido para abrazarme.

—Hola, Anne, ¿qué tal estás? —consigo musitar entre su caluroso abrazo.

—Madre, me han despedido del taller —suelta Irion mientras mete un dedo en la masa de lo que sea que esté preparando su madre.

—¡¿Qué?! —exclama ella preocupada—. ¿Después de tantos años? ¿Y ahora qué diablos has hecho? ¿De qué viviremos?

Me molesta que cargue siempre la responsabilidad sobre los hombros del mismo hijo. Debería darle ánimos o consolarlo, o por lo menos tratar de averiguar qué ha ocurrido, antes de dar por sentado que ha sido culpa suya. Aunque ahora caigo en la cuenta de que la primera vez que vine a visitarla también hizo lo mismo. Irion siempre tiene la culpa.

—No te preocupes, madre, encontraré otra cosa —comenta sin darle mayor importancia.

—Pero, Irion, en esta casa tenemos más gastos que antes; cuando aceptaste el traslado nos dijiste que tú te encargarías de todo.

—¡He dicho que no te preocupes! —la interrumpe, dando un golpe con la mano sobre la encimera, lo que provoca que ella pegue un brinco por el susto.

—Irion, tranquilízate —le aconsejo, cogiéndolo por el brazo—. Tu madre no pretendía responsabilizarte de los problemas familiares. —Le dedico a ella una mirada recriminatoria para que se dé cuenta de lo que hace mal—. Estoy segura de que podremos solucionarlo entre todos.

Él me mira, frunciendo el ceño.

—¿No estarás insinuando que acepte tu propuesta? —me reprocha.

—¿Qué propuesta? —pregunta su madre intrigada a la par que esperanzada.

—Le he ofrecido un puesto en la empresa de mi padre, pero Irion cree que sólo lo hago por cambiar su exclusivo estilo grunge.

—¡Hijo, eso sería maravilloso! —exclama emocionada.

—¿Maravilloso para quién?

—¡Para nosotros! —responde ella ilusionada.

—Madre, vete haciendo a la idea de que voy a comenzar una nueva vida, voy a formar mi propia familia con Zoe y no puedo estar siempre cuidando de vosotros, ya he hecho bastante sacrificándome a lo largo de toda mi puta vida por ti y los chicos. Creo que he saldado mis deudas con creces y, a partir de ahora, voy a pensar en mí de una maldita vez. Si esta casa tiene demasiados gastos, véndela y vuelve al Watt, ¡a mí ya no me importa!

Ella comienza a hacer pucheros y a llorar. En un primer lugar, imagino que es por el hecho de darse cuenta de que va a ser abuela, pero no tardo en percatarme de que no es así.

—¿Dices que has saldado tus deudas? ¿Así le hablas a tu madre? ¿Eso significa que ya no nos quieres? —Solloza desesperada.

Entonces, comprendo muchas cosas: «Esto se llama chantaje emocional y lo demás son tonterías».

—¡Lo que significa es que ya es hora de que os busquéis la vida! —ruge Irion.

Me coge de la mano y nos dirigimos hacia la salida sin despedirnos. Cierra la puerta de la casa con un fuerte portazo y nos montamos en el coche de Kenneth.

—Vamos a casa —le ordeno a mi guardaespaldas.

Nadie dice nada durante el trayecto, los dos miramos por nuestras respectivas ventanillas, pensativos. Ni siquiera me importa lo que piense sobre lo sucedido, porque ya tengo bastante con lo mío. Lo único que musita antes de aparcar frente al garaje es:

—Supongo que habrán destrozado mi moto.

Lo que había comenzado siendo un día maravilloso va a terminar siendo una auténtica catástrofe.

Entramos en casa y *Fenrir* nos asalta con su cariño bestial, pero enseguida percibe que algo no marcha bien y nos deja tranquilos.

—Este lobo crece por momentos —comenta Irion para intentar sacarme una sonrisa.

—Zoe, deberías invitar a casa a los futuros abuelos para que se vayan haciendo a la idea antes de que nazca la criatura; yo prepararé un té con morfina y así no les dará un infarto —bromea Marcia, saliendo de la cocina.

—Muy graciosa, pero no les pienso contar nada —le aseguro.

Ella se detiene y clava los ojos en mí, para después mirar a Irion con mala cara.

—Él no tiene nada que ver —profiero crispada—. Estoy harta de que todos cuantos me rodeáis creáis que está conmigo por interés. Él ni siquiera sabía quién era yo cuando nos conocimos, siempre ha hecho todo lo posible por hacerme feliz o sacarme una sonrisa y jamás me ha pedido nada a cambio; ¡basta ya de juzgarlo! Cada vez que hacéis eso me estáis subestimando. ¿Acaso un hombre no puede enamorarse de mí? ¿Sólo puede enamorarse de mi dinero?

Ella me observa como si viese a un marciano verde.

—Zoe, no digas tonterías, sabes que eso no es cierto. Si tú estuvieses en nuestro lugar, también pensarías así. Tenemos miedo de que te hagan daño, nada más —me explica en un tono apenado—; a mí no me importa si tiene más o menos dinero, ¿es que acaso yo soy millonaria?

—Pues todas estas cosas sí que me hacen daño, así que os pediría que lo trataseis como a una persona normal, en vez de como a un asesino en serie. Va a ser mi marido y el padre de mi hijo, además de tu jefe; ve asumiéndolo.

Ella se molesta por mi tono de superioridad y se marcha hacia la cocina.

—Voy a pensar que todo esto se debe a que tienes las hormonas por las

nubes —murmura de camino.

—¡Lo que tengo por las nubes es la mala leche! —grito.

Sé que he pagado con ella las injusticias que llevo soportando todo el día, pero no aguantaba más.

—Oye, ojazos —me coge Irion por la cintura—, ¿quieres bañarte conmigo en el mar? ¡Estoy de vacaciones! —propone sonriente.

Aunque él esté peor que yo, anímicamente hablando, siempre intenta distraerme y hacerme sonreír. No comprendo cómo los demás no lo ven, sé que no lo conocen como yo, pero a mí sí me conocen y ya deberían saber que no es fácil conquistarme y que, si él lo ha conseguido, es por este tipo de cosas.

Es un hombre que desde que nació se ha sacrificado por los demás, que jamás ha pensado en sí mismo y que vive por y para mí; no se merece que lo crucifiquen por ser pobre, ni por haberse buscado la vida como ha podido, y desde que está a mi lado es lo único que le ocurre. No es justo.

—Lo que quiero es desaparecer y huir al fin del mundo contigo —balbuceo.

—¿Y qué te lo impide?

Nos miramos durante un largo instante.

—Nada.

—Pues vayamos a concretar los detalles. ¿Le parece, señora Miller?

—¿Todavía quieres que sea la señora Miller? ¿No te has arrepentido?

—Si no me besas ahora mismo, podría arrepentirme.

Yo le sonrío y le doy un casto beso.

—Si a partir de ahora vas a darme esos besos de abuela, me divorciaré antes de casarme —me provoca.

Me coge para salir hacia la playa conmigo en sus brazos y suelto un gritito por la sorpresa. Una vez que llegamos a la orilla, me baja con delicadeza y se sienta en la arena, yo lo imito y me acomodo entre sus piernas. Él me abraza por detrás, para contemplar juntos el atardecer.

—¿Ya has pensado adónde nos vamos a escapar? —pregunta en cuanto el sol ha desaparecido en el horizonte y éste luce con tonos violáceos y anaranjados sobre el azul del océano.

—Podríamos ir a la Toscana, siempre ha sido un sitio que me ha llamado la atención y, además, está cerca de España, que es donde viven mis abuelos; a Susana le encantará.

—Cualquier sitio será perfecto si estás tú en él, ojazos —ronronea en mi cuello, encendiendo la piel que rozan sus labios.

—Eres un embaucador profesional —le recrimino mimosa.

—¡Vaya, vaya, aquí está la parejita feliz! —La inconfundible voz de Richard a nuestra espalda provoca que ambos nos volvamos con rapidez para descubrir qué ocurre—. Vengo a darle la enhorabuena por su embarazo, señorita O'Connor. —Su voz gangosa y el hecho de que se tambalee denotan que va borracho como una cuba.

—¿Y cómo diablos sabes tú lo de mi embarazo? —pregunto a la vez que Irion se levanta del suelo, como si la arena de pronto le quemase, para situarse delante de mí.

La mirada, oscura y amenazadora, con la que reta a Richard me recuerda a la de *Fenrir* cuando se enfada y, al igual que me ocurre con él, aunque los demás tiemblen de miedo, a mí me hace sentir protegida.

—¿Sabes, Zoe? —hipa el inesperado visitante, que además de estar borracho, también está despeinado y con su impoluta ropa habitual hecha un desastre—. Hoy sería el día de nuestra boda.

—¡Lárgate de aquí, maldito desgraciado! —ruge Irion fuera de sí, empujándolo con violencia. Aunque Richard esté a punto de caerse por el empujón, finalmente consigue mantenerse en pie.

—¡El que debería largarse eres tú, mendigo de mierda! ¡Nadie te quiere en esta casa! —le contesta furioso.

Irion, sin pensárselo dos veces (yo diría que no se lo piensa ni una) le asesta un fuerte puñetazo en toda la cara, y ahora Richard sí cae al suelo. Se

limpia con el brazo un hilo de sangre que comienza a salir de su labio y sonríe con malicia.

—¿Acaso pretendes vestir de Armani a un pordiosero, Zoe? ¿No ves que siempre será un triste vagabundo que no tiene dónde caerse muerto? ¡Míralo, ni siquiera se ha atrevido a presentarse a tus padres, ha hecho todo a escondidas para engañarte! ¡Eres un puto cobarde!

Irion se abalanza sobre él para atizarle de nuevo, pero la segunda vez que lo intenta, Richard lo esquiva e Irion cae al suelo, donde Richard se arrastra para asestarle un buen golpe que me duele más a mí que a él.

—¡Parad! —grito exasperada, pero ninguno me hace el menor caso, pues están embarcados en una pelea barriobajera.

Corro hacia el interior de la casa para avisar a Kenneth, que ya venía en mi auxilio. Le señalo el lugar de la reyerta y él corre hacia ese sitio, seguido por mí.

Cuando llegamos a su altura, oigo a Richard:

—Nunca la tendrás, sus padres harán lo posible por separaros, incluso matarte, y yo los apoyaré en todo. ¿Me oyes, escoria? ¡Acabaremos contigo!

Kenneth se abalanza sobre Irion para inmovilizarlo, pues está sentado a horcajadas sobre el pecho de Richard, y en el estado de absoluta enajenación mental en el que lo han sumido sus provocaciones, sé que se dispone a matarlo. El desgraciado de Richard sabe que, si Irion le hiciese algo grave, lo meterían en prisión de por vida, debido a sus antecedentes penales.

—¡Irion, no le escuches, sólo pretende provocarte para que lo agredas y poder denunciarte! —le ruego nerviosa.

Él lucha contra Kenneth para que lo suelte, pero en cuanto escucha mis palabras, parece que se tranquiliza un poco.

—¡No seas necia, lo que quiero es que ese bastardo que llevas en tu vientre no nazca jamás!

—¡Maldito hijo de puta! —brama Irion, que se zafa de los brazos de Kenneth, haciéndole una llave de artes marciales, o no sé lo que habrá sido

eso. Sólo sé que mi gorila cae al suelo y que Irion se lanza de nuevo al cuello de Richard para estrangularlo con todas sus fuerzas.

—¡Ay, Dios mío, que va a matar al señorito Lewis! —chilla Marcia despavorida, que viene corriendo hacia nosotros, sartén en mano.

Kenneth logra levantarse para volver a arrojarse contra Irion, cayendo esta vez los dos sobre la arena. Marcia, que ve a Kenneth en apuros, se apresura a ayudarlo, asestando sartenazos a Irion en la cabeza. Yo intento quitarle la sartén, pero está sumida de pleno en la batalla y consigue esquivarme. Y, sin darme cuenta de cómo ocurre, los brazos de Richard me aprisionan por el estómago, y pasa uno de sus fuertes antebrazos por mi garganta para conseguir inmovilizarme y apuntarme con una pistola a la cabeza.

—¡Quietos o la mato! —amenaza.

Kenneth, Irion y Marcia se quedan petrificados, mirando la tétrica escena que acaba de plantearse de repente. Yo no logro asumir lo que está ocurriendo. Creo que mi instinto de supervivencia se ha multiplicado por infinito al estar embarazada, pues de no ser así, ahora mismo estaría gritando y retorciéndome como una histérica, pero algo en mi interior me aconseja que mantenga la calma como pueda para no hacer daño al bebé.

—Creíais que estaba borracho, ¿verdad? —señala Richard con aires de grandeza—. Pues he de confesaros que no es así, lo siento, me habéis subestimado. Se me da muy bien actuar; de hecho, llevo años fingiendo estar enamorado de ti, querida —besa mi pelo con sumo cuidado, provocando una arcada en mi garganta—, y esta noche seréis espectadores privilegiados de la mejor obra de mi vida, aunque todo esto no podría haberlo hecho sin la inestimable ayuda de mi verdadero amor: ¡Emily!

Se vuelve sobre sí mismo, con mi espalda pegada a su pecho, y mi empleada aparece de la nada frente a nosotros, con una gran sonrisa pintada en su rostro.

—Hola, señorita O'Connor, qué alegría verla —se mofa ella.

—¡Rata asquerosa! —exclamo furiosa, pero Richard me da un tirón seco

del pelo para que me calle.

—¿Te has encargado ya de todo, cariño? —quiere saber mi agresor.

—Todo marcha según lo acordado: los guardaespaldas dormirán durante horas y los vídeos de las cámaras de seguridad están borrados —anuncia.

No creo que Richard fuese capaz de dispararme, pero dadas las circunstancias, tampoco es que las tenga todas conmigo, pues ya no es el tonto enamorado que he creído hasta ahora. Por eso el miedo comienza a hacer mella en mi fingida serenidad.

Emily no deja de apuntar con su arma a Kenneth y a Marcia. Los rodea para sacar la pistola de mi guardaespaldas de la funda y metérsela en el bolsillo trasero de su pantalón. Mierda.

—¿Y las sirvientas? —inquire Richard.

—Lloriqueando en una habitación donde les he aconsejado que se resguarden del temible asesino, Irion Miller. —Pronuncia estas dos palabras con tono tétrico.

—¿Emi? —pregunta Irion sorprendido—. ¿Eres tú?

Ella lo mira de manera despectiva, apuntándolo con su pistola.

—Dejé de serlo el día que me humillaste delante de toda mi familia y amigos, ¿lo recuerdas?

—¿Os conocéis? —musito temblorosa.

—¡Claro que nos conocemos! Él se encargó de arruinarme la vida, me juró amor eterno y luego me dejó plantada en el altar como a una cualquiera —me cuenta ella furiosa.

—¡Eso no es cierto! —ruge Irion—. ¡Yo nunca te juré nada, estás loca!

—¡Te entregué mi inocencia, te lo di todo! —le reprocha nerviosa. No creo que contase con perder los papeles al tenerlo delante.

—¡Tenía diecinueve años, lo único que quería era divertirme y tú me preparaste una trampa en una iglesia! —brama Irion, cada vez más cabreado.

—¡No fue una trampa, maldito bastardo! ¡Era nuestra boda! ¡Estuve durante meses preparándola, meses convenciendo a mi familia de que me

querías! ¡Te largaste sin ni siquiera decir «lo siento»! ¡Y ahora dejas embarazada a esta zorra para quedarte con su dinero!

Los insultos de «bastardo» y «zorra» me resultan familiares, pues las amenazas del móvil decían eso precisamente. Creo que ahora empiezan a encajar algunas piezas.

—¿Y dieciséis años después clamas venganza?! —espeta él.

—¡Oh, no te creas tan importante, Miller! Yo sólo pasaba por aquí y aproveché la gran oportunidad que nos brindó el destino de matar dos pájaros de un tiro —miente.

—Bueno, en realidad, serán tres pájaros —añade Richard señalando mi vientre y, por primera vez en mi vida, siento el terror oprimiendo mi estómago.

—¿Y qué culpa tiene ella? Déjala y mátame a mí —propone Irion.

—No, cariño, debéis morir los dos; perdón, los tres —informa ella con una voz muy sensual, acercándose a un Irion fuera de sí—. Tú la engañaste para casarte con ella por su fortuna y ella, al descubrirlo, te quiso dejar. Tuvisteis una trágica pelea en la que ella resultó muerta, entonces, su guardaespaldas tuvo que matarte a ti, fin de la historia. ¿A que es preciosa? —Suelta una risilla perversa, la muy...

—¿Crees que Kenneth confirmará esa mierda? —pregunto temblorosa.

—¡Ah! Se me ha olvidado contaros que el pobre Kenneth y la angelical Marcia encontraron la muerte también al ir a denunciar los hechos a toda prisa hacia la comisaría. Un inesperado accidente de coche, contra nosotros, que casualmente íbamos a daros la enhorabuena por el embarazo. ¡Una verdadera tragedia que tus empleados corroborarán! —Se encoge de hombros y suelta una sonora carcajada.

—¡No te saldrás con la tuya! —grito exasperada, intentando en vano que Richard me suelte.

—En eso te equivocas, preciosa, pronto seré el presidente de O'Connor & Co. y ella por fin será mi adorada esposa. Tus padres y, sobre todo, tu madre,

estarán más que encantados de ello, pues nunca creyeron que tú fueses capaz de dar el relevo a tu padre. Hay que ser tonta para no darse cuenta de que siempre he estado entre las sombras, moviendo los hilos a mi antojo.

—¡Oh, Dios mío! ¡El señor Lewis ha enloquecido! —Marcia solloza, temblando de miedo, mientras Emily los apunta con su arma.

—¡Eso no es cierto, sólo eres un desgraciado avaricioso que nunca tuvo bastante con todas las cosas que te dio mi padre, aun sin merecerlas! —Me revuelvo.

—Tu padre no me ha regalado nada, zorra, me lo he ganado yo a pulso, aguantando todos y cada uno de tus desplantes a lo largo de tantos años. Todo iba viento en popa: la boda, tu incipiente amor...

—¿¿Amor?! ¡Jamás he sentido nada por ti que no fuese asco! —exclamo indignada.

—No lo parecía cuando me besaste la noche en que te regalé el lobo. Por cierto, en su collar había un micrófono por el que me enteraba de todo; yo y tus padres, por supuesto.

¡El collar! Mis ojos acusadores se encuentran directamente con los de Kenneth; ¡vaya guardaespaldas de mil cojones!

Irion está a punto de explotar, lleva un rato respirando con dificultad y no deja de buscar una posible salida a esta trampa mortal. Me recuerda a un tigre acorralado.

—Todo era perfecto hasta que él se cruzó en nuestro camino. La noche que te drogaron en aquella discoteca, yo debía ser el que te salvase. El día que te secuestraron, yo debía sacarte de aquel maldito maletero. ¡Ese hijo debía ser mío y no de ese malnacido! —grita furioso.

La mirada recriminatoria que le dedica Emily no me pasa inadvertida.

—¡Estás loco! ¡Nunca creí que fueses capaz de hacer algo así, Richard! Sabía que la envidia te nublabla la razón, pero no hasta estos extremos; ¡eres un cabrón de mierda!

Me vuelve para ponerme frente a él. Sus ojos no son los que yo conocía,

ahora están llenos de odio, un odio que ha ido alimentando a lo largo de su vida y que ha cebado a conciencia mi empleada.

—Al final, los dos amantes mueren por la codicia de un pobre pordiosero, y este precioso cuento termina en tragedia, como todas las grandes historias de amor. ¿Os gusta la idea? Lástima que no podáis contárselo a vuestro hijo.
—Comienza a reírse de una forma casi enfermiza.

Sin esperarlo, asesta una fuerte patada en mi vientre, consiguiendo que deje escapar un sonoro alarido y que caiga de rodillas, doblándome en dos por el intenso dolor que recorre mi cuerpo entero. Richard me apunta con su arma para terminar lo que ha venido a hacer, pero entonces Irion se lanza sobre él sin pensarlo, aullando como un loco desesperado, y éste le dispara en el pecho a bocajarro.

—¡¡¡NOOO!!! —grito rota de sufrimiento.

Ni siquiera tengo fuerzas para moverme, el dolor se ha apoderado de mi ser, pero, aun así, me arrastro como puedo para llegar hasta Irion. Siento algo desgarrarse en mis entrañas, son miles de agujas que se clavan en mi cuerpo. Mis ojos se nublan y veo todo a mi alrededor borroso, sólo distingo que Kenneth se ha abalanzado sobre Emily y que ella dispara a mansalva entre los gritos y bramidos de unos y otros.

Un enérgico gruñido provoca que mi agresor suelte un grito aterrador. Algo a mi espalda se precipita, logrando que Richard caiga fulminado al suelo junto a mí. Sólo consigo distinguir las fauces de *Fenrir* clavadas con todas sus fuerzas en la yugular sangrante de mi atacante.

Es entonces cuando Emily, desde el suelo, donde mi guardaespaldas forcejea con ella, ya que va armada y él no, consigue disparar al lobo, y éste suelta un lacerado gemido para caer rendido a mi lado y dejar de moverse.

Abrazo el suave cuerpo sin vida del gran lobo blanco, ahora teñido de un cálido líquido carmesí, para llorar su pérdida.

—¡No te muevas, zorra! —amenaza Kenneth a mi empleada, arrebatándole el arma y consiguiendo por fin inmovilizarla.

—Amor mío, todavía estamos a tiempo de rehacer nuestras vidas —suplica la rubia a Irion, que yace inerte en el suelo a escasos pasos de mí—. —Tenía pensado matar a ese estúpido y que huyésemos tú y yo juntos. Lo convencí para que te diese el dinero para la casa nueva y así podríamos vivir allí. Llevo años ahorrando para poder estar contigo, pero este idiota de Lewis lo ha echado todo a perder. ¡Ni siquiera ha sido capaz de matar a esa furcia!

La manera fría y despectiva con la que mira el cuerpo inerte de Richard me hace confirmar que ése era su verdadero plan. Esta mujer ha perdido el juicio. Irion ni siquiera la está escuchando, no sé ni si respira y siento morir porque no puedo acercarme hasta él para comprobarlo.

—¿Realmente crees que Irion haría algo así? —musito con los ojos anegados en lágrimas.

—Sé que me ama, nunca te mirará a ti como me miraba a mí. Seguro que cuando hacéis el amor es mi rostro el que ve y mi nombre en el que piensa; fui su primer amor y eso nunca se olvida, aunque tus riquezas le hayan nublado la razón, porque siempre soñó con ser rico.

—Me das pena, Emily —sentencio—. Pasarás el resto de tu vida entre rejas.

—¡Y tú en el cementerio! —escupe la víbora, sacando la pistola que le había robado a Kenneth del bolsillo trasero de su pantalón, ya que el guardaespaldas la tenía sujeta con las manos hacia atrás.

Kenneth, de un solo movimiento, se interpone entre mi cuerpo y el arma para recibir el impacto de la bala, y es entonces cuando un bramido procedente de la quejumbrosa voz de Marcia resuena a mi espalda. Ni siquiera me da tiempo a reaccionar cuando descubro que ha disparado a Emily, que cae fulminada sobre la arena, junto a Kenneth.

—Me has salvado —balbuceo, mirando atónita el reguero de sangre que se esparce por la arena.

—Que Dios me perdone. —Llora desconsolada, dejando caer el arma que había cogido de las manos de Kenneth antes de que cayese al suelo.

—¡Marcia, por favor comprueba si está vivo! —grito dolorida, mirando el gran cuerpo sangrante de mi guardaespaldas.

Yo consigo llegar a duras penas hasta Irion, apretando los dientes para contener el dolor que siento en mi bajo vientre, que amenaza con arrebatar me el conocimiento de un momento a otro. Noto que sigue respirando, de una manera muy tenue, pero lo hace. La herida de su pecho no deja de sangrar, es una sangre muy oscura y cierro los ojos con fuerza para rogar a Dios que no se lo lleve.

Aprieto con las manos la herida para tratar de que no pierda tanta sangre, pero no hay manera porque sale a borbotones.

—¡Te pondrás bien, mi amor, lo juro! —Beso sus labios con desesperación. Un beso salado por mis lágrimas, lleno de agonía, ansiedad y consternación—. No me dejes, Irion, por favor, te amo —le ruego, acurrucándome en su hercúleo pecho para escuchar el latido de su corazón, intentando que ese sonido se grabe en mi alma, como si presintiese que sería la última vez que lo escucharía.

—¡Marcia, llama a una ambulancia, maldita sea! —grito exasperada.

Entonces, siento cómo algo comienza a fluir entre mis muslos y el intenso dolor que se apodera de mí consigue que me retuerza, soltando un fuerte alarido.

—¡El bebé! —aúllo aterrada al ver mis piernas cubiertas de sangre.

Marcia corre a levantarme como buenamente puede, gritando socorro exacerbada. Un montón de sirenas comienzan a sonar cerca y varias personas llegan corriendo en nuestro auxilio. Se trata de mis empleados y vecinos, quienes supongo que habrán avisado a la policía. Todos se alegran de verme con vida después de lo ocurrido, aunque, mientras me llevan en volandas hacia la ambulancia, sólo puedo pensar en el cuerpo de Irion tendido sobre la arena.

—¡Ayudadlo, por favor! —les suplico en mi último aliento.

Recuerdos.

El camino hacia el hospital fue un auténtico infierno; aunque la ambulancia iba a toda prisa, a mí me daba la impresión de que no llegábamos nunca. Marcia no cesaba de rezar a mi lado y yo sólo trataba de no perder el conocimiento, pues debía luchar por mantener con vida a mi hijo y no dejarlo en manos del destino.

Cuando llegamos al hospital, una decena de enfermeros nos recibieron para empujar la camilla donde me hallaba tendida y correr hacia el interior del hospital. Todos a mi alrededor corrían y gritaban por los pasillos, pero a mí me parecía que aquello sucedía a cámara lenta.

Pude ver que estaban allí mis padres, que acudieron prestos a abrazarme, pero les negué el saludo, rechacé la mano que me tendía mi madre y cogí la de Marcia para que me acompañase en el camino hacia el quirófano, dejándolos desolados con mi desplante.

No se merecían menos, sobre todo Ashley, que siempre trató de que mi vida fuese todo lo perfecta que no había sido la suya, convirtiéndome en una desgraciada: el vivo reflejo de sus inseguridades y frustraciones. En aquel momento, no estaba para explicaciones, ni para más mentiras, sólo quería saber si el corazón de mi pequeño seguía latiendo y si Irion estaba ya a salvo; lo demás me daba igual, y cada segundo que pasaba hasta el maldito quirófano se me hacía más largo.

Finalmente, entramos en una sala blanca donde un ginecólogo de urgencias me estaba esperando. No dejaron pasar a Marcia.

—Todo saldrá bien, mi niña —aseguró sollozando con los ojos

encharcados antes de que las puertas correderas nos separasen.

—¡Rápido, ha perdido mucha sangre! —se gritaban unos a otros a mi alrededor.

—¿De cuántas semanas está, señorita O'Connor? —preguntó el médico, tratando de parecer sereno, aunque las gotas de sudor de su frente evidenciaban lo contrario.

Lo agarré por la bata, a la altura del cuello, haciendo acopio de todas mis fuerzas para atraerlo hacia mí y mirarlo desafiante a los ojos:

—¡Más le vale salvar a mi bebé! —logré amenazarlo antes de perder el conocimiento.

* * *

En ese espacio de tiempo en el que no sabía dónde me encontraba, me sentía bien. Creo recordar que estaba flotando y nada me importaba. No tenía preocupaciones, todo era paz. Me sentía como nueva, llena de dicha. Sin límites. Libre.

Aunque la dicha tardó poco en evaporarse, pues enseguida una voz me llamó para que me alejase de la luz hacia la que me encaminaba y me acercase a ella. Era una voz de hombre que me ordenaba con ímpetu:

«¡Lucha! Maldita sea, lucha por nosotros. Salva a nuestro hijo. Yo siempre te estaré esperando, ojazos. Te quiero».

¿Ojazos?

¡Ojazos!

¿A qué me recordaba esa palabra?

Una sensación de desasosiego se apoderó de mí y me percaté de que esa voz la reconocería hasta en el mismísimo infierno.

—¡Zoe, despierta! —Ahora era mi hermana la que me llamaba, parecía desolada.

—¡No, hija mía! —las voces de mis padres también resonaban

desgarradas por el dolor, mientras un silbido a lo lejos no dejaba de pitar.

Intenté abrir los ojos, pero no podía, me resultó imposible.

Una parte de mí se quería ir a ese lugar brillante tan relajante y apacible, pero la otra pretendía regresar a un mundo en el que Irion ya no estaría, y eso no era ningún aliciente para volver.

Por esa razón, decidí quedarme en el limbo de la indecisión, pues nada me ataba a la vida; ya no quería regresar, pero, por alguna extraña razón, tampoco podía volver a aquella luz donde oí su voz, la única voz en el mundo capaz de hacerme feliz con tan sólo oírla. Quería estar con él, pero no lo encontraba por ninguna parte.

—Irion, ¿dónde estás? —Me escuchaba gritar a mí misma en la distancia, aunque nunca obtenía respuesta.

—Hola, Zoe, aunque no me oigas o pases de hacerlo, quería contarte que hoy han dado el alta a Kenneth y que tu bebé sigue creciendo, pero tú te empeñas en continuar ahí dormida y yo ya no sé qué más hacer. Te necesito, ¿sabes? Me has dejado sola y necesito que vuelva mi hermana mayor, porque sin ti la vida no tiene sentido.

Supuse que eran las lágrimas de Kim las que humedecieron mi rostro e instintivamente levanté una mano para limpiarme, aunque ésta chocó contra su pelo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Se ha movido! ¡Ha movido una mano para acariciar mi pelo! —gritó como una loca.

—Kim, me vas a dejar sorda —balbuceé confusa.

—¡¡¡Ha habladoooo!!! ¡¡¡Zoe ha hablado!!!

Entonces, sentí su abrazo de oso rodear mi cuello y miles de besos por toda la cara.

—Déjala, cariño, que la vas a asfixiar —le pidió una voz masculina, aunque no la que yo esperaba oír.

«¿Por qué no puedo abrir los ojos?», me preguntaba.

—¡Zoe, Zoe, mi vida! ¿Me oyes? —Reconocí la voz de mi madre, pero no podía creer que hubiese dicho «mi vida».

—¿Cómo no va a oírte? Te habrán oído hasta en España, siempre has sido una verdulera vestida de Chanel —¡le recriminó mi abuela Isabel!

—¡Cállate, vieja bruja! —le respondió ella.

Había cosas que no cambiarían nunca.

Abrí los ojos como por arte de magia pero una repentina luz me cegó, por

eso los cerré de nuevo.

—¡Gracias a Dios!

—¡No me lo puedo creer, por fin!

—¡Es un milagro!

Eran algunas de las frases que pude distinguir entre los distintos sollozos y alabanzas que me rodeaban.

Intenté hablar, pero no pude, pues tenía algo metido en la garganta que me lo impedía.

—¡Doctora! —bramó mi madre hacia el pasillo.

Entreabrí los ojos, logré levantar los párpados, pero pesaban demasiado. Confundida, miré a mi alrededor para descubrir muebles extraños; no estaba en mi casa. Estaba en un hospital.

Logré distinguir la silueta borrosa de una mujer de unos cincuenta años que entró a toda prisa y, al verme, mostró una amplia sonrisa.

—Bienvenida al mundo, Zoe —me dijo con una voz muy dulce, a la vez que acariciaba mi cabello—. Por favor, sé que os cuesta, pero necesito que nos dejéis a solas un momento, necesito hacerle un reconocimiento.

Algo en mi interior me alertó de que no debía quedarme a solas con una extraña y me puse tensa. Supongo que sería una de las innumerables secuelas que me quedarían para el resto de mi vida.

La doctora retiró con delicadeza el tubo que invadía mi garganta y me pasó un vaso de agua del que di un pequeño traguito. La sensación del líquido recorriendo mi interior fue muy intensa, la misma que si estuviese regando tierra seca.

—Tranquila, cariño, estaremos justo al otro lado de la puerta. —La voz de mi padre me reconfortó, aunque pronto acudieron a mi memoria las palabras de Richard.

¡Richard!

—¡¿Dónde está Irion?! —exclamé a la vez que me incorporaba violentamente en la cama, buscándolo a mi alrededor, mientras intentaba

enfocar con la vista.

Había sido la única voz que no había oído y la única que quería escuchar. La angustia oprimió mi pecho al percibir lo peor. En lo más profundo de mi ser lo sabía. Me mareé y me dejé caer sobre la cama de nuevo.

—Zoe, por favor, debes intentar calmarte, si te sube la tensión puedes recaer. —La doctora me intentó tranquilizar—. Soy tu neuróloga y llevas mucho tiempo...

—¡He dicho que dónde está Irion! —La interrumpí de una manera muy grosera, pero mi estado de ánimo no me permitió guardar las formas, quería saber qué había ocurrido, dónde diablos estaba.

La mujer desvió la mirada hacia el suelo un solo segundo.

—Él se sacrificó por vosotros.

—¿De qué me estás hablando? —El corazón y la respiración se me aceleraron. Un fuerte escalofrío recorrió mi cuerpo.

—Zoe, más tarde te lo contaré todo, te lo prometo —los ojos de la doctora parecían sinceros a la par que preocupados—, pero, si continúas por ese camino, tu bebé será el que pague las consecuencias. Hazlo por él, ya ha sufrido demasiado.

La palabra *bebé* consiguió darme una perspectiva distinta de la realidad que me imaginaba y, de manera automática, llevé mi mirada hasta mi tripa, que ahora lucía redonda e hinchada. La acaricié con suma delicadeza y la doctora sonrió al ver el gesto.

—Es un luchador, se ha aferrado a la vida como un pequeño guerrero —comentó, acariciando también ella mi barrigón—. Has sido muy fuerte, Zoe, la hemorragia fue tan grave que nadie creyó que pudierais salir con vida ninguno de los dos; ha sido un auténtico milagro que lo hayáis conseguido.

Miles de lágrimas comenzaron a surcar mis mejillas sin ningún tipo de control, porque no hacía falta que nadie me contase nada; yo sola entendí que su padre no iba a conocerlo.

—¿Cuánto llevamos aquí? —logré vocalizar entre mis sollozos,

contemplando la fría sala del hospital en la que me encontraba.

—Cinco meses. Has estado cinco largos meses en la unidad de cuidados intensivos, Zoe. Sé que es muy duro, pero necesito asegurarme de que estás bien para darte el alta. ¿Recuerdas qué ocurrió o tienes lagunas?

—Lo recuerdo todo a la perfección.

—Está bien, de momento me vale.

Después de hacerme un par de pruebas físicas rápidas, se despidió de mí.

—Doctora, no deje entrar a nadie, necesito estar sola —le pedí.

—Pero llevan meses esperan...

—¡He dicho que quiero estar sola! —le grité como una loca, sin poder retener más las lágrimas.

—Así será —asintió, mientras cerraba la puerta tras de sí.

Después del fuerte shock que me produjo la vuelta a la vida, rompí a llorar como jamás lo había hecho antes. Y fue entonces cuando la desgracia me invadió, cuando los ojos cristalinos del hombre de mi vida, mirándome con todo el amor al que me tenía acostumbrada, acudieron a mi memoria y sentí morir.

—Irion, ¡noooooooooo! —gritaba con todas mis fuerzas, dando golpes a la almohada como una posesa, pues el dolor y la frustración se apoderaron de mí.

Nunca antes había sentido un terror tan intenso. Nunca volvería a percibir su vitalidad y su fuerza. Nunca volvería a verlo sonreír ni reír a carcajadas cuando me provocaba con sus bromas. Nunca volvería a sentir sus labios besar los míos. Nunca volverían a reconfortarme con sus cálidas caricias. Nunca volvería a mirar sus increíbles ojos azules. Y él nunca conocería a nuestro hijo.

Irion se iba a perder todas las cosas bellas que habíamos planeado juntos, todas las esperanzas que teníamos puestas en nuestro hijo, y yo iba a estar sola, sin su amor, para siempre.

Me sentí vacía y rota, no me lo podía creer. El cansancio y una negrura

opresiva me envolvieron. Un frío letargo conquistaba cada palmo de mi cuerpo. Tuve la sensación de estar sumida en una interminable pesadilla de la que no podía despertar, me parecía tan injusto y tan doloroso que me negaba a aceptarlo. Me negaba a vivir.

Una sola pregunta se repetía en mi mente: «¿Por qué?».

¿Por qué tuvo que cruzarse en mi vida para después abandonarme? ¿Por qué me había enamorado de él perdidamente, para no poder disfrutar después de nuestro amor? ¿Por qué se interpuso en el camino de aquella maldita bala? ¡Debía morir yo! ¡No quería vivir sin él! Me costaba respirar.

Recordé, de repente, la voz que me habló cuando estaba en coma, era su voz. Me pedía que luchase por nuestro hijo y lo había hecho, aunque en aquel momento en el que me encontraba bien, poco me importase todo. Primero, pensé en hacer algo para reunirme con él cuanto antes, creí que no soportaría ese dolor tan fuerte, no quería vivir en un mundo donde él no estuviese, no tenía sentido. Después de conocer la felicidad, me negaba a vivir en la miseria.

Pero pronto algo me hizo cambiar de idea.

Sentí algo moverse en mi interior, una patada. Un simple toque de una nueva personita que me recordaba que estaba ahí y que merecía nacer y vivir, le debía su oportunidad después de todo lo sufrido junto a mí. Por mi culpa. Y fue entonces cuando todas las prioridades de mi vida cambiaron de golpe para darles preferencia a las de ese nuevo ser, mi hijo.

Irion nunca me perdonaría que terminase con la vida de ambos; le prometí que lucharía y me acabé de convencer de que lo haría hasta el último suspiro.

Vislumbré así una tenue luz al final del túnel. ¿Quizá algún día esa luz iluminaría de alguna manera mi tétrica existencia?

Me encontraba agotada, eran demasiadas vivencias fuertes en tan poco tiempo, después del letargo emocional. Y volví a sumirme en un profundo sueño.

Estoy delante de la entrada que me separa de él. Ha pasado mucho tiempo, pero todavía no me acostumbro a su falta. He venido a presentarle a su hijo y me flaquean las fuerzas.

Recuerdo el día en que nació y no puedo evitar que una sonrisa melancólica invada mis labios.

Escuchar el llanto de Irion fue una de las cosas más bellas y emocionantes que me han ocurrido en la vida. Cuando la matrona lo puso sobre mi pecho y vi su carita por primera vez, no di crédito a la felicidad que me embargó; fue algo que no se podía explicar con palabras, algo tan grande que inundó mi corazón de dicha y alegría, o al menos algo parecido a eso, dada la continua tristeza en la que me hallo sumida siempre.

—Chiss, pequeño, no llores más, ya estás aquí, con mamá —le susurré mientras besaba su pequeña cabecita.

Él abrió sus ojos azules para mirarme y se calló en cuanto oyó mi voz en su oído, soltando un leve gruñido a modo de queja para que no volviese a separarme de él, y así lo hice. Fue una promesa intrínseca y eterna entre nosotros.

—¡Zoe, es tan bonito que voy a morir de amor! —exclamó la madrina, Kim, mientras se deshacía en besos y caricias hacia el recién nacido, una vez que nos trasladaron a la habitación privada del hospital en el que di a luz.

—Déjame, hija, ¿no ves que quiere venir con la abuela? —suplicaba mi madre, babeando como nunca la había visto.

—¡Tú no sabes coger bebés, no lo has hecho nunca! ¡A ver si se te va a caer! —la provocó Kim.

—¡A ti no te cogía por miedo a que me pegases la rabia! —le reprochó ella.

—Mejor déjaselo al abuelo, que entre los hombres nos entendemos mejor. —Mi padre lo cogió de los brazos de Kim con sumo cuidado, dándole mil besos en su pelito rubio suave, mientras mi pequeño se acurrucaba mimoso en su regazo.

—Nunca he visto una criatura tan bonita, Zoe —decía mi hermana, llorando como una magdalena.

—Es igual que su padre —comentó Anne, la otra abuela, intentando en vano contener los lagrimones que inundaban sus ojos—. Le hubiese gustado tanto conocerlo... habría sido un buen padre. —Rompió a llorar y mi madre la aniquiló con la mirada, pero se mordió la lengua. Algo que había prometido hacer desde que tuvimos la gran conversación.

Todos me miraron con tristeza.

—Cariño, vas a ser una madre maravillosa y sé que te encargarás de que tu hijo sepa bien quién fue su padre, él estaría muy orgulloso —añadió mi madre.

Todavía me sorprendía ver a la bruja en un papel desconocido para ella, pero he de admitir que no se le daba del todo mal. Creo que el amor que no nos había transmitido nunca nos lo va a dar de golpe, sin cuentagotas.

Una vez que Irion hubo pasado por todos los brazos, volvió a los de su madre. Resultaba obvio que me reconocía, porque sólo se dormía conmigo. Los médicos dijeron que, aunque no había tenido secuelas físicas, para asombro de todos, seguramente las tendría psicológicas, pues no quería estar nunca solo y la única manera que tenía de calmarse era estando en mis brazos. Y ese miedo a la pérdida era recíproco, aunque me prometí que, poco a poco, lo superaríamos juntos.

En cuanto pasaron los tres días de rigor que debíamos permanecer en el hospital, nos trasladamos a casa. No sé si he comentado que ya no vivimos en Los Ángeles, ahora residimos en La Toscana. Necesitaba no recordar, ni lo

bueno, ni lo malo, para poder comenzar de cero, y ésta fue la única manera que tuve de escapar de los fantasmas del pasado.

Mis padres se jubilaron y vendieron la empresa al Estado por una ingente cantidad de ceros, con la única condición de que John fuese el director general hasta que se jubilase. Por eso, se fueron a vivir a una gran mansión en Siena, para estar más cerca de mí y poder ejercer de abuelos, aunque ahora en una versión mucho más moderada de mis padres.

En aquella famosa conversación que mantuvimos, les dejé las cosas muy claras: nunca más volverían a meter las narices en mis asuntos, era la última oportunidad que les brindaba. Me pidieron perdón de todas las maneras posibles y yo los perdoné, aunque nunca podrán redimirse por lo que sucedió con Richard, incluso sin ser del todo culpa de ellos.

* * *

—Zoe, ¿qué haces ahí plantada como un pasmarote? Yo me ocupo de todo, ve a tu cuarto a descansar, debes de estar agotada —se ofrece Marcia, abriendo los brazos para coger al niño, por el que babea sin medida, sacándome de mis cavilaciones.

Les pagué un vuelo a Anne y a mis tres cuñados para que viniesen a conocer al bebé y ahora se hospedan en mi casa; por eso tampoco es que pueda descansar demasiado con tanta gente entrando y saliendo por todas partes.

—Quiero que Irion conozca a su hijo, ahora iré —le contesto, sin apartar la mirada de la gran puerta de madera que tengo frente a mí.

Finalmente, me armo de valor para atravesar ese maldito umbral que nos separa a ambos, con mi bebé en brazos.

Inspiro.

—Allá vamos, mi pequeño.

Todavía no puedo evitar que me tiemblen las piernas, se me seque la boca y se me encoja el estómago cuando me acerco a su emplazamiento. Me duele demasiado, incluso habiendo pasado tanto tiempo.

Me acerco, poco a poco, hasta el lugar donde descansa su cuerpo, comprobando que todo a mi alrededor esté en orden para que el bebé no perciba mis nervios.

Trago saliva.

Me noto tensa.

Pongo al recién nacido sobre su cálido pecho, que sube y baja de una manera lánguida. Todavía no soporto verlo conectado a todas esas máquinas, lleno de cables e inmóvil por completo

—Hola, mi vida —susurro, acariciando su bello rostro con una mano mientras que con la otra sujeto al niño—; has sido papá, tu hijo ha venido a conocerte.

Las enfermeras salen de la habitación, emocionadas, para dejarnos solos; ya conocen el *modus operandi* de sobra.

Permanezco junto a él, con la cabeza apoyada sobre su pecho, abrazada a ambos. El corazón me duele. Me siento terriblemente sola desde aquel fatídico día y es algo desolador. Qué cierto es aquel dicho que afirma que no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes.

Soy una Zoe apagada, angustiada y perdida. Alguien que no sale de su casa porque espera la más mínima señal de manera constante, un movimiento de su mano, un suspiro, un algo que nunca llega, y es una sensación sofocante.

He intentado seguir con mi vida porque no quiero que mi hijo me conozca así y he fracasado estrepitosamente. Nada me agrada, nada me hace sonreír, en nada encuentro satisfacción y le ruego cada noche antes de acostarme que vuelva a mí. Me torturo por ser mala madre, pues no logro sentirme dichosa con la presencia de mi bebé y eso me mata aún más.

Sólo creo ser feliz por las noches, cuando sueño con él, cuando siento sus manos sobre mi cuerpo, sus preciosos ojos recorriendo mi piel, su boca besarme y su voz diciendo que me ama. Vivo de su recuerdo, no soy capaz de seguir adelante.

Los médicos me han dicho muchas veces que debería desconectarlo, pues está muerto, clínicamente hablando, y lo único que lo mantiene con vida es una máquina, pero yo le prometí que no me rendiría nunca y estoy decidida a cumplir mi promesa. Lucharemos juntos hasta el final y sé que cuando esté preparado volverá, sólo es cuestión de tiempo, o al menos eso es lo que me digo a mí misma cada día para poder seguir respirando.

Mi familia insiste en que debo dejarlo ir para que descanse en paz, que estoy siendo demasiado egoísta por tenerlo en esta situación, pero me niego a abandonarlo; yo no lo veo así. He estado al otro lado de la vida y sé que se puede volver, yo lo hice y él no va a ser menos. ¡Me juró estar siempre a mi lado y me lo debe!

En un momento así es cuando recapacito y doy gracias por haber sido tan afortunada al tener los medios económicos suficientes para poder llevarlo a casa y costear todo lo que eso supone. Pues, de no haber sido así, el protocolo dicta que deben desconectarlo si lo aconsejan los médicos y, entonces, yo hubiese muerto con él, si es que acaso no lo estoy ya.

Las enfermeras, a las que pago de sobra para que estén con él las veinticuatro horas del día, lo tienen muy bien cuidado, ellas se encargan de moverlo para que no se haga laceraciones por estar echado tanto tiempo, le dan masajes para que le circule bien la sangre y lo medican para que no sufra.

Mi responsabilidad son los cuidados más íntimos y personales, como

afeitarlo, lavarlo, darle crema... Es evidente que ha perdido masa muscular, pues está muy delgado y su tez se ve blanquecina, pero está sano y su corazón sigue latiendo, que es por lo único que vivo.

Kim me ha aconsejado varias veces que vaya a visitar a un psicólogo para que me oriente y me ayude, estoy segura de que todos creen que he perdido el juicio, pero no me importa, no pienso ceder.

Siempre recordaré el día en que me dieron el alta y me llevaron a verlo, pues fue un punto de inflexión en mis treinta años de existencia. Hasta aquel momento, nadie me había contado lo sucedido, yo lo creí muerto y por eso no quería seguir viviendo y la recuperación me costó más de lo normal; ni siquiera me alentaba a ello mi hijo.

Pero cuando abrí aquella puerta y lo vi tendido sobre la camilla, no daba crédito, creí estar soñando. ¡Irion estaba allí! No estaba bajo tierra, lo podía tocar una última vez, podía besar sus labios, acariciar su pelo, olerlo... ¡No me pudieron separar de él durante días! La esperanza volvió a crecer en mí y me juré a mí misma que nunca más nos separaríamos, y así ha sido.

—Aquí estamos los tres juntos, mi amor —susurro en su oído a la vez que le doy un beso.

Mientras poso los labios con suavidad en su rostro, siento algo húmedo y salado en ellos; entonces me retiro para comprobar atónita que son lágrimas procedentes de sus ojos. ¡Irion está llorando!

Estas lágrimas son el primer gesto de vida que observo en los malditos siete meses que lleva así. Intento serenarme para mantener la calma y pensar que puede ser una simple reacción de sus ojos porque estén resecos.

—Irion —lo llamo.

Nada.

Recojo al pequeño de su pecho para acurrucarlo en el mío y éste gruñe por haberlo separado de su padre, como si lo hubiese reconocido como tal.

«Zoe, no flipes», me reprendo.

—Vámonos a dormir, pequeño, debes de estar cansado con tantas

emociones y cosas nuevas —ronroneo, besando la suave cabecita de mi niño.

Justo cuando me agacho para darle el beso de buenas noches a mi hombre, abre los ojos.

—¡Ay, Dios mío! —exclamo con el corazón a punto de salirse del pecho.

Me he dado tal susto que casi se me cae el niño de los brazos.

—¡Irion! ¡Irion! —grito nerviosa.

Dejo al bebé con mucho cuidado, pero muy rápido, sobre el sofá-cama que tenemos junto a la camilla para que duerman las enfermeras.

Me coloco delante de sus ojos, pero tiene la mirada perdida.

—Mi amor, soy yo, ¿puedes verme? ¿Me oyes? Estoy aquí, mi vida —susurro entre lágrimas, cogiéndole el rostro con las manos.

Entonces desvía la mirada para intentar enfocarme y sus ojos se iluminan de repente, volviendo a lucir ese azul que tanto he echado de menos. Algo en mi interior da un brinco al ver que intenta sonreírme y la adrenalina bombeaba mis venas con fuerza, no puedo creer lo que está ocurriendo.

—Oj... —Intenta hablar.

—Chiss, cariño, no hables, tranquilo, no pued...

—Ojazos —susurra en un tono muy bajito.

Casi me desplomo al oír esa bendita palabra.

—¡Gracias al cielo! —profiero, sonriendo entre lágrimas.

Los médicos siempre dijeron que no iba a despertar y que, si lo hacía, no sería él, pues sería un triste vegetal que no recordaría nada, ni siquiera se movería. Pero aquí está mi héroe, regresando de la muerte para sonreírme.

—Te amo —balbucea, con sus ojos anegados en lágrimas.

—¡Irion!

Me acerco lentamente a sus labios para darle un beso, pero enseguida me detengo porque no sé si puedo hacerle daño. Lo anhelaba tanto que no he podido contenerme, pero debo ser prudente. Entonces, él levanta una mano,

de manera muy lenta e insegura, para agarrarme por la nuca y acercarme hasta su boca.

El mundo deja de girar al sentir su cálido beso. Un primer beso correspondido después de tanto tiempo, un beso muy dulce y suave, un beso que se graba a fuego en nuestra piel y para siempre.

Un gruñido seco provoca que él gire la cabeza de pronto hacia la procedencia del sonido. Alguien está llamando nuestra atención e Irion acaba de descubrir de quién se trata.

La mirada fascinada con la que observa a la pequeña criatura que se retuerce en el sofá, se llena de lágrimas de emoción. Me apresuro a coger al bebé para ponerlo sobre su pecho. Sin dudar, se incorpora un poco, arrancando casi todos los cables que tenía sujetos al cuerpo con ventosas. Ha vuelto a la vida con el vigor que le caracteriza.

Sujeta al niño entre las manos y lo admira extasiado.

—¡Soy yo en miniatura! —exclama maravillado con una voz demasiado ronca debido a su largo silencio, para abrazarlo y acunarlo, dándole miles de besos en su cabecita. El pequeño Irion refunfuña porque ahora no le apetecen los arrumacos de su padre y yo estallo en carcajadas al ver el ceño fruncido del padre.

—¡También tiene tu carácter! —proclamo, y él sonrío, henchido de felicidad.

—Has luchado por los tres —susurra el padre—, como te pedí.

¡Lo recuerda!

—¿Ya no soy una pija de mierda?

—Nunca lo fuiste, siempre fuiste una milloneta demasiado especial, ¿o acaso crees que yo tendría hijos con cualquiera?

Me río de nuevo, desde luego el ego no le ha disminuido.

—¡Ay, Dios mío, cuánto tiempo sin reírme! ¡Creía que nunca más volvería a hacerlo!

—Pues yo me encargaré de que lo hagas cada día, ojazos, eso y muchas

cosas más. —Alza dos veces las cejas a modo de insinuación.

—¿En serio? ¿Puedes pensar en sexo después de volver de siete meses en coma? —Me escandalizo.

Él sonríe, mirando su flácida entrepierna y sus delgadas extremidades.

—Ahora mismo no creo ni que pueda levantarme de la cama, pero dame tiempo y ya verás. —Me guiña un ojo con picardía, por lo que vuelvo a soltar una carcajada.

—Tenemos todo el tiempo del mundo. Todavía no creo que esto no sea un sueño.

Nos miramos fijamente y comprendemos todo el sufrimiento por el que hemos pasado uno y otro. He estado reteniendo las lágrimas como he podido, pero al verlo de vuelta parece que por fin se abren las compuertas para soltar todo ese dolor que me invadía, y lloro desconsolada. Él me cobija en su pecho, junto a nuestro hijo.

—Chisss, tranquila nena, todo saldrá bien, lo juro —susurra.

—¿Por qué va a salir bien? Parece que nuestro amor está maldito. —Sollozo angustiada entre sus brazos.

El miedo a perderlos es tan grande que no me permite respirar; las experiencias cercanas a la muerte te hacen mirar la vida desde otra perspectiva, una más realista y dura.

—Porque ya me toca ser feliz por una puta vez en mi vida.

Miro a mi mejor amiga y pienso: ¿por qué querré tanto a esta idiota que, a pesar de mis sabios consejos, ha decidido casarse?

CAROLINE, *The man-hater*

Han pasado ya tres años desde que Irion despertó y, poco a poco, todo ha ido volviendo a la normalidad.

He vuelto a escuchar el canal de Caroline cada mañana, pues un buen día se presentó en mi casa, en su jet privado, con miles de flores, juguetes y peluches para mi hijo. No nos hizo falta nada más, sólo su pancarta gigante en la que rezaba: HE SIDO UNA AUTÉNTICA GILIPOLLAS, PERDÓNAME O ME SUICIDO, a juego con su camiseta hiperajustada que decía lo mismo.

Lloramos abrazadas durante un buen rato y me explicó que había reaccionado así porque tuvo miedo, pero que, al final, había comprendido que yo era feliz y prometió que me apoyaría en todo a partir de entonces. Se pasó el día pidiéndonos perdón a Irion y a mí, cosa que nunca creí que fuese posible y volvimos a retomar nuestra relación. Sin fisuras, como si aquello no hubiese ocurrido nunca, como sucede con las amigas de verdad.

Con Jacob ha sido muy distinto, él continúa defendiendo su postura y pensando que lo hizo por mi bien, por lo que sigo sin hablarle. No me hace falta en mi vida gente que no me aporte nada, he aprendido a hacer limpieza y a que es mejor menos cantidad de mucha calidad, que mucha cantidad de poca calidad.

Los hermanos y la madre de Irion han ido aceptando a regañadientes que

él ya no es el cabeza de familia y que no va a mantenerlos eternamente, aunque vendió la casa de sus padres y les dio el dinero para que ellos montasen su propio taller. Creo que siempre los ayudará en las sombras; ha sido más un padre que un hermano.

Kenneth por fin se ha recuperado de las lesiones que le provocó el disparo y el próximo fin de semana ha confirmado que vendrá para nuestra boda. Creo que no ha sabido nada de Kim, porque mi hermana no suelta prenda, es una tumba en cuanto a ese tema se refiere; así que he dejado de insistir, pero me muero de intriga por saber cómo reaccionarán ambos al reencontrarse.

Marcia y Katty se trasladaron a la finca donde vivimos en la actualidad, cerca de Montalcino, para trabajar en la nueva casa, que no es tan grande como la de Los Ángeles, pero requiere mucho más esfuerzo, pues los jornaleros que trabajan en las viñas son muchos y, aunque Irion los maneja a la perfección, Marcia siempre lleva la voz cantante. Parece que hay dos en especial a los que ellas cuidan con mucho mimo. Las dos forman parte de mi familia y ni ellas ni yo quisimos que se quedasen allí, aunque el idioma es una de las cosas que más les está costando; pero resulta bastante gracioso ver cómo *parliamo italiano*.

Irion Junior es el único que comprende los tres idiomas a la perfección: español, inglés e italiano, es alucinante.

—Marcia, creo que Francesco te mira con ojos golositos. —La provocho con el capataz mientras comemos, sentados a la mesa en el porche principal, desde donde se pueden admirar las espectaculares vistas del valle de Orcia.

—¡Oh, tú siempre con tus tonterías, Zoe! Ese viejo gruñón sólo tiene ojos para las uvas —se queja.

—¡Para las uvas y para tus curvas de conejita indefensa! —se mofa Irion risueño.

—Se cree el ladrón que todos son de su condición —responde ella sonrojada, mientras nosotros dos nos reímos.

—¿Es que la yaya es una conejita, mami? —me pregunta Irion Junior,

sentado en su trona, mientras come el yogur que le da su padre, abriendo la boca más que el niño cada vez que le acerca la cuchara a su pequeña boquita.

Llama «yaya» a Marcia porque ella asegura ser su quinta abuela, por no decir la primera, pues cada vez que vienen se lo rifan entre tantas abuelas y bisabuelas, y ella se pone celosa como nunca. Lo tiene demasiado consentido.

Mi madre ha perdido los papeles por completo, no tiene ojos para nadie más en el mundo que para su nieto. Cada mañana coge el coche y viene a darle un beso, y cada noche antes de acostarse también, a pesar de las curvas que hay en estas carreteras y de la hora de viaje que ello conlleva; mi padre viene a veces, porque no quiere molestar. Un fin de semana al mes se lo llevan a su casa y es el mejor momento de sus vidas. Mi padre dice que nunca habían sido tan felices, parece que han nacido para ser abuelos.

—No recuerdo haber visto nunca a Lidia sin maquillar y sin llevar la manicura perfecta —bromeaba mi padre una de las noches de domingo que cenábamos con ellos, al ir a recoger a nuestro hijo.

—Todo eso era porque me aburría, ahora no tengo tiempo para tonterías, me preocupa mucho más que mi príncipe adore a su abuelita preferida. Además, él me quiere aunque tenga estos pelos de bruja, ¿a que sí, mi caro ragazzino? —decía mi madre riendo, tirada sobre la alfombra del salón con mi hijo encima haciéndole cosquillas.

—Me alegro de que se centre en él, porque así me deja a mí tranquilo —cuchicheaba Irion para que sólo mi padre le oyese, y ambos se carcajaban.

Los dos se han hecho inseparables; a mi padre le gustó mi prometido desde que supo que había dado su vida por salvar la mía, y una vez que lo conoció, le gustó aún más. Creo que ha delegado en él mi custodia y por eso se siente tremendamente aliviado; nunca será capaz de aceptar que me pueda cuidar yo solita.

—No te emociones demasiado —le advirtió mi madre a Irion—, todavía no nos has pedido la mano de mi primogénita y os casáis en una semana. Para

unos padres de costumbres, como somos nosotros, eso es una gran falta de respeto, señor Miller.

—¡Oh, por el amor de Dios! —se quejó mi padre.

Entonces, Irion me miró con un destello en los ojos y con una sonrisa contenida.

—No, es cierto, Ashley, perdón, Lidia; tienes razón —asumió Irion.

Se levantó de la silla y se plantó delante de mi padre muy serio, llamando a mi madre con un gesto de la mano para que se acercase también. Ella cogió a su nieto en brazos y se acomodó junto a mi padre en el sofá.

—¿No te podrías haber cambiado esas zapatillas mugrientas para un momento tan especial? —le preguntó ella con cara de asco.

—Lidia, ¿acaso pretendes ser una suegra tan adorable como lo ha sido la tuya contigo? —le recriminó mi padre.

—Señores Rodríguez —Irion carraspeó, todavía me resulta raro que ya no seamos los O'Connor—, durante toda mi vida he estado convencido de que el amor, en todas sus vertientes, era sólo una utopía —ahora sé que Irion nunca pudo estudiar, pero que siempre le gustó leer y por eso sabe tanto sobre muchísimas cosas, demostrándome que la cultura no sólo está al alcance de los ricos—, algo que sólo ocurría en las patéticas películas que les gustan a las mujeres. —Me mira y me guiña un ojo para que no salte—. Pero Zoe vino con esos enormes ojazos a demostrarme lo equivocado que estaba. Al principio me resistí a aceptar lo que sentía, y ella aún más, pero fue el destino quien insistió en que coincidiésemos una vez tras otra, haciendo posible lo imposible. Logrando que una preciosa dama de la alta sociedad angelina sintiese algo por un pordiosero del Watt. —Mi madre desvió la mirada, arrepentida por haberle puesto semejante mote. Intentó decir algo para excusarse, pero Irion la detuvo con un gesto de la mano—. Zoe se ha enfrentado a familiares, amigos, a la opinión pública, incluso a la muerte, por mí, aunque yo nunca creí ser merecedor de su amor, pues no tenía nada que ofrecerle que no fuese mi humilde corazón. Un corazón que dejó de latir

cuando era un niño y que nunca había vuelto a hacerlo hasta que la vio aquella noche estrellada en aquella playa. Un corazón que no ha dudado nunca en enfrentarse a la mismísima muerte por ella, porque sería capaz de condenarme a una eternidad en los infiernos por un solo segundo a su lado. Ella me ha devuelto la alegría y las ganas de vivir. Me ha dado lo más grande que puede soñar alguien, que es nuestro hijo, y les juro por lo más sagrado del universo que intentaré con todas mis fuerzas hacerla la mujer más feliz del mundo cada día, porque sin ella todo lo demás no tiene sentido. La amo por encima de todo y para mí sería un honor que me concediesen su mano, para poder compartir con ella el resto de mis días.

—¡Sí, quiero! —gritó mi madre llena de lágrimas, mientras se lanzaba a los brazos de Irion.

—Vaya, muchacho, ni yo mismo lo hubiese hecho mejor —asumió mi padre, secándose las lágrimas en su pañuelo de seda bordado con su nombre.

—No me habéis contestado —indicó Irion, una vez que mi madre se volvió a sentar emocionada.

—¡Claro que te damos nuestra bendición, hijo! Nos has demostrado que el dinero no compra la felicidad. ¡Bienvenido a la familia! —celebró mi padre, cogiendo a su nieto y a su esposa para dejarnos a solas.

Irion me miró conmovido y se acercó hasta mí, que tenía los ojos encharcados por semejantes palabras. Sus labios tatuaron en los míos toda la pasión contenida, toda la zozobra, toda la angustia, pero, sobre todo, un amor tan profundo que me daba vértigo. Abrí la boca para responder a sus ansias de mí, para saborear el ímpetu que tanto había anhelado y del que nunca me saciaba.

Con las lenguas enlazadas, regresaron a mi mente los recuerdos a una velocidad vertiginosa, desde el primer día que lo vi hasta el último, como cuentan que sucede antes de morir. Por fin logramos separarnos para mirarnos jadeantes.

—Te amo, ojazos, y ahora sé que lo haré hasta después de la muerte.

—Así será, mi amor, a pesar de ti, de mí y de nuestras circunstancias.

Epílogo

La suave brisa que agita los altos maizales de la Toscana al finalizar la época estival consigue transportarme no muy lejos de allí.

Me dejo conquistar por los diversos murmullos etéreos que sobrevuelan el paisaje al ocaso y viajo por valles y montañas, saboreando la libertad que me ha concedido la eternidad.

Los cinco sentidos ya no sirven de nada porque ahora se han multiplicado por mil. Es algo tan grandioso que cuesta expresarlo.

Aquí no hay prisas, no hay miedos, no hay envidias ni rencores, todo es paz y bienestar. Todo es amor.

A diferencia de lo que pensaba cuando era joven, ahora no me preocupa el futuro, porque todo es futuro. No hay viejos, ni jóvenes; ni belleza, ni fealdad; ni riqueza, ni pobreza; porque todos somos iguales.

Me gusta volver de vez en cuando para observar cómo mis hijos se las apañan con esas niñas tan tozudas que han tenido por nietas. Me divierte ver cómo Irion intenta protegerlas para que no se caigan en el lagar y no se manchen los preciosos vestidos que les ha puesto la arpía de su madre. Es muy divertido. Tengo tantas ganas de reunirme con mis hijos... aunque aún les quedan varios años terrestres que disfrutar de sus vidas.

Cuando los descubro llorando por mí, o por su padre, me gustaría contarles que estamos bien, describir todas las experiencias gloriosas que les aguardan, la armonía y serenidad que hay a este lado de la vida, pero eso no estaría bien, porque deben vivir.

La vida hay que vivirla, con sus cosas positivas y negativas, con el dolor y la felicidad, porque no existe una cosa sin la otra, porque hay que aprender a

saborear la sencillez de lo cotidiano. Sólo entonces serás feliz. Debes dejar que la vida te vaya atrapando entre su dulzura y su amargura, hasta que llegas al final y te preguntas: «¿Ha merecido la pena?». Mi respuesta desde luego es «sí».

Pero todo eso no se entiende hasta que llegas a este punto, a la inmensidad del universo y a la eternidad del tiempo.

Siento la presencia de Irion junto a mí. Podemos fundirnos en la misma esencia porque somos lo que se conoce como almas gemelas; de hecho, la mayor parte del tiempo permanecemos unidos, porque de esta forma me siento plena y llena de dicha. La sensación es la misma que cuando te enamoras locamente de alguien, pero multiplicado por muchos miles.

—¿Has vuelto? —me pregunta al llegar a mi lado.

—Cada año. Ya sabes que me gusta saber de ellos.

—Pronto estaremos juntos.

—Lo sé, pero no lo veo preparado aún, tiene miedo.

—Todos lo tuvimos, es algo por lo que debemos pasar en nuestra fase humana, ya lo sabes, ojazos.

Aunque ahora seamos etéreos y no tengamos ojos, como cuando poseemos formas humanas, me gusta recordar aquella palabra con la que me llamaba. Es curioso cómo ciertos sentimientos perduran por siempre, vayas a donde vayas y tengas la forma que tengas.

—Nunca olvidaré cuando te fuiste —le comento, recordando lo que sufrí en aquellos momentos—. Creí que moriría de pena.

—Pero el reencuentro fue insuperable. —Como siempre, él tira de mi ánimo, mirando la parte positiva.

—¡Oh, sí!

Era una fría noche de invierno, en concreto el diez de enero, y yo tenía noventa años. Estaba bien de cabeza, pero el cuerpo ya no me respondía, pasaba horas sentada y eso que mis hijos me tenían muy bien atendida, con personal cualificado para ello.

Pero la muerte de Irion, el año anterior, me dejó muy tocada. Sentía que estorbaba y cada segundo sin él era un infierno que me negaba a vivir. Él siempre fue mi razón de ser, quien sacaba las fuerzas que yo no tenía para seguir respirando, el motivo de mis sonrisas y, al no estar, yo no quería respirar más.

Aquella noche, cuando mi hijo mayor, Irion, entró a despedirse de mí, mi sexto sentido presagió que nunca más volvería a sentir sus besos, por eso le dije la misma frase que me había dicho su padre al morir: «Aunque no puedas verme, siempre estaré a tu lado», y él me contestó: «Lo sé mamá, te quiero».

Es algo para lo que no estamos preparados. Nos enseñan muchas cosas mientras estamos en la Tierra, pero no nos educan para despedirnos de nuestros seres queridos, ni para hablar sobre la muerte. No comprendo por qué este tema es tabú. Ahora estoy convencida de que, si lo hiciesen, sería de gran ayuda para evitarnos mucho sufrimiento.

Recuerdo que tuve mucho frío y, al cerrar los ojos, sentí cómo el sueño en que me sumía era más profundo de lo normal. Abrí los ojos y vi a Irion al lado de la cama. Era joven de nuevo, como cuando nos conocimos, pero parecía muy feliz, sus ojos brillaban como nunca y me sonreía ampliamente.

—Te he echado tanto de menos... —susurró, ofreciéndome la mano.

Creía que estaba alucinando, pero la imagen era tan nítida que decidí vivir aquel sueño. Cogí su mano y vi que la mía no estaba llena de arrugas, ni era de color morado, como siempre. Me levanté de la cama sin problemas, cuando necesitaba a tres personas cada día para hacerlo. Yo también era joven, me movía con agilidad. Mejor dicho: flotaba.

—Irion, no me dejes sola, no quiero vivir sin ti —le supliqué.

—Nunca más volveremos a separarnos, lo juro.

Él me apresó entre sus brazos y nos besamos. Pero ese beso no era carnal, era mucho más que eso, era fundirse con el alma del otro, estar al otro lado de los sentimientos, ser uno solo.

Y entonces lo comprendí.

—¿He muerto?

—No, cariño, has comenzado a vivir.

La dicha me embargó y, poco a poco, fui entendiendo todo.

La vida en la Tierra no es sino un aprendizaje. Las almas que no están completas son enviadas allí y a otros planetas similares, con un único fin: encontrar a su otra mitad. Las hay que tardan varias reencarnaciones en conseguirlo, y las hay que sólo necesitan un empujoncito, como nosotros, pero una vez que se encuentran, ni todas las adversidades del universo serán capaces de separarlas.

Ése es el fin de nuestra existencia, encontrar a nuestra mitad para poder complementarnos durante toda la eternidad.

Esto es lo que conocemos como *amor*, y el que tiene la suerte de encontrarlo será feliz hasta el fin de los tiempos.

* * *

Los romanos tenían un dicho: «No hay lágrimas más sinceras que las de un hombre, ni amor más puro que el de un niño». Así fue como me amó Irion en la vida y en la muerte, con la sinceridad de un hombre y entregándomelo todo, sin condiciones y sin esperar nada a cambio, como el niño que nunca dejó de ser.

Referencias a las canciones

Since I Don't Have You, © A Geffen Records Release; This Compilation 2004 UMG Recordings, Inc. © 2004 UMG Recordings, Inc., interpretada por Guns N' Roses.

Run the World (Girls), © 2011, 2012 Columbia Records, a Division of Sony Music Entertainment, interpretada por Beyoncé.

Issues, © 2017 Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Julia Michaels.

(I Can't Get No) Satisfaction, © This Compilation 2002 ABKCO Music & Records Inc. © 2002 ABKCO Music & Records Inc., interpretada por The Rolling Stones.

Get Ready for This, © 2014 Power Music Inc. del álbum «35 Jock Jams Stadium Anthems».

Back in Black, © 1980 Leidseplein Presse B.V., interpretada por AC/DC.

Agradecimientos

No tendría páginas suficientes para agradeceros una vez más, mis fieras, mis fieles lectoras, ese cariño incondicional que me brindáis cada día. Espero que hayáis disfrutado mucho con Irion y Zoe. Os quiero.

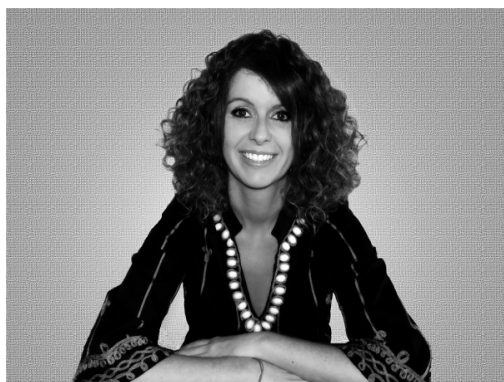
Gracias por hacer que mis sueños se sigan cumpliendo.

A mis hijos y a mi marido, que son los que sufren mis ausencias; gracias por comprender que mis musas no saben de esperas. Sois mi razón de ser.

A mis padres y a mi hermano, por su apoyo y su amor infinito; gracias por estar siempre a mi lado, para bien y para mal.

Y, por último, a esa hada madrina rubia que me aconseja y me ayuda a cada paso que doy en este mundo; gracias, Esther, porque eres muy especial para mí.

Biografía



Anabel García es una escritora española que ha logrado convertirse en muy poco tiempo en una de las autoras más populares dentro del género *romántico-erótico*.

Anabel nació en 1981 en Cáceres, aunque desde muy pequeña vivió en Naval Moral de la Mata, pero a los dieciocho años se trasladó a Madrid, donde estudió la carrera de Turismo y después la

de Administración de Empresas.

Tras varios años trabajando en la cadena hotelera «Paradores Nacionales de Turismo», montó su propio restaurante en el centro de Madrid, hasta que decidió dejarlo todo y embarcarse en esta loca aventura literaria, pues desde pequeña ésta había sido su gran pasión.

Su carácter activo e intrépido la llevó a conseguirlo, y ya ha publicado varias novelas eróticas de indiscutible éxito, que han llegado a ser *bestsellers* y que todavía se mantienen en los primeros puestos de ventas. Es muy conocida su trilogía *Sólo tuya* (2015), también su bilogía *Rambhá* (2016), la bilogía *Catarsis* (2017 y 2018), *La Mirada de Cleopatra* (2017) y su último trabajo publicado con Esencia, *Esta princesa ya no quiere tanto cuento* (2018), que lleva vendidas dos ediciones impresas.

Actualmente reside en Madrid, junto con su marido y sus dos hijos, mientras escribe novelas para deleitar a sus lectoras. Si por algo se caracteriza la autora es por dotar de grandes dosis de humor sus historias y por reivindicar en todas ellas protagonistas femeninas muy fuertes y con mucho carácter.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

<http://solutuyanabel.wixsite.com/anabelgarcia>

El día que me calle me salen subtítulos
Anabel García

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Gogoiso y Aaron Amat, Shutterstock
© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Anabel García, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-08-20866-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!



ANABEL GARCÍA

El día
que me calle
me salen
subtitulos



 esencia